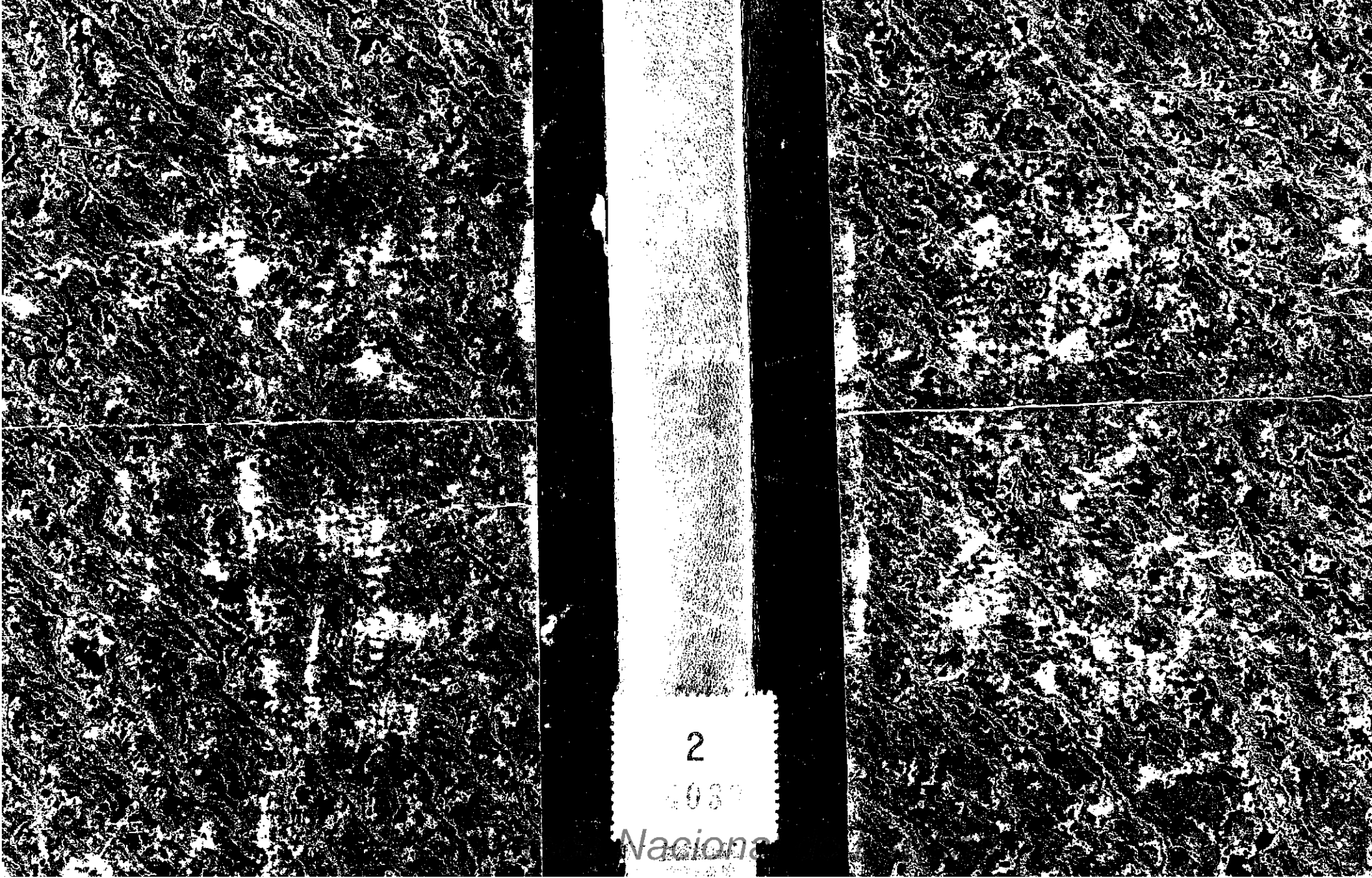
2
Nacional

2
34038

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

MANUAL DEL APOLOGISTA.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

MANUAL

DEL

APOLOGISTA.

POR EL

DR. D. NICETO ALONSO PERUJO,

Presbítero,
Canónigo Lectoral de la Santa Iglesia Catedral de Lérida.

TOMO SEGUNDO.

MADRID:
IMPRENTA DE E. DE LA RIVA,
CALLE DE LAS HUERTAS, NÚM. 58, BAJO.
1874.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

TERCERA PARTE.

LA IGLESIA CATÓLICA CONSIDERADA EN SUS OBRAS.

Pertransiit benefaciendo.
ACT. X, 38.

¡Cosa admirable! La religion cristiana, que parece no tener por objeto sino la felicidad de la otra vida, hace tambien nuestra dicha en ésta.

MONTESQUIEU, *Esprit. de lois.*, libro XXIV, cap. 6.º

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO PRIMERO.

La Iglesia y la civilizacion (1).

Es una cosa fuera de toda duda entre las personas ilustradas que la verdadera civilizacion del mundo, á cuya cabeza marcha la Europa, se debe á la influencia del Catolicismo. El inmortal Balmes lo ha demostrado con toda evidencia en su admirable obra que acabamos de citar, que es el trabajo más notable que existe sobre esta materia.

Pacífica y lentamente realizó el Catolicismo la revolucion social más asombrosa que registra la historia, y preparó el estado de cultura de los tiempos modernos. Al extirpar los vicios, mejorar las costumbres é ilustrar la inteligencia de los indivíduos, no podía ménos de obrar eficazmente sobre toda la sociedad, que no es otra cosa que un agregado ó coleccion de indivíduos en mútuas relaciones. Apenas se estableció la Iglesia, extendió en derredor suyo como una atmósfera benéfica, que respiraron áun los que no eran sus hijos, y su saludable influencia se hizo sentir en todos los órdenes sociales.

---

(1) Balmes, *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea.* Idem, *La Sociedad.*—Chateaubriand, *Estudios históricos.*—Cantú, *Historia Universal*, capítulos 5.° y 6.°—Gaume, *Hist. de la Sociedad doméstica*, etc.

© Biblioteca Nacional de España

Es un hecho histórico que, al anunciarse el Evangelio, y á medida que fué progresando, el mundo cambió completamente de faz, y saliendo del caos en que yacía, avanzó á pasos agigantados por el camino de la justicia, de la verdad y de la perfeccion. El elemento divino trasformó el elemento humano, y comparada la sociedad cristiana con la sociedad antígua, son de todo punto distintas y áun contrarias. Ideas, costumbres, instituciones, leyes, artes, todo cambió, precisamente en sentido católico; de donde se infiere que cambiaron precisamente porque el espíritu católico se introdujo en ellas.

No hay efecto sin causa proporcionada: y un efecto tan grandioso y universal no pudo provenir de una causa meramente humana. La sociedad recibió un empuje tan poderoso de progreso, que todavía dura hoy con igual potencia, pero con mayor movimiento que al principio, porque no tropieza con los obstáculos que entónces. Solo un brazo divino podía tener tanta fuerza.

Si esto es la civilizacion, necesario es confesar que se debe enteramente á la influencia del Catolicismo, á la accion vigilante de la Iglesia. El empuje fué dado por el Hijo de Dios hecho hombre, el movimiento empezó en toda la tierra, la Iglesia le dió su direccion acertada, como depositaría y administradora del poder de su divino fundador.

Examinando los principales caractéres de la verdadera civilizacion, hallaremos que todos han sido formados por el Catolicismo.

Él mejoró la condicion social de todos los infelices y de todos los débiles; restableció la dignidad de la mujer y de los hijos, miserablemente degradados por el paganismo; devolvió su primitiva nobleza á la parte más numerosa de la humanidad, reducida á la más afrentosa esclavitud; y por su carácter de *católico*, terminó los ódios y rivalidades entre pueblo y pueblo, por las cuales el extranjero era mirado como enemigo, y en adelante hizo que los hombres se considerasen como hermanos.

Predicando las más sublimes virtudes y practicándolas, á la par que refrenando las pasiones, mejoró las costum-

© Biblioteca Nacional de España

bres públicas y privadas: dando al hombre un vivo sentimiento de su dignidad, le enseñó á respetar á sus semejantes, y dulcificó sus relaciones mútuas; y elevando el sentimiento de la justicia, hizo prevalecer el derecho sobre el despotismo, la razon sobre la fuerza, y puso un freno á las violencias de los particulares y á los abusos del poder. Poco á poco logró introducir su espíritu en las leyes y en las instituciones, prestándoles un sello de equidad y de tolerancia, enteramente propias de pueblos ilustrados y libres; y extendiendo su accion á las naciones, restauró sobre anchas bases el derecho público y de gentes, y si no logró abolir por completo las guerras, á lo ménos pudo hacerlas más raras y disminuyó su ferocidad.

El Catolicismo aseguró firmísimamente el órden social, inculcando un profundo respeto al hombre y á su propiedad, y avivando en todos casos el sentimiento del deber. Tranquilo entónces el hombre acerca de su estado, pudo dedicarse sin zozobra á desarrollar sus facultades en todos los ramos de la actividad humana, cultivar las ciencias y las artes y promover la industria, para proveer con facilidad y prontitud á todas sus necesidades. De aquí los grandes progresos de la edad moderna, que no son otra cosa que la perfeccion de antíguos esfuerzos y observaciones. Mas como sucede con frecuencia que el hombre cae en el error, buscando la verdad, la Iglesia ha cuidado de corregir los extravíos de la razon humana, guiando á la filosofía, y enriqueciéndola con un caudal de verdades, que le dan seguridad y facilidad para ulteriores investigaciones. Además, produjo de muchos modos un bienestar material en todas las clases, especialmente las menesterosas, y, por último, puso una institucion benéfica al lado de cada miseria de la humanidad.

De manera que, sintetizando en una sola idea la accion civilizadora del Catolicismo, se reduce á la elevacion de la conciencia, de la inteligencia y del corazon. De la *conciencia* por la justicia, la moralidad y el honor; de la *inteligencia* por la revelacion, las ciencias, las artes y la defensa de la verdad; y del *corazon* por el órden, la delicade-

© Biblioteca Nacional de España

za de sentimientos, el amor á nuestros semejantes y las múltiples manifestaciones de la caridad.

En virtud de esta accion tan vasta, tan poderosa y tan constante, proseguida en todos los siglos con celo infatigable, hemos llegado al estado de cultura en que hoy nos hallamos. En vano se buscarán otras causas, pues todas, áun las que parezcan contrarias al Catolicismo, se han nutrido de su espíritu, y se han aprovechado de sus cimientos. El protestantismo desvió el curso de la civilizacion europea, empujándola por un atajo peligroso, y emancipándola en gran parte de la accion de la Iglesia. Por eso la ha conducido al racionalismo, y la ha precipitado en los errores antíguos. La revolucion francesa fué una destruccion, no un progreso; cambió el estado de la sociedad, pero no la mejoró en cosa alguna. Su lema *Libertad, Igualdad y Fraternidad*, es exclusivamente católico, y siempre se había defendido por la Iglesia. Esta revolucion quiso disfrazar sus horrores con un manto pomposo, y solo consiguió que aquellas palabras sacrosantas perdiesen su verdadero sentido y fuesen oidas con recelo. Esta ha conducido á la sociedad al materialismo, y ha resucitado los antíguos vicios. Ambos fueron un deplorable retroceso, ó, á lo ménos, un entorpecimiento, conmoviendo el edificio que la Iglesia había levantado trabajosa y pacientemente en el largo trascurso de los siglos. Y no sabemos á dónde hubiera ido á parar el mundo, si al mismo tiempo que ellos demolían, la Iglesia no hubiera restaurado, á semejanza de los que defienden una plaza sitiada.

Porque así como el Catolicismo es esencialmente civilizador, así su negacion es, por el contrario, una degeneracion y un retroceso. Y la mejor prueba de ello son aquellas regiones de Asia y Africa, ilustradas y florecientes miéntras fueron católicas, y vueltas á la barbárie y al embrutecimiento desde que el sol del Catolicismo se apartó de ellas.

Actualmente la sociedad parece que avanza, porque se agita incesantemente; pero en realidad no hace más que fluctuar. Los adelantos materiales son ciertamente apre-

© Biblioteca Nacional de España

ciables, pero pesan bien poco en la balanza de la verdadera civilizacion. Desgraciadamente se sabe que es muy posible que sea bárbara una sociedad con ferro-carriles y telégrafos.

La civilizacion no llegará á su completo desarrollo miéntras no se practiquen por todos las máximas del Evangelio. Cuanto más conforme es el hombre al espíritu del Evangelio, es más apto para vivir en sociedad, más dispuesto para hacer el bien, más opuesto para hacer el mal, más capaz para perfeccionarse é instruirse y ser útil á sus semejantes, porque está ménos dominado por las pasiones que perturban la inteligencia y pervierten la voluntad. Ya se gloriaban de esto los antiguos apologistas San Justino, Tertuliano, y despues de ellos San Agustin, y lo ha confirmado la experiencia, y lo dicta la recta razon.

Haced que los hombres sean sinceramente católicos, y vivan como tales, y habreis realizado el ideal supremo de la verdadera civilizacion: aquel ideal, que Balmes hace consistir «en que coexistan y se combinen en el más alto »grado la mayor inteligencia posible en el mayor número »posible, la mayor moralidad posible en el mayor número »posible, y el mayor bienestar posible en el mayor número »posible» (1).

Lo dicho se confirmará echando una rápida ojeada á la civilizacion pagana antígua y moderna, á la civilizacion protestante y á la llamada civilizacion moderna, y de paso iremos desenvolviendo con más extension lo que ha hecho el Catolicismo por el bien de la sociedad.

§ I.—*La civilizacion pagana.—Su falsedad real.—Triste condicion de las clases numerosas.—Degradacion de la mujer y de los hijos.—La Iglesia salvó la sociedad y la familia.*

No nos detendremos en hacer una descripcion de la monstruosa degradacion á que había llegado la sociedad en el paganismo: no hay escritor ni orador que no dedique al-

(1) *La Civilizacion*, art. 1.°

© Biblioteca Nacional de España

gun párrafo á lamentarla, y nuestros lectores la habrán visto repetida mil veces. Solo indicaremos á grandes rasgos los principales vicios de aquella civilizacion mentida, que no se avergüenzan de elogiar algunos escritores.

Fijándose éstos únicamente en las grandezas que nos refiere la historia, no consideran el estado de las clases numerosas, cuya suerte y moralidad es la verdadera medida de la civilizacion de los pueblos. Hablan con entusiasmo de Babilonia, de Nínive, de Tebas, de Atenas, de Roma, de Cartago. Cuando la mano del hombre, cavando en los lugares en donde estuvieron estas ciudades, descubre algunos restos de ellas, los contempla con admiracion. Pero si las lágrimas derramadas en aquellos sitios, la sangre vertida, la corrupcion y los crímines de todo género hubieran dejado iguales vestigios, el hombre, al descubrirlos, retrocedería espantado. Hoy se citan como nombres ilustres, y debían citarse como borrones de la humanidad.

Ensalzan á Egipto por su sabiduría, á Grecia por su libertad, á Roma por su poder; y les vamos á presentar la vergonzosa lepra que se ocultaba bajo el manto de tanta gloria.

A la verdad, no carecía de fundamento la reputacion de sabiduría que tenía el Egipto. Allí fué formado Moisés en las ciencias humanas, ántes de haber sido instruido por el Espíritu Santo en las divinas. Allí fueron á perfeccionar sus conocimientos los más sábios de los griegos, Solon, Tales, Pitágoras, Eudorio y Platon, como nos dice Plutarco. Pero allí la verdad no era conocida sino por un pequeño número de sábios, y no sin estar mezclada de groseros errores. El resto de la nacion era víctima de la ceguera más estúpida. El cocodrilo, el ibis, la mona, el perro y el gato, los animales más ridículos, como los más feroces, eran el objeto de su culto.

Llegó á tal extremo su embrutecimiento en el sitio de Pelusium, que habiendo colocado Cambises á la cabeza de su ejército una multitud de gatos y perros, los egipcios no se atrevieron á disparar sus flechas por temor de herir á sus pretendidas deidades, y con esta estratagema se hizo

© Biblioteca Nacional de España

dueño de la plaza y de la guarnicion (1). Nadie ignora su veneracion al buey Apis, y áun á las cebollas de los huertos, que inspiraron á Juvenal una de sus mejores sátiras (2). Como consecuencia era un crímen degollar un cabrito; pero estaba permitido alimentarse de carne humana (3). A los ojos de la mayor parte de sus reyes eran los egipcios esclavos, cuya inaccion era peligrosa y á quienes era preciso aplicar á trabajos gigantescos. De aquí esos inmensos laberintos, esas pirámides colosales; de aquí esos obeliscos que la vanidad actual traslada con grandes gastos de aquellos lugares en donde la vanidad antígua creía haberlos fijado para siempre. Los pueblos veían con admiracion pasar, en medio de ellos, estos mudos testigos de la antigüedad, sin poder obtener ninguna noticia cierta, ni siquiera sobre su destino. En aquel Egipto, que nosotros llamamos la tierra de las ciencias y la sabiduría, la mayor parte de los hombres vivieron y murieron en el más profundo embrutecimiento.

En Grecia, que se cita como el país de la libertad, no se ve más que esclavitud por todas partes. El número de los esclavos era inmensamente superior al de los hombres libres. Atenas tenía 40.000 esclavos y solo 20 000 ciudadanos. Dirían que aquellos no eran griegos; pero, ¿acaso no eran hombres? La mujer y los hijos vivían sujetos á la más atroz tiranía del padre, que tenía sobre ellos derecho de vida y muerte. Este, á su vez, era esclavo de una multitud de tiranos que, con pretesto del bien público, disponían á su antojo de su vida y de su fortuna. Cada ciudad de Grecia estaba dividida en muchos partidos que se aborrecían de muerte: las conspiraciones, las sediciones, los degüellos, eran una cosa ordinaria. Cuando triunfaba un parti-

---

(1) ¿Quién había de imaginar, exclama con gracia el Ab. Pinard, que el gato hubiera tenido mártires entre los hombres? *Bienfaits du catholicisme*, cap. 3.°, pág. 31.

(2) Juvenal, *Sátira* 15.

(3) .....*Nefas ilic fætum jugulare capellæ,*
Carnibus humanis vesci licet. Ibid.

© Biblioteca Nacional de España

do, la condicion más dichosa que podían esperar sus contrarios era el destierro. Milciades murió cargado de cadenas por sus conciudadanos despues de haber salvado á su pátria en Maraton. Temístocles, que tuvo la misma gloria, fué condenado por los suyos. Arístides, que había gobernado sábiamente, fué desterrado, porque los atenienses se cansaban de oir llamarle *el Justo;* y Sócrates tuvo que beber la cicuta. En aquella Grecia, país de la libertad, la mayor parte de los hombres vivieron y murieron esclavos.

Para saber lo que fué en realidad la fuerza del pueblo romano, debemos considerar el uso que hizo de ella.

El ciudadano tenía derecho de vida y muerte sobre sus hijos, y usaba sin escrúpulo de este derecho bárbaro. En nombre de la pátria se sacrificaba á los padres, madres, esposas, hijos y cuanto hay más querido en la tierra. Horacio sacrificó á su hermana, culpable de haber llorado á un enemigo de Roma. Un senador supo que su hijo iba á juntarse con Catilina. «No te he engendrado, le dijo, para combatir á la pátria, sino para defenderla.» Y le entregó á la muerte. Dos Brutos se hicieron célebres, el primero por haber sacrificado sus hijos á la pátria, y el segundo á su padre. Para apreciar la importancia que tenía la vida de un hombre para este fiero ciudadano, no hay más que ver cómo trataba á sus esclavos. Jugaba con ellos como el niño con sus figuras de barro, y cuando los infelices estaban rendidos de fatiga, los enviaba á descansar en subterráneos infectos, en los que apenas penetraba el aire. Con la misma crueldad los trataban otros dueños, y cuando ya no podían trabajar, los enviaban á morir de hambre sobre una isla del Tíber, ó los arrojaban vivos en los estanques para engordar á las murenas. Más todavía; el hombre se había envilecido tanto á los ojos de sus semejantes, que se le quitaba la vida para dar más verdad á las representaciones trágicas, para animar los festines, y por puro pasatiempo. Roma trataba á los pueblos vencidos lo mismo que sus ciudadanos á los esclavos. Les imponía las más duras condiciones, y los inmolaba sin compasion, por poco que su interés se lo aconsejase. Todo el mundo sabe de qué

© Biblioteca Nacional de España

modo terminaba sus arengas Caton, el más justo de los romanos, más justo que los mismos dioses de Roma; *Delenda Carthago* Y si algo podría sorprendernos todavía de parte de aquel pueblo, es que semejante voto fué adoptado.

Seguramente había en el pueblo romano elementos de una fuerza extraordinaria; pero habia tambien elementos de una grande debilidad, y si desde el principio no le hubieran atacado las naciones vecinas, si su propia ambicion no le hubiera lanzado á hacer conquistas, en poco tiempo se hubiera exterminado á sí mismo. «Solo la guerra, dice un elocuente escritor, hacía cesar las discordias intestinas, y Roma subsistió miéntras la tierra le ofreció naciones por conquistar. Pero una vez vencido el universo, cada romano pretendía reinar sobre él, y horribles conmociones sacudieron el imperio hasta sus cimientos. No sé qué furioso encono, saliendo impetuosamente del corazon humano y arrastrando consigo todos los crímenes, se desbordó sobre esta nacion, condenada por el Cielo á ser el verdugo de sí misma. Como los criminales á quienes se ejecuta en el lugar de su delito, estos ejércitos, conducidos por la mano de Dios, marchaban léjos á sufrir su juicio en los lugares que hubieron devastado; y no hay un rincon del imperio en donde la Providencia no obligara á estos feroces adoradores de la libertad á dejar montones de huesos, como monumentos de la civilizacion y de la felicidad del pueblo rey.»

»Mas no fué solamente en los campos de batalla y en el furor de los combates donde los ciudadanos caían bajo la espada de sus conciudadanos: listas sangrientas fijadas en las puertas del Senado ó en las fachadas de los Templos anunciaban cada dia á millares de romanos, que el vencedor les mandaba morir. Se vió tambien en esta época espantosa á los jefes de las facciones cederse mútuamente la vida de un amigo, de un pariente, de un hermano, y especular sobre la proscripcion. Y juntándose la sed de oro á la sed de poder, se vendía el asesinato y se traficaba con la muerte. En fin, el imperio, fatigado de discordias, vino á reposar en el seno del despotismo militar, y algunos

© Biblioteca Nacional de España

mónstruos devoraron tranquilamente á este pueblo, que había devorado al mundo» (1). En aquella Roma, que llamamos el pueblo rey, la mayor parte de los hombres vivieron y murieron miserablemente (2).

No era más feliz la suerte de otras naciones, pues todas adolecían de los vicios dichos. Además, estaban en guerra perpétua, que se hacía con tanta ferocidad, que no quedaba ninguna esperanza á los vencidos. La nacion vencida quedaba aniquilada, y sobre sus ruinas se levantaba el vencedor hasta ser destruido á su vez por otro conquistador más poderoso.

Vista la falsedad de la civilizacion de aquellas naciones que se nos citan como modelo, veamos ahora el horrible cuadro que nos presenta San Pablo de la sociedad de su tiempo.

El hombre estaba sumergido en la más profunda ignorancia religiosa y en la más horrible corrupcion moral. *Él trasfirió el honor, que solo es debido á Dios incorruptible, á la imágen de un hombre corruptible y á figuras de aves y de cuadrúpedos y de serpientes. Por esto fué abandonado á los deseos de su corazon y á la inmundicia, y se deshonró á sí mismo. Puso la mentira en lugar de la verdad de Dios. Hombres y mujeres mudaron el uso natural en otro uso contra la naturaleza. Llenos de toda iniquidad, de malicia, de fornicacion, de avaricia, de maldad; envidiosos, homicidas, reñidores, engañadores, calumniadores, enemigos de Dios, injuriadores, soberbios, altivos, inventores de hacer mal, desobedientes á sus padres, sin prudencia, sin modestia, sin afeccion, sin misericordia* (3). Hé aquí el espantoso cuadro de la sociedad pagana.

Por todas partes se veía la degradacion del hombre: del niño, á quien se ahogaba, se exponía, se vendía y se inmo-

(1) Lammennais, *Essai sur l'indifference, cap.* 5.°
(2) Pinard, lug. cit.
(3) Rom. I, 23 y siguientes. ¡Ah! ¿No es este tambien el retrato de la sociedad moderna? *Dignos son de muerte*, prosigue el Apóstol, *no solo los que estas cosas hacen, sino tambien los que consienten á los que las hacen.*

© Biblioteca Nacional de España

laba; del prisionero, que era reducido á esclavitud y obligado á morir sobre la tumba de los vencedores ó en los anfiteatros; del pobre, que era rechazado como un animal inmundo; del esclavo, que era despedazado á golpes, abrumado de cadenas, asesinado y arrojado como pasto á los leones, á los tigres y á los pescados; de la mujer, que era comprada, vendida, prostituida y maltratada de mil modos. Degradacion del hombre en sí mismo, en su inteligencia, que alimentaba con los errores más vergonzosos, torpes y crueles, ó con conocimientos vanos y estériles para el verdadero bien: en su corazon, que degradaba con los afectos más brutales y humillantes; en su cuerpo y en sus sentidos, que manchaba sin compasion, haciéndolos ministros de toda suerte de iniquidades, y en su vida, que se quitaba por el hierro ó el veneno, ó que vendía al que queria gozar de ella (1).

Entónces apareció el cristianismo formando, dentro de aquella sociedad degradada, otra sociedad nueva, compuesta de *hombres nuevos, criados, segun Dios, en justicia y en santidad de verdad* (2). Estos, practicando todas las virtudes y ejerciendo con honradez las artes y oficios, influyeron sobre la moral pública con su ejemplo, y sobre el bienestar material con su fidelidad en los contratos y con su caridad á los infelices, y fueron los miembros más útiles del Estado. La verdadera civilizacion empezó con ellos. «Somos los ciudadanos más útiles, podía escribir Tertuliano; jamás negamos el depósito que se nos ha confiado, no manchamos el lecho ageno, educamos piadosamente á los huérfanos, socorremos al indigente y nunca volvemos mal por mal... frecuentamos vuestras plazas, vuestros baños, vuestras tabernas, vuestras tiendas, vuestras ferias y todos los demás lugares á donde concurre la gente. Navegamos, cultivamos y mejoramos las tierras, nos dedicamos al comercio y á las artes mecánicas, y vendemos los productos de

(1) Gaume, obra citada, parte 2.ª, cap. 1.º
(2) Ephes., IV, 24.

© Biblioteca Nacional de España

nuestra industria. Nadie puede quejarse de que le somos inútiles, sino las prostitutas, los que sostienen los lugares infames, los partidarios de la gente de mal vivir, los vendedores de veneno, los mágicos, los charlatanes, los adivinos y otros semejantes á quienes siempre seremos perjudiciales» (1). Así influyó sobre la sociedad entera, en su parte moral y material.

Hay, sobre todo, una obra que la verdadera civilizacion nunca podrá agradecer bastante al cristianismo: la salvacion de la familia envilecida, cambiando radicalmente la suerte de la mujer y de los hijos y devolviéndoles su dignidad.

La mujer pagana había sido reducida al último extremo de abyeccion. Su dignidad estaba miserablemente truncada por tres degradaciones; en las *consideraciones* que se deben á su debilidad, en su *pudor* y en su propio *carácter de mujer*, por lo cual arrastraba en todos los pueblos una existencia precita, envilecida y menospreciada, y su historia no contiene más que páginas de ignominia (2).

Pesaba sobre la mujer el despotismo más absoluto del marido, que podía cederla, venderla ó prostituirla á su antojo, y en algunos pueblos estaba obligada á sacrificarse sobre la tumba de su esposo. Sobre ella recaían los trabajos más penosos y era considerada como una cosa, como una propiedad, como un jumento. Ni siquiera era apreciada como instrumento de placer. Aun en aquellos pueblos en que disfrutaba de mayor consideracion, estaba, sin embargo, degradada, por la poligamia, por el repudio, por el concubinato y por el desprecio de la personalidad. A la degradacion en su *pudor* concurrían de consuno las leyes, las costumbres y su propia corrupcion. En algunos pue-

(1) Tertul., *Apolog.*, cap. 42. Véase la obra *Beneficios de la religion cristiana*, caps. 5.° y 6.°, traduccion de Labayen. San Sebastian, 1831.

(2) Véase nuestra obra *Las Flores de la vida*, parte 2.ª, libro I, en donde lo probamos extensamente.

© Biblioteca Nacional de España

blos era universalmente obligatoria la prostitucion, en otros era aceptada como un honor. En todas partes dominaba la más desenfrenada licencia, y las matronas romanas se entregaban á los esclavos con tal escándalo, que el Senado tuvo que intervenir para cortar tamaña corrupcion sin poderla remediar, y, al contrario, dando ocasion á que muchas se hiciesen inscribir entre las mujeres públicas, para librarse de las penas. El *carácter de la mujer*, que naturalmente lleva consigo la idea de dulzura, de bondad y de sensibilidad, se había pervertido hasta tal punto, que las damas nobles bajaban desnudas á la arena á tomar parte en los juegos sangrientos de los gladiadores, y todas asistían á estos espectáculos con el mayor placer. Cuando algun gladiador vencido pedía gracia, y entónces su vida dependía de ellas, apostrofando su cobardía, daban la señal de su muerte, levantando el dedo pulgar.

¡Tan degradada estaba la mujer pagana! Mas áun cuando no hubiera sido así, tendría suficiente desgracia al ver arrebatados sus hijos para exponerlos públicamente ó darles muerte si eran deformes, ó venderlos ó sacrificarlos á los ídolos. Esto sucedía con los niños en todos los pueblos antíguos, á excepcion únicamente de Tebas. Si la naturaleza dió á su corazon los sentimientos maternales que tienen las mismas fieras, se comprenderán los dolores de aquellas madres al ser privadas de los pedazos de sus entrañas. Y, ¿qué suerte sufrían aquellos expósitos, que arrojaban sus mismos padres, con la tolerancia de las leyes? En Roma especulaban con estos niños cuatro clases de gentes: los *lanistas*, que los recogían destinándolos para gladiadores; los *dueños de los lupanares*, que los educaban para el libertinaje; los *mágicos*, que componían brevajes con su sangre, y los más crueles, los *mendigos*, que los mutilaban bárbaramente con objeto de explotar la caridad pública (1). La pluma se resiste á tantos horrores, que no

(1) Gaume, 1.ª parte, cap. 11.—Esta última industria se ejerce tambien actualmente en la culta Lóndres.

© Biblioteca Nacional de España

podían ignorar aquellas infelices madres. Los hijos que no eran expuestos, quedaban sujetos á la tiranía del padre, que tenia sobre ellos derecho de vida y muerte, y lo ejercía con frecuencia en algun arrebato de furor.

El cristianismo puso remedio á estos males en su raiz, elevando á la mujer al rango de compañera del hombre, y sancionando la unidad é indisolubilidad del matrimonio, con lo cual curó las dos lepras de la familia pagana, la poligamia y el divorcio. La mujer recuperó su dignidad al ser igualada con el hombre, al ser tratada con respeto, al ser honrada por su pudor y su virtud, y se convirtió en el génio benéfico del hogar doméstico. Su pudor fué realzado por la castidad que prescribe nuestra santa religion, hasta dentro del matrimonio, y por los honores y privilegios concedidos por la Iglesia al estado de virginidad. Su carácter brilló de nuevo con su natural delicadeza y dulzura, con sus amables atractivos, con su caridad y con su ternura, que hacen de ella un ángel de consuelo para todas las miserias. No es de admirar esta trasformacion, porque la mujer cristiana fué modelada bajo el tipo de la bendita Vírgen María, Madre de Dios, que es la honra y el decoro y la reparadora de su sexo. Esta ennobleció á la mujer, enriqueciéndola con tres especies de soberanía, del pudor, de los dolores y de la virtud. Siempre Vírgen, Madre Dolorosa, Mujer Inmaculada y Santísima, Reina Misericordiosa y amable, es el modelo divino de la mujer en todos sus estados. Solo el procurar imitarla es para la mujer un honor y una nobleza.

No fué menor la solicitud de la Iglesia por los hijos. Primero multiplicó su celo á fin de conservar su vida al nacer, para que recibiesen el bautismo. Despues reprobó enérgicamente la exposicion y el infanticidio, y en breve sus incesantes predicaciones modificaron las costumbres públicas en este punto, y fueron causa de que se modificasen las leyes: modificacion que no sospechaban los emperadores que era debida á aquellos cristianos á quienes tan encarnizadamente perseguían. Luégo impuso penas severísimas contra los que de algun modo abusaren de la debi-

© Biblioteca Nacional de España

lidad de los niños; y, por último, recogía con cuidado á los expósitos y los hacía educar. En todos los pueblos en que fué introducido el cristianismo, mejoró rápidamente la condicion de la mujer y de los hijos, y en donde no se introdujo, continuó más tiempo la antígua degradacion. Esta prueba es decisiva.

Lo que hemos dicho de la antígua sociedad pagana, se observa todavía en aquellas naciones en donde no ha penetrado aún la luz del Evangelio. Los mismos vicios, la misma degradacion de la mujer y de los hijos, las mismas crueles supersticiones. No hablaremos de las tríbus salvajes de América y Australia, en donde la barbárie y la ferocidad exceden á cuanto se puede imaginar; citaremos solo á la India, y á aquella China que Voltaire y sus discípulos presentaban como el bello ideal de la perfeccion.

La civilizacion de la India permanece tan estacionaria, que con razon un escritor moderno ha dicho de aquel pueblo que parece una petrificacion de la raza humana. Aquella sociedad helada se sostiene en virtud de su propia atonía, aunque corroida por las plagas más repugnantes. Sumida en el mayor embrutecimiento, en la idolatría más grosera, en las supersticiones más bárbaras, subsiste sin ninguna modificacion hace muchos siglos. La odiosa distincion de castas impedirá siempre todo progreso. La condicion de los infelices *párias* es más desgraciada que la de los esclavos más oprimidos: se tiene por deshonra el conversar con ellos, y se cree contaminada el agua y la leche sobre las cuales pasa su sombra. Aun en los países en que hace más de un siglo dominan los ingleses, no ha mejorado la condicion social: éstos se ocupan de explotar á la India más bien que de civilizarla. Todavía en la fiesta del carro (*Tirunnal*), entre cánticos y danzas obscenas, los padres y madres, con sus niños en los brazos, se precipitan delante de las ruedas para hacerse aplastar por ellas. Todavía se conserva la horrible costumbre de ser sacrificadas las viudas sobre la tumba de sus maridos, y mil viudas suben cada año á la pira de sus esposos en solo el distrito de veinte ó treinta millas alrededor de Calcuta, sometidas á Ingla-

© Biblioteca Nacional de España

terra (1). El infanticidio está diariamente practicado entre los indios desde tiempo inmemorial (2).

Y, ¡esta nacion, exclama Gaume, está desde hace un siglo sujeta á un pueblo que se llama cristiano! Decid á los vencedores que nada han hecho para ilustrar á los ignorantes, y os contestarán que se les calumnia: ¿de qué proviene, pues, la inutilidad de sus esfuerzos? ¡Ah! preciso es reconocerlo: son esenciales dos cosas para regenerar las naciones; la palabra divina en los lábios y la sangre del mártir en las venas: una y otra faltan á la herejía.

En cuanto á la China, ¿quién no ha oido hablar de la suerte de sus infelices niños? Jamás ha habido pueblo que haga ménos caso de la infancia. Las comadronas ahogan á muchos al nacer, y se hacen pagar por este bárbaro acto. Se expone á los recien nacidos en los caminos ó en las calles públicas, en donde son devorados por los animales, ó recogidos á la mañana por los carros de la basura. Segun cálculos aproximativos, ascienden á *setenta mil* los niños expuestos cada año en los rios del inmenso imperio chino; y en esta espantosa muchedumbre no van incluidos los que son ahogados ántes ó despues de haber nacido. La imaginacion retrocede con espanto ante semejante estadística. Otros padres venden á sus hijos como si fuesen animales. «A centenares de miles, escribe un misionero católico, se destruyen esas inocentes víctimas. El Gobierno no pone remedio ni obstáculo alguno á esa horrible costumbre... Todos nosotros nos ocupamos en recoger esos pobres niños. Me los traen con frecuencia por *tres* francos, *seis* francos, y aún de *balde*, diciéndome que *si no los acepto los matarán*» (3).

---

(1) Cantú, época 2.ª, cap. 12. Un cálculo hecho en 1804 elevaba á diez mil el número de viudas indias quemadas vivas cada año sobre la tumba de sus maridos. El mismo cálculo hecho en 1838 da en las solas posesiones inglesas dos mil quinientos *suttées* por los años 1835, 36, 37 y 38.

(2) Gaume, parte 3.ª, cap. 8.º

(3) *Anales de la propagacion de la fe*, 1842, núm. 84.—Véase Gaume, parte 3.ª, cap. 10.

© Biblioteca Nacional de España

El Catolicismo protegió bajo sus alas á aquellos pobres niños ¿Quién no ha oido con emocion hablar de la *Obra de la santa infancia*, fundada por monseñor de Torbin-Janson, Obispo de Nanci, para la compra de los niños en China y otros países infieles? Si los recursos materiales no son suficientes para salvar, comprándolos y criándolos, la vida temporal de aquellos infortunados expósitos, se les procura la vida eterna por el bautismo. Solo en 1868 la *Asociacion protectora de niños chinos* ha recaudado ocho millones de reales, adoptado *cuarenta y cinco mil* niños, y bautizado *cuatrocientos mil* entre niños y adultos.

Igual es, poco más ó ménos, el estado de la civilizacion en todos los pueblos paganos. Lo cual nos debe convencer sin duda alguna de que la civilizacion, en todo cuanto merece tan bello nombre, es efecto de una virtud atractiva del Evangelio, sigue por todas partes los pasos de sus Apóstoles, se eclipsa ó reaparece con su culto, se altera ó se mejora, segun que se apartan de él ó se le acercan, y es como su irradiacion.

§ II.—*Abolicion de la esclavitud por el Catolicismo.—Hasta qué punto aprecia la Iglesia la libertad del hombre.—Los mercenarios.*

Si quisiéramos investigar el orígen de la esclavitud, deberíamos remontarnos al mismo orígen de las sociedades. El despotismo del fuerte, y la necesidad de vivir y ser defendido el débil en los tiempos en que los medios de subsistencia y de defensa eran difíciles, hicieron que muchos hombres se entregasen á un dueño, á condicion de que éste los alimentase y los tratase segun las leyes de la humanidad; pero bien pronto el hombre abusó de su fuerza, y lo que al principio era un servicio y una dependencia voluntaria, se convirtió en dura é inhumana esclavitud. Despues perpetuaron la esclavitud las guerras sangrientas de los pueblos, que se hacían á sangre y fuego. Entónces era costumbre dar muerte á todos los prisioneros, y muchos, en lugar de ser muertos, fueron vendidos y reducidos á es-

© Biblioteca Nacional de España

clavitud. Así se extendió esta calamidad por todas las naciones, arraigándose en las ideas, en las costumbres y en las leyes.

La opresion y miseria en que vivían los esclavos excede á cuanto se puede imaginar. El esclavo era considerado por la ley y la costumbre, no como hombre, no como persona, sino como cosa. No tenía representacion en la vida civil, no podía ser testigo en ningun contrato, ni citar á nadie á los tribunales, ni testar ni heredar. El amo tenía facultad de azotarle, matarle y cometer cualquier infamia en su cuerpo. Antonio y Cleopatra experimentaban en ellos los venenos. Si un extraño maltrataba al esclavo de otro, se tasaba el daño como el que se hacía á una caballería. Y entre tanta miseria, no había una voz generosa en favor de tantos infelices. Estaba reservado al cristianismo únicamente mejorar su triste situacion.

«Ya no se encuentra quien ponga en duda que la Iglesia católica ha tenido una poderosa influencia en la abolicion de la esclavitud. Muy errado anda Mr. Guizot queriendo probar que no es debida exclusivamente al cristianismo la abolicion de la esclavitud, porque subsistiese tal estado por mucho tiempo en medio de la sociedad cristiana. La abolicion repentina no era posible; intentarla hubiera sido trastornar al mundo sin alcanzar su objeto. El número de esclavos era inmenso; la esclavitud estaba profundamente arraigada en las ideas, en las costumbres, en las leyes, en los intereses individuales y sociales; sistema funesto, sin duda, pero que era una temeridad pretender arrancarle de un golpe.»

«Siendo tan crecido en todas partes el número de esclavos, que muchas veces estaba en peligro por ellos la tranquilidad pública, ya se ve que era del todo imposible predicar su libertad inmediata sin poner en conflagracion al mundo. Desgraciadamente queda todavía en los tiempos modernos un punto de comparacion que, si bien en una escala muy inferior, no deja de cumplir á nuestro propósito. En una colonia donde los esclavos negros sean más numerosos, ¿quién se arroja de golpe á ponerlos en libertad? Y

© Biblioteca Nacional de España

cuando se agrandan las dificultades, ¿qué dimension tan colosal adquiere el peligro tratándose, no de una colonia, sino del universo?»

«Si en tiempos más cercanos ha costado tanto trabajo el destruir el feudalismo; si despues de siglos de combates quedan todavía en pié muchas de sus reliquias; si el tráfico de negros, á pesar de estar limitado á determinados países, á peculiares circunstancias, está todavía resistiendo al grito universal de reprobacion que contra semejante infamia se levanta de los cuatro ángulos del mundo, ¿cómo hay quien se atreva á manifestar extrañeza, á inculpar al cristianismo porque la esclavitud duró algunos siglos, despues de proclamadas la fraternidad entre todos los hombres y su igualdad ante Dios?» (1). Y las persecuciones que sufrió la Iglesia durante tres siglos, y la irrupcion de los bárbaros del Norte, ¿le permitieron acaso ejercer directamente su influencia regeneradora?

Mas hé aquí lo que hizo la Iglesia para abolir la esclavitud.

Primero empezó enseñando la igualdad de naturaleza en todos los hombres; la igualdad de redencion por Cristo; la fraternidad universal. Con esto dió consideracion á los esclavos y contribuyó á que fuesen tratados con humanidad. Sabido es que abrazaron el cristianismo muchas personas ricas y distinguidas que poseían un gran número de esclavos, á quienes trataban en adelante como á miembros de la familia. El amo y el esclavo recibían muchas veces juntos la misma eucaristía y tal vez el mismo martirio.

Desde que la Iglesia adquirió existencia legal por la conversion de Constantino, pudo desplegar su solicitud en favor de los esclavos. No hay siglo en que no se diera un paso hácia su completa emancipacion sin violencias y sin trastornos. Los cánones de sus Concilios son la escala de la libertad de aquellos desgraciados.

(1) Balmes, obra citada, cap. 15.

© Biblioteca Nacional de España

Primero prohibió maltratar á los esclavos, imponiendo penitencias á quien lo hiciera (1), y condenó como homicida al amo que matase á su esclavo, imponiéndole excomunion mayor (2), y acogió en las Iglesias á los esclavos que hubieran cometido algun delito, con lo cual los libraba por el pronto del castigo (3), y si el delito era grave, dispuso que fuesen entregados á los tribunales públicos, en lugar de ser castigados por la autoridad privada del amo (4); y si el amo hacía trabajar en dia de fiesta á su esclavo, éste quedaba libre (5).

Mejorada por estos y otros medios la condicion material de los esclavos, la Iglesia les concedió derechos y privilegios. Un Concilio romano, presidido por San Gregorio el Grande, mandó que se diese libertad á los esclavos que quisiesen abrazar la vida monástica, prévias las pruebas necesarias para acreditar la verdad de su vocacion (6). No podía ménos de realzar á los esclavos el admitirlos á un estado que gozaba ya de mucha consideracion. Pero fueron más realzados desde que la Iglesia no tuvo dificultad en escoger de entre ellos sus ministros, disponiendo que consiguiesen la libertad ántes de recibir la sagrada ordenacion (7). «Disciplina altamente humana y generosa, pues que, colocando en esfera tan respetable á los que habían sido esclavos, tendía á disipar las preocupaciones contra los que se hallaban en dicho estado.» Además, la Iglesia tomó especialmente la proteccion y defensa de los manumitidos para impedir que por su pobreza ó por la codicia de otros volviesen á perder la libertad (8). Por último, el

(1) Conc. Illiber., cán. 5, celebrado el año 305.—Aurel. V, cán. 22, año 549.—Emeritense, cán. 15, año 666.
(2) Conc. Epaonen., cán. 34, año 517.—Tolet. XVII, cán. 15, año 694, y otros.
(3) Epaonen., cán. 39.
(4) Emerit. cit.
(5) Leges Inæ regis Saxonum, año 692.
(6) Con. Rom., año 597.—S. Greg., *Epist.* 44, lib. IV.
(7) Con. Tolet IV, año 633, y IX, año 655.
(8) Con. Arausic. I, cán. 7, año 441.—Agathense, cán. 29, año 506, y otros muchos.

© Biblioteca Nacional de España

Papa Alejandro III, en el Concilio de Letrán, declaró que todos los cristianos fuesen exentos de la esclavitud hasta por parte de los sarracenos y judíos (1). «Esta sola ley, dice Voltaire, basta para hacer bendecir el nombre de este Papa por todos los pueblos de la tierra. Tal vez el hombre que en la Edad Media mereció mejor del género humano fué el Papa Alejandro III» (2).

Al ver como la Iglesia preparó lentamente la abolicion de la esclavitud, hemos podido comprender el alto aprecio que ella hace de la libertad del hombre. Mas para acabar de confundir á los que tienen la avilantez de decir que el Catolicismo tiende á esclavizar á los hombres, añadiremos dos argumentos que no pueden ser más gloriosos. Para rescatar á los cautivos cristianos, reducidos á esta triste condicion por los reveses de la guerra, la Iglesia sacrificaba sus bienes generosamente, estando prevenido por numerosos y antiquísimos cánones que, si fuese preciso, se vendiesen para ello las alhajas de las Iglesias, y hasta los mismos vasos sagrados, áun cuando fuese necesario desatender otras atenciones, y la misma reparacion de los Templos (3). Entónces se vieron ejemplos de la caridad más heróica, pues los cristianos no se contentaban con desprenderse de sus bienes, sino que muchos *se entregaron ellos mismos al cautiverio para rescatar á otros* (4). El segundo argumento, complemento del anterior, es una de las grandezas más ilustres del Catolicis mo; *los mercenarios*. Estos hombres extraordinarios consagraban su vida y sus facultades á la redencion de los cautivos, obligándose con voto solemne á dar si era necesario su propia libertad y hasta su vida por rescatar á otros. No comprendo que la caridad pueda llegar á más alto grado. Solo la religion católica

(1) Con. Later. III, cán 26, año 1179.
(2) Hist. univ., tomo XX, pág. 266.
(3) Conc. Masticon. II, cán. 5, año 585.—Rhemense, cán. 22, año 630 —S. Greg. M. *Epist.*, lib. VII, eps. 14, 26, 38 y otros muchos.
(4) S. Clemente Rom., *Epist. I ad Corint.*, núm. 7.

© Biblioteca Nacional de España

sabe formar semejantes héroes é inspirar semejantes sacrificios. Hasta los mayores enemigos de la Iglesia no han podido rehusarles sus elogios, ni disimular su admiracion (1).

§ III.—*Tráfico de negros.—Conducta de la Iglesia en este punto.*

Existe todavía un borron de la humanidad más humillante que la misma esclavitud pagana; el tráfico de negros. El hombre, hecho á imágen y semejanza de Dios, no podía llegar á mayor degradacion que ser considerado como una mercancía. La esclavitud pagana era considerada como lícita, estaba en las costumbres, en los hábitos, en la educacion; no había entónces la cultura é ilustracion de nuestros tiempos, y, sobre todo, no había diez y nueve siglos de Catolicismo, predicando que todos los hombres son hermanos. A pesar de todo, reprobamos aquella antígna ignominia y la deploramos como una repugnante gangrena de la sociedad. ¿Con qué palabras, pues, condenaremos la infamia de esos hombres que se llaman civilizados y cristianos, que todavía especulan con la raza humana por una sórdida ganancia? ¿Con qué indignacion trataremos á esos ruines mercaderes, deshonra de la civilizacion actual, que con toda malicia y conocimiento esplotan la ignorancia y la barbárie, de los pobres negros, y los reducen á la esclavitud más odiosa, valiéndose de todos los medios reprobados?

La Iglesia siempre ha mirado con horror el tráfico de hombres y lo ha condenado con energía. No vengan ahora á usurparle estas glorias las filantrópicas *sociedades abolicionistas*. ¿Qué han hecho éstas? Unicamente declamar y acusar á la Iglesia de lo que no ha podido impedir por culpa de los mismos, que más alarde hacen de su humanidad. ¿Hay alguno que ignore que los incrédulos del siglo pasado, que más gritaron contra el tráfico de negros, au-

(1) Véase Pinard, obra cit., cap. 26.

© Biblioteca Nacional de España

mentaron sus capitales empleándolos en este vil comercio? ¿Hay alguno que ignore que en nuestros dias los que más hablan de abolicion son dueños de muchos esclavos negros y no son los que mejor los tratan? ¿Hay alguno que ignore que los abolicionistas del dia predican humanidad por miras interesadas, algunas no muy nobles, y otros por fines políticos? Ni han hecho nada positivo en favor de los pobres negros, ni han disminuido su número, ni han suavizado el duro trato que reciben.

Vengan esos filántropos de oropel que nos almenan con sus declamaciones; recorran ciudad por ciudad, pueblo por pueblo, puerta por puerta, pidiendo una limosna para el rescate de los negros; no se contenten con escribir un miserable artículo de periódico; ó dar algunos maravedises en suscriciones que nunca llegan á su destino; crucen los mares como los mercenarios; bajen á los hediondos calabozos, y entónces creeremos en su amor á la humanidad desinteresado, heróico y ageno á toda mira bastarda. Miéntras no hagan algo de esto, tenemos derecho á decirles: Atrás, miserables; vuestras teorías no son más que una parodia abusiva del Evangelio. Dejad á la Iglesia su accion expedita, si tanto apreciais la abolicion de la esclavitud; promoved las misiones para civilizar á los infelices negros, y ella lo hará tanto más pronto, cuanto la ruin avaricia y malas pasiones de los que sostienen este tráfico, pongan mayores obstáculos: ó á lo ménos derramará sobre el corazon de los infelices negros el bálsamo del consuelo y de la esperanza miéntras llega el dia de la anhelada abolicion.

Dispénsenos el lector este arranque de indignacion que ha brotado naturalmente de nuestro pecho, al ver como se desconocen los beneficios de la Iglesia; al paso que hombres que nada hacen, publican con las trompetas de la fama sus estériles conatos en favor de los negros, como si antes de ellos no se hubiera levantado con este objeto ninguna voz.

Antes que éstos se acordasen de existir, ántes que la Europa civilizada reprobase el tráfico de negros, ántes que las potencias firmasen el tratado de Lóndres, hacía ya mu-

© Biblioteca Nacional de España

chos siglos que lo habia condenado la Iglesia, que no ha dejado en ningun tiempo de abogar por la suerte de estos infelices, y ha hecho por ellos lo que ha podido.

Ya en el siglo VI había impuesto excomunion á los que atentasen contra la libertad de las personas, apoderándose violentamente de ellas para cautivarlas ó venderlas (1). En el siglo XI había prohibido *aquel negocio abominable que hasta aquí se hacia en Inglaterra de vender á los hombres como brutos animales* (2). A fines del siglo XV, «el Papa Pío II, »en cuyo pontificado se extendió el dominio de los portu»gueses en la Guinea y en el país de los negros, en sus le»tras de 7 de Octubre de 1482 al Obispo de Ruvo, que iba »á partir para aquellas regiones, censuró severamente la »conducta de los cristianos, que reducían á aquéllos á la »esclavitud.» De la misma manera condenaron el tráfico de los indios Paulo III en sus Letras Apostólicas en 1537; Urbano VIII en 1639, y Benedicto XIV en 1741. En nuestro siglo, Pío VII, animado del mismo espíritu de religion y caridad que sus antecesores, no solo condenó como ellos esta infamia, sino que tambien «interpuso con celo sus bue»nos oficios cerca de los hombres poderosos para hacer »que cesase enteramente el tráfico de negros entre los »cristianos.

»Semejantes prescripciones y solicitud de nuestros an»tecesores, prosigue el Papa Gregorio XVI, nos han ser»vido, con la ayuda de Dios, para defender á los indios y á »los negros de la barbárie, de las conquistas y de la codi»cia de los mercaderes cristianos: mas es preciso que la »Santa Sede tenga por qué regocijarse del completo éxito »de sus esfuerzos y de su celo, puesto que si el tráfico de »negros ha sido abolido en parte, todavía se ejerce por un »gran número de cristianos. Por esta causa, deseando bor»rar semejante *oprobio* de todas las comarcas cristianas... »prohibimos á todos los cristianos, de cualquier clase y »condicion que fuesen, que ninguno sea osado en adelante

(1) Conc. Lugd. II, cán. 3, año 567.
(2) Conc. Londin., año 1102.

© Biblioteca Nacional de España

»á molestar injustamente á los indios, á los negros ó á otros »hombres, sean los que fueren, despojarlos de sus bienes ó »reducirlos á esclavitud, ni á prestar ayuda ó favor á los »que se dedican á semejantes excesos ó á ejercer un tráfi»co tan inhumano, por el cual los negros, como si no fue»sen hombres, sino verdaderos é inmundos animales, re»ducidos cual ellos á la servidumbre, sin ninguna distin»cion y contra las leyes de la justicia y de la humanidad, »son comprados, vendidos y dedicados á los trabajos más »duros, con cuyo motivo se excitan desavenencias y se fo»mentan contínuas guerras en aquellos pueblos por el cebo »de la ganancia propuesta á los raptores de negros» (1).

Por último, en el Concilio Vaticano se presentó un *postulatum* suscrito por muchos Obispos en favor de los infelices negros.

Tal ha sido y es la conducta del Catolicismo: así ha defendido los derechos del hombre y la causa de los oprimidos. Para la Iglesia no hay diferencia de razas, climas ni colores. *Donde no hay gentil y judío, circunciso é incircunciso, bárbaro ó escita, esclavo y libre, sino todo y en todos Cristo* (2).

Ni un solo instante ha dejado de cumplir la Iglesia su mision civilizadora.

CAPITULO II.

La civilizacion sin la Iglesia.

Hemos dicho que, así como la Iglesia es el principio de la verdadera civilizacion, así no puede existir civilizacion que merezca este nombre fuera de la influencia del Catolicismo: y que al paso que éste es esencialmente civilizador, su negacion es, por el contrario, una degeneracion y un retroceso. Ya lo hemos demostrado en parte haciendo

(1) Letras Apost. de 3 de Noviembre de 1839.
(2) Coloss. III, 11.

© Biblioteca Nacional de España

ver lo que era la antígua civilizacion pagana, y lo que es todavía en los pueblos que no han abrazado la doctrina del Evangelio. Indicamos tambien como prueba el hecho de aquellos países ilustrados y florecientes, miéntras fueron católicos, y que á poco volvieron á la barbárie desde que por diversas causas perdieron la fe. ¿Quién no ha oido hablar de la cultura de África, que hoy se cita con razon como tipo de barbárie? Desde el siglo II fué una de las Iglesias más florecientes, y la historia eclesiástica está llena de monumentos gloriosos de aquellas regiones, de sus numerosos Concilios y de sus grandes hombres, como Tertuliano, San Cipriano y San Agustin. Lo mismo decimos de Egipto, de Abisinia, así como tambien de muchos pueblos del Asia. Como el estado, tanto antiguo como moderno, de estas regiones es un hecho tan conocido, no nos detenemos en largos razonamientos: para nuestro propósito basta enunciar el *hecho* de su decadencia, para probar que sin Catolicismo no hay civilizacion.

Completaremos nuestra prueba examinando lo que es la civilizacion protestante, si es que merece este nombre, y lo que es la tan ponderada civilizacion moderna y sus decantadas conquistas. Y probaremos la justicia con que esta civilizacion ha sido condenada por la Iglesia, precisamente para defender la única verdadera civilizacion.

§ I.—*La civilizacion protestante.*

Sic vos, non vobis, podemos exclamar los católicos, parodiando á Virgilio, cuando le usurparon unos versos que habia compuesto.

Esto nos ocurre al ver que se considera el protestantismo como uno de los más prodigiosos esfuerzos del espíritu humano, y se le atribuyen los rápidos adelantos que ha hecho la civilizacion Europea desde el siglo XVI, los cuales son exclusivamente propios del Catolicismo, y preparados por él en los siglos anteriores.

Tan léjos está el protestantismo de desarrollar la civili-

© Biblioteca Nacional de España

zacion, que, por el contrario, la falsea y la retarda. No costará mucho trabajo demostrarlo.

Consiste la civilizacion en la ilustracion, la moralidad y el bienestar material de los pueblos, como ya hemos indicado. Cada una de estas tres cosas se apoya mútuamente, y cada una de ellas se perfecciona con las otras. Ahora bien; el protestantismo, por sus principios y doctrinas, es contrario á todos y cada uno de esos tres elementos de toda civilizacion.

No se puede negar que lo que por su naturaleza tiende á fomentar y multiplicar los errores, es contrario á la ilustracion. Y, ¿qué cosa hay más oportuna para esto que el principio del libre exámen, que es el fundamental del protestantismo? Este principio abre la puerta á todos los extravíos de la razon, y era natural, una vez sentado, que no quedase en pié verdad alguna dogmática ni filosófica. De aquí sus variaciones, sus negaciones, cada vez más monstruosas, las infinitas sectas en que se dividió y los delirios que sostenían; de aquí, en fin, que el protestantismo ha venido á parar en deismo, y á fomentar la incredulidad y la indiferencia religiosa. Y es fácil ver, conociendo la índole de los errores modernos, así filosóficos como sociales, que todos son consecuencias más ó ménos remotas del sistema protestante.

«Quitando al espíritu humano el punto de apoyo de una autoridad, ¿en qué podrá afianzarse? ¿No queda abandonado á merced de sus sueños y delirios? ¿No se le abre de nuevo la tenebrosa é intrincada senda de interminables disputas que condujo á un caos á los filósofos de las antíguas escuelas? Aquí no hay réplica, y en esto andan acordes la razon y la experiencia: sustituido á la autoridad de la Iglesia el exámen privado de los protestantes, todas las grandes cuestiones sobre la divinidad y el hombre quedan sin resolver; todas las dificultades permanecen en pié; y flotando entre sombras el entendimiento humano, sin divisar una luz que pueda servir de guía segura, abrumado por la gritería de cien escuelas que disputan de contínuo sin aclarar nada, cae en aquel desaliento y postracion en que le había

© Biblioteca Nacional de España

encontrado el cristianismo, y del que le había levantado á costa de grandes esfuerzos. La duda, el pirronismo, la indiferencia, serán entónces el patrimonio de los talentos más aventajados; las teorías vanas, los sistemas hipotéticos, los sueños, formarán el entretenimiento de los sábios comunes; la supersticion y las monstruosidades serán el pábulo de los ignorantes» (1).

Se dirá que entre los protestantes hay muchos hombres sábios; no lo negamos, solo sostenemos que esos no son tales precisamente por ser protestantes, sino á pesar de serlo; no por el libre exámen, sino porque se han aprovechado de la sana filosofía basada en el Catolicismo. Decimos que, á pesar de estas excepciones, el principio citado es funesto para la generalidad de los que lo abracen.

Más funestos son todavía los efectos que el protestantismo produce en la moralidad. Negada la necesidad de las buenas obras, es natural que se pierda la aficion á hacerlas. Admitido el principio de la sola fe justificante, no se necesitan sacramentos, ni oraciones, ni buenas costumbres, y las pasiones no dejan de aprovecharse de estas teorías, que tanto las favorecen. Negada la libertad del hombre, y reducido éste á la condicion de un tronco, de una piedra, como pretendía Lutero, vienen necesariamente los deplorables frutos del fatalismo, lanzándose como el bruto á todos los excesos. Fácil es comprender que tales principios empujan inevitablemente á la sociedad á un profundo abismo.

Si la influencia católica no hubiera contrarestado estas perversas doctrinas, las sociedades protestantes hubieran llegado sin remedio al salvajismo; pero la parte de cristianismo que conservaban, y además el vivir en medio de sociedades católicas, y bajo una legislacion basada toda en el espíritu católico, y con costumbres formadas en lo pasado, segun la moral evangélica, la contuvieron en la pendiente y evitaron su rápida descomposicion. Pero á medida que se van alejando de su orígen, se van convirtiendo en

(1) Balmes, obra citada, cap. 4.º

© Biblioteca Nacional de España

sociedades materialistas y ateas. Su moral es el *utilitarismo*.

Así es que, léjos de haber disfrutado el bienestar general los pueblos protestantes, en ninguna nacion fué más infeliz la suerte de las clases numerosas. Puede decirse que allí no se extinguió del todo el feudalismo, y subsisten muchas causas fecundas de miseria pública. ¿Quién no ha oido mil veces señalar la Gran Bretaña como la nacion más ilustrada, más libre, más rica, más dichosa, más civilizada del orbe? Y, sin embargo, allí es donde se verifica del modo más escandaloso el prevalecimiento del menor número contra el mayor, donde hay la acumulacion mayor de riquezas en pocas familias, donde hay las fortunas más monstruosas, agrícolas, industriales y mercantiles; en la Gran Bretaña es donde se verifica en toda la extension de la palabra que muchos trabajan para pocos, y que el lujo insulta á la miseria; allí, por último, se ha desarrollado de una manera espantosa esa plaga de la sociedad moderna llamada *pauperismo* (1). Y nosotros preguntamos con Balmes: «¿Dónde está la perfeccion de una sociedad, cuya mayor parte es víctima de la desnudez y del hambre? ¿Qué significa la civilizacion cuando el mayor número carece de pan?» (2)

Todo el mundo conoce la *Historia de la reforma protestante*, escrita por William Cobbett, en la cual el autor se propuso probar, y, efectivamente, probó con datos y argumentos irrecusables, «que el acontecimiento llamado *reforma* ha empobrecido y degradado la masa del pueblo de Inglaterra é Irlanda: y que sin más que examinar franca é imparcialmente dicho acontecimiento, se conoce que se le dió muy impropiamente el título de reforma; pues aunque en realidad fué un cambio, fué bajo todos aspectos un cambio en *peor* que tuvo su orígen en una incontinencia brutal, fué sostenido por la hipocresía y la perfidia, llevado á cabo

(1) Véase Mary-Meyneu, *Du Pauperisme anglais*, París, 1841.

(2) *La Civilizacion*, art. 4.º

© Biblioteca Nacional de España

por el robo y la devastacion, derramando para ello torrentes de sangre inglesa é irlandesa, y cuyas consecuencias tenían que ser necesariamente esa miseria, esa mendicidad, esa desnudez, esa hambre, esas contiendas, esos ódios eternos que vemos por todas partes y aturden nuestros oidos á cada paso que damos: males todos que ha introducido entre nosotros la reforma, en lugar de la abundancia, de la prosperidad, de la union y caridad cristiana de que tan plenamente gozaron nuestros padres católicos durante tantos siglos» (1). Todo esto lo prueba con la historia en la mano, y con la lógica de los números, que no tiene réplica. En cuanto á Alemania, M. Spazier, protestante, probó que la reforma fué igualmente funesta al desarrollo de la ilustracion, al progreso social, á las libertades populares y á la unidad germánica (2). Más adelante volveremos á tocar este punto, al tratar de la prosperidad de los países herejes comparados con los católicos.

Añadiremos que el protestantismo lleva en sí mismo un principio de oposicion al desarrollo de la literatura y las artes que, si no constituyen la civilizacion de un pueblo, á lo ménos son inseparables de su esplendor. «Si la reforma, dice Chateaubriand, hubiese alcanzado desde su principio un completo triunfo, habría establecido, al ménos por algun tiempo, una nueva barbárie. Tratando de supersticion la pompa de los altares, y de idolatría las obras maestras de escultura, arquitectura y pintura, se encaminaban á desterrar del mundo la elocuencia y la poesía, en lo que tienen de más grande y elevado, á deteriorar el gusto repudiando los modelos, á introducir algo de seco y frio en el espíritu, cortando al génio sus alas, á sustituir una sociedad dura y material á otra sociedad acomodada é intelectual, á poner las máquinas y el movimiento de una rueda en lugar de las manos y de la operacion mental.

»Tres siglos há que nació el protestantismo: es poderoso

(1) Véase especialmente la carta 16, tomo II.
(2) En la *Revista del Norte*, 1833.—Véase tambien Raoul-Rochette, *Lettres sur la Suisse.*

© Biblioteca Nacional de España

en Alemania, en Inglaterra, en América; es practicado por millones de hombres, y, ¿qué es lo que ha edificado? Solo os mostrará ruinas que ha hecho, entre las cuales ha plantado algunos jardines ó establecido algunas manufacturas. Rebelde á la autoridad de las tradiciones, á la experiencia de los siglos y á la sabiduría de los antíguos, el protestantismo se separó de todo lo pasado para formar una sociedad sin raíces» (1).

«Se ha dicho, prosigue despues, que el protestantismo había sido favorable á la libertad política, pues había emancipado las naciones. ¿Hablan los hechos como las personas? Fijad los ojos en el Norte de Europa, en el país donde nació la reforma y donde se ha conservado, y en todas partes encontrareis la voluntad única de un señor: la Suecia, la Prusia y la Sajonia han permanecido bajo el poder de una monarquía absoluta, y la Dinamarca se ha convertido en un despotismo legal. El protestantismo se estrelló en los países republicanos: no pudo invadir á Génova y apenas obtuvo en Venecia y en Ferrara una reducida Iglesia secreta que cayó en breve. Las artes y el hermoso sol del Mediodia eran mortales para él. En Inglaterra no fué el vehículo de la Constitucion, formada ántes del siglo XVI en el regazo de la fe católica. Cuando la Gran Bretaña se separó de Roma, el Parlamento había ya juzgado y depuesto reyes, y los tres poderes eran distintos. El pueblo inglés estuvo tan léjos de conseguir la extension de sus libertades por el hundimiento de la religion de sus padres, que nunca el Senado de Tiberio se mostró tan vil como el Parlamento de Enrique VIII.» El mayor acrecentamiento del poder real en Europa data cabalmente de la época del protestantismo.

Bajo cualquier aspecto que se considere, el protestantismo interrumpió el curso de la civilizacion. Apenas nació, separó á las naciones europeas en dos grandes bandos, que se profesaron desde su division un ódio mortal: ódio que produjo encarnizadas guerras, en que se vertieron torren-

(1) *Estudios históricos*, introduccion.

© Biblioteca Nacional de España

tes de sangre. Claro es que en tal estado se paralizaron los adelantos en todos los ramos, decayendo la industria, el comercio, las artes, y, sobre todo, haciendo recelosas y desconfiadas las relaciones mútuas de los diversos pueblos.

En resúmen; el protestantismo es contrario á la verdadera civilizacion:

Porque rebaja la dignidad del hombre, comparándole á un tronco, á una piedra.

Porque degrada á la mujer, negando el sacramento del matrimonio.

Porque precipita la inteligencia en el error con su principio del libre exámen.

Porque fomenta la inmoralidad, rechazando la necesidad de las buenas obras.

Porque paraliza las bellas artes, negando la pompa del culto externo.

Porque mata la caridad, haciéndola degenerar en positivismo.

Porque acredita la experiencia que los pueblos que lo abrazaron se han degradado y empobrecido. El protestantismo no tiene ningun consuelo para los infelices. Destruyó muchos elementos de bien y nada supo edificar.

Porque enseña la historia que es un semillero de discordias, una causa de profundas divisiones. Desde que nació, fué un germen de largas y ensangrentadas guerras civiles y exteriores, quitó el prestigio á toda autoridad, y cobijó en su seno á todas las revoluciones modernas.

§ II.—*La civilizacion moderna* (1).

«Para que haya verdadera civilizacion, es necesario que la moral y la religion, como bases del edificio social, sean las que marquen los pasos que ha de seguir la materia: esto es, que para que el hombre no pierda su dignidad y

(1) Tomamos este artículo de una de las conferencias del célebre P. Félix, extractada en la obra *Pensamientos y máximas filosófico-católicas*, Perez y García, tomo I, pág. 235.

© Biblioteca Nacional de España

su decoro, es necesario que nunca predomine la materia sobre el espíritu, á la vez que entre ambos exista siempre la mejor armonía. Si la materia predomina en la sociedad; es infalible la degradacion del hombre, la corrupcion, la anarquía y el caos: como nos enseña la historia del imperio del panteismo y paganismo antíguo, y hoy lo estamos viendo con la resurreccion de estos mónstruos por los nuevos discípulos de Epicuro y sus más decididos corifeos.

La verdadera civilizacion es harto más grande que los caminos de hierro y los telégrafos eléctricos, y los cañones rayados y demás invenciones de máquinas destructoras del humano linaje; más grande que la invencion de los buques de vapor y los milagros más ó ménos babilónicos de la industria moderna. Se puede tener muy bien esto y vivir en la barbárie: porque todo esto afecta al cuerpo inmediatamente, miéntras que la civilizacion es asunto inmediato del verdadero bien de la humanidad, en el tiempo y en la eternidad. Ella ha de consistir en la cultura de los corazones y en la elevacion de las almas, dando por resultado el acrecentamiento y la elevacion del sentido moral, criterio verdadero de la perfeccion social, termómetro de las verdaderas civilizaciones.

Cuando quiera que las sociedades vean consumarse grandes atentados y ostentarse grandes crímenes, sin que sean consternadas las personas con una consternacion desinteresada y profunda, como hoy sucede con la nueva civilizacion como fruto natural de sus principios disolventes y excépticos; cuando quiera que el espectáculo de las grandes virtudes y de los sacrificios sublimes no alcanza ni áun llama la atencion de los ánimos ni conmueve los corazones, entónces señal es infalible que el nivel de la civilizacion está muy bajo en esas sociedades: la degradacion impera, y el egoismo del dinero, sea cual fuere su esplendor material. En la disminucion de su sentido moral llevan impresa la marca de su decadencia, revelada á la sociedad en sus obras inícuas. Entónces es cuando se santifica el regicidio por los libertadores, como ellos mentidamente se llaman, siendo así que no son más que tiranos de los pueblos;

© Biblioteca Nacional de España

cuando se *anexiona* todo lo que se puede sin reparar en los medios; cuando en nombre de la libertad se ejerce el más feroz de todos los despotismos; en una palabra, cuando se cometen toda clase de violaciones, y la fuerza bruta impera auxiliada por las iniquidades. Por el contrario, cuando las almas se sienten heridas por todo golpe asestado contra el derecho y la santidad; cuando la vista del bien oprimido suscita contra el mal triunfante nobles y santas indignaciones; cuando se concibe el concierto de los espíritus vibrando al son armónico de la justicia y de la verdad, cuando, por decirlo de una vez, el sentido moral de los pueblos es delicado, profundo, elevado, entónces ya se puede afirmar que allí la civilizacion es grande, porque el nivel de las almas es alto, y la misma fuerza civilizadora tiende á enaltecerlo cada dia más.

Esta es la civilizacion verdadera.

La civilizacion, el progreso, es la educacion de la humanidad, así como la educacion es el progreso del hombre. Un hombre bien educado es un hombre civilizado, y el más educado de todos los hombres será el más civilizado. Un bárbaro es un hombre mal educado, y, por último, salvaje es el no educado de manera alguna, el hombre perpétuamente niño, con el candor infantil de ménos y la grosería de más.

El hombre mal educado, siquiera sea el más señalado por su génio, el más ilustre por su cuna, el más elevado por su riqueza, tiene mucho, cuando no lo tenga todo, de bárbaro y de salvaje. Ahí lo veis, en el seno de nuestras ciudades tan cultas, tan letradas, tan sábias: miradle bien; con sus ideas, con sus costumbres y con sus procederes, ese hombre no es más que un insulto á la verdadera civilizacion, no obstante que se llama civilizado á la moderna por excelencia. Todos los perversos instintos que con nosotros nacen y crecen, se han quedado en su alma faltos de toda represion y vírgenes de toda especie de disciplina; ninguna mano le ha dominado ni él se ha dominado á sí propio; no ha conocido ni el noble freno del amor, el más noble todavía de su libertad, y triunfa en él la energía del mal, con represion

© Biblioteca Nacional de España

absoluta de toda libre espansion del bien; su educacion no ha consistido sino en aplicarse á sí mismo la fórmula salvaje: *Dejad obrar á la naturaleza.*

Este hombre no es un hombre civilizado. Reluce, sí, la civilizacion material en su ropaje, en el ajuar de su casa, en sus espléndidos festines; pero su alma, su corazon, están por civilizar: civilizado, culto al mirarle por defuera, no hallais en él sino á un salvaje cuando lo mirais por dentro.

Este es el fruto natural y legítimo de los que enseñan los progresos de la ciencia sin fe, de los hombres con inteligencia y sin principios. Hacen pueblos que saben odiar, no amar, rebelarse contra todo, y no obedecer nunca más que á las pasiones que los dominan; menospreciar, no respetar; pueblo impío, no religioso, que profesa la blasfemia, y ajeno á toda castidad, jamás adora sino al deleite, su único Dios; pueblo de pasiones jamás refrenadas, de fuerza que nunca supo vencerse; capaz del crímen, no del arrepentimiento; sabe enriquecerse, pero sacrificarse no; pueblo, en suma, educado por la civilizacion moderna, esto es, por el nuevo paganismo, por el egoismo del oro, y todo por el oro, para conseguir su fin, su bello ideal, que es el goce material.

Aquí teneis lo que es la humanidad bárbara, la humanidad sin cultura moral, desposeida de la civilizacion verdadera, y sin reconocer más potestad que el brutal imperio de la fuerza de los cañones rayados, de las bayonetas y de los puñales anexionistas.

¿Quereis ver en ese pueblo reproducirse escenas de canibales, espectáculos de barbárie? Pues con poco basta; con una rueda que desengrane, una máquina que se rompa, un trono que se derrumbe, una autoridad que caiga. Entónces vereis, en plena civilizacion moderna, multiplicándose con rapidez espantosa, brotar toda aquella generacion salvaje de séres impuros, malignos, audaces, malvados, y obtener repentinamente de la flaqueza de los hombres ó de sus crímenes *la potestad de hacer temblar á toda una nacion, subyugándola al despotismo del terror.* En esas

© Biblioteca Nacional de España

horas es cuando, en medio de la civilizacion moderna, con su cultura y luces, se ostenta la barbárie, cuando se levanta la fiera desgreñada, sangrienta, ardiendo de furor el rostro, de ódio el corazon, puñal en mano, para hacer lo que todos los bárbaros vencedores, asolar, matar, degollar y destruir. Entónces es cuando sobre las ruinas de las instituciones más santas y venerandas, escribe lo que para perder á las naciones y apresurar su decadencia pueden los hombres mal educados; entónces es cuando el estrépito de todas las grandes cosas que se derrumban, y la perdicion del humano linaje que sucumbe, proclama, mejor que este razonamiento, que el verdadero progreso de la humanidad consiste en la educacion religiosa, en la educacion católica en la infancia.

Lo demás, y fuera de esta educacion, ahí está la que da la civilizacion moderna con sus legítimos resultados; ahí están sus obras, chorreando sangre á torrentes por todos cuatro costados, por los grandes argumentos que sientan sus genuinos representantes los cañones rayados» (1).

§ III.—*Justicia con que el Papa ha condenado la civilizacion moderna.*

De lo dicho se infiere que la llamada civilizacion moderna es propiamente una barbárie, un retroceso.

En nuestros dias se ha falseado el verdadero sentido de la palabra *civilizacion*, y ha usurpado este nombre sagrado y simpático un funesto sistema de errores é innovaciones en el órden político y religioso, que han dado en llamarse exigencias y adelantos del espíritu moderno. Bajo este nombre se han comprendido tambien los progresos materiales de la ciencia y de la industria, en lo cual ciertamente nada hay de reprensible; pero lo es en gran manera que se han falseado sus aplicaciones, dirigiéndolas al más gro-

(1) Rogamos al lector que medite este artículo tan fecundo en provechosas consecuencias y aplicaciones á lo que todos hemos presenciado.

© Biblioteca Nacional de España

sero materialismo, como si únicamente en tales adelantos consistiera la dicha del hombre y no hubiera más vida que la presente.

Esta civilizacion conducía á la sociedad á su ruina. El Papa la vió avanzar, llevando en una mano el desórden, la inmoralidad y la miseria pública, y en la otra la incredulidad y el ateismo, y no pudo ménos de condenarla, para defender cabalmente la civilizacion verdadera. Aquella condenacion alarmó á muchos ilusos, que solo juzgan por las apariencias, y dió motivo á una atronadora gritería de parte de los enemigos de la Iglesia, acusando á ésta de enemiga de las luces y de las ciencias y de obstáculo para la dicha de la humanidad.

Mas para las personas de buena fe, bastaba la más ligera reflexion para disipar estas acusaciones. ¿Cómo ha de condenar la Iglesia la verdadera civilizacion, que ha desarrollado y engendrado ella misma? ¿Cómo ha de condenar su propia obra, el fruto natural de sus enseñanzas? ¿Cómo ha de condenar los adelantos científicos é industriales, cuando ve todo el mundo que los fomenta, los bendice, y se aprovecha de ellos? Es, pues, evidente que la civilizacion condenada por la Iglesia no es la civilizacion verdadera.

¿Qué condenó, pues, la Iglesia? ¿Qué son esa civilizacion y ese progreso con los cuales no puede conciliarse el Papa?

Condena «aquella civilizacion moderna, orígen de tan »deplorables males, de tan detestables opiniones, de tantos »errores y principios absolutamente contrarios á la reli»gion católica y á su doctrina. Esa civilizacion moderna, »que se empeña en favorecer todo culto no católico, que »ni áun á los infieles mismos aparta de los empleos públi»cos, que cierra las escuelas católicas á sus hijos, que es »enemiga de las comunidades religiosas, contraria á los »institutos fundados para dirigir la enseñanza católica, y »se declara abiertamente contra los Eclesiásticos de to»das categorías, etc... Esta civilizacion, al paso que der»rama pródigamente subsidios á institutos y personas no »católicas, despoja á la Iglesia de sus legítimas propieda»des, y pone todo su empeño y discurso en amenguar la

© Biblioteca Nacional de España

»saludable influencia de la misma Iglesia. A mayor abun»damiento, miéntras deja en completa libertad á los que »de palabra ó por escrito combaten á todos los que de co»razon aman á la Iglesia, y miéntras alienta, sostiene y »favorece la licencia, al propio tiempo se manifiesta cauta »y moderada para reprimir los violentos y odiosos ataques »dirigidos contra los que publican los más sanos escritos, y »toda su severidad la guarda para éstos» (1).

Condena aquellas civilizaciones que defiende el impío y absurdo principio del *naturalismo*, enseñando «que el mejor »gobierno de la sociedad pública y el progreso civil exigen »absolutamente que la sociedad humana sea constituida »y gobernada sin que se tenga en cuenta para nada la re»ligion, como si ésta no existiese, ó, á lo ménos, sin hacer »ninguna diferencia entre la religion verdadera y las fal»sas» (2). En una palabra, condena aquella civilizacion, que defiende como sus más preciadas conquistas todos los monstruosos errores religiosos, políticos y sociales, condenados en la Encíclica *Quanta cura*, en el *Sillabus* y en el Concilio *Vaticano*.

Esa civilizacion moderna es sinónimo de *revolucion* en toda la extension de la palabra. Ella ataca las verdades de la fé, las verdades tradicionales, las máximas sancionadas por los siglos, las doctrinas en que se apoyan la familia y la sociedad, y llama ilustracion, progreso y adelanto á la licencia desenfrenada de propagar todos los errores de palabra y por escrito, de conspirar para alterar la tranquilidad pública, y de formarse cada uno la moral que se le antoje. Todo esto y más entra en las libertades y *preciosas conquistas* de la civilizacion moderna. La revolucion es el antagonismo de toda autoridad, y hoy, por una fatalidad inexplicable, se ha enseñoreado de todos los Gobiernos. Por eso éstos son enemigos y perseguidores de la Iglesia.

La revolucion es atea, y por eso la civilizacion moderna es el ateismo aplicado al órden social. De aquí la máxima

(1) Alocucion, *Jamdudum cernimus*, 18 de Marzo de 1861.
(2) Encíclica, *Quanta cura*, 8 Diciembre de 1864.

© Biblioteca Nacional de España

del *Estado ateo*, y las leyes dadas en este sentido, juzgando á los pueblos como á un rebaño de brutos, que solo tienen cuerpo. La parte más noble del hombre y sus altos destinos no merecen una mirada de los *civilizadores* del dia á no ser que sea para degradarla, para impedir que se enseñe en las escuelas toda religion positiva y que no se cultiven las ciencias y la literatura sino bajo el aspecto materialista.

Esas desoladoras libertades, esas ponderadas conquistas, no pueden ser más funestas para la civilizacion, no pueden ser mayor peligro para el órden social. En rigor tienden á halagar todos los malos instintos del hombre, protegiéndolos y haciéndolos legales, y, por lo tanto, limitan y estorban los impulsos buenos. Cuando esas libertades se plantean por primera vez en un pueblo, producen una perturbacion general en las ideas y costumbres. Entónces, en lugar de seguir las máximas de la sana razon, con frecuencia se deja llevar el hombre de sus apetitos. No se citará un solo pueblo que, á consecuencia de una revolucion, haya ganado en moralidad. Por el contrario, la experiencia, con su lógica inflexible, enseña que, apenas se han sentado aquellos principios, cunde en los pueblos la inmoralidad y la corrupcion más espantosa. Y, ¿quién puede negar que las sociedades desmoralizadas se enervan, retroceden y perecen?

Es cierto que en las conmociones populares no cambian sensiblemente los indivíduos, aunque cambie por completo la paz de los pueblos; pero tambien lo es que tienen que acomodarse á la nueva marcha que emprende la sociedad, cuando hay una mudanza en su gobierno, en sus leyes y en sus instituciones. ¿Se dirá tal vez que esto es un progreso? ¿Se pretenderá que esto es civilizacion? Esto no es progresar, sino girar; no es moverse, sino agitarse. Cuando el rio sale de madre, no permite dar direccion á la barquilla que flota en sus aguas, sino que la arrastra. Esta no podrá seguir una direccion hasta que, pasada la crecida, vuelva el rio á su nivel y curso ordinario, dejando en descubierto los estragos que ha causado en sus orillas y el cieno que ha depositado. El verdadero progreso es tranquilo, y

© Biblioteca Nacional de España

sus aguas nunca se enturbian por el cieno que posa en su fondo. Por lo tanto, no puede haber civilizacion sin órden, ni puede haber órden sin moralidad.

Ahora bien, ¿qué es la civilizacion moderna sino el desórden y la inmoralidad, digámoslo así, con carácter oficial? Lo mismo en las esferas del Gobierno que entre los particulares, reinan esas dos plagas con todas sus deplorables consecuencias; y, para probarlo, apelo al testimonio imparcial de todos los hombres honrados, á los clamores de la prensa y á los espectáculos que vemos en nuestras calles. La civilizacion moderna, en lugar de reprimir los vicios, el juego, la prostitucion, etc., los ha reglamentado, y con esto los autoriza. Y al mismo tiempo que se encuentran mil trabas para hacer el bien, se hallan mil caminos espeditos y áun estímulos para hacer el mal.

Blasona de haber difundido la ilustracion, como si ántes de ella no hubiera habido escuelas ni colegios especialmente atendidos por la Iglesia. Prescindiremos de que la instruccion tan cacareada por la civilizacion moderna es más bien superficial que sólida: es oropel y no ciencia; y que hoy no se forman aquellos sábios antíguos, que nos asombran con su profunda erudicion. Solo consignaremos un hecho, por muy doloroso que sea, y es que, con el aumento de la instruccion, como la dan los modernos, ha coincidido el aumento de la perversion, el crímen y las calamidades públicas. Hace pocos años, un economista de la escuela utilitaria no veía otro remedio al mal que *cerrar las escuelas y poner en lugar del maestro al gendarme*. La sangre se hiela en las venas al examinar las tristes estadísticas que lo demuestran (1). «¡Qué dolor, exclama Mr. Descuret; los censos estadísticos de los hospitales y de las cárceles de Europa demuestran que las enfermedades, la enajenacion mental, el suicidio, la prostitucion y todos los crímenes aumentan con la instruccion y el supuesto progreso de las luces!» (2)

(1) Véase Balmes, *La Civilizacion*, art. 3.°
(2) Descuret, *Medicina de las pasiones*, cap. 4.°, pág. 70, cap. 11, pág. 145 y nota F., pág. 428.

© Biblioteca Nacional de España

¿Seremos por esto enemigos de la instruccion? ¿Reprobaremos la difusion de la enseñanza? Nada ménos que eso, pues la mision de la Iglesia es enseñar. Lo que sí condenamos es la direccion errada que da á la instruccion la civilizacion moderna: el divorcio en que la coloca con el Evangelio y la influencia religiosa. «Los Gobiernos, prosigue el citado Descuret, alcanzarían un resultado diametralmente opuesto, si se aplicasen á hacer cultivar de una manera armónica todas las necesidades, todas las facultades del hombre; si al paso que le diesen miembros robustos, desarrollasen gradualmente sus sentimientos con su inteligencia, tomando por punto de apoyo el elemento religioso, única sancion de la moral y única base de toda educacion sólida.» «El mal de la instruccion, dice Mr. Moreau Christophe, procede del modo como se proporciona, y no de ella misma. El modo actual vicia la semilla en su gérmen, y hace producir al suelo frutos inútiles y peligrosos. En nuestras escuelas toda la enseñanza se sacrifica al agrado del cuerpo, de la memoria y del talento; nada se reserva para las virtudes del corazon. Puede salirse sábio de tales institutos, pero seguramente no se sale virtuoso. Y, ¿qué vale la ciencia sin la moral?» (1)

Así se han propagado las doctrinas racionalistas, el excepticismo, la sed de goces, el culto de la materia. La miseria de las clases numerosas ha aumentado, porque sobreescitados los deseos han crecido las necesidades sin medios de satisfacerlas. Y estas clases infelices no tienen quien las socorra, porque, dominando el egoismo, se ha olvidado la caridad católica. Y como no tienen el freno de la religion, rugen y se agitan en su miseria, y miran con ojos de furor á los propietarios, á los que gozan del mundo. El comunismo es la consecuencia lógica á donde la moderna civilizacion nos ha traido. La lava hierve en el seno de la sociedad, y el dia ménos pensado estallará el volcan de que ya nos dió una muestra la *Commune*.

(1) Pág. 45.

© Biblioteca Nacional de España

«¿Y á semejante civilizacion podría nunca el Romano »Pontífice tender amiga diestra, celebrar con ella cordiales »y sinceros pactos y alianza? Dése á las palabras su verda»dero significado, y entónces se verá que la Santa Sede está »siempre de acuerdo consigo misma. Ella ha sido siempre »amparo y sostén de la verdadera civilizacion, y los monu»mentos de la historia atestiguan y demuestran con toda »elocuencia que en todas las edades ha llevado la Santa »Sede, áun á las tierras más bárbaras y remotas, la verda»dera y recta suavidad de costumbres, el órden y la sabi»duría. Pero si por civilizacion se quiere entender el sis»tema combinado adrede para debilitar, y quizás tambien »para destruir á la Iglesia de Jesucristo, jamás la Santa »Sede ni el Pontífice Romano podrán aliarse y avenirse »con semejante civilizacion. *¿Qué tiene que ver*, como sa»pientísimamente exclama el Apóstol, *la justicia con la ini»quidad? ¿O qué consorcio puede haber entre la luz y las tinie»blas? ¿Ni qué union cabe entre Jesucristo y Belial?*» (1)

La sociedad tardará tanto en *disolverse* por completo como tarde en *descatolizarse*, y esto es lo que pretende la *barbárie oculta*, permítasenos la expresion, que ha dado en llamarse civilizacion moderna. Cuando los pueblos se aperciban bien á costa suya, será tal vez, ¡ay! demasiado tarde.

Lo repetiremos con las palabras de Cantú: «El Catolicismo tiene una inmensa fuerza civilizadora. La santidad de sus dogmas es demostracion que pertenece á otras ciencias; la historia debe considerarlo como religion de libertad y de progreso, y no cree insistir nunca bastante en encarecer el inmenso cambio que ha traido al mundo» (2).

CAPITULO III.

La Iglesia en la legislacion (3).

No hay un solo elemento de la vida social en el cual no haya ejercido la Iglesia su influencia bienhechora; pero

(1) Alocucion cit. de 18 de Marzo de 1861.
(2) Epoca 7.ª, epílogo, en la nota.
(3) Walter, *Manual de Derecho Ecco.*, tom. II, lib. VIII.—

© Biblioteca Nacional de España

especialmente la ejerció en la legislacion de los pueblos que se hicieron cristianos. El cambio que el Catolicismo había operado en las ideas y en las costumbres no podía ménos de sentirse en la política, en la administracion y en el gobierno. Con esto no se hizo otra cosa sino repetir el fenómeno ordinario de que, siendo un sistema muy poderoso en el órden social, pasa á ejercer un señorío, ó al ménos influencia, en el órden político. La Iglesia, oprimida y perseguida, se convirtió más adelante en dominadora, no por una revolucion repentina, sino por las lentas conquistas de su buen derecho.

No podemos negar que, en general, la legislacion romana era muy sábia y acertada; pero tenía tambien grandes lunares y no hubiera sido capaz de contener la disolucion de la sociedad. La Iglesia la fué modificando poco á poco hasta impregnarla enteramente de su espíritu, haciendo que su rigidez desapareciese, y que el poder sin freno conociese que había sobre él otro poder eterno y absoluto á quien había de dar cuenta del ejercicio de su autoridad. Borró tambien de los códigos las leyes bárbaras y opresoras, que sostenían legalmente los vicios y crímenes que hemos hecho notar al tratar de aquella civilizacion.

Peor todavía que Roma, todas las demás naciones de la antigüedad tenían una legislacion arbitraria y despótica, que autorizaba cosas infames ó prescribía cosas ridículas (1), ó tal vez no tenían ley alguna escrita. No se veía en todas partes sino la ley del más fuerte, el privilegio más odioso, la desigualdad más irritante entre señores y esclavos; el despotismo de los reyes erigido en fuerza de ley (2); los pueblos tratados como viles rebaños; la mujer

Golmayo, *Derecho canónico*, lib. I, cap. 2.°, párrafos 129 y siguientes.—*Anales de la filosofía cristiana*, tom. I, págs. 14, 18, 141 y 227.—Chateaubriand, *Génio*, part. 4.ª—Cantú, época 7.ª, caps. 18 y siguientes.—*Beneficios del Cristianismo*, traduccion de Labayen, cap. 7.°

(1) Véase Chateaubriand, loc. cit., part. 1.ª, lib. II, capítulo 4.°

(2) *Quod principi placuit, legis habet vigorem.* Leyes de Roma.

© Biblioteca Nacional de España

despojada de sus más preciosos derechos, y hasta en la familia, el hombre convertido en un tirano doméstico, que, como hemos visto, podía matar á sus hijos, sin que la ley se lo impidiese.

Pero desde el momento que la Iglesia pudo conseguir una existencia pública y legal, se vió que insensiblemente, y sin pretenderlo, se acomodaron á su direccion y á sus leyes las naciones. Hasta entónces su accion había estado contenida porque no había naciones cristianas, sino solamente indivíduos. Por eso subsistieron por algun tiempo muchos de los antíguos vicios sociales, que fueron corregidos á medida que la Iglesia iba adquiriendo fuerza y predominio. A diferencia de los antíguos sábios y legisladores que querían reformar al hombre por medio de la sociedad, ella se propuso reformar á la sociedad reformando primero á los indivíduos. Una vez hecho esto, el cambio era natural, y su accion pudo generalizarse, introduciéndose en las leyes de todas las naciones.

Desde esta época, ¡qué inmensa diferencia entre la legislacion de los pueblos cristianos y la de las naciones antiguas! (1)

La legislacion sublime de la Iglesia vino á ser la base y el modelo de las legislaciones sucesivas. Ella fué la que reveló al hombre las relaciones íntimas y necesarias que le unen con Dios y con la sociedad. La pureza de su moral, sus principios de igualdad, sin tener en cuenta para nada el nacimiento, su espíritu de dulzura y de mansedumbre, y, en fin, la sancion poderosa de sus dogmas fueron los elementos que reformaron la legislacion antígua. Y al cabo de algun tiempo se vió una homogeneidad inesperada entre las legislaciones y las nacionalidades de los diversos pueblos civilizados por la Iglesia.

Indicaremos la influencia ejercida por el Catolicismo sobre el derecho en general y sus diversas ramificaciones, y

(1) Lo mismo se ha de entender de las naciones modernas, que no han sentido todavía la influencia de la fe católica.

© Biblioteca Nacional de España

presentaremos la doctrina como el esqueleto de una obra muy aceptable que podría escribirse sobre esta materia.

§ I.—*Derecho canónico.*

En otro lugar hemos probado que la Iglesia tiene el derecho de hacer leyes y de sancionarlas con penas saludables, á fin de que no sean ilusorias. Las colecciones de estas leyes forman un cuerpo que se llama *Derecho eclesiástico* ó *canónico*. Este se compone de los decretos de los Papas y de los Concilios, que se refieren á la disciplina ó las costumbres, de las máximas de los Santos Padres, y de las prácticas que adquirieron fuerza de ley.

Desde el siglo V empezaron á formarse colecciones de Derecho canónico, con el objeto de conservar reunidos en un cuerpo los preceptos dados originariamente á toda la Iglesia, y hacer notorios á todos aquéllos, que si bien eran concernientes directamente á un solo país, convenía que no los olvidasen los demás. Así sucedió que en cada reino se adoptaba una coleccion de leyes, cuyos textos quedaban ya consagrados como fuentes de Derecho eclesiástico ulterior. Concurrían, pues, las circunstancias para dar este resultado, por un lado, la intencion y eleccion del compilador, ó, en otros términos, la doctrina; y por otro, la aceptacion expontánea, ó sea la práctica. Una y otra convenían en considerar estas colecciones como textos de derecho comun. Y no se crea que la opinion pública limitó á la jurisdiccion eclesiástica la fuerza de estos códigos, sino que, por el contrario, los introdujo en los tribunales seculares, siempre que por la letra del texto, ó por su analogía, podían servir de regla para las sentencias, quedando (en Alemania principalmente) equiparados al Derecho romano en su cualidad de fuentes de la legislacion del imperio (1).

Por de pronto es de notar que la Iglesia no dió á sus constituciones el nombre imperioso de *leyes*, sino el de *cánones* ó reglas, como que se ordenaban suavemente á for-

(1) Walter, lib. II, cap. 3.º, párrafo 116.

© Biblioteca Nacional de España

mar las costumbres, realzando solo con esto la independencia y la dignidad del hombre. Estas reglas se distinguen generalmente por su carácter de dulzura y de imparcialidad superior al de cualquiera otra legislacion humana. Además, como la Iglesia tomaba siempre por base la moral con preferencia á la política, como puede verse especialmente en las cuestiones de rapto, divorcio y adulterio, sus providencias tenían necesariamente un gran fondo de rectitud y de universalidad.

De aquí es que la mayor parte de los cánones no son meramente relativos á este ó aquel país, sino á toda la cristiandad. Y como las virtudes evangélicas se hallaban particularmente practicadas por los Obispos y demás personas que formaban estos cánones, la accion de su carácter sagrado sobre las costumbres debía participar en gran manera de la influencia de aquéllas.

Tenían tambien la ventaja de que las disposiciones de estos cánones no podían tacharse de pasion ó animosidad ú otros vicios propios de otras legislaciones humanas. Sabido es por cuántas personas se examinan, con cuánto cuidado se corrigen, y por cuántas censuras pasan las constituciones pontificias ántes de ser promulgadas. Además, son de un interés general, y, por esto mismo, se encuentran por encima de las miras particulares de la posesion ó del capricho.

Con mayor motivo se ha de decir esto mismo á los Concilios. Estos tenían todas las condiciones para que sus leyes fuesen justas, sábias y oportunas. Su simple reunion era por sí misma una garantía de sus decisiones. En ellos se reunían los representantes del mundo entero para tratar cuestiones que interesaban por igual á todos los hombres. En ellos no era posible el abuso, ni la ignorancia, áun prescindiendo de la asistencia divina, pues los que componían estas asambleas eran los hombres más distinguidos de la cristiandad en ciencia y en virtud, además de tener tambien la experiencia de la ancianidad.

Y, ¿qué motivo reunía á estos hombres ilustres? La religion. Sin ésta no se hubieran visto jamás tales asambleas,

© Biblioteca Nacional de España

y tal vez no se hubieran concedido. Para acercar y reunir á hombres que habitaban en lugares tan distantes, y, por otra parte, separados entre sí por el lenguaje, los hábitos, los intereses, las oposiciones, era preciso una causa de una importancia soberana, y ésta no puede ser otra que la religion. Esta es una nueva garantía de justicia y de prudencia en sus decretos, y de confianza de los pueblos en ellos.

Aquella condicion que exigía Maquiavelo, para que sea buena la constitucion de un Estado, que sea redactada por extranjeros, se realizaba en los Concilios, sin los inconvenientes de que el extranjero pudiera estar vendido al interés, ó ignorar la índole de la nacion cuyo gobierno había de establecer: lo cual no podía suceder á todo un Concilio general. Estos se componían de Prelados de todos los países, y, por lo tanto, tenía la inmensa ventaja de ser como extranjeros para los pueblos en cuyo obsequio promulgaban sus decretos. Aquellas animosidades, simpatías y preocupaciones feudatarias, que por lo general acompañaban al legislador, eran desconocidas á los Padres de los Concilios. Un Obispo español estaba bastante enterado en los asuntos de su pátria para combatir cualquier cánon que la perjudicase; pero no tenía bastante influencia cerca de los Prelados de otras naciones para hacerles adoptar un reglamento injusto; de manera, que tenía completa libertad para obrar bien, y se hallaba enteramente impedido para hacer mal.

No es extraño, por lo tanto, que el Derecho canónico fuese acatado con tanta consideracion por los diversos pueblos como la obra maestra de la sabiduría humana. No es extraño que sean uniformes en cuanto á la sustancia las legislaciones de los diversos pueblos católicos, fundadas muchas veces en sus disposiciones.

De modo, que la Iglesia, con sus cánones, contribuyó eficazmente á la gran obra de la civilizacion europea, constituyendo la base de sus códigos, y, por consiguiente, dando estabilidad á las nuevas nacionalidades. ¿Quién desconoce que el Derecho canónico ha sido una mina inagotable de la que ha sacado y saca todavía el Derecho civil sus más acertadas disposiciones? ¿Quién ignora que la admi-

© Biblioteca Nacional de España

nistracion civil ha sido copiada rasgo por rasgo de la administracion eclesiástica? La sabiduría de la Iglesia en este punto ha sido reconocida constantemente hasta por los escritores más hostiles al cristianismo.

El Derecho canónico es la legislacion más justa, más sábia y más benigna que se conoce: digna de ser el modelo de todas las otras. La humanidad no podrá agradecer bastante á la Iglesia haber opuesto una barrera insuperable al abuso ilimitado de la fuerza, y la libertad y el derecho.

§ II.—*Derecho civil y penal.*

De varios modos influyó la Iglesia sobre el Derecho civil.

Desde tiempos inmemoriales tuvieron los Obispos y Clero derechos bastante considerables en materias civiles. A su cargo estaba la promulgacion de las órdenes imperiales relativas á la tranquilidad pública: tomábaseles por árbitros en varios procesos, y sus decisiones tenían fuerza de sentencia judicial desde el tiempo de Constantino, que lo dispuso así en una constitucion, repetida tambien por sus sucesores; viniendo á ser, dice Chateaubriand, una especie de jueces de paz naturales que la religion había dado á los hombres. Habiendo los emperadores cristianos encontrado establecida esta costumbre, la juzgaron tan saludable, que la confirmaron por medio de artículos en sus códigos. Cada Clérigo, desde el Subdiácono hasta el Papa, ejercía una pequeña jurisdiccion, de modo, que el espíritu religioso obraba por mil puntos y de mil modos sobre las leyes (1).

Desde la conversion de Constantino ocuparon los Obispos un lugar distinguido en la córte y se vió su influencia en la redaccion de las leyes imperiales. Desde luégo fué proscrita con penas canónicas muy severas la muerte y exposicion de los niños, y no tardaron estas disposiciones

(1) *Génio del Crist.*, 4.ª p., lib. V, cap. 10.

© Biblioteca Nacional de España

en ser repetidas y confirmadas por las leyes civiles. Las antíguas leyes paganas, aunque en general justas, no hacían caso de la suerte de muchos desvalidos. Ningun legislador pagano fundó un establecimiento para la viuda, para el huérfano, para el enfermo; pero estos establecimientos se vieron en gran número desde que la Iglesia logró introducir en las leyes su espíritu de dulzura, de caridad y de moderacion. Ella se distinguió por su tierna solicitud á favor de los pobres y contra los abusos de los poderosos. Erigida en patrona de toda la humanidad, tomó bajo su proteccion á las personas llamadas *miserables*, y no solo esto, sino que tambien les nombró representantes oficiales de sus personas é intereses para ante los tribunales civiles, logrando que la legislacion civil mandase despachar con preferencia los asuntos de las viudas, huérfanos, pobres, etcétera. Y uno de los efectos más señalados de esta solicitud, es la defensa gratuita de los pobres que todas las legislaciones previenen, y todos los tribunales cumplen con escrupulosidad. Así estas clases fueron puestas á cubierto de las demasías de los más poderosos (1).

Las leyes antíguas imponían á los deudores castigos crueles, como la esclavitud, la pena de palos que, para que fuese más cruel, estaban forrados en sus extremos con pedazos de plomo, la muerte y el hacer trozos sus cuerpos para distribuirlos entre los acreedores; pero Constantino, apenas convertido, hizo cesar semejantes castigos, y despues de él, todos los legisladores tomaron con los deudores disposiciones cada vez más humanas. Al mismo tiempo se procuró refrenar la usura, y todas las legislaciones fijaron una tasa al interés del dinero: y, por último, se fundaron *Montes-pios*, con el objeto de librar á los pobres de la rapacidad de los usureros. Esta es una obra exclusiva de la Iglesia católica en su principio, que despues han organizado y extendido las naciones (2).

(1) Walter, párrafo 179, lib IV.
(2) Conc. Later. 5.°, sess. 10.—Trident., sess. 22, capítulo 8.°

© Biblioteca Nacional de España

A la Iglesia es debida tambien la legislacion del juramento, adoptado por el Derecho civil en los procesos. Nadie ignora el valor inmenso que tiene este acto, que supone la idea de Dios arraigada en todas las conciencias. En ninguna cosa se ve con tanta claridad como en ésta lo necesaria que es la Iglesia al Estado por la circunstancia especial de ser el juramento la única institucion que alcanza al interior del hombre. No hay medio más eficaz para descubrir la verdad y para precaver la corrupcion de los jueces y de los testigos.

No es ménos notable la influencia que ejerció la Iglesia sobre los procedimientos de los tribunales seculares, principalmente con los ejemplos de los suyos. El procesamiento canónico se fué poco á poco introduciendo en el civil, hasta que lo reformó completamente. Así es, que éste tomó del Derecho eclesiástico sus formas sencillas y una tramitacion prudente, que son como la salvaguardia de la seguridad personal y de la propiedad. De aquí provino la abolicion de aquella bárbara costumbre de los tribunales de la Edad Media, anatematizada muchas veces por los Papas, de probar por medio del duelo y de otras prácticas á que se daba el nombre de *juicios de Dios*.

Finalmente, la Iglesia moderó el rigor de las leyes penales, no queriendo que éstas se encaminasen á la destruccion, sino á la enmienda del culpable. Las legislaciones antíguas no tenían compasion del delincuente y multiplicaban la pena de muerte y la mutilacion de los miembros; pero la legislacion eclesiástica se proponía que los reos, por medio de una correccion templada, pasasen *de la locura del delito á la razon y al arrepentimiento* (1). Así es que, áun bajo la dominacion romana, se vió que los Obispos intercedían con las autoridades temporales para evitar la aplicacion de la pena de muerte, logrando más de una vez arrancar á los reos de manos del verdugo, no para que quedasen impunes, sino para sujetarlos á duras penitencias hasta conseguir su enmienda. El espíritu humanitario

(1) San Agustin, *De Civ. Dei.*, cap. 12.

© Biblioteca Nacional de España

de la legislacion moderna sobre el Derecho penal con sus sistemas penitenciarios y carcelarios, no es otra cosa que la aplicacion de la doctrina de la Iglesia; por manera, que los filósofos no han tenido que hacer un grande esfuerzo de inteligencia, sino estudiar el Derecho canónico, en el que se hallan bosquejadas sus teorías. Por último, logró hacer aprobar por la autoridad civil el derecho de asilo en las Iglesias, en virtud del cual, no podía ser extraido el delincuente por la fuerza, y una vez extraido con las formalidades legales, no podía ser castigado con pena capital ni mutilacion de miembros.

Fácil sería ahora demostrar la influencia de la Iglesia sobre las legislaciones particulares de las diversas naciones si lo permitieran los límites de esta obra. Esto lo saben perfectamente cuantos han saludado el Derecho.

Destruido el imperio romano, cada uno de los reinos que se formaron sobre sus ruinas formó su gobierno é hizo sus leyes, y como los bárbaros no conocían leyes escritas, se valieron para sus ordenanzas de los códigos Teodosiano y Justiniano, y, por consiguiente, del espíritu del cristianismo. Las ideas religiosas se hallan mezcladas con las instituciones políticas en las leyes de visigodos, anglo-sajones, lombardos, alemanes, francos, etc.; y estas leyes son admirables para naciones groseras, que no hicieron sino salir de la barbárie.

Si recorremos los códigos de estos legisladores segun han sido recopilados por Lindembrog y Wilkins, nos convenceremos de que las más de las leyes fueron dictadas por un espíritu católico. No hay más que compararlas con las disposiciones canónicas para observar su conformidad; y es que las leyes de todos los Estados fueron formadas con el consejo ó auxilio de los Obispos, de los Concilios ó de los Monjes (1).

§ III.—*Derecho público.*

La doctrina católica, que dice *que toda potestad viene de*

(1) Véase *Beneficios del Cristianismo*, lug. cit.

© Biblioteca Nacional de España

Dios, y que es preciso someterse á ella por deber de conciencia (1), no puede ménos de ser un maravilloso apoyo para el legislador y una sancion muy poderosa para las leyes. Todos los filósofos están conformes en reconocer por esta parte la superioridad del Catolicismo sobre todas las otras religiones.

Sin embargo, esta doctrina está muy léjos de favorecer el despotismo, porque si el príncipe quiere extralimitarse, nos dice tambien la Escritura *que se debe obedecer á Dios ántes que á los hombres* (2), y que los reyes han de dar cuenta de su gobierno á un juez supremo. Por consiguiente, jamás ha entrado en las miras de la Iglesia la idea de un poder arbitrario y absoluto (3). Sobre este concepto fundaron los Obispos el Derecho en la Edad Media, enseñando que el rey que no gobierna bien no merece llamarse rey, sino tirano, y que él debe ser el protector de los desvalidos: robusteciendo este poder con sus exhortaciones y limitándolo con los juramentos que debían prestar al tiempo de su coronacion. El poder real no era considerado más que protector y conservador, sujeto (como todos los demás), á las leyes divinas y humanas.

Miéntras que los romanos decían que lo que agradaba al príncipe tenía fuerza de ley, y Aristóteles que valía más á una ciudad ser gobernada por un hombre que por buenas leyes (4), los doctores católicos enseñaron que convenía procurar en todos los países instituciones tales, que no fuese posible al jefe tiranizar á los súbditos (5). San Agustin había proclamado que los Gobiernos habían sido instituidos por causa de los pueblos y para los pueblos. La Iglesia fué siempre la defensora de las libertades públicas, la garantía de los derechos de los pueblos y el escollo del despotismo.

Ya hemos hecho notar las ventajas políticas de la in-

(1) Rom. XIII, 1.
(2) Act.
(3) Walter, párrafo 337.
(4) Aristót., *Polit.* 3.ª
(5) Santo Tomás, *De Regim. principum*.

© Biblioteca Nacional de España

fluencia de los Papas para defender á los pueblos de las arbitrariedades del poder y de los horrores de la anarquía (1).

«Si los reyes y los pueblos disputaban sobre los límites de su poder, interponíanse los Papas á fin de impedir que cada uno se hiciese juez en causa propia; fijaban el sentido y extension de las obligaciones juradas, y resolvían las delicadas cuestiones que nacían de los respectivos juramentos. Así, Inocencio IV y Urbano IV declararon sin fuerza obligatoria el juramento que el rey de Inglaterra decía haber prestado á los grandes con violencia, precipitacion y daño de la tierra. Los Papas protegían con la autoridad de su carácter á los reyes contra las pretensiones injustas de los pueblos, como el Papa Inocencio III, que declaró incompetente á los barones ingleses para pronunciar la sentencia de muerte contra Juan sin Tierra, como lo hicieron en 1216. Protegían tambien á los pueblos con la fuerza de medidas extraordinarias contra los reyes que se olvidaban de sus obligaciones, empleando en casos extremados la excomunion y áun la deposicion» (2).

En la época en que las leyes no podían impedir las sangrientas parcialidades, protegía la Iglesia la seguridad pública con aquellas paces llamadas *treguas de Dios*, durante las cuales, se recogían las mieses y se hacían las vendimias; precavía las *venganzas de sangre* con el derecho de asilo; aseguraba los caminos con las santas imágenes que hacía levantar en ellos; perseguía con anatemas á los piratas y proscribía para siempre la bárbara y anticristiana costumbre del derecho de naufragio. En los tiempos de revueltas y perturbaciones, hacía respetar las personas y las propiedades, en cuanto era posible, y contribuía por muchos medios á conservar la seguridad pública é individual.

Acomodándose naturalmente á todas las formas de gobierno, podía arreglar fácilmente las relaciones entre el pueblo y el poder. Pero al mismo tiempo defiende decididamente el poder legítimo que halla constituido, preser-

(1) Part. 2.ª, cap. 8.º
(2) Walter, párrafo 337.

© Biblioteca Nacional de España

vándole, especialmente en nuestra época, de los ataques de la revolucion. Hé aquí cómo se explica el sábio Gregorio XVI:

«Habiendo leido en varios libros que circulan entre las manos de todos, que se propalan ciertas doctrinas que tienden marcadamente á destruir la fidelidad y sumision que se debe á los príncipes y Gobiernos, y encender por todas partes la tea de la rebelion, os exhortamos que seais diligentes para estorbar que los pueblos no se aparten del camino de la rectitud. Sepan todos que *no hay potestad que no venga de Dios, y las que existen, por Dios son ordenadas. Por lo que el que resiste á la potestad resiste á la ordenacion de Dios, y los que resisten adquieren para sí la condenacion.* Y por eso el derecho divino y humano claman contra aquellos que con abominables maquinaciones de sedicion y conjuraciones trabajan para sustraerse de la obediencia y respeto á los príncipes y Gobiernos, y áun para deponerlos de su mando.» En seguida exhorta á la fidelidad hácia el poder civil con los ejemplos de los primitivos cristianos y autoridades de los Santos Padres, y añade: Estos luminosos ejemplos de una sumision inalterable á las potestades, que nacen necesariamente de los preceptos santísimos de la religion cristiana, condenan altamente la detestable insolencia y perversidad de aquellos que, encendidos del insano y desenfrenado deseo de una libertad sin trabas, atropellan y destruyen todos los derechos de los príncipes para dar á los pueblos bajo color de libertad la más dura servidumbre... y para conseguir su objeto están dispuestos á cometer los más execrables atentados (1).

De manera que la historia y la filosofía demuestran claramente que, así los Gobiernos como los pueblos, tienen en la Iglesia la más segura salvaguardia para sus derechos. Ella es como un código vivo contra todos los abusos que puedan turbar el órden social. Centinela vigilante, ve desde léjos el peligro, y da la voz de alerta, ya que no puede impedirlo de otra manera.

(1) Encycl. *Mirari vos* 15 Agosto 1832.

© Biblioteca Nacional de España

§ IV.—*Derecho de gentes.*

El derecho de gentes, dice Vattel, no es originariamente otra cosa que el mismo derecho natural aplicado á las naciones (1): es lo que una nacion puede exigir de otra en virtud de la ley natural. Derecho que sin estar escrito se halla grabado en todos los pueblos civilizados, y es la base de sus mútuas relaciones.

Antes de la publicacion del Evangelio eran muy mal conocidos y peor respetados el derecho natural y el derecho de gentes; y no hubo uno de los antíguos legisladores que no estableciera con este motivo máximas injustas y falsas. El hombre se hallaba absorbido en la nacionalidad á que pertenecía, y consideraba á todos los demás como enemigos, solo por el hecho de ser extranjeros. Dentro de la nacion se conocían derechos y deberes; pero fuera de ella no parecía injusto ningun hecho. Así es, que las naciones estaban en contínuas guerras, y no había entre ellas otras relaciones pacíficas que entre vencidos y vencedores.

Pero vino el cristianismo proclamando que todos los hombres son hermanos, y concediendo á todos iguales derechos; vino enseñando que no hay diferencia entre griego y romano, bárbaro y escita, y con esto derribó las barreras que separaban á los pueblos y facilitó sus relaciones sociales. La nueva doctrina se dirigía á reunir á todas las naciones en una gran familia, conservando, sin embargo, cada una su propia independencia, y, efectivamente, lo consiguió entre los pueblos que abrazaron el Catolicismo. En virtud de esto, quedaron abolidas las antíguas opiniones sobre el derecho internacional, y comenzó una nueva era tanto en la paz como en la guerra. A nadie puede ocultarse que este fué uno de los pasos más gigantescos en el camino de la verdadera civilizacion.

Para esto contribuyeron en gran manera los viajes de sus Apóstoles, los Misioneros enviados por la Iglesia á las

(1) Vattel, *Derecho de gentes*, prelim., párrafo 5.°

© Biblioteca Nacional de España

naciones bárbaras, y las reuniones de los Concilios generales, en los que se veían representados todos los pueblos, y que fueron un poderoso elemento de comunicacion de ideas y de intimidad de relaciones. La gran unidad de la Iglesia en medio de su catolicidad no podía ménos de estrechar entre sí á los pueblos en sus relaciones políticas como lo estaban ya con relaciones religiosas. Esta unidad de la Iglesia pasó á las sociedades civiles, vivificándolas con tendencias generosas. Desde que los pueblos se vieron encerrados en este lazo comun, debieron ser necesariamente unos con otros más humanos, debió modificarse el derecho internacional.

La accion de la Iglesia llegó sin violencia á este lisongero resultado, reconocido y aceptado con mucho gusto por las naciones, que hicieron por consentimiento universal al Romano Pontífice árbitro de sus diferencias. Ninguno podía serlo mejor, pues sin meterse en el gobierno interior de los pueblos, ni en su derecho propio, respetando y sosteniendo sus costumbres é instituciones, era por su carácter de jefe de la Iglesia la representacion más augusta de Dios sobre la tierra, y el Padre de todos los católicos de cualquiera nacion y pueblo. A él se acudía para entrar en la gran familia de los Estados cristianos, y él lo concedía despues de un maduro exámen, elevando á la categoría de reinos á los pueblos nuevamente convertidos, ó que habían conseguido su independencia. Así sucedió con la Hungría en 1073, con la Escocia en 1076, con la Polonia en 1080, con Portugal en 1142, y con Irlanda en 1156 (1). Se quería tambien que fuesen aprobados por el Papa los tratados.

La Iglesia no pudo, sin embargo, hacer que terminasen por completo las guerras, porque las pasiones exaltadas no reconocen ninguna ley, y muchas veces las naciones abusan de su fuerza por su interés particular. Cuando dos naciones vienen á las manos, no son precisamente dos fuer-

(1) Walter, párrafo 336, nota.

© Biblioteca Nacional de España

zas materiales que chocan. Si fuere así, no veríamos tanta actividad, tanta energía, tanto resentimiento por la injuria. Lo que combate son las pasiones, los intereses, las opiniones, hasta que, triunfando una de las partes, hace entrar á la otra en su razon.

Por eso subsistieron las guerras á pesar de la solicitud de la Iglesia por impedirlas, ya predicando la paz y la fraternidad, ya enviando legados á los soberanos, ya interponiendo de mil modos su mediacion. Pero si no logró impedirlas del todo, logró, sin embargo, hacerlas ménos frecuentes, y que á su declaracion precediesen muchas formalidades, para ver si entre tanto se avenían las partes, como sucedió algunas veces. Logró tambien disminuir los males que son inseparables de la guerra, prohibiendo usar armas demasiado mortíferas, moderando las ambiciones de los vencedores, protegiendo á los que no tomasen las armas, y, en una palabra, procurando que no fuesen sangrientas, sino humanas, en lo posible, y generosas.

«A esto debe añadirse la consideracion de que, abolida la esclavitud, había de suavizarse por necesidad el sistema de la guerra; porque si al enemigo no era lícito matarle una vez rendido, ni tampoco reducirle á esclavitud, no podía hacerse con él otra cosa que detenerle el tiempo necesario para que no pudiese hacer daño, ó hasta que se recibiese por él la compensacion correspondiente. Hé aquí el sistema moderno, que consiste en retener los prisioneros hasta que se haya terminado la guerra ó verificado un canje.»

Por último, jamás reconoció la Iglesia en absoluto el derecho de conquistas, con lo cual puso un freno á la ambicion de los Estados poderosos, y aseguró la independencia y conservacion de los Estados pequeños. Estos tienen los mismos derechos de soberanía que los reinos más dilatados, á la manera que en la sociedad el hombre débil ó pobre tiene los mismos derechos que el fuerte y el poderoso. Cuando una nacion invade injustamente á otra más débil, deben impedirlo las otras. En nuestros dias ha condenado la Iglesia el absurdo principio llamado de *no intervencion*, que deja los pequeños Estados á merced de la rapacidad de un

© Biblioteca Nacional de España

conquistador poderoso. ¿No es este principio una mengua de la tan decantada civilizacion moderna?

Concluiremos, pues, con Montesquieu, que «debemos al cristianismo un cierto derecho político, y en la guerra un cierto derecho de gentes que la naturaleza humana nunca podría agradecer como es debido. Su derecho es el que hace que la victoria entre nosotros deje á los pueblos vencidos estas grandes cosas: la vida, la libertad, las leyes y los bienes, y siempre la religion, cuando el vencedor no se obceca» (1).

Lo dicho se confirmará más todavía examinando la cuestion de la guerra bajo el punto de vista católico, protestante é indiferentista.

§ V.—*La guerra bajo el punto de vista católico.—Las cruzadas. Las Ordenes militares.*

Dejamos á los moralistas la cuestion sobre el derecho de la guerra, los casos en que es lícita, las condiciones que para ello ha de tener, y los deberes de los beligerantes (2). Omitimos tambien hacer largas reflexiones para condenar y reprobar, como se merece, esta calamidad orígen de tantos males, que ha sido llamada con razon el *azote de las naciones*: lo cual es conforme á la mente de la Sagrada Escritura, que repetidas veces presenta la guerra y sus consecuencias como un castigo de Dios.

Segun nuestro propósito, consideramos únicamente la

(1) *Esprit des lois*, lib. 24, cap. 3.°

(2) Para que la guerra sea justa, se requiere que la *causa sea justa y grave*, que se hayan agotado todos los medios de composicion pacífica, que sea *préviamente declarada*, que sea ordenada por la *autoridad pública*, y que se haga con *lealtad*, sin valerse de armas prohibidas ni de medios reprobados. No se ha de hacer daño en las tierras, sembrados y edificios del enemigo, no habiendo grande necesidad, y, en todo caso, se han de respetar las personas que no lleven armas, ancianos, mujeres, niños. Tambien se debe socorrer á los heridos del campo contrario y tratar humanamente á los prisioneros, etc.

© Biblioteca Nacional de España

guerra como un hecho social inevitable, por doloroso y bárbaro que sea, pues muchas veces no hay otro remedio que apelar á las armas cuando una nacion se ve atacada en sus derechos legítimos y tiene que defenderlos. Siendo, pues, el mal inevitable, miéntras los hombres no sean justos, se debe procurar que sea lo ménos posible, en su ejecucion, en sus aplicaciones y en sus efectos, y áun sacar de él algunos bienes. Ahora bien, ¿quién puede resolver mejor este problema, el principio católico, el principio protestante ó el principio indiferentista? ¿Quién es, por consiguiente, más eficaz auxiliar de la civilizacion? Dado que exista la guerra, ¿quién puede ejercer más provechosa influencia en ella respecto al indivíduo y á la sociedad? La respuesta no puede ser dudosa.

Basta recordar de qué modo se hacían las guerras en la antigüedad, y el número de ellas, y cómo eran tratados los vencidos. La historia nos dice que la guerra se hacía á sangre y fuego, exterminando cuanto hallaba á su paso, arrasando ciudades, inmolando sin distincion á sus habitantes y destruyendo los imperios. El vencedor no reconocía ninguna ley ni freno, y saciaba su ira y su venganza en los vencidos. «Los males que siguen á la toma de una ciudad, decía Homero, los hombres son pasados á cuchillo, la ciudad incendiada y arrasada, y las mujeres y niños condenados á esclavitud.» Era un derecho incontrovertible dar muerte á los prisioneros, ó los crucificaban, ó los arrojaban á las bestias en el anfiteatro, ó los traían encadenados para celebrar el triunfo del vencedor afortunado, despues de lo cual, muchos eran estrangulados, y otros reducidos á esclavitud, como una gracia especial. Así es, que se peleaba hasta la desesperacion, y la matanza en las batallas y despues de ellas era horrorosa. Todavía estremece la lectura de los sitios de Jerusalem, de Cartago, de Numancia los degüellos de la guerra en el Epiro, y, posteriormente, las devastaciones de los bárbaros del Norte. Además, la guerra era como un estado permanente. El templo de Jano en Roma siempre estaba abierto en tiempo de guerra; no se cerró sino por tres veces en el espacio de setecientos

© Biblioteca Nacional de España

veintiseis años, y áun esas veces fué muy corto el tiempo de paz. Todos los hombres aptos para el manejo de las armas eran soldados, y así se explica que se formasen ejércitos tan formidables y numerosos, y que pereciesen tantos miles de hombres en una sola batalla.

No fueron así las guerras cuando las naciones se hicieron cristianas. Es cierto que tambien éstas tuvieron, unas con otras, guerras encarnizadas; pero distaron mucho de ser tan sangrientas como las del paganismo, y desde luégo cesaron las violencias y crueldades supérfluas, que nada podían contribuir para el éxito de las operaciones militares. Aun para los que se mostraron más humanos en la antigüedad, como un César, un Germánico, consistía el heroismo en degollar cruelmente á todo el que era enemigo; pero apenas se hizo cristiano Constantino, prometió dinero al soldado por cada enemigo que le presentaran vivo (1). Ya hemos visto á la Iglesia destinar sus tesoros y su influencia para el rescate de los prisioneros de guerra y para aliviar su triste situacion. No fué poco hacer respetar la vida del vencido.

Como consecuencia de esto, fueron prevaleciendo en la guerra las leyes del honor y de la humanidad. Las mujeres y los niños fueron respetados, las ciudades no fueron aradas y sembradas de sal, los heridos fueron curados caritativamente, no se insultó al vencido ni se abusó de su desgracia, y se gravó altamente en los corazones de los combatientes que todos eran hermanos y que se tratasen como tales. Como si esto no fuese suficiente, se recordaba incesantemente aquel sublime consejo del Evangelio: *Amad á vuestros enemigos;* y esto no podía ménos de mitigar la crueldad de las guerras entre soldados cristianos. En la Edad Media disminuyeron los horrores de las guerras con *las treguas de Dios*, que fueron el fundamento de los armisticios, aceptados en lo sucesivo por todas las naciones. Aquella suspension de hostilidades, aunque por tiempo limitado, era muy eficaz para moderar el furor de los com-

(1) Cantú, loc. cit., al fin.

© Biblioteca Nacional de España

batientes, calmar la cólera y facilitar las negociaciones de paz (1).

Y, sobre todo, la Iglesia supo introducir la caridad en la guerra, enviando á los campamentos á sus *hermanas de la caridad*, ángeles de paz, que curan á los heridos y consuelan los últimos momentos de los moribundos.

Además, todo el mundo sabe que la Iglesia, segun la doctrina de Jesucristo, ha aborrecido siempre las guerras, ha hecho cuanto ha podido por impedirlas, y las ha lamentado por boca de todos sus organos, como ya queda insinuado. Si sus predicaciones no pudieron impedir todas las guerras, ¿quién duda que á lo ménos contribuyeron á disminuir su ferocidad? Ella no pudo hacer más en esta parte. Para que hubieran concluido por completo las guerras, era preciso que no hubiera habido naciones infieles, que todo el mundo se hubiera hecho católico, y en este caso, que todos hubieran seguido fielmente la doctrina que la Iglesia enseña, y hubieran escuchado sus exhortaciones de paz.

No siendo esto posible, y dado caso que exista la guerra, el principio católico sabe sacar bienes de este mal, que no puede evitar, y sabe formar virtudes de este drama sangriento, en que parece que todo es vicio. Por el contrario, el protestantismo y el indiferentismo no saben más que agravar los males de la guerra y atizar las malas pasiones que la fomentan, como veremos despues.

El principio católico, por sí solo, forma soldados mejores que las ordenanzas más severas. La disciplina no es para ellos una esclavitud, un yugo insoportable, es un deber de conciencia; su obediencia á los jefes es digna y espontánea, no servil por el temor del castigo, única razon de la ordenanza materialista; su fidelidad es grande, porque la religion les enseña que son los defensores de la pátria y el sosten de la autoridad, al paso que el soldado sin religion no es más que el brazo del despotismo, el instrumento de la fuerza. De aquí los frecuentes pronunciamien-

(1) Véanse Ducange, en las palabras *Tregua Dei*, *Confratriæ Dei*, *etc.*

© Biblioteca Nacional de España

tos por un miserable grado; de aquí es que su espada está siempre á disposicion del mejor postor, como sabe por desgracia todo el mundo. De aquí la relajacion del ejército, que se ha envilecido más que los antíguos pretorianos.

El Catolicismo realza y santifica el valor militar, enseñando á despreciar el peligro y quitando el temor de la muerte ¿Quién no recuerda las legiones mártires, *Tebea* y *Fulminante*, honra de la milicia romana y del martirologio católico? (1) ¿Quién ignora cuántos mártires dieron á la Iglesia las cohortes de Roma? Los antíguos apologistas se gloriaban de que los cristianos eran los mejores soldados del imperio, valientes, sufridos y disciplinados. El soldado católico halla en su religion los motivos más eficaces para excitar su entusiasmo y su valor, y aquellos estímulos de las acciones grandes que forman el carácter del héroe. La religion bendice las banderas bajo las cuales marcha, le fortalece con sus sacramentos y con sus esperanzas, pone sobre su pecho la medalla sagrada ó el escapulario bendito y le guía al combate en nombre de Dios. Si muere le presenta como una víctima generosa de la pátria, celebra su memoria y ofrece sufragios por su alma. Así es, que el soldado marcha decidido y animoso, sabiendo que miéntras él combate, se ruega por sus victorias en todos los Templos de la pátria, y que si perece en la lucha, será llorado con lágrimas sinceras y conseguirá la inmortalidad; no la inmortalidad de la fama, que es una estúpida quimera (2), sino la que nos enseña la fe. ¿Pueden hacer otro tanto el protestantismo ó el indiferentismo, el primero negando el culto y los sacramentos, y el segundo tal vez la misma inmortalidad del alma? Los ejércitos de éstos pueden tener á lo

(1) Palma, *Orælect. Hist. Eccæ.*

(2) ¿Quién sabe el nombre, no digo de un soldado oscuro, sino de los generales más famosos, por grandes que hayan sido sus hazañas? Aun los que han conquistado un puesto en la historia, apenas serán conocidos de algun erudito. Solo la religion sabe inmortalizar el nombre de sus héroes, poniéndolos en los altares.

© Biblioteca Nacional de España

sumo el valor cívico, pero les falta su principio vivificante, la fe (1).

Mas, ¿qué será si la guerra tiene por causa la religion? Para saber lo que puede en esta parte el espíritu católico, no hay más que pronunciar una palabra, *las cruzadas*. Doscientos años seguidos estuvo combatiendo contra los infieles la Europa entera, como un solo hombre, por defender su fe amenazada y rescatar el sepulcro del Señor y los lugares sagrados en que se verificó nuestra redencion (2). El entusiasmo con que se emprendieron estas guerras sagradas excede á toda ponderacion, y cualquiera pintura que se pretenda hacer de él será siempre pálida é inferior á la realidad. A la voz de un pobre Ermitaño se conmueve y se agita la Europa; cesan de repente todas las guerras particulares que la devoraban, y se realiza uno de los movimientos más gigantescos que registra la historia (3). Los Papas protegieron y alentaron con todas sus fuerzas este movimiento, y de ello pudo congratularse la causa de la civilizacion europea (4).

---

(1) Véanse las pastorales de los Sres. Obispos con motivo de nuestra gloriosa campaña en Africa en 1859, y en especial la del Ilmo. Sr. Patriarca de las Indias, al ejército, y la del Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona. *La Cruz*, tomo II, de 1869.

(2) Empezó la primera cruzada en 1096 y terminó la octava y última en 1270.

(3) El entusiasmo llegó á tal extremo, que en 1216 se formó una cruzada de algunos centenares de niños que, dejando la casa paterna, se pusieron en camino para Tierra Santa. Estas sencillas tropas fueron víctima de los malvados, ó perecieron en el camino; siendo muy pocos los que volvieron á sus casas.—Henrion, *Hist. Ec.*, lib. XXXIX, núm. 47.

(4) Las cruzadas son una de las victorias más bellas del cristianismo, porque se vió en ellas á los descendientes de los bárbaros del Norte, animados de un espíritu de conquista enteramente opuesto al de sus antepasados, abandonando sus bienes, sus tierras, sus familias, y, en una palabra, todo cuanto el hombre ama y desea, para realizar á costa de las más duras privaciones, de las más rudas pruebas, y de la más completa abnegacion, una grande y

© Biblioteca Nacional de España

Sin embargo, las cruzadas han sido objeto de una crítica mordaz de parte de algunos enemigos de la Iglesia, y, por lo tanto, debemos apuntar algunas razones en su defensa.

Las cruzadas no fueron guerras *injustas:*

1.° El emperador Alejo Commeno, amenazado por los sarracenos, pidió el auxilio de los príncipes cristianos para defenderse de ellos. ¿Hay alguna injusticia en que los príncipes se aliasen con él para ese objeto? ¿Faltaron en algo al derecho natural y de gentes? Temeridad sería afirmarlo.

2.° Toda Europa debía temer los ataques de los sarracenos, que no disimulaban sus intentos de conquista. ¿Quién se atreverá á decir que no fué justo adelantarse á rechazarlos?

3.° Los sarracenos se apoderaron de la Tierra Santa por una guerra injusta en su principio. Y, ¿no había de ser justo tratar de arrebatarles lo que injustamente ocupaban?

4.° Ellos causaban mil vejaciones á los súbditos de los príncipes europeos que iban á los Santos Lugares. ¿No debían estos protegerlos y vengarlos?

5.° Si es lícito y justo emprender una guerra por la fortuna, por la pátria, por los intereses amenazados, ¿lo sería ménos por defender la religion?

Las cruzadas no fueron expediciones *temerarias* y *perjudiciales*. Preciso es ignorar por completo la historia para atreverse á sostener esto. Por el contrario, es indudable que produjeron innumerables bienes; unos ya previstos al emprenderlas, y otros que, sin ser previstos, provinieron naturalmente de ellas:

1.° Para seguridad de la Europa era necesario sostener el imperio griego, último antemural del cristianismo en Oriente, y las cruzadas contribuyeron á retardar su caida casi tres siglos, con lo cual se evitaron en lo sucesivo las invasiones musulmanas.

2.° Las cruzadas fueron la causa de que terminasen las

---

fecunda idea cristiana (y política). Alzog., *Hist. Ec.*, tomo III, párrafo 216.

© Biblioteca Nacional de España

guerras civiles que á la sazon desolaban y destruían los Estados de Europa. El que conozca la historia de aquella época sabrá apreciar como es debido este beneficio. Reconciliados los señores feudales, marcharon juntos á Palestina, llevando consigo la multitud de bandidos y vagamundos asalariados, que ántes servían á quien mejor les pagaba y de los que se valían para hacerse la guerra mútuamente.

3.° En consecuencia, los grandes vasallos de la corona se vieron obligados á ceder sus derechos y vender sus patrimonios para atender á los gastos de una guerra tan lejana, con lo cual volvieron á la corona los dominios que la habían usurpado estos señores, y en lo sucesivo fueron ménos turbulentos y ménos dispuestos á rebelarse; la política se restableció con el poder de los reyes.

4.° Por esto mismo se fundó la libertad civil, pues por una parte se concedieron franquicias á los siervos, y los que se alistaban desde luégo para la cruzada, eran desde luégo manumitidos, y, por otra, á medida que disminuyó la preponderancia de los nobles, la fueron adquiriendo los comunes y los consejos.

5.° Además de estas ventajas, resultaron otras que no se esperaban, y que probablemente apreciarán más los filósofos modernos. Tal fué el vasto desarrollo del comercio, en los pueblos de Italia sobre todo, que se enriquecieron muy pronto con los géneros de la India, cuyo primer mercado era ántes Constantinopla. Europa recobró con creces las sumas gastadas en las cruzadas (1).

6.° La marina se perfeccionó notablemente, acostumbrando á los pueblos á lanzarse á grandes empresas marítimas y ocasionando la invencion de la brújula. A las cruzadas se deben los progresos que hicieron en la navegacion los italianos, venecianos, florentinos, y, despues de éstos, los otros pueblos de Europa.

(1) Esto es tan evidente, que ha habido quien sostenga que el interés comercial tuvo más parte en las cruzadas que la misma religion. Véase el tomo LXVIII de la *Acad. de las inscripc.*, pág. 429.

© Biblioteca Nacional de España

7.º Provino tambien de las cruzadas el progreso de la industria, de las artes y de las ciencias. Los europeos adquirieron el buen gusto asiático y la cultura de los griegos, y se suavizaron en gran manera sus costumbres feroces. Desde entónces se empezaron á establecer manufacturas, se poblaron las ciudades, se aumentaron sus recintos, se construyeron fuentes públicas y diques, y se levantaron esos atrevidos monumentos de arquitectura que todavía admiramos. La medicina, hasta entónces imperfecta y casi sin principios, se enriqueció con los conocimientos de los árabes, muy adelantados en esta ciencia; perfeccionáronse las lenguas europeas; hiciéronse más comunes los libros, y el gusto al estudio se fué desarrollando insensiblemente.

Se dirá que murieron en ellas dos millones de hombres; pero hay que tener presente que fué en el espacio de doscientos años, que los mismos hubieran muerto en las guerras civiles, y en la social que se preparaba, y que aquellos hombres eran el azote y el terror de sus respectivas naciones. Se gastaron en ellos sumas inmensas; pero fué para recobrarlas mayores. Se enriqueció el Clero, recobrando sus bienes usurpados por los señores, pero esta riqueza fué causa de que se perfeccionase la agricultura. Se arruinó la nobleza; pero se formó la clase media, y mejoró la condicion del pueblo. Se aumentó el poder de los Papas; pero se debilitó el de los mahometanos, que era harto más temible y peligroso (1).

«¿Qué importan, pues, dice Balmes, algunas declamaciones en que se afecta interés por la justicia y la humanidad? Nadie se deja deslumbrar por ellas. La filosofía de la historia, amaestrada con las lecciones de la experiencia y con mayor caudal de conocimientos, fruto de un más detenido estudio de los hechos, ha fallado irrevocablemente la causa, y en esto, como en todo lo demás, la religion ha salido triunfante en el tribunal de la filosofía. Las cruzadas, léjos

(1) Véase Palma, ex sæc. 11, caps. 6.º y 7.º—Bergier, *Diccion. Teol.* art. *cruzadas*.—Valentin, *Abroge de l'histoire del Croisades*.—Cantú, época 12, cap 18.

© Biblioteca Nacional de España

de considerarse como un acto de barbárie y de temeridad, son justamente miradas como una obra maestra de política que aseguró la independencia de Europa; adquirió á los pueblos cristianos una decidida preponderancia sobre los musulmanes; fortificó y agrandó el espíritu militar de las naciones europeas; les comunicó un sentimiento de fraternidad que hizo de ellas un solo pueblo; desenvolvió en muchos sentidos el espíritu humano; contribuyó á mejorar el estado de los vasallos; preparó la entera ruina del feudalismo; creó la marina, fomentó el comercio y la industria, dando de esta suerte un poderoso impulso para adelantar por diferentes senderos en la carrera de la civilizacion» (1).

Dicho esto en defensa de las cruzadas, volvemos á nuestro propósito y preguntamos: ¿Quién sino el espíritu católico puede ser capaz de comunicar este movimiento colosal á toda Europa? ¿Quién pudo animar aquel ardor belicoso, y encauzar el génio guerrero de la Edad Media hácia la verdadera civilizacion? ¿Podrá nunca el protestantismo ó el materialismo producir una obra semejante? ¿Podrá sacar de la guerra tales ventajas? ¿Podrá formar tales guerreros?

Y todavía se ve mejor esta influencia del Catolicismo sobre el génio militar en la institucion de aquellas Ordenes religiosas militares, que fueron como la continuacion de las cruzadas, y cuyos indivíduos eran á un mismo tiempo Frailes y caballeros, Monjes y soldados. Estos reunían en su persona aquellas cualidades que forman el tipo perfecto del guerrero: valor, generosidad, nobleza, lealtad y religion.

San Bernardo pintó el carácter de estas Ordenes en una elocuente página: «Próxima la batalla, dice, se arman por dentro de la fe, por fuera de hierro, no de oro, para intimidar á los enemigos y no excitar su codicia. Despues no marchan turbulentos ó precipitados, sino con gravedad y

(1) *El protestantismo, etc.*, cap. 42.

© Biblioteca Nacional de España

mucha cautela; se ordenan con prudencia y disponen sus filas en órden de batalla, segun el consejo de la Escritura: *Veri profecto Israelitæ procedent ad bella pacifici*... Mas cuando empieza la refriega, dejan su anterior mesura, se arrojan impetuosos contra los adversarios, reputan como ovejas á los enemigos, y aunque ellos sean muy pocos, no temen, ni la fiera barbárie de los contrarios, ni su grande multitud. Porque saben no presumir en sus propias fuerzas, sino esperar la victoria del auxilio del Señor, al cual es fácil, segun la sentencia de los Macabeos, *que los pocos venzan á los muchos, y no hay diferencia respecto de él, en salvar con muchos ó con pocos, porque no está la victoria en el número del ejército, sino que del Cielo viene el valor.* (I. Mac. III, 18.) Finalmente, por una singular maravilla, parecen á un tiempo más mansos que corderos y más valientes que leones; de modo que dudo cómo debo llamarlos, Monjes ó soldados, á no ser que con más propiedad los llame uno y otro, pues nada les falta, ni la mansedumbre del Monje, ni la fortaleza del guerrero» (1).

Basta recorrer someramente la historia, para conocer los importantes servicios que estas Ordenes prestaron á la sociedad. La Orden de Malta protegía en el Oriente el comercio y la navegacion que empezaba á florecer, y durante más de un siglo, fué el único baluarte que impidió á los turcos arrojarse sobre la Italia. La Orden Teutónica, subyugando en el Norte los pueblos errantes de las costas del Báltico, apagó el volcan de aquellas terribles erupciones que tantas veces desolaron la Europa, y dió tiempo para propagar la civilizacion, y preparar esas nuevas armas que defenderán para siempre de los Alaricos y los Atilas. Las Ordenes Militares de España, peleando sin tregua contra los moros, debilitaron su poder, aseguraron la independencia de la pátria, y evitaron á Europa terribles catástrofes.

Los caballeros cristianos reemplazaron ejércitos regulares, pues formaron una especie de milicia reglada, que

(1) *In exhortat. ad Templarios.*

© Biblioteca Nacional de España

marchaba á donde más inminente era el peligro. Los reyes y barones, obligados á dar las licencias á sus vasallos, al cabo de algunos meses de servicio, habían sido sorprendidos muchas veces por los bárbaros, que sabían aprovechar toda favorable coyuntura; y lo que ni la experiencia ni el talento alcanzaran, lo ejecutó la religion, asociando unos hombres que juraron en nombre de Dios derramar su sangre en defensa de la pátria. Viéronse entónces libres los caminos, purgadas las provincias de los malhechores que las infestaban, y los enemigos exteriores encontraron un inexpugnable baluarte en que se estrellaron sus esfuerzos y ambiciones (1).

Poco á poco se fué extendiendo por Europa el espíritu de la caballería, profesada por los particulares, que dió orígen á tantas leyendas de la Edad Media. No había noble que no pretendiera ser armado caballero, y no procurara portarse en todas sus acciones como tal. Desde entónces tomaron las guerras un carácter notable de moderacion, pues los caballeros hacían alarde de generosidad y de nobleza, tanto durante la batalla, como despues de ella con los heridos y prisioneros.

La caballería era una mezcla de devocion, de galantería y de valor. El caballero hacía voto de defender la religion y de preferir el bien público al interés particular; se consideraba como un santo y como un héroe; y hubiera mirado como una infraccion imperdonable de las leyes de caballería el abandonar al débil ó al afligido, á la viuda ó al huérfano, y no estar pronto á derramar su sangre en defensa de la inocencia y de la virtud. Él tenía la urbanidad como un deber y procuraba adquirir gracia en sus modales y elegancia en sus costumbres. Jamás manifestaba una alegría indecente en sus victorias, ni insultaba á los vencidos, y atribuía su fortuna, no á la superioridad de su valor, sino á la voluntad del Cielo, realzando su gloria por una generosa compasion y una constante magnanimidad. Tal fué

(1) Véase Chateaubriand, *Génio*, part. 4.ª, lib. V.

© Biblioteca Nacional de España

el carácter de los caballeros miéntras que su instituto no degeneró en quijotismo.

«En lo que se echa de ver, observa Balmes, que todo cuanto había de bueno en aquella exaltacion de sentimientos, todo provenía de la religion, y que si de ella se prescinde, solo vemos al bárbaro que no conoce otra ley que su lanza, ni otra guía en su conducta que las inspiraciones de un corazon lleno de fuego» (1).

Tales son las influencias del espíritu católico sobre la guerra y el valor militar. En donde parece que todo es vicio, forma virtudes: en donde todo es ira, introduce la moderacion y la caridad.

§ VI. —*La guerra bajo el punto de vista protestante.—Las guerras de religion.*

Ninguno se atreverá á decir que la doctrina católica por sí misma es causa de guerras y perturbaciones; pero esto no solo puede decirse del protestantismo, sino que la razon y la historia lo demuestran con la mayor evidencia.

El protestantismo, siguiendo las huellas de los antíguos herejes, renovó en el siglo XVI las sangrientas escenas de los arrianos, de los maniqueos, de los iconoclastas y de los husitas, pues es propio de toda herejía encender la guerra y llevar el exterminio por donde quiera que pasa.

Desde la aparicion del protestantismo y las detestables predicaciones de sus corifeos, se convirtió la Europa en un inmenso campo de batalla, mezclándose las ambiciones políticas con las disensiones religiosas. La guerra civil ardió tenaz y furiosa en Suecia, Dinamarca, Noruega, los Países-Bajos, Francia y Alemania; y donde prevalecieron los reformadores, lo llevaron todo á sangre y fuego, y cometieron tales horrores, que apenas serían creibles en hordas salvajes (2). Su sistema era saquear é incendiar las Igle-

(1) Obra. cit., cap. 27.

(2) Véase *El protestantismo intolerante y sanguinario*, por el marqués de Meri de Montferrand.

© Biblioteca Nacional de España

sias, destruir los Monasterios y degollar á los Sacerdotes y Religiosos. No es necesario insistir en este punto, pues nadie ignora aquellos excesos.

No eran de extrañar ciertamente estas escenas, que habían sido provocadas expresamente por los mismos fundadores de las sectas. «Para establecer el Evangelio es preciso derramar sangre, escribía Lutero. Si castigamos á los ladrones con la horca, á los asesinos con la cuchilla, á los herejes con la hoguera, ¿por qué no haremos lo mismo con los infames predicadores de la corrupcion, el Papa, los Cardenales y los Obispos? Sí, nosotros debíamos caer sobre ellos con toda suerte de armas y lavarnos las manos en su sangre» (1). Calvino escribía en una de sus cartas este consejo sanguinario: no hagais escrúpulo de *librar* al país de esos celosos bribones, que quieren hacer pasar por desvarío nuestra creencia; semejantes mónstruos merecen ser estrangulados (2). Herman predicaba la matanza de todos los Sacerdotes y todos los magistrados del mundo; y sabido es tambien el fanatismo feroz de Harlena y de Juan de Leide. Así es, que la sangre corrió á torrentes. No bastando á su furor atacar á los católicos, se devoraron los protestantes unos á otros con las armas en la mano, á medida que el espíritu privado multiplicaba las sectas; de lo cual son buena prueba, por no citar otras, *la guerra de los rústicos*, promovida por los anabaptistas, y *la guerra sacramentaria*. Nadie ignora el aborrecimiento y rencor que se profesaban mútuamente los fundadores del protestantismo, y, por consecuencia, sus repectivos partidarios; y las infructuosas tentativas, reuniones y otros pasos que en el trascurso de muchos años se dieron para reconciliarlos. Pero no consiguieron su objeto, porque la division de los ánimos es esencial al protestantismo. Hé aquí, pues, que éste lleva esencialmente en sí mismo un gérmen fecundo de rebeliones y guerras.

(1) Así se explica en su libro contra el papado de Roma, en el del fisco, y en todas sus obras.

(2) Carta á Buet Bolsec, *Vida de Calvino*, pág. 29.

© Biblioteca Nacional de España

Estas guerras, ocasionadas por el principio protestante, tomaron un carácter de encarnizamiento y ferocidad, que no se había visto desde los tiempos del paganismo. Impulsados por el génio del mal, parecía que tenían un placer en destruir. ¿Quién puede leer sin estremecerse la historia del calvinismo en Francia y en los Países-Bajos, y las crueldades cometidas en sus guerras? ¿Quién no se estremece al leer los excesos de los luteranos de Alemania en las provincias de Suabia, de Franconia y de la Alsacia? ¿Quién ignora cómo se estableció la reforma en todas las naciones? Por lo tanto, era muy natural que los católicos tomasen represalias para vengar los ultrajes y violencias de sus enemigos, y que se recrudeciesen las guerras.

Bien sabido es que las guerras religiosas son las más terribles, y que se distinguen de todas las demás por la impetuosidad con que se emprenden, la tenacidad con que se continúan y lo horrible de las escenas que en ellas se presencian. Es que, mediando los intereses religiosos, siéntese el hombre impulsado por lo más fuerte y vivo que puede obrar sobre el corazon: la fortuna, la vida de sus semejantes y hasta la propia son nada á sus ojos, desde que se trata de lo más grande y augusto que hay en el Cielo y en la tierra. Así se explica la exaltacion que producen estas guerras y las atrocidades á que dan lugar. Pues bien, el protestantismo es responsable de haber multiplicado tales horrores.

«A los apóstoles de la *tolerancia*, á los hijos de la *filosofía* anticristiana, á los que por sistema, por preocupacion, por ignorancia ó por empeños de cualquier naturaleza, se atrevan todavía á culpar á la religion de los crímenes propios de sus hijos díscolos ó de los sectarios del error, les queda un solo recurso: el de manifestar con verdad y desinterés una sola ciudad, un solo pueblo, la más pequeña aldea en que, dominando los protestantes, hayan tolerado á un solo católico: y presentarlos igualmente libres de los cargos de *agresores que contra ellos resultan en todas las guerras que denominan de religion*, y que de parte de sus promovedores

© Biblioteca Nacional de España

haríamos bien en llamarlas *guerras del error contra la verdad, y de la anarquía contra el órden»* (1).

Porque los católicos estaban en posesion de su fe y de su religion cuando aparecieron los protestantes, atacándola injustamente; tenían, pues, el derecho de defenderla con las armas en la mano. Cuando se emprende una guerra con el objeto de extender la religion ó imponerla á otros por la fuerza, no hay duda que es injusta: porque la religion no se ha de extender y propagar con las armas, sino con la luz de la verdad, ni gana los corazones por la violencia, sino que los atrae por la persuasion y la caridad. Pero si se hace la guerra para defender la religion de algunos agresores injustos, que tratan de oprimirla y se empeñan en arrebatarla de los corazones de los pueblos, no puede ser más evidente la justicia de la guerra movida por esta causa. Porque siendo la religion el mayor bien del hombre, supuesto que se refiere á su felicidad suprema y eterna, confiere al hombre y á la sociedad el mejor derecho de pelear contra los sacrílegos que la atacan. Más todavía; no solo hay para esta guerra un derecho indisputable, sino tambien un deber, que nace de la obligacion que tenemos de defender y conservar la gloria y el honor de Dios con preferencia á todos los bienes. De manera que, en las guerras religiosas de la reforma, toda la razon y la justicia estaban de parte de los católicos, toda la injusticia y el atropello de parte de los protestantes.

Los católicos luchaban por defenderse; los protestantes por propagarse é imponerse violentamente, semejantes en esto á los sectarios de Mahoma. Jamás podrá decirse que el principio católico ha promovido una guerra injusta, y el principio protestante ha sido causa directa de muchas.

Mas con un breve paralelo se notará todavía mejor la diversa influencia sobre la guerra del principio católico y del principio protestante.

---

(1) Ilmo. Sr. Obispo Monescillo, adiciones al artículo *Guerras de religion*, en el dicc. de Bergier.

© Biblioteca Nacional de España

El Catolicismo ha tratado siempre de impedir las guerras y moderar su fiereza; el protestantismo, como hemos visto, es un gérmen fecundo de ellas, y las hace más encarnizadas y durables.

El Catolicismo predica el amor á los enemigos, la moderacion, el respeto á la propiedad; ya hemos visto que los jefes del protestantismo predicaban el exterminio y la matanza, y la confiscacion de los bienes eclesiásticos. Conocido es el tratado *Del fisco comun* de Lutero, lleno de ideas disolventes y anárquicas.

El Catolicismo predica obediencia á los príncipes y autoridades; hé aquí lo que Lutero escribía á su soberano: «Si me es permitido por amor á la libertad cristiana, no solamente despreciar, sino áun hollar bajo mis piés los decretos de los Papas y de los Concilios, ¿pensais que respetaré bastante vuestras órdenes para mirarlas como leyes?» Donde quiera que los protestantes tuvieron fuerza, dice Grocio, protestante él mismo, se rebelaron contra la autoridad y perturbaron el Estado.

El Catolicismo hace valiente al soldado, el protestantismo lo hace feroz.

El Catolicismo forma á los héroes, el protestantismo á los fanáticos.

Cuanto mejor se practicase el Catolicismo, habría más sumision á la autoridad, y, por lo tanto, más paz.

Cuanto mejor se practicase el protestantismo, habria más libre exámen, y, por lo tanto, más division, más guerra.

§ VII.—*La guerra bajo el punto de vista indiferentista.*—*La* CRUZ ROJA.

Tanto el protestantismo como el indiferentismo, encontraron ya á la Europa civilizada por la influencia del Catolicismo, restaurado el derecho de gentes y moderada la fiereza de las guerras. Si hubieran encontrado al mundo en el estado en que lo halló el Catolicismo, ¿qué hubieran hecho? La imaginacion no alcanza á medir los horrores de que hubiera sido víctima la sociedad.

© Biblioteca Nacional de España

Es un hecho indudable que, á medida que ha ido cundiendo la indiferencia religiosa, las naciones se han hecho más desconfiadas y recelosas. En todas partes se han multiplicado las guerras, las revoluciones y los motines, y se han aumentado los ejércitos. Y es que el indiferentismo es un estado latente de guerra. Al prescindir de la autoridad divina, al emanciparse del yugo suave de la religion, es natural cuidarse poco de la autoridad humana. Este no tiene otro medio de hacer valer sus derechos sino la fuerza.

Por eso, nuestra civilizacion moderna, tan decantada, no piensa en otra cosa que en inventar instrumentos de destruccion y perfeccionar las armas, haciéndolas cada vez más mortíferas. ¿Quién puede contar los sistemas de fusiles y cañones inventados en los últimos veinte años? Aquellos son tenidos por mejores con los cuales se puedan quitar más vidas en ménos minutos, y que arrojen á mayor distancia y precision el plomo asesino. La guerra y sus elementos tienen una importancia primaria para todos los Gobiernos, y consumen la mayor parte de las rentas de los pueblos. Puede decirse que todas las naciones viven en un estado perpétuo de guerra, pues mantienen sus ejércitos y marina lo mismo que si la hubiera. Por último, y abandonamos esta idea á los hombres pensadores como un dato para juzgar la civilizacion moderna; hoy más que nunca la grandeza de las naciones se mide por el número de sus cañones, y por su preponderancia militar. ¿No es esto proclamar el imperio de la fuerza? ¿No es retroceder á aquellos tiempos en que no había más ley que la espada?

Nadie puede dudar que esto es efecto de la influencia que ejerce el indiferentismo sobre las sociedades modernas. Los Gobiernos que han proclamado el principio del *Estado ateo* se ven precisados á multiplicar sus ejércitos, porque conocen, que para hacerse respetar de propios y extraños, no pueden invocar otra ley que la fuerza material. Los Estados que todavía tienen la religion como el mayor de sus bienes y el primero de sus deberes, se ven tambien precisados á hacer lo mismo, al ver cómo se preparan los demás.

© Biblioteca Nacional de España

Cuando dos naciones chocan, lo cual sucede con demasiada frecuencia, la guerra toma unas proporciones terribles. Es cierto que las campañas son más breves, por efecto del armamento y medios de locomocion; pero producen mayores estragos materiales y mayores pérdidas. ¿Cuándo se han visto escenas más horrorosas que en la última guerra entre Francia y Prusia? En pocos minutos se veía el campo de batalla cubierto de muertos y heridos por causa de la ardiente lluvia de balas que arrojaba un ejército tan numeroso armado de los nuevos fusiles. En poco rato era arrasada una ciudad por los atroces cañones y trenes de batir de los nuevos sistemas. En poco rato tambien era incendiado cualquier edificio por las bombas de petróleo y glicerina arrojadas á una distancia fabulosa. La historia no hace mencion en todo el trascurso de los siglos de una destruccion mayor en más breve tiempo.

Con el nuevo sistema de guerra, en que apenas se hace uso del arma blanca y no se combate sino á distancia, casi no es necesario el valor personal del soldado. Basta que no flaquee su corazon y que sepa hacer con regularidad y precision las maniobras y evoluciones que le manden los jefes, semejante á una máquina viva, que se mueve en combinacion con otras, y cuya suma de fuerzas y resultado de movimientos se averigua sobre el papel, como un problema de matemáticas. En todo caso, ¿qué valor ó qué entusiasmo podría comunicarle el principio indiferentista ó materialista? ¿Qué puede prometer al soldado para despues de su muerte? La nada; y nadie ignora que el que nada espera despues de esta vida es cobarde para morir. El indiferentismo no puede presentar á los ojos del soldado ninguno de los motivos que enardecen el valor.

Hay una nacion desgraciada en donde arde actualmente la guerra civil, y sobre sus campos de batalla puede apreciarse la diferencia que hay en la guerra entre católicos é indiferentistas: la misma que hay entre caballeros y bandidos. Los frutos son siempre como el árbol que los engendra.

Y, además, ¿con qué derecho los lleva á la boca de los

© Biblioteca Nacional de España

cañones, sacrificándolos muchas veces al triunfo de la ambicion? ¿Haciéndolos instrumentos nécios de los ascensos de los jefes? Los soldados lo han comprendido, y son lógicos al indisciplinarse. Efectivamente; dado el principio indiferentista ó materialista, no se comprende mayor tiranía que presentar delante de la muerte á miles de hombres, cuya sangre nada significa para el egoismo de un general: llevarlos como un rebaño á defender una idea que no es la suya, ó á sostener una situacion que aborrecen todos sus conciudadanos: ó si se trata de una guerra extranjera, á derramar su sangre, no precisamente por la pátria, sino por la ambicion ó el orgullo del jefe de la nacion.

Por otra parte, un ejército sin fe hace la guerra sin compasion y sin cuidarse de las leyes de la humanidad y del honor, á diferencia del soldado católico, que pelea con nobleza y generosidad, y con conciencia de la noble causa que defiende.

Como consecuencia de esta falta absoluta de creencias, el materialismo considera la guerra como una especulacion, como un negocio. Antes de hacer la guerra, medita si le conviene, y en caso negativo, no duda arrastrar por el suelo el honor de la pátria y sufrir cualquiera humillacion. Nunca imitará á Mendez Nuñez, ni ménos á Guzman el Bueno; pero imitará con gusto la conducta rastrera de los que á principios de este siglo besaban la mano de Napoleon.

El Catolicismo se aprovecha de las guerras con pueblos infieles para enviar sus Misioneros, el materialismo para desarrollar el comercio; el Catolicismo para civilizarlos, el materialismo para explotarlos; el Catolicismo para plantar en ellos la cruz, el materialismo para plantar una factoría.

Lamenta el Catolicismo la sangre que se derrama en las guerras, al paso que el materialismo las considera útiles y á veces necesarias para disminuir el exceso de poblacion: el Catolicismo mira á los soldados como hombres, el materialismo los considera como números.

Y, ¿qué hace este sistema para evitar las guerras? A lo

© Biblioteca Nacional de España

sumo enviar algunas notas diplomáticas, y si no producen efecto, se encierra cobardemente en el funesto principio de *no intervencion*. ¿Qué resultado han dado los célebres *Congresos de la paz?*

¿Qué hace para remediar sus consecuencias? Lavarse las manos y sentar el absurdo, el inícuo, el inmoral principio de los *hechos consumados*.

¿Qué hace al ménos para mejorar la suerte de los combatientes? Organizar la asociacion masónica la *Cruz Roja*, y cantar sus alabanzas en todos los periódicos, que se las prodigaban con tanto más gusto cuanto que no es asociacion religiosa ni católica. Es una asociacion de filantropía, es decir, de caridad humana, y que no puede ejercerse sino de modo humano. Le falta el principio de la verdadera caridad, que es la fe, y, por lo tanto, sus esfuerzos no pueden ménos de ser estériles por decantados que sean.

Esta asociacion así fundada, tiene por objeto recoger los heridos en el campo de batalla y cuidarlos en los depósitos hasta su curacion. Pueden pertenecer á ella los hombres de todos los países, de todas las opiniones y de cualquiera religion.

Nada diremos de sus intenciones, que algunos las suponen hostiles al Catolicismo, y afirman que se propuso hacer inútiles los servicios de las *Hermanas de la Caridad*. Nada diremos de las numerosas quejas suscitadas contra esta asociacion, si cuidaba y recogía á los heridos de un campo con preferencia á los de otro, si algunos de sus individuos ejercían el espionaje, si impedían á los moribundos recibir los auxilios espirituales que pedían, etc. Estos rumores podían ser más ó ménos fundados, y acaso calumniosos. Prescindiremos tambien de que esta asociacion, que se propone ejercer la caridad, no ha contado para nada con la Iglesia, ni se ha cuidado de las disposiciones canónicas sobre fundacion de asociaciones piadosas y caritativas, lo cual es causa de que muchos católicos la miren con recelo (1).

(1) Véanse los notables artículos publicados en la re-

© Biblioteca Nacional de España

Solamente nos fijaremos en sus resultados, comparados con los de la caridad católica. Recuérdese el heroismo, la abnegacion, el celo de las *Hermanas de la Caridad*, durante la guerra de Crimea en 1854, que llenó de asombro y admiracion al universo, y véase cuánta es la diferencia que hay entre ellas y la *Cruz Roja*. Véase lo que hizo esta asociacion durante la guerra franco-prusiana, en la que llevaba el nombre de la *Internacional*, y se entenderá lo que vale el amor á la humanidad, si no es vivificado por el espíritu católico. Recuérdese la ternura y la solicitud de las Hermanas de la Caridad en Castelfidardo y Mentana con los enemigos heridos, y compárese con la conducta de la Internacional en Enero de 1871, cuando se vieron en Francia casos, en los cuales los heridos pasaron noches enteras sobre montañas de nieve.

«La Cruz Roja, dice el periódico citado, no se funda en la fe, y, por lo mismo, no puede tener la abnegacion que lleva al martirio. La caridad masónica, filosófica, humanitaria, filantrópica ó como quiera llamarse, es tan útil para producir ruido cuando no hay peligro, como incapaz de prestar verdaderos servicios cuando una epidemia hace estragos ó cuando empieza á oirse el estruendo del cañon.»

«Durante el sitio de París, segun refirieron todos los periódicos de aquel tiempo, se vieron y se admiraron ejemplos de verdadero heroismo. Pero, ¿quiénes eran sus autores? ¿Los miembros de la Cruz Roja? Nada ménos. Eran los Hermanos de la Doctrina cristiana, que se hacían matar retirando heridos de los puestos más avanzados, ó Hermanas de la Caridad, que jamás se permitían un solo momento de descanso miéntras había heridos cuya sangre era preciso restañar.»

Hasta ahora estaba acostumbrado el mundo á ver la

---

vista *El Consultor de los Párrocos*, núms. 51, 53 y 55 del año 1873, en los que se demuestra que esta asociacion es *anticatólica* por su objeto y sus tendencias, y no haber contado para nada con la Iglesia, y ser instrumento de la masonería.

© Biblioteca Nacional de España

mano del Catolicismo, siempre y en todas partes que hubiera que aliviar alguna desgracia de la humanidad: si ésta ha de ser socorrida con tierno cuidado, con solicitud y con amor, preciso es encomendarla á la caridad cristiana.

La Cruz Roja es una asociacion materialista, que solo se cuida del cuerpo, y que, á pesar de su nombre, nunca lleva un crucifijo para presentarlo á los ojos del soldado moribundo: la caridad católica cura las heridas del cuerpo y procura la salud del alma.

La Cruz Roja, ¿qué consuelos puede prodigar al soldado, á quien hay que amputar algun miembro, ó con qué esperanzas endulzará los últimos momentos del moribundo? Pero la caridad católica llora con el desgraciado, le prodiga los consuelos que solo sabe dar la religion, convierte su pensamiento hácia Dios y le muestra el Cielo.

La Cruz Roja se compone de muchos hombres que juran y blasfeman; la caridad católica, de Religiosos y Monjas que ruegan y lloran. Los primeros podrán prodigar sus cuidados con esmero y puntualidad si se quiere; pero, ¿podrán ni áun imitar la ternura, la delicadeza, la sensibilidad de aquellas inocentes Hermanas de la Caridad, que aparecen como ángeles humanos?

Muchos de los miembros de la Cruz Roja prestan sus auxilios por un salario, y otros por vanidad, para que se hable de ellos; la caridad católica presta los suyos por conciencia y por religion.

Fácil sería continuar todavía el paralelo, pero basta lo dicho para probar que el principio materialista es incapaz por sí mismo de mejorar la condicion de las víctimas de la guerra, y que léjos de mejorarla con los socorros que quiere prestarles independientemente del Catolicismo, la ha empeorado. ¡Pobres heridos, si quedasen exclusivamente confiados á la filantropía, si hubiesen de ser socorridos solamente por la *Cruz Roja!*

En resúmen; el principio indiferentista ó materialista aumenta las guerras y las hace más sangrientas; tiene recelosas á las naciones y las obliga á sostener ejércitos numerosos en tiempo de paz; pervierte al soldado y apaga

© Biblioteca Nacional de España

su valor y su disciplina, y es incapaz de remediar ó disminuir los males de la guerra, que hace servir á su egoismo.

Solo el principio católico es el que puede hacer la felicidad de las naciones, tanto en la guerra como en la paz. Él solo es el regulador de la verdadera civilizacion.

CAPITULO IV.

La Iglesia protectora del órden social.

Todo sistema que se encamina próxima ó remotamente á destruir el órden social, es enemigo de la Iglesia católica, y todo sistema enemigo de ésta, tiende á perturbar el órden social. Tan íntimamente ligados están la una y el otro.

Nuestro siglo ha sido fecundo en estos sistemas, si no inventándolos, esforzándose en reducirlos á la práctica, que es mucho peor: y haciéndonos temer por la violencia y tenacidad con que son defendidos, que va á llegar pronto un dia en que la sociedad sea sacudida por espantosos trastornos, si los hombres de bien no se unen decididamente para evitarlos ayudando á la Iglesia, que es la única que puede luchar victoriosamente contra aquéllos.

Las sociedades secretas no se contentan ya con promover resoluciones políticas, como hasta aquí han hecho, sino que quieren llevar á cabo revoluciones sociales, destruyendo todo lo existente, para formar una sociedad nueva segun sus calenturientas utopias: no se contentan con turbar la tranquilidad pública, sino que quieren turbar la tranquilidad doméstica; no les basta tener en alarma á todos los Gobiernos, sino tambien á todos los padres de familia y áun á todos los hombres honrados.

Han enardecido todas las malas pasiones, han despertado todos los malos instintos del pueblo vicioso y han formado compactas y numerosas falanges, que son un peligro contínuo y una amenaza contra el órden, contra la familia

© Biblioteca Nacional de España

y contra la propiedad. Nada hay sagrado para ellos, ni áun lo que pasa por indiscutible entre los pueblos más salvajes; religion, moralidad, justicia, honor. Sedientos de goces brutales, sin reparar en medios, todo lo arrostran por satisfacerlos, y sin respeto ni temor divino ni humano, sin el pudor siquiera de los irracionales, proclaman cínicamente desde la *¡guerra á Dios!* y *¡la propiedad es el robo!* hasta el *amor libre*, hasta la más asquerosa promiscuidad. No hay en ninguna lengua palabras bastante enérgicas para condenar tanta infamia, tanta degradacion.

Es natural que sucediera esto despues de haber quitado del corazon de los pueblos la religion, que es el freno de todos los deseos desordenados. Por lo tanto, el único medio para salvar el órden social, tan sériamente amenazado por estos monstruosos sistemas, es restaurar la religion. Esto solo la Iglesia puede hacerlo: luego solo ella puede proteger y asegurar el órden social.

Expondremos brevemente las tendencias y fines de las *sociedades secretas*, del *comunismo*, del *socialismo* y de su engendro la *Asociacion internacional de trabajadores*, y se verá con su simple exposicion que solo la Iglesia es capaz de contener sus disolventes progresos. Si los pueblos no son católicos, bien pronto serán materialistas, y luégo salvajes. *La Commune* de París y los horrores de Alcoy y Cartagena son la prueba.

§ I.—*La francmasonería* (1).

Comprendemos en esta palabra todas las sociedades secretas, de cualquiera denominacion que sean, pues todas se proponen idénticos fines, y emplean casi idénticos medios. Nada diremos de su antiquísimo orígen, que algunos pretenden remontar á la época de Salomon, ó al ménos al

(1) Véase *Los francmasones y las sociedades secretas*, obra interesantísima. *Histoire de la franc-maçonneire*, por Eckert, traducida por el Ab. Gyz. *Los francmasones*, lo que son, lo que hacen, lo que quieren; opúsculo por monseñor de Segur.

© Biblioteca Nacional de España

tiempo de Domiciano. Lo que consta ciertamente es su identidad con los Caballeros Templarios, muchos de los cuales, despues de la estincion de su Órden el año 1312, decretada justísimamente por causa de sus crímenes, se salvaron en Escocia, constituyéndose en sociedad secreta, jurando un ódio implacable y una cruel venganza á los reyes y al Papado (1). Tampoco hablaremos de los diversos ritos en que se divide la masonería (2), la formacion de las *lógias* (3), el misterioso y ridículo ceremonial con que son admitidos los sócios, y los diversos grados que hay en ellos (4). No pretendemos hacer la historia de estas sociedades. Solo nos proponemos hacer ver sus fines reprobados, y los inmensos daños que han causado, así como tambien que son uno de los más sérios peligros contra el órden social.

Toda sociedad secreta, por lo mismo que existe, se constituye en disentimiento y en lucha con la sociedad pública, manifiesta que no piensa ni obra como el comun de los hombres, pues en este caso obraría á la luz. Luego en el mero hecho de ocultarse con tanto cuidado, declara que no se propone cosa alguna buena. Por eso exige á sus iniciados tan terríficos juramentos de guardar el secreto, amenazándolos con la muerte si lo quebrantan. Por eso exige de ellos una obediencia ciega á las órdenes de los

(1) Véase Henrion, *Hist. Ecc.* lib. LXXXVIII, núm. 21 y siguientes que trata eruditamente este punto.—Id. Bergier, *Diccion. Teol.*, artic. *francmasones*, *sociedades secretas*, *Templarios*.—La justicia con que fué extinguida la Orden de los Templarios es un punto histórico que la crítica ha puesto ya fuera de toda duda.

(2) El rito *francés*, el rito *escocés*, el rito *misraim*, etc.

(3) Así se llaman las reuniones parciales de los hermanos masones, que comunican todas con la lógia central. Tienen tambien el nombre de *ventas*, etc.

(4) Se entiende diversos grados de iniciacion en los secretos de la sociedad. Los grados inferiores son *aprendiz*, *compañero* y *maestro*, y los grados superiores *juez filósofo*, *anciano*, *elegido*, *caballero del sol*, *caballero kadosch*, *rosa-cruz*, y otros muchos.

© Biblioteca Nacional de España

jefes, casi siempre desconocidos, siquiera manden el incendio y el asesinato; y, ¡ay de los que se resistan á obedecer! no tardan ellos mismos en ser víctimas de su desobediencia. Decir *sociedad secreta*, equivale á decir *sociedad reprobada* y perniciosa. Esto dicta la recta razon y lo expresa el mismo Jesucristo con una sentencia gráfica: *El que obra mal, aborrece la luz* (1).

Se dice, sin embargo, que las sociedades secretas se proponen ejercer la beneficencia, que su fin no es otro que ejercitarse en el amor recíproco y reunirse para auxiliarse. «Lectores mios, responde á esto el P. Franco, habreis oido muchas veces esta réplica, como la he oido yo; meditadla, empero, un instante. ¿Os parece posible que á la luz del cristianismo, en el seno de la sociedad católica, sea necesario esconderse y reunirse con secretos juramentos, solo para hacer bien al prógimo, amarse y protegerse recíprocamente? ¿Ha prohibido la Iglesia la caridad, ó, por el contrario, la quiere y la recomienda, constituyendo el asunto de sus predicaciones sempiternas? ¿Ha existido acaso algun Gobierno que haya vedado á los hombres amarse y protegerse, para que sea preciso hacerlo á escondidas? ¿A quién persuadirán tales extrañezas?» (2).

De ningun modo se pueden conocer mejor los fines de las sociedades secretas que por lo que han hecho hasta aquí y por lo que tratan de hacer. Segun esto, aparece que su verdadero objeto es destruir toda soberanía y toda religion, especialmente el Catolicismo, trastornar la sociedad por completo para constituirla de nuevo sobre las bases del naturalismo y del materialismo, y sustituir «los derechos del hombre á los derechos de Dios.» «¡Guerra á Dios, á Jesucristo y á su Iglesia! ¡Guerra á los reyes y á todo poder humano que no esté con nosotros!» Tal es su divisa, tal es su enseña.

---

(1) Joan. III, 20.
(2) *Respuestas populares*, etc., cap. 26.

© Biblioteca Nacional de España

Sin embargo, no todos los francmasones están iniciados en estos planes tenebrosos. Segun los últimos cálculos, pasa de ocho millones el número de los francmasones, repartidos en cinco mil lógias, sin contar las traslógias, que son la verdadera sociedad secreta y peligrosa. De esos ocho millones no hay más que quinientos mil miembros activos, como confesó el periódico *El mundo masónico* en su número de Agosto de 1866. Y, ¿quién duda que desde esta época se han aumentado considerablemente? Pero por más que muchos ignoren estos planes de la masonería, y áun se indignen cuando se les acusa de ellos, lo cierto es que existen, y se procura llevarlos á cabo con una persistente tenacidad.

Es un hecho completamente averiguado que todas las revoluciones acaecidas en los últimos cien años deben atribuirse á la influencia de los masones, que se vanaglorian públicamente de ello en sus libros y en sus periódicos. Desde la revolucion francesa de 89 y 93 hasta la revolucion española en 1868, y la ocupacion de Roma en 1870, todas las perturbaciones qne han agitado á Europa han sido obra de las sociedades secretas. Esto no lo niega ninguna persona medianamente instruida.

Casi todos los miembros de la Convencion francesa, con el villano Luis Felipe Igualdad á la cabeza, eran masones. Lo mismo se ha de decir de los revolucionarios de este siglo en todas las naciones, á quienes todo el mundo puede señalar con el dedo, sin que citemos sus nombres, pues son bien conocidos; y, por otra parte, los han señalado los periódicos con sus nombres y grados masónicos. Todos los soberanos destronados en Europa en lo que va de siglo, que no son pocos, deben su caida á las maquinaciones de la masonería.

Si comprendieran esto los reyes, ¿se harían admitir entre los francmasones? ¿Se declararían sus protectores? ¡Cuán errados viven algunos, creyendo ver en la masonería un apoyo para sus tronos! Más yerran todavía si creen que por estar iniciados en ella van á penetrar sus secretos. Semejantes á aquel que abrigó á una víbora en su se-

© Biblioteca Nacional de España

no, los reyes que protegen á la masonería, sentirán más pronto ó más tarde su picadura mortal (1).

La francmasonería se ha apoderado de casi todos los Gobiernos de Europa, ó al ménos logra intervenir en ellos por medio de sus miembros; ocupa los más altos puestos y desempeña los más importantes destinos. De aquí proviene que los Gobiernos se han hecho enemigos del Catolicismo, perseguidores del Clero y protectores de la herejía; y, por regla general, todos sus actos y decretos llevan tendencias anticatólicas.

«Así es, que la francmasonería declara altamente que ella es la que prepara á la sombra la destruccion del Catolicismo en Italia, en Alemania, en Austria, en Bélgica, en España, en Portugal, en Méjico, etc.» Ella es la que fomenta las actuales persecuciones de la Iglesia en todos los países, la que tiene cautivo al Papa, la que ha suprimido las Ordenes religiosas en Roma, sin reclamacion de ninguna nacion para proteger á las casas de los generalatos; ella es la que sostiene el cisma en Suiza, y tiene en el destierro á sus Obispos; ella es la que promulga las leyes inícuas en Prusia, que son la tiranía más odiosa contra los católicos; ella es la que tiene en la miseria al Clero de España, y trata de vender sus Templos, y arroja á las Monjas de sus Conventos, insultando además su debilidad. Todo esto hace la masonería, no ya en secreto, desde que es poderosa, sino á la luz del sol.

Proviene todo esto de que la francmasonería no quiere ninguna religion. «La francmasonería, escribía el venerable hermano Proudhon, es la *absoluta negacion* del elemento religioso.» Las lógias se han manifestado muchas veces

(1) Está fuera de duda que han sido masones José Bonaparte, rey intruso de España; Luis Felipe I, de Francia; Leopoldo I, de Bélgica, etc. En el año 1869 eran grandes maestres Jorge V, de Hannover; el rey de Suecia, el gran duque de Hesse, el príncipe Federico, de los Países-Bajos, y otros muchos. El rey de Prusia es el protector de toda la francmasonería alemana. Véase el *Anuario masónico* de dicho año.

© Biblioteca Nacional de España

francamente ateas. Feverbach, en un libro para los operarios, decía que *solo el hombre es nuestro Dios*. Los clubs de Suiza gritaban: *¡Abajo Dios! ¡Viva el infierno!* Uno de los jefes escribía en 1844 á un colega suyo: *El club de Losanna avanza á pasos de gigante por las vías del ateismo y de la perversion moral.* Marr se gloriaba en otra ocasion: *En breve habré hecho de todos mis oyentes otros tantos enemigos personales de Dios* (1). Las lógias alemanas hacían últimamente la declaracion siguiente: «Los francmasones deistas están *por encima* de las divisiones religiosas. No solo nos conviene colocarnos encima de las diferentes religiones, sino sobre *toda creencia en un Dios*, cualquiera que éste sea» (2). *El Mundo masónico* se expresaba como sigue: «¿Pues qué, dirán, nada hay que exigir de un hombre para que sea digno de ser mason? Nada, sino que sea un hombre honrado. ¿Desecha la idea de Dios? Presentadle una que satisfaga á su razon. ¿Duda de la vida futura? Probadle que la nada es una idea contradictoria. ¿Desconoce las bases de la moral? *¡Qué importa!* si vive y se conduce como si las admitiese» (3).

Como consecuencia de su ódio desenfrenado al Catolicismo, formaron las horrendas sectas de los *solidarios*, que se obligan entre sí, por medio de un pacto formal, á vivir sin religion y á morir sin los auxilios del Sacerdote; la de los que pagan á los padres para que *no bauticen á sus hijos*, y la que organiza los escandalosos *entierros civiles*, que son el mayor insulto á los sentimientos católicos, y que se hacían con tal cinismo, que ha debido prohibirlos la autoridad pública, por más que fuese de las mismas ideas, como ha sucedido hace poco en Lyon y Marsella.

Además, hacen público alarde de corromper al pueblo. «Lo esencial, escribía uno de sus jefes clandestinos, por sobrenombre *Petit-Tigre*, lo esencial es separar al hombre

(1) Franco, obra citada, cap. 35, núm. 2.
(2) *Gaceta de los francmasones* de 15 de Diciembre de 1866.
(3) *Gaceta de los francmasones* de Setiembre de 1866.

© Biblioteca Nacional de España

de la familia y pervertir sus costumbres (1). La moral, segun ellos, consiste en seguir las inclinaciones de la naturaleza; es la *moral universal* que todo hombre y toda mujer llevan impresa en su ánimo cuando vienen al mundo» (2). Sobre todo tratan de proscribir de las escuelas toda enseñanza religiosa, á fin de hacer de los niños otros tantos *libres pensadores*. En Noviembre de 1866 se inauguró por los masones de Alsacia una liga de enseñanza para la Francia, á imitacion de la que funciona en Bélgica desde 1864, la cual tiene por principio «no servir á los intereses particulares de ninguna opinion religiosa,» ó, lo que es lo mismo, negar toda religion. El *Mundo masónico* declaraba en Febrero de 1867 «que todos los masones debían adherirse á esta liga bienhechora, y que las lógias deben estudiar los mejores medios de hacerla eficaz.»

De todo lo cual consta ciertamente que la masonería, bajo el punto de vista religioso, es impía, anti-cristiana y atea; bajo el punto de vista político, es la revolucion personificada, es la negacion de toda autoridad; bajo el punto de vista moral, es peligrosa, perversa, inmoral, contraria á las leyes más elementales de la justicia humana y al buen órden de la sociedad.

Basta presentar para prueba de ello el juramento masónico, y la pena de muerte con que se castiga su violacion. Desde que presta este juramento el francmason, se entrega atado de piés y manos á un poder oculto, que nunca conocerá, que le dará órden de matar y tendrá que hacerlo, y si no obedece, tendrá que morir. Un hombre honrado, no digo un cristiano, sino un simple hombre de bien, en la acepcion vulgar de la palabra, ¿puede prestar juramento de francmason?

«¿Cómo se debe calificar, pregunta monseñor de Segur, una sociedad privada, que, prescindiendo de la sociedad civil, amenaza fria y oficialmente con la pena de muerte á

(1) Carta á la lógia piamontesa de 18 de Enero de 1822.
(2) *El Mundo masónico*, Setiembre 1866.

© Biblioteca Nacional de España

todos sus miembros si no permanecen fieles á sus leyes? ¿Cómo calificar á una sociedad privada que se atreve á decir: Si me sois infiel, ningun rincon de la tierra os ofrecerá un abrigo que os ponga á cubierto de estas armas vengadoras? ¿Qué es esta amenaza más que un homicidio, un asesinato? Luego existe allí un crímen justiciable, segun las leyes de todo país civilizado.»

«Así es que, digna de reprobacion, bajo el doble concepto de la razon y de la fe, la francmasonería ha sido justamente condenada por la Santa Sede, la cual, en esta circunstancia, como en tantas otras, ha ejercido valientemente la mision saludable que Dios le ha confiado. Encargada de enseñar á los pueblos las buenas doctrinas, de proclamar y defender la verdad, de juzgar, arrancar la máscara, condenar y perseguir el error y el mal, la Santa Iglesia ha herido solemnemente con sus anatemas á la francmasonería en todos sus grados y bajo todas sus formas. Todo francmason queda, por consiguiente, excomulgado; los simples *aprendices* como los *grandes orientes;* los grandes personajes lo mismo que los pequeños; los afiliados en las lógias como los adeptos en las traslógias» (1).

Reiteradas veces ha sido fulminado el anatema contra las sociedades secretas por muchos Romanos Pontífices. Desde muy léjos descubrieron éstos la perversidad de estas sociedades, y como guardianes vigilantes de la fe, de la moral y de la tranquilidad pública, levantaron su voz contra ellas. Así lo hicieron Clemente XII en 1738 (2); Benedicto XIV en 1751 (3); Pío VII en 1821 (4); Leon XII en 1825 (5), y Pío IX en muchas ocasiones. La sociedad debe agradecer á sus esfuerzos que las lógias no hayan hecho mayores progresos, y si los Gobiernos hubieran auxiliado

(1) *Los francmasones*, cap. 30,
(2) Constit. *in eminenti*.
(3) Constit. *Providas*.
(4) Const. *Ecclesiam a Jesucristo*.
(5) Const. *Quo graviosa*.

© Biblioteca Nacional de España

decididamente á la Iglesia, tal vez ya no existiría la francmasonería.

Esta es hoy fuerte, es formidable, mas no tanto por su propio valor, como por la postracion, la inercia y la apatía de los buenos y por la relajacion de las virtudes cristianas y sociales que se observa en todas las clases y estados. Si los católicos tuvieran tanta energía y actividad para el bien como estas sociedades tienen para el mal, no tendríamos que temer sus maquinaciones. Dentro de algunos años de contrarestar activamente su propaganda, desaparecerían para siempre á pesar de que halagan las pasiones. Las tinieblas no pueden resistir mucho tiempo al sol.

§ II.—*El socialismo y comunismo* (1).

Las funestas teorías filosóficas del progreso indefinido ó nuevo panteismo, aplicadas al órden social, y tratando de manifestarse en hechos positivos, han producido grandes inquietudes y agitaciones, y un desórden material y moral que la época presente no sabe desembrollar. En cuanto se prescinde de la luz de la revelacion, es natural que el espíritu humano se abisme en el caos.

Desde que el racionalismo ha destruido en un grande número de hombres la fe en los dogmas cristianos, fuente de la caridad y del desprendimiento, y que por resultado de este desfallecimiento de la vida moral, la condicion material de los proletarios ha empeorado hasta el punto de presentarse amenazadora, los filósofos racionalistas, testigos de tan funesto progreso, han escogitado diversos medios para atajarle. La mayor parte se han propuesto destruir formalmente las bases en que se apoya la sociedad actual, sin las cuales no puede subsistir sociedad alguna, que son la religion, la autoridad, la familia y la propiedad.

El Catolicismo ofrece cuantos recursos pueden desearse,

(1) *Historia del comunismo*, por Sudre.—*El Cristianismo y el socialismo*, por Lustrac.—*Ensayo sobre las lecturas de la época*, por Roca y Cornet, tomo 2.°, caps. 35 y siguientes.

© Biblioteca Nacional de España

y son los solos eficaces para curar los males de la humanidad; pero los nuevos reformadores han rehusado someterse á él y han inventado planes y sistemas, haciéndose la nécia ilusion de que con ellos podrían regenerar la sociedad.

Los tres reformadores más audaces de nuestra época, que por sus doctrinas han contribuido más á la relajacion de los primeros principios de moral y de órden público, han sido el conde San Simon, Fourrier y Roberto Owen, los cuales han tenido numerosos discípulos, que han hecho despues de ellos gigantescos esfuerzos para reducir á la práctica sus imposibles teorías, y hoy tienen en contínua alarma en todas las naciones á todos los hombres honrados.

Porque las doctrinas de aquéllos, harto peligrosas por sí mismas, son llevadas hoy públicamente hasta sus últimas consecuencias, y se hace alarde de predicar los principios más disolventes, y las turbas esperan ansiosas una era de venturoso progreso... el comunismo.

Aunque por diversos caminos, y presentando diversas teorías, las diversas escuelas socialistas van á parar en último término á este punto, como medio de establecer la igualdad absoluta entre los hombres y repartir entre todos la mayor suma posible de goces materiales. Este es el fin á que aspiran, como si no hubiera más vida que la presente ó como si no hubiera ninguna diferencia entre el hombre y el bruto. Blasonan de libres y se hacen esclavos de la materia; proclaman la soberanía de las pasiones, la rehabilitacion de la carne y el más grosero sensualismo, y erigen en principio la irresponsabilidad moral del hombre.

Una vez sentado que la satisfaccion de las pasiones debía ser la ley suprema de las sociedades, era lógica la induccion de que ésta no reconociese límite alguno. Respetar la propiedad de otro es una compresion, una violencia: preciso era abolir la propiedad. Respetar la mujer de otro es una privacion; será menester abolir el matrimonio. Respetar los derechos de familia es capitular con los derechos de todos, y en especial era necesario abolir la herencia, la ley de sucesion. Así es como por un singular extre-

© Biblioteca Nacional de España

mo de refrenar la civilizacion, se retrocede al estado de pura naturaleza. En vez de reconstituir la sociedad, la destruyen.

Fácil es descubrir la profundidad de los abismos á que estas teorías arrastran al mundo. Los sistemas socialistas conmueven todas las bases sociales, y si por un milagro se planteasen, harían imposible la sociedad. No se conocería más derecho que la fuerza, la ley del más audaz y poderoso, y en breve habría desigualdades más monstruosas é injustas que las que hoy existen. Porque todo hombre tiene una inclinacion violenta á la dominacion, á las riquezas y á los placeres, sin sujetarse á tasa, en cuanto quedara abandonado á sí mismo, sin el freno de la religion. Esta reprime los deseos desordenados del hombre y sostiene sus pasiones, por lo cual hace posible la sociedad, de cualquier modo que esté constituida, supuesto que obra inmediatamente sobre el indivíduo y le prescribe sus deberes en todas sus posiciones y la resignacion á la suerte que Dios le ha dado. Pero el socialismo, predicando la necesidad de adquirir la mayor suma de felicidad posible en la vida presente, y que nada hay que temer despues de la muerte, enciende todas las pasiones, sin que se repare en medios de satisfacerlas. El fuerte abusaría de todo para procurarse placeres, y el débil sería víctima de quien quisiera explotarle, y esclavo más miserable que cuantos hasta aquí se se han llamado infelices. ¿Qué ascendiente puede tener la ley sobre hombres que nada temen despues de esta vida? Por eso decía Voltaire que la igualdad socialista es la cosa más natural y la más quimérica.

Inútil es insistir mucho en demostrar que los sistemas socialistas son contrarios al Catolicismo. Efectivamente es así: niegan los principales dogmas, como la caida original, la redencion segun la explica la Iglesia, el infierno y los principales atributos de Dios, y van á parar al panteismo. Y todos consideran al Catolicismo como una religion grande en su tiempo, que ha operado un gran progreso social, pero que ha pasado su tiempo y debe ser abandonado y áun es funesto para la época presente. Otros, como Ro-

© Biblioteca Nacional de España

berto Owen, se pronuncian abiertamente contra todas las religiones existentes, presentándolas como el orígen de las desgracias de las sociedades que sean dirigidas por sus principios. «Su religion, dicen, es la religion de la caridad, la religion racional, pero sin reconocer otro culto qne la ley natural, que ordena al hombre seguir los impulsos de la naturaleza y encaminarse al objeto de su existencia.» Finalmente, nadie ignora que en la actualidad los clubs socialistas proclaman abiertamente el ateismo.

La moral socialista está condensada en los siguientes principios de Fourrier: El deber del hombre consiste en seguir sus atracciones, es decir, sus pasiones. Las ideas de vicio y de virtud son radicalmente falsas. El destino del hombre es cultivar el globo, su fin el ser dichoso, el medio, la asociacion. El bien es el desarrollo armónico del hombre; el mal es la actual civilizacion. La verdadera felicidad consiste en tener muchas pasiones y muchos medios de satisfacerlas.

«El panteismo de Fourrier, dice Mr. Maret, y sus tendencias materialistas, son manifiestas; su sistema filosófico nada ofrece de nuevo. Nos limitaremos á una observacion sobre la moral de esta teoría, la legitimidad de todas las pasiones y la necesidad de su desarrollo. No dar otra ley á la pasion que la pasion misma, negar toda ley moral, es legitimar todos los desórdenes, todos los vicios y degradaciones que pueden hacer al hombre inferior á la bestia »

Lo cual llega á mayor extremo en la teoría de Owen, que afirma: «que el hombre no es bueno ni malo al nacer; pero las circunstancias le hacen lo que es. Como le es imposible modificar su organizacion, ni cambiar las circunstancias que le rodean, de aquí es que sus sentimientos, sus ideas, sus convicciones y sus actos, son hechos necesarios, y, por lo tanto, no puede ser responsable de ellos. Un hombre vicioso ó culpable no es más que enfermo, y, por lo tanto, no debe ser castigado.» No hay necesidad de refutar tan monstruosas aberraciones, que están en abierta oposicion con el sentido íntimo, con el grito de la concien-

© Biblioteca Nacional de España

cia, con el consentimiento del género humano, con las leyes y costumbres de todos los países, y abren la puerta á todos los excesos. «Estas doctrinas, dice Balmes, dejan de ser peligrosas de puro ofensivas á la dignidad humana.»

Además, estos sistemas desoladores tienden directamente á la degradacion y áun destruccion de la familia. Ellos proclaman la *emancipacion de la mujer*, suponiendo falsamente que en la actualidad se halla oprimida, y lo que quieren es la *mujer libre*, la mujer que haga cuando quiera muchas cosas impropias de su carácter y de su pudor, que es la salvaguardia de su dignidad. Quieren establecer la igualdad completa de los sexos, destruyendo la obra de la naturaleza y que el hombre y la mujer puedan juntarse libremente en matrimonio, y romper libremente sus lazos cuando les convenga: y áun si se plantearan en toda su extension las utopias comunistas, se estableceria la más brutal promiscuidad. Ya hemos probado en otro lugar, que solo dentro del Catolicismo puede la mujer conservar su dignidad. Quitan tambien la dignidad del padre, quitándole la autoridad sobre sus hijos y proclamando la abolicion de la herencia. Así es, que el hombre que segun todos los códigos civilizados es en su lecho de muerte como un legislador para disponer en testamento de los bienes adquiridos por su trabajo, se ve en la imposibilidad de recompensar los beneficios recibidos y manifestar su cariño á las personas que le amaban. Su muerte se reduce á una unidad restada de la comunidad. No puede negarse que esto apaga el mayor estímulo de la actividad humana, que multiplica sus esfuerzos y desvelos para dejar una herencia á sus hijos.

Por último, el socialismo y comunismo negando la propiedad, hacen la sociedad imposible miéntras los hombres no sean Angeles. La propiedad es un hecho de la misma naturaleza, y su deseo innato en el hombre se funda en el mismo derecho natural de atender cada indivíduo á su conservacion, y, por consiguiente, de poseer de un modo permanente y estable los medios de asegurarla. Para ello trabaja el hombre, y despues de satisfechas sus necesida-

© Biblioteca Nacional de España

des actuales, reserva y acumula el sobrante de su trabajo, y con esto se hace legítimamente propietario. Pero si no se le reconociera esta propiedad, el hombre no trabajaría sino para satisfacer su necesidad presente, y esto no es posible, ni áun en el estado salvaje, en que el hombre vive de la caza y se viste de pieles. Mas el hombre civilizado, con frecuencia no coge el fruto de su trabajo hasta pasado algun tiempo, y con un mismo acto de trabajo, tiene que atender á las múltiples necesidades de la vida social, que no podría satisfacer individualmente y con sus fuerzas aisladas. Luego debe y puede reservar el producto de su trabajo para cuando sus necesidades lo exijan, y, por lo tanto, puede disponer libremente de estos productos á beneficio de otros, á cuyo bienestar quiera contribuir, ó cuyas necesidades está obligado á satisfacer, como el padre á sus hijos, cuando no pueden éstos por sí mismos. Sin el derecho de propiedad indiscutible é inviolable, la sociedad no subsistiría. El mismo Dios ha sancionado la propiedad, haciéndola sagrada, mandando no solo respetarla, sino tambien no codiciarla. Por último, la propiedad individual estable es un hecho universal de todos los tiempos y todos los pueblos, áun los salvajes.

Dicen estos nuevos economistas que la propiedad de la tierra debe ser comun, como lo es el mar, el aire y la luz. Pero hay una diferencia sustancial entre la tierra y los demás elementos. Estos, por su naturaleza, no pueden ser poseidos de un modo estable, ni trasformados por el trabajo, ni habitados por el hombre, al paso que la tierra cae directamente bajo nuestro dominio, para ejercer en ella nuestra actividad y hacerla productiva y fecunda. Por lo tanto, ésta puede ser poseida por unos con exclusion de otros.

Los socialistas que no avanzan hasta un comunismo tan absoluto, reconocen el derecho de propiedad individual; pero quieren que los bienes se repartan entre todos por partes iguales. Nadie debe gozar de lo supérfluo, dicen, miéntras haya quien no posea lo necesario. Estos son los que más agitan al pueblo incauto, los que más encienden

© Biblioteca Nacional de España

las malas pasiones, y los que seducen á las turbas con la esperanza de la soñada nivelacion de fortunas y liquidacion social.

Desgraciadamente, la desigualdad de fortunas, por más sensible y dolorosa que sea, por más compasion que inspire la condicion miserable de las clases pobres, y las terribles privaciones que éstos sufren, miéntras los ricos nadan en la abundancia, es un hecho social inevitable. Esta desigualdad no proviene de una irritante injusticia ó de que esté mal organizada la sociedad actual, como claman los utopistas modernos, sino que proviene de la misma naturaleza. De manera, que el ideal del socialismo es una evidente quimera.

Hemos dicho que la desigualdad de fortunas proviene de la misma naturaleza, porque de ésta proviene la desigualdad de los hombres. Estos no son iguales sino en el nacer y en el morir; pero en todo lo demás no hay uno igual á otro.

Por eso, aunque se supusiera por un momento la nivelacion de todas las fortunas, la reparticion igual de toda propiedad mueble é inmueble no duraría una semana, ni áun un dia. Con igual fortuna é iguales medios, el hombre metódico no gastaría tanto como el derrochador; el hombre activo produciría más que el holgazan; el hombre de talento más que el tonto; el fuerte más que el débil. Hé aquí, pues, cómo de la misma naturaleza nacería la desigualdad de fortunas. La igualdad no es posible miéntras los hombres no fuesen iguales en talento, en virtud, en carácter, en gustos, en laboriosidad. En breve se verían de nuevo pobres y ricos, miserables y hartos, y nadie podría decir que esta diversidad de condiciones proviniera de una injusticia ó de la mala organizacion de la sociedad, sino de la diversa conducta, inteligencia, salud y robustez de los hombres. Habría que hacer la liquidacion cada semana.

Aquí se ve la refinada malicia de los socialistas, hablo de los jefes, á quienes no puede ocultarse esta imposibilidad evidente de realizar sus teorías, y, sin embargo, calientan con ellas las cabezas del pueblo, pervirtiéndole y abusando

© Biblioteca Nacional de España

de su miseria, para lanzarle á los más reprobados excesos. ¿Qué nombre merecen estos mónstruos? No se encuentra en los diccionarios una palabra adecuada para expresar debidamente su perversidad.

Los medios de que quieren valerse para realizar sus planes no son lentos ni pacíficos. Son los más atroces é infernales que pueden ocurrir á un corazon pervertido y deses perado; el petróleo, el puñal y la piqueta, es decir, el incendio, el asesinato y la destruccion. Ya los vimos practicados por la *Commune* de París y por los internacionales de Alcoy, y nos lo ha dicho bien alto y bien claro el periódico *Los Descamisados* (1).

La cuestion social se presenta, por lo tanto, pavorosa, amenazando al mundo con espantosos trastornos para el porvenir. Urge, pues, poner decididamente el remedio para reprimir la audacia de esos hombres perturbadores y criminales, que, semejantes á las Furias, se complacen en la sangre y en los horrores. Urge poner un coto á los voraces apetitos de esos miserables y viciosos, que, no teniendo nada que perder, lo esperan todo del desórden. Bien saben que la igualdad de bienes es imposible; lo que quieren es que se vuelva en beneficio suyo, y enriquecerse con los bienes de los otros. En una palabra, quieren organizar un robo universal, y que las riquezas de otros pasen á sus manos. Entónces no hallarían la sociedad mal organizada, ni predicarían la liquidacion.

No se necesita gran penetracion para comprender la causa del malestar social. A principios de este siglo, no habiéndose desarrollado la sed hidrópica de goces, que enloquece hoy á los hombres, no era, ni con mucho, tan grande el malestar de la sociedad. Los refinamientos de la

(1) Para mengua de la sociedad moderna, hé aquí un extracto del programa de este periódico sanguinario, que se publica en Madrid, burlándose del público y de las autoridades: ¡900.000 *cabezas!—¡Guerra á Dios!—La propiedad es un robo.—Vivelacion social, completa y absoluta.—Amor libre.* Y, ¿tolera esto un pueblo civilizado?

© Biblioteca Nacional de España

época han venido á crear sibaritas en los talleres y hasta en los campos. El bracero consume en un espectáculo el fruto de su jornal de una semana, y no porque estos goces, que desalados buscan, puedan hacer su felicidad; sus padres sin ellos eran más felices. Esta conducta desacertada de las clases trabajadoras contribuye á fomentar el pauperismo; calamidad que aflige á nuestra época, y que exageran los reformadores para aplicar como remedio sus utopias: remedio que ciertamente es peor que la enfermedad.

Urge, pues, que las clases numerosas adquieran hábitos de órden, de justicia y de moralidad, y entónces acabaría el socialismo. Estos hábitos solo puede formarlos el Catolicismo. Luego no hay otro remedio para el mal que ayudar en su obra reparadora á esta religion santa. Ella corrige las malas inclinaciones del pobre y sus apetitos desordenados, y le enseña á estar contento con su suerte, y á hacer méritos para con Dios de sus mismas privaciones, sabiendo que la vida presente solo es un tiempo de prueba, una peregrinacion, y que despues de ella nos espera una eternidad de gloria. Ella corrige tambien el orgullo del rico, predicándole la caridad con el pobre, esa caridad divina que no envanece al que da, ni humilla al que recibe; y le dice que ha de dar cuenta del uso que haga de sus riquezas. Ella tiene en el Evangelio la sublime parábola del rico epulon y el pobre Lázaro; y prescribe á todos sus deberes en todas las posiciones de la vida.

Y el consuelo más eficaz que da, además de lo dicho, para sobrellevar con resignacion la desigualdad social, es que ésta no proviene de una mala organizacion de la sociedad, sino de la misma naturaleza, viciada por el pecado original. Preciso es, por lo tanto, resignarse á lo que no se puede evitar. Pero si la suerte de los indigentes ha de experimentar algun alivio, en vano se buscará fuera de la influencia de la Iglesia, que es la verdadera madre de los pobres. Cuando habia Ordenes religiosas no se conocía el pauperismo, porque aquellos Frailes tan execrados tenían siempre para el pobre un pedazo de pan para su hambre, y una palabra de consuelo y de esperanza para su corazon.

© Biblioteca Nacional de España

Pero si se quita la religion al pueblo, es natural que le sea insoportable su miseria, y que considere como una cosa justísima el socialismo. Por eso éste, para propagarse, necesita destruir la religion.

§ III.—*La Internacional* (1).

La forma más descarada y peligrosa del socialismo moderno, es esa temible y vasta sociedad, que en pocos años se ha extendido por todas las naciones de Europa y áun de América, dando aterradoras pruebas de su existencia, y proclamando en alta voz el socialismo, la liquidacion social, el ateismo y la anarquía, y que ha tomado el nombre de *Asociacion internacional de los trabajadores*.

Todos han oido hablar de ella como el presagio más fatal de trastornos y revoluciones sociales; todos tienen fijos sus ojos en los agigantados progresos que ha hecho, y todas las gentes honradas buscan los medios más eficaces para contrarestar sus aspiraciones disolventes. Cuando los Gobiernos, que en su orígen la miraron con indiferencia, se apercibieron de los peligros que amenaza esta asociacion, la encontraron ya robusta y poderosa, capaz de resistirlos y áun de derrocarlos. Hoy es una potencia formidable y aterradora.

La Internacional no razona, sino que obra; no discute, sino que avanza. Aferrada á sus errores y á sus ódios tiene la funesta conviccion de que la sociedad está mal constituida, y no respeta ninguna de sus bases, ni acepta nada de lo existente; religion, familia, pátria, propiedad, justicia, moralidad.

En cuanto á religion, es francamente atea; en cuanto á familia, niega la autoridad paterna, y emancipa á la mujer, autoriza el divorcio; en cuanto á pátria, se declara cosmo-

(1) Véase Villetard, *La Internacional desenmascarada.—La defensa de la sociedad contra las tendencias de la Internacional*, excelente revista que se publica en Madrid, en la que escriben los más distinguidos literatos españoles.

© Biblioteca Nacional de España

polita; en cuanto á propiedad, proclama el comunismo de la tierra y del capital, y solo admite cierta propiedad individual que no se explica; en cuanto á justicia, desconoce todas sus bases y rechaza toda autoridad; en cuanto á moral, autoriza todas las pasiones y se declara materialista.

Tales son los principios proclamados por la Internacional en sus congresos generales (1), en sus periódicos, en sus folletos y en sus clubs.

Parecía que con estos principios no era posible seducir, como lo ha hecho, á la honrada clase de los trabajadores; pero los ha alucinado con el cebo de mayor ganancia por su trabajo. La mayor parte de los obreros no han visto en la Internacional sino el medio de adquirir un jornal más alto que el que disfrutan, ó un aumento de precio para su obra y disminucion de las horas de trabajo. Por esto se han apresurado á ingresar en esta asociacion, sin conocer toda la perversidad de sus tendencias; y una vez ingresados, se constituyen en dóciles instrumentos de los jefes, y aceptan con pasmosa facilidad sus doctrinas y sus lisongeras promesas. Otros, devorados por un ansia desatentada de goces, ó aguijoneados por múltiples necesidades que se han creado con sus vicios, buscan en el socialismo de la Internacional los medios de satisfacerlas. A esta clase pertenecen los obreros de las capitales.

El resultado es que se ha propagado por todas partes, adquiriendo numerosos prosélitos en todas las artes, industrias y oficios, organizándose de un modo compacto; y cuando se ha visto poderosa, ha arrojado la máscara y ha manifestado sus propósitos, llevando la ansiedad y el temor á todos los ánimos.

Estos propósitos son tan criminales como irrealizables en la práctica. Solo pueden servir para causar en la sociedad profundos trastornos y males irreparables.

(1) De Ginebra en 1866, de Losana en 1867, de Bruselas en 1868, de Basilea en 1869, de la Haya en 1872. Sabido es tambien cómo se expresaron los tres congresos regionales celebrados en España, especialmente el de Córdoba, á fin de 1872.

© Biblioteca Nacional de España

La sociedad no puede subsistir sin religion, como lo dejamos demostrado en varios lugares de esta obra. La Internacional no podrá destruir la religion, como no han podido destruirla en ningun tiempo los errores, los vicios ni las pasiones. Es posible despojar á los pueblos de sus leyes, de sus hábitos, de sus costumbres y hasta de su carácter general; pero no se les podrá quitar el sentimiento de una religion, cualquiera que sea, cuyo sentimiento está profundamente arraigado hasta en los pueblos más salvajes. Tratar de destruir la religion, es tratar de destruir la sociedad.

Del mismo modo no es posible romper los lazos de la familia, que llenan el corazon del hombre y constituyen su más pura felicidad. Dios y la naturaleza unen las almas de los esposos, dan al padre autoridad sobre sus hijos, y á éstos veneracion y respeto hácia sus padres, los cuales trabajan y se afanan por dejar un patrimonio á los que han dado el sér. En vano se tratará de romper estos lazos, de negar la potestad pátria y de abolir la herencia: solo se logrará envilecer y degradar á la familia. Y precisamente el obrero, por necesidad ó por instinto, se adhiere á la familia más que otra clase de la sociedad, y tal vez solo atendiendo al bien de su familia, se afilia en la Internacional.

Tampoco es posible realizar la idea extravagante del *cosmopolitismo* y borrar del corazon del hombre el dulce amor de la pátria, que es como una ampliacion de la familia. Para esto sería preciso borrar la historia y sus páginas gloriosas, olvidar á los héroes, olvidar el propio idioma, y, sobre todo, ese cariño instintivo, pero vivísimo, con que los hombres miran, especialmente en la ausencia, el lugar que los vió nacer. El Catolicismo recomienda el amor de la pátria, y, sin embargo, enseña y manda tener como hermanos á todos los hombres. La Internacional sustituye al amor de la pátria el más grosero egoismo.

Pero lo que la Internacional ataca con más reconcentrada ira, y es como el blanco de todos sus tiros, es la propiedad. Este es el centro de la batalla, el punto principal sobre que giran sus teorías y aspiraciones, y el fin á que dirigen

© Biblioteca Nacional de España

ostensiblemente sus esfuerzos. Cuando habla de esto, su lenguaje es más que nunca agresivo é insultante, alternando entre lamentos, sofismas y amenazas. Resucita bajo una forma nueva la lucha eterna entre ricos y pobres, y lanza un reto á toda propiedad y á toda riqueza, como si fuera ilegalmente adquirida é injustamente poseida.

Disfrazándose la Internacional con un supuesto deseo de mejorar la suerte del obrero, crea un antagonismo y áun un ódio irreconciliable entre el trabajo y el capital, sentando errores gravísimos y funestos sobre la produccion y la riqueza. Una vez hecho esto, pone en juego medios reprobados para destruir sordamente toda propiedad acumulada, y llegar á establecer una soñada igualdad de fortunas, que ya hemos probado que es imposible. Por último, se lisonjea de que sus teorías han de organizar el mundo de manera que todos sean felices y dichosos.

Pero sin más que apelar al sentido comun, se comprende que esas teorías son absurdas, y que perjudican al obrero y al capitalista, á la industria, á las artes y á las ciencias, y á toda la sociedad en general.

Son absurdas, porque el trabajo y el capital son dos aliados, y no dos enemigos. El uno necesita del otro para producir, y si se divorcian entre sí, ambos perecen, al paso que si se dan apoyo, ambos prosperan. Las relaciones del obrero con el capitalista tienen por base un contrato libre, y hasta ahora han marchado en perfecta armonía, en lugar de ponerse frente á frente. El obrero recibe el precio de su trabajo préviamente estipulado y aceptado, y en esto no hay ni puede haber injusticia y explotacion del hombre por el hombre, como dice la Internacional. Es absurdo é inmoral suponer que el salario rebaja al hombre ó le pone á merced del capital. Este no fija arbitrariamente el precio del trabajo del obrero, sino que lo fija la misma sociedad por el aprecio que hace de sus productos, segun la relacion que tienen éstos con las necesidades ó comodidades de los consumidores. Además, léjos de rebajar al hombre el recibir un precio puesto á su trabajo, le ennoblece. No conozco satisfaccion más pura que recibir el importe de lo que

© Biblioteca Nacional de España

noble y honradamente gano con mi trabajo, y confieso con noble orgullo que entónces crezco en estimacion á mis propios ojos. Pero la Internacional convierte esta nobleza en una afrenta, y con esto degrada al trabajador á la condicion de una máquina de más ó ménos potencia, y apaga toda su actividad.

Por otra parte, el capital no es otra cosa que un trabajo acumulado. Así como un obrero robusto produce más que otro débil, así el trabajo acumulado en capital representa una fuerza productora igual á la de todos los obreros que pueda emplear. Es como un obrero gigantesco de mil brazos. La Internacional no puede ménos de confesar, vencida por la evidencia, que el capital es un elemento indispensable para la produccion.

Además del capital y el trabajo, hay otro elemento que entra como parte principal en la produccion, y que desarrolla la fuerza de aquéllos: la inteligencia. Un sábio que hace un descubrimiento importante, hace más en una noche por el progreso de la industria que mil obreros en un siglo. En vano habría materiales é instrumentos, no habiendo un ingénio que los vivifique. Así es, que la inteligencia se asocia con el capital por partes iguales para explotar una industria; aquélla solo pone la direccion, éste los medios y los materiales, y despues dividen los productos. Pero la Internacional parece que no cuenta para nada con este elemento tan fecundo, pues concede toda su atencion al trabajo material, que da productos materiales. Con esto revela sus intentos de abusar del obrero incauto, haciéndole creer que es el único sér necesario de la sociedad, para de este modo lanzarle á las reprobadas empresas que maquina (1).

(1) En el congreso de Ginebra fueron rechazados obstinadamente los *obreros del pensamiento*, para formar parte de la Internacional, y si no se dió el escándalo de que fueran excluidos, se debió á las enérgicas protestas de los comisionados ingleses y alemanes. Despues, sin embargo, el principio de exclusion de los que profesan las artes liberales, los trabajos científicos, ha sido proclamado por la Internacional.

© Biblioteca Nacional de España

No basta el trabajo material para proveer á la subsistencia y necesidades de la sociedad. En el mero hecho de existir ésta, los hombres necesitan algo más que alimento y vestido. Necesitan médicos que curen sus dolencias, abogados que defiendan sus derechos, ingenieros que construyan las obras públicas y perfeccionen la industria, soldados que protejan sus hogares, profesores, en fin, de todas las ciencias, que atiendan á las necesidades del alma, que valen algo más que las del cuerpo. Todos estos trabajan cada uno en su esfera, y nadie será tan temerario que niegue que su trabajo no és útil y digno de una recompensa. Sin embargo, estos no son productores en el sentido que da á esta palabra la Internacional. Pero esta asociacion, como materialista que es, todo lo quiere para el cuerpo y nada para el espíritu.

No nos es posible extendernos en más largas consideraciones morales y económicas; pero lo dicho basta para demostrar que las teorías de la Internacional son absurdas y se apoyan en supuestos falsos é injustos.

Resta probar que son perjudiciales, áun consideradas bajo el punto de vista meramente económico, pues bajo el aspecto de su inmoralidad ya están juzgadas.

Son perjudiciales al obrero, á quien las huelgas aficionan á la ociosidad, y en último término reducen á la miseria. Es indudable que las huelgas paralizan el trabajo y disminuyen los productos y arruinan muchas industrias, todo lo cual es en perjuicio de las clases numerosas, pues se hace más cara la subsistencia. El obrero no reporta de ellas ninguna utilidad. Si la huelga es local, arruina al fabricante; si es general, encarece el artículo. Aunque el obrero consiga el objeto que se proponen las huelgas, que es el aumento de salario, nada habrá mejorado su situacion, pues bien pronto se alterará el precio de todas las mercancías, buscando unas con otras su nivel, y el obrero tendrá que pagar todos los artículos de consumo, encarecidos en la misma proporcion de aquel aumento. A la subida de los jornales ha de seguir necesariamente la de todos los elementos que concurren á la produccion. El mismo resulta-

© Biblioteca Nacional de España

do se sigue de las huelgas que tienen por objeto disminuir las horas de trabajo en las fábricas, es decir, el mismo aumento en el precio de los artículos. El fabricante que necesitaba mil obreros cuando trabajaban diez horas, no podrá ménos de emplear mil doscientos cincuenta cuando solo trabajen ocho, si se ha de llevar á cabo la misma faena, y desde este punto de vista, el resultado será como si se hubieran alzado un 25 por 100 los jornales. Las consecuencias son más deplorables, pues que sin haber crecido los ingresos del obrero, se aumenta el precio de todos los objetos necesarios para el sostenimiento de la vida.

El perjuicio de los capitalistas es evidente, porque la Internacional aspira directamente á su ruina, y así lo confiesa sin ambajes ni rodeos.

No son menores los daños que sufre la industria. Esta queda paralizada, porque es natural que los capitales, al verse atacados, se retiren y escondan, como ya lo hacen en épocas de revolucion. Sin capitales no se hubieran realizado nunca, ni se realizarían en adelante, los progresos de la industria y del comercio; las máquinas costosas, los ferro-carriles, el telégrafo, todas esas obras y otras cuyo solo ensayo no puede hacerse sin grandes dispendios. Además, las grandes empresas industriales se acometen por la esperanza de aumentar el capital, y si faltara este aliciente, no se pensaría en ellas y decaería la industria.

El comercio se ve perjudicado, porque cualquiera huelga le impide adquirir existencias, y altera rápidamente los precios en el mercado.

Por último, se perjudica la mayoría de la sociedad, que son los consumidores, que se ven precisados á pagar más caros todos los artículos de consumo, sin contar la inquietud que causan las reuniones de muchos trabajadores ociosos y dispuestos á seguir las sugestiones de los revolucionarios de profesion, que los emplean como instrumentos para sus proyectos destructores. Esta inquietud es mayor desde que la Internacional ha manifestado sus propósitos de conquistar á toda costa el poder político, para estable-

© Biblioteca Nacional de España

cer una república universal, y entónces imponer por la fuerza sus disolventes reformas.

De manera que la Internacional es un gravísimo peligro público, que todos los hombres honrados deben acudir á conjurar.

Pero, ¿qué medios pueden y deben emplearse para ello? En mi concepto es muy fácil detener sus progresos. Hé aquí como.

§ IV.—*Remedios para defender el órden social.*

Los perversos errores que acabamos de impugnar en los artículos precedentes, solo pueden ser vencidos de un mismo modo: avivando en la sociedad el sentimiento religioso, favoreciendo al Catolicismo y desarrollando sus instituciones. Fuera de esto, cualesquiera medios que se empleen serán ineficaces y tal vez perjudiciales.

Ni las sociedades secretas, ni el socialismo, ni la Internacional, pueden ser vencidos y estirpados por la fuerza de las armas, porque forman ya ejércitos numerosos capaces de hacer frente á cualquier Gobierno. Este medio solo podría producir conflictos sangrientos y una guerra social declarada. Además, no bastaría atacarlos en una nacion; sería preciso atacarlos simultáneamente en todas las naciones en que se han extendido y arraigado profundamente. Y dado caso que pudieran ser vencidos por algun tiempo, no podría impedirse, dada la índole, audacia y tenacidad de los hombres que forman estas asociaciones, que en breve retoñasen con más fuerza. Las ideas no son sofocadas con la violencia: las revoluciones morales no se hacen con las bayonetas.

Tampoco son eficaces las leyes. Las sociedades secretas se burlan de ellas trabajando en la sombra y preparando la ruina de los Gobiernos que les son hostiles. El socialismo considera todas las leyes como injustas y opresoras, hechas por los enemigos del pueblo, para explotar á éste en provecho propio. No tienen, pues, las leyes ningun prestigio moral para estas gentes, y cuanto más se legisle con-

© Biblioteca Nacional de España

tra ellos, más se avivarán sus ódios, si han de ser consecuentes consigo mismos. Además, ya hemos visto que no hay fuerza en los Gobiernos para hacer respetar estas leyes. Por último, como estas sociedades son ya sobrado numerosas, envían á los Parlamentos un gran número de diputados amigos, que no solo impiden que se legisle contra ellas, sino que además hacen su defensa.

De nada sirve tampoco que se formen ligas y asociaciones de los hombres llamados de *órden*. Estos no tienen la audacia, la tenacidad y la actividad de los contrarios, y, por lo tanto, solo podrían oponer una débil resistencia á sus progresos. Las clases conservadoras nada hacen contra estos peligros sociales, sino exagerarlos con incesantes lamentaciones.

Piensan otros que aquellos peligros desaparecerán con dar instruccion á los pueblos. Podrá admitirse esto hasta cierto punto; pero la instruccion es un medio sobrado lento, y no consienten dilacion las impaciencias masónicas y las socialistas. Por otra parte, la instruccion, si no es sólidamente religiosa, solo serviría para facilitar á estas sociedades mayores elementos de lucha (1).

No queda otro camino que la religion. Que los Gobiernos protejan á la Iglesia, que la ayuden en su accion reparadora, y la sociedad será salvada, y los que la turban actualmente serán muy pronto sus defensores.

Aquellos errores tienen por base el ateismo; no pueden, por lo tanto, ser vencidos, sino inculcando profundamente la idea de Dios y las consecuencias que de ella nacen. Esto solo puede hacerlo provechosa y eficazmente la Iglesia.

Aquellos errores aspiran como fin á goces sensuales y terrenos, al más desenfrenado materialismo; preciso es, por lo tanto, hacer ver cuánto degradan y envilecen al hombre, y recordarle la nobleza de su alma, y sus elevados destinos. Solo la religion puede endulzar las amarguras

(1) Véase lo que hemos dicho arriba, cap. 2.°, párrafo 3.°.

© Biblioteca Nacional de España

de la vida, y moderar las pasiones, dando al corazon la esperanza consoladora de una felicidad eterna. Solo la Iglesia sabe hablar dignamente este lenguaje.

Aquellos errores discurren de un modo racionalista; solo la Iglesia puede oponer contra ellos el código divino de la revelacion, que es la solucion de todos los problemas. Ella corrige los extravíos de la razon, sin humillarla ni exasperarla.

Aquellos errores atacan sistemáticamente toda autoridad; preciso es, por lo tanto, dar á ésta prestigio y firmeza. Nadie puede hacer esto mejor que la Iglesia, enseñando que toda autoridad viene de Dios, y predicando la obligacion en que estamos de someternos á ella. Al mismo tiempo, para apagar las ambiciones, enseña que el poder es una carga pesada, y que el que lo ejerce ha de dar estrecha cuenta de cómo lo ha ejercido.

De modo que las doctrinas de la Iglesia son abiertamente contrarias á las negaciones masónicas y socialistas, y, por lo tanto, el medio más eficaz de combatir y disipar estos errores es difundir é inculcar aquellas doctrinas.

Además de sus doctrinas, tiene la Iglesia un sistema de instituciones que son la mejor salvaguardia del órden social. Cada una de esas instituciones está directamente ordenada contra alguna desgracia, contra alguna miseria de la humanidad. La Iglesia es la madre de todos los que sufren, de todos los oprimidos, de todos los *desheredados*, y se coloca siempre de parte del débil y sabe protejerle contra las demasías del poderoso. Robustece todos los lazos que unen á los hombres, y la fraternidad que predica no es una quimera, como la que predican los errores que estamos impugnando.

Restablézcanse las Ordenes religiosas; multiplíquense los Conventos, y este será el medio más eficaz para contener la espantosa invasion del *pauperismo*. Este será el medio más eficaz, más pacífico y más honroso de que la poblacion quede reducida á sus justos límites, para que tengan pan todos los infelices. Opónganse las asociaciones católicas á las asociaciones ateas, y bien pronto el generoso fervor de

© Biblioteca Nacional de España

las primeras, sus heróicos ejemplos de virtudes, su voluntaria renuncia á los placeres y bienes terrenos disiparán el frio, las tinieblas y el materialismo que han difundido en los corazones las segundas.

La experiencia de todos los pueblos, en todos los siglos, demuestra claramente que, cuanto mayor es la falta de religion, és más desgraciada la suerte de las clases numerosas, y que entónces se lanzan éstas fácilmente al motin y á la revuelta. Pero los pueblos religiosos son pacíficos y viven dichosos.

Si comprendieran esto los Gobiernos, darían á la Iglesia el principal asiento en sus consejos y seguirían en todo sus aspiraciones, protegiéndola en su accion civilizadora, en lugar de tenerla declarada una ciega y sistemática persecucion.

CAPITULO V.

La Iglesia maestra de la verdadera filosofía.

«No quiera Dios que yo sea injusto, ni ingrato, dice Bonet; yo contaría con mis dedos los beneficios de la religion, y reconocería que la verdadera filosofía le debe su nacimiento, sus progresos y su perfeccion» (1).

La filosofía es el conocimiento de las cosas naturales y divinas por las luces de la razon. «Por sus principios, la filosofía no puede hacer ningun bien que la religion no lo haga todavía mejor, y la religion hace muchos que no podría hacer la filosofía» (2).

Los mayores filósofos de la antigüedad y de los tiempos modernos, que no han sido guiados en sus especulaciones por las luces de la revelacion divina, no han hecho otra cosa que amontonar sistemas cada vez más falsos. En el siglo XIX los profundos pensadores alemanes y franceses

(1) *Investigaciones sobre el cristianismo*, cap. 41, pág. 221.
(2) Rousseau, *Emilio*, tomo III, pág. 197.

© Biblioteca Nacional de España

están todavía buscando la base de la verdadera filosofía. *Siempre están aprendiendo y nunca llegan al conocimiento de la verdad* (1).

Existen íntimas relaciones entre las ciencias humanas y la ciencia divina, ó la revelacion, y la Iglesia fija infaliblemente con sus decisiones los límites en que debe detenerse todo sistema científico si no quiere exponerse á errar. Semejante á un faro luminoso, ella dirige al sábio por el mar borrascoso de las investigaciones humanas. El filósofo católico sabe que toda opinion contraria á la fe es necesariamente falsa. La verdad es una. Luego la verdad natural no puede ser contraria á la verdad revelada, pues ambas tienen á Dios por autor.

El filósofo que está desprovisto de las luces de la revelacion, estudia casi siempre como un ciego: á cada paso se expone á aventurar cosas falsas y á perder en especulaciones estériles un tiempo precioso, que podría dedicar á la ciencia sólida.

La experiencia viene á confirmar nuestro razonamiento, pues en todas las investigaciones, en todos los descubrimientos científicos que se han hecho hasta el dia, nada ha podido hallarse que esté en oposicion con la doctrina católica; por el contrario, el resultado de estos descubrimientos ha confirmado en todas sus partes lo que enseña la revelacion.

De modo que la Iglesia es altamente favorable al desarrollo y progresos de la verdadera filosofía, dándola seguridad y fijeza en sus conocimientos y corrigiendo sus errores. Esto es lo que aquí vamos á demostrar.

§ I.—*Armonía entre la fe y la razon.*

«No solo no puede existir jamás oposicion alguna entre »la fe y la razon, sino que una y otra se auxilian mútua»mente; pues la recta razon demuestra los fundamentos de

(1) 2 Tim. III, 7.

© Biblioteca Nacional de España

»la fe, é ilustrada con la luz de ésta, cultiva la ciencia de »las cosas divinas: y la fe libra y preserva á la razon de »errores y la enriquece con muchos conocimientos. Por lo »cual, está tan léjos la Iglesia de oponerse á la cultura de »las artes y ciencias humanas, que, por el contrario, la fo»menta y promueve de muchos modos. Porque no ignora »ni desprecia los bienes que de ellas resultan para la vida »de los hombres, ántes bien confiesa que aquéllas, así como »dimanan de Dios, Señor de las ciencias, del mismo modo, »si son tratadas rectamente, conducen á Dios con el auxi»lio de su gracia. Y tampoco impide la Iglesia que estas »disciplinas, cada una en su círculo, usen de sus propios »principios y su propio método; pero reconociendo esta »justa libertad, procura cuidadosamente que no admitan »errores contrarios á la doctrina divina, ó que, traspasan»do sus propios límites, ocupen y perturben las cosas que »son de fe» (1).

La fe católica abunda para la razon humana en miramientos y beneficios. En primer lugar, nada le quita de lo que ya posee como propio, la deja ejercitarse libremente en el círculo de sus conocimientos naturales, y no la toma en sus brazos sino en el punto en que por sí misma ya nada puede.

Llegada aquí, no se le junta arbitrariamente, ni se le impone: se hace recibir racionalmente, se adapta por medio de las pruebas sensibles de su divinidad, á los datos que ya la misma razon posee; de tal manera, que hace ésta un acto propio al recibir el fundamento de la fe, que por esta incorporacion se convierte en una adicion, una consecuencia y una prolongacion de la razon misma.

Por este medio se encuentra la razon inmensamente aliviada, pues ve satisfecha aquella insaciable necesidad de correspondencia con lo infinito que constituye su nobleza y su tormento: y no solamente satisfecha, sino preservada de mil errores y de multitud de deplorables caidas, á que la arrastraría inevitablemente esa necesaria y terrible facul-

(1) *Conc. Vatican.* in Const. *Dei Filius*, cap. 4.°

© Biblioteca Nacional de España

tad religiosa que no puede sofocar sin degradarse, y á la cual no puede abandonarse sin perderse. De este modo ha salvado la fe cristiana al espíritu humano de dos abismos, cuya alternativa es inevitable, y en cuya pendiente ha estado siempre colocado, careciendo de este divino socorro: el excepticismo ó la supersticion, la impiedad ó la locura.

Por medio de este celestial instrumento volvió la razon á adquirir el conocimiento y la segura posesion de una multitud de verdades primordiales que se hallaban en otro tiempo en sus confines, pero que estaban como derrumbadas en el abismo de su ignorancia, y cuyo trastorno había conmovido y desunido todas las otras verdades que más adheridas le estaban. Al devolverle estas verdades madres en lo que tienen de más sublime, la fe las confirmó y popularizó de tal suerte, que todos podemos gozar de ellas sin que nadie pueda comprometerlas, y que serán para siempre la fortuna pública del género humano y el patrimonio sustituido de todas las generaciones.

Además de estas verdades primitivas, devueltas y aseguradas, el cristianismo dotó tambien á la razon de verdades enteramente nuevas, en las que por sí misma jamás hubiera sospechado, y que, sin embargo, armonizándose con las primeras verdades, como éstas lo hacen con los más puros instintos de la razon, se hacen para ésta reconocibles y fecundas por estas armoniosas relaciones, aunque en sí mismas sean misteriosas.

En fin, el carácter misterioso de las verdades sobrenaturalmente reveladas por el cristianismo, á diferencia de la oscuridad, de ignorancia y de error que rodeaba á las verdades naturales, no afecta sino á su comprension, y no á su nocion perfectamente libre y precisa hasta el punto de poder caber en la cabeza de un niño. Además, esta resistencia de comprension no es tampoco absoluta; no choca con la razon, sino que la descansa, la deja materia en que ejercitarse sin oponerle nada que la confunda, y despues de haberle hecho conocer y comprender una multitud de cosas oscuras y confusas, le da siempre en definitiva la conviccion fija de lo mismo que no comprende. La opera-

© Biblioteca Nacional de España

cion de la fe es absolutamente semejante á la de un instrumento óptico, que se adapta á la vista natural, y es como una *prolongacion* suya. La fe ha sido como el telescopio de la inteligencia; agrandó su horizonte y le hizo descubrir nuevos astros en el Cielo del pensamiento y de la verdad.

Pertrechado con este socorro, el espíritu humano, que había permanecido por más de cuatro mil años como sumido en el estado de infancia, se elevó á una altura que no se había conocido jamás: fué marchando de progreso en progreso, y en todas sus conquistas ha atestiguado magníficamente en favor de la verdad de una religion bajo cuya influencia descubriera todas las verdades. «Al ver á la razon, dice Voltaire, hacer progresos tan pasmosos, pero tan solo desde el momento de la predicacion del Evangelio, bien podeis considerar la fe como una aliada que debe venir en vuestra ayuda y no como un enemigo á quien es preciso atacar. Debeis estimarla y no temerla» (1).

§ II.—*La Iglesia y el desarrollo de la inteligencia.*

A pesar de todo lo dicho, se había hecho de moda acusar al Catolicismo de cortar los vuelos de la razon y favorecer la ignorancia.

Mas cuando la Iglesia cuenta diez y nueve siglos de una existencia milagrosa, cuando ha vencido á todas las potencias del mundo, domado á los espíritus más rebeldes, propagando las más vivas luces entre todas las clases de la sociedad, cubierto á la Europa y áun á toda la tierra de monumentos notables, y cuando ha acumulado en todas partes obras y obras maestras, atreverse á sostener que es contraria, ó al ménos poco favorable al desarrollo de la inteligencia, es contradecir abiertamente á la evidencia.

La Iglesia no exige de la razon un asentimiento ciego á las verdades que enseña; presenta sus motivos de credibi-

(1) Aug. Nicolás, *Estudios filosóficos*, 3.ª parte, cap. 7.°, párrafo 2.°

© Biblioteca Nacional de España

lidad é invita á la razon á estudiarlos. *Rationabile obsequium vestrum.*

Cuando estas verdades son misterios, superiores á la razon, ésta, en lugar de quejarse, debe agradecer á la Iglesia, que la levanta al conocimiento de verdades importantísimas de un modo nuevo que el hombre no podía sospechar. No en balde se dice *revelacion*, es decir, luz clarísima que ilumina á la inteligencia, conocimientos de que es dotada, horizonte nuevo que se le abre. La razon se pasea libremente en este campo inmenso, y tomando como premisas las verdades reveladas, deduce de ellas las más fecundas consecuencias que aplica con seguridad á todos los ramos del saber.

Además, la Iglesia, para defenderse, necesita el apoyo de todas las ciencias y las llama en su auxilio. Ella pide argumentos á la filosofía, á la historia, á la física, á la astronomía, á la geología, á la fisiología, á la crítica, á las artes, y todas se los prestan en abundancia, y confirman su verdad. ¿Quién puede medir ni calcular los progresos que ha hecho la razon católica obligada á defender su fe? Esta adquiere mayor brillo y firmeza cuanto mayor es la ilustracion.

En el siglo pasado se conjuraron todas las ciencias contra la Iglesia, creyendo en vano convencerla de falsedad. Cuanto más vivos fueron los ataques de los enemigos, mayor fué la aplicacion de los defensores, y por ambas partes tomaron las ciencias un desarrollo maravilloso, que sin esto no hubieran tenido. Por eso se dice que la fe es el mayor estímulo de la ciencia (1).

(1) Se vió entónces, dice el P. Félix, á todas las ciencias llamadas por el libre pensamiento para insultar y maldecir á la religion, principiar de pronto como Balaam á glorificar y bendecir: se vió á la historia arrojar cada vez más la luz en los orígenes del cristianismo; se vió á la geología relatar la creacion de Moisés; se vió á la cronología confirmar nuestras épocas bíblicas, y se vió á la lingüística, la fisiología y la etnografía atestiguar con nosotros la unidad de nuestra raza y la fraternidad de nuestra

© Biblioteca Nacional de España

Para comprender la dichosa influencia que ejerce el Catolicismo sobre el desarrollo de la inteligencia, no hay más que comparar la ilustracion del mundo ántes y despues de la predicacion del Evangelio; el estado de las naciones cristianas y de los pueblos que aún viven en el paganismo, y el grado de cultura y de inteligencia de la mayoría de los habitantes en los pueblos católicos y no católicos. ¿A quién sino al Catolicismo deben los pueblos de Europa el ser ilustrados y sábios? Este es un punto completamente demostrado. La ilustracion y los progresos del génio y de la ciencia siguen al Catolicismo como el calor y la luz siguen al sol.

En confirmacion de esto, puede aducirse la innumerable lista de todos los hombres ilustres que ha formado el Catolicismo, y se verá que figuran en ella casi todas las notabilidades que registra la historia en todos los ramos del saber humano. Estos deben precisamente su génio al Catolicismo, como demostraremos despues.

Se dirá que tambien las sectas disidentes tienen sus celebridades. No lo negamos; pero siendo éstas como ramas separadas de un tronco principal, y como todo lo que hay en ellas de verdadero, de bello, de favorable á las ciencias y á las artes se halla igualmente en la religion católica, en más alto grado, decimos que el Catolicismo puede gloriarse

---

sangre... Y lo que hemos visto ya seguiremos viéndolo cada vez más. Bajo el choque de la libre disension y bajo la libre irradiacion de la ciencia, se verá á la vida católica salir más brillante y más fuerte del crisol científico, donde perecen las religiones humanas, y decir á sus hijos aterrados con la ciencia impía: No temais la discusion ni os dé miedo la ciencia; la discusion me consolida y la ciencia me demuestra porque soy la verdad. *Ego sum veritas.* No nos inquieten las nuevas tentativas de la ciencia contemporánea. Sabremos lo que habrá al fin de la ciencia si verdaderamente es la ciencia: habrá una nueva luz para iluminar nuestro dogma, y así como los cuerpos se descubren con más claridad en la luz eléctrica, del mismo modo, merced á los progresos de todas las ciencias, el carácter divino de nuestra vida brillará con más explendor en la luz científica.—*Discurso sobre los tres estados de la vida católica.*

© Biblioteca Nacional de España

de todos los hombres ilustres que se han formado bajo la influencia de las ideas cristianas. La mayor parte de los hombres grandes por cualquier concepto han vivido y han muerto en el seno del Catolicismo.

Porque esta divina religion tiene por su misma naturaleza las condiciones más favorables para dar energía y actividad á la inteligencia, en el mero hecho de que todas sus tendencias se dirigen á que el espíritu predomine sobre la carne. Cuando el hombre es más esclavo de la materia, es mayor su embrutecimiento, y, por lo tanto, cuanto más se desprende de la dominacion de los sentidos, será mayor su inteligencia y su ilustracion.

Los dogmas católicos, sus preceptos, sus consejos, las mortificaciones y ayunos que ordena, sus fiestas, y la pompa de su culto, en una palabra, todo lo que constituye esta divina religion, tiende á elevar la inteligencia, á desenvolver la imaginacion, á robustecer el génio, y á hacer guerra á las pasiones que degradan y embrutecen al hombre.

Por último, la religion católica familiariza al hombre con las ideas de la más sublime metafísica; ella le acostumbra á la reflexion, esa propiedad del alma que centuplica las fuerzas de la inteligencia, y quisiera que la vida entera fuese una contínua meditacion. Así es que, los talentos formados en el retiro del cláustro, y acostumbrados á reflexiones graves, adquieren una fuerza, una sagacidad, un rigor de método y una claridad de ideas, que no puede llegar á más el espíritu humano.

§ III.—*La Iglesia corrige los extravíos de la razon.*

El filósofo cristiano tiene una base segura de donde partir para sus investigaciones; sabe el camino que debe seguir y el término á que debe llegar, y le es imposible extraviarse á ménos que no obedezca á una voluntad culpable y desordenada. Si sus teorías mal dirigidas están alguna vez á punto de precipitarle en el idealismo, en el panteismo, en el excepticismo ó en algun otro error, la religion le con-

© Biblioteca Nacional de España

tiene y le dirige por el camino recto. No hace ménos uso de su razon que los filósofos paganos, y áun se aprovecha de sus observaciones cuando no las halla contrarias á la doctrina de la Iglesia; mas tiene en la autoridad infalible de ésta una piedra de toque en la que puede experimentar sus conclusiones, y si son errores opuestos á la revelacion, vuelve á examinarlos y halla que los raciocinios que apoyaban aquellas conclusiones eran falaces, puesto que entre la recta razon y la revelacion, no puede haber oposicion ni pugna.

Siendo inmenso el campo que recorre la filosofía, é innumerables y gravísimas las cuestiones que trata, ocupándose de todos los entes, desde Dios hasta el átomo, y de sus múltiples relaciones, es claro que el espíritu humano no puede por sí solo abarcar tan gigantesco círculo. Por aquí se comprende la importancia, y, mejor dicho, la necesidad de la autoridad infalible de la Iglesia, apoyada en la asistencia devina, á fin de levantarle, si cae, y de corregirle, si se extravía.

Cuando el hombre se lanza al océano de la filosofía, está expuesto á un doble peligro de naufragio. Unas veces, despues de largas y fatigosas meditaciones, se postra abatido por un trabajo interminable, y mirando en torno suyo, se ve asaltado por las angustias de la duda y arrastrado al excepticismo. Entónces se siente tentado á abandonar sus investigaciones para aturdirse en los placeres materiales. «¡Adelante! le grita la religion, ¡adelante! La vida no consiste en el movimiento del cuerpo y en los placeres de los sentidos, sino en el movimiento intelectual y en los gozos ínefables del pensamiento.» Otras veces, en lugar de ser abatido por la desesperacion, se siente desvanecido por la presuncion. Removiendo todas las cuestiones con una inconcebible temeridad, agita en sus fundamentos, á riesgo de quedar sepultado bajo sus ruinas, todas las bases en que descansa el mundo intelectual y moral. «¡Detente! le grita entónces la religion; el escudriñador de la majestad quedará oprimido por la gloria. El que quiere abarcar y comprender todo queda reducido á no saber nada. No hay

© Biblioteca Nacional de España

fuerza para el génio sino en la docilidad, no hay grandeza verdadera sino en el abatimiento.»

Solo la religion está en disposicion de pone r un freno saludable á esta razon orgullosa, á la cual ninguna fuerza humana podría domar, y que, por otra parte, es tan propensa á abusar de sí misma, porque habiendo sido criada para poseer algun dia la verdad en toda su plenitud, se llega á persuadir que está en su naturaleza adquirir en esta vida tan dichosa posesion.

El primer medio que ella emplea es recomendarnos una prudente desconfianza de nosotros mismos, y hacernos considerar la humildad como la base más segura del dogma y de la moral. La razon, abandonada á sí misma, es débil y con frecuencia cae en error buscando la verdad; de aquí es, que debemos estar en guardia contra sus soberbias sugestiones, sobre todo cuando trata de ponerse en pugna con las verdades unánimemente admitidas. El verdadero sábio es modesto, humilde y desconfiado de sí mismo. Él comprende cuánta es para la razon la felicidad de creer. ¿Qué se ha de pensar de la razon que rechaza con un orgulloso desprecio las verdades sublimes que han tenido el asentimiento de todas las edades y ante las cuales se han inclinado los génios más vastos?

Por otra parte, esta humillacion, que hace sufrir á la razon, no la hiere, porque no es arbitraria, y, porque al mismo tiempo, la ennoblece con verdades altísimas y las pone á su disposicion. Al nutrir á la razon de estas verdades, reprime su avidez insaciable de saberlo todo, la hace penetrarse de su ignorancia, y disipa la nécia idea de que nada es superior á nuestra comprension. Así evita los abusos de la razon.

Por último, la da vigor y fuerza, dándola una antorcha que ilumina las inteligencias; la fe. Esta es el áncora de salvacion para todos los extravíos de la razon. La razon que debe desconfiar de sí misma, puede apoyarse en una autoridad infalible. Con esta palanca poderosa remueve todas las cuestiones, y procede en sus investigaciones con entera seguridad y con inquebrantable firmeza.

© Biblioteca Nacional de España

§ IV.—*La falsa filosofía.*

En confirmacion de todo lo dicho tenemos un argumento decisivo que nos suministra la experiencia.

Todos los sistemas filosóficos, contrarios de algun modo á la enseñanza de la Iglesia, por especiosos que hayan sido, por éxito brillante que hayan alcanzado á su aparicion, por numerosos sectarios que hayan tenido, han caido en desuso al cabo de algun tiempo, y han sido rechazados como absurdos.

Ninguno de ellos puede resistir el exámen de una crítica severa é imparcial, sin que se descubra desde luégo su vacío y su falta de base, y que crean ó dejan en pié más problemas nuevos que los que resuelven. Sin la fe nada sólido se puede edificar, *porque nadie puede poner otro cimiento que el que ha sido puesto, que es Jesucristo* (1). Y al paso que todos los sistemas filosóficos se desacreditan, la filosofía verdadera, la católica, ve todos los dias confirmarse de nuevo sus doctrinas y adquirir nueva luz sus explicaciones. *Porque el fundamento de Dios permanece firme* (2).

Lo notable es que estos sistemas filosóficos son inventados y defendidos por oposicion al Catolicismo, y en nombre de los derechos de la razon. Y, sin embargo, llevando todos la misma bandera, se hacen entre sí la guerra más encarnizada, se desacreditan unos á otros, y tambien unos á otros se convencen de su mútua falsedad. La Iglesia podría evitarse el trabajo de condenarlos y sentarse tranquilamente á contemplar cómo se destrozan. Ellos pasan y caen sin honor; lo pueden todo contra sí mismos y nada contra la Iglesia. La filosofía católica avanza majestuosa sobre sus ruinas, dispuesta á recibir el ataque de nuevos errores, que tendrán la misma suerte que los pasados.

Además, estos mismos sistemas filosóficos, que rechazan las verdades católicas como contrarias á la razon, ponen

(1) I Cor. III, 11.
(2) II Timot. II, 19.

© Biblioteca Nacional de España

verdaderamente á la razon en contradiccion consigo misma. «Los absurdos en que incurren negando la revelacion, dice Bossuet, son más insostenibles que las verdades cuya sublimidad les espanta; y por no querer creer misterios incomprensibles, siguen uno tras otro errores más incomprensibles.» No se calcula bien lo que es preciso creer para no creer, porque lo que en este caso se cree está conforme con las pasiones que nos lo ocultan; pero considerado en sí y con ojos filosóficos, la impiedad no puede desechar ningun punto de la fe cristiana sin reemplazarlo por otro punto mil veces más inadmisible, y sin poner un *absurdo* en el lugar de una *dificultad*. Esta conducta temeraria de la falsa filosofía, justifica por completo al Catolicismo en sus relaciones con la razon.

Echaremos una rápida ojeada sobre algunos sistemas contrarios á la filosofía católica, y se verá que son tambien contrarios al mismo buen sentido.

(A).—*El panteismo.*

Muchos caminos, dice menseñor Maret, conducen al entendimiento á este error. Nuestros contemporáneos, sobre todo, son conducidos á él por la negacion de la creacion, ó de la revelacion divina. Por estos caminos ha marchado la filosofía del siglo al panteismo, que ataca al cristianismo en sus dogmas, en su moral y en su culto, que no ve en él más que una forma pasajera de la humanidad, y quiere absorberle en su unidad.

Por el panteismo es divinizada la humanidad, la cual no es sino la manifestacion de las potencias de lo absoluto: todas sus formas son legítimas, todos sus errores son santos, lo pasado queda amnistiado; y en lo presente, uno de sus medios más activos de influencia es el excitar sin cesar y exclusivamente al progreso material. La industria y las máquinas son para él los verdaderos agentes de la civilizacion, y no cesa de convidar á los hombres al banquete de todos los goces, y da rienda suelta á todas las pasiones. Él, que no puede producir sino el despotismo ó la anarquía,

© Biblioteca Nacional de España

se hace el apóstol de la libertad y del progreso; y no pudiendo asegurar al hombre la inmortalidad de su alma, se manifiesta pródigo en promesas de un magnífico porvenir. ¡Tal es la verdadera herejía del siglo XIX!

La confusion de Dios con el mundo, la divinizacion del universo, la identificacion de lo finito é infinito, la unidad de sustancia son absurdos tan groseros y palpables, que no se concibe cómo pueden tener aceptacion en este siglo, llamado de las luces (1).

Es evidente que el panteismo es contrario á la fe. No esménos contrario á la razon.

En efecto: 1.°, es evidentemente falso en su principio. Si buscamos lo que puede haber comun en los varios sistemas del panteismo, reconoceremos que, bajo un lenguaje diferente, parten todos de un mismo principio; la identidad de sustancia. Que con Hegel se llame la *idea* ó el *sér;* que con Schelling lleve el nombre de *absoluto;* que se presente con Fichte como el *yo;* con Espinosa como el *infinito;* siempre se afirma el mismo principio. Pero el buen sentido y la razon rechazan y condenan este principio. Conozco, dice Bergier, que yo soy *yo* y no otro, una sustancia separada de cualquiera otra, un indivíduo real y no una modificacion. Preguntad á todos los hombres, y hallareis en ellos un sentimiento indestructible de la distincion de los séres.

2.° El panteismo, considerado en sí mismo, repugna abiertamente á la razon. ¿Qué es en efecto un Dios compuesto de todos los séres que existen en el mundo, y que quizá ellos mismos no son más que simples fenómenos ó engañadoras apariencias? ¿Se concibe una sustancia única, inmutable, desenvolviéndose incesantemente, y que reune en sí atributos contradictorios, la extension y el pensamiento? ¿Qué es una existencia vaga é indeterminada, que ni es sér ni modo, y que, sin embargo, constituye el mundo espiritual y el mundo material? Y, ¡se llaman filósofos los que admiten tales delirios!

3.° El panteismo no es ménos funesto en sus consecuen-

(1) Véase lo que digimos en la 1.ª parte, cap. 1.°

© Biblioteca Nacional de España

cias que absurdo en sí mismo y en sus principios. Si no existe más que una sola sustancia, si todo es idéntico, si el hombre es Dios, ya no hay entre ellos relaciones de autoridad y dependencia; la religion es una quimera; ya no hay para el hombre leyes obligatorias, ni moral, ni vicio, ni virtud. Por otro lado, ¿qué es Dios en el sistema panteista? Una abstraccion metafísica, una simple idea de lo infinito, de lo absoluto, una existencia vaga é indeterminada que no se conoce más que por la razon humana, el más perfecto de los desarrollos. ¿No es esto destruir la idea de Dios? Por último, ¿qué es esa razon humana que se nos presenta como la manifestacion y el último desarrollo del sér infinito? ¿Existe la razon humana? Abrid los libros de los filósofos alemanes, y os dirán que el mundo no es más que una apariencia, una forma sin realidad objetiva. El *yo* sér y la idea abstracta de Dios, aquí está todo. Pero, ¿por qué daremos más realidad á esta idea que á las demás? El excepticismo universal es el resultado inevitable de todas estas teorías insensatas.

El panteismo es, pues, una contradiccion palpable con la razon y con la lógica de las que destruye todos los principios; con la personalidad humana, que ni puede hacer desaparecer, ni explicar; con la realidad del mundo sensible, que niega, sin hacernos comprender cómo existe este fenómeno y cómo nos da el sentimiento de la realidad. Está tambien en contradiccion con la nocion del sér absoluto, porque como le niega la personalidad y no afirma nada de él, reemplaza al sér por la existencia, y se volatiliza en la abstraccion (1).

(B.)—*El racionalismo.*

Los que ensalzan hasta las nubes la potencia de la razon y quieren someter á su juicio todas las cuestiones sobre Dios, el mundo y la naturaleza, sin duda no recuerdan la

(1) Maret, *Ensayo sobre el panteismo en las sociedades modernas*, pág. 199.

© Biblioteca Nacional de España

historia de las lastimosas aberraciones de la razon, en todos los tiempos y en todos los países. La historia de la filosofía es la condenacion más explícita de la soberbia racionalista. Ya tenemos probada la insuficiencia de la razon humana y la necesidad de la revelacion.

Pero el absurdo de este orgulloso sistema consiste en que se indigna ante la palabra revelacion, y niega estúpidamente lo que no puede comprender. No hacen otra cosa los más necios palurdos.

Es absolutamente falso que la razon sea nuestra única guía. Cien veces han declarado los filósofos que si el hombre no tuviese más guía que la razon, no tardaría mucho en perecer el género humano. En las cuestiones de hecho y de experiencia, el razonamiento no sirve de nada; estamos obligados á tomar por guía el testimonio, ya de nuestros propios sentidos, ya del público; lo estamos tambien á fiarnos en la certidumbre moral, y sería insensato el hombre que consultase únicamente á la razon.

(C.)—*Materialismo, fatalismo y determinismo* (1).

Estos desoladores sistemas son tan absurdos que no merecerían el honor de ser refutados, á no ser por los estragos que han hecho.

Reducir el hombre á una mera *organizacion*, decir que el alma no es otra cosa que la actividad del cerebro, desconocer ó negar los fenómenos internos, las fecundas y nobles aspiraciones del pensamiento, afirmar que el cerebro piensa como el estómago digiere, ¿no es esto contradecir al sentido comun? ¿No es reducir al hombre á la condicion del bruto? La materia es por esencia incapaz de una accion espiritual: el pensamiento es una operacion simple é indivisible, que no puede tener por sugeto ni por principio una sustancia divisible como la materia. El sentido íntimo nos asegura que somos algo más que materia, y sería una de-

(1) Véase la 1.ª parte, cap. 12.

© Biblioteca Nacional de España

mencia el intentar sofocarlo. Y, ¿quién puede calcular las horribles consecuencias morales, ó que nacen del materialismo?

Sujetar al hombre á una necesidad fatal, á una fuerza que le empuja, hacerle una simple rueda en la máquina del universo, despojarle de la libertad, esa soberanía indisputable de nuestro sér sobre todos los séres de la creacion, que hace al hombre rey y señor de sus propios actos, ¿no es destruir la dignidad humana? ¿No es echar por tierra el fundamento de toda moralidad? El sentido íntimo se subleva contra ese monstruoso sistema, tanto más, cuanto que el fatalismo no tiene á su favor ninguna prueba.

(D.)—*El eclecticismo.*

No hablamos del eclecticismo antíguo, sino de la nueva escuela racionalista, que ha fundado Mr. Cousin en Francia, y que tantos estragos ha causado á la religion y tiende á comprometer gravemente el porvenir de la ciencia.

«El eclecticismo en el siglo XIX, dice Mr. Bautain (1), es lo que ha sido en todos los tiempos, un sincretismo, una coleccion de opiniones ó de pensamientos humanos que se agregan sin fundirse, ó, de otro modo, un conjunto de miembros y de órganos tomados aquí y allá, arreglados con más ó ménos arte, pero que no pueden constituir un cuerpo vivo. La verdad, se ha dicho, no pertenece á ningun sistema, porque no sería ya la verdad pura y universal si se dejase formular en una teoría particular. No se ha de buscar la filosofía en las obras de tales filósofos, ni en las opiniones de tal siglo ó de tal pueblo, si no en todos los escritos, en todos los pensamientos, en todas las especulaciones de los hombres, en todos los hechos por los que se manifiesta y expresa la vida de la humanidad.»

«¡Está muy bien! Pero para hacer esta distincion, para obrar esta separacion, es preciso una vista segura, una

(1) *Psicología esperimental*, prólogo.

© Biblioteca Nacional de España

mirada firme y ejercitada: es menester el criterio de la verdad; es necesaria una medida, una regla infalible; y, ¿de dónde la tomará la filosofía ecléctica? No de la doctrina humana, pues que ninguna de estas doctrinas encierra la verdad pura, y justamente por esto es necesario el eclecticismo. ¡Se apela tambien á la razon universal, á la razon absoluta! Mas esto sería muy bien hecho si esta razon absoluta se mostrase ella misma bajo una forma que le fuese propia, y nos convenciese así de que es ella misma la que nos habla. Pero no sucede de esta manera en el estudio de las cosas naturales. Aquí la razon universal no nos habla más que por medio de razones privadas; hay siempre hombres entre ellas y yo; es siempre un hombre el que se declara su órgano é intérprete; y cuando el filósofo nos dice: «Ved aquí lo que dicta la razon absoluta,» esto no significa nada sino: «Ved aquí lo que yo en mi conciencia y en mi propia razon he juzgado conforme á la razon universal ó absoluta.»

«No poseyendo el eclecticismo este criterio tan necesario de la verdad, es preciso que su enseñanza sea oscura, vaga, incoherente; no tiene doctrina propiamente dicha: es un cuadro brillante en donde todas las opiniones humanas deben tener lugar. Verdaderas ó falsas, ellas expresan los pensamientos humanos, y, por lo tanto, tienen derecho á las miradas del filósofo. No se las ha de juzgar por sus consecuencias morales, útiles ó perjudiciales, benéficas ó perniciosas, todas tienen el mismo valor si se las considera filosóficamente: son formas diversas de la verdad, que no es más que una. Mas si todas las doctrinas son buenas en cuanto son expresiones formales de la razon del hombre, lo serán igualmente todas las acciones como manifestaciones de su actividad libre; no hay órden ni desórden para un sér inteligente que no conoce ley ni fin. Las acciones no tienen importancia, sino á proporcion que ayudan ó dificultan el desarrollo de la humanidad, que debe marchar siempre hácia adelante; no importa en qué sentido, ni hácia qué término, conducida por la razon universal, que no puede estraviarse, porque no hay dos caminos

© Biblioteca Nacional de España

para la perfeccion; no se trata más que de ser, existir y moverse.»

«Tales son las tristes consecuencias de la filosofía ecléctica así en la ciencia como en la moral. Hé aquí á dónde va á parar este gran movimiento filosófico de nuestro siglo; á donde ha venido á perderse, dejando como último resultado en los ánimos que ha agitado, por un lado una especie de indiferencia hácia la verdad, en la que no creen ya, porque á fuerza de mostrársela en todas partes han llegado á no percibirla en ninguna; y por el otro en la conducta de la vida, juntamente con una gran pretension á lo sublime, á la abnegacion con todas las apariencias del heroismo, la soltura á las pasiones, el abandono á la fatalidad, la esclavitud de la necesidad bajo la exterioridad de la independencia. Esta filosofía, tan rica en promesas, pero tan pobre en resultados, como la historia lo dirá, está juzgada en el dia, y no es ya á esta escuela á donde la juventud generosa irá á buscar ideas grandes, sentimientos profundos y altas inspiraciones.»

(E.)—*Hermesianismo filosófico* (1).

En todas las filosofías, hasta Hermés, tácita ó abiertamente, se suponía que el cristianismo era una verdad; despues se trataba de apoyarla por medio de las demostraciones filosóficas: esto es lo que se ha llamado *duda metódica, duda negativa*, la cual, en sus justos límites, no es una duda verdadera. Hermés, por el contrario, hizo *positivamente* abstraccion de todo lo que creía y sabía, y supuso que nada había de cierto ni de verdadero en el mundo, no solo en cuanto á la religion católica, sino en órden á cualquiera otra verdad, tal como la existencia de Dios, etc.: esto es lo que se llama *duda positiva*.

---

(1) Adiciones á Bergier, art. *Hermesianismo*.—Véase además Perrone, tract. *De locis theolog.*, parte 3.ª, cap. 1.°, artículo 2.°

© Biblioteca Nacional de España

Partiendo de este punto, es indispensable de antemano un excepticismo completo para que la inteligencia humana pudiese adquirir la certeza. Ahora bien, el entendimiento no pasa necesariamente por la duda ántes de llegar á una conviccion razonable y segura. ¿Tiene necesidad el hombre de pasar por la duda para adquirir una certeza de su propia existencia y de los objetos que le rodean? La inteligencia no puede vacilar, ni áun por un momento, ántes de creer los primeros principios en cada órden de conocimientos, en los axiomas, y, por lo comun, en las conclusiones inmediatas que se deducen de ellos. Por lo tanto, existe un gran número de verdades, sobre las cuales, anteriormente á toda duda, se tiene una conviccion completa racional, que todos los esfuerzos de todos los excépticos del mundo no podrían debilitar.

Partiendo de la duda positiva, es absolutamente imposible probar una verdad cualquiera; porque una verdad no se demuestra sino deduciéndola rigorosamente de un principio infalible. Ahora bien; el que tiene la duda positiva no está seguro de un solo principio, y tampoco lo está de la exactitud de su argumentacion. El punto de partida del sistema contiene, pues, una verdadera contradiccion.

La demostracion *práctica* de Hermés contiene, por otra parte, una verdadera peticion de principio. Para establecer un hecho, supone la certeza de la obligacion que de él resulta; deduce, por ejemplo, que tal cuerpo es un cadáver, porque existe un deber moral para enterrarle; al paso que el deber de enterrar no existe sino en el caso en que la muerte fuese de antemano segura. Racionalmente, es preciso probar el hecho y deducir de él la obligacion moral: Hermés, por el contrario, supone la obligacion para deducir el hecho; por lo tanto, su método es irracional.

Hé aquí ahora las absurdas consecuencias que se deducen de este sistema:

1.° Que el hombre debería rechazar la verdad conocida, destruir en sí todas las nociones del bien y del mal, y vivir en este estado hasta que hubiese reconstruido la obligacion de observar todas las leyes divinas y humanas.

© Biblioteca Nacional de España

2.° Que ántes de Hermés, nada había de cierto en el mundo.

3.° Que la inmensa mayoría de los hombres es incapaz de llegar á la certeza, porque hay muy pocos que puedan reconstituir la verdad y áun apreciar bien el encadenamiento de las verdades entre sí.

4.° Que habría obligacion de creer todos los errores á que sería uno arrastrado por las falsas deducciones, y despues obrar consiguientemente á esto mismo.

***

No queremos hacer mencion de otros sistemas no ménos absurdos. Pero sí deduciremos una consecuencia innegable. Existe la verdad, existe la ciencia, la filosofía no es un nombre vano. Pero esta verdad, esta ciencia, esta filosofía, solo la posee la Iglesia católica. Todos los delirios de la razon humana son una prueba de la necesidad de la revelacion. La razon, abandonada á sí misma, no ha hecho otra cosa que extraviarse, pero guiada por la Iglesia, ha enmendado sus errores y ha hecho gigantescos progresos. Cada nueva negacion de la verdad hace descubrir una nueva prueba que la confirma.

«La filosofía moderna, concluiremos, valiéndonos de las palabras de Bonnet, ha conmovido los fundamentos de todas las creencias religiosas. Imprudentemente arrancado el espíritu humano á las doctrinas sobre que descansaba hacía tantos siglos, no sabe ya á qué asirse, ni en dónde fijarse. La ausencia de la religion deja un vacío inmenso en los pensamientos y afecciones del hombre; y éste, siempre extremado, los llena de los más peligrosos fantasmas, en lugar de una cosa maravillosa, sábia y consoladora, adaptada á nuestras primeras necesidades: así es como el hombre, haciéndose incrédulo, no hará más que precipitarse más fácilmente en la supersticion: llevará hasta en el ateismo la necesidad de las ideas religiosas: abusará de las propias ciencias, mezclando con ellas los desvaríos más monstruosos; divinizará los efectos físicos y las fuerzas de

© Biblioteca Nacional de España

la naturaleza; se le verá caer de nuevo en un politeismo absurdo: en una palabra, estará dispuesto á creerlo todo al mismo tiempo que dirá que no cree ya en nada. Ya es tiempo de que la verdadera filosofía, por su propio interés, vuelva á acercarse á una religion á la que ha desconocido demasiado, y que es la única que puede dar un vuelo infinito y una regla segura á todos los movimientos de nuestro corazon Es preciso dar á la inteligencia alimentos sanos si no se quiere que se nutra de venenos» (1).

CAPITULO VI.

La Iglesia protectora de las ciencias y de las artes (2)

Acabamos de ver la dichosa influencia de la Iglesia en los progresos y acierto de la verdadera filosofía, comprendiendo en esta palabra en general todos los conocimientos humanos. Podíamos añadir la relacion de sus beneficios á todas y cada una de las ciencias y artes que se han desarrollado y crecido bajo su impulso civilizador; ¡tan léjos está la Iglesia de ser enemiga de la ilustracion! Pero esta sería una larga tarea que exigiría volúmenes enteros, y, por otra parte, es una cosa que no desconoce ninguna persona ilustrada é imparcial. Nos contentaremos con hacer indicaciones generales, bastantes, sin embargo, para que aparezca que nuestra religion es la más favorable á las artes y á las letras, y que el mundo moderno se lo debe todo; desde la agricultura hasta las ciencias abstractas; desde los hospicios para los desgraciados, hasta los Templos edificados por Miguel Angel y decorados por Rafael.

§ I.—*Ciencias.*

En todas partes en que se ha establecido el cristianismo, tanto en medio de los hielos del Norte, como bajo los ar-

(1) Citado por *Augusto Nicolás*, lugar citado.
(2) Chateaubriand, *Génio del Cristianismo.*—Pinard, *Genie du Catholicisme.*

© Biblioteca Nacional de España

dores del Mediodia, han progresado las ciencias, las costumbres y la civilizacion: donde ha desaparecido le ha reemplazado la barbárie. Desde hace diez y siete siglos las ciencias apenas han sido conocidas ni cultivadas sino en las naciones cristianas.

Sabido es de sobra, que las artes y las ciencias hubieran perecido por completo á consecuencia de los trastornos que sufrió el mundo por la irupcion de los bárbaros, las contínuas guerras y otras causas, si no las hubiera salvado la Iglesia. Hubo un tiempo en que el saber leer era tenido por una afrenta, indigna de un noble. ¡A tal extremo había llegado la barbárie! Entónces todas las ciencias se refugiaron en el santuario á la sombra de los Monasterios y de las Iglesias. Los Monjes y Clérigos únicamente cultivaban las ciencias, y llegaron á ser sinónimas las palabras *Clérigo* y *literato*. Ellos nos conservaron todas las obras de la antigüedad, copiando los manuscritos y escribiendo otras nuevas. Ellos cultivaron todas las ciencias, desde la gramática hasta la jurisprudencia y la medicina; casi todos los escritores de la Edad Media fueron Eclesiásticos.

Más tarde se fundaron escuelas gratuitas, universidades y colegios: estos establecimientos fueron mirados como casas de religion, que debían subsistir bajo la proteccion de la Iglesia. Esta se puede llamar con justo título la institutriz del género humano, la maestra de las naciones. Los primeros establecimientos de instruccion pública, fundados en los Monasterios ó en las Catedrales, fueron dirigidos por los Obispos, por los Sacerdotes, ó por los Monjes, que ocupaban en ellos todas las cátedras (1). Por una consecuencia natural, los Papas tomaron bajo su proteccion á todas las escuelas, y les dieron reglamentos. Las célebres universidades de España, de Italia, de Francia, de Alemania

(1) Cuando vemos un Gerson, Canciller de la Iglesia de París, tomar á su cargo las escuelas de primeras letras, por pura caridad, nos convencemos de que solo la religion puede inspirar este celo por la instruccion de los ignorantes.—Bergier, artículo *Letras*.

© Biblioteca Nacional de España

y de Bélgica, debieron á los Romanos Pontífices su orígen ó su confirmacion. En los siglos posteriores las ciencias ensancharon su esfera; pero siempre la Iglesia estaba al lado de sus progresos.

Estos hechos tan elocuentes prueban más que todos los razonamientos. Los que acusan á la Iglesia de favorecer la ignorancia probablemente no sabrían leer, si no hubiera sido por sus cuidados y celo.

Por otra parte, todas las ciencias deben al espíritu cristiano su más fecundo desarrollo.

Como ya queda indicado, esto no puede dudarse respecto á las ciencias llamadas *racionales*, como la lógica, la psicología, la metafísica, etc. La Iglesia propone, resueltas de antemano con un criterio infalible, casi todas las cuestiones más importantes de que se ocupan estas ciencias, y esto influye poderosamente en sus investigaciones. La filosofía escolástica, con su espíritu investigador y sutil, arrojó viva luz sobre las verdades metafísicas, al mismo tiempo que aguzó el ingénio, y vigorizó el raciocinio, y acostumbró á tratar las cuestiones con la mayor exactitud de términos. Hasta los mismos filósofos, que hacen gala de negar la revelacion, se aprovechan de sus beneficios y de las ideas que la religion ha hecho populares, y siempre que hablan del hombre con verdad y dignidad, se encuentra en su lenguaje el sabor de las ideas cristianas.

Lo dicho es todavía más cierto respecto á las ciencias *morales* y todas las que se enlazan con éstas. En vano se intentaría, no digo sobrepujar, pero ni áun imitar la moral del Evangelio. Esta ha formado una admirable conciencia pública, y ya la hemos visto revelarse en las legislaciones y costumbres de todos los pueblos; así es, que estas ciencias se distinguen todas por un carácter eminentemente cristiano. En este punto lleva la Iglesia la palma con tanta justicia, que no se la disputan los mismos incrédulos. Atacarán sus dogmas, sus misterios, su divinidad; pero no niegan la excelencia de su moral y la influencia saludable que ha ejercido en las ciencias que se rozan con ella.

Hay especialmente una que se ha formado enteramente

© Biblioteca Nacional de España

bajo la influencia católica, la HISTORIA. La religion ha creado un modo nuevo de escribir la historia, completamente distinto del de los escritores antíguos, y que es el único verdadero y digno, pues considera los hechos como abundantes manantiales de reflexiones y pensamientos filosóficos y morales, y hace ver en ellos la accion de la Providencia, conduciendo á los hombres á sus fines y dirigiendo la marcha de la humanidad. Además, contribuye poderosamente á dar al historiador aquellas condiciones indispensables para llenar bien su cargo, buen sentido, independencia y fidelidad.

«Entre nosotros, dice el autor de las *Grandezas del Catolicismo*, hay una especialidad que se tiene la pretension de haber mejorado mucho, de haber perfeccionado mucho; quiero hablar de la historia. Efectivamente; en nuestros dias la historia ha llegado á ser un cuadro más vasto, más regular, más animado; se ha comprendido al fin que la historia no era un osario en donde se iba á deletrear los nombres de algunos reyes, algunas guerras separadas de sus causas y de sus efectos, algunos acontecimientos aislados; se ha hecho un gran drama del cual se ha querido dar con toda solicitud la exposicion, la intriga, el desenlace, la intriga sobre todo; se han estudiado los génios, las pasiones y las flaquezas de todos los personajes que han figurado en escena... Pero sin religion no es posible formar obras históricas durables, como ni obras de arte, de poesía ó de literatura. ¿Cuál es el objeto, cuál es el fin de la historia? El instruir; mas instruir es ejercitar al espíritu en comparaciones, es ejercitarle en juzgar el bien y el mal. Pero, ¿cómo se formará un juicio absoluto sobre las cosas y sobre los hombres si no se tiene más que una regla vaga, mal definida, sujeta á todos los debates de opiniones flotantes, de opiniones que los autores modifican á cada paso, segun las circunstancias?»

Pasa despues revista de las dos escuelas formadas por los historiadores más célebres de la época, y añade: «No basta, pues, la escuela fatalista ni la escuela moralista para apreciar el pasado y el presente; no es posible apre-

© Biblioteca Nacional de España

ciarlos sino cuando se domina al uno y al otro, es decir, cuando en lugar de un criterio que solo puede ser relativo ó arbitrario, se asienta un criterio inmutable y absoluto, el criterio religioso» (1).

Por último, por lo que hace á aquel gran grupo de ciencias clasificadas con el nombre de *naturales* y *exactas*, sería desconocer lastimosamente su historia el decir que la Iglesia no ha contribuido eficazmente á sus progresos. El primer impulso que recibieron en Europa estas ciencias se debe al Monje Gerberto, que despues fué Papa con el nombre de Silvestre II. En aquel siglo, el X, que con razon se apellida bárbaro, abrió este Monje cátedras de matemáticas, de geografía y de astronomía. En el siglo XIII brillaron en estos conocimientos Alberto Magno y Roger Bacon, que se hicieron por ellos tan superiores á los hombres de su siglo, que el vulgo los miraba como hechiceros, de cuya calumnia se vindicaron completamente. Pero dieron motivo á esta acusacion los grandes adelantos que hicieron en matemáticas, astronomía, óptica y química.

«La mayor parte de los descubrimientos científicos que han cambiado la faz del mundo civilizado, y cuya perfeccion forma el orgullo de nuestra época, han sido hechos por miembros de la Iglesia. La invencion de la pólvora, y acaso la del telescopio, se deben á Roger Bacon; otros atribuyen el descubrimiento de la pólvora á un Fraile aleman llamado Bertoldo Schwartz; las bombas fueron inventadas por Galem, Obispo de Munster; el Diácono Flavio de Givia, napolitano, descubrió la brújula; el Fraile Despina los anteojos, y Pacífico, Arcediano de Verona, ó el Papa Silvestro II, el reloj de ruedas» (2).

Finalmente, nadie ignora que los grandes adelantos que han hecho desde el siglo pasado la geografía y la historia natural, se deben en su mayor parte á las relaciones de los misioneros. Si el celo intrépido de estos hombres superio-

(1) Véase Pinard, *Genie du Catholicisme*, caps. 8.° y siguientes.
(2) Chateaubriand, lib. VI, cap. 6.°

© Biblioteca Nacional de España

res no hubiese penetrado en las tribus salvajes de América y Asia, no conoceríamos las costumbres, género de vida y carácter de los salvajes. La filosofía no es aficionada á exponerse á ser devorada por los caníbales; pero la religion, que no teme á la muerte, favorece de este modo áun á la filosofía (1).

§ II.—*Literatura.*

No hay género alguno de literatura que no hayan cultivado con éxito los escritores católicos, y al cual no sea favorable el espíritu de nuestra religion. Chateaubriand y el Abate Pinard lo han demostrado hasta la evidencia.

Los que acusan á nuestra religion de ser enemiga de las bellas letras debieran avergonzarse al ver las reproducciones de nuestros literatos y publicistas en todos los tiempos y en todos los países.

Desde los primeros siglos se dedicaron los cristianos á la literatura, con tanto fruto, que oscurecieron á los literatos paganos de su tiempo. El emperador Juliano *el Apóstata* creyó que el mayor perjuicio que podía causar á los cristianos era prohibirles el estudio de las letras. La energía con que éstos protestaron contra tan inícuo decreto es la mejor prueba de lo que la Iglesia aprecia la literatura, áun la profana. Hé aquí cómo se expresaba San Gregorio Nacianceno, dirigiéndose á los paganos: *Os dejo de buena gana las riquezas, nacimiento, gloria, autoridad, bienes que desaparecen como un sueño; pero deseo la elocuencia y no me desanimarán para buscarla los trabajos y los viajes por tierra y mar* (2).

---

(1) Hasta la *medicina* debe sus progresos á la Iglesia, que contribuyó en ello: 1.° Haciendo cesar los remedios supersticiosos de la antigüedad. 2.° Dotando de hospitales á la clínica, y, sobre todo, 3.° realzando aquella ciencia á los ojos de la fe, ya por la dignidad del hombre, que inspira, ya por los recursos que frecuentemente suministra á la experiencia por las curaciones morales que obra la religion. —Véase Scotti, *Catecismo medical.*

(2) *Contra Julianum.*

© Biblioteca Nacional de España

«Los Santos Padres abrian diversas vías á la literatura, no buscando el arte por sí mismo, sino haciendo servir la forma al pensamiento y creando una literatura de carácter original, cuando la antígua perdía el suyo... La literatura cristiana hízose luégo gigante por obra de oradores que, al combatir el orgullo del saber y la indocilidad del corazon, no solo sobrepujan en mucho á sus contemporáneos, sino que se ponen al nivel de cuanto la antigüedad tiene por más insigne. Los Padres Orientales, principalmente, hacen plegarse la lengua y el arte griego á las inspiraciones sagradas, y á expresar la nueva fe, sin alterar la índole que el idioma tenía, cuando tronaba ó lisonjeaba con Demóstenes y Sócrates, como una melodía antígua á que se aplicasen nuevas palabras» (1).

La índole del Catolicismo es sumamente favorable á la elocuencia.

Las verdades dogmáticas y morales que el orador cristiano desarrolla contínuamente en sus discursos, le aseguran ya una superioridad incontestable sobre el orador profano: solo necesita mantenerse á la altura de su asunto para dominar por completo á su auditorio. A la palabra del orador cristiano va unida la mocion secreta de la gracia divina, y así se explican esase stupendas conversiones de muchos pecadores, que despues de haber oido un sermon, cambian por completo su vida y renuncian al mundo para darse enteramente á su salvacion. Ningun orador profano podrá lisonjearse de haber producido tan notable cambio en sus oyentes.

La elocuencia antígua, y en general toda elocuencia profana, se limita á los intereses particulares de algun ciudadano ó algun pueblo, etc.; pero la elocuencia sagrada tiene por objeto los intereses más importantes de toda la humanidad. Pronunciad hoy el mejor discurso de Ciceron, y no excitará ningun interés: ¿qué nos importan á nosotros las maquinaciones de Catilina? Pero pronunciad íntegro, sin variar una coma, cualquier discurso de un Santo Pa-

(1) Cantú, época 7.ª, cap. 21.

© Biblioteca Nacional de España

dre, y será escuchado con el mismo interés y producirá tanto fruto como cuando se pronunció por primera vez. No es difícil ser elocuente para un pueblo y para una época; pero sí para todos los pueblos y todos los países.

El mérito de la elocuencia sagrada es que los asuntos que trata son generalmente muy trillados, y en estos asuntos es más difícil ser elocuente; y, sin embargo, la religion suministra al orador recursos inagotables para ser escuchado con el más vivo interés, y presentar las verdades bajo mil formas agradables y nuevas. Escuchad á los oradores cristianos, ¡con qué diversa fuerza, con qué diversa magnificencia, con qué uncion tan variada presentan un mismo pensamiento!

Sabemos que hay muchos malos predicadores; pero, ¿qué serían éstos para tratar asuntos profanos? No sabrían hacerlo bien ni mal. Por el contrario, los oradores de asuntos profanos, tenidos por notables, serían de seguro sublimes puestos en un púlpito y tratando asuntos religiosos. «La religion, dice un escritor, ha elevado á la elocuencia, no solo una tribuna, sino un trono; este trono es el púlpito.» Un mismo orador eclesiástico, ¡qué diferencia cuando habla en el púlpito y cuando habla, por ejemplo, en el Congreso!

El púlpito parece como suspendido entre el Cielo y la tierra, para recibir la palabra de Dios y repetirla al pueblo. Allí todo contribuye á exaltar la imaginacion para producir vivas y magníficas pinturas, conmoviendo á los corazones con palabras llenas de uncion y de fuego: lo espacioso del Templo, sus imponentes columnas, sus arcadas multiplicadas, la misteriosa oscuridad, el silencio y recogimiento del auditorio, arrodillado frente al altar, el mismo orador que se presenta como Ministro de Dios. Algunas veces, cuando anuncia con toda energía las verdades eternas, parece que sus palabras salen del mismo Tabernáculo sagrado en donde está el Señor.

Por último, para saber si nuestra religion es favorable á la elocuencia, bastaría recordar los nombres de los Santos Padres y oradores ilustres que ha producido. San Ambro-

© Biblioteca Nacional de España

sio, San Agustin, San Juan Crisóstomo, San Bernardo, entre los primeros; y Bossuet, Masillon, y, en nuestros dias, Lacordaire, el Padre Ventura, el Padre Félix entre los segundos, por no citar otros innumerables, pueden ponerse en parangon con los antíguos oradores de Roma y Atenas, y áun aventajarlos en ciertos puntos.

No es ménos eficaz nuestra religion para dar vida y elevacion á la *poesía*. La elocuencia y la poesía han sido dadas al hombre para expresar sus ideas, con la diferencia de que en la primera domina la realidad, y en la segunda la ficcion. El orador es el hombre de la sociedad, y el poeta el hombre de la soledad. La elocuencia es siempre para tratar cosas sérias, y solo se dirige á hombres formados; la poesía se ocupa tambien algunas veces de asuntos importantes, pero principalmente se dirige á nuestras pasiones. Ella anima nuestros placeres y mitiga nuestros pesares; ella modula sus graciosos cánticos al tierno niño acostado en la cuna, y entona sus lúgubres acentos al oido del anciano próximo á dormirse en el sueño eterno.

Quitad la religion, y cortareis las alas al génio del poeta, que al punto cae por tierra y se siente estrecho en el mundo; pero con la religion todo se engrandece á sus ojos, y su horizonte se extiende sin límites en la inmensidad de Dios. ¡Cuán vasto campo ofrece el Catolicismo al génio del poeta! ¡Qué asuntos de todo género para sus inspiraciones!

Nuestros dogmas suministran al poeta riquísimos asuntos, en los que, sin salir de la verdad, puede campear libremente la más lozana imaginacion. El dogma de la gloria eterna es un manantial inagotable de las más risueñas imágenes de la felicidad, al paso que el infierno es un arsenal espantoso de cuadros terribles. El purgatorio le inspirará tiernísimos acentos en memoria de los difuntos de su cariño. ¡Cuán dulces melodías no puede sacar la lira cristiana de aquellas deliciosas escenas de un Dios-Niño y de una Madre-Vírgen! ¡Qué tristísimos suspiros no puede exhalar al contemplar la afrentosa pasion del Hijo de Dios por salvar á los hombres! La Vírgen María con

© Biblioteca Nacional de España

su pureza, con sus gracias, con sus dolores, con su ternura hácia los hombres, es un manantial fecundo de santas y elevadas inspiraciones. Los Angeles, los Santos, los Mártires, las Ordenes religiosas, las Cruzadas, ofrecen á la imaginacion del poeta asuntos y recursos inagotables. Y, por último, la naturaleza entera se presenta á los ojos del poeta cristiano más llena de bellezas y maravillas porque la ve vivificada con la presencia del Señor.

La Iglesia es tan amante de la poesía, que la ha escogido por intérprete de sus más puros sentimientos. En todas las horas de oficio repite himnos sagrados y se deleita en dirigirse á Dios con cánticos y poemas, como si no supiera hablar otro lenguaje. Los que nos acusan de bárbaros deben leer los himnos eclesiásticos y las rimas latinas de la antigüedad y la Edad Media, y verán si están escasos de bellezas. La poesía se nutre de la religion: es una hija de los Cielos, que solo bajó á la tierra para cantar á los Dioses. La Iglesia lo ha comprendido perfectamente y la ha dado un lugar preferente en el santuario.

La poesía se ha formado y crecido en todas las naciones modernas bajo la influencia del espíritu religioso que, arraigado en todos los corazones en los siglos de fe, se manifestaba vigoroso como no podía ménos de suceder en todas las producciones literarias. Todos los grandes poemas llevan el sello católico. Dante, Petrarca, el Tasso, hallaron en nuestra religion sus más felices inspiraciones, como lo prueban sus obras. «Segun todas las probabilidades, Shakspeare era católico; Milton es evidente que imitó algunas partes de los poemas de Sainte Avite y Massenius: Klopstoch ha tomado lo principal de las creencias romanas: Goethe y Schiller encontraron de nuevo su génio tratando asuntos católicos.»

Concretándonos á nuestra España, nadie ignora que nuestra poesía, como en general nuestra riquísima literatura, se distinguen por su carácter profundamente religioso. España llegó á ser la primera nacion del mundo en poder, en riquezas, en armas y en ingénios, porque era la primera en la fe. Por cierto que el Catolicismo no puso

© Biblioteca Nacional de España

trabas al génio de Ercilla y Fray Diego de Ojeda, de Herrera y de Fray Luis de Leon, de Garcilaso, Calderon, Góngora, los Lope, el Padre Isla, Iglesias, Gallego, Quintana, Lista y otros mil y mil, gloria de nuestras letras y de nuestra lengua. La mayor parte de los ingénios que acabamos de citar fueron Eclesiásticos.

Los que desean apreciar las bellezas de nuestra lengua castellana, su fluidez, riqueza y galanura, se ven precisados á admirar al mismo tiempo las bellezas de nuestra religion en las obras de Santa Teresa, Fray Luis de Granada, el maestro Avila, Cervantes, Feijóo, Jovellanos, y, en general, de todos nuestros clásicos. La impiedad no sienta bien á la gravedad y nobleza de nuestro idioma. Léanse los discursos pronunciados en la *Academia Española* desde su institucion, y se verá cuán sinceramente religiosos han sido nuestros literatos.

La religion desarrolla el génio, le eleva sobre los mezquinos intereses de la materia, le da energía y delicadeza y purifica el buen gusto.

Por el contrario, en los siglos de impiedad, decae rápidamente la literatura, porque la impiedad seca las fuentes del *sentimiento*, al par que abre las del *sensualismo*. Por eso las obras modernas, en su mayor parte, están vacías de pensamiento y pobres de expresion. Solo aspiran á vivir un dia, y hacen una especulacion de la literatura, degradándola hasta el extremo que todos deploran. Estos desdichados corrompen á un mismo tiempo la literatura y la moral.

§ III.—*Bellas artes.*

«Hermanas de la poesía, las bellas artes, identificadas, por decirlo así, con los pasos de la religion cristiana, la reconocieron por su madre no bien apareció en el mundo. Ellas le prestaron sus encantos terrenales, y la religion les comunicó algo de su divinidad; la música dió notas á sus cantos; la pintura la representó en sus dolorosos triunfos; la escultura se complació en meditar á su lado en los

© Biblioteca Nacional de España

sepulcros, y la arquitectura le erigió Templos tan sublimes y misteriosos como su pensamiento.»

Aun en el tiempo que la Iglesia estuvo en las Catacumbas, á pesar de las persecuciones, manifestó que era amiga de las artes. No es de admirar, porque la verdad se identifica con lo bello. Pero desde el momento que adquirió existencia pública y pudo funcionar libremente, manifestando la constitucion poderosa que la había dado su fundador, operó una revolucion general en las artes, como en todas las cosas, y penetró en lo que éstas tienen de más profundo, que es la idea, no para destruirla, sino para completarla.

Bien pronto elevó los suntuosos Templos y Basílicas, que aún hoy se admiran, y que son museos completos de arquitectura, escultura y pintura. Estos monumentos, esparcidos por toda la tierra, son los testigos más elocuentes contra los que acusan á la Iglesia de enemiga de las artes. Despues de contemplar las magníficas Catedrales que adornan las ciudades católicas; las Catedrales de Búrgos, Sevilla, Toledo y el Pilar de Zaragoza; despues de haber visto el Escorial, San Juan de los Reyes y la Cartuja de Miraflores; despues de haber admirado los innumerables Monasterios y Colegios llenos de riquezas artísticas, elevados por la mano de la Iglesia, no se comprende que se pueda hacer con formalidad ni de buena fe semejante acusacion.

Esos monumentos no existirían si la religion no les hubiera dado vida. ¿Quién reunió los tesoros necesarios para obras tan gigantescas? La fe. ¿Quién levantó sus sólidos muros y sus atrevidas torres? Los brazos del pueblo movidos por la fe. ¿Quién llena aquellas inmensas moles de esa majestad augusta é imponente que las hace respetables, como si percibiéramos bajo sus bóvedas mil espíritus invisibles? La fe. Cuando se trataba de hacer estas obras, se predicaba una indulgencia plenaria á favor de aquellos que, arrepentidos de sus pecados, contribuyesen á ellas con sus recursos ó con sus brazos. Al punto se allegaban sumas considerables, y una multitud inmensa se lanzaba á la obra con toda actividad. Como en aquellos tiempos no tenían los medios de centuplicar la fuerza y abreviar el

© Biblioteca Nacional de España

trabajo que hoy se conocen, aquellas construcciones exigían un tiempo considerable. Los incendios, las guerras, las carestías, venían muchas veces á interrumpirlas y trascurrían los siglos ántes de ser acabadas. En tan largo intervalo, el tiempo lo arrastraba todo en su curso irresistible, arquitecto, oficiales y peones; pero el edificio permanecía en pié, protegido por la fe, que había inspirado el pensamiento. Una nueva generacion se ponía luégo á la obra, y despues de haber traido su contingente, desaparecía á su vez, cediendo el lugar á otros nuevos trabajadores, que al fin tenían la gloria de poner la última piedra. Otras veces era la piedra de los reyes, que levantaba esas magníficas moles á consecuencia de algun insigne favor del Cielo unido á alguna gloria nacional.

Ninguna arquitectura es comparable á la católica. La religion la ha comunicado un sello de grandeza y esplendor que en vano se buscará en otras obras profanas.

Lo que se ha dicho de la arquitectura, se aplica igualmente á la pintura y escultura. Las galerías y museos de todo el universo están llenas de cuadros y estátuas, inspiradas por el génio cristiano.

«El cristianismo es más favorable á la pintura y escultura que cualquiera otra religion: porque siendo de naturaleza espiritual y mística, ofrece á estas artes un *bello ideal* más perfecto y divino que el que procede de un culto material. Corrigiendo la fealdad de las pasiones, ó combatiéndolas con fuerza, da tonos más sublimes á la figura humana, y ha suministrado á las artes asuntos más hermosos, más ricos, más dramáticos é interesantes que los asuntos mitológicos.

Lo que prueba que el cristianismo habla al génio más que la fábula, es que, en lo general, nuestros grandes pintores han sido más felices al manejar asuntos sagrados que al ocuparse de los profanos» (1).

El que lea la historia de la pintura se convencerá de que

(1) *Génio del Cristianismo*, 3.ª parte, lib. I.

© Biblioteca Nacional de España

la Iglesia ha sido en todos tiempos la más segura protectora de las artes, y que hubo un tiempo en que solo la Iglesia las apreciaba y sostenia á los artistas. Los Papas eran los Mecenas de todos los talentos, é hicieron de Roma el centro de las más preciosas riquezas de arte antíguas y modernas, y el asilo de todos los artistas, que acuden allí á perfeccionar sus talentos. Para estudiar la industria, el comercio ó la navegacion, se va á Inglaterra, Francia y América; pero para estudiar las bellas artes en sus obras maestras, se va á Roma desde todas partes del mundo.

CAPITULO VI, duplicado.

La Iglesia promoviendo el bienestar material.

Por la rápida reseña que acabamos de hacer, se comprende claramente que los que acusan á nuestra religion de ser un obstáculo para el progreso, se ponen en abierta oposicion con la verdad histórica.

Mas no solo en las regiones elevadas del génio es donde campea la influencia bienhechora de la Iglesia, sino tambien en todos los ramos de la actividad humana. Su fin es conducirnos al Cielo, y nos enseña que esta vida es una peregrinacion, pero nada omite para hacernos el camino agradable. Guiándonos á un bien espiritual y eterno, promueve eficazmente el bienestar material en el tiempo. Vamos á indicar algo de lo que por esta parte ha hecho la Iglesia en favor de la humanidad.

§ I.—*Influencia sobre la policía general.*

«El desarrollo de la vida religiosa dulcifica las costumbres en beneficio del órden social que la Iglesia ha defendido siempre con todas sus fuerzas. En la época en que las leyes no podían impedir las sangrientas parcialidades, protegía ella la seguridad pública con la *paz de Dios* y con el

© Biblioteca Nacional de España

carácter sagrado que daba á las personas y cosas; precavía con el derecho de asilo las *venganzas de sangre*; aseguraba los caminos con las santas imágenes que hacía levantar en ellos; perseguía con anatemas á los piratas, y proscribía para siempre la bárbara y anticristiana costumbre del derecho de naufragio. Contribuía además al progreso de las luces con sus escuelas y con sus trabajos para arrancar la supersticion que tan arraigada estaba, y al alivio de la humanidad doliente con sus hospitales y hospicios de todas clases: la Iglesia era la que amparaba al recien-nacido abandonado por una madre sin entrañas; la que conmutaba las penas canónicas en pecuniarias para puentes y caminos; la que prometía indulgencias á los cruzados contra piratas; reprimía las diversiones crueles y bárbaras; condenaba los gastos inmoderados y el lujo de los trajes; perfeccionaba la agricultura con su propio ejemplo; organizaba batidas generales contra las bestias feroces; y ella, en fin, contribuía hasta al alumbrado de caminos y calles con las lámparas que la piedad de los fieles sostenía ante una multitud de imágenes» (1).

§ II.—*Agricultura.*

«Tambien es al Clero secular y regular á quien debemos la restauracion de la agricultura en Europa. Desmontes de terrenos, líneas de caminos, engrandecimiento de aldeas y ciudades, establecimientos de mensajerías y posadas, artes y oficios, manufacturas, comercio interior y exterior; todo procede originariamente de la Iglesia. Nuestros antepasados fueron unos bárbaros, á quienes el cristianismo tuvo que enseñar hasta el modo de alimentarse.

La mayor parte de las concesiones hechas á los Monasterios en los primeros siglos de la Iglesia, consistían en terrenos incultos que los Monjes tuvieron que cultivar con sus propias manos. Bosques, pantanos impracticables y

(1) Walter, párrafo 338.

© Biblioteca Nacional de España

vastos arsenales fueron el orígen de aquellas riquezas que tanto hemos echado en cara al Clero. Muchos países cubiertos en la actualidad de viñas y doradas mieses, eran en aquellos tiempos campos únicamente poblados de retamas y brezos, donde los primeros Religiosos tuvieron que habitar en chozas cubiertas de ramaje, como los americanos, en medio de sus desmontes.»

San Bernardo y sus discípulos cultivaron los estériles valles que les abandonó Thibaut, conde de Champagne; los Benedictinos roturaron los campos en España, Francia y Alemania; San Bonifacio, con los Religiosos de su Orden, emprendió el cultivo en los cuatro Obispados de Baviera, y, en una palabra, la mayor parte de las Ordenes religiosas se dedicaron á la agricultura. Donde quiera que se levantaba un Convento, adquirían los campos un aspecto dè fertilidad que resaltaba notablemente de los contíguos, y eso era debido al esmerado cultivo de los Religiosos.

«Conviene tener presente que la regla, casi general, que prohibía comer carne á las Ordenes monásticas, provino sin duda en gran parte de un principio de economía rural. Habiéndose en aquella época multiplicado extraordinariamente las comunidades religiosas, tantos hombres que no se alimentaban más que de pescados, huevos, leche y legumbres, debieron favorecer particularmente la propagacion de los rebaños. De modo que las campiñas tan florecientes en la actualidad, son deudoras en gran parte de sus cosechas y rebaños al trabajo y á la frugalidad de los Monjes.

»Además, el ejemplo, que á veces no consigue en la moral todo el resultado que podría prometerse, porque las pasiones destruyen sus buenos efectos, ejerce un gran poder sobre la parte material de la vida. El espectáculo de muchos millares de Religiosos cultivando la tierra, desvaneció poco á poco aquellas bárbaras preocupaciones que miraban con desprecio el arte que alimenta á los hombres. El hombre del campo aprendió en los Monasterios á dar vuelta á la tierra y á fertilizar el surco. El noble principió á conocer que la tierra encerraba tesoros más positivos

© Biblioteca Nacional de España

que los que él se procuraba por medio de las armas. Los Monjes fueron, pues, realmente los padres de la agricultura, tanto por los trabajos que con sus propias manos hicieron, como por lo que enseñaron á hacer. Aun en nuestros tiempos, no habían perdido del todo este espíritu de utilidad. Los cultivos más esmerados, los labradores más ricos, más bien alimentados y ménos vejados, los atelajes rurales más completos, los rebaños más gordos y las propiedades rústicas mejor administradas, eran las de las Abadías» (1).

§ III.—*Obras públicas, ciudades y pueblos, puentes, caminos, etc.*

La Europa debe la mayor parte de sus monumentos y fundaciones útiles á la munificencia de los Papas, de los Obispos, de los Abades y del Clero.

Muchas ciudades hoy populosas y pueblos florecientes, que fueron en otro tiempo yermos solitarios, se fueron formando lentamente á la sombra de la religion. En el centro de una selva enmarañada levantaba un anacoreta una pequeña Capilla y una celda. En breve se le unían algunos compañeros y desmontaban el terreno, la Capilla se veía rodeada de otras celdas y se formaba una aldea, y despues una villa. Los reyes concedían privilegios á estos pueblos nuevos, y á favor de ellos, aumentaba rápidamente la poblacion.

Así se formaron en España muchas ciudades y lugares. Un piadoso varon, llamado Tromestano, edificó una pequeña Iglesia á San Vicente en un monte de Astúrias. El rey Fruela, que había concebido el proyecto de fundar una poblacion, escogió el sitio en que se había levantado dicha Iglesia, alrededor de la cual se construyeron desde luégo varias casas: tal fué el orígen de la ciudad de Oviedo. Sahagun fué en su principio una pequeña Capilla en honor de los Santos Facundo y Primitivo: en el reinado de Alfonso el Grande se fijaron allí unos Religiosos proceden-

(1) Chateaubriand, 4.ª parte, lib. VI, cap. 7.º

© Biblioteca Nacional de España

tes de los dominios mahometanos, y se fué formando la villa. Santo Domingo de la Calzada era una selva espesa y pantanosa, desmontada y fundada por el Santo de su nombre. Un orígen semejante tuvieron otros varios pueblos de la Rioja, Navarra y Castilla, sin contar los que fundaron las Ordenes militares.

Los reyes de España encomendaban á los Obispos el cuidado de reconstruir y poblar los lugares conquistados á los moros. Entre los que disfrutaron este beneficio, debemos citar á Salamanca, Ledesma, Ribas, Baños y otros inmediatos al rio Tormes, reedificados por el Obispo Oveco y otros, por especial encargo del rey Ramiro II. No hay ciudad ni pueblo en España que no deba algo de su vida y monumento al Clero secular ó regular.

En Bélgica tuvieron un orígen semejante Gante, Lieja, Malinas, Mons, Saint-Frond, Saint-Amand y otros muchos lugares que sería prolijo enumerar» (1).

«Diversos barrios de París, como el de Santa Genoveva y el de San German le Auxerrois, se edificaron en gran parte á espensas de las Abadías del mismo nombre. Generalmente hablando, donde quiera que se encontraba un Monasterio, allí se reunía un centro de poblacion: la Chaisse-Dieu, Abbeville y otras muchas poblaciones llevan aún en su nombre el distintivo de su orígen.

La ciudad de San Salvador, al pié del monte Casino, en Italia, y las aldeas inmediatas, son obra de los Religiosos de San Benito. En Fulde, Maguncia, y en todos los distritos de Alemania: en Prusia, Polonia, Suiza é Inglaterra, hay una multitud de poblaciones cuya fundacion se debe á las Ordenes monásticas ó militares, y las ciudades que más pronto se libraron de la barbárie, fueron las que estuvieron sometidas á príncipes eclesiásticos» (2).

---

(1) De Gerlache, *Introduccion á la Historia de los Paises-Bajos*, tomo I.

(2) Chateaubriand, lug, cit., cap. 8.°—Véase especialmente Montalember, *Los Monjesde Occidente*, introduccion, cap. 4.°, págs. 44 y 45.

© Biblioteca Nacional de España

No había en Europa, ni carreteras, ni posadas: los caminos estaban llenos de salteadores, y entónces la religion facilitó las comunicaciones, y defendía á los viajeros y peregrinos y les daba grátis la más generosa hospitalidad. Santo Domingo abrió una calzada, de la que tomó su nombre á través de los pantanosos bosques de la Rioja; construyó un sólido puente y una espaciosa hospedería, que aún se conservan, y facilitó la peregrinacion á Santiago, adonde acudían casi tantos peregrinos como á Roma. En esto le imitó San Juan de Ortega, albergándolos en su Monasterio, miéntras San Lesmes edificó en Búrgos un hospital para los que cayesen enfermos. Despues los recibían bajo su proteccion los Caballeros de Santiago, cuyo instituto primitivo era defender y guiar á los peregrinos, á lo cual se obligaban con juramento. Este mismo objeto tuvieron, como ya hemos visto, las Ordenes militares instituidas en Jerusalem en tiempo de las cruzadas.

En Francia inspiró el Catolicismo la asociacion de los *Hospitalarios pontoneros,* que estaban obligados por su regla á defender á mano armada á los viajeros, componer las vías públicas, construir puentes y dar hospitalidad á los pasajeros en edificios que levantaron á la orilla de los rios (1).

«La religion, dice Chateaubriand, ha distribuido en las cuatro partes del mundo sus milicias y colocado sus centinelas en pro de la humanidad. El Monje maronita llama con el sonido de dos planchas de metal, suspendidas en la rama de un árbol, al extranjero á quien la noche ha sorprendido en los precipicios del Líbano: el Monje abisinio espera al viandante entre los tigres, para librarle de sus ataques, y el Misionero americano vela por su vida en sus inmensos bosques.» Por último, ¿quién no ha oido con emocion hablar de los Religiosos del monte de San Bernardo

(1) Ya que hablamos de la facilidad en las comunicaciones, conviene notar que las mensajerías y las postas, perfeccionadas por Luis XI, fueron establecidas primeramente por la Universidad de París.

© Biblioteca Nacional de España

y de sus inteligentes perros? ¿Cuántos viajeros, sepultados ya entre la nieve de los Alpes, les deben la vida?

La religion ha puesto en todas partes el sello benéfico de su divina mision.

§ IV.—*Fomento del comercio.*

En los perturbados tiempos de la Edad Media, los celos, la ambicion y el génio opresor de los pequeños soberanos que esclavizaban la Europa, hubieran roto todos los vínculos de comercio entre sus habitantes, si la religion no hubiese mantenido entre ellos la comunicacion y las relaciones sociales. Las largas peregrinaciones que emprendía la piedad de los fieles, contribuyeron eficazmente al desarrollo del comercio. En tiempo de jubileo, se reunían en Roma gentes de todas las naciones de Europa, y este era un motivo de hacer relaciones. Ya hemos visto cómo la Iglesia abría caminos y facilitaba las comunicaciones.

La Iglesia había difundido y conservaba vivo un espíritu de fraternidad, de hospitalidad y de buena fe, que son condiciones tan necesarias para que florezca el comercio, que por su naturaleza es pacífico y amigo de la confianza.

Además, la Iglesia daba vida al comercio con la pompa y el esplendor de su culto y el decoro de sus Templos. Las Iglesias daban valor al pergamino, cera, lino, seda, mármoles, obras de platería, tejidos de lana, tapicerías y materias primeras de oro y plata. Allá en los tiempos bárbaros, solo las Iglesias daban alguna ocupacion á los artistas, que hacían venir expresamente de Italia, y hasta del centro de Grecia.

En cuanto al comercio exterior, se hacía por el Mediterráneo. Los griegos y los árabes traían las mercancías de Oriente desde Alejandría; pero los cruzados abrieron el camino á los europeos. «Las conquistas de los cruzados, dice Fleuri, les aseguraban la libertad de comercio para las mercancías de Grecia, Siria y Egipto, y, por consiguiente, para las de la India, que tampoco llegaban á Europa por otro camino.» Génova, Venecia, Pisa, Florencia y Marsella

© Biblioteca Nacional de España

deben sus riquezas y poder á estas expediciones. Las ventajas y utilidad del comercio europeo fueron tan evidentes, que no faltó quien afirmara en este siglo que el interés comercial tuvo en ellas más parte que la misma religion.

Por último, las misiones católicas han sido un auxiliar muy poderoso del comercio, estrechando las relaciones entre pueblo y pueblo, y promoviendo los adelantos de la geografía. Si no por ellos no hubiéramos tenido noticia de muchos países, ni de sus producciones, ni ocasion de cambiarlas por las nuestras. Cuando los Papas organizaban las misiones exteriores, no solo promovían el bien de la religion, sino tambien la utilidad material de la sociedad.

CAPITULO VII.

La Iglesia, madre universal.

Por lo que hemos dicho hasta aquí, se conoce claramente que todo cuanto hay de bueno en la organizacion actual de la sociedad ha dimanado del Catolicismo. Esta divina religion difunde naturalmente sus beneficios como el sol su luz y su calor.

Para completar el glorioso cuadro que hemos trazado, la veremos ahora extender su manto protector sobre las clases infelices, sobre los débiles y los desgraciados, y dedicar constantemente sus desvelos á combatir la ignorancia, la miseria y la inmoralidad: esas tres grandes plagas de la civilizacion y de la sociedad.

Contra la ignorancia ha multiplicado las escuelas; contra la miseria de todo género ha fundado mil asociaciones de caridad; contra la inmoralidad ha opuesto los ejemplos de sus virtudes, las privaciones voluntarias, el celibato y la confesion.

§ I.—*Escuelas.—Bibliotecas.*

Segun el testimonio de Mosheim, autor nada sospechoso á los enemigos de la Iglesia, San Juan Evangelista estable-

© Biblioteca Nacional de España

ció una escuela en Efeso para instruir á la juventud: su discípulo San Policarpo hizo lo mismo en la Iglesia de Esmirna, y todos los Obispos imitaron su ejemplo. Así es que, desde el segundo y tercer siglo, cada Iglesia tenía adjunta una escuela y una biblioteca. La escuela de Alejandría fué célebre por los grandes hombres que la ocuparon; y la de Constantinopla, en la que se educó el emperador Juliano, mereció los elogios de los mismos paganos (1). Además de la famosa biblioteca de Alejandría, citan los historiadores eclesiásticos las de Cesaria, de Constantina, en Numidia, de Hipona y de Roma. La de Constantinopla contenía más de cien mil volúmenes: había sido fundada por Constantino y aumentada por Teodosio el Jóven; desgraciadamente fué incendiada bajo el reinado de Basilisco y Zenon (2). El Concilio VI general, celebrado en esta ciudad, mandó establecer escuelas gratuitas en todas las aldeas, y encomendó á los Presbíteros el cuidado de ellas. Los Concilios de Vaissons y Narbona en el siglo VI, ordenaron á los Curas el dedicarse á la instruccion de los jóvenes: el de Cloveshow, en Inglaterra, impuso á los Obispos la misma obligacion, y el Concilio III de Letrán, celebrado el año 1169, les mandó formalmente velar por la enseñanza y cuidar las escuelas como uno de los objetos primeros de su solicitud.

En los siglos llamados de barbárie, todos los Conventos y todas las Catedrales tenían escuelas públicas para la juventud de todas condiciones, sin excluir á los siervos, sino, al contrario, dándoles por esto privilegios. De aquí provino la institucion en todas las Catedrales de la prebenda dignidad de *maestrescuelas*, para inspeccionar la enseñanza, así como la conducta y capacidad de los maestros.

Desde entónces se han formado innumerables congregaciones de uno y otro sexo, dedicadas por su instituto á la

(1) Inst. Hist. Christ., sæc. I, parte 2.ª, cap. 3.º

(2) Con grave riesgo de su vida pudieron los cristianos salvar la piel de dragon de 120 piés de longitud, en que estaban escritas con letras de oro las obras de Homero.

© Biblioteca Nacional de España

enseñanza gratuita, no solo de las ciencias, sino de los primeros rudimentos de las letras. Todo el mundo tiene noticia de las *escuelas de caridad*, de las *escuelas cristianas*, de las *escuelas pias* de San José de Calasanz, de las *escuelas dominicales* para los adultos, y otras innumerables. La Iglesia no ha olvidado un solo momento que Jesucristo la dió la mision de enseñar, y parece que cumple este cargo con especial predileccion.

Alarmada la impiedad con este celo de la Iglesia, nada ha omitido por arrebatar la enseñanza de manos del Clero, desacreditándola y haciéndola sospechosa. De aquí los esfuerzos por *secularizar la enseñanza*, cuya expresion prueba por sí sola que ántes la daba casi exclusivamente la Iglesia. Esos revolucionarios que ponen este resultado entre las más preciadas conquistas del *espíritu moderno*, no sabrían acaso leer si en su infancia no hubieran frecuentado las escuelas dirigidas por la Iglesia; pero el corazon del hombre es propenso á la ingratitud, y ésta suele ser mayor cuanto es más grande el beneficio recibido.

Por último, la Iglesia ha reclamado enérgicamente su intervencion en las escuelas, de que quiere despojarla el liberalismo. El *Syllabus* condena en sus proposiciones 45 y 47 la doctrina que pretende que el régimen de las escuelas públicas pertenece exclusivamente á la autoridad civil, sin ninguna intervencion de la Iglesia. La revolucion que no disimula sus propósitos de descatolizar al pueblo, tiene interés en dirigir á su gusto las escuelas, á fin de formar una generacion descreida y atea; pero la Iglesia multiplica hoy más que nunca sus esfuerzos y su celo para dar una enseñanza sana.

Que son aquellos los propósitos de la revolucion, no puede dudarlo quien recuerde el decreto prohibiendo enseñar en las escuelas la doctrina cristiana, y áun toda religion positiva.

§ II.—*Caridad.*

Esta palabra *caridad* es puramente católica, es inseparable del Catolicismo, es su quinta esencia, y su fruto más

© Biblioteca Nacional de España

espontáneo. La prueba es que, donde quiera se establece esta religion, allí se desarrolla la caridad, y, por el contrario, se debilita y se extingue por completo en donde se pierde la fe. Al ausentarse ésta deja frios á todos los corazones, que son dominados por el egoismo. Esto debe suceder necesariamente, porque cuanto más se debilitan las ideas cristianas, hay ménos espiritualidad en los ánimos; y cuanto más reina el materialismo, hay ménos caridad. Los países protestantes son la prueba.

No hay quien se atreva á negar la inmensidad de la caridad católica: esto sería oponerse abiertamente á la evidencia. Pero al contrario, hay muchos que, no pudiendo negar sus beneficios, reprenden sus excesos: acusando á la religion de que por la caridad acostumbra á los hombres á la vagancia. Acusacion gloriosa para la Iglesia, pues aunque fuera verdadera, solo podría inferirse de ahí que se abusaba de sus dones. ¿Mas de qué no se abusa?

En verdad, el Catolicismo ha traido un remedio á todas las miserias, á todas las enfermedades, á todos los padecimientos humanos. La infancia, la vejez, la pobreza, la enfermedad, la locura, el abandono y áun el vicio, han conmovido las entrañas de la Iglesia, que como una madre cariñosa ha procurado librar de estos males á sus hijos. Así se explica el celo y solicitud con que ha aprobado las infinitas congregaciones, comunidades, asociaciones, que tienen por objeto ejercer la caridad. Así se explica esa multitud de casas de misericordia, asilos, hospicios, hospitales, eregidos y fundados en su mayor parte por los Obispos, y otros del Clero, ó sostenidos con los bienes de la Iglesia. Ella ha acogido bajo su manto á los niños espósitos, á los huérfanos, á los desvalidos, á los ancianos, á los inválidos, á los enfermos, á los pobres, á los enajenados; ella guía á los viajeros extraviados, ampara á los peregrinos, recibe á los náufragos; ella se halla en los desiertos y en el centro de las ciudades; penetra al fondo de las minas; baja á la hediondez de los calabozos, y se queda en rehenes por rescatar al cautivo; sube á las montañas, atraviesa los rios y cruza los mares; ella se halla en los cam-

© Biblioteca Nacional de España

pos de batalla, no teme los extragos de la peste, ni las irritaciones del hambre; ella es ingeniosa para dar educacion á los ignorantes, trabajo á los desocupados, retiro á los arrepentidos, proteccion á los débiles, contra sus opresores; en una palabra, ella tiene alivio para los sufrimientos. Tales son las obras de la Iglesia, las manifestaciones de la caridad católica.

Mas no se limita á esto solo la caridad. Hay muchos desgraciados, muchos enfermos del corazon, que tienen más necesidad de consuelo que de limosnas, ó de auxilios materiales. La caridad tiene para todos consejos, consuelos, y en último extremo lágrimas. Sabe poner en paz á los que riñen, sabe asegurar la tranquilidad de las familias, sabe reconciliar á los esposos, sabe disipar injustas prevenciones, sabe reparar la honra perdida, sabe compadecerse de todas las penas y echar bálsamo en todas las heridas, sabe llorar á los muertos y recordar á los ausentes, sabe ser justa é indulgente, sabe protejer y sabe amar.

Tal es esta virtud sublime y divina, que fué necesario que un Dios hecho hombre la enseñase á la tierra. Tal es el distintivo de sus verdaderos discípulos, que habían de ser conocidos por el amor mútuo que se tuviesen. Por eso la verdadera caridad es exclusivamente propia del Catolicismo. El paganismo no la conocía, y en vano se buscará en los países protestantes ó no católicos. Dirán que tienen amor á la humanidad y socorren sus miserias; pero prescindiendo de que esta disposicion á hacer bien la deben á la influencia de diez y nueve siglos de Catolicismo, ¿cómo puede compararse con las obras de la caridad católica?

PARALELO ENTRE LA CARIDAD Y LA FILANTROPÍA.

Se ha dicho que la filantropía es la moneda falsa de la caridad. La civilizacion moderna, en ódio al Catolicismo, se cubre pomposamente de este oropel. Mas si los infelices no tuvieran otro socorro que los que ofrece la filantropía, difícilmente verían aliviada su miseria.

© Biblioteca Nacional de España

Todo cuanto la caridad católica es fecunda en resultados é ingeniosa en los medios, otro tanto la filantropía es estéril é impotente.

Se ve á la caridad arrostrar sin temor todos los peligros, realizar prodigios de abnegacion y de sacrificio y ejecutar actos heróicos, que en vano se pedirán á la filantropía, pues exigen el socorro eficaz de la gracia. El corazon humano, por sus propias fuerzas, no puede elevarse á la altura de la caridad. Esta es capaz de hacer todo lo que hace porque es divina; pero la filantropía puede muy poco porque es humana.

La caridad se propone por modelo á Jesucristo; la filantropía á Epitecto ó algun filósofo de la antigüedad. La primera se dirige y aspira como fin al alivio de los miserables; la segunda tiene por fin á sí misma. Aquélla se oculta modestamente para hacer el bien; ésta publica sus beneficios á son de trompetas. Sabido es que el beneficio, publicado por el mismo que lo hace, pierde casi todo su mérito. La caridad no gusta del aparato y ostentacion; la filantropía tiene que revestir su desnudez con toda la pompa de la publicidad. La primera hace el bien silenciosamente, se confunde con las alabanzas, huye de los elogios; la segunda, se anuncia en los periódicos, busca los aplausos y se envanece de ellos. Por eso la caridad alivia y consuela; pero la filantropía avergüenza y humilla.

La filantropía nada hace cuando no la ven; la caridad procura hacerlo todo cuando no la vean. Aquélla habla mucho y obra poco, ésta habla poco y obra mucho.

La caridad se agradece, la filantropía se paga. La una se practica por amor, la otra por dinero. La una tiene á su servicio héroes, la otra mercenarios.

La caridad se aviva con las contradicciones, crece con los obstáculos, alienta con las dificultades, se fortalece hasta con la misma ingratitud; la filantropía se desanima ante cualquiera contratiempo, decae con la contrariedad, retrocede ante la adversidad, perece ante la indiferencia.

La recompensa que ambiciona la caridad es infinita, el Cielo; la recompensa que satisface á la filantropía es mez-

© Biblioteca Nacional de España

quina, el aprecio humano. La caridad obra solo por Dios, la filantropía solo por los hombres.

Por último, la caridad cura las miserias físicas y las dolencias morales; pero la filantropía, no siempre, solo puede aliviar las primeras, pues es incapaz de derramar el bálsamo de la resignacion y del consuelo en las segundas. Ella puede dar oro; pero no puede dar lo que no tiene, fe esperanza y amor. Consiste en que la caridad pone al lado de los miserables un Angel. y la filantropía pone un hombre. Esta jamás ha producido una Hermana de la caridad; jamás ha dado su vida ó su libertad por aliviar á los infelices.

La caridad lleva en sus obras el sello de su divinidad. «Dícese que en el monte de San Bernardo es de tal condicion el aire, que gasta los resortes de la respiracion, y rara vez deja durar la vida más de diez años; de manera que el Monje que se encierra en aquel hospicio puede calcular con poca diferencia el número de dias que ha de permanecer sobre la tierra. Asegúrase tambien que casi todas las Hermanas del *Hotel-Dieu* tienen una contínua y lenta calentura, efecto de la infestada atmósfera en que habitan, que insensiblemente va consumiendo la llama de su vida; los Religiosos que viven en las minas del Nuevo-Mundo, en cuyo fondo, donde nunca penetra la luz del Cielo, han establecido hospitales para los desgraciados indios que trabajan en ellas, tambien abrevian su existencia, porque los vapores metálicos se la envenenan; finalmente, los Padres que se encierran en las pestíferas prisiones de Constantinopla, llamadas *baños*, se consagran tambien á un pronto martirio.»

Esto hace la Iglesia católica. Haga lo mismo la filantropía, y entónces la civilizacion moderna podrá gloriarse de su amor á la humanidad.

§ III.—*Bienes de la Iglesia.*

Se ve, por lo tanto, para qué quiere la Iglesia bienes temporales, y el uso que ha hecho siempre de ellos para utilidad de los pobres y de todos los desgraciados. Las

© Biblioteca Nacional de España

obras de caridad no pueden ejercerse muchas veces sin grandes recursos materiales, y privar de ellos á la Iglesia, sería cortar sus alas para hacer bien.

Con la mayor energía ha defendido la Iglesia su derecho de poseer bienes, no por ella, sino por sus hijos. Para hacerlo se apoya en la autoridad de San Pablo, y de los Padres y Concilios de todos los siglos. San Justino, San Ireneo, San Cipriano, Tertuliano, San Gregorio Nazianceno, San Ambrosio y otros, han enseñado unánimes esta doctrina. Los Concilios generales y particulares, sean de España, Francia, Inglaterra ó Alemania, en Oriente como en Occidente, en la antigüedad como en los siglos recientes, han levantado su voz á favor de los bienes de la Iglesia, ya para asentar los títulos en que se apoya su propiedad, ya para confirmarlos de nuevo, ya para reclamar sus rentas, ya para castigar con la excomunion á los usurpadores ó retentores.

Esas voces todas, dice el Cardenal Mathieu, proclaman con perfecta unanimidad que la Iglesia, reivindicando sus bienes temporales, los hace servir á las necesidades de los pobres, de los peregrinos, de las viudas y de los enfermos, al adorno, conservacion y reparacion de las Iglesias; á las necesidades y esplendor de bido del culto; á la conservacion de los Monasterios y hospicios, á la predicacion del Evangelio. Ellas repiten que esos bienes forman la herencia de Jesucristo y el patrimonio de la sociedad cristiana; ellas alaban á los que los aumentan, se quejan de los que los envidian, condenan á los que los atacan; se dirigen á los príncipes para recobrar su posesion, á los Obispos para determinar su uso, á los Papas para trasferir su propiedad, á todos, en fin, para hacerles conocer que las riquezas de la Iglesia tienen los caractéres de la más legítima propiedad, y del depósito más sagrado é inviolable. De ahí la rigorosa obligacion impuesta al Soberano Pontífice y á los Obispos, de levantar la voz en favor de un derecho imprescriptible, tan antíguo como el cristianismo, tan reconocido como la autoridad de los Padres, tan constante como la autoridad de los Padres y Concilios.

© Biblioteca Nacional de España

§ IV.—*Beneficios á la sociedad por el celibato eclesiástico.*

La Iglesia, cuando prescribió el celibato á sus Clérigos, hizo el más señalado beneficio á la sociedad.

El celibato es á los ojos de la Iglesia un estado más perfecto que el matrimonio, *aunque éste es un gran sacramento en Jesucristo y en su Iglesia.* Por eso se mandó al Clero, á fin de colocarles á la mayor altura entre los hombres. Por medio del celibato adquiere y conserva el Clero católico el inmenso prestigio que necesita para dirigir á los pueblos y practicar las sagradas funciones de su ministerio, que serían incompatibles con el estado de matrimonio, los cuidados de la casa y la manutencion y educacion de los hijos. Se debe, pues, al celibato el esplendor del estado sacerdotal.

Los pobres sacan de aquí ventajas inmensas, pues el Sacerdote célibe es el padre de toda la humanidad. Desligado en cierto modo de la tierra, tiene para todos consuelos eficaces, consejos y limosnas.

Es evidente que sin el celibato no serían posibles las Ordenes religiosas, y, por lo tanto, los inapreciables beneficios que han hecho y actualmente hacen á la humanidad. Por haber sido célibe el Clero se conservaron las ciencias y las artes, y se evitó la barbárie á que era arrastrada la Europa. Por ser célibe el Clero existen las obras estupendas de caridad, que hace poco hemos indicado, y se llevan á cabo los trabajos civilizadores de los Misioneros.

Nada más eficaz contra el sensualismo de la época, infiltrado en todas las clases sociales y contra el culto que se rinde á la materia, que el ejemplo del celibato eclesiástico y de las virtudes que le acompañan. No puede ménos de ejercer una saludable influencia sobre las costumbres el tener á la vista ese estado, que parece que lleva en sí algo de celeste. Por eso la continencia ha sido honrada y ensalzada en todos los pueblos, en todos los tiempos y en todas las religiones.

Por último, convienen los más notables economistas que el celibato eclesiástico es el remedio más eficaz contra la

© Biblioteca Nacional de España

miseria pública y contra los progresos amenazadores del *pauperismo*. La sociedad padece graves perturbaciones, si la poblacion se multiplica de una manera excesiva; y el celibato contribuye á que se conserve en sus justos límites. Por eso el hombre que se consagra voluntariamente al bien de sus semejantes guardando continencia, es por todos estilos más útil á la sociedad que el que la sobrecarga de una poblacion siempre creciente (1).

§ V.—*Beneficios á la sociedad por la confesion.*

La confesion seca la raíz de los crímenes. La raíz de los crímenes está en el corazon del hombre, en su mala voluntad; *porque del corazon*, dice Nuestro Señor Jesucristo, *salen los pensamientos malos, homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios y blasfemias* (2); pero una buena confesion cambia el corazon y la mala voluntad del hombre; luego seca la raíz de los crímenes. El mismo Voltaire llama á la confesion una institucion saludable, y el mayor freno contra los crímenes secretos. La confesion sola puede regenerar al mundo; porque ella regenera al hombre, el hombre regenera á la familia y la familia á la sociedad.

La confesion repara todo cuanto es reparable. Ella exige la reparacion de las injusticias por la restitucion, el perdon de las injurias por la reconciliacion y la reparacion de los escándalos por una vida cristiana. «¡Cuántas restituciones, cuántas reparaciones obliga ella á hacer entre los católicos!» dice Rousseau.

La confesion hace germinar todas las virtudes. Por una buena confesion es como el hombre empieza una vida verdaderamente cristiana, y por la frecuencia de sacramentos se mantiene en el cumplimiento de todos sus deberes. Este es un hecho constante y universal que no necesita ser probado.

---

(1) Véase lo dicho en la 1.ª parte, cap. 17, párrafo 2.º
(2) Math. XV, 19.

© Biblioteca Nacional de España

La confesion procura al hombre las mayores consolaciones. Nada es comparable á un alma que se halla en estado de gracia. *Un alma tranquila es como un convite contínuo* (1). Como consecuencia de la confesion se pone en paz con Dios, con el prógimo y consigo misma, y *esta paz excede á toda ponderacion* (2). *El hombre carnal no comprende las cosas que son del espíritu de Dios, las cuales le parecen una locura, y no las puede entender, por cuanto se han de juzgar espiritualmente* (3). A estos consuelos se añaden todos los que se encierran en la sagrada comunion, para la cual es preparada el alma por la confesion. «Ha habido protestantes que se han hecho católicos por el deseo de recibir á Jesucristo en la santa comunion» (4).

La confesion contribuye á la curacion de las enfermedades. Los médicos, áun protestantes, sostienen y prueban esta asercion. La paz y la tranquilidad de la conciencia contribuyen muchas veces á la eficacia de los remedios que prescribe la medicina. «Es evidente, dice M. Ami Badel, de Génova, médico protestante, que el estado físico mejora por la integridad del estado moral. Otros médicos de diferente religion indican el asunto que yo trato, la influencia saludable de la confesion, bajo el mismo punto de vista que yo» (5).

(1) Prov. XV, 15.
(2) Philip. IV, 7.
(3) I Cor. II, 14.
(4) Milner, *Fin de la controversia.*
(5) *Reflexiones médico-teológicas sobre la confesion.* El autor examina la confesion:
1.° *Bajo el punto de vista médico,* como un medio curativo en el tratamiento de muchas enfermedades.
2.° *Bajo el aspecto del órden social,* en las familias.
3.° *Bajo el aspecto de la instruccion religiosa,* que se da en el confesonario.
4.° *Bajo el aspecto social,* en el Estado, haciendo cesar las revueltas y las conspiraciones.
5.° *Bajo el aspecto de la humanidad.* ¡Hay tantas personas que necesitan desahogar su corazon y recibir consejos apropiados á las necesidades de su alma! LUEGO LA RELIGION, concluye, Y TODAS LAS PRÁCTICAS QUE DE ELLA DERIVAN, SON IMPORTANTES Á LOS MISMOS MÉDICOS.

© Biblioteca Nacional de España

La confesion obliga á los Sacerdotes á dedicarse al estudio y á la piedad. Los Confesores, debiendo cumplir las funciones de juez, de doctor, de médico y de padre respecto á sus penitentes, necesariamente han de sentir la obligacion *de guardar la sabiduría en sus lábios.* Sabiendo, por otra parte, cuánta santidad es necesaria para desempeñar dignamente el oficio de Confesor, y la cuenta rigorosa que han de dar al Juez eternal, se esforzarán en *revestirse de la justicia*, para merecer por su vida ejemplar el respeto, la consideracion y la confianza de los fieles. El bien que hace por esta parte la confesion es incalculable (1).

Por último, *la confesion consuela al pecador moribundo*, disipa sus temores sobre el porvenir, endulza sus últimos momentos, y le dispone para el grande viaje á la eternidad. ¿Qué puede temer, en efecto, ese pecador, sea cual fuere el número de sus iniquidades? Él las ha confesado al Ministro de Jesucristo, éste ha pronunciado sobre él una sentencia de misericordia, y le queda la dulce confianza de que esta sentencia ha sido ratificada en el Cielo (2).

Omitimos otros muchos beneficios públicos y privados (3).

§ VI.—*La Iglesia, madre universal.*

Todos los males de la sociedad y del indivíduo provienen de las pasiones desordenadas. Al mismo tiempo, la felicidad verdadera, áun temporal, consiste en la práctica de la virtud. Así, pues, la Iglesia, cuyos esfuerzos y doctrinas se dirigen constantemente á reprimir y domar nuestras malas pasiones; que prescribe la mortificacion y el ayuno para sujetar la rebelion de la carne y para dar fortaleza al alma; que tiene preservativos y remedios para todas las caidas y flaquezas del hombre; que arregla admirablemente todas las relaciones sociales; que practica y hace practi-

(1) Boone, 3.ª parte, XIV, 14.
(2) Aubert, *Divinidad de la confesion*, 2.ª parte.
(3) Véase el Ab Merz, *Estudios sobre la utilidad de la confesion relativamente á los particulares y al Estado.*

© Biblioteca Nacional de España

car todas las virtudes, áun las más heróicas; la Iglesia, digo, que hace todo esto con el mayor celo, y sin descansar un momento en sus amorosas exhortaciones, no solo nos encamina á la felicidad eterna, que es el fin último de su institucion, sino que además promueve eficazmente nuestra felicidad temporal (1).

«¡Salud, pues, diremos con San Agustin, salud, oh Iglesia católica, madre de los cristianos! Vos sois quien enseñais á los hombres, no solamente á adorar á un solo Dios verdadero, y con esto desterrais la idolatría de la superficie de la tierra, sino tambien les enseñais la caridad para con sus hermanos de una manera tan perfecta, que hallan un remedio eficaz todas las miserias humanas que afligen al mundo en castigo del pecado.

»Vos sois quien, segun las circunstancias, tierna con el niño, fuerte con el adulto, grave con el anciano, enseñais la verdad y ejercitais la virtud, segun la fuerza de la edad y el desarrollo de la inteligencia.

»Vos sois quien someteis la mujer al marido por una obediencia casta y fiel, no para satisfacer apetitos brutales, sino para conservar el género humano, la familia y la sociedad.

»Vos sois quien dais autoridad al hombre sobre la mujer, no para que abuse de la debilidad de su sexo, sino para ser su apoyo y dirigirla segun las leyes del amor más cordial.

»Vos sois quien someteis, por una libre servidumbre, los hijos á los padres, y dais á los padres un santo imperio sobre los hijos.

»Vos sois quien unís los hermanos á los hermanos con el lazo de la religion, lazo más sagrado y más fuerte que el de la sangre.

»Vos sois quien, atendiendo siempre á las leyes de la naturaleza y á las inclinaciones de la voluntad, estrechais por una caridad mútua las alianzas y las amistades.

»Vos sois quien enseñais á los servidores á ser adictos á

(1) Véase *Utilidad temporal de la Religion católica*, por el Padre Hayer

© Biblioteca Nacional de España

sus dueños, no tanto por la necesidad de su condicion, como por el amor de su deber.

»Vos sois quien haceis á los amos ser buenos y misericordiosos con sus sirvientes, por el pensamiento de un Dios Supremo, Señor comun de unos y otros.

»Vos sois quien unís, no solamente por relaciones de sociedad, sino por vínculos de fraternidad, los ciudadanos á los ciudadanos, las naciones á las naciones, y todos los hombres, cualesquiera que sean, recordándoles su orígen comun.

»Vos sois quien enseñais á los reyes á gobernar á los pueblos, y á los pueblos á obedecer á los reyes.

»Vos sois, en fin, quien enseñais con una precision perfecta á quién es debido el honor, á quién el afecto, á quién el respeto, á quién el temor, á quién el consuelo, á quién la advertencia, á quién la exhortacion, á quién la reprension, á quién la correccion, á quién el castigo; mostrando que todas estas cosas no son debidas á todos, sino á todos la caridad, á ninguno la ofensa» (1).

Si los reyes de la tierra, dice en otro lugar el mismo Santo Doctor, y todos los pueblos, los príncipes y todos los jueces de la tierra, los mancebos y las vírgenes, los ancianos y los jóvenes, y toda edad capaz de discurrir, escuchasen y ejecutasen las enseñanzas del cristianismo, el Estado ofrecería al mundo el más bello espectáculo de felicidad en la vida presente, y luégo se elevaría á la dichosa altura de la vida eterna para poseer el reino (2).

Para conducir á sus hijos á la práctica de todas las virtudes, emplea sábiamente la Iglesia la amenaza de los castigos eternos, las promesas de los bienes celestiales y los socorros espirituales más abundantes.

«Oh Iglesia católica, repite el mismo, sola madre de los cristianos, vos sois quien, no solamente predicais incesantemente y enseñais que es preciso adorar con un corazon puro y una alma casta al único Dios verdadero..., sino que

(1) S. Aug., *Des moribus Ecclesiæ cath.*, cap 30.
(2) De civit. Dei, lib. II, cap. 19.

© Biblioteca Nacional de España

además elevais el amor y la caridad hácia el prógimo hasta tal punto, que no hay alguna herida, alguna dolencia del alma, consecuencia aflictiva del pecado, para la cual no se hallen en vos eficaces remedios. Cuando las almas vienen á vos, en donde reciben el amor y la caridad que las anima, las fortifica y las hace capaces de seguir á Dios, la majestad divina comienza á descubrirse tanto cuanto basta al hombre que habita esta tierra, y desde luégo se enciende en ella un ardor tan grande de caridad, un incendio de amor divino, que abrasa todos los vicios. Sí, en vos son observados los preceptos divinos en toda su extension... en vos se forman los hombres sábios, castos y santos» (1).

(1) *De moribus Eccl. cath.*, cap. 62.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CUARTA PARTE.

LA IGLESIA CATÓLICA CONSIDERADA EN SUS HOMBRES.

In omnibus te ipsum præbe exemplum bonorum operum, in doctrina, in integritate, in gravitate, verbum sanum, irreprehensibile, ut is qui ex adverso est, vereatur, nihil habens malum dicere de nobis.

Ep. ad Titum., cap. 2, v. 7.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO PRELIMINAR.

Los hijos de la Iglesia.

Al terminar la tercera parte hemos dicho con San Agustin, en la última línea, que en la Iglesia católica se forman los hombres sábios, castos y santos.

Nada es más exacto. Dotada de una fecundidad divina, la Iglesia ha engendrado en todos los siglos y en todos los países y engendra actualmente los hombres más ilustres y distinguidos, los caractéres más elevados, bajo cualquier punto de vista que se consideren, que hacen honor á la humanidad.

Estos hombres precisamente deben su distincion al espíritu católico que los agranda, elevándolos sobre un pedestal glorioso, y haciéndolos visibles por colocarlos en el foco de sus propios resplandores. Siendo la Iglesia una sociedad visible, necesariamente ha de manifestar lo que es en los hombres que la componen, y de aquí proviene que éstos brillan de un modo admirable, como miembros de esa Iglesia santa, *que no tiene mancha ni arruga*, y que forma un *pueblo aceptable, seguidor de buenas obras.*

No negamos que entre los católicos hay muchos indivíduos perversos é indignos de este nombre. Pero nada se

© Biblioteca Nacional de España

infiere de aquí contra nuestro aserto. Estos indivíduos, miéntras son malos, no siguen la doctrina de la Iglesia, hacen precisamente lo contrario que lo que ella prescribe, y, por lo tanto, no son la expresion de su espíritu, y ménos de su influencia. Estos indivíduos son una prueba de la flaqueza humana, y como las sombras de un cuadro, hacen resaltar con más viveza la virtud de los verdaderos hijos de la Iglesia: y manifiestan la necesidad de esta institucion divina para dirigir á los hombres por el camino del bien. Estos indivíduos son excepciones de la regla general. Además, debía probarse que son malos porque son católicos, como probamos que, precisamente por ser católicos son otros buenos, sábios é ilustres. Miéntras no se haga esto, nada puede perjudicar á la Iglesia la mala conducta de algunos de sus hijos, que no son tales sino en el nombre.

Hemos de considerar en globo los hombres formados por la Iglesia, en toda la extension histórica de su duracion y catolicidad, formados segun sus principios, y segun la marcha que imprimió á la humanidad. De esta manera, nos ofrecerá en todo su conjunto el cuadro más bello de la humanidad regenerada por Jesucristo, hasta en esta vida, y mucho más si quisiéramos hacer una comparacion con lo que eran los hombres en el paganismo, y lo que son hoy fuera de la Iglesia católica.

Colocada la cuestion en este terreno, supuesto que los hombres producidos por la Iglesia se elevan tanto sobre los otros hombres, supuesto que este fenómeno se ha repetido en todas las clases sociales, y en todos los siglos y en todos los países, preciso es convenir en que nuestra divina religion contribuye directamente y con toda eficacia á la perfeccion de la humanidad.

Mas como todo efecto sigue la naturaleza de su causa, al contemplar tantos hijos ilustres de la Iglesia, ya entre los pastores, ya entre los fieles, ya como personas públicas, ya como particulares, ya en ciencia, ya en santidad, ya en caridad, ya, en fin, en todas las manifestaciones de la actividad humana, preciso es convenir en que es divina una sociedad que de tal manera trasforma y ennoblece á los in-

© Biblioteca Nacional de España

divíduos que la componen: una sociedad que ejerce una influencia tan general y tan vasta sobre todos sus miembros, que no puede explicarse sin una potencia sobrenatural.

Descuellan en primer lugar los Papas, que como cabeza que han sido de la Iglesia, son la manifestacion más visible de la influencia de ésta.

Siguen despues los Santos, en los cuales se ve claramente la eficacia de la gracia divina perfeccionando á la naturaleza.

Aparecen luégo los sábios de todo género, como pruebas fehacientes de los gigantestos progresos que puede hacer la razon humana, moviéndose con las alas de la fe.

Se presenta en seguida el Clero, ese Clero sufrido y lleno de abnegacion, al que los protestantes á pesar suyo admiran y envidian cuando ven su celo, su caridad y su virtud; ese Clero, que es el testimonio viviente de lo que hace la Iglesia por el bienestar de la sociedad: ese Clero que es la expresion más fiel de la misma Iglesia, por ser el formulador y ejecutor de sus designios.

Por último, el pueblo fiel practica en silencio las virtudes, adquiere hábitos de justicia, y se distingue por un carácter de honradez, de cordura y buen juicio, que es la mejor garantía de la felicidad pública. El pueblo formado por la influencia de la Iglesia, está firmemente arraigado en las creencias católicas, porque comprende que son la prenda más segura de su bienestar, la defensa de sus derechos y el apoyo de su debilidad. En vano se pretenderá arrancar el Catolicismo de su corazon y sofocar los gritos de su conciencia. La religion le ha dado un sentimiento tan vivo de lo justo y de lo injusto, que nada lo puede apagar. Este es el carácter del pueblo católico y su inmensa ventaja sobre el de las sectas protestantes.

Así es que la Iglesia, semejante á una madre feliz, puede blasonar de sus hijos, y presentarlos como modelos en todos los estados de la vida.

Tales son las ideas que vamos á desarrollar en esta cuarta parte, no con la extension que la materia merece,

© Biblioteca Nacional de España

sino haciendo reflexiones generales segun nuestro plan. Para lo primero basta abrir las páginas de la *Historia Eclesiástica*, las vidas de los Santos y las biografías de los hombres ilustres que se han formado bajo la influencia católica. Para lo segundo presentaremos en grandes grupos los hombres de la Iglesia: los Papas, los Santos, los sábios, el Clero, el pueblo.

CAPITULO PRIMERO.

Los Papas.

Una de las pruebas más brillantes del orígen divino de la Iglesia y de la asistencia que tiene de Jesucristo, su fundador, segun su promesa, es la gloriosa série de Pontífices que la han gobernado. Edificada sobre Pedro, como sobre una firme piedra, no ha faltado su solidez en uno solo de los sucesores de aquél. Este hecho es lo más elocuente para todos los hombres pensadores (1).

No es posible sin grande admiracion contemplar la larga y no interrumpida série de los Romanos Pontífices: de esos hombres verdaderamente superiores, que desde hace diez y nueve siglos vienen siendo las figuras más visibles de la historia que se han distinguido por sus altas prendas, por sus excelentes dotes, por todo género de virtudes y buenas cualidades; que cada uno ha dejado á los hombres una memoria durable de su paso en algun insigne beneficio, y cada uno ha conquistado su celebridad peculiar.

Sube de punto la admiracion, considerando que forman

(1) ¡Qué estudios no ofrece, exclama Mr. Laurentie, el Pontificado, poder débil, atravesar las persecuciones, los cismas, la anarquía, las rebeliones, las guerras, los destierros, siempre firme en su base! Cuanto más se le abate, tanto más victorioso sale; cuanto más se le escarnece, tanto más triunfa: este es el más grande y misterioso espectáculo de la historia. *El Pontificado*, pág. 152.

© Biblioteca Nacional de España

esta inmensa cadena 260 Papas, que han vivido en tan diversas épocas de agitacion y de paz, de persecucion y de respeto, que han sido de diversos países, de diversa edad, de diversos génios, de diversas inclinaciones y que han salido de todas las clases sociales, desde la más alta nobleza hasta la más humilde familia; desde el palacio hasta la choza, y, sin embargo, todos han guardado la majestad de su posicion, y de muy pocos puede decirse que hayan sido indignos de la tiara. Indudablemente el Pontificado es una institucion divina, cuando tal majestad y grandeza comunica á cuantos han obtenido esta dignidad.

Y á la manera que si se reunen muchas antorchas, cada una tiene su luz; pero reunida la luz de todas, aumenta vivamente su claridad y extension, así cada uno de los Papas brilla con sus dotes particulares; pero todos en conjunto, hacen que el Pontificado deslumbre con los más benéficos y majestuosos resplandores.

Se dirá que ha habido algunos Papas malos. No lo negaremos en absoluto; pero sí diremos que han sido rarísimos, y que si han cometido faltas, no ha sido obrando como Papas, sino solo como personas particulares. La Providencia ha permitido los defectos de algunos para que resalten más las virtudes de los demás. Además, los que han profundizado la historia, saben que todos los hombres célebres tienen mucho que disimular en su vida privada. Pero hay esta diferencia á favor de los Papas. Entre los hombres célebres han sido rarísimos los que como personas particulares no han tenido defectos mayores que los de los Papas; al paso que entre éstos han sido rarísimos los que los han tenido. Los hombres célebres sin tacha son la excepcion; los Papas sin ella son la regla general. Además, el carácter augusto de que están revestidos los Papas contribuye en gran manera á que se noten sus faltas, y áun se abulten; y lo que en otros hombres parecería indiferente, en un Papa parece reprobado. Y, por último, el daño que causaron algunos malos Pontífices desapareció con ellos, miéntras que disfrutamos siempre los inmensos beneficios que debemos en general al Pontificado.

© Biblioteca Nacional de España

Para comprender bien el mérito de los Papas, es preciso profundizar el espíritu de la época en que vivieron, las circunstancias en que se hallaron colocados, y su carácter en medio de los diversos acontecimientos, y se verá que casi todos ellos han sido superiores á su siglo. Al compararlos con los personajes contemporáneos suyos, se les ve descollar sobre ellos de una manera sorprendente, y ser dignos de ocupar el primer lugar entre los grandes de la tierra. Ellos marcharon siempre á la cabeza de todo verdadero progreso, dando impulso á la moralidad, á la cultura y al bienestar de los hombres.

A veces aparecen los Papas como hombres providenciales, suscitados por Dios, para defender la fe contra el error, los derechos de la Iglesia contra los usurpadores, los derechos de los pueblos contra el despotismo, la causa de la civilizacion contra las embestidas de la barbárie. Es preciso ser ciego en la historia para no conocer esta verdad. Los Papas más grandes han sido aquellos que han sostenido mayores luchas.

Si bien esto es una prueba de la intervencion divina en los asuntos humanos, y especialmente en los de su Iglesia, manifiesta al mismo tiempo que los Romanos Pontífices han hallado en su dignidad la fuerza y grandeza necesarias para ponerse á la altura de los acontecimientos, y hacerse superiores á ellos. Los Papas han sido grandes, porque lo es el Pontificado, y ha reflejado en ellos la grandeza de esta Institucion. La Iglesia se ha presentado siempre majestuosa en su cabeza visible.

Comprendiendo su dignidad, los Papas han tratado de conservarla á costa de los mayores sacrificios y sin retroceder ante ningun peligro. Sus luchas y sus trabajos nada tenían de miras personales, como lo prueba el hecho de dar gustosos su vida, ó su libertad, ó morir en el destierro por no ceder en sus derechos. Pocos han sido los Papas que han disfrutado con tranquilidad los honores de su posicion, pues han sido en todos tiempos el blanco de los más encarnizados ataques, que los han llenado de sinsabores. La herejía y el cisma, el escándalo y el error, la violencia y la astu-

© Biblioteca Nacional de España

cia, la calumnia y la traicion, las exigencias y la política, amargaban la vida de los Pontífices con multiplicados disgustos. Pero por una compensacion providencial, estos disgustos eran ocasion de que ejercitasen las más heróicas virtudes.

Con esto al elevarse y santificarse ellos mismos, hacían florecer las virtudes en toda la tierra. «Las virtudes hu»manas, dice Wiseman, son como un mar que se embrave»ce ó calma, que está en su flujo ó reflujo, segun las virtu»des del Pontífice progresan ó menguan» (1). Son verdaderamente la luz del mundo puesta sobre el candelero, y por eso la influencia de sus actos se extiende hasta los últimos límites de la catolicidad.

La historia de los Romanos Pontífices contiene las páginas más gloriosas para la religion y para la humanidad. Más de sesenta Papas han dado su vida por defender la fe y los derechos de la Iglesia y brillan con la aureola del martirio; más de cuarenta han sufrido las más crueles persecuciones, cárceles, despojos y destierros; otros muchos han merecido ser puestos en el catálogo de los Santos por haber practicado todas las virtudes evangélicas; otros merecen el título de Apóstoles por su celo en evangelizar los países bárbaros. Entre ellos ha habido talentos distinguidos, hombres sábios en toda clase de ciencias, escritores notables, oradores elocuentes, y hasta poetas. Ellos han sido hábiles políticos, legisladores prudentes y previsores, modelo de príncipes, apoyo de los débiles, defensores de todos los derechos, vengadores de todas las injusticias. Ellos han tendido siempre al mérito una mano protectora, han fomentado el desarrollo de las ciencias y de las artes, y han presidido á los grandes descubrimientos. Ellos han cumplido fielmente su mision divina de enseñar á todas las gentes y atraerlas á la fe de Jesucristo, y han usado con la mayor oportunidad de su facultad de atar y desatar. Ellos figuran en primera línea en la historia de todos los pueblos, y su nombre va unido á todas las gran-

(1) Conf. *sur la suprematie du Pape.*

© Biblioteca Nacional de España

des reformas y á todas las grandes instituciones. En una palabra, los Papas son la mayor grandeza de la historia.

Por último, el ódio profundo que los enemigos de la Iglesia profesan á los Papas, y las malas artes que emplean para denigrarlos, es la medida del mérito que tienen. Su gloria confunde á sus enemigos, al paso que llena de satisfaccion á los buenos católicos.

Dicho esto en general sobre el carácter é importancia de los Papas, los presentaremos ahora como *cabezas de la Iglesia*, como *príncipes temporales*, y como *personas particulares*, para ver si la Iglesia tiene motivo de congratularse de ellos como l os más ilustres de sus hijos.

§ I.—*Los Pap as considerados como cabeza de la Iglesia.*

En otro lugar hablamos de la institucion divina del Papado, sus dotes y sus prerogativas: ahora veremos de qué modo han ejercido los Papas su augusto ministerio (1).

Allí vimos que desde los primeros siglos ejercieron los Pontífices un poder supremo de decision en asuntos de fe y costumbres, y de jurisdiccion en asuntos de disciplina y gobierno. Sabidas son las célebres apelaciones á su autoridad, y la intervencion que tenían en los negocios de todas las Iglesias destituyendo ó poniendo Obispos y juzgando todas las controversias.

Supuesto esto, ¿quién no admira el celo y actividad de estos hombres superiores, que lo mismo cuando estaban perseguidos y puesta á precio su cabeza, ocultos en las Catacumbas, que cuando estaban respetados por príncipes y pueblos, sentados en el trono, se veían precisados á atender á los difíciles y variados asuntos de todas las Iglesias del mundo? ¿Quién no admira su profunda sabiduría y severa rectitud al ver que, sin respeto á personas ni consideraciones humanas, sentenciaban siempre y en todos casos con arreglo á la más extricta justicia? Solo tergiver-

(1) Véase el cap. 7.º de la segunda parte.

© Biblioteca Nacional de España

sando los hechos y calumniando pueden los enemigos de los Papas acusar á éstos en algunos casos de injusticia ó arbitrariedad.

Nada hay más imponente que la magnífica figura de los Papas, como principio de la unidad de la Iglesia, y sus incesantes esfuerzos para conservarla, segun la voluntad expresa de Jesucristo. Bajo este aspecto, se presenta el Papa como el fundamento de aquel inmenso edificio que abraza todas las naciones, y á cuya sombra vienen á descansar los hombres de todo el universo. Semejante al centro de un círculo, cuya circunferencia se dilata incesantemente y no está limitada en algun lugar de la tierra, pero cuyo centro responde á todos los puntos de la circunferencia, así todos los católicos están unidos al Papa como principio de la unidad. Él es el centro que está en correspondencia con todos y cada uno de los fieles. Españoles, franceses, alemanes, asiáticos y americanos, que tienen objetos distintos ó tal vez contrarios segun la nacion á que pertenecen, tienen un mismo interés como católicos, y consideran al Papa como su padre comun, y obedecen y acatan sus decisiones. No se concibe un papel más importante sobre la tierra, ni mayor grandeza entre las grandezas humanas.

En virtud de este carácter, han procurado siempre los Papas mantener la unidad de la Iglesia y extender la fe. Apenas salía algun error ó pululaba alguna herejía, se apresuraban á condenar á los novadores y á prevenir á los fieles contra sus seducciones. El Papa ha sido siempre la expresion de la regla de fe.

Por lo mismo, se le ha visto reunir y convocar los Concilios generales, esas grandes asambleas en que se ventilaban los intereses de la Iglesia. En medio de tantos y tan venerables Obispos, venidos de todas partes de la tierra, se sentaba á presidir, por derecho propio, por sí mismo ó por medio de sus delegados, sin que ninguno se opusiese. Entónces aparece grande el Papa ante las muestras de respeto de toda la Iglesia reunida. El Papa confirma las decisiones de los Concilios ó las desecha en todo ó en parte,

© Biblioteca Nacional de España

y su juicio supremo es aceptado por la Iglesia universal.

Despues toma á su cuidado hacer observar las disposiciones de los Concilios generales ó particulares, y, si es necesario, dispensa en la disciplina. El se dirige á toda la Iglesia, *urbi et orbi*, por medio de sus Bulas, de sus Encíclicas ó de sus Constituciones, que son un modelo de prudencia y sabiduría, y con ellas manda, enseña, define, establece ó reforma sin que nadie le haga oposicion. Al mismo tiempo toda la Iglesia acude á él, desde las más remotas comarcas, á certificarle su obediencia ó á pedirle gracias, dispensas ó absoluciones. Legislador, doctor y monarca universal, tiene súbditos en todos los países, en todos los climas, y Representantes, Nuncios ó Vicarios en todas las córtes, en todos los Estados; dispone de una milicia numerosa y bien organizada, de todo el Clero católico, secular y regular, que sigue fielmente el impulso y la direccion que él da, y se mueve prontamente al imperio de su voz; y para que nada falte á su grandeza, al hacer uso de un poder tan vasto, se llama á sí mismo *Siervo de los siervos de Dios*.

Los Papas, como Jefes de la Iglesia, aprueban, establecen, reforman ó suprimen las Ordenes religiosas, y dan una direccion saludable al espíritu de su institucion, que siempre es provechoso á la Iglesia y á la sociedad. Todos los que componen estas asociaciones piadosas están á las órdenes del Papa, y en su nombre y bajo su direccion se dedican á las obras más benéficas. Cultivan las ciencias, educan á los pueblos, practican la caridad, van á civilizar á los bárbaros, á rescatar á los cautivos y á predicar el Evangelio á los infieles. En esto último especialmente se manifiesta el celo de los Romanos Pontífices; ellos iniciaron y regularon el gigantesco movimiento de las misiones extranjeras, fundaron la congregacion de *Propaganda fide* y los seminarios de las misiones, en los que se estudian todos los idiomas conocidos, y envían de uno á otro polo esos ejércitos de Apóstoles, destinados á cambiar la faz del universo. «Lo que no se habría obtenido con esfuerzos aislados, ejecutábalo sin pena el Papado reuniendo en su

© Biblioteca Nacional de España

mano las fuerzas del apostolado católico y la distribucion de todos los recursos de la cristiandad. Estudiáronse las costumbres y el espíritu de los pueblos; las relaciones de los Misioneros llevadas á Roma fueron comparadas y apreciadas; las Congregaciones y las Ordenes religiosas recibieron cada una su parte en esta vasta herencia; á una señal trasportábaseles de un cabo del mundo al otro, conforme se les juzgaba más útiles en tal ó cual pueblo; y semejantes á un ejército que no reconoce más que un jefe, pero cuyos diferentes cuerpos son tan pronto llamados, tan pronto alejados ó tenidos en reserva, los hijos de San Francisco, San Ignacio, Santo Domingo y San Vicente de Paul visitan, ocupan ó se abandonan alternativamente los unos á los otros las diferentes misiones, con la docilidad del soldado, el celo del Apóstol y la rapidez del conquistador» (1). Cuando se preside á cosas tan grandes, se tiene derecho á la consideracion del mundo.

Los detractores de la Santa Sede han dicho que los Papas no han obrado así más que por ambicion, por el furor de dominar, por el deseo de atribuirse toda la autoridad y de sujetar el universo entero á sus leyes. «Es bien singular, dice Bergier, que entre tantos Papas no se haya hallado ninguno capaz de obrar por religion, áun obrando bien; lo absurdo de esta calumnia basta para refutarla. No obstante, supongámosla cierta: todavía nos vemos precisados á bendecir una ambicion que ha producido tan felices resultados.»

Finalmente, el Pontífice, cuya augusta supremacia aceptaron los pueblos y los reyes, intervino directamente en las contiendas y disensiones de unos y de otros, á menudo injustas, en nombre de una religion de justicia y de paz. Ellos contuvieron el despotismo de los gobernantes, y refrenaron las ambiciones desordenadas, poniéndose de parte de la debilidad contra la violencia, de parte del derecho contra la injusticia, y por eso han merecido los elogios has-

(1) Card. Mathieu, *El poder temporal*, 2 ep , período 2.°, cap. 5.°

© Biblioteca Nacional de España

ta de los mismos protestantes. En el dia se nos aparecen como héroes de la paz, como unos semidioses, estos ilustres Pontífices que en aquellos siglos bárbaros, en que no se respetaba más que la espada, hicieron prevalecer el derecho sobre la fuerza con solo el poder de su palabra, amenazando á los poderosos en nombre de Dios, y privándolos de la comunion de la Iglesia. Desde que los Papas no ejercen este poder, han prevalecido las injusticias, los reyes más poderosos han querido hacer prevalecer su influencia, y los destinos de Europa han estado abandonados á las eventualidades de las batallas.

Confesaremos que los medios de que se han valido los Papas algunas veces no han sido prudentes; pero fué en aquellos siglos de barbárie en que la corrupcion de costumbres y el espíritu de vértigo estaban universalmente extendidos: ¿qué extraño es que algunos Papas hubieran sido contagiados de las sombras de su época?

Por último, como ya hemos dicho en varios lugares, los Papas han ejercido la influencia más saludable en la verdadera civilizacion. Fieles á la santidad de su mision, tuvieron la gloria de fundar el órden social en Europa en medio de la anarquía universal, y de crear las relaciones morales y materiales entre los Estados, áun los más remotos, y contribuyeron con todas sus fuerzas y en todos sus actos á «establecer el debido equilibrio entre la autoridad y la libertad, para que una y otra acelerasen con su doble cooperacion el progreso de las sociedades.»

§ II.—*Los Papas como príncipes temporales.*

La majestad de los Papas no estaría bien representada sino en un trono, una vez extendido el cristianismo. No era conveniente que el Papa, Vicario de Jesucristo y Jefe espiritual de todos los católicos, reyes ó vasallos, fuese él mismo súbdito temporal de algun príncipe. Ya tenemos probada extensamente la conveniencia y necesidad del poder temporal de la Santa Sede, considerado bajo diversos

© Biblioteca Nacional de España

puntos de vista, y no tenemos que insistir en ello (1). Todas las calamidades que registra la historia eclesiástica, manifiestan del modo más positivo que la suerte de la religion divina y la del poder humano están unidas al destino de la Silla Apostólica, monarquía espiritual y temporal.

Aquí hemos de considerar el ejercicio que han hecho los Papas de su poder temporal. «Estudiándolo se reconoce, en la sola manera con que han reinado los Papas, el elemento sobrenatural y divino al lado del elemento natural y humano. El instinto del pueblo había juzgado bien al escoger á los Papas por señores: adivinaba en ellos soberanos más justos, más dulces, más misericordiosos é ilustrados que los demás, como Vicarios de Jesucristo. Puede sin duda distinguirse con el pensamiento el poder espiritual del poder temporal en manos de los Papas; mas es imposible á los Papas no confundirlos en la práctica. Suponer que el Rey de la Roma cristiana olvide de repente su divino carácter en las funciones de la soberanía, en seguida que hable y obre bajo el imperio de esta distincion, es suponer lo imposible. Sustitúyese así una cuestion de metafísica á una cuestion de historia, una teoría á una realidad.

»Es evidente, por el contrario, que en todo lo que mira al gobierno, á la legislacion, al órden público, al verdadero progreso, los Papas no han podido librarse de la contínua influencia de su augusto carácter, de sus preocupaciones incesantes, de sus sagradas funciones. Guardianes de la justicia, la conocen mejor que nadie; han debido hacer la aplicacion de ella á su pueblo mejor que nadie. De ahí ese signo distintivo que marca su administracion entre todas las demás: esta administracion es siempre concienzuda, porque es esencialmente cristiana. No es como se la echa en cara estacionaria y retrógrada; lleva, por el contrario, el sello del verdadero progreso.»

»Este sello brilla desde luégo en todo su esplendor, miéntras puede compararse en Roma el poder de los Papas con el de los emperadores de Constantinopla. Los romanos pre-

(1) Véase la segunda parte, cap. 8.°

© Biblioteca Nacional de España

ferían naturalmente señores cuidadosos de sus súbditos á señores que los habían abandonado. En cambio de los tiránicos decretos que glorificaban á Eutiques, rompían las imágenes é imponían los caprichos de una mujer ó de un eunuco, tuvieron leyes que respiraban la fe, la clemencia. Fué un progreso para los Estados de la Iglesia librarse así de la muerte, y volver á tomar lugar al frente de las naciones.

»El mismo carácter se sostiene en el siglo IX, cuando el imperio de Carlo-Magno cae en disolucion; en el X, en medio de los desórdenes del tiempo y de las vergüenzas del Papado; en el XI, á pesar de la intervencion de los reyes de Alemania. Si hay en Roma actos de rebelion, de furor y barbárie, es cuando allí dominan las facciones ó se apoderan de ella los emperadores. Si hay dias de paz, es cuando los Papas recobran su autoridad. Un progreso era el vivir áun en tiempos en que el resto del mundo no conocía ya ni rey ni juez.

»Mas hé aquí á los Gregorios VII y Calistos II, á los Alejandros III, Inocencios III, Gregorios IX. Todo renace en derredor suyo. Despiértase la libertad con la fe, el valor con la libertad. Roma conoce á un príncipe, y el mundo á un Papa. El ejercicio del poder temporal está impregnado de serenidad y grandeza. Es ámplio, liberal, ilustrado, porque son santos los que son sus depositarios y sus instrumentos. Alejandro III es el que se une á la liga lombarda, y emancipa del yugo de los alemanes á Roma é Italia; Inocencio III es el que destruye todos los poderes usurpados, pero respeta y confirma todos los derechos adquiridos; Clemente III, Gregorio IX é Inocencio IV, son los que garantizan las libertades municipales de los romanos; Gregorio XI, Bonifacio IX y Martino V, los que reconocen á las ciudades de las Romanías y de la Umbría sus antíguas franquicias; Nicolás V es el que renueva los privilegios de Bolonia, y va hasta permitirle tenga un embajador en Roma. Hé aquí el progreso de la libertad.

»Cuando la unidad administrativa reemplaza en Europa á la desmembracion feudal, esta revolucion, que en los de-

© Biblioteca Nacional de España

más Estados se ejecuta en medio de sangre y de ruinas, mejor preparada en los Estados de la Iglesia, conviértese allí en el fruto de la sabiduría y del tiempo. Una Bula de San Pío V, aplicada con perseverancia, hace más para acabar esta obra, que no hacen en otras partes las armas, la violencia y las confiscaciones de los reyes. Hé aquí los progresos de la centralizacion.

»Nada hay, pues, ménos inmóvil que la administracion pontifical. Hémosla visto, por el contrario, tender con inaudita perseverancia á mejorar incesantemente las leyes, las costumbres, las instituciones del país. Durante su permanencia en Aviñon, los Papas lo creen todo, hasta las promesas de Rienci, para intentar hacer el bien de sus súbditos. Descubren á Albornoz, y le revisten con este objeto de los más extensos poderes: éste es el modelo de los conquistadores, legisladores y políticos. Envían á Anglico para acabar su obra: éste es el modelo de los administradores. Hé aquí el progreso en las instituciones y en las leyes.

»Si los Vicarios afectan la tiranía, los Papas los combaten y derriban. Si sus propios parientes quieren apoderarse de los dominios de la Iglesia, los Papas prohíbense á sí mismos la enajenacion de ellos. Que los cargos y rentas del Estado eclesiástico se conviertan más tarde en presa de un nuevo nepotismo, una nueva constitucion remedia aún este abuso. Hé aquí el progreso en las mudanzas útiles. Pueden citarse entre los servidores de los Papas hombres indignos de su confianza, que han traficado con la justicia, abusado de las armas, oprimido á los fieles; mas no se citará un solo Papa que haya merecido por un solo acto el nombre de tirano. Los Papas han hecho la guerra, mas nunca su guerra fué ofensiva; han hecho tratados, mas nunca tratado alguno ha sido violado por ellos; han prometido, renovado ó concedido franquicias, pero el cumplimiento de su palabra ha sido llevado hasta el escrúpulo. Prestan juramento, pero quedan invenciblemente fieles á ellos. No nos sorprendamos; el amor de la paz, el respeto de los contratos, el reconocimiento de los derechos de

© Biblioteca Nacional de España

otro, la fidelidad al juramento, son para los Papas límites inmutables, porque son principios. Así el ejercicio de su autoridad es á la vez limitado y lleno de movimiento. Permaneciendo inmóvil en sus principios, el Soberano Pontífice es siempre progresivo en sus actos» (1).

Ninguna nacion ó Estado puede presentar una série de príncipes semejantes á los Papas. Si alguno se ha parecido á ellos, le han prodigado los títulos de grande y de sábio.

§ III.—*Los Papas en su vida privada.*

La casi totalidad de los Papas no teme bajo este aspecto el escalpelo de la crítica, aunque son muy pocos los hombres que no teman que sea conocida su vida privada.

Léanse las historias de los Pontífices, y se hallará que en general fueron modestos y humildes en su vida privada, frugales en la comida, mortificados en sus sentidos, afables en su trato, prudentes en sus dichos y hechos, graves en su conducta, y, en una palabra, adornados de todas las virtudes cívicas y religiosas. Ellos dividían su tiempo entre la oracion, el estudio, las obras de caridad y los negocios de la Iglesia y de su pueblo, sin haber perdido jamás su tiempo en fiestas, banquetes, saraos, ni teatros, como lo hacen otros príncipes del mundo. Nunca los Papas han cerrado sus oidos á las súplicas de los pobres, de los infelices ó de los oprimidos, ni han negado sus tesoros para socorrer cualquiera necesidad. En general han ocupado la silla pontificia hombres completamente intachables, de edad madura, cuando han perdido su fuerza las pasiones, y, por lo tanto, capaces de dominarlas por completo. Unos se han distinguido por su caridad, otros por su paciencia y mansedumbre; aquéllos por su piedad, éstos por su bondad y dulzura; muchos por su gravedad y justificacion, otros por su modestia, otros por su fortaleza, otros por su magnanimidad. No hay una sola virtud, una sola bella cualidad que haya faltado á alguno de los Papas; y sus virtu-

(1) Mathieu, obra cit., conclusion, n. 2.

© Biblioteca Nacional de España

des más heróicas casi no causan admiracion, porque es comun verlas practicadas por ellos.

Por esta razon resaltan más los lunares de algunos Papas, por la sorpresa que causan, y, por otra parte, no se descuidan de abultarlos sus enemigos.

Pero no son tantos como se cree los Papas viciosos, y áun éstos, si parecieron malos, fué porque «ocuparon aquel trono, donde cualquiera mancha se juzga pronto gravísima: si hubieran sido príncipes temporales, hubiera pasado casi desapercibida su maldad. Pregunto á cualquiera que no ignore completamente la historia, si ha existido algun Pontífice, entre los que dejaron peor fama de sí propios, que haya observado una conducta, no diré igual, pero que se acercase á la de un Enrique *el Grande*, á la de un Luis *el Grande*, á la de un Pedro *el Grande*, á la de un Napoleon *el Grande*. ¿Cómo es que éstos conservaron, no obstante, sus liviandades, sus injusticias y su política maquiavélica, hasta el nombre de grandes, miéntras muchos Pontífices por mucho ménos son anatematizados?» (1)

Es verdaderamente admirable que en una série de 260 Papas que se cuentan desde San Pedro hasta Pío IX, apenas seis ó siete merecen con justicia ser censurados. Davisson, protestante fogoso, que ha hecho de los Romanos Pontífices el cuadro más escandaloso é infiel, no ha podido acusar nominalmente más que á veinte y ocho: aún no ha denigrado á siete de ellos, sino porque han sido enemigos de los protestantes y que han aprobado los rigores que se han ejercido contra ellos. Quedan, pues, más de doscientos contra los que Davisson no ha encontrado ningun cargo que hacer. ¿Hay un proceder más detestable que escudriñar en una historia de tantos siglos para sacar de ella todos los crímenes verdaderos ó falsos que se han echado en cara á los Papas, de tergiversarlos exagerándolos cuanto se puede, sin decir una sola palabra de las virtudes, de las buenas obras y de los servicios hechos á la humanidad, y

(1) Véase el P. Franco, *Respuestas á las objec. popul.*, tomo I, cap. 33.

© Biblioteca Nacional de España

llamar á esta crónica escandolosa *Cuadro fiel de los Papas?* Hé aquí cómo los herejes é incrédulos han escrito siempre la historia.

La caridad, el valor heróico, la vida humilde y pobre de los Papas de los tres primeros siglos, son hechos positivos; los monumentos de la historia deponen de ellos. Las luces, los talentos, el celo, la vigilancia laboriosa de los de los siglos IV y V son incontestables: sus obras existen todavía. Sus trabajos en el siglo VI y VII para disminuir ó reparar los estragos de la irrupcion de los bárbaros, y salvar las letras y las artes, son bien conocidos: los contemporáneos dan testimonio de ellos. Lo que han hecho los Papas en los siglos VIII y IX para civilizar á los pueblos del Norte es tan sabido, que los protestantes no han podido derramar sobre ello un barniz odioso, sino emponzoñando los motivos, las intenciones y los medios que han empleado. Es, pues, en la hez de los siglos posteriores donde ha sido necesario escudriñar, para hallar personajes y hechos que se han podido negar á discrecion: allí donde los enemigos de los Papas han bebido torrentes de la bilis que han vomitado, y en los que nuestros incrédulos modernos se han saciado de nuevo (1).

¿En qué tiempo ha habido Papas malos? Cuando la Italia estaba desgarrada por guerras intestinas y dominada por tiranuelos, que disponían de la Silla de Roma á su gusto, y colocaban en ella á sus hijos ó á sus hechuras, arrojando á sus legítimos poseedores, y cuando por miedo ó por soborno se hicieron elecciones simoniacas. Pero cuando la Iglesia ha sido libre para elegir á sus jefes, ha puesto sobre la Silla Apostólica hombres llenos de talento y de virtud.

Además, la mayor parte de los hechos acriminados á los Papas no están bien probados; una gran parte de ellos son referidos por herejes y cismáticos, por hombres de partido que han vivido en tiempo de alborotos, ó por escritores sin crítica, que acogían los rumores populares sin cuidar si eran verdaderos ó falsos; otros pertenecen á los años ante-

(1) Bergier, art. *Papa*.

© Biblioteca Nacional de España

riores á su elevacion al Pontificado; otros son calumnias manifiestas.

Cuando los enemigos de los Papas se escandalizan de que estos enriquecieron á sus parientes y les dieron pingües destinos y dignidades, sería bueno preguntarles si ellos en su caso no hubieran hecho lo mismo. Esto más bien fué falta de heroismo que de ordinaria virtud, por cuanto el despego total de los parientes es perfeccion evangélica más que virtud natural. Pero este abuso fué corregido severamente por los Pontífices sucesivos, y debieran confesarlo así los adversarios.

Por último, si ha habido algunos pocos Pontífices que no tienen disculpa, esto solo probará que eran hombres y que el Pontificado no los hace impecables. «Dios ha querido mostrar al mundo el espectáculo permanente de su Iglesia regida siempre por un hombre, y al propio tiempo, ha querido mostrar su poder en este hombre, tambien frágil y pecador, conservándole infalible en la enseñanza, bien que defectible en su conducta. Con esto ha demostrado áun á los más ciegos cuán poderosa es la asistencia que otorga á su Iglesia, puesto que no la pueden abatir, no ya las maquinaciones empleadas contra ella, pero ni los vicios de los mismos Pontífices.»

§ IV.—*Los Papas en sus luchas con los emperadores y reyes.—San Gregorio VII.—Alejandro III.—Inocencio III.—Bonifacio VIII* (1).

Todavía nos falta presentar á los Papas bajo otro aspecto que los honra sobremanera: su actitud en sus luchas con los emperadores, formando un paralelo entre las diversas circunstancias, y diversa conducta de unos y otros.

Desde luégo se admira en los Papas su justificacion, su lealtad en la defensa, su valerosa resistencia por amor á la justicia, y que nunca llegaban al último extremo del ri-

(1) Véase Gosselin, *Pouvoir du Pape sur les souverains au moyen-age*, Louvain, 1845.

© Biblioteca Nacional de España

gor, sino despues de haber agotado infructuosamente todos los medios humanos de persuasion. Por el contrario, los emperadores se distinguen por su infidelidad, por su ambicion, por su despotismo, y por los medios brutales que empleaban para conseguir sus proyectos.

Los Papas estaban en toda su debilidad, los emperadores en todo su poder; éstos tenían á sus órdenes ejércitos numerosos, aquéllos, reducidos á algunos castillos y á algunos súbditos, no tenían con frecuencia por refugio más que el destierro, y por aliados más que las simpatías encadenadas ó mudas de los pueblos, que los bendecían en su triunfo, pero que los abandonaban en su infortunio.

Los emperadores prometen, amenazan, suplican, perjuran, segun les conviene; alternativamente artificiosos, pérfidos, altivos ó violentos, descienden á todas las degradaciones de la bajeza lo mismo que se embriagan con todos los humos del orgullo; hacen la paz por interés y la guerra por ambicion: firman tratados sin creer en su propia palabra, reivindicando todo lo que habían abandonado y abandonando todo lo que desde luego reivindicaban; nunca sinceros, rara vez arrepentidos, fieles solamente al instinto de su despotismo: su política era estrecha, inconsecuente, egoista, verdaderamente odiosa, por lo cual se les puede echar en cara, con toda verdad, el haber mezclado y confundido entrambas potestades, puesto que para despojar á los Papas de su poder, no han cesado de suscitar ó favorecer cismas, crear ó proteger *antipapas*, y siempre han tratado de usurpar los derechos de Dios en provecho del César.

La política de los Papas, por el contrario, es uniforme, moral, generosa y decisiva para el bien público. *Uniforme*, pues que siempre han reclamado la misma libertad en cosas espirituales, y los mismos dominios en lo temporal, invocado los mismos derechos, y mostrado las mismas cartas, sin traspasar jamás sus límites, y sin jamás afectar, ni más ambicion en el triunfo, ni ménos pretensiones en la derrota: *moral*, pues que no han empleado otras armas que las reconocidas por la conciencia, el honor y el derecho de gentes; dichosos, si hacen la paz, constreñidos y forzados si

© Biblioteca Nacional de España

se resignan á la guerra, fuertes y nobles en su actitud, moderados en sus reclamaciones, leales en sus obligaciones: *generosa*, pues no combaten ni por ellos ni por los suyos, sino por las tradiciones de su Silla, es decir, por la libertad de la Iglesia, que defienden áun cargados de cadenas, y por la exencion de sus dominios, á la que sacrifican sus bienes, su reposo y su vida: *útil y decisiva para el bien público*, pues que han asegurado la santidad del matrimonio, impidiendo los divorcios que apetecía la liviandad de los reyes: han asegurado la libertad de las elecciones episcopales, oponiéndose á las investiduras, que daban á la Iglesia Ministros que la deshonraban, y con esto han conservado la pureza de las costumbres sacerdotales: ellos recobraron el patrimonio de la Santa Sede, tan necesario á la indepencia y á la universalidad de la accion religiosa, y trabajaron sin descanso en la libertad de Italia, y en la mejora de sus propios Estados, y realizaron en su política, como en su administracion, el tipo de gobierno el más bello, el más completo, el más digno de envidia que ofrece la historia de la Edad Media. (1)

En confirmacion de ello podríamos citar la conducta de cualquier Pontífice escogido al azar en la historia de la Iglesia; pero para que el argumento tenga más fuerza, nos fijaremos especialmente en algunos, contra cuyos supuestos abusos levantan más el grito los enemigos del Papado.

Compárese á S. Gregorio VII con el emperador Enrique IV, á Alejandro III con Federico Barbaroja, á Inocencio III con Oton y los principales sus contemporáneos, á Bonifacio VIII con Felipe el Hermoso. ¡Qué diferencia entre unos y otros! Los Papas tolerantes y oprimidos, los emperadores violentos y desleales: y, sin embargo, hay quien condena á los primeros y excusa á los segundos.

Ningun historiador imparcial desconoce las admirables dotes de todo género que adornaban á Gregorio VII. Alma grande y generosa, talento vasto, voluntad firme é inmutable, y al mismo tiempo modesto y sencillo en su vida pri-

(1) Card. Mathieu., period. 3.°, cap. 9.°

© Biblioteca Nacional de España

vada se consagró enteramente á realizar un gran pensamiento; la libertad é independencia de la Iglesia, así en lo espiritual como en lo temporal, y la reforma del Clero. Para esto no descansó un momento á fin de hacer cesar los desórdenes del Clero, observar la antígua ley del celibato, y extirpar de raíz el funesto abuso de la simonía; y se opuso valerosamente á las exigencias de Enrique IV de Alemania, que se obstinaba en usurpar derechos que no tenía en lo espiritual, y esclavizar á los pueblos en lo temporal.

Todo el mundo sabe la célebre cuestion de las investiduras. Pretendían los príncipes conferir las investiduras de los Obispados y Abadías que tenían anejo un feudo, entregando el báculo y el anillo, que son símbolos de la autoridad espiritual, y llegaron á persuadirse de que podían disponer de las dignidades eclesiásticas lo mismo que de las seglares, sin esperar la autorizacion de la Iglesia. Enrique IV de Alemania, no solo defendía su pretendido derecho de investidura con más teson que ninguno de sus predecesores, sino que abusaba de él escandalosamente, haciendo un tráfico vergonzoso de las dignidades eclesiásticas y dándolas á sus cortesanos ó á los que le ofreciesen más dinero. Gregorio VII no podía ménos de oponerse á estos excesos. En un principio se dirigió al príncipe amonestándole con dulzura: Enrique prometió la enmienda, pero no cumplió su palabra. Siguieron despues las amenazas al ver que aumentaban los escándalos hasta el punto de que adornaba á sus mujeres indignas con la pedrería arrebatada á las Iglesias, y le mandó comparecer en Roma á justificarse. Irritado Enrique, reunió una dieta en Worms el año 1076, y en ella hizo pronunciar la deposicion del Papa, y tuvo la audacia de hacerlo saber por una carta con este encabezamiento: «*Enrique* á Hildebrando, no Papa, sino Monje apóstata.» A tamaño insulto respondió el Papa lanzando contra el emperador la sentencia de excomunion.

Entónces, los grandes vasallos del imperio, reunidos en Tribur, obligaron á Enrique á dejar la administracion de su reino, amenazándole que le negarían la obediencia si en el término de un año no se hacía absolver del anatema.

© Biblioteca Nacional de España

Marchó Enrique hácia Canosa, en donde se hallaba el Papa, y dando mil promesas hipócritas, logró ser absuelto fácilmente; pero enseguida volvió á sus malos hábitos y faltó abiertamente á sus juramentos. Viendo esto los príncipes, se reunieron en Forscheim y eligieron por su nuevo emperador á Rodulfo, duque de Suavia, á pesar de la oposicion del Papa, que quería oir á las dos partes; pero fueron tan grandes las quejas contra Enrique IV, que el Papa se vió precisado á deponerle despues de haberle excomulgado por tercera vez. En todas estas peripecias pasaron siete años de amonestaciones, de amenazas, de súplicas, de rigor y de perdon, ántes de que el Papa le depusiese definitivamente, y cuatro desde que había sido depuesto por los grandes barones y príncipes de Alemania. Tal es el primer ejemplo de deposicion, que puede confesarse para memoria de un Santo (1).

Enrique se sintió arder en sed de venganza y trató de deponer á su vez á Gregorio VII, y suscitó contra él al antipapa Guiberto, Arzobispo de Rávena, que tomó el nombre de Clemente III. Enseguida marchó sobre Roma á la cabeza de un gran ejército, se apoderó de ella y obligó al Papa á encerrarse en el castillo de San Angelo, de donde le libraron las tropas de Roberto Guiscardo, que acudieron en su auxilio. Pero las fuerzas del Pontífice estaban

(1) No convienen los teólogos en determinar por qué título pronunciaban los Papas la deposicion de los príncipes indignos. Algunos pocos sostienen que esto es en virtud de un poder directo sobre lo temporal de los reyes: un gran número, con Belarmino, dicen que es en virtud de un poder indirecto, siempre que sea necesario para defender los intereses espirituales de los fieles; y otros, por último, con Fenelon y Ab. Gosselin, no ven en este poder más que una delegacion de la sociedad dada á la Iglesia en aquellas difíciles circunstancias de la Edad Media, y de la necesidad de poner un coto á las demasías de los príncipes, lo cual era conforme á las opiniones de la época, de los mismos príncipes y al derecho público vigente. Por lo demás, nadie puede negar que el ejercicio de este poder de los Papas fué sumamente útil á la sociedad, á la libertad de los pueblos y á la moralidad de las costumbres.

© Biblioteca Nacional de España

agotadas con tantos sinsabores, y murió en Salerno el año 1085 despues de un glorioso pontificado de 12 años. En un Concilio que tuvo en esta ciudad, se dirigió por última vez á la cristiandad diciendo: «Todo se ha conjurado contra mí, porque nada he omitido para librar á la Iglesia de la esclavitud; todos mis esfuerzos se han dirigido á impedir que los herejes, los intrusos ó los perjuros tengan bajo su poder á los fieles hijos de la Iglesia y la manchen con sus crímenes.»

La historia ha disipado las calumnias amontonadas sobre la memoria de este gran Pontífice, que ha merecido las alabanzas de los mismos protestantes. Entre éstos, Voigt, que escribió su historia, termina su libro por estas palabras: «Difícil es dar á Gregorio VII elogios exagerados, porque ha echado por todas partes los cimientos de una gloria sólida» (1). «El nombre de Gregorio VII, dice el conde Balbo (2), blasfemado por sus contemporáneos, santificado por la Iglesia, escarnecido de nuevo en estos últimos siglos por todos los enemigos de la Iglesia, por numerosos y serviles oradores de las potestades de la tierra, reaparece por fin en la historia con la honra que le es debida, y que reconocen lealmente muchosliberales cismáticos.» «Los proyectos de Hildebrando, dice un escritor aleman, eran hijos del sentimiento más glorioso que puede hacer latir el corazon humano, pues nacían de una tierna conmiseracion por las desgracias humanas, del más vivo deseo de destruir la causa de estas desgracias, y de una inteligencia capaz de poner en ejecucion pensamiento tan misericordioso. En él se tendía á mejorar y civilizar la sociedad por medio de la fe cristiana y bajo la forma religiosa» (3).

Con los mismos caractéres se reprodujeron en los siglos posteriores las luchas de otros Pontífices y otros reyes.

(1) Voigt, *Historia de Gregorio VII y de su siglo*, y la traduccion que la añadió el célebre Jager, Bruselas, 1838.—Muzarelli, *Defensa de Gregorio VII.*

(2) Balbo, *Historia de Italia.*

(3) Citado en la *Hist. de los Papas*, tomo II, p. 3, nota.

© Biblioteca Nacional de España

Siempre se observarán semejantes excesos en los príncipes, las mismas reclamaciones de parte de los pueblos, las mismas amonestaciones y contemporizaciones de parte de los Papas. Urbano II, siguiendo las instrucciones de San Gregorio, continuó contra Enrique IV y el antipapa Guiberto la lucha santa que sus predecesores habían comenzado: lanzó la excomunion contra el rey de Francia Felipe I, que repudiada su legítima esposa Berta, mantenía un adúltero comercio con Bertrada en desprecio de las más sagradas leyes: sostuvo á San Anselmo, Arzobispo de Cantorbery, que se oponía á las usurpaciones de Guillermo el Rojo, rey de Inglaterra, sobre los derechos de la Iglesia, y se engrandeció sobre todo con la gloria inmortal de la primera cruzada.

El emperador Enrique IV, abandonado de sus vasallos y privado del reino por sus propios hijos, se vió reducido á la mayor miseria, hasta el punto de tener que solicitar para vivir una plaza de cantor en la Catedral de Lieja, que no le fué concedida. Su hijo Enrique V continuó dando las investiduras por el báculo y el anillo y violando en otros puntos los decretos de los últimos Concilios. Pascual II reclamó contra estos abusos, y excitó la cólera del emperador que, al frente de un ejército, marchó contra Roma. Mas en lugar de emplear la fuerza, hizo al Papa mil promesas embusteras, con el objeto de que le diese la coronacion, y sus plenipotenciarios firmaron un tratado solemne en su nombre. Apenas el Papa, confiado en estas demostraciones, puso la corona sobre la cabeza del emperador, negóse éste á ratificar el tratado, y se apoderó del Papa, reduciéndole á prision por más de dos meses. A tan inícuo proceder añadió los tratamientos más crueles para doblegar su constancia, y al fin le arrancó una Bula concediendo las investiduras con tal que no hubiese simonía. Arrepentido despues de su debilidad, y oyendo los clamores de toda la cristiandad, quiso renunciar el Pontificado en el Concilio de Letrán; pero los Padres no quisieron admitir su renuncia. Entónces anuló el privilegio concedido á Enrique, nulo ya por haber sido arrancado por violencia,

© Biblioteca Nacional de España

y se expuso de nuevo á las iras del emperador. Muerto Pascual, persiguió Enrique al nuevo Papa Gelasio, y suscitó contra él un antipapa en la persona de Bourdin, Arzobispo de Braga. Su sucesor Calixto II renovó todas las censuras contra el tráfico de las cosas sagradas: reunió un Concilio en Reims (el año 1119) y allí, despues de referir las promesas de Enrique, sus dilaciones, las violaciones de su palabra y los lazos que le había tendido para atraerle á Mousson y apoderarse de su persona, desató á sus súbditos del juramento de fidelidad, á ménos que no se arrepintiese y diese plena satisfaccion á la Iglesia. Este Papa tuvo la gloria de terminar esta larga contienda, y asegurar la libertad de las elecciones eclesiásticas; el emperador renunció solemnemente á las investiduras por el báculo y el anillo, y restituyó las posesiones que tenía usurpadas. El Papa le concedió que las elecciones se hicieran con su anuencia, y que concediera la investidura por el cetro, que es el símbolo del poder humano.

No por eso tuvieron paz los Pontífices sucesivos. Pero especialmente se recrudeció la lucha entre el Papa Alejandro III y Federico Barbaroja. Sabía éste que Alejandro se había de oponer á sus ambiciosos proyectos de establecer una monarquía universal, y le aborrecía desde que fué legado de Adriano IV: por lo cual hizo elegir al Cardenal Octavio, que tomó el nombre de Víctor IV, y se apoderó de Roma. Federico mandó á todos los Obispos del imperio reconocer á este antipapa, y desterró á los que rehusaron. Muerto éste, suscitó uno despues de otro otros tres antipapas, y nada omitió por sortener el cisma, lo que logró por espacio de diez y seis años. Se apoderó de los dominios de la Santa Sede y cometió inauditas crueldades en las ciudades, que, fieles al verdadero Pontífice, le oponían resistencia. Devastó y arrasó la ciudad de Milan, degollando á un gran número de sus habitantes, y ejerció las mayores crueldades en Borgoña, Italia y Alemania contra todos los que abrazaban el partido de Alejandro III.

Entretanto, éste, perseguido y fugitivo, fué á buscar un asilo en Francia; pero ántes pronunció la sentencia de ex-

© Biblioteca Nacional de España

comunion y deposicion contra aquel tirano. Pero los romanos le llamaban con vivas súplicas para que viniese á ayudarles á reconquistar su libertad. El Papa accedió á sus deseos y organizó la *liga lombarda*, que logró abatir la soberbia de Federico. Despues edificaron la ciudad de Alejandría, dándole este nombre en honra del Papa, jefe de la liga y padre de los fieles. El año 1176, volvió Federico á Italia con un grande ejército, y se apoderó de Roma, poniendo fuego á la Basílica de San Pedro, para obligar á la ciudad á capitular. El Papa tuvo que huir en traje de peregrino renovando el anatema contra el usurpador.

Desde entónces se hizo sentir sobre éste la mano de Dios. La peste y la derrota disiparon sus ejércitos, y se vió obligado á pedir la paz, comprometiéndose á restituir todos los dominios de que se había apoderado. No tardó en concedérsela con toda sinceridad Alejandro III, citándole para Venecia. Allí aguardó al emperador que, al acercarse á él, se quitó el manto para postrarse á sus piés; pero el Papa le alzó con mansedumbre y amor, le absolvió, le bendijo y le dió el beso de paz.

Con esto quedó asegurada la independencia italiana. Al cabo de veinte años de luchas, de persecuciones y destierros, este gran Papa descansó al fin en la victoria y en la paz, y murió el 30 de Agosto de 1181, dejando á la Iglesia un nuevo ejemplo de valor y magnanimidad. Gregorio VII había enseñado cómo los Papas combaten y mueren por la libertad espiritual: Alejandro III, enseñó á su vez á emprenderlo y sufrirlo todo por su independencia política.

«Todos los historiadores sinceros han hecho justicia á Alejandro III. No citaremos más que tres testimonios escogidos entre los protestantes y los filósofos. Sismondi ha dicho de este Pontífice y de sus sucesores: «En medio del conflicto de las jurisdicciones territoriales, el Papa era el único que se mostraba el defensor del pueblo y el pacificador de los feudatarios. La conducta de los Pontífices inspiraba el respeto y sus beneficios la gratitud.» El zuingliano Juan de Muller es todavía más esplícito: «Sin los Papas, Roma ya no existiría: Gregorio, Alejandro, Inocencio, opu-

© Biblioteca Nacional de España

sieron un dique al torrente que amenazaba á la tierra. Sus manos paternales levantaron la gerarquía, y al lado de la gerarquía fundaron la libertad de los Estados». Voltaire distingue entre todos los Papas al célebre rival de Barbaroja: «El hombre quizá que mejor mereció del género humano en la Edad Media, fué el Papa Alejandro III. Él fué quien en un Concilio en el siglo XII abolió en cuanto pudo la esclavitud. Este es el mismo Papa que en Venecia triunfó por su prudencia de la violencia del emperador Barbaroja, y obligó á Enrique II de Inglaterra á pedir perdon á Dios y á los hombres del asesinato de Tomás Becket. Él resucitó los derechos de los pueblos y reprimió el crímen de los reyes... Si han vuelto los hombres á entrar en sus derechos, al Papa Alejandro es á quien son deudores de ello: á él es á quien tantas ciudades deben su esplendor» (1).

Algunos años despues (1198) Inocencio III vino á completar y agrandar la obra de Alejandro y de Gregorio, resucitando en su persona el génio de los dos. Ningun Pontífice llegó á colocar en más alto grado de gloria y autoridad la Silla Apostólica, ni atendió á más importantes y numerosos negocios.

Su pensamiento era asegurar la independencia de la Iglesia, asegurando su influencia sobre toda la cristiandad, restaurar la disciplina, destruir las herejías, rescatar la Tierra Santa y dar la libertad á Italia.

Para esto era preciso asegurar su propia libertad de accion. Con esta mira confirió él mismo la investidura al prefecto de Roma, haciéndole prestar juramento de fidelidad. De este modo el prefecto cesó de representar al emperador y se convirtió en uno de los primeros Ministros del Papa. Reprimió los abusos del senador, y le devolvió al verdadero carácter de su cargo: tomó bajo su proteccion la *liga lombarda*, y estipuló una alianza con las ciudades de

(1) Citados por el Card. Mathieu, *obra cit.*, período 3.° cap. 6.°

© Biblioteca Nacional de España

Toscana, para defenderse mútuamente del emperador de Alemania. Así logró Inocencio III reconquistar los bienes que Enrique VI había arrebatado á la Iglesia, y librar á la Italia de la dominacion extranjera.

Desde entónces pudo extender su vasta influencia sobre todos los pueblos cristianos. En España hizo que el rey de Leon rompiera el matrimonio que había contraido con su sobrina; el rey D. Pedro de Aragon recibió la investidura real, comprometiéndose á pagar un tributo anual á la Santa Sede: hizo entrar en su deber á D. Sancho I de Portugal, que había rehusado pagar el impuesto prometido por su padre, maltratando además al Obispo de Oporto. En Polonia favoreció á Lescek el Sábio contra su enemigo Ladislao Laskonogi, haciendo respetar su soberanía, y al mismo tiempo reformando á su Clero. En Hungría fué nombrado árbitro entre Andrés y Emerico, hijos del rey: sometió la Dalmacia á su dominacion espiritual: la Armenia, la Bulgaria y la Servia aceptaron á los reyes que él puso á su cabeza, y los reyes de Francia, de Inglaterra y de Alemania no pudieron ménos de reconocer su autoridad.

En medio de tan graves negocios reune el XII Concilio ecuménico de Letrán, y reforma las costumbres del Clero y la disciplina: aprueba las dos grandes Ordenes religiosas de los Franciscanos y los Predicadores: abate la perturbadora herejía de los albigenses, y organiza la cuarta cruzada, á la cual se debió asegurar el imperio latino de Constantinopla, y detener las invasiones de los turcos, sin contar que se preparó su reunion á la Iglesia Romana.

Un Pontífice tan lleno de gloria no podía ménos de ser odioso á los enemigos del Papado, que han hecho todo lo posible por denigrar su memoria.

Ellos acusan á Inocencio III de avaricia, siendo así que es notoria su liberalidad. Un solo hecho citaremos en prueba de esto: en la cruel hambre que afligió á Roma en los primeros años del siglo XIII, alimentó á su costa á más de 8.000 personas, y agotados sus recursos, vendió su vajilla de plata y la sustituyó con otra de barro. Además, todos

© Biblioteca Nacional de España

saben con qué energía y severidad se opuso á la venalidad de la curia romana.

La afrentosa calumnia de que jamás condenó á ningun hombre que tuviese dinero, queda refutada por todos los actos de su pontificado: de los cuales aparece que no dejó impunes los excesos de los poderosos, por elevada posicion y riquezas que tuviesen.

Le acusan tambien de ambicioso y soberbio, por haber defendido con tanta energía los derechos sobre los dominios temporales de la Iglesia, sin considerar que esto constituye su mayor gloria, porque era el cumplimiento de su deber. Aquellos derechos eran tan ciertos en tiempos de Inocencio III como lo son en nuestros dias, y hubiera sido una falta no defenderlos contra los usurpadores.

Si para hacer cumplir á todos sus deberes empleó con frecuencia las censuras eclesiásticas, es porque la Iglesia no tiene otras armas, ni en aquella época eran eficaces otros medios. Pero es falso que abusó de las censuras hasta el extremo de que las quitó su prestigio, pues todos los monumentos de la época demuestran que siempre consiguió con ellas el objeto que se proponía al lanzarlas. Mas ántes de llegar á este punto, agotaba todos los medios de persuasion, consejos, amenazas y áun ruegos, y dejaba pasar mucho tiempo, y solo en último extremo empleaba el rigor.

Buena prueba de esto es la conducta que observó Inocencio III con los reyes de Francia y de Inglaterra y el emperador de Alemania, sobre lo cual levantan algunos sus mayores clamores contra este Papa.

Felipe Augusto, rey de Francia, casado con Ingelburga, hermana del rey de Dinamarca, la repudió al dia siguiente de su matrimonio sin saber por qué causa, y trató de divorciarse alegando que eran parientes dentro del grado prohibido. Hizo reunir un Concilio de algunos Obispos, en quienes confiaba, y declararon que el matrimonio era nulo, aunque Ingelburga decía que había sido consumado. Noticioso el Papa Celestino III, declaró sin ningun valor la sentencia de aquel Concilio, reprendió fuertemente á los Obis-

© Biblioteca Nacional de España

pos que lo compusieron, y prohibió al rey que se casase con otra como eran sus designios. Irritado Felipe, mandó apresar á los Legados del Papa; y pasado algun tiempo, se casó con Inés de Melania, el año 1196.

Cuando Inocencio III ocupó la Silla Apostólica el año 1198, no pudo tolerar este escándalo, que en vano había tratado de impedir Celestino III. Además, le suplicaban vivamente Ingelburga y el rey de Dinamarca que pusiese remedio á este mal y excomulgase al adúltero. Inocencio escribió al Arzobispo de París para que persuadiese al rey á que tomase á Ingelburga. Escribió despues al mismo rey, y no consiguiendo cosa alguna, le envió un Legado que le amenazase con el entredicho. Por espacio de otros diez meses esperó alguna señal de enmienda de parte del rey, pero no dándola, escribió Inocencio á todo el Clero de Francia anunciando el entredicho. El 6 de Diciembre de 1199, el Legado del Papa tuvo por su órden un Concilio, y habiendo ido dos Abades á invitar al rey, éste los hizo arrojar ignominiosamente de palacio.

Agotados, pues, todos los recursos, y despues de repetidas amonestaciones, se pronunció el entredicho el año 1200. Entónces el rey, lleno de soberbia, apresó y desterró á los Obispos que lo observaban, y al mismo tiempo envió una embajada al Papa; pero éste permaneció inflexible, miéntras no dejase á Inés y tomase á Ingelburga. Por otra parte, innumerables personas, áun de sus mismos cortesanos, y sobre todo los habitantes en las fronteras, se marchaban á otro reino para no estar privados de los bienes de la religion. Y, por fin, un consejo de los grandes del reino le representó que era preciso obedecer al Papa. Por lo cual, lleno de despecho, tomó al fin á Ingelburga en Noviembre del año siguiente; pero su reconciliacion no fué sincera, ni la tuvo como esposa, ni como reina.

A pesar de todo se mandó levantar el entredicho. El Papa no dejó de consolar á Ingelburga por todos los medios posibles, y por espacio de otros diez años estuvo insistiendo, hasta que al fin, el año 1213, Felipe Augusto la introdujo en su cámara, y ya no se separó de ella miéntras vivió.

© Biblioteca Nacional de España

Esta sencilla exposicion del hecho manifiesta que el Papa fué un defensor celoso de los derechos del débil, no un ambicioso que trató de extender su poder. Los príncipes no están excusados de las leyes divinas, y el Papa era el único que podría hacerlas cumplir á aquél. Por amor de la justicia no temió adquirir un enemigo poderoso y aumentar los difíciles negocios de su pontificado.

No fué ménos grave la discusion ocurrida con Juan sin Tierra, rey de Inglaterra, por causa de la eleccion del Arzobispo de Cantorbery. Pertenecía esta eleccion á los Monjes; pero pretendía el rey intervenir en ella siempre que ocurría. Habiendo muerto el Arzobispo el año 1205, los jóvenes eligieron á Reinaldo, á quien enviaron á Roma á pedir su confirmacion: pero sabida esta eleccion, y temiendo al rey, eligieron los ancianos á Juan Grayo, á quien el rey quería. Sabedor Inocencio III, anuló la eleccion de uno y otro como claramente anticanónica, y nombró á Estéban Langhton, significándolo á los Monjes y al rey.

Creyó éste violados sus derechos y se abandonó á grandes excesos de furor. Prohibió á Langhton la entrada en el reino, apresó y desterró á los Monjes de Cantorbery, y se apoderó de sus bienes. Procuró el Pontífice con suavidad y paciencia aplacar al irritado monarca, y por espacio de tres años estuvo aguardando que reconociese la razon. Pero como no llegaba este caso á pesar de las repetidas cartas, legaciones, amonestaciones y amenazas, puso su reino en entredicho.

Esto solo sirvió para irritar más al rey, que declaró una abierta persecucion á los Obispos y al Clero. Estos acudieron á Roma con tan graves quejas del rey, que no podrían tolerarse más tiempo, por lo cual el Papa le excomulgó nominalmente el año 1212. En seguida le declaró indigno de gobernar á un pueblo cristiano, vistas las atrocidades que cometía, y absolvió á sus súbditos del juramento de fidelidad. Además concedió á Felipe Augusto que le hiciese la guerra como á enemigo de Dios y de la Iglesia, y se apoderase de sus Estados. Los barones ingleses se declararon

© Biblioteca Nacional de España

en oposicion contra el tirano y le obligaron á firmar la carta de sus libertades.

En vista, pues, de tantos peligros como le atraía su temeridad, no tuvo más remedio que ceder. Admitió á Langhton, levantó el destierro á los Obispos y Monjes, restituyó los bienes á las Iglesias y resarció los daños que había causado, y, por último, ofreció su reino á la Iglesia Romana. Desde este momento no solo fué absuelto, sino que el Papa se declaró su defensor. En todas estas peripecias pasaron cerca de ocho años, y, por lo tanto, no se puede acusar al Papa de precipitacion. Solo obró así por hacer prevalecer el derecho y la libertad en las elecciones eclesiásticas, lo cual no puede ser más justo.

Si de tal manera trabajó por la independencia y derechos de la Iglesia en lo espiritual, no descuidó los intereses de sus dominios temporales, atacados por el emperador de Alemania Oton IV. Debía éste al Papa su corona y haber quedado dueño del imperio despues de la muerte de su competidor Felipe de Suavia. Agradecido en un principio, juró que se realizarían con toda libertad las elecciones eclesiásticas, y prometió respetar las posesiones de la Iglesia Romana. Mas áun no trascurrido un año, olvidado de sus promesas, reclamó derechos de soberanía sobre la Italia, é intentó apoderarse de Sicilia, de la cual había sido investido Federico II, hijo del emperador último, y pupilo de la Santa Sede. Amonestó el Papa á Oton, le reprendió, y persistiendo en sus ambiciosos propósitos, acabó por excomulgarle el año 1211. Entónces, los príncipes alemanes, reunidos en Luremberg, destituyeron del imperio al perjuro monarca, y eligieron por unanimidad al jóven Federico II. Oton apeló á las armas, pero fué vencido y se retiró á su ducado de Brunswich, en donde murió. Federico fué coronado con la condicion que renunciaría á la Sicilia en cuanto estuviera en posesion de sus estados; y lo juró así, proclamando además á Inocencio III como á su bienhechor y padre. Pero despues de la muerte de este Papa, causó más sinsabores á la Iglesia que ninguno de sus predecesores, y fué preciso excomulgarle y deponerle, como lo hizo

© Biblioteca Nacional de España

Inocencio IV en el Concilio ecuménico de Lion, el año 1245 (1).

Tales son las principales peripecias de las luchas llamadas del Sacerdocio y el imperio, y continuadas todavía en los siglos posteriores: en ellas, la razon, la moderacion y la justicia estuvieron de parte de los Papas, y las agresiones, la violencia y la perfidia de parte de los emperadores. Los primeros defendían la libertad de la Iglesia y sus dominios temporales; los otros querían subyugar á la Iglesia y restablecer en Italia el trono de los antíguos césares sobre las ruinas del poder temporal de los Pápas. Tal era la cuestion.

No terminaremos este capítulo sin dedicar algunas líneas á vindicar la memoria de Bonifacio VIII, tan calumniado por sus enemigos.

Le acusan éstos de haber subido al sólio Pontificio obligando á abdicar á su predecesor San Celestino V. El erudito Palma ha demostrado con testimonios de escritores contemporáneos, que Bonifacio VIII, no solo no empleó ninguna astucia para conseguir la abdicacion mencionada, sino que procuró disuadirla. Es cierto que puso á San Celestino en custodia; pero ésta fué honrosa y llena de consi. deraciones, y solo con el objeto de evitar un cisma, pues algunos revoltosos decían que la abdicacion era nula, y querían abusar de su sencillez.

Bonifacio VIII, coronado el 2 de Enero de 1295, entró en Roma á caballo llevadas las bridas por los reyes de Sicilia y de Hungría. Esto les ha parecido á los detractores de este Papa un orgullo desmedido; pero deben recordar que este ceremonial ya se había usado en otras ocasiones, y que era un obsequio voluntario de aquellos piadosos monarcas.

Dejemos estas y otras acusaciones y vengamos á la principal que atañe á la discordia con Felipe el Hermoso, rey de Francia.

---

(1) Véase Hurter, *Historia de Inocencio III y de su siglo*, con la introduccion de Jager.

© Biblioteca Nacional de España

Hallándose éste en guerra con el rey de Inglaterra, impusieron ambos al Clero y á las Iglesias muchas exacciones y tributos, de que estaban inmunes segun los cánones. Pero llegando á ser estos impuestos sumamente excesivos, el Papa publicó la famosa Bula *Clericis laicos*, por la que prohibía á todo miembro del Clero pagar cualquier subsidio sin licencia expresa de la Santa Sede; amenazaba con la excomunion á cualquiera que los exigiera, y con el entredicho á las ciudades que consintieran en pagarlos.

No tenía motivo Felipe el Hermoso de resentirse por esta Bula, que se dirigía especialmente contra los abusos del rey de Inglaterra, y no hacia otra cosa que renovar las disposiciones canónicas sobre lo mismo. Por otra parte, le constaba la benevolencia con que el Papa miraba á él mismo y á toda su familia. Sin embargo, respondió á la Bula con un edicto prohibiendo la entrada en su reino á todo extranjero, toda apelacion á la Silla Apostólica, y el envío de todo subsidio al Papa. Viendo éste el mal efecto que su Bula había causado, escribió al rey asegurándole su amistad, y que haría vender hasta los cálices de las Iglesias ántes que exponer al menor peligro al reino de Francia; y además autorizó al Clero para proporcionarle recursos en caso de urgente necesidad.

No por eso se aplacó Felipe, ni quiso revocar su edicto, ni áun explicarlo, á pesar de las reiteradas instancias del Papa, que le consideraba contrario á la libertad eclesiástica, y, sobre todo, privaba de recursos para la proyectada expedicion á Tierra Santa. Por el contrario, el rey se apoderó de los bienes de muchas Iglesias, de los legados para obras pías y de los diezmos destinados para las cruzadas. Siendo inútiles las amonestaciones del Papa, le envió uno tras otro dos Legados, para que se abstuviese de violar los derechos é inmunidades de la Iglesia; pero Felipe, contra el derecho de gentes y sin respetar el sagrado carácter que tenía, hizo poner en la cárcel al segundo, que era Bernardo, Obispo de Pamiers.

Agotada la paciencia del Papa despues de tanto tiempo

© Biblioteca Nacional de España

de contemplaciones, publicó dos Bulas: una *Salvator mundi*, suspendiendo todos los favores concedidos á Felipe y á sus consejeros, y otra la célebre *Ausculta fili*, en la cual le recordaba que, por muy elevado que estuviese, se hallaba sujeto á las leyes de la justicia, y obligado á reparar las exacciones y arbitrariedades que cometía. Esta Bula fué quemada públicamente por el conde de Artois de órden del rey; y en los Estados generales del año 1302, se lanzaron atroces injurias contra Bonifacio VIII.

Sin embargo, el Pontífice, lleno de prudencia y firme en su derecho, quiso oir todavía á los Obispos de Francia y los citó á un Concilio en Roma para el mes de Noviembre, bajo pena de excomunion. El rey les prohibió severamente salir de Francia; pero burlando las pesquisas de la policía, lograron acudir 39 y seis Abades. En aquel Concilio expuso el Papa sus multiplicadas quejas contra el rey de Francia y promulgó la Bula *Unam sanctam*, en la que se hace la distincion de los dos poderes y se recuerda la subordinacion de los reyes á la Iglesia, *no en razon del dominio, sino en razon del pecado*, es decir, *no como soberanos, sino como cristianos y pecadores*. En respuesta á esta Bula, Felipe el Hermoso, en una nueva Asamblea de los Estados, hizo declarar á Bonifacio hereje, intruso, simoniaco, apelando á un Concilio general. Al mismo tiempo dió órden á Guillermo de Nogaret de apoderarse del Papa, encerrarle como á un perturbador y proceder despues á elegir otro Pontífice. Entre tanto Bonifacio tenía preparada la Bula de excomunion y deposicion del rey; pero ántes que la publicase cayó en poder de Nogaret, ayudado del sobrino de los Cardenales Colonna, llamado Sciarra. Lograron entrar por traicion en Agnani al frente de 300 caballos, y apresando al Papa, le colmaron de injurias, y segun algunos, Sciarra le abofeteó con su guante de hierro.

Mas al cabo de tres dias se sublevó la ciudad contra aquellos aventureros y libertaron al Pontífice, el cual perdonó á Sciarra con la mayor generosidad. Un mes despues murió (el año 1303) declarando que perdonaba de corazon á todos sus enemigos. Tal fué este Pontífice, verdaderamente gran-

© Biblioteca Nacional de España

de, y que llenó de gloria los principios de su siglo, y no como le pintan sus enemigos (1).

Como no escribimos una historia eclesiástica, no podemos continuar haciendo la defensa de otros Pontífices, pero podemos asegurar que hay muy pocos dignos de censura, por más que la calumnia se haya cebado en ellos. Los adversarios nada omiten por denigrar la memoria de los Papas, porque éstos son una de las más ilustres glorias de la Iglesia católica; pero los historiadores imparciales, aunque sean protestantes ó incrédulos, no pueden ménos de prodigarles sinceras alabanzas.

CAPITULO II.

Los Santos.

La santidad no es otra cosa que la elevacion ó la sublimidad de la virtud. El hombre que sea más virtuoso será el más santo.

En sentido más extricto, se llama santo el que profesando la verdadera religion cumple fielmente todos sus deberes, religiosos y civiles, es de costumbres puras y carece de los vicios de la humanidad.

Pero en sentido propio y rigoroso, se llama santo el que, no solo está exento de vicios y cumple sus deberes, sino que además practica las virtudes cristianas en grado heróico y los consejos del Evangelio. Como la recompensa cierta de tales virtudes es la felicidad eterna en el Cielo, la Iglesia declara que algunos las han practicado de este modo, y los da á conocer como *Santos*, y autoriza á los fieles á acudir á su intercesion.

En vano se buscarán Santos fuera de la Iglesia católica: la herejía y el cisma fueron estériles para producirlos. Les falta la fe y la caridad, y sin esto no puede haber virtudes

(1) Véase Palma, *Prælect. Hist. Ecc.*, tom. III, cap. 29.

© Biblioteca Nacional de España

sobrenaturales ni verdadera santidad. Glorioso es para la Iglesia católica ser la única que forma Santos (1), es decir, la única en la que se practican todas las virtudes en grado heróico.

Porque la Iglesia católica tiene héroes de todas las virtudes: de la caridad, como San Vicente de Paul; del apostolado, como San Francisco Javier; de la penitencia, como el Stilita; de la mortificacion, como San Pedro de Alcántara; de la humildad, como San Francisco de Asís; del amor, como Santa Teresa de Jesús; de la contemplacion, como Santa Clara; de la pureza, como San Luis Gonzaga. Ella cuenta en su seno innumerables Santos en todos los siglos y en todos los países, de todos los estados, de todas condiciones y de todas las edades, desde el poderoso monarca, como San Fernando, hasta el humilde labrador, como San Isidro; desde el glorioso Papa, como San Pío V, hasta el pobre pastor y lego San Pascual Bailon; desde el sábio universal, como Santo Tomás de Aquino, hasta el rudo y sencillo San Alejo; lo mismo en el estado del matrimonio que en la virginidad, formados en el bullicio de las córtes como en el retiro del cláustro; Sacerdotes y seglares, jueces, médicos, soldados y artesanos, hombres y mujeres, ancianos y niños. Divina es una religion que de tal manera manifiesta en tantos y tan diversos de sus miembros su propia santidad.

Pero los Santos conocidos y honrados como tales, á pesar de que se cuentan por millares, solo son un pequeño número de bienaventurados. Hay millones de mártires cuyos nombres sabe solo Cristo; hay millares de Santos cuyos nombres llenan volúmenes y nosotros no conocemos; y, sobre todo, hay la inmensa multitud de fieles santificados en una vida oscura, cuyas virtudes eran ignoradas de todos, excepto de Dios, para quien todo es manifiesto; y

(1) El sábio Cardenal Gerdilio escribió una elegante disertacion sobre el tema: *La Iglesia que forma Santos es la verdadera Iglesia de Jesucristo.* Véase la segunda parte de esta obra, cap. 5.°, párrafos 2.° y 5.°

© Biblioteca Nacional de España

tambien la innumerable de aquellos que, habiéndose dejado seducir por los halagos de las pasiones, tuvieron la felicidad de purificarse por la penitencia. Todos estos reinan con Jesucristo en el Cielo, como los hijos más felices de su esposa la Iglesia, que ha conseguido en ellos el objeto de su institucion.

Mas para que la Iglesia declare que alguno merece los honores de la santidad, se requiere, no solo que haya practicado las virtudes en grado heróico, sino tambien que Dios haya concedido señaladas mercedes y haya obrado milagros por su intercesion. El exámen que se hace de esto es tan minucioso, tan severo y tan detenido, que no es posible lugar á error; además de que Dios no niega en este caso la asistencia contínua que prometió á su Iglesia. Y todos los dias se hacen nuevas canonizaciones, lo que prueba que siempre hay en la Iglesia héroes de la virtud.

Cuando la Iglesia canoniza á alguno, intenta dar una prueba pública de cuán preciosa es á sus ojos la santidad que merece un culto; pero quiere que este culto consista principalmente en la imitacion de aquellas virtudes que honra en los Santos; los cuales fueron hombres sujetos á las mismas miserias y á las mismas tentaciones que nosotros, pero supieron hacerse superiores á ellas con el auxilio de la divina gracia.

Los Santos son los hombres más útiles á la humanidad, porque todos tenían el sentimiento más vivo de la justicia, para dar á cada uno lo suyo, y procuraron conformar á ella todas sus acciones; y amaron sinceramente á todos los hombres considerándolos como hermanos. Sus ejemplos y sus virtudes obran de un modo saludable sobre las costumbres públicas. Si todos obrasen como ellos, el mundo sería un Edem.

Hé aquí cómo los Santos son la gloria más positiva de la Iglesia católica, no solo bajo el aspecto religioso, sino bajo el aspecto puramente temporal. Por eso tiene una exactitud incontestable el dicho de Montesquieu, que la religion que parece no tiene otro objeto que la felicidad de la otra vida, hace tambien nuestra dicha en ésta. Cuanto más re-

© Biblioteca Nacional de España

ligiosos son los pueblos, son tambien más prósperos y felices.

De modo que la Iglesia brilla con sus Santos en el tiempo y en la eternidad. Lo primero, presentando al mundo modelos de bien obrar en todas las condiciones de la vida, y estímulos para vencer las dificultades de la virtud: lo segundo, ostentando los resplandores de sus coronas. En la tierra forma los Santos que luégo han de reinar en el Cielo: ella los nutre con su doctrina, con sus sacramentos, con sus instituciones y con la esperanza del premio que propone en nombre de Dios, y despues les tributa regocijada públicos honores.

Teniendo esto presente, vamos á considerar á los Santos en sus principales caractéres, y se verá que de cada uno de ellos resulta á la Iglesia una gloria especial.

§ I.—*Los mártires.*

El entusiasmo por una idea, el valor para sostener una causa, parece que no puede llegar más allá que á derramar la sangre en su defensa. Pero el sacrificio de la vida es más ó ménos precioso, segun los tormentos que le acompañan. Y aún hay alguna cosa más terrible que los tormentos; á saber, el desprecio, la infamia y la calumnia.

No es difícil hallar algunos hombres que den su vida por un principio; pero sí es difícil hallar quien la dé en medio de los más atroces tormentos. No es difícil que algunos hombres arrostren una muerte segura con la esperanza de que muchos los compadecerán y otros admirarán su heroismo; pero es sumamente difícil que, pudiendo evitarlo, se resignen á morir cargados de la execracion y del desprecio público. Para esto se necesita un valor sobrehumano. Y en este caso sería posible hallar alguno que levantase generosamente sus convicciones por encima de toda mira terrena; pero sería imposible hallar muchos de todas condiciones y edades y sexos, en todos los tiempos y en todos los países.

Pero la Iglesia católica ha tenido siempre innumerables

© Biblioteca Nacional de España

de sus hijos dispuestos á dar su vida por ella; y no solo su vida, sino en medio de los más espantosos tormentos, acompañados de la infamia, de la calumnia y del ódio de los pueblos. Esto no podía suceder sin un auxilio sobrenatural.

No se hallará en los héroes más renombrados de la historia un valor y constancia semejantes al de los mártires: ni rasgos iguales de grandeza en los guerreros más robustos, y en las madres más animosas de la estóica Esparta. La fe cristiana trasforma y purifica los sentimientos naturales del corazon humano y los eleva hasta el más sublime heroismo. Así es como las Santas matronas Sinforosa y Felicidad, semejantes á la madre de los Macabeos, sacrificaron cada una siete hijos por la fe; y otras muchas alentaban á los suyos al martirio. Nada hay más grande que esta victoria de la religion sobre el corazon de las madres, á no ser que se le pueda comparar el valor y la fortaleza que comunicaba á los niños.

Era maravilloso. Marchaban con la mayor alegría al suplicio, y sufrían impávidos los tormentos más atroces niños y doncellitas apenas salidos de la infancia. El niño Barula tenía apenas siete años cuando fué martirizado en presencia de su madre: Orillo, niño pequeño de Cesárea, sufrió el suplicio con el mayor valor: los Santos hermanos Justo y Pastor, el uno de siete y el otro de nueve años, tuvieron un martirio glorioso: San Víctor tenía once años, la Vírgen Inés doce y Pancracio catorce. ¡Qué triunfos para el Catolicismo! Tales milagros obra la gracia del Señor, que se complace en manifestar su poder valiéndose de las criaturas más débiles. *Infirma mundi elegit, ut fortia confundat.* Así nadie puede dudar que la victoria se debe á un auxilio sobrenatural.

Al leer las *Actas de los mártires*, se comprende toda su grandeza. No se sabe qué admirar más; aquellas escenas de horror, de crueldad y de carnicería de parte de los verdugos, ó la serenidad, la fortaleza, la decision y el heroismo de los mártires. No tenemos espacio para citar nombres propios y referir sus gloriosos combates, que en otro

© Biblioteca Nacional de España

caso, ¿cuánto no podríamos esforzar nuestra prueba sin salir de nuestra España, con los ilustres martirios de San Vicente, San Lorenzo, San Cucufate, atletas de la fe, y los de las Vírgenes Justa y Rufina de Sevilla, Eulalias de Mérida y Barcelona, Leocadia de Toledo, Sabina y Cristeta de Avila y otros innumerables, gloria de España y de la religion?

Porque hay que tener en cuenta que ha habido millares de mártires de todas clases, sexos y edades, no solo en una época, sino en toda la duracion de la Iglesia; no solo en un país, sino en toda la extension de la catolicidad. En el espacio de diez y nueve siglos ha sufrido la Iglesia veinte crueles persecuciones generales, y muchas parciales, y en todas ellas se han repetido los mismos hechos: el mismo generoso desprecio de la vida por parte de los mártires, la misma paciencia en los tormentos, la misma constancia y la misma intrepidez. Solo un principio divino puede formar tales y tantos héroes. Por eso ninguna religion tiene mártires fuera del Catolicismo.

En nuestro siglo se han repetido en la China y en el Japon las mismas escenas de los tiempos de Diocleciano (1). La Iglesia ha tenido la gloria de ver aumentarse con muchos nombres el glorioso catálogo de sus mártires, y al escribir estas líneas, llega la noticia del martirio del Padre Hué (2) en el último mes de Setiembre. Y, sin embargo, los misioneros se disputan el honor de ir á aquellas lejanas regiones á derramar su sangre por Jesucristo. El espíritu de los hijos de la Iglesia es siempre el mismo como su fe (3).

---

(1) Solo en el año 1861 fueron sacrificados en la China 16.000 *mártires*.

(2) Juntamente con otro Sacerdote indígena llamado Jay. Fueron arrastrados por las calles y bárbaramente apaleados hasta su muerte.

(3) Léase como muestra la relacion del martirio del P. Marchand en Cochinchina en el mes de Noviembre de 1835. Despues de haberle quemado los miembros con pinzas de hierro candentes, le encerraron en una jaula de

© Biblioteca Nacional de España

Lo admirable en esto es que los tormentos con que se castiga á los misioneros en aquellos países son tan horrorosos, que sobrepujan á lo más atroz que puede concebir la imaginacion (1), y son capaces de desalentar á los hombres más animosos; pero léjos de eso, cada dia es mayor el valor de los misioneros. Parece que las persecuciones redoblan su actividad y que el matirio tiene para ellos el mayor atractivo. No es extraño; despues de los suplicios de un dia esperan con amoroso deseo la corona del reino celestial.

En otro tiempo la paciencia de los mártires desarmó á los verdugos, que arrojando sus hachas, se apresuraron á entrar en esta Iglesia que comunica tan admirable fortaleza á sus hijos. Lo mismo debemos esperar que sucederá en aquellas salvajes regiones. Todo suelo regado con sangre de mártires, se hace para siempre fecundo en hijos de la fe. Es la fecundidad de la Iglesia, cuyos partos son dolorosos y sangrientos, aunque bendecidos por Dios.

§ II.—*Anzoretas, ascetas, etc.*

Los mártires, al sufrir la muerte, atestiguan que la fe católica es verdadera; los penitentes voluntarios, no mé-

---

dos piés y medio de alta, tres de larga y dos de ancha, de manera, que tenía que estar con la barba pegada á las rodillas, y así le tuvieron mes y medio. El dia de la ejecucion cinco verdugos á la vez estaban encargados de atormentarle. Primero le agarraron las piernas y los muslos con unas tenazas hechas ascua que se pegaron á la carne, produciendo unas horrorosas llagas: cuya operacion se repitió por tres veces en diferentes puntos. En seguida le ataron á una horca y le cortaron de un golpe dos pedazos de carne de medio pié de largos, y así continuaron cortándole pedazos y arrojándolos al suelo. En medio de esta horrible carnicería espiró el mártir. Todavía le fué cortada la cabeza, y por un exceso inaudito de barbárie, fué molida en un mortero y arrojada al mar.

(1) Al repasar este artículo, sabemos que la revista de Lyon, *Les Missions catholiques*, ha recibido noticias de Tong-King, fecha 19 de Enero de este año 1874, segun las cuales han sido incendiadas 84 poblaciones cristianas y degollados tres Sacerdotes indígenas y más de 300 fieles.

© Biblioteca Nacional de España

nos admirables que los mártires, al mortificar sus cuerpos, atestiguan que su moral es sublime.

No es posible ponderar como se merece la virtud austera de aquellos hombres que por alcanzar la perfeccion cristiana, consagraban su vida á la penitencia, al ayuno, al trabajo y á la oracion en lo más retirado de los desiertos. Su soledad era tan completa, que muchas veces no podía llegarse á su miserable vivienda sino despues de muchos dias de camino: su alimento estaba reducido á doce onzas diarias de pan, agua de la fuente y á veces algunas legumbres secas. El tiempo que no dedicaban á la contemplacion ó á un breve sueño sobre hojas secas, lo empleaban en hacer esteras y cestos de junco, con lo cual vivían sin ser gravosos á nadie y aún les sobraba para dar á los pobres. Vestían una pobre túnica de hilo, sobre la cual echaban un manto de lo mismo cuando iban á la poblacion llevados por la necesidad ó la caridad.

Grandiosa figura presentan entre los hijos de la Iglesia aquellos venerables Patriarcas de los desiertos de la Tebaida, de la Palestina y de la Siria, que parece se proponían abolir el hombre animal y trasformarlo en un sér puramente angélico. No presenta la antigüedad nada superior á estos hombres cargados á la par de años y de virtudes, de canas y de obras santas.

Algunos llevaban sus penitencias hasta un grado increible. Unos guardaban un contínuo silencio hasta su muerte; otros se privaban del sueño tan excesivamente, que eran llamados *acemetas* (no durmientes); otros se abstenían muchos dias seguidos de alimento, ó el escaso que tomaban era mezclado con ceniza: San Macario de Alejandría pasaba toda la cuaresma de pié sin comer otra cosa que algunas hojas el domingo, y San Simon el Estilita vivió por espacio de treinta años encima de una columna (1).

(1) Los peregrinos acudían en tropel á la columna de este Estilita: las reinas de Arabia y de Persia pedían su intercesion, y el emperador Teodosio II sus consejos; y hasta los sarracenos se disputaban en vida sus bendiciones y despues de muerto sus reliquias.

© Biblioteca Nacional de España

Tan asombrosas penitencias excitaban una veneracion universal á los solitarios, y el ejemplo de éstos santificaba á los fieles y los volvía fervorosos. Entre ellos se propagó la vida ascética, observada en el siglo con la posible exactitud, y muchos se fueron á los desiertos y á los Monasterios. Los que vivían en comun, hacían profesion de continencia perfecta, pobreza y obediencia. Tal fué el orígen de la vida monástica (1). Divina es una religion que de tal manera consigue en sus hijos el triunfo absoluto del espíritu sobre la materia.

Porque no eran solo algunos pocos los que abrazaron esta vida, sino que se multiplicaron de tal manera, que parecía haberse hecho comun entre los fieles. «Cinco mil de estos Religiosos habitaban el monte Colsim; quinientos en un solo Monasterio; donde segun la tradicion, había habitado fugitivo Jesús siendo niño: mil en otro de la Tebaida, donde solo entraba el que estaba dispuesto á no salir de él, y cerca de dos mil junto á Antinoopolis. En Oxirinca llegó el número de Monjes á ser mayor que el de ciudadanos: veinte mil vírgenes y diez mil Monjes hacían resonar el aire, dia y noche con alabanzas al Señor, y ejercían la hospitalidad y las obras de misericordia. Sin contar los muchos Monasterios pequeños; en el de Tabena, en la Tebaida superior, estaban inscritos mil cuatrocientos Monjes, y cuando acudían por la Pascua de todas partes, ascendían á cincuenta mil... Separados así del mundo, no solamente con el corazon y el entendimiento, sino tambien con el cuerpo y los miembros, parecía que no necesitaban ya, ni ideas para la vida intelectual, ni alimento para la material, semejantes á muchos helechos que ostentan su alegre verdor sobre las rocas más desnudas, ó al arbusto que sin

(1) Se distinguían cuatro clases de penitentes: *cenobitas*, con habitacion, vida y ejercicios comunes; *eremitas*, que vivían en grutas y campos separados; *anacoretas*, solitarios de desierto en desierto y *errantes*, que vagaban por las aldeas dando buenos consejos y distribuyendo objetos de devocion, etc.

© Biblioteca Nacional de España

raíces en la tierra crece solo con la sávia que recibe de arriba» (1).

La Iglesia opone al sensualismo mundano, fuente de todos los vicios, la penitencia cristiana, madre y sostenedora de todas las virtudes. Jamás han faltado en ella estos ejemplos heróicos de mortificacion, y de renuncia generosa de los placeres de la vida, y del amor propio; y todavía pueden admirarse en los Conventos de Cartujos y Trapenses de uno y otro sexo.

Despues de una vida tranquila y pura, que se prolonga hasta una ancianidad venerable, porque ha estado exenta de vicios, y de las inquietudes del siglo, espiran dulcemente pronunciando el nombre de Dios, y su alma entra en la bienaventuranza que ha merecido su dichosa penitencia. Su muerte es un triunfo: por eso no dicen de uno: «Fulano ha muerto», sino «ha llegado á su perfeccion» (2).

§ III.—*Vírgenes.*

Tampoco han faltado en la Iglesia ejemplos numerosos de vírgenes que se retiraban al desierto y vivían en la más austera penitencia; pero de éstas puede decirse lo que acabamos de escribir en el párrafo anterior.

Hablamos de aquellas que voluntariamente consagran al Señor su virginidad, y hacen el sacrificio de su juventud, de su belleza y de sus gracias para conquistar la corona inmortal de la gloria.

Desde los primeros siglos ha habido vírgenes en la Iglesia, y ha sido honrada la virginidad con privilegios y distinciones casi iguales que el martirio.

Desde los primeros siglos se gloriaba la Iglesia de sus

---

(1) Cantú, *Hist. Univ.*, lib. VI, cap. 29.

(2) San Juan Crisóstomo ensalza en muchos lugares de sus obras la tranquilidad y dignidad de la vida monástica; pero principalmente en las homilias 68 á 72 inclusive y en los tres libros *Contra los vituperadores de la vida monástica*. Véanse los trozos que cita Cantú, libro VII, cap. 18, nota E

© Biblioteca Nacional de España

vírgenes. «Entre nosotros, escribía San Justino en el siglo II, hay muchas personas de ambos sexos, de 60 y 70 años de edad, que desde su infancia fueron instruidas en la doctrina de Jesucristo, y perseveran en la castidad; y me obligo á presentar ejemplos de ellas en todas las clases de la sociedad». Desde el siglo IV estas vírgenes empezaron á vivir en comunidad.

Ellas estaban encargadas de todas las obras de caridad y delicadeza, recogían las limosnas y las distribuían á los enfermos; visitaban á los encarcelados, asistían á los mártires, besando sus heridas, y recogiendo su sangre y sus reliquias. Cuando ellas mismas comparecían en los tribunales manifestaban tal heroismo, que dejaban atónitos á los mismos verdugos. Su vida, segun la frase de Tertuliano, era un contínuo aprendizaje del martirio. Conociendo los paganos el aprecio que hacían de su virginidad, las condenaban á ser violadas, creyendo que esta amenaza sería bastante para inducirlas á la apostasía. Pero el Señor se encargaba de defender el pudor de sus esposas con insignes milagros, ó ellas mismas se mutilaban para inspirar horror y con esto defender su pureza. Otras veces la majestad de su virtud desarmaba á los que osaban atacarla.

Fleuri nos ha hecho la descripcion del género de vida de las vírgenes: «De nada servía la virginidad si no estaba sostenida por la mortificacion, el silencio, el retiro, la pobreza, el trabajo, los ayunos, las vigilias, las oraciones contínuas. No se tenían por verdaderas vírgenes aquellas que aún querían tomar parte en las diversiones del siglo, áun las más inocentes; tener largos coloquios, hablar con afectacion, aparentar mucho agrado, y mucho ménos aquellas que querían embellecerse, adornarse, perfumarse, arrastrar hábitos largos y andar con cierto aire misterioso. San Cipriano recomienda contínuamente á las vírgenes que renuncien á los vanos atavíos y á todo lo que hace resaltar la belleza. Conocía perfectamente cuánta aficion tienen las jóvenes á estas bagatelas, y sabía sus perniciosas consecuencias. En los primeros tiempos, las vírgenes consagradas á Dios, la mayor parte estaban en casa de sus padres ó

© Biblioteca Nacional de España

vivían aisladas dos ó tres, y no salían más que para ir á la Iglesia, donde tenían un lugar separado de las demás mujeres. Si alguna quebrantaba su santa resolucion por casarse, se la ponía en penitencia» (1). Más tarde se reunieron en comunidad bajo ciertas reglas y votos solemnes, y desde entónces son conocidas con el nombre de *Monjas*. Los escritores y oradores católicos las han prodigado los títulos más honoríficos manifestando el singular aprecio en que han sido tenidas siempre estas *flores de la Iglesia, obra maestra de la gracia, ornato de la naturaleza, ángeles en carne humana, que viviendo en la tierra, parecen ya pertenecer á la familia de los Cielos*. No tenemos espacio para seguir añadiendo las bellas frases que han merecido las vírgenes, que en otro caso formaríamos el ramillete más precioso y fragante de todas las glorias de la Iglesia.

Pero, ¿quién podrá hacer dignamente los elogios de esas mujeres angelicales, cuya vida es la condenacion más explícita de la liviandad del siglo? Las hijas de Santa Brígida, de Santa Teresa, de Santa Clara, de San Vicente de Paul y otras innumerables congregaciones, en que ha sido tan fecunda la Iglesia católica, brillan como estrellas simpáticas en el cielo de nuestra Santa Religion; y tan grande como el de las estrellas ha sido su número. Puras como el armiño, en medio de la corrupcion del mundo, elevan al Cielo fervorosas oraciones, y Dios, que estaba pronto á perdonar á Sodoma y Gomorra si hubiere en ellas cinco justos, escucha sus ruegos inocentes, y en consideracion á ellas, detiene su brazo dispuesto ya á caer sobre los escándalos de la tierra con un castigo ruidoso. Todavía tenemos la dicha de ver entre nosotros los ejemplos de estas santas vírgenes, pues la revolucion, que ha hecho guerra á todo lo sagrado, ha respetado sin embargo hasta ahora (con algunas dolorosas excepciones) los Conventos de Monjas, asilos de la inocencia y de la virtud.

---

(1) Fleuri, *Costumbres de los cristianos*, segunda parte, número 26. Las viudas que renunciaban á las segundas nupcias vivían poco más ó ménos como las vírgenes.

© Biblioteca Nacional de España

Las sectas disidentes no pueden presentar estos ejemplos de pureza y de santidad, y careciendo de ellos, aparentan despreciarlos. Pero en el mero hecho de no tener esta virtud tan recomendada y glorificada en la Sagrada Escritura, demuestran, mal de su grado, que no siguen su letra ni su espíritu, y que les falta el principio divino de las virtudes heróicas.

Solo la Iglesia católica puede blasonar de practicar en esta parte como en todo la perfeccion evangélica, y tiene para este objeto numerosas instituciones.

Admirable es la elevacion de virtudes que esta madre divina desarrolla en unas débiles mujeres. Este sexo frívolo y ligero, por lo general en la juventud, idólatra de sí mismo, vano y presumido en su efímera belleza, que necesita inciensos y flores y halla todo su placer en devaneos, renuncia generosamente al mundo y á sus vanidades, y sacrifica sin pesar aquella hermosura, que es para muchas causa de su perdicion; se separa de los amantes brazos de su madre y del cariño de toda su familia, se despoja de sus galas y va á encerrarse entre las paredes de una celda, con un tosco sayal por vestido, legumbres por alimento, y tal vez una pequeña huerta por horizonte. Hace voto de perpétua castidad, apaga los estímulos de las pasiones, ora y trabaja, ayuna y vela, y mortifica su carne con tanto rigor como si tuviera que castigar en ella numerosos pecados. No quiere poseer cosa alguna, y ni siquiera tiene voluntad propia. Vive en la tierra, pero su pensamiento y su corazon están siempre en el Cielo. Compárese esta mujer con las que viven en el siglo y se apreciará cuánta es la trasformacion que la gracia opera en la naturaleza.

Recuérdese que esta admirable victoria se viene repitiendo sin interrupcion desde el orígen de la Iglesia en todas las clases sociales, y que tiene nombres tan gloriosos (además de los ya citados) como las Escolásticas, Rosas, Catalinas, Gertrudis, Juanas, Franciscas, Magdalenas de Pazzi, Angelas, Mericia, etc., etc., y las que á su virginidad añadieron la dichosa palma del martirio, como Inés, Agueda, Lucía, Engracia y otras innumerables; y no se po-

© Biblioteca Nacional de España

drá ménos de convenir en que la divinidad de la Iglesia católica, apostólica, romana, se revela floreciente y esplendorosa en la virtud y santidad de sus hijos, ó que la santidad de éstos es un testimonio de la divinidad de aquélla. Jesucristo nos ha dado esta regla cuando nos enseñó que *por los frutos se conoce el árbol bueno.*

§ IV.—*Confesores.*

Si alguno dice que no hay Santos, hombres extraordinarios que han elevado sobre las fuerzas de la naturaleza, distinguiéndose de la generalidad de los hombres: si dice que él no puede derramar su sangre como los mártires, retirarse al desierto como los anacoretas, ó guardar perpétua continencia como las vírgenes, y que la práctica de estas virtudes es demasiado alta y difícil para poder imitarlas, podemos presentarle los ejemplos de los Confesores de uno y otro sexo que componen la gran mayoría de los Santos conocidos y han llegado á su silla en el Cielo practicando modestas virtudes y obras accesibles á todos. Estas virtudes, sin embargo, y estas obras fáciles y sencillas se elevan á un órden sobrenatural segun las disposiciones é intencion con que se hacen y el fin á que se dirigen.

Glorioso es para la Iglesia presentar este inmenso grupo de escogidos, *de toda tribu y lengua y pueblo y nacion, cuya multitud es tan grande que nadie la puede contar* (1), santificados cada uno en su propio estado y cumpliendo sus respectivas obligaciones. Este es el camino más ancho de la santidad, y nadie tiene disculpa en no seguirlo. Ella nos guía y nos da medios de avanzar en la perfeccion.

Los Santos Confesores vivieron en la sociedad, tuvieron su familia, sus hijos y sus intereses, ocuparon una posicion, ejercieron una profesion ú oficio, pero su corazon estaba desapegado de las cosas del mundo, considerándolas únicamente como medios de salvacion, y usando de ellas como dones de Dios. Otros se santificaron en las funciones del sa-

(1) Apocal.

© Biblioteca Nacional de España

cerdocio, en el retiro del mundo, ó en las obras de caridad. Sus virtudes pueden ser practicadas fácilmente por todos: pues no consistían en general en sajarse las carnes á disciplinazos, oprimirse con cilicios y debilitarse con ayunos, sino en ser *piadosos, prudentes, humildes, castos, y en guardar una vida inmaculada y sobria miéntras tuvieron aliento.* No es esto decir que muchos no se mortificasen de un modo prudente; pero principalmente hacían consistir su mérito en la fiel observancia de la ley divina, en la frecuencia de los sacramentos y en la justicia y la caridad con los prógimos. Tenemos, pues, modelos que imitar en todas las condiciones sociales, desde el rey hasta el artesano. Esto decimos á los que creen que los Santos fueron hombres oscuros, tétricos, ensimismados y enemigos del trato social. Todo al contrario, ellos vivían en el mundo lo mismo que todos y se hacían querer por su comportamiento, por su trato y por su amabilidad.

Hoy no solo envidiamos sus virtudes y el premio que por ellas disfrutan, sino tambien su suerte como ciudadanos, las puras satisfacciones de su vida y la tranquilidad de su muerte. Léase la vida de cualquier Santo de hace dos ó tres siglos, y compárese con los personajes de su época, al parecer más favorecidos de la fortuna: estúdiese su vida íntima, véase quién tenía más paz doméstica, menores inquietudes y cuidados, más salud, sueño más tranquilo y sosegado, y despues muerte más dichosa, y dígase con imparcialidad si era preferible la condicion del Santo á la del personaje afortunado; y si aquél fué más feliz en el tiempo como hoy tambien lo es en la eternidad.

§ V.—*Fundadores de Ordenes religiosas.*

Para el mundo y para la Iglesia son estos Santos sumamente apreciables, porque al santificarse á sí propios fueron insignes bienhechores de la religion y de la humanidad. Sus obras perseveran todavía, y puede decirse que viven ellos mismos en las instituciones durables que fun-

© Biblioteca Nacional de España

daron, que son los más preciosos ornamentos de la Iglesia.

Providencial es, sin duda, la prodigiosa fecundidad de esta madre santa que de época en época, segun las condiciones de los tiempos y las necesidades de sus hijos, producía á aquellos hombres extraordinarios, que daban origen á las diversas Ordenes religosas, tan eficaces auxiliares para que los hombres consigan su salvacion.

Dotados los fundadores de las virtudes más sólidas, de una piedad tierna y de una constancia á toda prueba, llenos de celo por la salvacion de sus hermanos, parecía el mundo pequeño para los ardores de su caridad. Animados por esto concebían un pensamiento grandioso y benéfico, que maduraban detenidamente en el retiro y en fervorosos coloquios con Dios. En seguida procuraban llevarlo á cabo venciendo dificultades insuperables, pero sin desanimarse por ellas. No tenían recursos, ni dinero, y, por el contrario, hallaban por doquiera contradicciones, y, sin embargo, trataban de extenderse por toda la tierra, publicando su obra, pero escondiendo humildemente su propia personalidad.

Pero las contradicciones multiplicaban la intensidad de su celo, su actividad y sus trabajos. Siendo pobres edificaban espaciosas casas y Conventos, mantenían á sus discípulos y tenían además para socorrer á otros pobres como ellos. *Nihil habentes, et omnia possidentes.* En breve eran la providencia del país en que se establecían y las gentes los colmaban de bendiciones. A su aparicion revivía la fe, renacían las prácticas piadosas, se reformaban las costumbres y terminaba la ignorancia y la miseria. ¿Quién había hecho tan grande obra? En vano se hubiera pretendido con recursos puramente humanos, y ménos sin ellos; pero la llevaba á cabo sin ningun recurso la fe de aquellos humildes hombres, y así nadie dudaba que su empresa merecía las bendiciones del Cielo.

Despues la aprobaban y bendecían los Romanos Pontífices; despues de examinarla detenidamente la daban su direccion acertada, sancionaban sus reglas y concedían privilegios á sus promovedores. Así, la Iglesia se encontraba

© Biblioteca Nacional de España

con una institucion nueva y la humanidad con un beneficio más.

Tal ha sido el orígen de las Ordenes religiosas, y tal el carácter de sus fundadores. Se observa que éstos aparecían despues de alguna calamidad de la Iglesia para cicatrizar sus heridas y al mismo tiempo dar nueva vida y actividad al movimiento católico. Despues del protestantismo, por ejemplo, se multiplicaron las Ordenes nuevas ó volvieron las antíguas á su primitivo fervor. Cada fundador tenía su carácter especial, que se revelaba en el instituto que planteaba, pero todos se proponían un fin santo y benéfico. Así es, que los fundadores ocupan con honor las páginas más nobles de la historia eclesiástica de su siglo. Los nombres de San Bernardo, Santa Teresa de Jesús, San José de Calasanz y San Vicente de Paul, entre otros, son la prueba de lo que acabamos de decir.

Si se examina la historia de todos y cada uno de los fundadores, se verá en ellos algo de prodigioso y sobrenatural, y no se podrá desconocer el dedo de Dios. Muchos fueron fundadores de Ordenes sin preverlo ellos mismos; se retiraban á la soledad, pero la fama de sus virtudes atraía á muchos que iban á ponerse bajo su direccion, como aconteció á San Benito, San Bruno y otros. Estas Ordenes nacían por sí mismas, por la voluntad de Dios. Otros se sentían como inspirados por un impulso interior, y reuniendo algunos compañeros, fundaban de hecho su Orden, pidiendo en seguida su aprobacion. Algunos encontraron proteccion en los Obispos y en los Reyes, que les alentaron en su pensamiento comprendiendo su utilidad. Los mismos soberanos invitaron con frecuencia á estos fundadores á que fuesen á establecerse en sus estados y dotaron sus establecimientos; pero fueron pocos los que tuvieron ésta fortuna. La mayor parte encontraron sérias oposiciones y resistencias como sucede en general á todos los iniciadores de los grandes pensamientos.

Pero una vez vencidas todas las dificultades y establecida su Orden, se veía á estos hombres superiores, olvidados de su propio mérito, rehusar en ella toda especie de auto-

© Biblioteca Nacional de España

ridad y querer vivir como simples Religiosos. Siempre la humildad es inseparable del verdadero mérito. Si les tributaban honores, se confundían; si los grandes les pedían consejo, lo daban sin presumir de sí mismos; si obraban milagros, y á consecuencia oían las reclamaciones de la multitud, no se envanecían un instante, sino que glorificaban á Dios, y despues de haber obrado grandes cosas, decían de corazon que eran siervos inútiles.

Como si estuvieran apagadas en su pecho todas las pasiones, no sentían, ni vanidad, ni orgullo, ni soberbia, ni otra cualquiera, y, por el contrario, como si estuvieran arraigadas en ellas todas las virtudes, manifestaban en todas sus acciones los sentimientos más santos y generosos. Habían llegado á tal grado de perfeccion, que habían de ser el modelo de todos cuantos posteriormente abrazasen su regla. Penitentes humildes, caritativos, piadosos y castos, cada uno parecía en su género una personificacion de todo el espíritu evangélico.

Jamás se llegará á tributar á los fundadores de las Ordenes los elogios que merecen, ya por sus virtudes personales, ya por sus benéficas instituciones.

Y hé aquí la superioridad de los héroes de la religion sobre los héroes del mundo. Estos, áun los más celebrados en la historia, apenas han dejado nada durable en pos de sí, á no ser tal vez ruinas, y á lo sumo, los beneficios que hicieron no se extendieron más allá de su país y de su siglo; pero los hérees del Catolicismo viven siempre en sus instituciones, que se hallan extendidas en todas las ciudades católicas, y todas las generaciones les deben algo. En breve tendremos ocasion de demostrarlo

De aquí se infiere cuánta es la gloria de la Iglesia católica de producir estos hombres admirables, honra de la religion y de la humanidad. Las sectas separadas, de cualquiera dominacion que sean, no pueden presentar nada semejante. Insistimos una vez más en este punto, áun á riesgo de ser pesados; porque en verdad, una de las pruebas más decisivas de la falsedad de las sectas, es la afrentosa esterilidad en que han caido despues de su separacion de la Igle-

© Biblioteca Nacional de España

sia católica. Este hecho manifiesta de un modo elocuente que son *ramas secas y cortadas del árbol*. Tal es la energía de esta frase que emplean con frecuencia los Santos Padres (1).

PARALELO ENTRE LOS FUNDADORES DE LAS ÓRDENES RELIGIOSAS Y LOS FUNDADORES DE LAS SECTAS.

No se necesita emplear largos razonamientos para demostrar que los primeros son la antítesis más completa de los segundos en su vida, en su carácter, en sus doctrinas, en sus obras y en las consecuencias de éstas para la religion y para la sociedad.

En vano se buscará un solo heresiarca que merezca el nombre de Santo, ni áun en apariencia siquiera. Por el contrario, es indudable que los fundadores de las sectas fueron en general hombres viciosos, soberbios, altaneros é intolerantes. Pasaremos por alto los antíguos heresiarcas, pintados con los más negros colores por sus contemporáneos, y nos fijaremos únicamente en los fundadores del protestantismo. Seremos breves, porque este es un punto

(1) Hé aquí los principales fundadores de las Ordenes: San Antonio, Patriarca de los Monjes; San Pacomio, de los cenobitas; San Benito, fundador de la Orden de su nombre; San Agustin, cuya regla siguen un gran número de congregaciones; San Basilio, de la Orden de su nombre; San Columbiano, de muchos Monasterios célebres; San Roberto y despues San Bernardo, de la del Cister; San Romualdo, de los Camaldulenses; San Norberto, de los Premostratenses; San Bruno, de los Cartujos; San Francisco de Asís, de los Hermanos Menores; Santo Domingo, de los Padres predicadores; San Francisco de Paula, de los Mínimos; San Ignacio, de los Jesuitas; San Felipe Neri, de los Padres del Oratorio; San José de Calasanz, de las Escuelas Pías; Santa Clara, de las Clarisas; Santa Teresa, reformadora de los Carmelitas de ambos sexos; San Vicente de Paul, fundador de los Padres de la Mision y de las Hermanas de la Caridad; San Alfonso María de Ligorio, de la Congregacion del Redentor, etc. Omitimos un gran número de otros fundadores y fundadoras.

© Biblioteca Nacional de España

que nadie ignora, y ellos mismos se encargaron de descubrir sus propias torpezas (1).

Es bien sabido que los autores del protestantismo no fueron movidos á hacer su pretendida reforma por ningun pensamiento generoso, sino por el despecho, la ambicion, la soberbia y el deseo de vivir sin ningun freno. No se retiraron al desierto, como San Bruno, á lamentar los males de su época, á pedir á Dios su remedio y á madurar en la soledad el pensamiento que habían concebido, sino que, por el contrario, abandonaban su claustro, como Lutero, y seguían los consejos de su demonio familiar. No vendían sus bienes y los repartían entre los pobres, como San Francisco de Asís, sino que se enriquecían con los bienes de las Iglesias. No escuchaban la voz de los superiores y se sometían á la autoridad de la Silla Apostólica, como Santo Domingo, sino que se rebelaban contra el Papa y le colmaban de las más groseras injurias, cosa indigna de todo hombre decente. No prescribían á sus discípulos la mortificacion, el ayuno y la continencia, como San Norberto y todos los fundadores, sino que negaban la necesidad de las buenas obras, abolían el celibato eclesiástico, se casaban sacrílegamente con Monjas sacadas de sus Conventos y se abandonaban á los excesos de la gula, de tal modo, que sus comilonas quedaban en proverbio. No desafiaron las iras de los príncipes por defender la justicia, como San Basilio, sino que conculcaron la justicia y la moral permitiendo á los príncipes el divorcio, la poligamia y los mayores excesos, á fin de tenerlos propicios. Nada edificaron, pero destruyeron mucho; no erigieron ningun Templo ni Monasterio, pero contribuyeron á que se derribasen innumerables, y en lugar de predicar la caridad y la paz, predicaban en todos los tonos el esterminio y la guerra (2).

---

(1) Véase *Los apóstoles del protestantismo pintados los unos por los otros*, por M. A. F.; apéndice á la obra *Le Ministre protestant aux prises avec lui meme*. Lyon, 1836.

(2) Ya dejamos expuestas estas ideas en varios lugares de esta obra.

© Biblioteca Nacional de España

Los autores del protestantismo no eran humildes y sufridos como los fundadores de las Ordenes, sino altivos y soberbios, que no sufrían la más mínima contradiccion. No perdonaban las injurias, como San Francisco, sino que enviaban á la hoguera á sus enemigos, como Calvino á Servet. No respondían modestamente á sus adversarios, como San Bernardo, sino que los llenaban de los insultos más soeces de palabra y por escrito (1). No eran castos, sino lascivos; no eran penitentes, sino disipados; y ni siquiera eran honrados, sino abiertamente escandalosos.

Los fundadores de las Ordenes, no solo profesaban íntegra toda la doctrina cristiana, sino que además trataban de practicar los consejos evangélicos: los fundadores del protestantismo, no solo despreciaban los consejos evangélicos, sino que además negaban muchos dogmas. Los fundadores de las Ordenes hacían guerra á todas las pasiones; los padres del protestantismo les daban rienda suelta con sus doctrinas. Los fundadores de las Ordenes se apreciaban y se respetaban unos á otros, considerándose soldados de una misma causa; los fundadores de las sectas se aborrecían mútuamente y se hacían la guerra más encarnizada.

En cuanto á sus doctrinas ya los hemos juzgado en varios lugares y las trataremos todavía bajo otra forma; pero bajo cualquier aspecto que se consideren, son perniciosas y desoladoras. Miéntras las Ordenes religiosas eran una afirmacion y un nuevo desarrollo del Catolicismo, el protestantismo es una negacion, ó, mejor dicho, una progresion de negaciones que, partiendo del espíritu privado, va á terminar al ateismo. Esto lo acredita la experiencia.

Por último, esta misma se encarga de manifestarnos las diversas consecuencias de las obras y doctrinas de unos y

(1) Lutero llamaba á Enrique VIII *loco, nécio, el más grosero de todos los puercos y de todos los asnos;* á los Zuwinglianos, *condenados, insensatos, blasfemos;* á los doctores de Lovaina *bestias, puercos, paganos;* al Papa *un lobo rabioso, un capitan de ladrones;* Calvino trataba á sus adversarios de *malvados, tunantes, borrachos, cerdos, bueyes, asnos, perros,* ¡Qué tolerancia y qué decencia!

© Biblioteca Nacional de España

otros: los beneficios de todo género de las Ordenes religiesas y los daños del protestantismo. No hubo pueblo que no mejorase en instruccion, bienestar y moralidad al sentir la influencia de las Ordenes, así como no hubo pueblo que no empeorase en eso mismo bajo la influencia de la reforma.

Por lo tanto, así como el Catolicismo acredita una vez más su verdad por la santidad de sus hombres, así el protestantismo descubre nuevamente su falsedad por los vicios de los suyos. *Ex fructibus eorum cognoscetis eos.*

CAPITULO III.

Los sábios.

Ya tenemos demostrado en otro lugar que el Catolicismo es altamente favorable al desarrollo de la inteligencia y al verdadero progreso de las ciencias y de las letras. Lo que allí probamos por principios ahora vamos á probarlo con hechos, á saber, presentando aquellos hombres distinguidos en todos los ramos del saber humano de que puede gloriarse la Iglesia, y que deben el vigor y la extension de su génio á la influencia católica. No podemos fijarnos sino en un escaso número; pero serán lumbreras tan esplendorosas, que cada uno de ellos forma por sí solo una prueba completa de nuestra proposicion.

Siguiendo nuestro método, presentaremos en diversos grupos los hombres sábios que se han formado en la Iglesia católica, como lo hemos hecho con los Santos, y haremos ver una vez más al mundo moderno que es sumamente ingrato é injusto al acusar á la Iglesia de que favorece la ignorancia.

§ I.—*Los Santos Padres.*

Los hombres ilustres que merecieron este glorioso título, fué preciso que sobresaliesen de un modo notable en ciencia y en santidad. Solo así pudieron ser honrados con

© Biblioteca Nacional de España

este nombre y con el de Doctores de la Iglesia. Esto indica claramente su mérito.

Admirable es sin duda alguna la larga série de estos hombres extraordinarios, que durante los seis primeros siglos de la Iglesia reunieron á la vez todas las virtudes más sublimes y todas las ciencias y letras sagradas y profanas.

Para apreciar debidamente el mérito de los Santos Padres, es preciso tener en cuenta el tiempo y el país en que vivieron y las circunstancias en que se hallaron colocados. Además de atender á las necesidades de sus respectivas Iglesias, á las consultas de los fieles, á la predicacion y á la enseñanza, hallaron todavía tiempo para escribir las grandes obras *en fólio*, cuyos volúmenes nos dejan atónitos, teniendo en cuenta que no escribían sino cuando lo exigía la necesidad. Es necesario tambien compararlos con los más célebres entre sus contemporáneos, á Orígenes con Celso, á San Ambrosio con Sinmaco, á San Basilio con Libanio, y se verá cuán superiores fueron á su siglo. Llenos de talento y de génio, y respetables por su carácter y persecuciones, levantaban la voz contra los vicios ó para defender la religion y exponer sus dogmas, y al hacerlo, manifestaban que les eran familiares la Sagrada Escritura, la literatura griega y la latina, la historia, la filosofía y la legislacion y todos los conocimientos humanos de su tiempo.

Sus obras son un arsenal de conocimientos y preciosidades, en todos los géneros, en todos los estilos y en todas las formas que cultivaron; y suministran modelos para todos los asuntos. Unos Padres se distinguen por la agudeza de su ingénio, otros por la fuerza de su lógica, éstos por la elevacion de pensamientos, aquéllos por la brillantez de las imágenes, los otros por la dulzura y el celo. En unos se observa un estilo cortado, incisivo y fuerte; en otros fluido y cadencioso, en otros grave y majestuoso, de un sabor apostólico y de la más vasta erudicion. Al mismo tiempo que guardan íntegro y en toda su pureza el depósito de la fe, dejan volar libremente su razon en las cosas opinables como verdaderos filósofos.

© Biblioteca Nacional de España

Cada Padre se distingue por su carácter peculiar segun su génio y los adversarios á quienes combate.

San Justino, primero de los apologistas, descuella como todos éstos por su valentía y su buen juicio. Despues de haber estudiado en todas las escuelas filosóficas sin haber encontrado en ellas más que vanidad, se convirtió al cristianismo, en el que halló satisfaccion á su razon y reposo para su corazon inquieto. Entónces se hizo su más decidido apologista, y puso su nombre á la cabeza de los escritos que dirigió á los emperadores y al pueblo romano en favor de la religion perseguida. Despues tuvo la felicidad de sellar con su sangre la doctrina que había defendido con sus libros.

Tertuliano es considerado como el Padre más elocuente de la Iglesia. De una virtud austera, de una imaginacion viva y ardiente y de una vasta erudicion, escribió su *Apologético* con una vehemencia incomparable, y con él dió un golpe de muerte al paganismo. Escribió tambien otras muchas obras nutridas de doctrina que son tenidas entre las más apreciables de la antigüedad cristiana. «Su pluma es la pólvora, dice un escritor, brilla, revuelve, corre y conmueve, y solo deja ruinas en los lugares que recorre.» San Vicente de Lerins afirma que los escritos de Tertuliano encierran tantas sentencias como palabras, y que estas palabras son otras tantas victorias.

Orígenes es una figura gigantesca bajo cualquier aspecto que se considere, tanto por la universalidad de su ciencia y el vigor de su dialéctica, como por la fuerza de su génio y la fecundidad de su imaginacion. San Jerónimo no dudó en llamarle el mayor doctor de la Iglesia despues de los Apóstoles. A los diez y ocho años era ya un sábio distinguido, que poseia la dialéctica, la gramática, la geometría, la retórica y la filosofía de todas las escuelas; y llegó á ser la más brillante lumbrera de su siglo y la admiracion de los mismos filósofos paganos. Plotino, al verle entrar un dia en su escuela, no se atrevió á continuar hablando. Tal vez no ha existido un escritor más fecundo. Siete amanuenses estaban encargados de escribir lo que les dictaba

© Biblioteca Nacional de España

aquella asombrosa inteligencia; y cerca de seis mil obras compuestas en el espacio de cuarenta años, además de sus conferencias y disputas verbales, atestiguan al mundo entero lo que puede la inspiracion de la fe católica unida á una gran capacidad.

Sin embargo, ¡oh profundidad de nuestra miseria! estos dos últimos sábios cayeron al fin de su carrera en gravísimos errores, permitiéndolo tal vez el Señor para enseñarnos con su ejemplo que nadie confie en sus propias fuerzas, y que no hay talento ni génio capaz de sobreponerse á la enseñanza infalible de su Iglesia, que es la regla suprema de las inteligencias en sus relaciones con la verdad.

Brilló tambien por aquel tiempo San Clemente Alejandrino, filósofo estóico notable, convertido al Cristianismo y su decidido defensor. Poseido de un inmenso deseo de aprender, viajó por la Grecia, el Asia, la Siria y el Egipto, y visitó á los hombres más notables bajo cualquier concepto, viniendo cargado de botin á terminar sus estudios en Alejandría. Bien pronto fué encargado de regir la célebre academia de aquella ciudad, la cual tuvo siempre á su cabeza los hombres más notables en ciencia y en virtud, versados igualmente en las ciencias sagradas y en la literatura profana. Allí escribió sus esmeradas obras, y entre ellas la *Exhortacion á los gentiles*, con gran atavío de doctrina, elocuencia y claridad, de cuya obra se han aprovechado los historiadores de todos los tiempos, los filósofos de todas las escuelas y los poetas de todas las lenguas.

Semejante á Tertuliano, pero con más gravedad, San Cipriano, Obispo de Cartago, escribió muchas obras con suave y lucida abundancia, y no se sabe si es mayor en él la gracia ó la fuerza. Lleno de sentimiento y de calor tiene, segun Fenelon, una magnanimidad y una vehemencia parecidas al vigor de Demóstenes.

San Hilario de Poitiers es llamado por San Jerónimo *Eloquentiæ latinæ Rhodanus* por su valor y vehemencia en la defensa de la verdad, y tambien por su vigorosa dialéctica y su convincente y vivo razonamiento, expuesto en un estilo expléndido y redundante.

© Biblioteca Nacional de España

San Basilio y San Gregorio Nacianceno, condiscípulos y amigos, se distinguieron igualmente por su talento y erudicion, por su caridad con todos, y por sus virtudes amables y sencillas. El primero fué el génio benéfico de la ciudad de Cesárea, hermoseándola y dotándola de hospitales, talleres y escuelas, y él se alimentaba solo de pan y legumbres. Mereció que le diesen el nombre de predicador de la limosna, y fué una muralla invencible contra la cual se estrellaron todos los esfuerzos de la heregía. El segundo, llamado por excelencia el *Teólogo,* brilló en la silla de Constantinopla por sus discursos sublimes, majestuosos y dignos de la grandeza de nuestros misterios. Desterrado por las intrigas de sus enemigos, abdicó su dignidad y se retiró á la soledad de Arianzo, donde constituían toda su delicia un jardin, una fuente, y los árboles que le daban sombra. Allí escribió la historia de su vida y sufrimientos, y sus poemas sobre los misterios cristianos, con el objeto de proporcionar á los aficionados á la poesía y á la música asuntos útiles para su recreo, y para probar á los paganos que no eran ellos los únicos que podían brillar en las bellas artes.

Algunos años despues le sucedió en la silla de Constantinopla el ilustre San Juan Crisóstomo, príncipe de la elocuencia cristiana, por la cual mereció su sobrenombre *(Pico de oro).* En sus obras hay un juicio esquisito, nobles imágenes y una moral sensible y amable, al mismo tiempo que abundan los pensamientos ingeniosos y sublimes, presentados con el estilo más correcto y limado. Infatigable en su celo por reformar al Clero y al pueblo, reprendía con generosa libertad la avaricia de los ricos, el lujo de las mujeres y el orgullo de los nobles; por lo cual se adquirió muchos enemigos y fué á morir al destierro. La Iglesia le considera con razon como uno de sus más decididos defensores y sábios doctores.

Por este mismo tiempo ilustraron á la Iglesia en otros lugares San Ambrosio, San Jerónimo y San Agustin, por no citar otros ménos célebres. San Ambrosio poseía singularmente el arte de cautivar los ánimos y de dirigirlos, cono-

© Biblioteca Nacional de España

ciendo á fondo el corazon humano. Su palabra era florida, armoniosa y abundante, y producía en sus oyentes la más irresistible persuasion. Dos señores vinieron de Persia solo para oirle; y solo por la fama de sus virtudes, abrazó el cristianismo la reina de los marcomanos. Estando el conde Argobasto sentado á la mesa con los principales jefes de los bárbaros, le preguntaron éstos si conocía á San Ambrosio; y habiéndoles respondido que era su amigo y que comía á menudo con él, no nos extraña ya, exclamaron, que seas tan afortunado en las batallas, porque posees la amistad de uno cuya palabra podría detener el sol.

Uno de los mayores triunfos de la elocuencia de San Ambrosio fué la conversion de San Agustin, que arrastrado hasta entónces por las pasiones y los errores, debió á los sermones de San Ambrosio el conocimiento claro de la verdad y recibió de su mano el bautismo. San Agustin es el génio más portentoso de los Padres, y uno de los hombres más ilustres que han existido jamás. Infatigable en sus trabajos pastorales, celoso contra todos los errores, caritativo hasta el extremo de que cuando murió estaba tan pobre que no tuvo que hacer testamento. Filósofo profundo, trata las cuestiones más difíciles con una claridad y maestría que asombra, aunque solo las toque por azar; teólogo perfecto, tiene en sus obras la mejor exposicion y defensa de la doctrina católica, y descubrió en las Sagradas Escrituras profundidades y enseñanzas que nadie ántes de él había penetrado; y sus pensamientos son muchas veces semejantes en energía y brillantez á los de los Libros Santos. En sus obras se han formado los hombres más sábios que ha tenido la Iglesia en todos los siglos; y entre ellas, la *Ciudad de Dios* es el monumento más rico y más profundo tal vez que ha producido el ingénio humano.

Por último, San Bernardo es un prodigio en su siglo bárbaro. En él hay delicadeza, elevacion, arte, ternura y vehemencia. Desde el fondo de su soledad parece remover el mundo entero; á su palabra terminan las disensiones, quedan sofocadas las herejías, y son reformadas las costumbres. La Europa entera se levanta á su voz y se preci-

© Biblioteca Nacional de España

pita contra los sarracenos; los reyes en su trono y los Papas en su sólio respetaban su virtud y reclamaban sus consejos, y, por decirlo de una vez, fué el oráculo de su tiempo.

Por esta rápida noticia que acabamos de dar de algunos Santos Padres, puede comprenderse su mérito y la gloria que dan á la Iglesia. Con sentimiento hemos tenido que omitir los nombres de otros muchos cuyas obras y escritos, así como sus virtudes, están consagrados por la veneracion de los siglos.

No nos detendremos en vindicar á los Padres de las calumnias y acusaciones con que han tratado de manchar su memoria los protestantes é incrédulos envidiosos de su gloria; ni tenemos espacio para ello, ni hace á nuestro propósito.

Nuestro objeto está cumplido al presentar su mérito y al proponerlos como muestra de los hombres que forma la Iglesia católica, á la cual deben sin duda su celebridad. Es cierto que algunos ya eran célebres ántes de hacerse miembros de la Iglesia; pero la mayor parte se han formado en su seno: y áun aquellos que eran célebres ántes de su conversion, se engrandecieron despues de ello y se elvaron á una altura á que de otro modo no hubieran llegado jamás. ¿Qué hubiera sido, por ejemplo, San Justino, si á su título de filósofo no hubiera unido el de cristiano? Lo que fueron los filósofos en tan grande número en su tiempo, de los cuales apenas ha conservado la posteridad algunos pensamientos. ¿Qué hubiera sido Tertuliano si no hubiera defendido con un talento superior la causa de la religion? Un jurisconsulto hábil cuya reputacion no hubiera salido de su país y de su siglo. ¿Qué hubiera sido San Ambrosio si su elocuencia no hubiera brillado en la cátedra cristiana? Un magistrado íntegro, como hubo bastantes en el imperio, cuyo nombre no hubiera llegado hasta nosotros. El mismo San Agustin, el más célebre de los Padres, ¿qué hubiera sido si no hubiera interpretado las sagradas letras, si no hubiera escrito la *Ciudad de Dios*, si no hubiera revelado al mundo en sus *Confesiones* su corazon cambiado radical-

© Biblioteca Nacional de España

mente por la religion? Un retórico instruido y discreto, pero no se hubiera desarrollado en él su génio vasto y profundo, que tal vez no ha tenido igual.

La religion comunicó su grandeza á los Padres, haciéndolos órganos de sus excelencias y levantando su génio á un órden nuevo de ideas é intereses que no habían hallado en la tierra. Parecen gigantes porque están colocados sobre la cumbre de la montaña, en la cual están fijos los ojos de todos los que adoran debidamente al verdadero Dios.

§ II.—*Filósofos, teólogos, jurisconsultos, historiadores, oradores, etc.*

En todos estos ramos de la ciencia han sobresalido notablemente los Santos Padres; pero además de ellos ha habido en todos los siglos hombres superiores que han cultivado todas las ciencias y se han distinguido en ellas.

Todos los hombres célebres de la Edad Media se han formado bajo la influencia inmediata de la religion, y estos hombres son muy superiores á la idea que generalmente se tiene de ellos. Hubo un tiempo en que estaban refugiadas en la Iglesia todas las ciencias sagradas, morales y físicas, y los Monjes estudiaban á un mismo tiempo la teología y la filosofía, la física, las matemáticas y la medicina, y cuidaban de la misma manera de las necesidades del cuerpo y las del alma. Casi la totalidad de escritores han sido católicos, y especialmente aquéllos que se consultan con más fruto, como lo atestiguan las bibliotecas llenas de sus producciones y la estadística de los libros consultados en ellas. Al ver aquellos inmensos volúmenes, aquellos difusos comentarios á las obras antíguas, aquellas largas y laboriosas investigaciones sobre cualquier punto histórico ó filosófico, por insignificante que parezca, quedamos confundidos de nuestra pequeñez, y nos preguntamos si la religion católica, tanto como religion de la santidad, merece el nombre de religion de las ciencias. ¡Tan favorable á ellas se ha mostrado siempre!

Cuenta la Iglesia entre sus hijos tales fenómenos de sa-

© Biblioteca Nacional de España

biduría, que parece que se albergaron en su cabeza todos los conocimientos humanos.

Hubo un Fraile de la Orden de Predicadores á quien llamaban sus condiscípulos el *Buey mudo de Sicilia.* Apenas salido de las áulas, explicó con el mayor éxito el libro de de las *Sentencias* de Pedro Lombardo, en la universidad de París, y mereció por aclamacion los honores del doctorado en 1257. En breve la fama de su nombre llenó todas las universidades de Europa, y todas sus obras fueron buscadas por todos los sábios. Era Santo Tomás de Aquino (1).

Para formar idea de este portento, es preciso leer aquel libro admirable, en donde recopiló sus conocimientos; la *Suma.* «Este libro, dice Mr. Maret, me atrevo á asegurar que lo abraza todo. ¿Hay una verdad en la Escritura y en la Tradicion, una idea de la conciencia, un error en la opinion, que no haya removido y manejado la poderosa inteligencia que le ha dictado? ¡Cómo procede en su marcha! ¡Qué seguridad, qué valentía! Santo Tomás no se propone otro plan que el mismo del universo. Desde luégo se eleva hasta Dios y nos presenta la naturaleza divina en su esencia, en sus perfecciones, en su vida incomunicable. Vemos en seguida la creacion saliendo de Dios, marcada con su sello, reproduciéndole en cierto modo. En esta creacion recorremos el mundo angélico y el mundo material para llegar al hombre. Santo Tomás le estudia en sus dos naturalezas y en su destino humano, y el fin del hombre le descubre su ley: de ésta se deducen todos sus deberes, todas sus virtudes, la constitucion de la familia y de la sociedad, Pero al lado de la ley de justicia y de amor, se encuentra el egoismo que engendra el pecado, el vicio, el mal. Esta filiacion vergonzosa del egoismo es descrita por el Santo Doctor con un análisis en que descubre hasta sus fibras más escondidas. Mas el hombre necesita un medio para curarse, para justificarse y llegar á su fin: entónces Santo

(1) Véase B. de Rubeis, *De Gestis et scriptis Sti. Thomæ Aquin.*—Bareilli, *Historia de Santo Tomás de Aquino,* Lovaina, 1846.

© Biblioteca Nacional de España

Tomás explica el misterio de la Encarnacion y de la Redencion en sí mismos y en todas sus consecuencias. Él quería terminar su libro esclareciendo con la luz de su alta contemplacion todos los misterios de la vida futura.

Hé aquí un plan vasto, una sintésis majestuosa. Mas no creais que una vista tan extensa y tan general haga perder nada al Santo Doctor en los más minuciosos detalles. Como Dios que le ilumina lo ve todo en su conjunto y en sus más pequeñas partes... De aquí, en algunas palabras breves, precisas, sustanciales, claras, trasparentes como el cristal de las aguas, como el azul de los Cielos, destellan aquellos rayos de luz, aquellos fulgores del génio que levantan el velo de los misterios y nos hacen pasar de la simple fe á la ciencia de la fe. Y todas estas mil proposiciones están ligadas y encadenadas unas con otras y contenidas las unas en las otras. Figuraos un árbol majestuoso que sale del suelo elevando su tronco, extendiendo sus ramas, desarrollando sus hojas, sus flores y sus frutos: tal es la unidad de la *Suma Teológica*. Lo que más me admira en este libro es el buen sentido siempre reposado, siempre imparcial, ageno á todo sistema exclusivo, adoptando todo lo verdadero, aprobando todo lo bueno; este buen sentido contínuo, que no he hallado despues más que en Bossuet. Yo busco en la antigüedad y en los tiempos modernos una obra que se pueda comparar con ésta, una obra que reuna la mismo exposicion de plan con la misma fuerza de detalle, una tan alta unidad juntamente con una variedad tan fecunda; y no puedo encontrarla. Y, sin embargo, no es esto decir que todo sea en ella perfecto y todo completo... Este gran monumento del espíritu humano y de la ciencia teológica, semejante á la mayor parte de las soberbias catedrales de su tiempo, ha quedado sin acabar, para atestiguar á la vez el poder y la debilidad del hombre. Despues de esto, todo cuanto añadiéramos sería pálido. Santo Tomás es un gigante de talento y de erudicion. Las lumbreras más ilustres de la teología, los Soto, los Suarez, los Vazquez, los Cayetano, los Salmanticenses, los Billuart y otros innumerables no han hecho otra cosa que comentar

© Biblioteca Nacional de España

su doctrina, así como los principales filósofos antíguos y modernos han hallado en Santo Tomás armas y argumentos apropósito para combatir con éxito todos los errores de cualquier género que sean (1). Es como un oráculo universal (2).

La gloria de los principales teólogos y jurisconsultos pertenece á España. Además de los que acabamos de citar, Lainez, Salmeron, el Tostado, Luis Vives, Cano, Fray Luis de Leon y de Granada, el V. Avila y Covarrubias, Antonio Agustin, Gonzalez Tellez, el Cardenal Aguirre y otros innumerables, descuellan entre las mayores eminencias del Catolicismo. Y por la vasta extension de sus conocimientos no pueden omitirse los nombres del venerable Palafox, Feijóo, Florez, Cabanillas, Amat, y en nuestros dias Moreno, Balmes, Donoso Cortés y Aparisi Guijarro, sin contar las antorchas del episcopado que todavía viven y de cuyos nombres se ocupará un dia la historia con elogio.

Solo para citar los hombres célebres por su ciencia y sus escritos que ha producido la Iglesia católica, se necesitarían gruesos volúmenes. «En las ciencias intelectuales y

(1) Véase *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás*, por el P. Ceferino Gonzalez, preconizado Obispo de Málaga.— Manila, 1863, tres tomos. En esta obra combate victoriosamente todos los errores filosóficos modernos.

(2) «Santo Tomás bajó á la tumba despues de haber vencido á Averroes y Guillermo de Santo Amor, despues de haber purificado á Platon y á Aristóteles, dejando en sus obras inmortales vencidas de antemano las escuelas futuras del mal y del error. Y el primer centenario de la muerte de Santo Tomás vió el triunfo de su doctrina sobre la herejía; el segundo, sobre el paganismo renacido; el tercero, sobre el libre exámen; el cuarto, sobre el jansenismo; el quinto, sobre el sensualismo, y el sexto, mira el glorioso y definitivo triunfo en la arena de la ciencia de la doctrina angélica de Santo Tomás sobre la revolucion religiosa, filosófica, científica, política y social que nos deshonra y embrutece.» *El 6.º centenario de Santo Tomás de Aquino*, por el Sr. Pidal y Mon, artículo publicado en la *Defensa de la sociedad*, número de 1.º de Marzo de 1874.

© Biblioteca Nacional de España

metafísicas, en la alta filosofía, ¡qué hombres como Bacon, Pascal, Arnaud, Locke, Descartes, Malebranche, Clarcke y Leibnitz! ¡Qué crítica, qué erudicion, qué vasta extension de conocimientos en los Erasmo, Userio, Baronio, Duperron, Renaudot, Tomasino, Tillemont, Montfaucon, Mabillon, Sirmond, Petavio, Bochard, Vossio, Huet, Fleuri! ¡Qué fondo de doctrina en los publícistas, en los jurisconsultos, en los magistrados tales como Tomás Moro, l'Hopital, Dumoulin, Seguier, Letellier, Pussort, Grocio, Puffendorf, Lamoignon, Domat, D'Aguesseau! ¡Qué raros talentos, qué poetas, qué oradores y qué escritores como el Tasso, Malherbe, Bossuet, Fenelon, Bourdaloue, Massillan, Corneille, Racine, Boileau, La Fontaine, Polignac, La Bruyere, Addisson! En las ciencias naturales, físicas y y matemáticas, son nombres bien ilustres los de Copérnico, Galileo, Newton, Kleper, Bayle, Boerhaave, Hoffmanu, Sydenham, Van Siwicten, de Haller, de Jussieu, Reaumur, Linneo, Bernouilli, La Calle, Luler. Y si quisiera nombrar los grandes políticos, los grandes capitanes, los grandes artistas que han sido cristianos y hasta piadosos, ¡qué nueva lista de nombres siempre memorables! Haré observar de paso que no fueron unos impíos aquellos hombres ilustres, cuyos elogios hizo Fontenelle. En verdad es consolador para un cristiano ver que no necesita otra cosa que marchar sobre las huellas de tantos ilustres génios; y cuando vea así delante de él todo cuanto el espíritu humano ha producido de más grande y más sublime, debe inquietarse muy poco de los zumbidos de todos los sofistas modernos, que nos acusan de simplicidad y de credulidad» (1).

No ignoramos que algunos de los hombres que acabamos de citar no han pertenecido al Catolicismo, sino á las sectas disidentes; pero como estas son ramas separadas del tronco principal, todo lo que hay en ellas de favorable al desarrollo de las ciencias se debe á lo que conservan de

(1) Mr. Fraisinous, citado por Pinard, *Genie du Catholicisme*, introduccion, pág. 14.

© Biblioteca Nacional de España

las ideas católicas, y al engrandecimiento general que el cristianismo comunicó á la razon humana. Por eso el Catolicismo puede gloriarse de todos los personajes notables formados bajo la influencia de sus ideas, y de las luces que esparció por todo el universo hasta llegar á la civilizacion actual.

§ III.—*Los escolásticos* (1).

Ni áun los mayores enemigos de los escolásticos pueden negarles un gran talento, conocimientos profundos, atendida su época, y un noble ardimiento por descubrir la verdad que les llevaba á disputar *de omni re scibili*, si bien algunas veces con mejor deseo que fruto.

Las obras de los escolásticos son un arsenal inagotable de riquezas para el teólogo católico. A pesar de las innumerables acusaciones que se han hecho contra los escolásticos, á pesar de la decidida oposicion que les declararon, no solo los protestantes, sino muchos católicos sensatos, es indudable que los escolásticos hicieron grandes servicios, y contribuyeron eficazmente al desarrollo y progresos de las ciencias eclesiásticas.

La noble emulacion de las escuelas y opiniones opuestas, sin salirse de la doctrina católica, sino más bien sostenidas con el objeto de esclarecerla, fueron el mayor estímulo para el estudio de la Sagrada Escritura, de las obras de los Santos Padres y de las decisiones de los Concilios. Como los herejes abusaban con frecuencia de la filosofía y de las armas de la razon para combatir la verdad revelada, los escolásticos se vieron tambien en la necesidad de profundizar por su parte las obras de los filósofos para defender la fe en todos terrenos, y demostrar que nunca es contraria á la recta razon. De otro modo, el católico no podría disputar con quien negase la autoridad de los Libros Santos y de la Tradicion. Así es que se multiplicaron los manuscritos, como si hubiera habido imprenta, porque cada

(1) Véase Muzarelli, *El buen uso de la lógica*, opúsc. 4.

© Biblioteca Nacional de España

uno sentia la necesidad de formarse por sí mismo una biblioteca. Y despues del descubrimiento de la imprenta se publicaron con el mayor ardor infinitas obras, cuyas ediciones eran agotadas en breve. Este gigantesco movimiento literario se debe principalmente á los escolásticos.

No se puede negar que muchos trataron cuestiones inútiles y frívolas, y llevaron hasta el extremo las sutilezas de la lógica y de la metafísica; pero no por estos defectos, ó si se quiere extravíos de algunos teólogos, se ha de rechazar la escolástica. Nunca se les podrá agradecer bastante el vigor de raciocinio que desplegaron en sus contiendas y la claridad y precision con que nos acostumbraron á exponer las cuestiones. Además encerraban al error en un círculo de hierro y le obligaban con repetidos golpes á confesarse vencido.

«Se ha dicho que la escolástica, hija bastarda de la filosofía de Aristóteles, mal traducida y peor entendida, ha causado á la razon y á las ciencias más daño que los hunnos y los vándalos. Pero esto es una exageracion ridícula; porque sí bien es cierto que la escolástica fué en su principio el esfuerzo de una razon naciente, tambien lo es que le somos deudores del órden y del método que reinan en nuestras composiciones modernas y que no encontramos en las antíguas. Definir y explicar los términos, sentar principios, deducir consecuencias, probar una proposicion y resolver las objeciones es el método de los geómetras. Esta marcha es lenta, pero segura, y si tal vez amortigua el fuego de la imaginacion, previene y evita sus extravíos, y si disgusta á un génio vivo, satisface muy bien á un entendimiento exacto» (1).

Muchos escritores muy capaces de juzgar de ella, han hecho la apología de la teología escolástica. Leibnizt, protestante más moderado que los otros, ha reconocido que «los escolásticos han tratado de emplear útilmente para el »cristianismo lo que había admisible en la filosofía de los »paganos. He dicho frecuentemente que hay mucho oro

(1) Bergier, art. *Teología*, *Filosofía*, *Metafísica*.

© Biblioteca Nacional de España

»oculto entre el lodo de la barbárie escolástica, y desearía »que algun hombre hábil versado en esta filosofía tuviese »inclinacion y suficiencia para sacar de ella lo bueno que »contiene: estoy seguro de que encontraría pagado su tra»bajo por bellas é importantes verdades» (1).

Y aunque no hubiera otra razon para que la escolástica fuese respetable para todo católico, bastaría el ódio encarnizado con que la han combatido los herejes, los materialistas y los incrédulos de todos los tiempos. Indudablemente es un medio poderoso de defensa para la Iglesia y por eso la detestan.

En nuestros dias se ha formado de nuevo el proceso contra la teología escolástica, y la rechazan como retrógrada y oscurantista. Tal es el sentido del error condenado por el *Syllabus* en su proposicion XIII, á saber: *El método y los principios con que los antiguos doctores escolásticos trataron la teología, de ninguna manera convienen á las necesidades de nuestra época y al progreso de las ciencias.*

Al condenar el *Syllabus* esta proposicion, ha hecho la apología de la escolástica. Efectivamente, si sacamos su contradictoria, veremos que todavía es útil en nuestros dias aquélla y podemos aprovecharnos con fruto de sus trabajos, y seguir sus principios y su método (2).

La proposicion racionalista condena unos y otro, y con esto pretende privar á las ciencias eclesiásticas de todas sus armas, para poder atacar la fe á mansalva. Porque los principios de la teología, cualquiera que sea el método de desarrollarlos, son siempre los mismos y no pueden variar lo más mínimo, á no destruir los dogmas católicos, con los cuales muchos se identifican. Estos son la autoridad de la Escritura, de los Padres, de los Concilios y demás lugares teológicos que sirven para desenvolver y explicar la doctrina revelada; y despues se hace tambien un recto uso de la razon, porque el obsequio á la fe es racional. Decir, pues,

(1) *Esp. de Leibnitz*, tomo II, pág. 44.
(2) Véase D. Boyer, *Defense de la methode de enseignement suivie dans las écoles catholiques*, París, 1836.

© Biblioteca Nacional de España

que estos principios no convienen á las necesidades de nuestra época, es destruir la base de la fe y subordinarla á la razon.

En cuanto al método es ciertamente susceptible de algunas modificaciones en la forma y en la manera de proponer las cuestiones, y este defecto desde el siglo pasado ha sido corregido. Pero en el fondo no es otra cosa que un rigor lógico de tratar todas las materias, que nunca puede recomendarse bastante, y esto de ningun modo se puede abandonar. Si en todas las ciencias conviene proceder con exactitud, claridad y fijeza, principalmente en las teológicas, por ser de suyo más importantes, y tratar objetos más elevados. Este es el modo más breve y eficaz de convencer á los adversarios y deshacer sus sofismas; y lo emplearon con éxito los Padres griegos y latinos en sus polémicas con los herejes. Tajon, de Zaragoza, fué el primero que lo usó, y despues de él San Juan Damasceno compuso un tratado de lógica para los teólogos, y se sirvió para ilustrar nuestros dogmas de la filosofía de Aristóteles.

La Iglesia no puede abandonar su mision de enseñar, de explicar y de exponer la doctrina de Jesucristo, y de defenderla contra todos sus adversarios. Por eso arguye, demuestra, investiga, y está preparada siempre, segun el consejo del Apóstol San Pedro, á dar razon de su fe á todo el que se la exija. Los adversarios quieren quitarle sus medios de defensa, y hacer la teología acomodada á las *luces del siglo* y á la *altura de la época*: es decir, quisieran introducir el racionalismo en las escuelas católicas. Entónces aplaudirían nuestro método y nuestros principios, cuando no pudiera defenderse el Catolicismo que ellos detestan.

Por lo tanto, el *Syllabus* ha dado testimonio á los escolásticos, declarándolos en cierto sentido doctores de los tiempos modernos, y animando á seguir sus huellas. No por eso la teología es retrógrada ni estacionaria; por el contrario, permaneciendo invariable en sus dogmas, no hay ciencia alguna más progresiva en sus manifestaciones. La razon es clara, porque siéndole hostiles todas las otras

© Biblioteca Nacional de España

ciencias y los descubrimientos, tiene que profundizarlas á todas, y seguir sus adelantos. La prueba son las revistas católicas de Italia, de Alemania y de Francia, y entre ellas los *Estudios eclesiásticos* de los Padres Jesuitas de Lovaina.

§ IV.—*Los Jesuitas.*

Acabamos de nombrar á los más ilustres entre los hombres sábios de que puede gloriarse la Iglesia católica, y á los más útiles á la causa del Catolicismo. Decir *Jesuita*, es decir hombre de talento, de ilustracion, de laboriosidad y de fe.

Los mayores enemigos de los Jesuitas no les pueden negar el título de sábios, pues nadie ignora que se encuentran entre ellos las principales eminencias científicas y literarias de los tres últimos siglos.

Entre ellos se encuentran teólogos como Suarez, Petavio, Sirmond, Garnier, Lainez, Belarmino, Perrone; escriturarios come Alapide, Sa, Maldonado; juristas como Vogler, Biner, Beusch, Taparelli; oradores como Bourdaloue, Larne, Segad, Félix; historiadores como Lonqueval, Orleans, Daniel, Mariana, Dufresne, Masdeu; políticos como Rivadeneira, Brosciani, Liberatore; diplomáticos como Warsevizt y Aquaviva; literatos como Vaniera, Juvenci, Spea, Andres, Rossi; astrónomos y matemáticos como Scheiner, Ricci, Schall, de Bell, Benuenuti y Angli; físicos como Aguillon, Belgrado, Bunon, Sechi; naturalistas como Kircher, Nieremberg y Razinski; geógrafos como Acuña, Charlevoix y Gerbillon. Estos nombres ilustres, escogidos al azar en la larga lista de los Jesuitas distinguidos, solo son una pequeña muestra de lo que han sido en las ciencias estos hombres extraordinarios.

No hay un solo ramo del saber en que no hayan sobresalido los Jesuitas, no solo como teólogos y demás ciencias eclesiásticas, sino tambien como mecánicos, químicos, anticuarios, periodistas. Ellos se hallan siempre donde haya algo útil que aprender y que enseñar ó algun error que combatir. Las bibliotecas están llenas de sus obras, los

© Biblioteca Nacional de España

archivos de sus manuscritos, y solo el catálogo de sus escritores ocupa muchos volúmenes en fólio (1). La Compañía de Jesús puede llamarse la asociacion de los sábios. Si se perdieran todos los libros que hoy existen, excepto los escritos por Jesuitas, nada absolutamente, ó muy poco perdería ninguna clase de ciencias, pues son la más extensa enciclopedia de todos los conocimientos humanos.

Ellos, además, han establecido en todas partes colegios y escuelas que han sobresalido notablemente sobre las de la misma localidad, y pueden gloriarse de que han pertenecido á ellas los personajes más ilustres que registra la historia de los tres últimos siglos. Por confesion de los mismos enemigos de los Jesuitas, cuando fué abolida la Compañía de Jesús, quedó un vacío en la educacion de la juventud, que no pudieron llenar ni los particulares ni ninguna otra corporacion.

Sin embargo, no faltaron algunos, entre los muchísimos enemigos que tuvo esta sociedad desde su orígen, que acusaren á los Jesuitas de enseñar máximas subversivas y contrarias á la tranquilidad de los Estados y derechos de los príncipes. Lo calumnioso de esta acusacion resalta á primera vista sin más que atender que los hombres más notables de todas clases y opiniones, en todas las naciones donde había Jesuitas, les confiaban la educacion de sus hijos, sabiendo perfectamente que en ninguna parte habían de recibir una instruccion más sólida en conocimientos y moralidad. Nadie les aventaja en estimular á la juventud por toda suerte de medios ingeniosos para que progrese en ciencia, en urbanidad y en virtud.

Se acusó á los Jesuitas de enseñar una doctrina contraria á la seguridad de los reyes, porque la acusacion de un crímen tan capital era el mejor medio para perder á la

(1) Pasa de doce mil el número de los escritores que ha dado la Compañía de Jesús. ¡Y cuántos otros hombres sábios no hubieran escrito á no habérselo impedido la predicacion, el catecismo, las misiones, la enseñanza y otros trabajos de su ministerio!

© Biblioteca Nacional de España

Compañía. Pero, «pública es, decían los Obispos de Francia, la enseñanza que los Jesuitas dan en nuestras diócesis; personas de todas clases y condiciones son testigos de cuanto se enseña en sus colegios. Nosotros, por nuestra parte, nos atrevemos á asegurar á V. M. que nunca han sido acusados ante Nós como defensores de la doctrina que se les imputa. Pregúntese á los que han sido educados en sus colegios, á los que han asistido á sus congregaciones, predicacion ó devotos, y estamos persuadidos de que no se hallará un solo indivíduo que diga haberles oido explicar ninguna doctrina contraria á la seguridad de los soberanos. Debemos manifestar, al contrario, que emplean en sus colegios todo su talento, y el de sus discípulos, en celebrar las alabanzas de nuestros reyes y en inspirar los sentimientos de fidelidad y respeto que se deben á la autoridad y majestad real» (1). Si hubo algunos que enseñaron lo contrario, fué hablando de casos excepcionales, y, por otra parte, se retractaron despues, y el General Aquaviva dió una completa satisfaccion sobre las ideas de la Compañía en este punto. Además, no es justo condenar á una sociedad numerosa por las opiniones de algunos de sus miembros.

En cuanto á las demás doctrinas teológicas y morales de los Jesuitas, si fuéramos á juzgar de ellas segun las exponen sus enemigos, y en especial el pérfido *Extracto de las asercio-nes peligrosas y perniciosas, etc. de los Jesuitas*, ciertamente merecerían nuestra reprobacion. Pero afortunadamente existen las obras de estos escritores en todas las bibliotecas, y cualquiera puede convencerse por sí mismo de esta infame calumnia. El Ilmo. Sr. Beaumont, Arzobispo de París, demostró hasta la evidencia, comparando los textos originales de los escritores Jesuitas con el *Extracto de las aserciones*, que este libro es un conjunto de proposiciones aisladas, sin tener en cuenta todo el cuerpo de la doctrina

(1) *Dictámen de los Obispos de Francia á quienes se consultó sobre el asunto de los Jesuitas;* se halla entre las *Actas en favor de los Jesuitas*, que trae el B. Henrion en su *Historia general de la Iglesia*, tomo VII.—Barcelona, 1855.

© Biblioteca Nacional de España

de los Jesuitas, que además está redactado con la más descarada infidelidad y con una hostilidad manifiesta truncando los textos ó suprimiendo partes esenciales de ellos, ó bien alterándolos con citas defectuosas y mal compaginadas, ó bien citándolos en un sentido contrario al que les dieron sus autores (1).

No nos detendremos en hacer la defensa de los Jesuitas vindicándolos de las innumerables acusaciones dirigidas contra ellos. Los buenos católicos y los críticos imparciales saben á qué atenerse sobre el particular, y la causa queda juzgada sin más que conocer la condicion de los amigos que defienden á los Jesuitas y de los enemigos que los combaten, y las armas que unos y otros emplean. Los primeros son los hombres más virtuosos y sábios que ha tenido el Catolicismo desde el orígen de la Compañía de Jesús, todos los Papas que desde entónces han gobernado á la Iglesia, incluso el mismo Clemente XIV, que por un acto de debilidad suprimió esta Orden; los Santos más célebres, los fundadores de las Ordenes religiosas, los más ilustres Prelados, los monarcas, los católicos de reconocida fe y piedad, con muy pocas excepciones. Por el contrario, los enemigos de los Jesuitas han sido y son, con raras excepciones, los enemigos más declarados de la Iglesia católica; los protestantes, los incrédulos, los sofistas, los francmasones, los políticos liberales, los impíos y escandalosos; y los medios que emplean para perderlos son la mentira, la calumnia y las persecuciones, cuando son gobierno. Esta es la mejor defensa de los Jesuitas. Es un honor ser aborrecido de cierta clase de gentes.

Añadiremos para terminar otra reflexion general: «Si la Compañía hubiera tenido todos los vicios, y hubiera cometido todos los crímenes que se le imputan, ¿cómo en un plazo de trescientos años y con todos los rivales y enemigos que la misma ha tenido, hubieran podido ocultarse á los ojos

(1) *Pastoral del Sr. Arzobispo de París sobre los abusos cometidos en el asunto de los Jesuitas;* parte 3.ª—Henrion, lugar citado.

© Biblioteca Nacional de España

de la Iglesia, ya reunida, ya dispersa, á los ojos de tantos Papas y tantos Obispos, á los de todas las potencias católicas y de sus gabinetes, y áun á los de los magistrados, que la han visto durante largo tiempo en todo su esplendor, sin haber merecido nunca de su parte el ménor cargo? ¿Qué apareció en los archivos y colegios de la Compañía cuando fueron ocupados violentamente y desterrados los Jesuitas? ¿En qué se apoyó la supresion de esta Orden? Por último, la misma multitud y contrariedad de las acusaciones contra la Compañía basta para su justificacion (1).

CAPITULO IV.

El Clero.

Aunque la mayor parte de los hombres ilustres de que nos hemos ocupado en los capítulos anteriores, han pertenecido al Clero en los diversos grados de su gerarquía, conviene, sin embargo, presentar en éste los títulos que el Clero católico tiene á la consideracion y gratitud del mundo todo, la sin razon con que le acusan sus enemigos y el descaro con que le calumnian.

Afortunadamente, la conducta del Clero en el cumplimiento de sus deberes y en su vida privada, es un hecho constante de todos tiempos y lugares, que está á la vista de todos, y es la mejor respuesta á las acusaciones de que es víctima. Todos los hombres que discurren de buena fe no pueden ménos de respetar al Clero católico y admirarle. Confesaremos, sin embargo, que desgraciadamente hay en el Clero bastantes indivíduos que se olvidan con frecuencia de su sagrado carácter y son causa del ódio que se tiene á la clase en general. Nadie como el mismo Clero lo lamenta y procura por todos los medios posibles evitarlo, y

(1) Véase *De la existencia y del instituto de los Jesuitas*, por el P. de Ravignan.—*Historia de la Compañía de Jesús*, por Cretineau-Joly.

© Biblioteca Nacional de España

las faltas de los Clérigos indignos jamás quedan impunes por parte de la Iglesia, desde el momento que se saben con certeza. Pero estos Clérigos no son tantos como dicen los adversarios, ni sus faltas tan graves como ellos las pintan y exageran, y, por otra parte, estas faltas resaltan más y parecen más feas porque se ven al lado de las sólidas virtudes de la clase. Son como una mancha negra en un lienzo blanco muy limpio. Aún diremos más; esas faltas son más bien flaquezas y debilidades que delitos, y perjudican solo al Clérigo que las comete y nunca á un tercero. ¿Cuántos Clérigos han ido á los tribunales civiles y han sido condenados á presidio por ladrones, asesinos ó perjuros? Citen sus nombres los que se lamentan de los escándalos del Clero. En cambio, nosotros citaríamos nombres manchados con tan feos delitos de todas las clases de la sociedad. Por último, no tememos asegurar que los Clérigos que son tenidos por más relajados, son mejores en todo lo demás que los seglares tenidos por muy morigerados, y como ciudadanos exceden mucho en general á todos sus vecinos.

Con la concision que nos imponen los límites de esta obra, haremos la apología y vindicacion del Clero católico, regular y secular, y despues le pondremos en parangon con el de las sectas disidentes.

§ I.—*El Clero regular.—Ordenes religiosas* (1).

El Clero regular y todas las Ordenes religiosas nunca han tenido enemigos sino entre los libertinos, los herejes, los incrédulos y los políticos liberales, que apenas adquieren el poder público se apresuran á destruir las Comunidades, «para destruir, dicen, á los que fomentan el fuego del fanatismo,» lo cual equivale á decir la religion católica.

Los clamores contra las Ordenes religiosas han resonado en tan gran número de escritos, sobre todo en los tiem-

(1) Tomamos este artículo del *Manual* ya citado del Padre Boone.—Véase Vergier, artículo *Monje, Monasterio, Ordenes religiosas.*—Montalembert, *Los Monjes de Occidente*, introduccion.

© Biblioteca Nacional de España

pos modernos, que se ha formado contra ellas una opinion contraria áun entre los buenos católicos. Nuestro siglo de progreso considera á las Ordenes monásticas como un resto de los tiempos de ignorancia; los votos le parecen una piadosa exageracion de celo. ¿Acaso, dice, no se puede servir á Dios sin engolfarse en la soledad y sin encadenar su libertad? ¿No se puede ser útil á sus hermanos, viviendo en el siglo, edificarlos con el ejemplo, dedicarse á buenas obras y servir más inmediatamente á la religion y á la sociedad? Respondemos á estos ataques insidiosos, demostrando la excelencia del estado religioso y sus muchas ventajas para la religion y para la sociedad.

El estado religioso es muy conforme á la doctrina de Jesucristo, y á sus consejos, como lo ha reconocido la Iglesia en todos los siglos. El hombre tiende á la perfeccion por los tres votos solemnes de pobreza, obediencia y castidad (1), por los cuales se consagra á Dios enteramente y para siempre; que es el mayor sacrificio que puede hacer. Por eso es considerado por los Santos Padres como una especie de bautismo que perdona todos los pecados, y como un martirio de toda la vida, si bien un martirio dulcificado por las gracias más abundantes (2).

En este estado se alejan las ocasiones de pecar, se halla una grande facilidad para dedicarse á las cosas espirituales, para guardar los mandamientos divinos, y para practicar todas las virtudes: en él son más meritorias las obras; se encuentran más socorros espirituales, de parte de los superiores y de los hermanos, más bendiciones en los trabajos del sagrado ministerio, y más cuidados paternales del mismo Dios, que sin duda ninguna ama especialmente á los que se dedican enteramente á su servicio. En él se halla tambien la proteccion especial de la Santísima Vírgen, y, en fin, la esperanza fundada de la predestinacion.

(1) Estos votos son esenciales á todas las Ordenes religiosas; pero el modo de vivir, de trabajar, de orar, de mortificarse, etc., es diferente segun el fin particular de cada una.

(2) Platus, *Felicidad del estado religioso*, lib. I, cap. 13.

© Biblioteca Nacional de España

Desde el tiempo de los Apóstoles, fué conocido en la Iglesia el estado religioso; pero especialmente se desarrolló maravillosamente en el siglo IV. Despues aparecieron de época en época esas Ordenes religiosas que la Iglesia ha mirado siempre con la mayor predileccion, que han recibido los elogios de los Padres, los privilegios y gracias de los Romanos Pontífices, y el favor de los más ilustres príncipes.

Las Ordenes religiosas son como víctimas puras que, con sus ruegos y virtudes, sirven de contrapeso á las iniquidades del mundo. Esta mision de la oracion llega á los fundamentos de la religion, pues supone la reversibilidad de méritos del justo en favor del pecador; y ciertamente es así. Las buenas obras de los Santos atraen las bendiciones del Cielo, como los crímenes de los malvados atraen los castigos. Por eso es preciso que haya almas puras que interpongan sus oraciones para detener los castigos de la justicia divina.

Las Ordenes religiosas son tambien muy útiles á la Iglesia y á la sociedad, por sus virtudes y buenos ejemplos. Todos los males provienen de tres concupiscencias, de los honores, de las riquezas y de los placeres, y, por lo tanto, la práctica de las virtudes contrarias asegurará á la sociedad la mayor suma de felicidad que se puede disfrutar en este mundo. Mas, ¿cómo persuadir estas virtudes? Por el ejemplo, que es el lenguaje más elocuente y más popular. Pues las Ordenes religiosas dan este ejemplo: la vista de un Convento es un gran predicador que habla todos los idiomas y evita muchos crímenes.

Los Conventos hacen un gran beneficio á la sociedad acogiendo á muchas personas que no gustan del mundo ó que no pueden permanecer en él; aquellas tambien que aspiran á la perfeccion evangélica que nos recomienda Jesucristo, y, en fin, á la clase numerosa de los que por multitud de causas no tienen su lugar en la sociedad. ¡Cuántos tristes naufragios políticos, cuántas pasiones burladas, cuántas esperanzas engañadas, cuántos remordimientos vivos nos alejan cada dia más y más del mundo! Por mu-

© Biblioteca Nacional de España

cho tiempo fué un consuelo para el género humano que hubiese asilos siempre abiertos para los que querían huir del mundo, de las revoluciones y de la eterna agitacion de aquellas tristes épocas. Era una cosa muy bella tener esas casas religiosas, en donde se hallaba un retiro seguro contra los golpes de la fortuna y contra las borrascas del propio corazon; y hay que confesar que es una filosofía bien bárbara y una política bien cruel en querer obligar al infortunio á vivir en medio del mundo.

Las Ordenes religiosas son el único remedio contra el terrible pauperismo que amenaza á todos los Estados, como reconocen ya todos los economistas. La supresion de los Conventos ha aumentado el número de célibes forzosos y ha sobrecargado á las familias, las cuales tenían en los Conventos un medio de descargarse sin gastos, pues para entrar en ellos no se exigía más que virtud y vocacion. Las rentas de los Conventos eran como un tesoro público, una fuente de caridad para todos los miserables; pero desde que se suprimieron aquéllos, perdieron los pobres su patrimonio, y era natural que se sublevasen contra el rico y abrazasen el socialismo. Los Gobiernos no saben qué hacer de la juventud que se precipita por bandas en la carrera de los empleos.

En los momentos de crísis, los Gobiernos hallaban grandes recursos en los ahorros de los Conventos. Cárlos V, que sabía calcular, dijo que Enrique VIII, al destruir los Monasterios en Inglaterra, había matado á su gallina de los huevos de oro, y no se engañó, porque dos años despues de haber despojado á los Conventos, Enrique VIII se vió obligado á hacer bancarota, y á abandonar el fruto de sus rapiñas para pagar el salario de sus cómplices en aquella medida. En todas las naciones se ha observado que han crecido los apuros del Erario despues de haber devorado los millones sacados de los bienes de los Conventos. Inglaterra, Francia, España y Bélgica son la prueba.

Las Ordenes religiosas son una fuente de bienestar para la sociedad. Reunidas muchas personas se mantienen con ménos gastos y consumen en el país lo que tienen. Si dis-

© Biblioteca Nacional de España

frutan rentas no las gastan para sí mismos, pues llevan una vida frugal, no las trasportan á países extranjeros, y, por consiguiente, quedan en beneficio del público, de los arrendadores, de los obreros y de los pobres, y servían para levantar esos establecimientos de beneficencia que todos bendicen.

La Europa debe casi exclusivamente á las Ordenes religiosas la fe católica y la verdadera civilizacion. Inglaterra debe su civilizacion á San Agustin, Irlanda á San Patricio, y desde éstas fueron Religiosos á evangelizar la Alemania y los pueblos del Norte. San Bonifacio fué el apóstol de estas regiones, así como tambien de Baviera, Zuringia y Sajonia; y San Wilibrord estableció la fe en Frisia, Holanda y Dinamarca. Los Religiosos penetraban en aquellos países cubiertos de espesos bosques, los desmontaban y edificaban ciudades y aldeas, y abrían Iglesias y escuelas para moralizar é instruir á los hombres. De este modo, por la instruccion y la religion, estos hombres divinos conseguían á la vez la conquista y la libertad de los pueblos.

En la série de los siglos, las Ordenes religiosas continuaron propagando el Evangelio por todas las partes del mundo y convirtiendo á las naciones bárbaras. La historia de la civilizacion cristiana en Asia, en Africa, en las dos Américas, en Oceanía y en las islas más apartadas, está íntimamente ligada á la historia y á los trabajos apostólicos de las Ordenes religiosas.

Los hombres más ilustres de la Iglesia católica se han formado en los cláustros. No es posible contar el número de Santos, de Papas, de Cardenales, de Arzobispos y Obispos, de doctores y escritores célebres, con que las Ordenes religiosas han enriquecido á la Iglesia (1).

En todos tiempos las Ordenes religiosas han hecho los

(1) Solo la Orden de San Benito contaba en tiempo del Papa Juan XXII 15.559 Religiosos puestos en el catálogo de los Santos, 18 Papas, 184 Cardenales, 1.564 Arzobispos, 3.512 Obispos y otros innumerables de sus hijos distinguidos por sus escritos y por sus trabajos.

© Biblioteca Nacional de España

mayores servicios á los pueblos en el santo ministerio. Es natural que unos hombres, que habían tomado en el seno de la vida religiosa los grandes principios de caridad, de celo, de desinterés, y que estaban al abrigo de todo temor para el porvenir, y no soñaban en dejar una herencia á sus parientes, fuesen excelentes para todas las funciones pastorales. Acaso por esta consideracion, por espacio de muchos siglos, se iba á escojer los Obispos á los Monasterios. Despues del Concilio de Trento, estas Ordenes religiosas y las numerosas congregaciones de uno y otro sexo contribuyeron eficazmente al renacimiento de la piedad entre los fieles, y áun el mismo Clero secular ganó en virtud, en ciencia, en consideracion y en influencia. Por el contrario, en todos los países en que fueron suprimidas dichas Ordenes, se notó desde luégo un gran resfriamiento en la fe y una gran corrupcion en las costumbres y aumento en los crímenes.

Las Ordenes religiosas contribuyeron maravillosamente al desarrollo de la agricultura, la primera de las artes y la fuente de toda verdadera riqueza. Como ya hemos observado, las Abadías más florecientes fueron en otros tiempos espesas selvas y pantanos que los Religiosos convirtieron en comarcas fértiles y habitables, y por los trabajos de la penitencia hicieron lo que jamás hubiera intentado el interés de los particulares. Los Religiosos adquirieron con los desmontes dominios extensos, á cuyo cultivo no bastaban ellos solos, y, por lo tanto, se les asociaron una multitud de desgraciados que hallaron entre ellos una subsistencia cómoda y asegurada. Y al paso que los Religiosos aumentaban sus rentas por sus trabajos y economía, ensanchaban los dichosos canales de la caridad para derramarlas sobre la sociedad. Cuando las guerras arruinaban á muchos ciudadanos, iban á buscar un refugio á los Monasterios.

Las Ordenes religiosas salvaron las ciencias y las artes del naufragio de las irrupciones de los bárbaros, y cultivaron siempre con el mayor éxito las ciencias sagradas y profanas. Hay muchos trabajos que no pueden ser ejecuta-

© Biblioteca Nacional de España

dos sino por sociedades ó grandes comunidades, por muchos individuos que obran de concierto y que se sucedan de unos á otros, como las misiones, los colegios, las grandes colecciones literarias, etc. No es pequeño servicio hecho á la Iglesia haber recogido cuidadosamente todo cuanto durante el curso de los siglos ha interesado, ya sus creencias, ya su disciplina, ya las costumbres de los cristianos; sus decisiones, sus leyes, sus progresos, sus pérdidas, y los hombres que la han ilustrado por su ciencia ó por su virtud. Sin los Monjes no hubiéramos sabido lo que pasó en la Iglesia y en el mundo durante siete ú ocho siglos. Sin ellos no tendríamos bibliotecas ni se hubieran conservado las obras de los antíguos escritores. Al mismo tiempo que nos guardaban las obras de la antigüedad de todo género de literatura y nos hacían conocer su mérito, tenían dos clases de escuelas, unas interiores para los Monjes y otras exteriores para el público, en las que enseñaban todos los conocimientos de su época. Por último, contribuyeron á extender el gusto de las artes, y levantaron en su mayor parte los asombrosos monumentos que todavía son la gloria de nuestra edad y los modelos que estudian nuestros artistas.

Pero principalmente debe la sociedad á las Ordenes religiosas los incansables esfuerzos que han hecho por aliviar las desgracias y miserias de la humanidad. No hay una calamidad que no haya tenido una institucion para aliviarla. La caridad, que es el distintivo del Catolicismo, no podía faltar á los que hacen profesion de aspirar á la perfeccion evangélica.

Los cautivos encontraron libertadores en los hijos de San Juan de Mata y de San Pedro Nolasco: los enfermos fueron cuidados por los Bethlemitas y los Religiosos de San Juan de Dios; los moribundos vieron endulzada su agonía por los regulares de San Camilo: los pobres fueron socorridos por todas las religiones; los ignorantes educados por los Escolapios, los Jesuitas y los Dominicos. Nombrar á San Vicente de Paul, es recopilar en un solo nombre todas las obras de caridad y el alivio de todas las miserias á la

© Biblioteca Nacional de España

vez: el cuidado de los niños expósitos, de los enfermos, de los apestados, de los ancianos impedidos, de los enajenados, de las jóvenes arrepentidas, etc. Otros se han dedicado á enterrar á los muertos, á preparar á los condenados al último suplicio, á facilitar y asegurar el camino á los viajeros, etc. Nada ha escapado á la previsora caridad de las Ordenes religiosas. Para convencerse del gran número de comunidades de uno y otro sexo consagradas á la humanidad doliente, léase la *Historia de las Ordenes religiosas*, por Heliot.

Ya hemos hablado en otro lugar de las Ordenes religioso-militares.

En apoyo de lo que acabamos de decir, vamos á citar una parte de la bella encíclica dirigida por Nuestro Santísimo Padre Pío IX á todos los Superiores generales, Abades provinciales y otros jefes de las Ordenes regulares. Ella es el compendio y confirmacion de este artículo.

«Apenas por un secreto designio de la Providencia fuimos elevados al gobierno de la Iglesia universal, entre las grandes obligaciones y los graves cuidados de nuestro ministerio apostólico, ninguno estuvo más vivamente arraigado en nuestro corazon que el de mostrar á vuestras familias de Religiosos los sentimientos del todo, y particularmente afectuosos de nuestro amor paternal, de testificarles toda nuestra benevolencia, de protegerlas, defenderlas y de trabajar con todas nuestras fuerzas por aumentar su bienestar y su esplendor. Establecidas, en efecto, por santísimos personajes, inspirados por el Espíritu Santo, para procurar la mayor gloria de Dios y la salud de las almas y confirmadas por esta Silla Apostólica, ellas concurren por la multiplicidad de sus formas á la admirable variedad que esparce un maravilloso brillo sobre la Iglesia; y ellas componen aquellas falanges escogidas, aquellas columnas auxiliares de los soldados de Jesucristo, que fueron siempre para la sociedad civil, como tambien para la sociedad cristiana, un poderoso socorro, un ornamento y reparo. Sus miembros, llamados por una gracia especial de Dios á practicar los consejos de la sabiduría evangélica, no esti-

© Biblioteca Nacional de España

mando nada comparable á la sublime ciencia de Jesucristo, despreciando con un alma grande y un corazon invencible las cosas de la tierra para no conocer sino las del Cielo, se han mostrado constantemente aplicados á las obras eminentes y á los gloriosos trabajos, por los cuales han merecido bien de la Iglesia católica y de los Gobiernos temporales. Ciertamente nadie ignora ni puede ignorar, que las congregaciones religiosas, desde el primer momento de su institucion, se han ilustrado produciendo innumerables personajes que, distinguidos por la diversidad de su saber y la profundidad de su erudicion, resplandeciendo con el brillo de todas las virtudes y con la gloria de la santidad, revestidos algunas veces de las dignidades más altas, abrasados en el amor más ardiente á Dios y á los hombres, propuestos en espectáculo al mundo, á los Angeles y á los hombres, no conocieron otras delicias que aplicar todos sus cuidados, todo su celo, toda su energía á meditar noche y dia las cosas divinas, llevar en su cuerpo la mortificacion del Señor Jesús, propagar la fe católica del Oriente al Occidente, combatir valerosamente por ella, sufrir con gozo las amarguras de todo género, los tormentos y los suplicios hasta sacrificar su misma vida, apartar á los pueblos ignorantes y bárbaros de las tinieblas de la mentira, de la ferocidad de sus costumbres, del fango de sus vicios, para conducirlos á la luz de la verdad evangélica, á la práctica de las virtudes, á los hábitos de civilizacion: cultivar, conservar y resucitar las letras, las ciencias y las artes; formar cuidadosamente en la piedad y en las buenas costumbres las almas tiernas y los corazones de cera de los niños, imbuirlos en sanas doctrinas, y volver á los caminos de la salud á los que se han extraviado. Como si esto no fuese bastante, abriendo sus entrañas de misericordia, no hay un acto de caridad heróica que ellos no hayan ejercido áun á precio de su vida, para prodigar con amor todos los socorros oportunos de la beneficencia y de la prevision cristianas, á los esclavos, á los prisioneros, á los enfermos, á los moribundos, á todos los desgraciados, á los pobres, á los afligidos para mitigar su dolor,

© Biblioteca Nacional de España

enjugar sus lágrimas y proveer con toda suerte de cuidados y de remedios á todas sus necesidades.

Esta es la causa porque con tanta justicia y razon los Santos Padres y Doctores de la Iglesia han hecho los más grandes elogios de estos piadosos observadores de la perfeccion evangélica, y los han defendido con tanto vigor contra los enemigos que acusan temerariamente á estos institutos sagrados de ser inútiles y funestos á la sociedad. Por su parte, los Romanos Pontífices, nuestros predecesores, llenos de una benévola afeccion á las Ordenes religiosas, jamás han cesado de cubrirlas con la proteccion de la autoridad apostólica, de defenderlas y de enriquecerlas de honores y de extensos privilegios, sabiendo perfectamente los grandes bienes y numerosas ventajas que la república cristiana ha recibido en todo tiempo de tales institutos.»

Concluimos, pues, que el *Estado religioso, aconsejado por nuestro Señor Jesucristo, aprobado y fomentado en todos tiempos por la Iglesia católica, profesado por millones de Santos, ilustrado por los más grandes talentos, ha sido siempre, y será en adelante, utilísimo á la Iglesia y á la sociedad.*

§ II.—*Los misioneros.*

A pesar de lo que acabamos de decir en general á favor de las Ordenes religiosas, no podemos ménos de dedicar algunas líneas en elogio de aquellos de sus miembros que se distinguen entre todos por su mérito especial; tales son los misioneros y las Hermanas de la caridad. En mi juicio nada hay tal vez más admirable entre las grandezas más sólidas de nuestra religion.

El verdadero modelo del misionero es el mismo Jesucristo. Él se abandona por completo en manos de Dios, dispuesto á ejecutar sus órdenes, y es á la vez ministro y víctima. A imitacion del divino Maestro que le envía, el misionero abraza á todos los hombres en la extension de su amor. El misionero se ve obligado á dejar su familia, su casa y su pátria, y se aleja sin mirar atrás: se despoja de

© Biblioteca Nacional de España

todos los lazos que le unen á la tierra, para ocuparse exclusivamente de los intereses del Cielo. Soldado decidido de Jesucristo, considera como su pátria todo país en que pueda enarbolar el estandarte de la cruz. Sus hermanos y sus amigos son en lo sucesivo aquellos pobres salvajes á quienes enseña á formar el signo de la redencion, y á pronunciar el nombre adorable de nuestro Salvador. Necesita un valor heróico para afrontar los peligros sin número á que está expuesto, los obstáculos insuperables que se le presentan por todas partes, y ha de tener una paciencia invencible para soportar las penas, los disgustos, las fatigas, los desprecios y las persecuciones que le aguardan. Para poder hablar de más alto á los hombres, sube sobre el Calvario y se abraza con la cruz. Tal es el verdadero misionero, tal es Jesucristo.

Que el Hombre Dios tuviera la fuerza necesaria para cumplir dignamente este importante ministerio, se comprende, sabiendo que la divinidad sostenía con su omnipotencia á la débil humanidad á que estaba unida. Pero que los hombres hayan seguido valerosamente este camino difícil marcado por la sangre del Salvador, esto es lo que llena á cualquiera de la más profunda admiracion.

En primer lugar, el misionero hace el sacrificio de su propia voluntad, para someterse enteramente á las órdenes de sus superiores, que lo envían sin consultarle á las extremidades del globo. Desembarca en un país desconocido, sin amigos y sin protectores, y frecuentemente sin recursos, en medio de pueblos salvajes y tal vez antropófagos. Tiene que pasar dia y noche en estudiar una lengua bárbara, tiene que sufrir todo género de privaciones, tiene que superar mil dificultades y peligros, y tiene que hacerse violencia para adquirir hábitos y costumbres en oposicion con su vida entera, asimilándose á los salvajes á quienes va á evangelizar. Empieza despues á predicar el reino de Dios y anunciar á Jesucristo. Una violenta persecucion se levanta contra él, y tiene que huir precipitadamente á otro lugar, en donde se repite lo mismo. Llega, por fin, una persecucion más violenta que las otras; en vano huye,

© Biblioteca Nacional de España

se oculta y anda errante por los bosques y las montañas pidiendo hospitalidad, cuando no tiene otro remedio, á las fieras ó á hombres poco diferentes de ellas. Pasado algun tiempo de esta vida tan llena de azares y peligros, es arrestado y cargado de cadenas, y tiene el dolor de ver que aquellos á quienes ha convertido se ven obligados á apostatar ó sufrir el último suplicio. Él mismo es sometido á los más horrorosos tormentos, y al fin muere lleno de oprobios, de dolores y de heridas, como el propio Jesucristo, á quien ha tomado por modelo.

Tal es la suerte ordinaria del misionero. Otras veces es devorado por las fieras, envenenado por las serpientes, ahogado en los rios, ó muere de hambre y de fatiga. Cuando otro misionero igualmente celoso va á proseguir la obra del primero, de quien no se tienen noticias, suele encontrar su cuerpo devorado por las aves de rapiña. Arrodillándose en la arena, le cava una sepultura, sobre la cual pone una cruz que forma de dos palos y es el primero que invoca al mártir.

Fuerza es confesar que los misioneros merecen con toda justicia el nombre de héroes. Sacrificarse en un país desconocido, entre suplicios crueles, no dejando muchas veces ni áun memoria de su nombre, penetrar por amor á la humanidad á donde no han llegado los más atrevidos navegantes, ni los más intrépidos viajeros, sin ninguna esperanza de recompensa sobre la tierra por tantos sacrificios, abrazar expontáneamente una vida de tan suprema abnegacion y tan constante trabajo, es un valor á que no alcanzan por sí mismas las fuerzas humanas. Es sin duda mayor grandeza y heroismo la del pobre misionero que muere entre tormentos en una playa salvaje, abrazado al crucifijo, inmolándose por amor á sus semejantes, que la de aquellos hombres á quienes el mundo levanta monumentos por haber muerto al pié de una bandera, casi siempre sin poderlo evitar. Los héroes del mundo son sanguinarios, los héroes de la religion son de paz.

Si atendemos á los resultados, veremos que estos pobres misioneros, solos con la cruz, han conquistado más nacio-

© Biblioteca Nacional de España

nes que hubieran podido conquistar los más intrépidos guerreros á la cabeza de numerosos ejércitos. Ellos han llevado la civilizacion á las naciones más bárbaras, y la India, la China, la América, el Africa, la Oceanía, les deben los primeros destellos de la luz que ha brillado en ellas. Al mismo tiempo que enriquecían el alma con la fe católica, enseñaban á los salvajes el modo más fácil de proveer á las necesidades y áun comodidades del cuerpo, á cultivar la tierra y á hacer casas y vestidos. Nadie ignora que las bárbaras regiones del Paraguay fueron convertidas por los misioneros Jesuitas en un Edem.

En medio de sus trabajos apostólicos hallaban los misioneros tiempo suficiente para escribir sus memorias y sus cartas, llenas de sencillez y de erudicion, cuyas noticias han servido tanto á los progresos de la geografía, de la botánica y la medicina; y, sobre todo, para conocer las costumbres y moralidad de los pueblos más remotos (1). A veces hacían importantes descubrimientos que se apresuraban á comunicar á Europa, ó enriquecían los museos con

(1) «El misionero no es un viajero que habla de un país do que no ha visto sino la superficie, rápidamente y desde la portezuela de su coche, ó solo que ha permanecido mucho tiempo en una ciudad particular, ignorando con frecuencia la lengua del país, ó conociéndola imperfectamente; no juzgando de ordinario sino de oidas; no estando en relaciones personales más que con un corto número de habitantes; en fin, contentándose con estudiar el país bajo el punto de vista comercial ó científico, raras veces bajo el punto de vista moral. Muy diferente es el misionero. No ha habitado una sola poblacion, sino muchas; tampoco se ha contentado con cruzar rápidamente el país: lo ha recorrido en todas direcciones, las más veces á pié y ha permanecido en él largo tiempo. Su ministerio le ha obligado á estudiar la lengua del país; se ha puesto en relacion con todas las clases; se ha iniciado en todos los detalles y secretos de la vida íntima; se ha identificado con el pueblo, en cuyo guía y padre se ha convertido. Hombre instruido y modesto, su vida entera depone en favor de su veracidad». Gaume, *Hist. de la Sociedad doméstica*, III parte cap. 9.°

© Biblioteca Nacional de España

objetos nuevos y apreciables, plantas, pájaros, fósiles, etc. Y, además, han hecho grandes servicios á los navegantes, que al desembarcar en alguna playa salvaje hallaban en los misioneros un génio bienhechor.

Por último, aunque no se tuvieran en cuenta otros servicios de los misioneros que lo que han hecho y hacen por salvar la vida de los miles de niños expósitos en China, merecerían para siempre las bendiciones de la Iglesia y de la humanidad.

§ III.—*Las Hermanas de la caridad.—Las Hermanitas de los pobres.*

«Acaso nada hay más grande sobre la tierra, dice Voltaire, que el sacrificio que hace un sexo delicado de la belleza, de la juventud y muchas veces del alto nacimiento y de la fortuna, para aliviar en los hospitales la diversidad de todas las miserias humanas, cuya vista es tan humillante para el orgullo del hombre y tan repugnante á nuestra delicadeza. Los pueblos separados de la comunion romana no han imitado sino de un modo muy imperfecto una caridad tan generosa» (1).

«Confieso, dice Proudhon, que la caridad de tantas personas del bello sexo, las más distinguidas por su nacimiento, por su educacion y por su fortuna, que se constituyen en enfermeras de sus hermanos en Jesucristo, esperando que una vida mejor les permita ser sus compañeras, me conmueve y me despreciaría á mí mismo, si hablando de los deberes que estas almas generosas cumplen con tanto amor y por mera voluntad, se escapase de mi pluma una sola palabra de ironía ó de desden. ¡Oh santas y valerosas mujeres! Vuestros corazones se han adelantado á la época, y nosotros, miserables rutinarios, falsos filósofos y sábios, somos responsables de la esterilidad de vuestros esfuerzos. ¡Ojalá podais un dia recibir vuestro galardon!» (2).

(1) Ensayo sobre las costumbres, cap. 139.
(2) *Contradicciones económicas*; citado por Ducpetiaux, *Las Ordenes monásticas y religiosas*, pág. 220.

© Biblioteca Nacional de España

Tan admirables son las Hermanas de la caridad que han merecido estos elogios de los más célebres corifeos de la impiedad.

En efecto, nadie puede rehusar sus elogios á la virtud y al heroismo de esas admirables mujeres, que «tienen la »modestia por velo, la misericordia por hermana, á los po»bres por familia, á la caridad por madre y por toda ale»gría en este mundo el consuelo de enjugar lágrimas.»

La Hermana de la caridad es mártir de esta virtud divina, convirtiéndose en un ángel de consuelo para todos los infelices y todos los débiles. Entrad en un hospital y la vereis desempeñando su augusto sacerdocio, permítaseme la expresion. A pesar de que en esta casa se refugian todos los estragos y todas las inmundicias del vicio, de la enfermedad y de la miseria, se ve reinar en todas partes por sus cuidados el aseo, el órden y la economía. Con la mayor actividad recorre las camas de los enfermos prodigándoles sus cuidados como si fueran sus hijos; aquí cura una enfermedad vergonzosa, allá una llaga asquerosa y fétida, en otra parte abraza á un apestado, más allá recibe el último suspiro de un moribundo, y, por último, amortaja á un cadáver, próximo á entrar en disolucion. Por todas partes prodiga á los desgraciados palabras de consuelo, de resignacion y de esperanza, y, sobre todo, el ejemplo de sus virtudes y la eficacia de sus oraciones. Su paciencia sin límites, su dulzura inalterables, sus afectuosos cuidados, sus miradas, su aire, su voz y los símbolos de que está rodeada, la presentan á los ojos del enfermo como la expresion más aproximada de una hermana ó de una madre; tal es la ternura y solicitud de sus cuidados. ¡Ah! y con frecuencia en pago de su cariñosa asistencia no recibe más que insultos y blasfemias de aquellos mismos á quienes cuida, ó es objeto de persecuciones y groseras calumnias en los parlamentos (1).

(1) Los revolucionarios de Setiembre, y nótese que cuantas veces ha sido perseguida la caridad lo ha sido en nombre de la libertad por los que se proclaman sus defen-

© Biblioteca Nacional de España

Además, hay que conocer que para sepultarse en un hospital se necesita un valor á toda prueba, y es preciso estar en disposicion de hacer á cada momento el sacrificio de la vida. Habrá muchos que irán bravamente á morir con gloria en un campo de batalla, y no tendrían valor para entrar en un hospital de apestados y morir oscuramente junto á un lecho de dolor. Pues la Hermana de la caridad tiene todos los dias este heroismo, y no falta jamás á su mision, ni retrocede ante ningun peligro. Cuanto más débil es de cuerpo, es más fuerte de alma, y se conceptúa dichosa en dar su vida por hacer bien á sus semejantes. Solo la religion puede inspirar estos sentimientos.

Pero su caridad no se satisface con cuidar á los enfermos en los hospitales ó á domicilio, sino que recoje y sirve de madre á los niños expósitos que abandona su madre desnaturalizada, abre sus brazos á las víctimas del libertinaje arrepentidas y las vuelve al buen camino, educa á los párvulos y á los huérfanos y hasta los lleva á los campos de batalla á recoger á los heridos, sin asustarse de las balas que silban sobre su cabeza. ¿Quién ignora lo que hicieron en Crimea y durante la última guerra franco-prusiana?

Consagrada así, enteramente á Dios y á sus prógimos, no puede esperar en premio de su sacrificio ninguna recompensa humana, ni la quiere, habiendo renunciado generosamente á los placeres, á los honores, á las riquezas y hasta á los lazos de la amistad y de la familia. Despues de haber sufrido todas las impertinencias de los hombres, atormentada en su alma con la vista contínua de tantas miserias, con los lamentos y quejidos de los desgraciados, que afligen su corazon sensible, atormentada en su cuerpo con el contínuo trabajo, con malos olores y con escasez de sueño, acorta voluntariamente el número de años que vive

---

sores, arrojaron á las Hermanas de la caridad de algunos establecimientos de beneficencia de la costa. ¿Qué pasaría en ellos en ausencia de aquellas santas mujeres, puesto que fueron llamadas de nuevo por los mismos que las habian echado?—*Paralelos entre el Catolicismo y las sectas*, por Rubio y Ors, III, cuad 1.°, pág. 49.

© Biblioteca Nacional de España

sobre la tierra y entrega su alma pura al Criador. La muerte no hace más que consumar el sacrificio que comenzó generosamente al hacer su profesion.

Cuando se contemplan tales grandezas se siente una viva satisfaccion en pertenecer á la Santa Iglesia católica, que sabe inspirarlas, y no hay quien no se crea engrandecido por participacion en ellas. ¡Y hay todavía quien llamándose católico diga que el cuidado de los enfermos y de los necesitados ha de confiarse á personas legas, pagadas y subvencionadas por los Gobiernos! ¡Ah! si la caridad se reduce á cifras, si hay quien tenga el corazon y la cabeza bastante frios para calcular lo que cuestan las Hermanas de la caridad y los enfermos legos, no tardará mucho en perecer esta virtud divina. La caridad no puede pagarse á ningun precio; solo Dios la inspira. Por eso solo el Catolicismo tiene *Hermanas de la caridad.*

Y al llegar á este punto, y hablando de indivíduos que forma la Iglesia católica, debiéramos hablar de los innumerables de sus hijos, que se consagran exclusivamente á ejercer la caridad con los prógimos en sus diversísimas ramificaciones para todas las miserias; pero no siendo posible por los estrechos límites de este trabajo, remitimos al lector á la interesante obra de Monseñor Dupanloup, *La caridad cristiana y sus obras;* y tambien á la excelente de Ducpetiaux ya citada.

Sin embargo, no podemos ménos de dedicar algunas líneas á las admirables *Hermanitas de los pobres*, esas mujeres sublimes, ante las cuales se enternecieron y se sintieron hombres los mónstruos de la *Commune.*

Estas se consagran por instituto á cuidar de los ancianos pobres que pasan de 60 años, y les prodigan cuidados filiales. Cuando se considera la multitud de enfermedades y miserias que acompañan á la vejez pobre, y las incomodídades que causa un viejo achacoso, que apenas puede sufrir la propia familia, se comprende lo que vale la abnegacion de estas mujeres, que se proponen endulzar los últimos años que vive el hombre sobre la tierra, como si quisieran que aquellos viejos olvidasen las ofensas que les ha-

© Biblioteca Nacional de España

bían hecho los hombres y llevasen al sepulcro un buen recuerdo de la humanidad. Como si fuera poco prestarles su asistencia, ellas mismas abrazan la mendicidad en lugar de ellos, á fin de proporcionarles alimento y vestido. Al ver la silenciosa y modesta pareja de estas humildes mujeres recorrer los puestos de la plaza pública y las casas particulares, para reunir poco á poco la comida que han de dar aquel dia á sus pobres ancianitos, no se puede ménos de admirarlas como unas mensajeras de la Providencia, para llevar á los indigentes los dones de su infinita bondad (1).

§ IV.—*El Clero secular.*

Una de las culpas más graves de la sociedad moderna es la ingratitud al Clero católico, desconociendo los beneficios que le debe.

Repetidas veces hemos dicho y demostrado que el Clero católico salvó la civilizacion antígua y las preciosidades de las artes y de las ciencias, y preparó la cultura de los tiempos modernos.

Esto lo hizo el Clero católico por su ciencia y por su virtud.

«Desde el siglo V, dice el protestante Guizot, contaba el Clero con un medio poderoso de influencia. Los Obispos y los Clérigos llegaron á ser los primeros magistrados municipales, y no quedaba, hablando propiamente, del imperio romano sino el régimen municipal. Ocurrió, por las vejaciones del despotismo y la ruina de las ciudades, que los curiales ó miembros de los cuerpos municipales cayeron en el desaliento y apatía. Los Obispos, al contrario, y el cuerpo de los Sacerdotes, llenos de vida y de celo, se ofrecían, naturalmente, á velar por todo y á dirigir todas las cosas. Inconveniente sería inculparlos por esto y tra-

(1) Esta congregacion fué fundada en 1840 por una pobre criada, sin ningun recurso. En la actualidad cuenta más de 150 casas en diversas naciones, de ellas 14 en España.

© Biblioteca Nacional de España

tarlos de usurpadores; así lo exigía el curso natural de las cosas: solo el Clero era moralmente fuerte y animado, y llegó á ser poderoso en todas partes. Tal es la ley del universo... Por de pronto fué una ventaja inmensa la presencia de una influencia moral en medio de un diluvio de fuerza material que en aquella época vino á caer sobre la sociedad. Si la Iglesia no hubiera existido, el mundo entero hubiera sido presa de sola la fuerza material» (1).

En otro lugar demuestra la influencia del Clero sobre la civilizacion, á contar desde el siglo V al X. «La Iglesia, dice, era una sociedad regularmente constituida con sus principios, con sus reglas y disciplina, la cual sentía una necesidad vehemente por extender su influencia y conquistar á sus mismos conquistadores. Había en el Clero cristiano y entre los fieles de aquella época, quienes habían pensado en todo, lo mismo en las cuestiones morales que políticas; tenían sobre todos las opiniones fijas, sentimientos enérgicos, y un vivo deseo de propagarlas y hacerlas prevalecer. Jamás hubo sociedad, al lado de la de la Iglesia, que hiciese los esfuerzos que ésta hizo del siglo V al X, por asimilarse el mundo exterior... Puede decirse que atacó á la barbárie por todos sus flancos, para civilizar dominándola. En España es la Iglesia misma quien ensaya reconstruir la civilizacion. En vez de las antíguas asambleas germánicas, prevaleció en España un Concilio de Toledo, y en ese Concilio, aunque se encontraban seglares de distincion, los Obispos son quienes dominan. Abrid el código de los visigodos; no es esta una ley bárbara; evidentemente está redactada por los filósofos de la época, es decir, por el Clero. Tal ley abunda en ideas generales, en disposiciones y en teorías completamente extrañas á las costumbres bárbaras... En una palabra, toda la ley visigoda lleva un carácter sábio, sistemático y social. Se conoce en ella la obra de aquel mismo Clero que prevalecía en los Concilios de Toledo é influía tan poderosamente en el gobierno de la sociedad» (2).

(1) *Histoire gen. de la civilization en Europe*, 2.ª lec.
(2) Lug. cit., lec. 3.ª

© Biblioteca Nacional de España

Nadie niega la preponderancia y ascendiente que en todos tiempos tuvo el Clero, y, al contrario, hacen de esto un cargo contra él. Pues bien; cuando una clase numerosa logra conquistar un ascendiente indisputable y lo conserva por espacio de muchos siglos, es prueba de que tiene mérito indisputable, que los miembros de esa clase se distinguen notablemente de los demás de la sociedad. De otro modo no puede explicarse esta preponderancia, pues el hombre no rinde homenaje ni da honores sino á quien es superior á él. El ascendiente del Clero, dadas las cualidades que le distinguían, fué un hecho, no solamente muy saludable y provechoso á la sociedad, sino tambien muy natural, muy necesario y enteramente inevitable.

Cuando con el sagrado carácter del sacerdocio se reunen la santidad y la sabiduría, forman un conjunto tan sublime, que los hombres no pueden ménos de mostrar respeto y veneracion. Cuando además los que poseen estas preciosas dotes las emplean incansablemente en beneficio de todos, prodigando la enseñanza, el consejo, la exhortacion y la caridad, aliviando los infortunios y socorriendo las miserias, es natural conquistar el amor y la gratitud de los hombres, y tener ascendiente sobre ellos.

Si el Clero fuera solamente sábio sin ser virtuoso, no inspiraría respeto; si fuera solamente virtuoso sin ser sábio, no tendría el suficiente prestigio. Preciso es, por lo tanto, que se reunan en el Clero la ciencia y la virtud.

Jamás ha dejado de brillar en ambas cosas. La prueba es que en todos tiempos, como tambien en la actualidad, ha cumplido dignamente su mision. Elegid cualquier momento de la historia, y vereis al Clero estar siempre á la altura de su época y áun ser superior á ella. Aún hoy, que toda clase de ciencias, de las que no se enseñan en los Seminarios, han hecho tan gigantescos progresos, se ve al Clero seguirlos paso á paso, y dedicar las más asíduas tareas á adquirir la vasta instruccion que reclaman las necesidades de los tiempos modernos.

Todas las funciones del ministerio sacerdotal exigen una ciencia sólida, superior, ó, al ménos, igual á la de los hom-

© Biblioteca Nacional de España

bres con quienes alterna. La catequesis, la predicacion, la confesion, las multiplicadas necesidades de las almas, exigen que el Clero esté siempre á la altura de su siglo, y que siga el progreso de las ciencias. De otra suerte se vería embarazado á cada paso; no podría combatir los nuevos errores, que se presentan cubiertos de un gran aparato científico, y no podría ser el padre, el guía y el consejero de los pueblos.

El Clero, como clase, puede poner más alta su bandera científica que cualquiera otra clase de la sociedad. Todos sus individuos tienen la ciencia suficiente para su estado ó pueblo que dirigen, por más que algunos estén escasos de ciertos conocimientos modernos. ¡Ojalá pudiera decirse lo mismo de los médicos, cirujanos, abogados, jueces, empleados, etc! El Clero con frecuencia está sufriendo exámenes y dando pública muestra de su aptitud, lo que no sucede á otras profesiones. El Clero se ve obligado á sostener contínuas polémicas, pues hay dos cosas de las cuales se cree autorizado á hablar todo el mundo, y los que más hablan son los más ignorantes; la política y la religion. Por eso el Clero tiene que estar siempre preparado á la lucha en el terreno que quieran colocarla sus adversarios, que naturalmente echan mano con preferencia de aquella clase de argumentos que más se adaptan al estado intelectual de su tiempo.

Si algunos individuos del Clero se encuentran atrasados en ciertas materias que no son propiamente de su carrera, no merecen por esto más censura que otros hombres por no saber las materias que no son de la suya. El primer deber de los críticos es ser imparciales y justos. ¿Acaso el Clérigo tiene obligacion de saberlo todo? Por otra parte consta que el Clero es más universal en sus conocimientos que cualquiera otra clase. Pueden citarse Clérigos que han sobresalido notablemente en las matemáticas, en la física, en la medicina, en la historia, en la literatura; pero no pueden citarse médicos, físicos, etc., que hayan sobresalido en las ciencias eclesiásticas hasta el punto de ser considerados como notabilidades en ella.

© Biblioteca Nacional de España

De lo dicho se infiere cuán falsa y calumniosa es la acusacion que se hace al Clero de *oscurantista* y de favorecer la ignorancia. Los que esto dicen niegan la evidencia. Sabido es que el Clero ha combatido siempre la ignorancia considerándola como una de las mayores plagas de la Iglesia y de la sociedad. Su mision es enseñar, y la ha cumplido ventajosamente en todos tiempos. Las escuelas, los colegios, las universidades y las bibliotecas que ha establecido el Clero, y que ha llenado de sus propias producciones, son la prueba. El mayor número de los escritores anteriores al siglo XVIII han sido individuos del Clero (1).

Lo mismo que en la ciencia, se ha distinguido el Clero en la práctica de todas las virtudes, y áun más en éstas, porque no todos tienen talento para ser sábios; pero todos, por limitada que sea su inteligencia, pueden ser virtuosos. El sacerdocio es por sí mismo un estado de perfeccion de los que están adornados de él. Así es, que en todos tiempos las virtudes del Clero católico han sido la gloria y el regocijo y el ornamento de la Iglesia.

Apenas hay necesidad de insistir en este punto, pues la conducta del Clero es bien pública, y su buen ejemplo está á la vista de todos. El Clero es en general severo y ajustado en sus costumbres, metódico, sóbrio, y exento de esas que el mundo llama necesidades, y que en suma no son otra cosa que vicios. Prudente, reservado y justo, todos quieren tratar con él y se fían de su honradez sin más que ver su traje. Él es caritativo y afectuoso, el consuelo y el refugio de los pobres y de los afligidos, y el amigo de todos los que sufren. Distribuye su tiempo entre las obligaciones de su ministerio, el estudio, la oracion y las obras de piedad, y apenas dedica algun rato á un honesto recreo para

(1) La ignorancia es el mayor enemigo de la Iglesia. Tan cierto es esto, que el emperador Juliano el Apóstata, queriendo destruir el cristianismo, prohibió á los cristianos aprender y enseñar las letras. Comprendió que la ignorancia arruinaría á la Iglesia. Y, ¡aún se dirá que el Clero la favorece!

© Biblioteca Nacional de España

espaciar un poco su ánimo, ocupado contínuamente con sérias atenciones.

Pero acontece en este punto que las miradas del mundo se fijan con insistencia en algunos pocos Sacerdotes que son indignos de su sagrado carácter (1), y no se fijan en todos los Sacerdotes ejemplares y santos que son muchos más, y en los que cumplen exactamente todos sus deberes, que son casi la totalidad. Mas esto mismo prueba la santidad del Clero y su virtud indudable, pues de otro modo el mundo no miraría con tanta indignacion y escándalo en un Clérigo lo mismo que mira con indiferencia en un seglar. Pero ya hemos respondido á este cargo al principio de este capítulo. Por culpa de estos pocos es vituperada toda la clase; pero cualquiera ve que esto no es razonable ni justo (2).

Entre las inculpaciones que con más insistencia se hacen al Clero, figuran en primera línea la de incontinencia, la de avaricia y la de ambicion. En cuanto á la primera, diremos que es el vicio en que con más facilidad cae el hombre, por ser la virtud opuesta tan elevada y tan superior, sin el auxilio de la gracia, á las fuerzas humanas y á las inclinaciones de la naturaleza. ¿Será extraño, por lo tanto, que algunos Clérigos se dejen arrastrar algunas veces de sus pasiones? Lo admirable es que la generalidad guarde la continencia con tanta fidelidad, atendida la flaqueza humana y los peligros del mundo. Lamentable es que no todos tengan esta virtud, pero no es el mundo corrompido y libertino quien debe condenar al Clero con tanto rigor. Por otra parte, se abultan y exajeran mucho estas faltas, y muchas veces son puras calumnias y juicios temerarios como podría probarse con repetidos ejemplos. El mundo, á

(1) Se ha dicho oportunamente que un Sacerdote malo es como una paja metida en los ojos de todos, que á todos ofende.

(2) Bergier, artículo *Clero, órden.*

© Biblioteca Nacional de España

quien es tan insoportable la castidad, juzga del Clero por la malicia de su propio corazon.

Se dice que el Clero es avaro, porque no le gusta, por sus hábitos y por su género de vida, disipar sus recursos en locuras, y, por otra parte, es previsor para circunstancias excepcionales ó para la vejez. No se puede negar, sin embargo, que algunos tienen excesivo apego á las cosas temporales, y la Iglesia lo lamenta, y los exhorta contínuamente al desprendimiento. Mas hay que tener en cuenta que los Clérigos son hombres, sujetos, por consiguiente, á sus debilidades. Además, el Clero que vive con frecuencia rodeado de personas mercenarias, que le sirven por interés más bien que por afecto, es disculpable hasta cierto punto de guardar aquel dinero que le ha de asegurar los servicios de que no puede prescíndir, especialmente para el caso de una imposibilidad física ó una enfermedad.

Por lo demás, es falso que el Clero en general merezca el calificativo de avaro. La prueba es la multitud de fundaciones, dotaciones y obras pías que ha fundado con las riquezas acumuladas al cabo de muchos años de órden y de economías. La prueba son tambien las abundantes limosnas que reparte con mano pródiga, mereciendo el honroso nombre de padre de los pobres. Estos acuden á él en todas ocasiones mucho mejor que á los seglares, porque conocen por experiencia su largueza y su generosidad. Observad á quién se dirigen con preferencia los mendigos; y quién es el que les da más limosnas entre todos los transeuntes, y direis despues si el Clero es avaro. Por último, en España tenemos una prueba reciente y decisiva. Cuando la revolucion, por un acto de tiranía incalificable, impuso al Clero la obligacion de jurar la Constitucion del 69, amenazándole de lo contrario con no pagarle los haberes que de justicia se le deben; el Clero, ofendido á un mismo tiempo con esta medida en su fe de católico y en su dignidad de caballero, prefirió unánime arrostrar la miseria ántes que faltar á su deber y sufrir tan vil humillacion. Cuatro años hace que no percibe sus modestas asignaciones .. y calla. Los Gobiernos, unos despues de otros, cometen la barbárie

© Biblioteca Nacional de España

de dejarle morir de hambre y obligarle á pedir públicamente una limosna (1). Y, sin embargo, el Clero sufre noblemente toda clase de privaciones... y la España contempla impasible el lento martirio de sus Sacerdotes.

Tambien se dice que el Clero es ambicioso. Hay una ambicion noble y levantada, y hay otra ambicion bastarda y desordenada. La Iglesia católica es la verdad y la caridad, y, por lo tanto, está llamada naturalmente á ejercer una grande influencia moral, á dominar sobre el error y el vicio: de modo que no se puede censurar á los ministros de la verdad y de la caridad por seguir el impulso que reciben. En este sentido el Clero es ambicioso; es decir, aspira á cumplir la mision divina que le encomendó el Salvador, de enseñar á los hombres y dirigirlos. Esto es un honor para el Clero.

Pero no tiene el Clero la ambicion bastarda de medrar por cualquiera medios, de adquirir á toda costa el poder, el mando y los honores. Hace tiempo que se ha apartado voluntariamente de estas regiones, en las que solo se hallan simas y precipicios, y si alguna vez estuvo en ellas, no fué por su gusto, sino porque así lo exigía el bien de los pueblos, porque asi lo querían las naciones, y porque los reyes lo llamaban con frecuencia á sus consejos. Muchos Obispos llegaron á la dignidad de príncipes, porque los reyes y emperadores fiaban más en su fidelidad que en la de sus varones, como reconocen los mismos protestantes; no se engañaban, y este motivo hace honor al Clero. En la actualidad el Clero no tiene feudos, ni interviene para nada en los negocios públicos: carece, pues, de todo fundamento el acusarle de ambicion.

No es de admirar la multitud de acusaciones lanzadas contra el Clero, porque es el blanco de las iras de todos los enemigos de la Iglesia. Ven éstos que el Clero es el más robusto apoyo del Catolicismo y el defensor de sus dere-

(1) ¿No queda con esto bien justificado el Clero de guardar algunos ahorros?

© Biblioteca Nacional de España

chos, y procuran por todos los medios desprestigiarle, á fin de llegar á destruir la misma religion. Esta es una de las causas del ódio que le han declarado. Ven tambien en el Clero el mayor enemigo de sus vicios y de sus escándalos, ya sea con su predicacion, ya con su ejemplo, y por eso le aborrecen. El mérito del Clero puede medirse por la intensidad del furor con que es atacado.

Y aquí se debe observar una cosa digna de llamar la atencion. Al mismo tiempo que atacan al Clero virtuoso, al Clero fiel y que cumple sus deberes, ensalzan hasta las nubes á los que secundan las pasiones del siglo, á los que se ponen en lucha con sus legítimos superiores, á los Clérigos despreocupados y liberales. Además hacen todos los esfuerzos imaginables para atraer á su partido al Clero jóven, seduciéndole con pomposas y halagüeñas promesas para hacerle dócil instrumento de sus planes (1).

Pero lo mismo las seducciones que las persecuciones, lo mismo los hipócritas elogios que los insultos y los desprecios, se estrellan contra la constancia invencible del Clero, contra su fe sólida y contra su virtud.

El Clero es una prueba de la asistencia divina que tiene la Iglesia. Solo así se concibe que en todos tiempos hayan sido tan escogidos y dignos sus ministros. Así, pues, nos convencemos una vez más de que la Iglesia manifiesta su vida sobrenatural y gloriosa en los hombres que forma y produce. Estos son como las ruedas de una máquina maravillosa: cada una tiene su oficio, y todas juntas componen su admirable mecanismo, y concurren á su movimiento. Pero entre los hombres de la Iglesia, el Clero, en los diversos grados de su gerarquía, es la expresion más fiel de su espíritu y el agente de sus divinas influencias.

Y como mejor se conoce la gloria que resulta á la Iglesia católica por su Clero, es comparándole con el clero protestante y cismático, con el clero de las sectas. Miéntras éste vive en una bochornosa dependencia, reducido á la clase de un empleado público, dejando languide-

(1) Véase *La Revolucion*, por Mons. de Segur.

© Biblioteca Nacional de España

cer en los pueblos la fe, la caridad y las demás virtudes evangélicas, y precipitarse aquéllos al excepticismo, el Clero católico está dando cada dia nuevas pruebas de que es *la sal de la tierra y la luz del mundo.*

Los clérigos de las sectas no son más que hombres, los Clérigos católicos son ministros de Jesucristo. Así es, que el clero de las sectas carece de las virtudes, de la abnegacion, del celo y del generoso sacrificio de la vida que hace muchas veces el Clero católico. Por eso los trabajos del primero, sea en la predicacion, sea en la enseñanza, sea en las misiones en los pueblos infieles, son completamente estériles, á pesar de tener á su disposicion los más abundantes recursos de todo género; y los trabajos del segundo, privado de recursos y luchando con inmensas dificultades, producen frutos abundantísimos, porque tienen la bendicion de Dios.

§ V.—*El Obispo.*

Despues de haber hecho la apología general del Clero católico, debemos dedicar algunas líneas á dar á conocer el carácter peculiar de los diversos grados de su gerarquía. Empezaremos por el Obispo, que ocupa en ella el lugar más alto.

Legítimo sucesor de los Apóstoles continúa en el mundo la mision santificadora de aquéllos é instruye á los pueblos con su palabra y con su ejemplo. El Obispo es el pastor de las almas, para repartirles doctrina sana, confirmarlas en la fe y apartarlas del error. Es como el ojo de la Providencia sobre las necesidades de su Iglesia, y como la antorcha elevada en medio del Templo para alumbrar á los fieles que se acercan á Dios.

La Iglesia ha procurado siempre que sus Obispos sean tales como los deseaba San Pablo; y cuando ha sido libre para escogerlos por sí misma fuera de la intervencion de las turbas ó de la imposicion de los Gobiernos ha tenido la gloria de formarlos segun aquel modelo. «Es necesa»rio que el Obispo sea irreprensible y sin tacha, como

© Biblioteca Nacional de España

»ecónomo de Dios, sobrio, justo, santo, continente, amigo »de la hospitalidad, benigno, prudente, respetable, mo»desto y sábio, para que pueda exhortar segun doc»trina sana, y convencer á los que contradicen. En »una palabra, ha de ser en todo dechado de buenas obras »en la doctrina, en la pureza de las costumbres, en la gra»vedad, en la conversacion sana é irreprensible, para que »los contrarios se confundan y no tengan que decir de él »nada malo» (1).

Hé aquí el retrato de un perfecto Obispo católico: hé aquí lo que han sido y son la generalidad de los que han ocupado en la Iglesia esta dignidad. Para llegar á tal altura se necesita una larga carrera de méritos y servicios á la causa católica, se necesita una vida laboriosa, activa y sin tacha, se necesita haber dado repetidas y distinguidas pruebas de prudencia, de ciencia y de virtud. Si ha habido algunos Obispos poco dignos, fué en aquellos tiempos perturbados en que prevaleciendo las facciones, ascendían á la silla episcopal por la violencia ó la simonía, protegidos por los emperadores y los príncipes. La iglesia no es responsable de aquellos excesos que han manchado algunas páginas de su historia, cuando ella no lo ha podido evitar. Por esta razon ha defendido siempre con tanto empeño la libertad de las elecciones eclesiásticas, y de aquí provinieron las cuestiones sobre las investiduras, y las tenaces luchas entre el sacerdocio y el imperio.

Nadie puede negar á la generalidad de los Obispos de todos los siglos la ciencia y la virtud. Tan conocido es esto de todos, que podemos dispensarnos de demostrarlo. La historia de todos los Obispos puede encerrarse en unas breves líneas, ¡tan semejantes son en los rasgos principales! Es un anciano lleno de piedad y de instruccion, de prudencia, de caridad y de desprendimiento absoluto. Su vida, su ciencia, su fortuna, todo en él y fuera de él, todo lo que le pertenece de algun modo, está por lo mismo á

(1) I *Tim.* III, 1 y sig.—*Tit.* I, 7; II, 7.

© Biblioteca Nacional de España

disposicion de todos, y especialmente de los pobres. Es el padre universal de su diócesis, y con mirada solícita, investiga las necesidades para remediarlas segun sus fuerzas. Vela sobre la educacion del Clero, sobre sus costumbres y sobre el cumplimiento de sus deberes, y le envía á donde hay necesidad de su ministerio. Vela tambien sobre la moralidad de los pueblos, y su bienestar material, sobre las comunidades, sobre las escuelas, sobre los hospitales, sobre las cárceles, y extiende á todo su afectuosa solicitud. Es el que anima toda obra buena, proteje toda empresa útil y fomenta todo pensamiento benéfico, y no hay iniciativa generosa que él no desarrolle, y en la cual no tome la parte más activa. Instruye de palabra y por escrito, aconseja, reprende, corrige, y es el centinela avanzado contra el vicio y el error. Despues de una vida celosa, llena de santas obras y de graves atenciones, espira dulcemente: su muerte es llorada por los pobres, que acompañan su féretro y bendicen su nombre.

Los monumentos sagrados, obras maestras del arte, que son el mejor adorno de las ciudades católicas, casi todos han sido fundados, amplificados ó conservados por el génio episcopal. Hasta las ruinas venerables de monumentos de los primeros siglos, que ofrecen todavía tantas bellezas á la admiracion de los inteligentes, han sido preservadas de una destruccion completa ó devueltas en lo posible á su esplendor primitivo por el celo episcopal.

Las universidades, los colegios, los hospitales, las obras de caridad y de utilidad pública, reconocen á los Obispos por patrones ó por bienhechores.

Si alguna calamidad aflije á su diócesis, ellos son los primeros en volar á remediar sus estragos, á atajar sus progresos, ó á consolar á las víctimas. En caso de peste no han temido el peligro, y han volado á socorrer á los invadidos, proporcionando recursos, asistencia y medicinas. Todo el mundo recuerda lo que hicieron los Obispos españoles en la época del *cólera*. Su generoso heroismo excitó la admiracion hasta de los mayores enemigos del Clero. En caso de hambre pública venden hasta su vajilla para

© Biblioteca Nacional de España

socorrer á los pobres, y crean recursos que solo sabe hallar el celo y la caridad. En caso de guerra, alientan el valor del ejército, y allegan recursos para los heridos, como sucedió en nuestra gloriosa campaña de Africa. En caso de inundacion, excitan la caridad á favor de las víctimas como sucedió recientemente en la de Tudela. En una palabra, el Obispo, como su divino maestro, pasa sobre la tierra haciendo bien.

Ya hemos visto en otro lugar que los Obispos han sido los más constantes defensores de los derechos y las libertades populares.

«Los enemigos del Clero han declamado con frecuencia contra la autoridad civil de que los Obispos estuvieron revestidos; si se hubieran tomado el trabajo de subir hasta el orígen, se habrían visto obligados á reconocer que no era en manera alguna, ni odiosa, ni ilegítima. Ya anteriormente, bajo el reinado de los emperadores romanos en las Galias, los Obispos tenían mucha autoridad en los negocios civiles, no como pastores, sino como principales ciudadanos, y por tales se les juzgó desde que poseyeron vastos dominios. Por la misma razon fueron investidos del título de *defensores de las ciudades*, encargados de sostener los intereses del pueblo para con los magistrados, los grandes y el soberano. Cuando se verificaban las elecciones, el pueblo prefería para el episcopado á aquellos que por su nacimiento, sus talentos y su crédito, se hallaban en mejor estado de defender sus derechos y apoyar sus solicitudes. Luégo que los soberanos dispusieron de los Obispados, dieron tambien la preferencia á los grandes y nobles para desempeñar estos puestos importantes. Era, por consiguiente, imposible que, á pesar de todas las revoluciones, los Obispos no fuesen siempre unos personajes importantes en el órden civil.»

A veces ejercían su influencia en más vasta escala, llamados al consejo de los reyes y al gobierno de las naciones. El estado episcopal es muy propio para formar hábiles ministros y hombres de Estado notables, porque se adquiere en él un profundo conocimiento del corazon huma-

© Biblioteca Nacional de España

no y de las verdaderas necesidades de los pueblos. Generalmente hablando, los Obispos tienen ideas más grandes, más elevadas, una probidad más incontestable y un desprendimiento de las cosas del mundo más sincero que los otros hombres. Por su carácter y posicion están más libres de la influencia de los intereses particulares de familia y de partido, que están casi siempre en oposicion con los intereses de la pátria, y hasta el mismo carácter augusto de que están investidos parece comunicar algo de sagrado á sus actos políticos.

Por eso, todos los Prelados que han estado encargados de la direccion de los negocios públicos, han ejercido la influencia más benéfica en la prosperidad de sus naciones. España bendice todavía el nombre y la administracion del Cardenal Ximenez de Cisneros. Despues de su muerte sus amigos y sus enemigos confesaron que España no había producido jamás hombre más grande, y que ha habido pocos hombres en el mundo con mejores dotes de gobierno y que mejor supieran hacer uso de ellas (1). Bajo el gobierno de este inmortal Prelado florecieron en España la religion, las ciencias, las artes y el comercio, y llegó la nacion al mayor apogeo de su prosperidad. Ministro como no se ha conocido otro, empleó sus propias rentas en las necesidades del Estado, sin ambicionar otro premio que la satisfaccion de heberle servido bien. La historia civil y eclesiástica de España, en los primeros años del siglo XVI, está resumida en este hombre extraordinario, que con su actividad y su talento lo llenaba todo. Reformó al Clero, fundó la universidad de Alcalá, muchos colegios y hospitales y llevó á cabo la gigantesca obra de la *Biblia políglota*, y, por último, contribuyó eficazmente á establecer en España la unidad religiosa. Él reprimió las turbulencias de la nobleza, hizo á su costa la importante conquista de Orán, uno

(1) No se sabe, dice Flechier, si fué mayor su penetracion para conocer los negocios ó su valor para emprenderlos, su firmeza en sostenerlos y su talento y fortuna para acabarlos.

© Biblioteca Nacional de España

de los mejores depósitos del comercio de Levante, aseguró las conquistas del Nuevo Mundo, y fué el principal agente de la agregacion del reino de Navarra á la corona de España. A él se debe la primera idea de un ejército permanente, el armamento de las milicias de Castilla, el arreglo de la Hacienda y otra multitud de grandes hechos que merecerán para siempre el reconocimiento de la pátria y la admiracion de la posteridad. La breve administracion del Cardenal Portocarrero, en tiempo de Felipe V, fué notable por su celo en introducir reformas que aliviasen la difícil situacion del Estado.

En Francia no hubo jamás un ministro tan amado y bendecido del pueblo como el Cardenal de Amboisse, Este poseyó toda la confianza de Luis XII, amó al pueblo como un padre, conservó una larga paz y disminuyó notablemente los impuestos, y en suma, gobernó con la mayor prudencia, moderacion y desinterés. El célebre Richelieu tenía mucho del génio de Cisneros, aunque no tuviera sus grandes virtudes. Los grandes servicios que éste hizo á la Francia no pueden jamás ser olvidados. El la libertó de la opresion de los nobles y robusteció la autoridad real, protegió las letras y las artes, y por su hábil política colocó á la Francia á la cabeza de las naciones de Europa. El Cardenal Mazarino se distinguió por un talento particular para conocer á los hombres y para negociaciones diplomáticas, y en medio de las turbulencias de su época, hizo próspera á la Francia y la aumentó con ricas provincias. Atacado por numerosos enemigos, no usó jamás de su poder para derramar una sola gota de sangre. Por último, con sus sábias medidas preparó el feliz y glorioso reinado de Luis XIV. Si fuéramos á citar todos los Prelados que ejercieron una influencia notable en los Gobiernos de las naciones, la simple enumeracion de sus nombres llenaría un volúmen.

Bajo cualquier aspecto que se consideren los Obispos, sea en la plenitud del sacerdocio ejerciendo sus augustas funciones, sea en la visita pastoral, sea como escritores, sea en sus obras de caridad, sea en su vida privada, sea en

© Biblioteca Nacional de España

sus relaciones sociales, sea en sus actos políticos, aparecen como hombres distinguidos y superiores.

¿Quién sino la Iglesia puede formar semejantes hombres en toda la duracion de los siglos y en todas las naciones? Porque no se puede dudar que éstos deben su grandeza al Catolicismo, que los reviste de su carácter augusto y llena sus actos de majestad.

Sí, lo repetimos con noble orgullo una vez más. Considerando los hombres que forma, aparece admirable y divina nuestra santa religion. Es, por lo tanto, la única religion digna del hombre, porque le engrandece, le eleva y le hace respetable y útil á sus semejantes en esta vida y despues de ella le lleva á la eterna felicidad.

§ VI.—*El Párroco.*

Lo que es el Obispo en su diócesis es el Párroco en su parroquia: lo que aquél hace en una escala más vasta, éste lo hace de un modo más limitado y modesto, pero no ménos provechoso.

Una de las más nobles figuras de la Iglesia católica es el humilde Cura párroco, que vive y muere desconocido, semejante á aquellos árboles que dan su fruto abundante en una pradera retirada. Sin embargo, bajo el nombre comun de *Cura párroco*, excita en todos los corazones sentimientos de estimacion y benevolencia. Aun los escritores más hostiles á la religion, rinden un tributo de respeto y admiracion á este pobre ministro, que es en los pueblos la imágen del buen pastor y santifica con su presencia todos los actos de la vida.

El Párroco es como un miembro de todas las familias, que participa de todas las alegrías y todos los pesares de sus feligreses. Él es testigo del regocijo que causa el nacimiento de un niño y toma parte en la comun alegría, y á continuacion se ve precisado á consolar el dolor de los hijos que acaban de perder á su padre: ahora asiste al banquete de boda de dos jóvenes esposos y bendice su risueña felicidad, y en seguida está á la cabecera del moribundo

© Biblioteca Nacional de España

sosteniéndole en su agonía: unas veces escucha los lamentos de la pobre viuda, y otras se regocija en la inocencia de los niños que hacen su primera comunion; tan pronto da reglas á una alma virtuosa para que adelante en el camino de la perfeccion, como reprende al esposo adúltero ó al padre disipador.

Sus feligreses le saludan con el dulce nombre de padre y consultan con él sus proyectos, sus empresas, sus viajes y los matrimonios de sus hijos, porque es verdaderamente el padre y el maestro y el consejero universal. Los pobres acuden á él como á la Providencia, porque su puerta está abierta para todos; no es rico, pero parte su pan con todos los hambrientos y tiene sus modestos haberes á disposicion de todos los necesitados. Sólo Dios sabe el número de los dichosos que hace silenciosamente el bondadoso Párroco, la paz que devuelve á las familias, las honras que salva, los crímenes que evita y las miserias que socorre. Haciendo el bien en abundancia, se concilia la gratitud y el afecto filial de sus parroquianos, quienes no solo le profesan aquel respeto que se merece por el sagrado carácter que le adorna, sino tambien aquella sincera veneracion que acompaña siempre á los hombres de virtud sublime que consagran su vida celosamente al bien de sus semejantes.

Él procura portarse de manera que su conducta sea el modelo y la edificacion de su parroquia. Se descubre en sus acciones y en sus modales una mezcla de sencillez y de nobleza, de afabilidad y de reserva, de confianza y de prudencia que le atrae todos los corazones. Es piadoso, modesto, sobrio y caritativo, y está siempre dispuesto á servir á los que le buscan. Por sus amables virtudes es el hombre del pueblo y todos se le acercan; por su carácter sagrado es el hombre de Dios y todos le veneran.

Acabamos de describir el Párroco perfecto, tal como procura la Iglesia que lo sean todos. Siendo así el Párroco, y lo es en la generalidad, si bien es preciso confesar que hay algunas tristes excepciones, es uno de los personajes más importantes y útiles para la Iglesia y para el Estado, porque depende de él la instruccion y la moralidad de los

© Biblioteca Nacional de España

pueblos. Su mision es una instruccion continuada que da á sus ovejas. En la Iglesia les enseña las verdades eternas, los principios sólidos de la fe y de la moral, y fuera de ella aprovecha todas las ocasiones para ilustrar y moralizar á sus fieles. De sus lábios sale la dulce persuasion, la exhortacion y el consejo con palabras llenas de caridad, sencillez y buen sentido. A veces sus instrucciones consisten en una reflexion, en una palabra, que suele producir más fruto que un largo discurso. La moralidad de las costumbres depende en gran parte de su celo, y la experiencia acredita que segun sea el Párroco son las costumbres de su pueblo. Acontece con frecuencia que va un Párroco instruido, celoso y activo á un pueblo corrompido, y por sus desvelos se observa en breve que este pueblo cambia de faz, y se reforman sus costumbres, de lo cual se pueden citar innumerables ejemplos. No hay mejora que el Párroco no pueda introducir, no hay daño que no pueda remediar, no hay abuso que no pueda cortar si los Gobiernos protegieran su influencia bienhechora. Si conocieran bien éstos la importancia del Cura párroco y los beneficios que hace, no solo en el órden espiritual, sino tambien en el temporal, es seguro que no le tendrían tan postergado.

Hay que notar para nuestro propósito que el bien que hacen los Párrocos es precisamente como ministros de la Iglesia, que les confía su mision. Quitad al Párroco su carácter de tal, y queda reducido á una persona privada, incapaz de ejercer ninguna influencia en el ánimo de sus vecinos. No será más que un simple Sacerdote que á lo sumo podrá edificar al pueblo con su buen ejemplo y socorrer á los pobres. Pero el Párroco obra en nombre de la Iglesia, mejor dicho, es un instrumento por cuyo medio aplica la Iglesia su influencia universal. El mérito del Párroco consiste en ser tal como la Iglesia lo forma, en obrar tal como la Iglesia le prescribe. De modo que todo lo bueno de los Párrocos se debe á la Iglesia que los mueve, y si alguno hace algo malo, no es responsable la Iglesia, porque obra contra sus órdenes y sus prescripciones.

Con sola esta reflexion se descubre de una sola ojeada la

© Biblioteca Nacional de España

importancia y extension de la accion civilizadora de la Iglesia en todos los siglos. Pocos pueblos hay, por insignificantes que sean, que no tengan su Párroco, y que no deban á la accion lenta y continuada de éste su mayor prosperidad. Es tanto más eficaz y saludable esta influencia, cuanto que se ejerce en nombre de la religion, y se halla íntimamente enlazada con su ejercicio, que es el sentimiento más vivo de los pueblos.

Aunque el Catolicismo no pudiera presentar otros hombres que le honren, sino los Párrocos, bastaría para acreditar su vida sobrenatural, y para merecer la consideracion y las bendiciones de la sociedad (1).

CAPITULO V.

El pueblo.

El Catolicismo es, por excelencia, la religion popular, la religion del pueblo y para el pueblo; tanto para la felicidad eterna como para el bienestar temporal. Esta es una verdad demostrada por la experiencia de diez y nueve siglos, y reconocida por todos los escritores imparciales.

A pesar de todo, se ha hecho comun en nuestros tiempos lamentarse de la infelicidad y la miseria del pueblo en los países católicos, y, al mismo tiempo, ensalzar la cultura y prosperidad de los países protestantes, vertiendo, en consecuencia, amargas quejas contra la Iglesia ó acusándola paladinamente de ser una rémora para el bienestar de los hombres.

Aunque en la tercera parte de esta obra dejamos ya extensamente probado lo contrario con los irrecusables ar-

(1) Sobre el orígen y derechos de los Párrocos, véase el Cardenal de La Lucerna, *Disertacion sobre los derechos y los deberes de los Obispos y de los Curas*. Véase tambien el artículo *Parroquia*, adicionado al Diccionario Teológico de Bergier.

© Biblioteca Nacional de España

gumentos de la historia y de la recta razon (1), trataremos aquí la cuestion más directamente en el mismo terreno que la colocan los adversarios.

Demostraremos que el pueblo católico, formado bajo la direccion y la influencia de la Iglesia, es más virtuoso y más feliz que los pueblos protestantes.

Comparemos la condicion de los pueblos católicos y no católicos bajo el punto de vista de su *instruccion*, de su *moralidad* y de su *prosperidad material*.

§ I.—*Instruccion.*

Los pueblos católicos son en general más instruidos que los pueblos protestantes.

1.° Hemos probado que la Iglesia católica es altamente favorable al desarrollo de la inteligencia y protectora de los progresos de las ciencias y de las letras. Esto, como es natural, ha de ceder principalmente en beneficio de sus hijos, en quienes su accion no encuentra obstáculos. Por el contrario, la reforma es un gérmen fecundo de errores, y, por lo tanto, los esparce entre sus sectarios.

2.° La Iglesia desempeña incansablemente su ministerio de enseñar; su vida puede decirse que es una enseñanza contínua. En este punto ha empleado siempre los mayores desvelos, como no ignoran sus enemigos. Por lo tanto, hemos de admitir que esta enseñanza produce sus frutos en el pueblo, á no suponer que todos los católicos son estúpidos. Al revés sucede con las sectas, que por sus principios tienen que abandonar á cada uno á su espíritu privado.

3.° Hemos visto que el Catolicismo produce los hombres más sábios en todos los ramos del saber. Estos hombres salen en su mayor parte del pueblo, lo cual supone en éste una instruccion muy generalizada y que halla expeditos y fáciles los caminos de la ciencia. Por otra parte, no puede

(1) En varios lugares, especialmente en el cap. 2.°, párrafo 1.°, cap. 6.° dup. y cap. 7.°

© Biblioteca Nacional de España

ménos de aprovecharse de la proximidad y el roce contínuo con esos hombres de talento, los cuales trabajan por el pueblo y emplean en beneficio suyo sus talentos y virtudes.

4.° Hemos de hacer la justicia á los Gobiernos católicos de que procuran la instruccion de sus pueblos con tanto interés como los protestantes. Pero, además, tienen sobre éstos la ventaja de las numerosas instituciones católicas dedicadas á la enseñanza, de las cuales carecen los protestantes.

5.° Los hechos confirman las razones que acabamos de indicar. «La Inglaterra es la nacion de Europa donde la instruccion está ménos generalizada. No osaría yo afirmarlo si no lo hubiese demostrado con la estadística el señor Fox en la Cámara de los Comunes, y si ántes no lo hubieran manifestado allí mismo lord John Russell, el señor Macaulay y el Sr. Hume» (1).

«El Sr. Kay, de la universidad de Cambridge, que había viajado por diversas partes del continente de Europa, escribía en 1850: «Digo tristemente y con vergüenza, mas afirmo con sinceridad, que nuestros campesinos ingleses son más ignorantes, más corrompidos, más incapaces de ayudarse y más ocupados en la satisfaccion de sus apetitos que los de cualquier otro país» (2). De muchos testimonios fidedignos consta que hay en Inglaterra una multitud de gente que no sabe recitar una oracion, que ignora el nombre de la reina, y que no conoce los meses del año. De una relacion de Sir John Pakington al Parlamento, resulta que millares de personas no tienen nocion alguna de vicio, ni de virtud, ni de religion. Otros hay que no saben su propio nombre, sino el apodo que les dan. Por lo cual dice un escritor: «Llamo ignorancia el estado del indivíduo que no puede decir una palabra de oracion, que no sabe el nombre del soberano reinante, y que desconoce hasta el mes

(1) Franco, *Respuestas á las objeciones más comunes*, etc., tom. II, cap. 28.
(2) Ib., lugar citado.

© Biblioteca Nacional de España

del año. Entre unos 3.000 jovencitos de ambos sexos he hallado 1.588 en tan extrema ignorancia: 1.290 muchachos y hombres y 290 muchachas son tan incapaces de recibir una buena educacion moral y religiosa, que hablarles de vicio y de virtud es usar un idioma desconocido» (1). Y estos hechos, concluye el Padre Franco, no son hechos aislados, por lo cual puedan considerarse simples excepciones, sino que son tan frecuentes que casi constituyen la regla ordinaria.

Ahora bien, ¿en qué país católico se hallará ni un solo hombre, no siendo mentecato, que ignore la existencia de Dios, que no haya oido nunca hablar de Jesucristo, que no sepa lo que es vicio ni virtud, que se quede mudo si le preguntais á qué soberano obedece, ó qué dia de la semana corre, ó en qué mes nos hallamos, ó, finalmente, qué cosa es bautismo, cruz, cristianismo, Iglesia, y qué nombre le pusieron sus padres?» (2)

§ II.—*Moralidad.*

Hay quien pretende que los países protestantes son mejores que los católicos. Pero de lo que hemos dicho sobre el estado de instruccion de unos y otros, puede inferirse el estado de su moralidad.

Ante todo preguntaremos á los que defienden tan extraña paradoja:

1.° Los países protestantes ó católicos, buenos ó malos, ¿son tales como se describen en virtud de su religion? No: los países católicos no son malos sino cuando no siguen su religion, y, por el contrario, los protestantes son buenos cuando no siguen los principios de su secta.

2.° Los países protestantes de qué se trata, ¿no son acaso mejores que ciertos países católicos, por estar más alejados de todo contacto perverso, de toda influencia corruptora, y porque retienen muchas verdades del Catolicismo?

(1) Ibid.
(2) Ibid.

© Biblioteca Nacional de España

Y los países católicos que se deprimen adrede, ¿acaso no son malos por estar trabajados incesantemente por la peste de la herejía y de la incredulidad?

3.° Si estos países católicos malos se hubieran hecho protestantes, ¿no estarían todavía más corrompidos que lo están actualmente?

4.° Si los países protestantes, que se citan como buenos, hubieran sido trabajados por el génio del mal tanto como los países católicos, ¿no estarían mucho más corrompidos que éstos?

5.° En fin, si estos países protestantes buenos fuesen católicos, ¿no serían aún mucho mejores?

Hé aquí las cuestiones que se deberían examinar ántes de preferir los países protestantes á los católicos; pero los adversarios se guardarán bien de hacer este exámen, que sería su confusion. En efecto, no se puede desconocer que una religion verdadera, como es la católica, que ha civilizado al mundo, tiene más accion y más influencia moral sobre los pueblos, que una religion falsa, como el protestantismo, que no ha hecho absolutamente nada por la verdadera civilizacion. ¿Acaso es posible que la verdad sea ménos saludable para las naciones que el error? ¿Se puede preferir una religion que carece de casi todos los elementos de moralizacion á una religion que los posee todos?

Los adversarios exajeran por una parte la corrupcion de los países católicos, y por otra ponderan excesivamente la sencillez de costumbres de los protestantes. A pesar de todo, podemos demostrar que el mal está muy léjos de ser tan grande como éstos dicen; y despues que, sea cual sea, es siempre muy inferior entre los católicos que entre las sectas.

Hay que tener tambien presente que las faltas de los católicos parecen más graves y numerosas, porque nuestra religion es más perfecta. Lo que á los protestantes ni áun les quita la fama de bondad, es culpa entre los católicos, y no leve. Prescindir de la confesion y de la comunion en los tiempos debidos, hace pasar entre nosotros por irreligiosos, y con justicia; pero los protestantes no se fijan en ello.

© Biblioteca Nacional de España

Lo mismo decimos de los ayunos, abstinencias, etc. Han abrogado los protestantes tal multitud de obligaciones que tienen los católicos, que no es difícil creer que son mejores que éstos, y ser buenos segun su medida.»

Pero si se consultan las estadísticas del vicio, que son el termómetro más exacto de la moralidad de los pueblos, se verá que en general la corrupcion de los países protestantes llega á un grado á que jamás han alcanzado los católicos. La razon es bien clara, pues es sabido que la religion es el freno más eficaz para toda clase de vicios y crímenes. Por lo tanto, sin más que fijarse en el estado de indiferentismo de los países protestantes, aparece que entre ellos es mucho mayor la corrupcion.

Hé aquí lo que nos enseña la lógica inflexible de los hechos:

«Comparando la razon en que se hallan los crímenes con la poblacion media en el Reino Unido y en Francia, durante los mismos años en una época reciente, aparecen, dice Mr. Moreau de Jonnés, las diferencias siguientes:

»El homicidio es por lo ménos cuatro veces más frecuente en las Islas Británicas que en Francia, áun en las épocas en que este último país se halla en revolucion.

»El asesinato es la mitad á lo ménos más frecuente.

»La violacion es tambien el séxtuplo ó el séptuplo más comun.

»El incendio es un poco más raro.

»Los robos justificados ante los tribunales y la policía correccional, son cuatro veces más comunes, considerando su número de una manera absoluta, porque comparados con la poblacion en ambos países, resultan por lo ménos quíntuplos (1).» Añade á continuacion un estado de la esta-

(1) Véase Descuret, *Medicina de las pasiones*, nota J. Es lástima, dice en otro lugar, que en las estadísticas de la justicia criminal no se haya pensado todavía en buscar la proporcion de los incrédulos, de los indiferentes y de los hombres religiosos citados ante los tribunales. En vista de los numerosos hechos que he presenciado como médico legista, y de los datos que me han comunicado, ya las fami-

© Biblioteca Nacional de España

dística criminal en las principales naciones de Europa, del cual aparece que la proporcion del número de acusados con los habitantes es, por regla general, mucho más alta en los países protestantes.

El divorcio es la gran plaga de los países protestantes. En Inglaterra y Alemania el matrimonio no tiene sombra de duracion ni de santidad. Tambien es comun el caso de tener dos ó más mujeres á la vez. Leon Faucher contó 28 en Lóndres en un solo año. Además, los maridos tratan brutalmente á sus mujeres. «No se pueden leer los periódicos sin quedar horrorizados, decía en el Parlamento inglés el Sr. Fitz-Roy en Abril de 1852; ¡tan numerosos son los ejemplos de tratamientos brutales y crueles dados á sus mujeres por hombres cuyas atrocidades debían avergonzar todas las frentes inglesas!» Pero no es extraño que traten mal á sus mujeres los maridos que las venden por muy poco dinero, de lo cual refiere Margotti diferentes casos (1).

El Padre Franco, refiriéndose al testimonio de un inglés, dice que, «en ninguna ciudad del continente se ha visto jamás el vicio y la corrupcion dominando en la sociedad de una manera tan asquerosa como en Lóndres, donde en estos últimos tiempos ciertas calles, por no decir nada de los teatros, ofrecen escenas que no se han visto en las ciudades más disolutas del extranjero.» Las víctimas de la inmoralidad, segun Ryan, se calculan en 80.000 solo en la capital; las casas de pecado no pueden ser contadas. Eugenio Rendú, despues de haber visitado la Inglaterra, decía en 1853 al ministro de instruccion pública de Francia: «El sentimiento de la dignidad humana no existe siquiera en gérmen en algunos barrios de Lóndres. Puede ser que por

---

lias, ya el ministerio público, creo poder afirmar, sin que se me desmienta, que de 100 individuos acusados de crímenes, 50 pueden ser clasificados como indiferentes en materia de religion, 40 como incrédulos, y 10 como creyentes. Por otra parte, sobre 100 suicidios, no he observado más que cuatro en personas de sólida piedad, pág. 73, nota.

(1) Margotti, *Roma y Lóndres*, obra notable.

© Biblioteca Nacional de España

la constitucion de la sociedad inglesa sea este un motivo de seguridad; mas para el cristiano y el moralista es la revelacion de un estado de cosas que la religion proscribe y la razon rechaza. Una sociedad no tiene derecho á poner como condicion de su existencia la sustitucion de las pasiones del bruto á los sentimientos del hombre en el alma de un número cualquiera de sus indivíduos» (1).

No es ménos triste la estadística de la embriaguez en dichos países. Desde 1820 á 29, se dobló en la Gran Bretaña el consumo del aguardiente y del ron. El ministro protestante J. B. Owen dice que solo en Lóndres se gastan cada año en aguardiente *tres millones de libras esterlinas* (285 millones de reales.) Los obreros de Manchester gastan más de 100 millones de reales. En Edimburgo hay 1.000 tiendas de licores espirituosos y solo 200 panaderías. En 40 ciudades de Escocia es mayor la desproporcion, pues miéntras hay un vendedor de licores por cada 150 personas, solo existe un panadero por cada 1.000. Las mujeres se abandonan á este funesto vicio con tanta pasion como los hombres (2). Por último, el doctor en medicina Mr. Bargeret, dice en una obra publicada en 1870, que este vicio causa cada año en Inglaterra más de *cien mil víctimas*, y entre ellas *veinticuatro mil* mujeres (3). Se ha averiguado que en los Estados-Unidos tres cuartas partes de los indigentes son víctimas de la embriaguez, que este vicio les roba unas seis horas al dia, y que causa á la nacion una pérdida de 2.400 millones de reales cada año. La borrachera es, segun los economistas, una de las causas principales de la inmoralidad y de la miseria pública.

Como consecuencia de la inmoralidad, se observa que en los países protestantes, como tambien en los pueblos indiferentes en religion, se multiplican de una manera espantosa los suicidios. La estadística nos enseña que Berlin,

(1) Franco, lug. cit.
(2) Discurso pronunciado en la sociedad de artes y oficios. Véase Margotti, obra cit., pág. 249 y siguientes:
(3) Véase tambien Descuret, parte II, cap. 13.

© Biblioteca Nacional de España

Copenhague, Lóndres y París son las capitales donde se cometen más suicidios con relacion á sus habitantes, y tambien son frecuentísimos en los Estados-Unidos. Los autores que han escrito sobre esta materia convienen unánimes en que la frecuencia de los suicidios reconoce por causa la falta ó el olvido de las creencias religiosas (1).

A pesar de la ponderada corrupcion de los países católicos, desafiamos á nuestros adversarios á que nos citen tales excesos de inmoralidad en alguno, exceptuando acaso á París, por ser la capital que ofrece más incentivo á todas las pasiones, y en la cual dominan el indiferentismo y la incredulidad. Fuera de esta poblacion, no se puede poner en duda que los pueblos católicos, á pesar de sus desórdenes que deploramos, son mejores que los que no profesan nuestra religion.

Sería un fenómeno incomprensible y nunca visto que sucediese lo contrario. El católico halla en su religion poderosos y contínuos motivos para practicar la virtud y vencer sus pasiones. Desde niño guía sus pasos la religion, y está oyendo contínuamente la celosa voz de sus pastores, que le dirigen por el buen camino y le apartan de las sendas extraviadas. En el Catolicismo todo se ordena como fin último á la gloria de Dios y á la salvacion de las almas, y, por lo tanto, á la práctica de las virtudes como medio indispensable para llegar á ella.

Para sostener en el bien y resistir á las seducciones, tiene además los ejemplos de los fieles, los honores que la Iglesia concede á la santidad, las solemnidades del culto y las prácticas piadosas, que hablan al corazon, y, sobre todo, los sacramentos. Nadie puede negar que la confesion es el medio más saludable para contener el vicio y promover la moralidad. Si el secreto de la confesion permitiese á los Sacerdotes revelar el número de atentados cuya ejecucion diariamente evitan, se vería que excede al ya espantoso que arrojan las estadísticas de la criminalidad. La sagrada eucaristía es el sacramento divino que fortalece al al-

(1) Véase Descuret, parte 2.ª, cap. 13.

© Biblioteca Nacional de España

ma haciéndola avanzar á pasos de gigante en la perfeccion. Ya hemos probado arriba que solo en la Iglesia católica hay Santos, es decir, se practican las virtudes en grado heróico.

Omitimos otra multitud de razones, porque creemos que no puede sostenerse de buena fe que los pueblos protestantes superen á los católicos en moralidad (1).

§ III.—*Prosperidad.*

Veamos ahora la condicion de unos y otros bajo el punto de vista de la prosperidad material.

Advertiremos, sin embargo, que en esto solo tiene una parte muy secundaria la religion. La prosperidad material de los pueblos depende en su mayor parte de su posicion, de su suelo, de su gobierno y de otras mil circunstancias naturales. En una misma nacion que profesa la misma religion hay provincias más ó ménos ricas y prósperas, segun las diversas condiciones en que se hallan. Por lo tanto, aunque algun país protestante fuese más próspero que otro católico, nada tendría esto que ver con la religion.

Además, la prosperidad temporal de los pueblos no consiste precisamente en tener grandes ejércitos, muchos navíos, vasto comercio, muchos ferro-carriles y una industria muy adelantada, y en que su política influya en otras naciones, sino en el mayor bienestar posible para el mayor número posible, en la suerte más ó ménos próspera de las clases numerosas, á las cuales importará poco que su nacion sea la primera del mundo si ellas carecen de pan.

Esto supuesto, decimos que en igualdad de circunstancias, el Catolicismo es más favorable que las sectas al bienestar material de los pueblos.

Los pueblos católicos poseen el mayor de los bienes, del cual se derivan todos los demás, la verdadera religion. La

(1) Véase Augusto Nicolás, *Del protestantismo y de todas las herejías en su relacion con el socialismo*, lib. III, capítulo 4.°

© Biblioteca Nacional de España

Biblia y la razon están de acuerdo para decir que consiste en la religion la felicidad que puede disfrutarse en esta vida. Por el contrario, las mismas atestiguan y confirma la experiencia que la irreligion desarrolla el vicio y el crímen, y, como consecuencia, conduce á la miseria y á la desgracia. Porque «supone la falta de la fe, de la esperanza y de la caridad, virtudes tan sublimes cuanto necesarias para la ventura del hombre y la paz de las sociedades y destruye todas las semillas del bien y derrama todos los gérmenes del mal.»

Ya hemos visto en los artículos precedentes que los pueblos católicos aventajan á los protestantes en instruccion religiosa y en moralidad. Por consiguiente, deben ser mejores entre ellos las relaciones sociales, el amor mútuo, el respeto á los derechos de otros, la buena fe en los contratos, la paz doméstica y pública y los demás elementos que componen la felicidad temporal de los pueblos. Así es, que los bienes de todo género se hallan repartidos con mayor equidad, se atiende á mejorar la condicion de los infelices, á quienes la religion da resignacion para sufrir su suerte, y, por último, no hay ninguna clase que se pueda llamar *desheredada*.

No sucede así en los países protestantes cuya prosperidad tanto se ensalza. Son muy pocos los que se aprovechan de sus ventajas, las cuales no alcanzan á mejorar la condicion de las clases numerosas. Por eso los hombres pensadores observan alarmados los terribles progresos que hace el pauperismo, amenazando á la sociedad con espantosos trastornos para un tiempo no lejano, y miéntras llegue ese caso se multiplican los crímenes, la locura, la prostitucion y los suicidios.

Segun los datos oficiales del *Libro azul* de Inglaterra, publicado en 1870, el pauperismo aumenta cada año de una manera que estremece. Lord Hamilton decía recientemente que, á pesar de que en 1869 emigraron 167.000 individuos, el año 1870 había aumentado el número de pobres en 74.000. *El Standart* añadía que, de los datos recogidos, resultaba que existían en Lóndres, en la primera semana

© Biblioteca Nacional de España

de Junio del mismo año, más pobres que había habido nunca. Desde mitad del siglo pasado hasta mitad del presente, la poblacion de Inglaterra *triplicó*, mas durante el mismo tiempo, el pauperismo *oficialmente* reconocido vino á ser *ocho veces* más numeroso.

La proporcion del pauperismo con el número de habitantes es mucho más elevada en los países protestantes que en los católicos. Calcúlase que existen en Europa unos *once millones* de indigentes sobre *doscientos veintiseis millones* de habitantes, ó sea el *veinte por ciento* de la poblacion, distribuidos en la proporcion siguiente:

Países protestantes.	Inglaterra	1 por 6
	Holanda	1 por 7
	Suiza	1 por 10
	Alemania	1 por 20
	Dinamarca	1 por 25
	Suecia	1 por 25
	Prusia	1 por 30
Países católicos....	Francia, Austria, Italia, Portugal	1 por 25
	España	1 por 30

(1)

Hay que advertir que en Inglaterra hay en realidad un pobre por cada cuatro personas, porque los indivíduos de la clase trabajadora sufren mil privaciones cuando no tienen trabajo, lo que sucede con frecuencia, y aguardan hasta el último extremo ántes de pedir el socorro que da el Gobierno á los pobres. Y, ¡cuántas veces este escaso socorro no llega á tiempo! Los periódicos refieren con frecuencia muchos casos de indivíduos muertos de hambre. «El periódico médico inglés más acreditado asegura que

(1) Véase Martin Doissy, *Diccionario de economía caritativa*, tomo 3.°, col. 363.—Sacamos estos datos de los *Paralelos entre el Catolicismo y las sectas protestantes*, por D. Joaquin Rubió y Ors, párrafo 3.°, cuaderno 2.°

© Biblioteca Nacional de España

veintiun mil setecientos setenta irlandeses murieron de hambre en un año en los caminos de sus montañas nativas ó en sus infectas covachas. La cifra está sacada de los cuadros anuales del censo Irlandés, y el *Medical Times* advierte que el número de muertos de hambre registrado oficialmente, no puede ménos de ser más bajo que el verdadero» (1). ¡Y despues de esto habrá todavía quien envidie la prosperidad de Inglaterra!

Por último, hay que advertir que cuando la plaga del pauperismo se presenta en un país católico, solo es con carácter transitorio por efecto de malas cosechas, guerras, etcétera; pero en los países protestantes es el pauperismo como un cáncer crónico que los devora y que avanza á pesar de los esfuerzos que hacen por contenerlo.

Y miéntras los países protestantes nada pueden hacer por estirpar esta plaga, sino agravarla cada vez más, á pesar de la exhorbitante *tasa de los pobres* que pesa sobre los propietarios y de las leyes para socorrer á los indigentes, los países católicos atienden á sus pobres con todo desahogo. Consiste en que los primeros no ofrecen al pobre otro socorro que el forzado que les obliga la ley á darles, al paso que los segundos abren las fuentes de la caridad privada, que son los más eficaces. Los primeros miran al pobre como una carga pesada é insoportable; los segundos los miran como hermanos y creen socorrer en ellos al mismo Jesucristo en persona. Al mismo tiempo el Catolicismo tiene para los pobres numerosas instituciones de caridad de todo género que no tiene el protestantismo. Por todo lo cual, la suerte de las clases numerosas entre los católicos, no puede ménos de ser más feliz que entre los protestantes.

Y se confirma lo dicho porque «la cuestion de las relaciones entre las clases indigentes y las clases superiores, que constituye la gravedad de esta situacion, y que es la de la civilizacion misma, no puede ser resuelta sino de dos maneras, ó por el sistema católico de la caridad y de la justicia, aseguradas la una por la otra y las dos por la fe

(1) Franco, lugar citado.

© Biblioteca Nacional de España

en sus motivos sobrenaturales, mantenidos por la doctrina y vivificados por la gracia, ó por el sistema pagano de la esclavitud antígua, que suprime la naturaleza espiritual, moral y social del hombre, todo aquello por lo cual vive y se engrandece y aspira á vivir y á engrandecerse más y más para hacer descender al nivel, sino es más abajo del bruto, á aquel sér de quien se ha dicho que es apenas inferior al Angel y que está llamado á igualarle. Esta gran cuestion es la que se agita en el mundo y su agitacion es la que causa todas nuestras agitaciones» (1).

Estas cuestiones pavorosas perderían casi toda su importancia desde que los pueblos fuesen sinceramente católicos, y fortalecidos por la enseñanza de la Iglesia aprendieran todos á vivir resignados con la suerte que el Señor les ha dado, á hacer un mérito de la pobreza y á usar moderadamente de los bienes de la vida, partiendo su pan con el necesitado.

Miéntras esto no suceda, habrá un desequilibrio doloroso entre las clases de la sociedad que la tendrán en un estado contínuo de fermentacion. Cuando el lujo insulta con su ostentacion á la miseria, no hay que extrañar que los pobres miren á los ricos con malos ojos.

Déjese á la Iglesia la accion expedita, ya que no la ayuden los Gobiernos, y en breve volverán los pueblos á la religiosidad y á la sencillez de costumbres de nuestros abuelos, que es el medio más cierto para que sean verdaderamente prósperos y felices.

Pero aunque los pueblos católicos fuesen realmente los más miserables, nada probaría esto contra la bondad de nuestra religion. Dios prueba en este mundo á los que ama. La religion no tiene por objeto hacer á los hombres dichosos en este mundo, que es valle de lágrimas, sino llevarlos al Cielo; ni ofrece sus recompensas en esta vida, que serían mezquinas, sino en la eterna, que exceden á toda ponderacion.

(1) Aug. Nic., lug. cit.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

QUINTA PARTE.

LA IGLESIA CATÓLICA CONSIDERADA EN SUS LUCHAS Y EN SUS TRIUNFOS.

Portæ inferi non prævalebunt adversus eam.
Mat. xvi, 18.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CAPITULO PRIMERO.

Las herejías (1).

Desde su orígen tuvo la Iglesia innumerables enemigos que se propusieron formalmente destruirla á sangre y fuego, negando á los cristianos el derecho de vivir miéntras no renunciasen á su religion. Sus esfuerzos fueron inútiles, y á pesar de ellos se arraigó y propagó por toda la tierra, acreditando con esto que se hallaba sostenida por una potencia sobrenatural. Los ídolos cayeron y la Iglesia vivió.

Además de tantos enemigos exteriores, nacieron en su seno mil excisiones peligrosas, que trataron de destruir la Iglesia, destruyendo su unidad. «El infierno, dice S. Ci-

(1) Al tratar de los combates y triunfos de la Iglesia, debiéramos ocuparnos en primer lugar de las sangrientas persecuciones que sufrió en los primeros siglos de parte de los emperadores romanos; pero como ya lo hemos hecho en varios lugares de esta obra, remitimos á ellos al lector. Véase 2.ª parte, caps. 1.º y 2.º; 4.ª parte, cap. 2.º, párrafo 1.º A pesar de ser las persecuciones tan largas y encarnizadas, la Iglesia se extendía y robustecía cada vez más. Aquí solo haremos notar el hecho asombroso del trágico fin que han tenido casi todos los perseguidores, como si el mismo Dios hubiera querido vengar á su Iglesia. Véase la revista *La Cruz*, tomo II de 1860, pág. 254.

© Biblioteca Nacional de España

priano, viendo los ídolos derribados, procuró más que nunca alterar la fe y romper la unidad católica. Pero al librar contra ella nuevos ataques, le proporcionó ocasion de nuevos y brillantes triunfos.

Si la Iglesia hubiera sido una sociedad puramente humana, aquellas excisiones le hubieran sido fatales: las herejías tan varias, tan numerosas y tan tenaces, la hubieran aniquilado. Pero léjos de eso, le sirvieron para afianzarse más, y todas redundaron en su provecho.

Sin duda por esta consideracion decía el Apóstol San Pablo: «Conviene que haya herejías para que se manifiesten y conozcan los que están probados en la fe (1).» Así como las persecuciones sirvieron para probar á los verdaderos cristianos y distinguirlos de los tibios y pusilánimes, del mismo modo las herejías contribuyeron á confirmar á los cristianos en su fe. Por ellas se desembarazaba la Iglesia de sus hijos rebeldes, y solo quedaban en su seno los que tuviesen *una sola alma y un solo corazon.*

Además, las herejías contribuyeron directamente al desarrollo de la doctrina de la Iglesia y á la aclaracion y fijeza de los dogmas. Hubo necesidad de asentar firmemente las verdades que aquéllos negaban, y de defenderlas contra los nuevos errores, precisando los términos, ó sea *definiéndolas*, segun la propiedad de la expresion teológica. De manera que al condenar los errores, se afianzaban los dogmas, y al explicar la doctrina, se robustecía la fe y se prevenía á los fieles contra las seducciones de cualquier novador. La regla de creer era lo que se había creido, y el criterio para juzgar una doctrina era su conformidad ó disconformidad con lo que enseñaron los Apóstoles.

De aquí es que los Obispos y encargados de la enseñanza se veían obligados á tener contínuamente fijas sus miradas sobre la antigüedad, á consultar los monumentos, á renovar sin cesar la cadena de la tradicion, y á velar sobre el depósito de doctrina que se les había confiado. En cuanto brotaba una herejía, se reunía un Concilio y era anatema-

(1) I Cor. XI, 19.

© Biblioteca Nacional de España

tizada, y á medida que se multiplicaban los errores, se multiplicaban con mayores bríos los defensores de la verdad.

La historia de las herejías, ó sea de las luchas constantes de la verdad religiosa contra el error, nos suministra muchas y robustas pruebas en favor de la divinidad de nuestra Iglesia, que siempre salió en ellas victoriosa:

1.° En primer lugar, la aparicion de las herejías era el cumplimiento de terminantes y repetidas profecías de Jesucristo y de los Apóstoles, que no solo anuncian su rebelion, sino que tambien describen su carácter, sus funestos frutos y los castigos que les están reservados. Segun nuestro Salvador, son *falsos cristos y falsos profetas, que exteriormente se presentan con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces* (1). *Ved que os lo anuncio de antemano* (2). El Apóstol San Pedro los presenta como *maestros de mentira, que introducirán sectas de perdicion, y negarán á aquel Señor que los redimió atrayendo sobre sí mismo la condenacion* (3). San Pablo nos predice sus vicios en varios lugares de sus cartas, anunciando que serán *amadores de sí mismos, codiciosos, altivos, soberbios, blasfemos, calumniadores, incontinentes, teniendo apariencia de piedad, pero negando la virtud de ella*, y *no podrán sufrir la doctrina sana, sino que buscarán maestros conforme á sus deseos, y apartarán los oidos de la verdad, y los convertirán á las fábulas* (4), cuyos caractéres se observaron en los heresiarcas de todos los siglos, y especialmente en los fundadores del protestantismo (5). Y al

(1) Math. VII, 15.
(2) Id. XXIV, 5, 24, 25.
(3) II Pet. II, 1. Léase todo el capítulo.
(4) I Tim. IV. Id. II, cap. 3.°, 2.° y siguientes.—IV, 3, Judæ, 12, 18.
(5) Bayle define un *heresiarca*, un hombre que por hacerse jefe de partido, siembra la discordia en la Iglesia y rompe su unidad, no por celo de la verdad, sino por ambicion, por envidia, ó por alguna otra pasion injusta. Es raro, dice, que los autores de las sectas obren de buena fe. Bergier, art. *Heresiarca*.

© Biblioteca Nacional de España

mismo tiempo que se anuncian estos ataques, se promete la victoria de la Iglesia que, como una roca firme, resistirá todos los asaltos del error.

2.° Las herejías son un testimonio de que la doctrina de los Apóstoles no fué aceptada sin contradiccion de muchos; pero esta contradiccion es favorable á su testimonio, porque no versaba sobre los hechos que predicaban, sino sobre algunos puntos de su doctrina. Si ellos hubieran predicado hechos falsos, dudosos ó sujetos á disputas, sus adversarios hubieran podido fácilmente convencerlos de impostura.

3.° Además se vió con ocasion de ellas que la Iglesia no teme ni rehuye la luz y la discusion, sino que está pronta á dar razon de su fe á todo el que la niegue. Los cristianos se vieron obligados á predicar, á argüir, á amonestar con toda paciencia y doctrina, á llevar la conviccion á los ánimos, examinando, discutiendo, entrando en minuciosos pormenores, para dar solucion á las objeciones, descubrir las paradojas y no dejarse deslumbrar por los sofismas. Los Concilios eran unas verdaderas academias, en que cada uno hablaba libremente, y en que las ideas eran discutidas y ventiladas ántes de lanzar contra ellas el anatema.

4.° Por efecto de esta discusion tan viva como desapasionada, se penetró hasta el fondo de las herejías, y se descubrió su falsedad y peligro. No hay herejía que no se precipite en los más graves y funestos absurdos, en el órden moral, político y social (1). En cuanto se niega cualquier dogma católico, se cae rápidamente de consecuencia en consecuencia en los más monstruosos errores. ¡De tal manera la verdad es patrimonio del Catolicismo, de tal manera la domina y la posee y se identifica con ella, que fuera de él no se encuentran más que inevitables abismos! Esta es una de las pruebas más poderosas en favor de nuestra fe.

(1) Véase Augusto Nicolás, *Del Protestantismo y de todas las herejías en su relacion con el socialismo*, en cuya obra se demuestra lo dicho de una manera evidente, sobre todo en el lib. II, cap. 4.° y siguientes.

© Biblioteca Nacional de España

5.° Al paso que la herejía es siempre vária y mudable en sus opiniones, lo cual es indicio cierto de su falsedad (1), la doctrina trasmitida por los Apóstoles y conservada por el Espíritu Santo en la Iglesia católica es inmutable en su unidad. Siempre firme en sus dogmas, siempre la misma en su doctrina, ha atravesado los siglos con marcha majestuosa, sin desviarse á un lado ni á otro, haciendo consistir su fuerza en la unidad de creencias entre sus hijos. Atacada por todas partes, hostigada contínuamente por la violencia y por la astucia, viendo que muchas veces sus Doctores, por impugnar una herejía, caían en la opuesta, viendo rebrotar los errores con nuevas formas despues de su condenacion, la Iglesia jamás ha sido sorprendida, ni ha tenido que sacrificar uno solo de sus principios, ni ha podido ser convencida de falsedad en ninguno de sus artículos. No hay uno solo de sus dogmas que no haya sido atacado, ya de frente, ya á la vuelta de mil insidiosos rodeos, y, sin embargo, ¡tan compacto es el cuerpo de su doctrina! Ninguna herejía ha podido ni hacer vacilar ninguna verdad católica, ni confundirla, ni áun siquiera embarazar la marcha de la Iglesia, no logrando, al contrario, sino favorecer su desarrollo y poner de manifiesto su sabiduría. «A la inversa, dice Augusto Nicolás, de aquella estátua marina de Glanco, que las olas siempre batientes habían desfigurado y cambiado en un informe peñasco, la figura de la Iglesia jamás se ha alterado por las ondas espumantes de la herejía, y cuanto más ésta ha probado estrellar contra aquélla la espuma de sus aguas, ha hecho resaltar más y más los rasgos divinos que la distinguían» (2).

Hé aquí un hecho prodigioso y nunca visto en la historia, del cual se desprenden importantes consideraciones. No hay sociedad, institucion ó sistema humano que no haya caido, si ha sido viva y constantemente atacado ó que

(1) Tal es el criterio del célebre Bossuet: *Tú varías, y lo que varía no es la verdad.* Este es el pensamiento dominante de su grande obra de las *Variaciones de las Iglesias protestantes.*

(2) Libro citado, cap. 4.°

© Biblioteca Nacional de España

no haya sufrido cambios ó modificaciones esenciales; no hay legislacion que no haya sido reformada, no hay código que no haya sido variado, no hay escuela que no haya sido convencida de error. El destino de todas las cosas humanas es mudarse y perecer. La historia no es otra cosa que el testimonio de la mudanza, áun de lo que parece más inmutable entre los hombres. Solo la doctrina de la Iglesia se ha librado de esta ley fatal, acomodándose, sin embargo, sin violencia alguna á las diversas fases de la marcha de la humanidad. De lo cual se infiere que si la Iglesia en medio de tantos ataques y mudanzas que la han rodeado ha permanecido inmutable, consiste en que no es una institucion humana, sino porque es la misma verdad, porque es divina.

6.º Crece todavía la admiracion si se considera que los dogmas de la Iglesia católica no se mueven meramente en una elevada esfera especulativa, en la que por la misma elevacion de la doctrina es fácil escapar al desprestigio, y á cuya esfera solo llegan los talentos superiores, sino que son dogmas eminentemente prácticos, dogmas populares, patrimonio del vulgo, y sabido es que las más brillantes teorías se desacreditan al aplicarlas á la práctica. Pero no sucede así con la Iglesia; á pesar de que sus dogmas son trascendentales á todos los actos de la vida, á pesar de que su influencia se hace sentir en las costumbres, en todas las ideas y en todos los afectos, á pesar de que regulan todas las manifestaciones y se aplican á todas las relaciones sociales, no han sufrido jamás menoscabo, ni han tenido necesidad de modificacion al mudarse el órden de cosas de los pueblos. Por el contrario, cuando más se desacreditan las herejías, es precisamente al traducirse en hechos, al ser aplicables á la práctica acreditando la experiencia que todas son esencialmente subversivas y perturbadoras.

«Pregúntase cada cual á sí propio, exclamaba el escritor citado, ¿cómo defendiendo la Iglesia sus más elevados misterios se halla á defender al mismo tiempo toda la série de verdades naturales y sociales, y cual vigilante centinela

© Biblioteca Nacional de España

apostada en las Termópilas de la civilizacion, cómo señala siempre de tan léjos al enemigo, le reconoce siempre á través de todos sus disfraces y de todas sus estratagemas, le hiere siempre con segura mano, sin que la astucia pueda jamás sorprenderla, ni imponerle la audacia, ni conmoverla la violencia, ni la ingratitud de esta misma sociedad que ella proteje, desalentarla y hacerla abandonar su obra inmortal?»

7.° Así, pues, la existencia, los conatos y la suerte infeliz de las herejías, léjos de perjudicar á la Iglesia acreditan su verdad. Era preciso que la Iglesia fuese vivamente agitada, para que se viese la sabiduría y solidez del plan con que Jesucristo la había establecido para perpetuar su doctrina. Por otra parte, es un hecho que, despues de haber sufrido los más violentos ataques, es cuando la Iglesia ha hecho sus más preciosas conquistas.

8.° ¿Qué sociedad hay que habiendo estado siempre en incensantes luchas haya salido siempre victoriosa como la Iglesia? ¿Y que si en algun lugar ha sufrido sensibles pérdidas, las haya reparado en otro con creces en la misma época? (1).

Dicen los adversarios que la Iglesia triunfó de las herejías por la fuerza, cuando contó con el apoyo de los emperadores y los príncipes, que dieron leyes contra ellas y las proscribieron con toda severidad. Olvidan sin duda que ántes de abrazar aquéllos el cristianismo, hubo en la Iglesia innumerables sectas, contra las cuales solo pudo emplear ésta las armas espirituales, arrojándolos de su seno. Olvidan sobre todo que las herejías que más perturbaron á la Iglesia fueron aquellas que contaban con la proteccion de los mismos emperadores, como las de los arrianos y los iconoclastas. La mayor parte de los reyes de los pue-

(1) «Era, dice Postel, como un árbol frondoso y corpulento del que se cortan algunas ramas; su buena sávia no se pierde por esto; empuja por otras partes, y el cercenamiento ó corte de los troncos supérfluos no hace sino producir frutos más excelentes.»

© Biblioteca Nacional de España

blos bárbaros abrazaron el arrianismo, y ejercieron muchas violencias contra los católicos. A pesar de todo, las herejías perecieron, y así se vió que la Iglesia, no solo no necesita de auxilio humano para triunfar de sus enemigos, sino que triunfa en medio de las persecuciones.

En otro lugar hemos defendido la conducta de la Iglesia respecto á las penas impuestas á los herejes. Todas las legislaciones civiles de los siglos medios decretan penas severas contra los herejes, por considerarlos, con razon, como enemigos del órden público. Pero la Iglesia jamás imploró contra ellos el brazo secular, sino despues de haber agotado todos los medios de persuasion, y solo cuando eran sediciosos y turbulentos, y su doctrina tendía claramente á la perversion de las costumbres y á la destruccion de los lazos de la sociedad. Por el contrario, muchas veces intercedió por los herejes cerca de los soberanos y magistrados para obtener su perdon, ó á lo ménos mitigar las penas en que habían incurrido. Esto lo ha demostrado hasta la evidencia Tomasino en el *Tratado de la unidad de la Iglesia.*

Léase la historia eclesiástica, apréndase en ella el carácter de las herejías, los fraudes, las sutilezas, las violencias que empleaban, y las personas que las sostenían, y se entenderá que el triunfo de la Iglesia sobre todas es una prueba de su divinidad.

Daremos ahora una brevísima noticia de las más principales (1).

§ I.—*Los gnósticos.—Los maniqueos.*

Bajo el nombre de *gnósticos* se comprenden una multitud de sectas de los tres primeros siglos, como los valentinia-

(1) Quien desee enterarse con más extension de los artículos que siguen, puede consultar á Bergier, *Diccionario de Teología*, ó á Pluquet, *Diccionario de las herejías*. En estas obras se encuentran la historia, los progresos y las opiniones de todas las sectas, y además la refutacion de sus errores.

© Biblioteca Nacional de España

nos, nicolaitas, saturnianos, basilidianos, carpocracianos, etc. etc., que se daban á sí mismos este título que significa *iluminados*, pretendiendo que sabían la doctrina cristiana mejor que el comun de los fieles, y áun que los mismos Apóstoles. Aunque formaban sectas separadas, profesaban en el fondo los mismos errores.

Los principios comunes á los gnósticos eran los siguientes:

Tratando de explicar el orígen del mal y su lucha con el bien en el universo, la hacían consistir en la materia, y no en el abuso de la libertad, como enseña la doctrina católica. Siendo la materia esencialmente mala, no pudo ser criada por un Dios perfectísimo y sumamente bueno, sino que es eterna. De esta materia preexistente fué formado el mundo y el hombre por ciertos espíritus imperfectos, llamados *Eones*, que Dios había producido, ó, mejor dicho, que habían salido de él por *emanacion*.

El hombre está compuesto de un cuerpo formado de la materia mala, de un alma sensitiva, y de un alma racional, que le fué dada de los Cielos. De aquí la pugna que hay en él, pues su alma racional, que conoce su celestial orígen, se esfuerza por volver al Dios bueno, y es impedida por la materia y por la tiranía del principio malo. Pero entre los hombres los hay de tres especies; unos materiales, sometidos enteramente al mundo inferior; otros animales, incapaces de elevarse sobre las afecciones sensuales, aunque capaces de raciocinar, y los otros espirituales, que se ocupan de su destino y de la dignidad de su naturaleza, venciendo las pasiones que tiranizan á los demás hombres.

Jesucristo fué un génio bueno que, compadecido de los hombres, bajó del Cielo para librarlos del imperio del principio malo: mas como la materia es mala, Cristo no pudo revestirse de ella, no tomó más que sus apariencias: parece que nació, padeció, murió y resucitó, pero nada de esto sucedió en realidad. La redencion de los hombres consistía únicamente en que Jesucristo les habia dado lecciones y ejemplos de sabiduría y de virtud.

Además se abandonaban á los mayores excesos de inmo-

© Biblioteca Nacional de España

ralidad y corrupcion, y predicaban el desprecio á las leyes, y la comunidad de bienes y de mujeres, admitiendo que eran lícitos todos los placeres. En aquellos tiempos de corrupcion llamaron la atencion por sus infamias y por sus escándalos, y fueron causa de que los gentiles, por ignorancia ó por malicia, acusasen de ellos á todos los cristianos.

«Aplicando estas doctrinas á la sociedad, ó se debía crear la unidad absoluta aniquilando la propiedad y la familia, ó en la suposicion de un doble orígen, distinguir á los hombres en superiores é inferiores, resultando en el primer caso la anarquía, y en el segundo la esclavitud, como leyes necesarias de la sociedad humana» (1).

Si la fe, dice Aug. Nicolás, no debiese levantar altares al Catolicismo, el reconocimiento debería habérselos erigido por haber salvado la civilizacion en su cuna, abatiendo con redoblados golpes y con la maza de la ortodoxia la hidra del gnosticismo, cuyas cien cabezas renacían erguidas por espacio de doscientos años para devorarla.

La edad de la fuerza y de la pujanza del primer gnosticismo duró cerca de cien años. Hácia la mitad del tercer siglo, viéronse ya las señales precursoras de su disolucion: si en algun tiempo se había podido temer que la forma gnóstica tomase un ascendiente sobre el cristianismo, la preponderancia de la Iglesia fué desde entónces evidente y decidida. Mas para esto tuvo que sostener combates muy largos y multiplicados, desplegando en esta lucha todo el ardor y todo el génio de sus primeros grandes Doctores, principalmente de San Ireneo, de San Epifanio, de San Clemente y de Tertuliano.

Pero el deslumbramiento que aquel error había ejercido sobre el espíritu de tantos hombres, no se había disipado enteramente, como lo probaron los rápidos progresos y la vasta extension del maniqueismo, nueva secta, hijuela de la que se extinguía.

---

(1) Cantú, época VI, cap. 30.

© Biblioteca Nacional de España

El error fundamental de los maniqueos era el dualismo, ó sea la doctrina de dos principios, uno bueno causa de todos los bienes, y otro malo causa de todos los males, que se hallan en perpétua guerra. Manes se propuso hacer una religion compuesta del cristianismo y del magismo persa, y admitía, por lo tanto, los más groseros errores, que le hicieron odioso á todos. Pero su doctrina se extendió rápidamente en Egipto, Siria, Persia y áun la India, y por sus brillantes promesas que hacían de explicar todos los misterios de la naturaleza, y por su vida ascética en apariencia, los maniqueos atrajeron á su partido á muchos talentos, entre ellos el insigne San Agustin en su juventud, hasta que desengañado de sus impiedades, fué despues su impugnador más acérrimo.

Los Santos Padres combatieron con celo infatigable esta perniciosa herejía, cuyas teorías atacaban todos los fundamentos de la fe católica, y amenazaban bajo muchos aspectos á la sociedad: por lo cual fué tambien severamente proscrita por los emperadores.

Mas á pesar de los redoblados golpes que llevó el maniqueismo ya de parte de la Iglesia, ya de parte del poder civil, sobrevivieron sus restos, tomando muchas veces la forma de sociedad secreta, apareciendo en la Edad Media en los albigenses, petrobusianos, cátaros, etc. De ellos provinieron más tarde los husitas y los wiclefitas, que prepararon el camino del protestantismo. ¡Tales son los gloriosos progenitores de los protestantes!

En estos últimos tiempos los maniqueos habían abandonado el dogma fundamental de su secta, la hipótesis de los dos principios: no hablaban ya del mal principio sino como nosotros hablamos del demonio, y hacían notar el imperio de éste por la multitud de desórdenes que reinaban en el mundo. Pero habían conservado sus demás errores sobre la encarnacion y los sacramentos, su aversion al culto de los Santos, de la cruz y de las imágenes, su ódio contra los Prelados de la Iglesia católica, y el libertinaje refinado á que conduce comunmente una falsa espiritualidad.

© Biblioteca Nacional de España

§ II.—*El arrianismo.*

Apenas la Iglesia empezaba á respirar con la paz que le dió Constantino, cuando Arrio, sacerdote apóstata, excitó en ella una tempestad más violenta que todas las que había sufrido hasta entónces. En ella aprendió, por una triste experiencia, que no tenía que sufrir ménos bajo el poder de los emperadores cristianos que lo que había sufrido bajo los emperadores infieles, y que debía verter su sangre, no solo por defender todo el cuerpo de su doctrina, sino tambien cada artículo particular de su fe.

Arrio atacó á la Iglesia en sus fundamentos, negando la divinidad de Jesucristo, diciendo que solo era una criatusa, Dios impropiamente, pero de ninguna manera en todo igual al Padre y de su misma naturaleza. En breve se creó un partido formidable, y su herejía tomó proporciones gigantescas. Para oponerse á ella se reunió el Concilio de Nicea, y despues de un maduro exámen, condenó al novador definiendo que el Hijo es consubstancial al Padre, y en todo igual á Él. Esta palabra es la verdadera expresion de la fe católica.

Arrio, que había sido desterrado, engañó al emperador prometiendo suscribir á la fe de Nicea, y firmando una fórmula equívoca, obtuvo la libertad de volver. Desde entónces sus partidarios comenzaron á perseguir á los católicos, y con especialidad á San Atanasio, que se había negado firmemente á recibir á Arrio en su comunion. Sus artes y calumnias fueron causa del destierro y deposición de aquel santo Prelado, en el cual se personificó la causa católica, y lograron tambien desterrar á muchos Obispos adictos á la fe de Nicea. Cuando los partidarios de Arrio se congratulaban de su triunfo, murió éste de repente y de una manera trágica.

Pero con su muerte no terminaron las turbulencias de su herejía, sino que se recrudecieron más. Haciéndose poderosos los arrianos, y contando con el apoyo de los emperadores, celebrando concilios, en los cuales se hacían los señores, empleando otras veces la astucia, el fraude y el

© Biblioteca Nacional de España

sofisma para evitar su condenacion, y apelando cuando tenían ocasion á las más inauditas violencias para imponer sus errores, y ocupar las sillas que usurpaban, parecía que habían de concluir con la fe católica. *Jimió todo el mundo y se admiró de verse arriano*, dice San Jerónimo, refiriendo cómo fueron sorprendidos los Padres del Concilio de Rimini. Pero desde el momento que esta herejía quedó abandonada á sí misma, cayó para siempre, y no queda de ella más que el nombre cubierto de oprobio.

El arrianismo, dice Cantú, era una transaccion entre el gentilismo y el Evangelio, cual convenía á una sociedad envejecida: era la máscara de un deismo que se presentaba con la reforma general de los cultos antíguos, y con las opiniones de los sincretistas mezcladas con el dogma cristiano, y atacaba la esencia misma de la fe. Si Jesucristo es una criatura, ó Dios diferente del Padre, los que le adoran son idólatras, ó reconocen dos Dioses, y se va á parar al politeismo. Pues si Dios no obra directamente sobre el hombre, se niega la gracia, y se quita al cristianismo la fe en el Hombre-Dios, único mediador divino que le abre el camino de la divinidad y le da medios de acercarse íntimamente á ésta, y encuentra de nuevo entre él y Dios aquel abismo que le separaba en los siglos paganos (1).

Por eso esta herejía produjo en la Iglesia tan hondas perturbaciones y se desplegó la mayor actividad por extirparla. Nada más importante que asentar firmemente el dogma que aquélla negaba y ponerlo fuera de toda contradiccion.

¡Qué diferencia entre la marcha tortuosa de esta herejía y la conducta franca y firme de la Iglesia católica! Los arrianos abusaban contínuamente de la Escritura, alteraban su sentido con explicaciones sutiles, buscaban términos ambíguos y sofísticos para sus profesiones de fe, y creían haber obtenido una gran victoria cuando por medio de la intriga ó de la violencia conseguían hacer firmar á los

(1) Epoca VII, cap. 4.°

© Biblioteca Nacional de España

Obispos católicos una profesion de fe, en la que no se hallaba la palabra *consubstancial*. Pero el Concilio de Nicea desde luégo y con esta sola palabra fijó la creencia de una manera irrevocable. Esta palabra explicaba toda la energía y verdadero sentido de las expresiones de la Sagrada Escritura, y prevenía los equívocos y sutilezas de los herejes: la Iglesia, despues de haberla adoptado una vez, jamás la abandonó: se conservó en todas las profesiones de fe y en los diversos Concilios en que los católicos tuvieron libertad de exponer sus creencias. A pesar de todos los ataques de la herejía, en el espacio de tantos siglos, la *consubstanciabilidad* del Verbo es y será la fe de esta misma Iglesia (1).

§ III.—*Donatistas.*

El cisma de los donatistas, que afligió á la Iglesia por espacio de doscientos años, se hizo tan temible, que llegó á tener 300 sillas episcopales.

Empezó el año 311 con motivo de la eleccion de Ceciliano para el Obispado de Cartago, á pesar de haber sido hecha por aclamacion. La eleccion era legítima, pero fué rechazada por muchos, cuyas miras quedaron defraudadas con ella, con las cuales eligieron á Mayorino, y se precipitaron abiertamente en el cisma. El pretesto que pusieron fué que la ordenacion de Ceciliano era nula por haber sido hecha por Félix, que en una persecucion había entregado los libros y vasos sagrados. Los Concilios de Roma, de Cartago y de Arlés, condenaron á los novadores.

Pero la condenacion solo sirvió para irritarlos más, y despreciando las excomuniones, apelaron al emperador, y este es el primer ejemplo de una apelacion hecha por Obispos al poder seglar. Constantino demostró abiertamente su descontento y les intimó someterse á la sentencia del Concilio como si fuese la del mismo Jesucristo.

---

(1) Bergier, art. *Arrianismo*,—Véase la excelente obra *Vida de San Atanasio*, por Mœhle.

© Biblioteca Nacional de España

Léjos de someterse estos sectarios se lanzaron á las violencias más horribles contra los católicos, apoderándose de las Iglesias y asesinando ó los que los refutaban. Nadie ignora los excesos que cometieron bajo el nombre de *Circunceliones*. En su consecuencia, se emplearon contra los donatistas las leyes más severas y se les castigó con rigor. Por último, el cisma terminó en el Concilio de Cartago por el talento y el celo del inmortal San Agustin.

Los protestantes se deshacen en injurias contra los católicos por haber castigado á los donatistas; pero no tienen razon alguna. Los hechos incontestables atestiguan que no hubo ninguna ley penal contra estos sectarios ántes de que ellos hubiesen ejercido violencias contra los católicos y contra el imperio. Sus crímenes son conocidos y probados: robaron, incendiaron y destruyeron Iglesias, atacaron á los Obispos y Sacerdotes hasta en el altar, y algunas veces llevaron la crueldad hasta llenarles los ojos de cal y vinagre. Esta es la verdadera causa de la persecucion que sufrieron.

Al extirpar esta herejía cismática consiguió la Iglesia un triunfo importantísimo; tranquilizó para siempre á los fieles respecto á la conducta de los Ministros de los sacramentos, que por malos que sean no dejan de administrarlos válidamente. Dios no hace depender su gracia de la miseria ó de la maldad del hombre.

§ IV.—*Pelagianismo y semipelagianismo.—Predestinatismo.*

La herejía de Pelagio, progenitora del moderno racionalismo, fué una de las más trascendentales consecuencias, ya tambien con el carácter insidioso y astuto de sus defensores.

Consistía esta herejía en negar el pecado original, y sus efectos y la necesidad moral, y sustraerse al pecado por sus propias fuerzas. De aquí se deducía que no había sido necesaria la redencion de Jesucristo, y queda muy limitada su eficacia. Toda la religion cristiana caía por tierra y se iba á parar al naturalismo.

© Biblioteca Nacional de España

Alarmados los Obispos, tuvieron numerosos Concilios, y en todos ellos se condenó al novador; pero éste, dando explicaciones ambíguas y sofísticas, halló modo de eludir la condenacion, afectando una ortodoxia pura y gran sumision á la Santa Sede. Afortunadamente vivia entónces San Agustin, que descubrió los ardides de estos sectarios y los refutó vigorosamente con sus escritos.

Este Santo Doctor demostró por la Escritura y la tradicion que el hombre nace manchado del pecado original, y, por consiguiente, privado de la gracia santificante y sin ningun derecho á la bienaventuranza eterna, y que este derecho no puede dársenos sino por el bautismo. Manifestó que la naturaleza humana, debilitada y corrompida por este pecado, necesita de una gracia actual é interior para empezar y concluir toda accion buena y meritoria, áun para formar buenos deseos; que, por consiguiente, esta gracia es puramente gratuita, preveniente y no prevenida ni merecida por los esfuerzos naturales ó por las buenas disposiciones del hombre; que este es el fruto de los méritos de Jesucristo y no de los nuestros, y que, de otro modo, el Redentor habría muerto en vano. Tales son los importantes dogmas que la Iglesia definió en los Concilios de Cartago y Mileví sobre las relaciones de la gracia y de la naturaleza, fundamento de nuestra conducta y aplicacion de nuestra fe.

«El pelagianismo debía conducir al *predestinantismo*, ó sea á la doctrina opuesta de la omnipotencia de la gracia divina en el hombre, exclusiva de toda cooperacion humana, y negativa de toda libertad. Segun este error, Dios nos predestina fatalmente á la gloria ó á la condenacion: su sola accion nos hace necesariamente justos y santos. Tal fué la herejía del predestinantismo, que contenía el panteismo y el fatalismo, doble error, dice Lacombe, «que todas las herejías parecen haber tenido por único objeto de ingerir en las sociedades cristianas.»

La Iglesia, con una profunda sabiduría, anatematizó el pelagianismo y el predestinantismo: el primero en el Concilio de Cartago, en el año 418, y el segundo en varios

© Biblioteca Nacional de España

Concilios de Arlés y de Lyon. Ella sostuvo dos verdades igualmente ciertas: la accion de la gracia divina y la accion de la libertad humana, es decir, siempre la realidad distinta de lo infinito y de lo finito, de lo sobrenatural y de lo natural, así en su accion como en su esencia. La gracia nada hace sobre nosotros sin el concurso de nuestra libertad. Nuestra libertad nada puede en nosotros, en órden á la salvacion eterna, sin el socorro de la gracia. Distincion capital, esencial, que levanta á derecha y á siniestra de la humanidad un muro, y como un repecho que le preserva del naturalismo y del panteismo, y que despeja y deja desembarazado el sendero del buen sentido, de la experiencia, de la tradicion social, y de la verdad práctica de las cosas, por el cual debe aquélla marchar» (1).

El semipelagianismo vino á tomar un justo medio entre esos dos extremos, diciendo que la gracia y la libertad concurren mútuamente á realzar al hombre y llevarle al bien, teniendo ambas igual parte en su salud, y que el hombre se determina al bien con la misma facilidad que al mal, pero que la gracia solamente viene á determinar el buen movimiento, cuyo principio está en aquél.

¡Sabiduría humana! exclama el escritor citado; la Iglesia anatematizó esta herejía más perniciosa aún que las dos primeras, porque era más especiosa, y conducía á aquéllas por una doble pendiente. Ocupada, no en buscar el justo medio entre dos errores, sino únicamente en declarar la verdad revelada, promulgó estos grandes axiomas de fe, de tradicion y de experiencia: Que por el pecado de Adan habíamos perdido aquel equilibrio de nuestra voluntad entre el bien y el mal: que por la concupiscencia somos arrastrados al mal, y que para restablecer en nosotros una igualdad perfecta, es indispensable la impulsion de la gracia: que, de consiguiente, ésta es siempre preveniente, y gratuita en cuanto es preveniente; pero que no es eficaz sino con el concurso de nuestra libertad.

Así desató la Iglesia el nudo gordiano de la libertad y de

(1) Aug. Nic., obra citada, cap. 5.°, núm. 5.

© Biblioteca Nacional de España

la gracia formado por la herejía. Así mantiene al mundo en la posesion de estas dos grandes verdades, de estos dos grandes principios, el sobrenatural y el natural, el divino y el humano, la gracia y la libertad, y las concilia en su accion de este modo: la gracia siempre preveniente, la libertad cooperante: Dios tendiendo la mano al hombre y el hombre aceptándola (1).

§ V.—*Herejías sobre la Encarnacion.*

En el fondo de todas las herejías se encuentra la negacion del gran misterio católico de la Encarnacion, y, por consiguiente, de las fecundas y consoladoras consecuencias que de él se derivan. Pero hay algunas que trabajaron directamente por desfigurar y destruir aquel misterio, y la Iglesia tuvo que librar contra ellas incesantes y vivos combates.

Empezó la lucha Nestorio, Patriarca de Constantinopla, negando á la Santísima Vírgen María el título de *Madre de Dios,* diciendo que solo debía llamarse *Madre de Cristo:* distinguiendo así la persona de Cristo y la del Verbo. Segun él, el hombre dado á luz por María debía llamarse *Teoforo,* ó que lleva á Dios, como Templo en que Dios habita. En Cristo habría dos personas, colocadas la una junto á la otra, unidas exterior y moralmente. Por lo tanto, la Encarnacion se reducía á una mera *inhabitacion* del Logos en Cristo, y el Verbo no se había hecho carne.

Tratando de combatir á Nestorio, el Monje Eutiques se extravió él mismo, cayendo en el error opuesto, no ménos contrario al dogma católico. Segun éste, no había en Jesucristo más que una sola naturaleza despues de la Encarnacion, habiendo sido absorbida la naturaleza humana en la divina, y ésta fué la que padeció por nosotros y nos rescató. Nestorio había dividido la persona de Jesucristo. Eutiques confundió sus dos naturalezas: uno y otro destruían

(1) Lugar citado.

© Biblioteca Nacional de España

la Encarnacion. Ya sea que la humanidad hubiese sido enteramente absorbida en la divinidad de Cristo, segun Eutiques, ó que las dos naturalezas no estuviesen originariamente unidas en él, segun Nestorio, en uno y otro caso, los cristianos veían desvanecerse á la vez la virtud humana y divina de la obra de Jesucristo, necesaria para la redencion perfecta y real de los hombres (1).

La herejía de los *monothelitas*, que solo admitía una voluntad y una operacion en Jesucristo, vino despues á renovar aquellos errores bajo una forma hipócrita. La cuestion era la misma, pues Jesucristo perdía el carácter de mediador.

Estas herejías, defendidas con calor y obstinacion por muchos Obispos, y contando con el apoyo de los emperadores, agitaron tristemente á la Iglesia por espacio de tres siglos, y tuvieron el triste privilegio de llenar con sus turbulencias todas las páginas de la historia eclesiástica de su época. Pero la Iglesia salió victoriosa de sus encarnizados y largos ataques, siendo tanto más glorioso su triunfo, cuanto mayor había sido el número de sus adversarios, más tenaz su obstinacion, y más temibles los medios astutos ó violentos que pusieron en juego (2).

El nestorianismo fué condenado en el Concilio general de Efeso el año 431, el eutiquianismo en el cuarto ecumé · nico en Calcedonia el año 451, y el monotelismo en el sexto Concilio general celebrado en Constantinopla el año 680. Estas herejías no consiguieron más que poner á prueba á la Iglesia, dándole más vivo resplandor. Entre tanto, ellas se constituyeron en Iglesias separadas, arrastrando una existencia oscura y estéril. ¡Tal es la suerte del error!

§ VI.—*Los iconoclastas* (3).

Esta herejía suscitó contra la Iglesia una persecucion tan cruel como la de los antiguos emperadores paganos.

(1) Alzog., *Hist. Univ. de la Iglesia*, párrafo 118 y siguientes.
(2) Véase Henrion, *Hist. Ecles.*, lib. XV, XVI y XIX.
(3) Véase Palma, *Prælect. Historiæ Eccæ.*, tomo II, capítulo 15 y siguientes.

© Biblioteca Nacional de España

El error fundamental de estos herejes, como lo indica su nombre, consistía en negar el culto debido á las imágenes de Jesucristo y de los Santos, y en destruir á éstas persiguiendo además á los que las veneraban. Sostenidos por los emperadores, provocaron luchas más vivas y más sangrientas que todas las que hasta entónces habían sido excitadas en Oriente por las largas controversias religiosas.

Por espacio de casi ciento veinte años afligió esta herejía al Oriente, habiendo tenido los católicos raros intervalos de tranquilidad en tiempo de la emperatriz Irene. Leon el Isauro dió el edicto proscribiendo el culto de las imágenes contra el sentimiento unánime de su pueblo, que le hizo una viva oposicion. Su hijo Constantino Copronimo, no solo excedió las violentas persecuciones de su padre, sino que además hizo reunir un Concilio de 338 Obispos, vendidos á su voluntad, en el cual se condenó el culto de las imágenes. Este falso Concilio fué anatematizado por el Papa Paulo I y los tres Patriarcas orientales.

Entónces fueron destruidas y quemadas todas las imágenes, y se castigó á los católicos con los mayores suplicios y crueldades, sacándoles los ojos, mutilándolos y arrojándolos al mar, y los que salían mejor librados eran desterrados y despojados de sus bienes.

Leon IV perseveró en la conducta de sus predecesores, si bien con ménos violencia. Muerto éste, quedó el poder en su viuda Irene, durante la menor edad de su hijo, y entónces la Iglesia respiró. La emperatriz, aconsejada por Tarasio, Patriarca de Constantinopla, escribió al Papa, á fin de que convocase un Concilio general, que efectivamente se reunió en Nicea el año 787. En él se decretó la legitimidad del culto de las sagradas imágenes y se explicó su verdadera significacion, segun la doctrina de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres.

Pero la tranquilidad fué poco duradera, pues los emperadores siguientes Niceforo, Leon el Armenio, Miguel el Balbuciente y Teófilo, favorecieron á los iconoclastas y renovaron las persecuciones. Solo en el año 842 terminó por completo esta herejía por obra de la emperatriz Teo-

© Biblioteca Nacional de España

dora, que hizo observar los decretos de Nicea. Con este motivo la Iglesia griega instituyó una fiesta solemne llamada de la *Orthodoxia*, para celebrar tan fausto acontecimiento.

El error iconoclasta encerraba una importancia práctica gravísima. Se atacaba á la Iglesia por su base, suponiendo que por espacio de tantos siglos había profesado un culto puramente idolátrico. Luego habrían faltado las promesas de Jesucristo, y la Iglesia no sería otra cosa que el paganismo bajo una forma distinta. Se trataba tambien de la libertad de la Iglesia, queriendo sujetarla á la tiranía de los emperadores, que habrían de modificar á su antojo las creencias y el culto. Se emplearon todos los medios y todos los esfuerzos imaginables para destruir el culto de las imágenes y persuadir que era una supersticion, por lo cual el triunfo de la Iglesia fué más glorioso.

§ VII.—*Los albigenses, etc.*

Las herejías anteriores eran principalmente dogmáticas que atacaban la fe de la Iglesia; las sucesivas son principalmente prácticas y atacaban su autoridad.

No podemos detenernos en referir los errores de las numerosas sectas que se formaron en la Iglesia durante la Edad Media, muchas de las cuales apenas consiguieron dejar en la historia su nombre oscuro y cubierto de oprobio. Solo hacemos notar el hecho de que su aparicion no solo proporcionaba á la Iglesia nuevos triunfos, sino que además, por el carácter filosófico de que se revestían, fueron ocasion de que se aclarasen las nociones de sana filosofía y el amigable consorcio de ésta con los dogmas católicos. Tal fué el resultado de las herejías llamadas escolásticas, que por el abuso del raciocinio nacieron de las especulaciones del entendimiento sobre la doctrina, y que fueron enseñadas por Berenger, Amaury de Chartres, Roscelin, Abelardo y otros.

Más peligrosas fueron aquellas herejías de este período que Abrog califica con toda propiedad con el nombre de

© Biblioteca Nacional de España

sectas fanáticas. Tales fueron los petrobusianos, los henricianos, los arnaldistas, los cátaros, los circuncisos y otros innumerables que turbaron con sus delirios y su perversidad á toda la Europa, y despues vinieron á compendiarse todas en los valdenses y los albigenses, que pusieron un instante en problema la civilizacion universal, y contra los cuales se vió ésta en la precision de emprender una cruzada.

La cruzada emprendida contra los albigenses ha dado ámplia materia para declamar á los protestantes y á los incrédulos.

«No pretendemos, dice Bergier, justificar los excesos que pudieron cometerse de una y otra parte por hombres armados durante una guerra de diez y ocho años. No pretendemos tampoco sostener que sea laudable y permitido perseguir á sangre y fuego á los herejes, cuya doctrina en nada perjudique al órden y tranquilidad pública y cuya conducta sea por otra parte pacífica; toda la cuestion se reduce á saber si los albigenses se hallaban en ese caso. Esta es una discusion en la que jamás han querido entrar nuestros adversarios.»

Para juzgar imparcialmente aquellos hechos, conviene tener presente el carácter especial de estas herejías. El grande objeto de su ódio era la Iglesia y el Clero, la tradicion, los sacramentos, el culto de los Santos y las imágenes; profesando, además, otros muchos errores de los gnósticos y los maniqueos. Y léjos de contenerse en los límites de la esfera espiritual, sacaban de su oposicion dogmática principios que conmovían todas las relaciones sociales, y daban lugar á la inmoralidad más vergonzosa, declarando que el matrimonio era una fornicacion, aboliendo toda clase de culto y destruyendo los Templos.

De este modo, justicia, propiedad, familia, religion, todos los elementos de la sociedad estaban atacados por estos herejes, en los cuales habían venido á resumirse todas las antíguas herejías. ¿Cómo hubiera podido la Edad Media sufrir con calma estos excesos? Bajo el punto de vista más favorable á estas sectas, es decir, el exagerado

© Biblioteca Nacional de España

rigorismo que afectaban, pidiendo reforma para la sociedad y para el Clero, estaban muy léjos de reunirse con la Iglesia para combatir el mal que ésta reconocía y señalaba; ántes, al contrario, parecían no llevar otro objeto que destruir la Iglesia misma. Siendo la Iglesia católica, segun la fe y la conviccion universal ya de aquellos tiempos, la única vía de salvacion, no es de extrañar que el jefe de la cristiandad, despues de haber empleado infructuosamente la persuasion y la dulzura, acabase por emplear contra aquellos sectarios la mayor severidad (1).

Antes de apelar á la fuerza contra los albigenses, se habían empleado por espacio de más de cuarenta años las misiones, las instrucciones y todos los medios que podía sugerir la caridad cristiana. No se recurrió á medios violentos sino cuando aquellos hombres fanáticos y perversos los hicieron necesarios con sus crímenes, y despues que ellos fueron los primeros en maltratar á los católicos. Si se publicó contra ellos la cruzada, no fué para convertirlos y porque iban errados en la fe, sino para castigar sus excesos y evitar que turbasen la tranquilidad (2). A la Iglesia le bastaba haberlos condenado en los Concilios de Albi en 1176, de Letrán en 1179, y en otros muchos provinciales; pero los pueblos debían atacarlos como á enemigos públicos. De otro modo no hubiera sido posible la cruzada.

El filosofismo, concluimos con Augusto Nicolás, prodigó la acusacion de intolerancia á la Iglesia, por haber autorizado á la sociedad á que reprimiese á estos bárbaros. En el dia, en que la experiencia nos ha ilustrado sobre el mismo peligro, no creo que hubiese un solo hombre honrado y sensato que rehusara suscribirse á aquel cánon del Concilio general de Letran, que en aquella época consagró la legítima defensa de la civilizacion (3).

---

(1) Abzog., lugar citado, párrafo 237.
(2) Véase *Histoire dis croisades contra les Albigeois*, por el P. Langlois.
(3) *Conc. Lateran. III*, anno 1179, cán. 27.

© Biblioteca Nacional de España

§ VIII.—*Wiclefitas y husitas.*

Wiclef se distinguió por su oposicion sistemática contra la Iglesia, haciendo de la negacion de su autoridad el objeto de su herejía. Atacó abiertamente la autoridad del Romano Pontífice y la superioridad de los Obispos sobre los Presbíteros, así como tambien el derecho de la Iglesia de proceder por vía de justicia contra los cristianos, y de poseer bienes temporales. Negaba tambien la real presencia de Jesucristo en la eucaristía, la misa y la necesidad de la confesion, y, finalmente, enseñó que los Sacerdotes pierden todo su poder desde que caen en pecado mortal.

A esta doctrina, ya tan perversa, mezclaba otra contra la propiedad, avanzando más que los mismos albigenses, pues decía que para tener un derecho legítimo de poseer algo sobre la tierra era necesario ser justo, y que un hombre perdía todo derecho á sus posesiones desde el momento que caía en pecado; y esta doctrina la aplicaba tambien á los señores y á los reyes, así como al Papa y á los Obispos. Fácil es conocer que estas ideas abrían la puerta á todos los crímenes y al aniquilamiento de toda sociedad, y que encierran el gérmen de las más profundas revoluciones religiosas y políticas.

Juan Hus abrazó todos los errores de Wiclef haciéndolos todavía más graves y añadiendo otros muchos. Segun éste, la Iglesia se compone únicamente de los predestinados: el Papa no tiene autoridad alguna; y los poderes de la Iglesia y la virtud de los sacramentos dependen de la santidad de sus Ministros y no existen en hombres indignos. Lo mismo afirmaba de los que ejercen autoridad temporal, magistrados, príncipes y reyes, los cuales, si son viciosos, quedan despojados de todo derecho y privados de toda autoridad; y que el pueblo puede corregir á su gusto á sus jefes cuando caen en alguna falta.

Semejante doctrina es la destruccion de la sociedad. ¿Quién es el hombre que no tenga pecado, ó á lo ménos no parezca pecador á los ojos de los que tienen interés en que lo sea? ¿Sería posible ninguna autoridad que dependiese enteramente de un capricho popular? Toda la sociedad es-

© Biblioteca Nacional de España

taba, pues, interesada en la querella suscitada por Juan Hus contra la Iglesia y los poderes supremos.

Juan Hus fué quemado como contumaz, despues de haber sido condenado en el Concilio de Constanza el año 1415; y el año siguiente sufrió la misma pena su principal discípulo Gerónimo de Praga. El Concilio no solicitó su suplicio, pero dejó obrar á la justicia secular, que en aquel tiempo castigaba con esta muerte á los herejes.

La condenacion de Hus ha dado pretesto á los protestantes é incrédulos para lanzar mil injurias y calumnias contra la Iglesia. «Esta condenacion, dicen, no tiene la más mínima apariencia de equidad, fué una escandalosa violacion de la fe pública, pues Hus vino á Constanza protegido por un salvo conducto del emperador.»

Pero fácil es responder á esta calumnia. Aquel salvo conducto solo servía para proteger á Juan Hus por el camino hasta llegar á Constanza, en donde debía ser juzgado segun el mismo Hus había pedido. Este había apelado al Concilio de la excomunion que contra él pronunció el Papa sometiéndose á su juicio, y declaró públicamente que si el Concilio le convencía de herejía, no rehusaba sufrir la pena impuesta contra los herejes. Antes de conceder el salvo conducto á Juan Hus le intimó claramente el emperador por dos veces, que en el caso de ser condenado, no esperase de él proteccion alguna, y que él mismo sería el primero en poner fuego á la hoguera. El mismo Juan Hus no alegó su salvo conducto para defenderse de la sentencia de los magistrados, ni recusó la competencia de éstos, ni la del Concilio. Finalmente, despues de la ejecucion de Hus, por más que la nobleza de Bohemia estuviese inficionada con sus errores, ni una palabra dijo sobre la violacion del salvo conducto en el alegato amargo y apasionado que presentó al Concilio, y en el cual sin duda habría apelado á un argumento tan victorioso. El pretendido decreto del Concilio de que es lícito violar la fe dada á los herejes, es una pura calumnia, como consta de sus actas.

Por otra parte, la conducta sediciosa de Juan Hus justifica el suplicio que padeció. Su doctrina tendía á despojar

© Biblioteca Nacional de España

de sus bienes á los legítimos poseedores, á trastornar la jurisprudencia secular, y á excitar al saqueo y al asesinato á una multitud ávida de presa. Él fué causa de la sublevacion de la Bohemia y las provincias vecinas, y de aquellas escenas que por espacio de diez y seis años convirtieron á toda la Alemania en un campo de espantosa mortandad, de incendio, de pillaje y de horrores inauditos.

La cuestion que dió lugar á todo esto, dice Aug. Nicolás, parece á primera vista bien fútil, y la moderna filosofía no ha dejado de lanzar sobre el siglo que ella agitó y sobre la Iglesia que la sostuvo todos los soberbios menosprecios de la razon. Tratábase de saber si el pueblo comulgaría ó no, como el Clero, bajo las dos especies. Mas esta cuestion, por simple y fútil que parezca, era la mayor de las cuestiones que se hayan jamás promovido en el seno de las sociedades; era la cuestion de la barbárie ó de la civilizacion, la misma que nos llena de terror en el dia; el socialismo, el comunismo.

Cuando las hordas bárbaras de los husitas se levantaron dando el grito de ¡LA COPA AL PUEBLO! exigían que toda distincion entre el Clero y los fieles quedase suprimida. Ellos inauguraron bajo la forma más sagrada, la salvaje divisa de IGUALDAD y de FRATERNIDAD que ha ensangrentado nuestros últimos tiempos. Ellos trasformaron el dogma de la caridad infinita de Dios, la COMUNION, en COMUNISMO... Fieles herederos de los gnósticos y precursores de los socialistas, al grito de *¡El cáliz al pueblo!* añadían el de *¡la propiedad al pueblo!* que era su natural consecuencia; y los socialistas modernos no han dejado de saludar en ellos con trasporte sus *hermanos y amigos*, y de alargarles, al través de cuatro siglos, una mano conjurada contra la sociedad y sus santas leyes.

La Iglesia, con su buen sentido profundamente civilizador, y su inflexible firmeza, hizo frente á la tempestad, y abrigó otra vez aún bajo sus alas á la sociedad ingrata que debía un dia maldecirla (1).

(1) Libro citado, cap. 6.º, al fin.

© Biblioteca Nacional de España

Despues nos ocuparemos del protestantismo y de sus hijuelas el *jansenismo* y el *liberalismo*, las más pérfidas de todas las herejías.

Entre tanto, por esta rápida reseña que acabamos de hacer de las principales herejías, y de los gloriosos triunfos de la Iglesia, podemos inferir que sucederá lo mismo con todas las que se levantarán en lo sucesivo. Todas caerán á sus piés, y la Iglesia permanecerá firme é inmutable. Sus victorias pasadas son una garantía segura de las que alcanzará en el porvenir: las promesas que ha recibido son eternas, y seguirán cumpliéndose hasta la consumacion de los siglos. *Et portæ inferi non prævalebunt adversus eam.*

CAPITULO II.

El mahometismo.

Apenas empezaba la Iglesia á reponerse de los sacudimientos que habían causado en ella las irrupciones de los bárbaros, que asolaron y se dividieron el imperio romano, y agitada todavía por las herejías en Oriente, se vió de nuevo empeñada en una lucha tenaz con el fanático y guerrero mahometismo, que apareció de repente llevándolo todo á sangre y fuego.

Se vieron entónces reproducirse las escenas de las persecuciones paganas, donde quiera que los sectarios de Mahoma pusieron su planta, y áun con mayor intensidad por efecto de su carácter feroz y violento. Donde dominaron los musulmanes, no quedaba otro recurso á los cristianos que la más dura opresion, ó la apostasía ó la muerte.

Nunca más que en la época de la aparicion del mahometismo tuvo la Iglesia necesidad de emplear contra su fiero furor la decision, la actividad, la firmeza y la fuerza práctica que constituyen la esencia del cristianismo. Y, sin embargo, entónces más que nunca, carecía de estas poderosas cualidades la Iglesia de Oriente, dividida en sectas

© Biblioteca Nacional de España

numerosas, y agobiada bajo la tiranía y el insensato dogmatismo de los emperadores griegos, que para colocar en las sillas episcopales á los que asentían ciegamente á sus opiniones, arrojaban de ellas á los Prelados de más ilustracion y firmeza, y abrían así las puertas á los enemigos del nombre cristiano. A esto debemos atribuir que esta Iglesia no pudiese oponer, ni la autoridad moral, ni la fuerza material á las rápidas invasiones del mahometismo, lleno de todo el vigor de la juventud, orgulloso de sus conquistas y sostenido por innumerables y victoriosos ejércitos.

Pero si la Iglesia en Oriente no tuvo fuerza para resistir al ímpetu arrollador del islamismo, no sucedió lo mismo en otras regiones. La Iglesia organizó contra los musulmanes aquella lucha gigantesca y secular que al fin había de concluir por abatir su poder. Si desde el principio no pudo evitar sus estragos, fué porque el mahometismo traía una mision terrible que cumplir como instrumento de la justicia divina. Así como Dios había lanzado los bárbaros contra el Occidente para castigarle y regenerarle, del mismo modo llamó á los árabes para castigar al Oriente por sus herejías, por sus errores y por su corrupcion.

Considerado bajo este aspecto el mahometismo, á nadie deben sorprender sus progresos, prescindiendo por ahora de otras razones que diremos despues. Como Atila, podía llamarse el islamismo (1) el *azote de Dios*. Pero concluida su obra y dado el castigo, desapareció el azote y se retiró el espíritu de la venganza y de la cólera. En aquellos espantosos sacudimientos sufrió mucho la Iglesia y tuvo pérdidas considerables; pero el mundo vió entónces, como más tarde que, léjos de caerse el antíguo edificio, resistió siempre firme en su base y sólido en todas sus partes, áun despues de haber perdido alas enteras al ímpetu asolador de la tormenta.

Admiremos aquí la bondad y sabiduría de la Providencia.

(1) Esta palabra designa la religion de Mahoma. Viene del árabe *islam*, que quiere decir *sumision á Dios*.

© Biblioteca Nacional de España

Al mismo tiempo que en sus inescrutables designios permitía que desapareciese la fe en muchas y florecientes provincias, la hacía brillar esplendorosa en pueblos enteros, que entraban apresurados en la Iglesia. Si esta tenía el dolor de ver desaparecer el nombre de Jesucristo en la Siria, la Armenia, el Egipto y las costas del Africa, cuyas Iglesias florecieron tanto en otros dias, se hallaba magníficamente indemnizada por sus conquistas en los pueblos del Norte, acogía en su seno á los frisones, sajones, croatas, servios, polacos, húngaros y otros muchos pueblos germanos y eslavos (1).

Y aquí llama vivamente la atencion un hecho, que ya hemos notado en otro lugar. En los pueblos que predominó el mahometismo, desapareció el Catolicismo, y juntamente con él las artes, las ciencias, la ilustracion y la cultura, quedando en el órden político sujetos al más fiero despotismo. Es que el mahometismo era el retroceso, la barbárie con todas sus brutales consecuencias y la más odiosa tiranía. Por esto se comprende la importancia de la lucha que contra él emprendió la Iglesia y el valor inapreciable de su triunfo. Al defender la causa de la fe, defendía tambien la causa de la libertad y de la civilizacion, ¡tan estrechamente enlazadas se encuentran las unas y las otras!

Vamos á exponer brevemente los errores y falsedad del mahometismo, sus progresos, sus peligros para la cristiandad, y lo que hizo la Iglesia para conjurarlos.

§ I.—*Mahoma.—Su doctrina.*

Mahoma nació en la Meca el año 570. Dotado de un ingénio claro y agudo, aunque no sabía escribir ni áun leer, se propuso obrar en su país una revolucion religiosa y política, y despues de haber vivido largo tiempo en una caverna, se presentó anunciándose como enviado de Dios, y predicando: *No hay más Dios que Dios y Mahoma es su profeta.*

(1) Véase Alzog, período 2.º, época 1.ª

© Biblioteca Nacional de España

En breve tuvo multitud de secuaces, especialmente entre los individuos de su familia, que le obedecían ciegamente; pero fueron tantas sus violencias, que se hizo odioso á sus conciudadanos y trataron de matarle (1), por lo cual se vió obligado á abandonar precipitadamente la Meca, el 16 de Julio de 6 del año 622, que es el principio de la hegira, por la cual cuentan los árabes sus años. Mahoma se retiró á Medina, en donde fué muy bien recibido, y en donde en poco tiempo tuvo á sus órdenes un ejército de fanáticos. A poco salió de allí como jefe de una nueva ley política y religiosa, que hizo representar á un pueblo, hasta entónces insignificante, uno de los papeles de más importancia en la historia universal del mundo. El año 630 se apoderó de la Meca, y esta conquista le hizo dueño de todas las tríbus de la Arabia. Derribó los ídolos, é hizo de la Kaaba el templo principal de su culto.

Desde entónces el islamismo hizo rápidos progresos, y al fallecer Mahoma el año 632, le estaba ya sometida toda la Arabia. Antes de concluirse el primer siglo de la *hegira*, los califas musulmanes conquistaron la Siria, la Palestina, el Egipto, la Persia y las costas septentrionales de Africa, y más tarde se apoderaron de España, la cual, sin embargo, nunca llegaron á dominar del todo ni pacíficamente.

La doctrina religiosa de Mahoma revelada, segun él decía, por el Angel Gabriel, que es una mezcla extravagante de parsismo, judaismo y cristianismo desfigurados, se halla contenida en el *Korán* ó *Al-Korám* (libro por excelencia) (2). Hé aquí sus principales artículos:

Dios es Dios, y no hay otro Dios que Él, palabras repetidas en casi todos los capítulos del Korán. Dios no tiene hijo, porque no tiene mujer. Mahoma es el paráclito. Abraham,

(1) Cada tríbu había nombrado uno de sus miembros, que juró dar una puñalada al profeta.

(2) El Korán se compone de 114 capítulos (*Suras*), cada uno de los cuales está dividido en versos (Ajat). Comprende dos partes, el *Iman* (doctrina de la fe), y el *Din* (doctrina moral).

© Biblioteca Nacional de España

Moisés y Cristo, enviados de Dios no han comunicado sino de una manera parcial la revelacion divina; pero á Mahoma estaba reservada su manifestacion completa. Alrededor del trono de Dios, están los Angeles, formados de fuego puro; hay tambien Angel de la guarda, y Angel de la muerte, y tambien Angeles caidos por su orgullo, enemigos de los hombres; pero sin poder alguno sobre los creyentes. Dios ha criado á los hombres y les ha dado un alma, que es parte de su propio ser divino; pero ha determinado de antemano y de una manera irrevocable el destino de cada uno, para el bien y para el mal. No habla casi nada de la redencion, de la justificacion, de la gracia, ni de su eficacia; pero se extiende largamente sobre el paraíso y el infierno, que presenta de una manera enteramente sensual.

La moral del Alcorán es aún peor que sus dogmas, pues se limita únicamente á prácticas exteriores, como las abluciones, la oracion cinco veces al dia, la limosna, el ayuno del Ramadan, y la peregrinacion á la Meca, á lo ménos una vez en la vida. Permite la poligamia, la venganza personal, la apostasía forzada, etc , y se limita á prohibir el vino y la carne de puerco. En cuanto á verdaderas virtudes, como la caridad, la piedad, la humildad, no impone ninguna obligacion. Por el contrario, decide que la idolatría es el único crímen que puede privar á un musulman de la felicidad eterna.

Una religion tan fácil y tan favorable á todas las pasiones, no es extraño que hiciera tan rápidos progresos. Esto es lo que debemos decir á los que no se avergüenzan de comparar la propagacion del mahometismo con la del cristianismo, para desvirtuar el argumento que fundamos en ella á favor de su divinidad. ¿Cómo podrá de buena fe, quien conozca la índole de nuestra religion, sus dogmas, sus preceptos contrarios á los vicios y á las pasiones, el carácter de los que lo predicaron, los medios de que se valieron, las persecuciones que sufrieron desde su principio y otras muchas circunstancias; quién, repito, podrá comparar de buena fe su propagacion con la del mahometismo, religion de los sentidos, y que además se imponía con la

© Biblioteca Nacional de España

fuerza de las armas? Sabido es que Mahoma mandó á sus sectarios propagar su religion con la cimitarra, degollando ó reduciendo á dura esclavitud á los que rehusasen abrazarla, prometiendo á los que muriesen en el combate un paraíso en donde gozarían todo género de placeres. Además, nadie ignora cuánto contribuyeron á facilitar sus victorias, los vicios del imperio griego, la decadencia en que se hallaba, y, sobre todo, el descontento de los nestorianos y monofisitas, que hacía tiempo deseaban emanciparse del dominio de los emperadores. En España les abrió las puertas la traicion del conde D. Julian. Así, pues, de una parte todo es natural, y de la otra todo es divino.

No hay necesidad de insistir en demostrar la falsedad del mahometismo; la simple exposicion de sus absurdas doctrinas y su corrompida moral son la mejor prueba de ello. En vano se buscará en Mahoma ningun carácter de mision divina, ni santidad de vida, ni doctrina pura, ni milagros. Cuando le pedían milagros en prueba de su mision, replicaba que Moisés y Jesucristo habían hecho muchos y no habían sido creidos, y que él no era enviado á hacer milagros, sino á predicar y á someter á los infieles por la fuerza.

El islamismo, dice Kerz, nos presenta un profeta sin milagros y sin pruebas de su mision; una religion sin dogmas, sin misterios, sin sacerdocio, y sin sacramentos; una moral que da rienda suelta á las pasiones, y un cielo que horroriza á toda alma casta y honrada.

Aunque los modernos incrédulos, dice Bergier, no tuvieran otra torpeza que echarse en cara que la de haber hecho la apología del mahometismo, sería esto bastante para que los cubriese de oprobio todo hombre sensato é instruido.

§ II.—*Victoria de la Iglesia sobre el islamismo.*

El islamismo, fanático y violento, fué desde su orígen uno de los más graves peligros que habían amenazado hasta entónces á la Iglesia y á la civilizacion.

© Biblioteca Nacional de España

La suerte que estos feroces conquistadores reservaban á los cristianos de los países sometidos á su dominacion no podía ser más miserable. Siguiendo los consejos de su profeta, generalmente ponían á los fieles en la dura alternativa de apostatar ó morir, á no ser que por miras políticas se decidiesen á tolerarlos. Pero en este caso los oprimían de mil modos, abusando cuando querían de sus bienes y personas, y si les permitían el ejercicio de su religion, era porque adquirían este derecho pagando fuertes tributos. No puede dudar de esto el que conozca la historia de los *mozárabes* en nuestra España. Además, eran frecuentes las apostasías, ya por el temor á las persecuciones, ya por librarse de la servidumbre, ya porque el islamismo favorecía á las pasiones.

Los musulmanes no ocultaban sus propósitos de sujetar, si les fuese posible, á todas las naciones cristianas y destruir nuestra religion, y tenían guerra declarada á la Europa, como lo acreditaron mil veces en atrevidas expediciones. La historia nos refiere el gigantesco poder que adquirieron los mahometanos, sus numerosos y valientes ejércitos, y los recursos del vasto imperio que fundaron. Por eso los pueblos estaban llenos de alarma y temor, conociéndose impotentes para resistir el ímpetu arrollador de aquéllos. Por todas partes llevaban la devastacion, el incendio y el degüello, y con esto manifestaban la suerte que esperaba á las provincias que cayesen en lo sucesivo bajo su poder. Así es que al presentarse en alguna comarca, los pueblos huían, abandonándolo todo, llenos de terror.

En aquellas circunstancias la Iglesia fué la única que no desmayó, y reanimó el valor de las naciones de Europa. Ella organizó la resistencia contra las invasiones de los bárbaros, excitando á pelear contra ellos en nombre de la independencia de la pátria y del sentimiento religioso. Ningunos otros motivos ofrecen mayor estímulo al valor.

Especialmente en nuestra España, hicieron una causa comun la religion y la independencia nacional. Nuestros valientes antepasados defendían con el mismo interés sus hogares y sus Templos, es decir, la cuna de sus hijos, el

© Biblioteca Nacional de España

tálamo de sus esposas y los sepulcros de sus padres, y por espacio de ocho siglos sostuvieron una gigantesca lucha, hasta que lograron reconquistar su independencia y arrojar de la nacion á los moros. Sus heróicos esfuerzos no solo consiguieron libertar á España, abatiendo la pujanza del musulman, sino que fueron un muro inquebrantable que le impidieron invadir otras naciones de Europa, obligándole á retroceder cada vez más. Todos nuestros historiadores están conformes en reconocer la eficacísima influencia que tuvo la Iglesia y el Clero de España en el éxito feliz de nuestras luchas con los moros, organizando nuestros ejércitos, acompañándolos en la pelea y proporcionándoles recursos. Lo que no podían hacer los reyes lo hacían las Ordenes religioso-militares.

En el Oriente se vió todavía más claramente la influencia de la Iglesia en sostener la lucha con los sarracenos. Cuando los emperadores de Constantinopla se vieron sériamente amenazados, á donde primero acudieron en demanda de auxilio fué á Roma, á los Papas. Para saber si éstos correspondieron dignamente al llamamiento, no tenemos más que pronunciar una sola palabra, *las cruzadas*, y su consecuencia las Ordenes religioso-militares. En otro lugar nos hemos ocupado de su importancia y resultados (1).

Aquí solo hacemos notar de paso cuán glorioso es para la Iglesia haber iniciado y sostenido estos gigantescos movimientos, y haber estado siempre á su cabeza. El génio de los Papas descubrió el peligro del islamismo y solo pensó en conjurarlo. Las cruzadas eran la lucha de Jesucristo contra Mahoma, de la Cruz contra la cimitarra, y, por consiguiente, de la civilizacion contra la barbárie. Sin el celo de los Papas, sin la incesante atencion con que seguían todos los movimientos de los sarracenos, sin la contínua resistencia que opusieron á sus proyectos, aprovechando todas las ocasiones oportunas para debilitar su poder, ¿quién puede adivinar cuál sería hoy el estado de Europa?

Podemos inferirlo por lo que son los países en donde lo-

(1) En la tercera parte, cap. 3.°

© Biblioteca Nacional de España

graron establecer su dominacion. «La corrupcion de ambos sexos, el envilecimiento y servidumbre de las mujeres, la necesidad de encerrarlas y ponerlas bajo la custodia de eunucos, el acrecentamiento de la esclavitud, una ignorancia universal é incurable, el despotismo de los soberanos, el avasallamiento de los pueblos, la despoblacion de las comarcas más bellas del mundo, el ódio recíproco y la antipatía de las naciones, son los efectos que constantemente ha producido el *mahometismo* y continúa ocasionando en todas partes donde domina. Esta sola religion ha hecho perecer más hombres que todas las demás juntas.»

Uno de los escritores más hostiles al Catolicismo dice: Bajo el yugo de una religion que consagra la tiranía, fundando el trono sobre el altar, que parece imponer silencio á la ambicion, permitiendo el deleite, que favorece la pereza natural, vedando las operaciones del entendimiento, no hay esperanza para las grandes revoluciones, y la esclavitud queda establecida para siempre.

Montesquieu, despues de haber hecho las mismas observaciones, añade: «La religion mahometana, que solo habla de espadas, obra todavía sobre los hombres con ese espíritu de destruccion que ha fundado» (1).

Por último, Volney demuestra que el gobierno despótico de los turcos, y todas las plagas de la especie humana que arrastra en pos de sí, son un efecto natural é inevitable de la insensata doctrina del Alcoran (2).

Tal es la importancia del triunfo de la Iglesia sobre el islamismo.

CAPITULO III.

Los cismas.

De la misma manera que las herejías, nos suministran los cismas muchas pruebas de la verdad de la Iglesia católica romana.

(1) *Espíritu de las leyes*, libro XXIV, cap. 4.°
(2) *Viaje á Siria y Egipto*, tomo II, cap. 40.—Citados todos por Bergier, artículo *Mahometismo*.

© Biblioteca Nacional de España

Es maravilloso ver á esta Iglesia siempre robusta y vigorosa atravesar las rudas pruebas que la han agitado, sin perder nada de su carácter. Las grandes y numerosas desmembraciones que sufrió por los cismas griegos, no consiguieron debilitarla, ni perjudicar en nada á su título de católica, ni limitar su universalidad, sino que, por el contrario, despues de ellos entraron más numerosos pueblos en su seno, adquirió mayor preponderancia que nunca, se hizo respetar de los reyes, y llegó al más alto grado de su poder.

Igualmente las tenaces y largas escisiones intestinas, que en todos los siglos la han desgarrado, los antipapas que la han dividido, y especialmente el gran cisma de Occidente, solo sirvieron para afirmar su autoridad, y para que aleccionados los católicos por la experiencia, despues de la borrasca, se adhiriesen más firmemente á la cátedra de Pedro, y estrechasen su unidad con más seguros y sinceros lazos.

No hay sociedad que habiendo experimentado tantos y tan recios sacudimientos, haya permanecido inalterable. Esto no se ve en la historia, porque no cabe en el órden de las cosas humanas. Solo la Iglesia católica tiene este glorioso privilegio, porque es divina. Dejamos á cada uno meditar esta fecunda prueba; y al mismo tiempo llamamos su atencion hácia las reflexiones que hemos hecho arriba sobre las herejías, que las damos aquí por repetidas.

Hechas estas advertencias, trataremos de los cismas de Oriente, manifestando la sin razon con que se acusa á la Iglesia romana de haberlos provocado, y del gran cisma de Occidente, y de su feliz terminacion.

§ I.—*Cisma de los griegos* (1).

El *Syllabus*, en su proposicion XXXVIII, condena á los que se atreven á afirmar que *las excesivas arbitrariedades de*

(1) Véase Palma, *Prælect. Hist. Eccæ.*, tomo II, caps. 24 y siguientes; tomo III, caps. 8.º y 26, y tomo IV, cap. 6.º

© Biblioteca Nacional de España

los Romanos Pontífices fueron causa de la division de la Iglesia en Oriental y Occidental (1).

Los que esto dicen, ó no han saludado la historia, ó la falsean con la más insigne mala fe. Basta abrir sus páginas para refutar esta calumnia, y probar la perfidia de los griegos y la razon de la Iglesia romana.

No el despotismo de los Papas, sino otras muchas causas enteramente ajenas á ellos contribuyeron á la separacion de la Iglesia griega contra la voluntad de los Papas, y á pesar de todos los esfuerzos que éstos hicieron por impedirla.

La multitud de herejías que habían agitado al Oriente y su espíritu de rebeldía contra Roma, el insensato empeño de los emperadores de intervenir en las cosas eclesiásticas, y el favor que prestaban á los herejes, despreciando las amonestaciones de los Papas, los vicios de la córte y la ambicion de los Patriarcas de Constantinopla, especialmente de los perversos Focio y Miguel Cerulario, fueron las verdaderas causas del cisma griego.

El cisma empezó formalmente por motivos muy odiosos y pérfidos. El Patriarca Ignacio se opuso con la mayor energía á los desórdenes de Bardas, tio y tutor del emperador Miguel III, y le excomulgó por haber repudiado á su legítima esposa y mantener relaciones incestuosas con su nuera. Furioso Bardas, que manejaba á su gusto al emperador, hizo deponer á Ignacio y le desterró, y nombró en su lugar á Focio. Era éste pariente del emperador, que le había confiado cargos importantísimos de mucho talento y erudicion; pero tan ambicioso é intrigante como hipócrita.

Aconteció esto el año 858, y al siguiente se reunió un Concilio en Constantinopla que le depuso; pero éste logró atraer á su partido á muchos Obispos serviles, y los que no le reconocieron fueron desterrados.

Focio trató de sorprender y engañar al Papa, que era entónces Nicolás I. Al efecto le escribió una carta llena de

(1) Divisioni Ecclesiæ in orientalem atque occidentalem, nimia Romanorum Pontificum arbitria contulerunt.

© Biblioteca Nacional de España

mentiras, dándole cuenta de su eleccion, diciéndole que, á pesar de su resistencia, había sido elevado al lugar eminente que ocupaba, y que solo derramando un torrente de lágrimas había consentido en recibir la imposicion de manos. Añadía que Ignacio se había retirado voluntariamente á un Monasterio, para terminar tranquilo sus dias, y que su vejez y achaques le habían movido á tomar este partido. Una carta del emperador, acompañada á ésta, confirmaba todas sus falsedades. Notemos aquí de paso que los esfuerzos de Focio para justificarse, y todos los medios que para ello empleó, demuestran claramente que reconocía la jurisdiccion del Romano Pontífice.

Entre tanto, Ignacio estaba encerrado en una prision, y no pudo escribir al Papa. Extrañándose éste de su silencio, nada quiso decidir hasta examinar la eleccion maduramente, y para eso envió á Constantinopla dos legados. Pero al llegar á la córte les pusieron guardas de vista, no permitiéndoles comunicar con nadie, y por medio de la violencia, de las promesas y de los regalos, fueron seducidos y confirmaron la eleccion de Focio.

Informado al fin plenamente Nicolás I, los excomulgó en 863, y depuso de nuevo á Focio; pero apoyado éste por sus numerosos partidarios, se sostuvo en la silla, y el año 867 reunió un Concilio y tuvo la osadía de excomulgar al Papa. Pero el mismo año, Basilio el Macedonio, dueño único del imperio, le hizo deponer y encerrar en un Monasterio, restableciendo á Ignacio.

El emperador avisó de todo al Papa y le suplicó, juntamente con Ignacio, que convocase un Concilio, que efectivamente se celebró en Constantinopla el año 869. Presidieron los legados del Papa, y fué condenado Focio como usurpador, promovedor del cisma y falsificador de las actas sinodales, así como tambien Gregorio de Siracusa y todos sus partidarios.

Muerto Ignacio el año 877, Focio, reconciliado ya con el emperador, tuvo arte de hacerse restablecer, y el Papa Juan VIII le reconoció con ciertas condiciones que no cumplió. Por esto, y por persistir en su empeño de llamar-

© Biblioteca Nacional de España

se *Patriarca ecuménico*, y otras cosas que hizo lleno de arrogancia, siendo inútiles las amonestaciones, el Papa le excomulgó de nuevo con todos sus partidarios. Focio renovó las quejas que había elevado en 866 contra la Iglesia romana, y sostuvo el cisma miéntras vivió el emperador Basilio. Pero el sucesor de éste, Leon el Filósofo, viendo los males que con su obstinacion causaba, confinó al orgulloso Patriarca á un Monasterio, en donde murió el año 891, despreciado é infeliz.

Sus sucesores permanecieron durante el siglo X en comunicacion con Roma, aunque no fuesen muy íntimas las relaciones; pero al ser elevado Miguel Cerulario al patriarcado el año 1043, llevó á cabo la separacion definitiva.

No teniendo ningun motivo para justificar su rompimiento, reprodujo las antíguas quejas de Focio y los fútiles cargos de aquél contra Roma, prohibiendo toda comunicacion con el Papa. Informado el Papa Leon IX de estos hechos, y previendo las funestas consecuencias que nacerían de un ataque tan brusco y tan destituido de fundamento, empleó cuantos medios prudentes estuvieron á su alcance para evitarlos. Primero escribió á Cerulario refutando con sólidas razones todos sus cargos. Además, como deseaba sinceramente la paz, envió tres legados para que conferenciasen con el Patriarca y nada omitiesen para restablecer la union.

El emperador Constantino Monomaco, que necesitaba del Papa y del emperador Enrique contra los normandos, recibió con suma deferencia á los legados y procuró reducir al Patriarca; pero éste, cada vez más obstinado, no quiso ni áun recibirlos. Justamente resentidos los legados de un proceder tan indigno, se vieron precisados á excomulgar á Cerulario, y se marcharon de la córte. Entónces el pérfido cismático se atrevió á su vez á excomulgar al Papa, y procuró arrastrar al cisma á todas las Iglesias patriarcales. Más tarde, habiéndose hecho temible á los emperadores este Prelado revoltoso por el crédito que tenía con el pueblo, fué depuesto y desterrado por Isaac Commeno, y murió de pesar el año 1059.

© Biblioteca Nacional de España

En lo sucesivo nada omitieron los Papas por restablecer la unidad. Gregorio X parece que tuvo la dicha de conseguirlo en el Concilio segundo general de Lyon, celebrado el año 1274. Los embajadores del emperador Miguel Paleólogo presentaron en él una profesion de fe, tal como el Papa la había exigido, y una carta de 35 Arzobispos griegos y de sus sufragáneos, en la cual decían estar conformes en todos los puntos que dividían á las dos Iglesias. El Papa felicitó vivamente al emperador y á su hijo, exhortándolos á conservar la union, y ciertamente éstos hicieron cuanto estuvo de su parte por asegurarla; pero sus esfuerzos se estrellaron ante la tenacidad del Clero y de los Monjes, que no solo no quisieron someterse, sino que promovieron sérios motines contra el emperador. Temeroso de una sublevacion su hijo Andrónico, depuso al Patriarca unido Veco, y nombró en su lugar á Jorge Chipre, con lo cual se renovó el cisma.

Sin embargo, no desistieron los Papas en sus tentativas, y al fin las vieron coronadas del éxito más feliz. El año 1437 el emperador griego Juan Paleólogo II y el Papa Eugenio IV convinieron en que se celebrara un Concilio compuesto de griegos y latinos, para tratar tan importante negocio. El Concilio se reunió en Ferrara, y despues se trasladó á Florencia el año 1439, habiendo asistido el emperador en persona con el Patriarca de Constantinopla, 20 Metropolitanos y un gran número de Eclesiásticos distinguidos. Despues que se hubieron aclarado todas las dificultades, abjuraron solemnemente el cisma, y dieron una profesion de fe conforme á la de la Iglesia romana, en la cual reconocían particularmente que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, y que el Papa es el jefe de la Iglesia universal. Voltaire habla de este suceso como del triunfo más completo de la Iglesia de Roma.

Pero desgraciadamente la alegría fué tambien esta vez de corta duracion. Cuando el emperador y los Prelados volvieron á Constantinopla, el Clero, los Monjes y el pueblo, excitados por Márcos de Efeso, que se había negado constantemente á firmar la union, se sublevaron contra los

© Biblioteca Nacional de España

que la habían firmado, al paso que colmaban de elogios á Márcos de Efeso por haber tenido él solo bastante valor para negar su consentimiento. Intimidados la mayor parte de los Obispos que habían firmado, se retractaron de lo que habían hecho, y el cisma quedó consumado sin esperanza de remedio.

¿Habrá todavía quien se atreva á decir que las arbitrariedades de los Papas fueron la causa de la division de la Iglesia griega? Léjos de haber cosa alguna reprensible en la conducta de los Papas, merecen, por el contrario, sinceros elogios por su celo, por su constancia, por su prudencia y por su actividad en este negocio. Toda la culpa es de los griegos, y están conformes en atribuírsela todos los historiadores.

Oigamos ahora las juiciosas reflexiones que, hablando de este cisma, hace Augusto Nicolás:

«El cisma de Focio, además de atentar contra el principio de la unidad de la Iglesia, contenía un principio de herejía sobre la procesion del Espíritu Santo, y en este punto participaba indirectamente del arrianismo. Por lo demás, cuanto una rama separada del tronco puede subsistir, la Iglesia griega ha conservado en su forma las antíguas tradiciones del cristianismo y las ha conservado hasta la supersticion, y esta minuciosa fidelidad en algunos ritos primitivos, cuyo cambio en nada afecta al fondo de la doctrina, en esta Iglesia no es más que una singularidad, y, sobre todo, un efecto de su inmovilidad y de su falta de vida.

Y es un testimonio evidente de la vida divina en el seno de la Iglesia católica la comparacion de su estado y de su accion, con el estado y la accion de la Iglesia griega.

La Iglesia griega tenía para sí la inmensa ventaja sobre la Iglesia romana, de que por su situacion y el intermedio en que se hallaba colocada, heredaba más inmediatamente de la civilizacion antígua y de la primera civilizacion cristiana. Constantinopla, Antioquía, Efeso, Corinto, toda esta Asia Menor, todo este archipiélago griego en que los primeros rayos de la fe cristiana vinieron á cruzarse con los últimos rayos de la civilizacion antígua, en que la impre-

© Biblioteca Nacional de España

sion viviente y contínua de la vida del Salvador, de las predicaciones apostólicas, de los primeros combates y de los primeros Concilios de la Iglesia, de los primeros testimonios de sus Confesores y de sus mártires, y del estupendo milagro de la conversion de lo más corrompido del mundo pagano en lo más puro y más santo del mundo cristiano; todas estas impresiones, todas estas inspiraciones, todos estos torrentes de luz, de tradicion, de fe, de gracia y de vida, brotando de sus mismas fuentes, daban á la Iglesia griega una ventaja inmensa sobre la Iglesia romana. Y, ¿qué ha hecho ella de esta ventaja?

No solamente no la ha propagado, no solamento no la ha conservado, sino que ha dejado que la noche de la barbárie invadiese las regiones de la luz, y ella misma ha quedado en sus tinieblas, hundida y estacionada, sin hacer jamás el menor esfuerzo para salir de tan lastimoso estado, no presentando ya más en el dia que un agregado de herejías y de groseras supersticiones, que la simonía compra al despotismo el derecho de explotar, partiendo con él los provechos.

La Iglesia romana, al contrario, inundada desde un principio de bárbaros, expuesta siempre á los ataques de las más malignas y tenaces herejías, teniendo que combatir á la vez contra la ignorancia y la falsa ciencia, contra la violencia y la sutileza: recibiendo á cada instante en su seno elementos extraños á todo orígen y á toda tradicion cristiana, y extendiendo por sí misma su apostolado en las regiones más lejanas, las más bárbaras, las más salvajes, en que la lengua, las costumbres, las supersticiones, las habitudes, el clima, las comunicaciones, todo era obstáculo, todo era peligro, todo debía ser humanamente alteracion, perversion, naufragio para la disciplina y para la doctrina; la Iglesia romana, repito, no solo se ha mantenido íntegra y libre en medio de esta confusion y de estos obstáculos, sino que obrando sobre todos esos elementos de barbárie, los ha dominado, disciplinado, fundido; les ha inspirado con su soplo, vivificado con su vida; ha sacado de ellos una civilizacion enteramente nueva; hasta ha reco-

© Biblioteca Nacional de España

gido los últimos restos de la civilizacion antígua, que la Iglesia griega no ha sabido conservar y que de Constantinopla han venido á refugiarse á Roma; ha creado el mundo moderno, el mundo actual, en lo más animado, en lo más puro, en lo más rico, en lo más fuerte que tiene, de tal manera, que no puede oponer á la misma Iglesia, sino el abuso de los beneficios que de ella ha recibido. ¡Qué prueba más brillante de que la Iglesia católica es la única que tiene las promesas de Jesucristo, y que estas promesas son divinas, tanto para la sociedad del tiempo, como para la de la eternidad!

§ II.—*El cisma de Occidente* (1).

Hemos visto á la Iglesia salir victoriosa de todas sus pruebas, sin perder nada de su vigor por las disensiones que la desgarraban. Ahora vamos á presenciar un espectáculo borrascoso de otro género, que hubiera sido lo más apropósito para arruinarla si no hubiera tenido á su favor las promesas de Jesucristo. Hablamos del gran cisma de Occidente, que la turbó por espacio de cuarenta años.

El Papa Clemente V, bajo pretesto de no tener seguridad en Roma á causa de las facciones y turbulencias que en aquella época agitaban á Italia, trasladó la Silla pontificia á Aviñon el año 1305, desoyendo los ruegos de los Cardenales, que trataron de disuadirle de su proyecto. Este paso inauguró una época de grandes amarguras para la Iglesia, y marcó el principio de la decadencia del Pontificado (2).

(1) Palma, tomo III, capítulo 32, y tomo IV, capítulo 2.° y siguientes.

(2) Fué una desgracia para la silla apostólica, dice Alzog, la pérdida de su independencia, y la influencia exclusiva de la política francesa en los consejos pontificios, con detrimento de las otras naciones; porque alteraron la confianza general en el Jefe supremo de la Iglesia. Pero una multitud de impuestos arbitrarios, y el triste cuadro de los desórdenes de Aviñon, hicieron que el Papado perdiese casi todo su crédito y autoridad. Los esfuerzos de Benedicto XII (1342), de Inocencio VI (1362), y de Urbano V (1370),

© Biblioteca Nacional de España

Siete Papas, todos franceses, tuvieron su silla en Aviñon, por espacio de setenta años, por lo cual se llamó esta época el cautiverio de Babilonia. Los romanos, á quienes causaba incalculables perjuicios la ausencia de los Papas (1), y todos los católicos que deseaban la mayor gloria é independencia de la Iglesia, deseaban vivamente, y solicitaban la vuelta del Pontífice. Al fin Gregorio XI, convencido de los males que esto ocasionaba, volvió á Roma el año 1377 con todo el Sacro Colegio, y fué recibido con las más vivas demostraciones de alegría.

Despues de su muerte, temiendo el pueblo romano que si era elegido un Papa francés volvería otra vez á Aviñon, repitiéndose los tristes acontecimientos de los anteriores pontificados, acudió en grande número al Cónclave pidiendo con las mayores instancias que fuese nombrado un Papa romano, ó al ménos italiano. Quedaron cumplidos sus deseos, pues salió elegido por unanimidad el Arzobispo de Bari, que tomó el nombre de Urbano VI. Apoyado en el amor del pueblo atacó enérgicamente las relajadas costumbres de los Cardenales franceses, y además anunció que tenía intencion formal de permanecer en Roma. Entónces, disgustados éstos, se salieron de Roma, y se dirigieron á Agnani, en donde declararon que la eleccion de Urbano era nula por falta de libertad, y habiendo acudido tambien

---

no pudieron contrabalancear el efecto general de estos desórdenes. Poco á poco la relajacion y la disolucion se habían extendido de la cabeza á todos los miembros de la Iglesia, y así el tronco como las ramas estaban lánguidos, estériles y deshonrados. Segundo período, párrafo 248.

Sin embargo, esta prueba aprovechó en cierto sentido á la Iglesia, haciendo ver por una parte la inmortal duracion de su poder espiritual que cambia de silla sin cambiar de naturaleza, y por otra, su invencible alianza con el poder temporal que la ha seguido en todos sus destinos. Es fácil probar con la historia en la mano que la ausencia de los Papas de Roma jamás debilitó sus derechos.—Cardenal Mathieu, *El poder temporal de los Papas justificado por la historia*, 2.ª época, capítulo 2.°

(1) Durante este tiempo la poblacion de Roma quedó reducida á ménos de 30.000 almas.

© Biblioteca Nacional de España

los Cardenales de Aviñon, eligieron al Cardenal Roberto de Ginebra, que se llamó Clemente VII. Así comenzó el gran cisma.

Toda la cristiandad quedó sumida en la más cruel incertidumbre, no acerca de la fe, sino acerca de la persona que es su órgano verdadero. La política francesa hizo que obedeciesen al antipapa Nápoles, Saboya, Castilla, Aragon, Navarra, Escocia y la Lorena, pero obedecían á Urbano VI las demás naciones.

Hoy no hay duda acerca de la legitimidad de Urbano: la historia lo acredita con todos sus documentos. Pero entónces se dividieron los ánimos, y los mejores espíritus no sabían á qué atenerse por la ilusion, la duda y la incertidumbre. La universidad de Oxford se declaró por Urbano, la de París por Clemente. Esta decía que la eleccion del primero no fué libre; aquélla replicaba de una manera victoriosa que Urbano había rehusado la tiara, y que los Cardenales, al instarle que la aceptara, parecían elegirle segunda vez: que áun los mismos que no habían tomado parte en la eleccion fueron á asistir á la coronacion: que recibieron la comunion de mano de Urbano, le prestaron juramento, solicitaron y obtuvieron gracias de él, y permanecieron tres meses adictos á su causa. De todos modos, la division estaba consumada y amenazaba ser cada dia más honda por el encono de un partido contra el otro.

Despues de un pontificado de once años murió Urbano VI en 1389, y los Cardenales romanos eligieron para sucederle á Bonifacio IX, adornado de grandes virtudes. Este publicó en 1400 el gran jubileo, que atrajo á Roma una multitud de fieles, notándose que á pesar del cisma casi todos consideraban á la ciudad santa como capital del orbe cristiano. Tambien murió el antipapa Clemente VII en 1394, y los Cardenales de su obediencia le nombraron por sucesor al Cardenal Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII. Esta eleccion hizo que la extincion del cisma fuese más difícil que nunca.

Muerto Bonifacio IX, juraron los Cardenales romanos que el elegido haría todo lo posible por acabar el cisma,

© Biblioteca Nacional de España

inclusa la abdicacion, si fuese necesaria. Salió electo Inocencio VII, que por la brevedad de su pontificado no pudo cumplir su palabra. Sucedióle Gregorio XII en 1406.

Siendo inútiles todos los esfuerzos para lograr la paz, los Cardenales de ambas obediencias, deplorando los males que afligían á la Iglesia, determinaron reunir un Concilio general en Pisa, para poner término á tan aflictivos debates. La posicion tomada en consecuencia por los dos Papas, en frente de sus respectivos Cardenales, hizo más dificultosa aún la solucion.

El Concilio se celebró en 1409, acordando que en las difíciles circunstancias que atravesaba la Iglesia, tenía derecho para deponer á los Papas, y elegir un legítimo sucesor. En su consecuencia, fueron depuestos Gregorio XII y Benedicto XIII, y casi al punto fué nombrado Papa el Cardenal Filargi, bajo el nombre de Alejandro V. Este suceso, en lugar de apagar el cisma, no hizo sino complicarlo más, pues hubo tres Papas en vez de dos, y el mundo se dividió en tres obediencias. Alejandro V murió al año siguiente, y los Cardenales de su obediencia nombraron á Juan XXIII. Muchos príncipes atizaban el fuego en vez de apagarlo.

La inquietud de los fieles volvíase así mayor que nunca. ¿Dónde estaba el Papa legítimo? Si no puede dudarse que Benedicto XIII era un antipapa, por una parte se presentaba Gregorio XII con todos los derechos de Urbano VI, y por otra Juan XXIII heredero de la tiara que Alejandro V había recibido de la asamblea de Pisa. Fatigados con tantas incertidumbres, todos clamaban por un nuevo Concilio, y lo pedían los Cardenales de los diversos partidos (1) y los príncipes. Juan XXIII tomó la iniciativa convocando el Concilio de Constanza en 1414. Este Concilio reconocido

(1) Enseñan los teológos que en aquel caso, en que ninguno de los tres Papas podia ser reconocido como verdadero, era preciso reunir un Concilio, convocado por Cardenales y hasta por príncipes reinantes: Concilio que sería legítimo, no en lo relativo á los dogmas, sino en cuanto á la eleccion de un jefe no disputado para la Iglesia universal.

© Biblioteca Nacional de España

por Gregorio XII, y formado por Padres de todas las naciones, tenía en su composicion y en su convocacion un carácter evidentemente ecuménico (1).

Hechos los preliminares de costumbre, el Concilio exigió que los tres Papas abdicasen voluntariamente. Tres años se pasaron en esfuerzos y deliberaciones, sin obtener un resultado definitivo. En aquellas circunstancias extraordinarias en que tres Papas rompían la paz y la unidad de la Iglesia, y ninguno de ellos quería ceder, ni abdicar, ni sujetarse á un arbitraje, parecía necesario declarar que el Papa es inferior al Concilio ecuménico, y puede ser depuesto por él: cosa que en otro caso, fuera del tiempo del cisma, y en el estado normal de la Iglesia, no puede en manera alguna admitirse.

En consecuencia, Juan XXIII, que despues de haber abdicado, se retractó, fué depuesto, y se sometió al decreto cuando el margrave Federico de Brandeburgo se apoderó de su persona: Gregorio hizo voluntariamente su abdicacion y perseveró en ella noblemente; y, en fin, Benedicto XIII, que se obstinó en conservar la tiara, fué depuesto como hereje, cismático y perjuro. Despues fué elegido el Cardenal Oton Colonna, tomando el nombre de Martino V. La Iglesia pudo regocijarse doblemente por haber terminado aquel atroz y largo cisma, y por tener un Papa de costumbres puras y uno de los hombres más eminentes de su siglo.

Tal es en resúmen la historia de aquella dolorosa prueba de la Iglesia que se llama el gran cisma de Occidente.

Por lo demás, áun cuando las opiniones sobre el Papa estuviesen divididas, no por eso dejaron de estar todos unidos á la silla apostólica, á la cátedra de Pedro; y este cisma, tan deplorable como era en sí mismo, dañó tal vez ménos á las conciencias que otros escándalos. Esta es la reflexion de San Antonino de Florencia, que escribía á mediados del siglo siguiente: «Podíase, dice, persistir ó permanecer de buena fe y con seguridad de conciencia en uno

(1) Excepto las sesiones IV y V.

© Biblioteca Nacional de España

ó en otro partido; porque aunque es necesario creer que en esta Iglesia no hay más que un solo jefe visible, si sucede, sin embargo, que dos soberanos Pontífices sean creados á un mismo tiempo, no es necesario creer que, éste ó aquél sea el legítimo, sino solamente se necesita creer que el verdadero Papa es aquel que ha sido elegido canónicamente, y el pueblo no está obligado á discernir cuál es, pudiendo seguir la opinion y la conducta de sus pastores». El gran designio de Dios, que es la santificacion de los escogidos, no se cumplió ménos en medio de los escándalos. En efecto, hubo Santos personajes en las dos obediencias: por otra parte, un Papa dudoso no es Papa, y, por consiguiente, todo el tiempo de cisma puede considerarse como un interregno en que está vacante la Silla pontificia, y que por una providencia especial de Dios se conserva íntegra la unidad católica.

Los Santos de aquella época, dice el sábio Cardenal tantas veces citado, deben juzgarse segun las luces de su siglo; pueden haber participado de sus prevenciones en una cuestion que dividía los reinos y los espíritus, y vivir, áun en la comunion la ménos segura para la fe, con todas las señales de la predestinacion y santidad. Divididos acerca del hecho, los fieles no lo estaban acerca del derecho. Todos creían que no hay sino un solo Dios, una sola Iglesia, un solo Papa, legítimo sucesor de Pedro. Pedro vivía siempre á sus ojos, segun unos en Urbano VI, segun otros en Clemente VII; mas á juicio de todos el Papado permanecía inmutable, cualesquiera que fuesen el nombre y la mansion del que lo ocupaba. No liga Dios la salvacion de los pueblos á la decision de estas difíciles cuestiones. Cuando surgen en el trascurso de los siglos, es una prueba para la razon y nó un obstáculo para la fe. La santidad, que constituye como la vida íntima del cristianismo, desarróllase en medio de los peligros como en el seno de la paz; y cuando más turbadas estaban las inteligencias, los corazones rectos no pertenecían ménos á Dios y á la Iglesia (1).

(1) Lugar citado, cap. 7.º

© Biblioteca Nacional de España

En medio de los escándalos que hay que lamentar en aquella época, la relajacion del Clero, los intereses de partido y la excitacion de los ánimos, es maravilloso contemplar la unanimidad y alegría con que fué recibida la eleccion de Martino V. Y viviendo todavía dos de aquellos Papas, quedan de repente oscurecidos y abandonados, sin que ninguna ambicion trate de tomarlos como bandera, ni poder perturbar á la Iglesia reunida ya entera á su jefe reconocido. Aquel cisma no fué rebeldía en los corazones, sino duda en la opinion.

No es solo esto lo que prueba el vigor con que la Iglesia resiste todas sus pruebas. Todo cisma suele degenerar rápidamente en herejía, y casi siempre va complicado con ella; pero en éste no se alteró en lo más mínimo la pureza de la fe; hecho sin ejemplo en los anales de la Iglesia, que sorprende tanto más, cuanto que por espacio de medio siglo se tuvieron animadísimos debates, se cruzaron escritos de todo género, y se aventuraron mil extrañas opiniones para defender cada uno la razon que pretendía tener.

Pero lo que sobre todo es maravilloso es que despues de tan hondas escisiones, las más apropósito para desprestigiar el Papado en la opinion pública y debilitar su poder, salió, sin embargo, más robusta y respetada la autoridad pontificia, y despues del cisma empieza la época de su más sólida grandeza. Los abusos de los Papas dudosos no tuvieron fatales consecuencias en lo sucesivo, y la degradacion de algunos en nada perjudicó á la institucion que presumían representar. Por el contrario, la reforma iniciada por Martino V, dió los frutos más saludables que se completaron en sus sucesores. En adelante la accion de los Papas fué más expedita, y desapareció para siempre el peligro de iguales turbaciones en la Iglesia.

CAPITULO IV.

El protestantismo.

Bajo el nombre genérico de protestantismo, se comprende la grande defeccion que experimentó la Iglesia en el si-

© Biblioteca Nacional de España

glo XVI en Alemania, Inglaterra y Francia, ó, lo que es lo mismo, todas las sectas en que se dividió la *pretendida reforma* (1).

La Iglesia no ha tenido otro enemigo más terrible y que le haya causado más daño que el protestantismo; no porque tenga fuerza en sí mismo que le haga temible, sino por las personas que lo apoyaron y los escándalos que trajo en pos de sí. El hizo revivir los errores de todas las pasadas herejías, y la tenacidad de todos los cismas; desmembró de la unidad católica la mitad de Europa, encendió sangrientas guerras, y, por último, echó los fundamentos de la incredulidad y el ateismo que se han desarrollado en los siglos siguientes.

La aparicion del protestantismo fué el principio de las más ardientes luchas para la Iglesia, y reanimó la actividad y el celo de sus defensores. Despues de tres siglos, hoy le tiene rendido y aniquilado debajo de sus piés, y está presenciando las convulsiones de su agonía. No hay alguna persona medianamente instruida que no esté convencida de la falsedad del protestantismo, y de que es esencialmente corruptor y antisocial.

Ya lo dejamos demostrado plenamente en muchos capítulos de esta obra. Por lo tanto, nos contentaremos aquí con hacer una recopilacion de lo dicho en varios lugares, siguiendo en la impugnacion el mismo método que hemos guardado en nuestra apología de la Iglesia católica.

§ I.—*El protestantismo considerado en sus dogmas* (2).

El protestantismo no tiene dogmas, no tiene símbolo, ni

(1) Se dió el nombre de protestantes á los sectarios de Lutero, cuando en la dieta de Spira en 1529 protestaron contra un decreto del emperador Cárlos V.

(2) Véase Bossuet, *Historia de las variaciones de las Iglesias protestantes*. Esta obra, llena de ciencia, es la refutacion más victoriosa del protestantismo. Este libro, dice un escritor, no admite réplica: si fuese fácil libertarse de su poderío, sería necesario trasportar el teatro de la discusion fuera de la religion cristiana, y armarse absolutamente del espíritu de duda, y de aquella filosofía que desprecia toda la religion revelada.

© Biblioteca Nacional de España

puede tenerlo. Si se quiere confundir á un protestante, no hay más que preguntarle cuáles son sus doctrinas fijas. El protestantismo no tiene dogmas, solo tiene negaciones.

El protestantismo no tiene dogmas, porque el único que tiene, hace imposible tener otros. Su principio fundamental es que la única regla de fe es la Sagrada Escritura, interpretada por el espíritu privado de cada uno. Segun este principio, es inevitable que haya tantas opiniones como cabezas. Cada uno puede formarse su credo viendo en la Biblia los artículos que más le acomoden. Así es, que las diversas sectas en que se ha subdividido el protestantismo, han profesado, guiadas por su espíritu privado, todas las monstruosidades imaginables.

El protestantismo es una contínua variacion, por falta de una regla segura de fe, que le evite precipitarse cada vez más en los abismos del error. No hay una generacion que tenga creencias iguales á la que le ha precedido, ó á la que viene en pos de ella, y es como una sentencia de reprobacion para esta secta la fatalidad de no permanecer jamás constante en ningun punto. El protestantismo se ha dividido y subdividido en centenares de sectas que profesan una infinita diversidad de doctrinas contrarias y que se condenan mútuamente. Este hecho no puede ser más elocuente para poner de manifiesto su falsedad.

No hay un solo artículo de la doctrina que enseñaron los fundadores del protestantismo que haya sido conservado por sus sucesores. Estos se avergonzaron de muchos errores groseros de sus maestros, y volvieron á las opiniones católicas y moderadas, respecto á la necesidad de las buenas obras, etc.; verdades católicas contra las cuales habían lanzado sus anatemas Lutero, Calvino y los demás reformadores, considerándolas motivo para romper absolutamente con la Iglesia romana.

Si el protestantismo conservara la doctrina de sus fundadores, no sería más que una série de negaciones, con las cuales no es posible que exista el cristianismo.

Aquéllos negaron las indulgencias, y, por consiguiente, la potestad de la Iglesia de absolver de los pecados y de

© Biblioteca Nacional de España

perdonar la pena al pecador en virtud de los méritos superabundantes de Jesucristo y de sus Santos. Segun ellos, la Iglesia solo tiene potestad de declarar que los pecados están perdonados; pero éstos se perdonan por la fe sola, no por la fe general con que creemos todo lo que Dios ha revelado, sino por una fe especial, por la que creemos que Jesucristo murió por nosotros y que se nos imputan ó aplican los méritos de su pasion y muerte.

Enseñada la justificacion por sola la fe, quedan legitimados todos los excesos, y es natural el *Pecca fortiter, sed crede fortius* de Lutero. Nada valen la contricion y el arrepentimiento, sino para hacer al hombre más hipócrita y culpable. Nada valen las buenas obras, la caridad, la limosna, la abstinencia, el ayuno, sino para hacer al hombre más pecador. El hombre peca en todas sus obras, porque la corrupcion del pecado original le dejó en absoluta impotencia para el bien. El libre albedrío es nulo, y Dios es el que lo hace todo en el hombre, así los pecados como las virtudes, sin que el hombre pueda merecer absolutamente nada.

Para mayor desgracia del hombre, nada le sirven los sacramentos para el perdon, y toda su eficacia consiste en que son signos capaces de excitar la fe, y áun los únicos que pueden producir este efecto son el bautismo y la eucaristía, siendo nulos todos los demás. Pero nunca hubo conformidad en explicar la presencia de Jesucristo en el sacramento y las consecuencias que de ella se derivan de ser ofrecido en sacrificio al Eterno Padre. La misa no es un sacrificio, y nunca fué negada y abolida.

No habiendo sacrificio, y siendo inútiles los sacramentos y las ceremonias, no puede haber sacerdocio ni gerarquía, y la ordenacion no confiere á los Sacerdotes ningun carácter ni ninguna potestad. No hay Papa, ni Obispos, ni Sacerdotes, ni ceremonias, ni culto exterior, ni fiestas, y especialmente el culto de los Santos y la veneracion á sus imágenes y reliquias; es una idolatría y una injuria la que se hace al mismo Jesucristo. La autoridad de la Iglesia es una usurpacion. La Sagrada Escritura es la única regla de fe.

© Biblioteca Nacional de España

Tal es en globo el monstruoso sistema protestante de Lutero, aumentado con más horribles dogmas por Calvino, Zuinglio y los demás reformadores. Cada uno se creía con derecho de levantar su bandera de novedades á cual más contrarias á la doctrina de Jesucristo. ¡Y es posible que tan monstruosos sistemas, tan dolorosas doctrinas arrastrasen á tantas naciones de Europa!

Hoy no existe ya el protestantismo como lo plantearon sus fundadores. Apartándose cada vez más de sus principios, y avanzando cada dia más en los errores, ha llegado á un estado de descomposicion natural, en que no hay una creencia igual en ninguno de sus miembros. Es raro hallar hoy dos ministros de la misma secta que estén de acuerdo sobre los puntos más esenciales de la fe, y los principales doctores protestantes no tienen ni sombra de cristianismo. Un protestante inglés afirma que los mahometanos están más cerca del cristianismo que los doctores protestantes modernos. «El protestantismo, dice el Obispo anglicano Watson, consiste en creer lo que se quiere y en profesar lo que se cree. Su símbolo puede reasumirse en estas palabras: Creo en mí y protesto contra la Iglesia católica.» Hace poco exclamaba con desconsuelo la *Gaceta Eclesiástica* de Berlin (protestante): «Es bien fácil probar, como ya se ha probado repetidas veces, que no hay uno solo de nuestros pastores que tenga las mismas creencias que otro» (1).

En lo que todavía queda hoy de protestantismo, sostenido como un cadáver galvanizado, se observan claramente dos tendencias opuestas, pero que las dos son la muerte

(1) «Escribiría en la uña de mi pulgar todo lo que queda de dogma, generalmente creido en la iglesia protestante,» dice Nicolás Harms. Deistas, racionalistas, panteistas, supernaturalistas, de todos matices, opuestos en principios, de prácticas divergentes, en desacuerdo sobre los dogmas fundamentales del cristianismo, más distintos unos de otros por sus doctrinas que lo son de los católicos, se imaginan ser todos miembros de una sola y misma iglesia, á la que falta el primero y más indispensable fundamento de la iglesia verdadera, un símbolo comun. Alzog., tomo IV, párrafo 416.

© Biblioteca Nacional de España

del protestantismo doctrinal. Las personas instruidas y honradas, los hombres pensadores de buena fe, se aproximan cada vez más al Catolicismo: las conversiones se multiplican y disminuyen en general las prevenciones contra Roma. Estos son los que hoy le dan todavía cierta apariencia de vida, miéntras acaban de efectuar el movimiento que han iniciado, abandonándole para siempre. La segunda tendencia igualmente pronunciada, es hácia el racionalismo, hácia la negacion absoluta de toda revelacion, hácia el puro deismo. Estos no tienen que hacer otra cosa sino dejarse arrastrar por la fatal pendiente de sus principios, que llevan inevitablemente á este punto. El racionalismo no es otra cosa que una expansion del protestantismo, una consecuencia lógica del libre exámen y de rechazar toda autoridad en materias de fe.

En una palabra, el protestantismo no tiene dogmas, no tiene símbolo, no tiene regla de fe; luego no merece el nombre de religion.

§ II.—*El protestantismo considerado en su constitucion.*

Aunque el protestantismo no tuviera en su doctrina los vicios esenciales que hemos visto y que acreditan su falsedad, bastaría para confundirlo manifestar la flaqueza de su constitucion. Por la constitucion vigorosa y sábiamente ordenada de la Iglesia católica, probamos su divinidad, estudiando su orígen y condiciones para llenar el fin de su institucion. Aplicando este criterio al protestantismo, se descubre toda su vergonzosa desnudez.

Una Iglesia que tiene la pretension de ser la verdadera Iglesia de Jesucristo reformada, ó vuelta á su primitivo esplendor, debía tener los caractéres de aquélla; pero el protestantismo no puede presentar ni uno solo.

Es vicioso en su orígen. No tiene por fundador á Jesucristo y por propagadores á los Apóstoles y á hombres distinguidos por su santidad y con pruebas para su mision, sino á Lutero, Calvino y otros sacerdotes apóstatas y corrompidos. No viene desde el mismo Jesucristo, sino que

© Biblioteca Nacional de España

empezó en el siglo XVI, cuando ya existía la verdadera Iglesia. Si nos dicen que esta Iglesia había faltado, hacen una injuria al mismo Jesucristo, que prometió estar con ella siempre, hasta la consumacion de los siglos. Los autores del protestantismo fueron educados en la Iglesia católica, y pertenecieron á ella hasta que se separaron para formar una sociedad aparte. Eran, pues, *novadores* que atacaban á la Iglesia antígua rebelándose contra ella; y este carácter de novedad, que sirve para juzgar á todas las herejías, es la con denacion más palmaria del protestantismo.

Ellos no presentaron ninguna prueba de mision sobrenatural para acreditar que tenían autoridad para hacer la reforma de la Iglesia. No confirmaron su mision con milagros, ni profecías, ni santidad de vida y de doctrina, lo cual les era absolutamente necesario para la obra que acometían. Cuando se trataba de cambiar la faz de la Iglesia, de corregir sus creencias seculares, de trasformar su culto exterior y su disciplina, debieran haber acreditado que lo hacían en nombre de Dios, como lo hicieron Moisés, Jesucristo y los Apóstoles, y mucho más habiendo un ministerio público, un cuerpo de pastores revestidos de una mision ordinaria, que por una sucesion no interrumpida venían de Jesucristo y de los Apóstoles, y á los cuales trataban los novadores de sustituir. El protestantismo no tiene á su favor ninguno de los motivos de credibilidad que tiene la Iglesia católica.

El protestantismo no da á los hombres ningun medio de conseguir la salvacion. Les pone la Biblia en la mano, y despues los deja abandonados á sí mismos si ha de ser lógico con sus principios.

El protestantismo no tiene ninguna de las notas que distinguen á la verdadera Iglesia de Jesucristo. No tiene *unidad*, porque está dividido en muchas sectas con distintas creencias, distinto culto y distinta disciplina. Sin duda no es esta la Iglesia que fundó Jesucristo, que debe formar un solo reino, una sola familia, un solo rebaño congregado en un solo redil y dirigido por un mismo pastor. No tiene *santidad*, porque le falta su principio, que es la fe íntegra y la

© Biblioteca Nacional de España

caridad vivificante, y además enseña doctrinas perniciosas que conducen á la más desastrosa inmoralidad. No tiene sacramentos, no tiene virtudes sobrenaturales y no ha podido formar un solo Santo. No tiene *catolicidad*, porque está limitado á los lugares que le vieron nacer, y siendo de ayer no puede presumir ser de todos tiempos, ni tampoco se atreverá á decir que enseña toda la doctrina de Jesucristo, pues la niega en muchos artículos. Por último, no tiene *apostolicidad*, pues rompió violentamente su comunion con los sucesores de los Apóstoles, los ódia y no enseña la misma doctrina que aquéllos enseñaron.

No es indefectible, como debe ser la verdadera Iglesia de Jesucristo para que puedan pertenecer á ella todas las generaciones, porque le estamos viendo descomponerse y perecer. Siempre que ha sido atacado y perseguido sériamente, ha sido destruido, al contrario que la Iglesia católica, á la cual las persecuciones no han podido vencer.

No es infalible ni presume serlo, y, por lo tanto, no es el maestro que ha puesto Jesucristo para enseñar á todas las gentes en todas las edades.

No tiene una cabeza visible, ni gerarquía, ni sacerdocio, y es un cuerpo acéfalo y anárquico, que por lo mismo no puede ser obra de Dios.

No tiene autoridad, ni cabe en su sistema, porque el libre exámen hace á cada uno juez de sus propias opiniones, y sería una contradiccion pretender que sometiese su juicio al juicio de otro.

Le faltan, pues, todas las condiciones que debe tener la verdadera Iglesia de Jesucristo para cumplir su mision divina segun el fin que se propuso su fundador. Es la negacion completa de la verdadera Iglesia; y, ¿se atreverá todavía á usurpar este honroso título? Es la destruccion de ella, y, ¿se atreverá á llamarse su *reforma?*

§ III.—*El protestantismo considerado en sus obras.*

De la misma manera que el protestantismo es una série

© Biblioteca Nacional de España

de negaciones, así tambien es una série de ruinas y calamidades (1).

Desde su orígen empezó destruyendo todo lo existente, sin pensar en lo que había de reemplazarlo; y todavía estamos sintiendo las fatales consecuencias de aquella revolucion general en las ideas y en las costumbres. Al punto surgieron mil disputas encarnizadas y furiosas, ódios nacionales y extranjeros, y guerras sangrientas é interminables. La Europa entera se convirtió en un inmenso campo de batalla, y fué víctima de todos los horrores consiguientes al estado de guerra, como la ignorancia, la inmoralidad y la miseria. Las artes, las ciencias, el comercio, la agricultura, no pueden desarrollarse si no hay paz y tranquilidad en los pueblos. De manera que á consecuencia del protestantismo y por culpa suya, pues era el invasor, se paralizaron todos los ramos de la prosperidad pública, y hallaron un obstáculo sério los progresos de la verdadera civilizacion. Esta se hubiera desarrollado vigorosa y floreciente bajo la accion de la Iglesia, que había llegado á una época en que podía ejercerla sin trabas; pero ante los bruscos ataques del protestantismo, y sensible defeccion de la Europa, la Iglesia solo pudo pensar en defenderse. El protestantismo empujó á la civilizacion por atajos erizados de peligros, y á él se debe principalmente esa civilizacion indiferentista ó materialista, que ha condenado la Santa Sede, bajo el nombre de civilizacion moderna (2).

Con su funesto principio del libre exámen y sus funestas doctrinas, dió la direccion más errada y deplorable al espíritu y al corazon, sobrescitó las pasiones y fomentó la inmoralidad, desorganizó la familia, negando el sacramento del matrimonio, y sancionó todas las rebeliones contra toda clase de autoridad. Dado el primer paso en una pendiente resbaladiza, es inevitable caer hasta el fondo del abismo.

(1) Véase Polge, *De la reforma y del Catolicismo*, capítulo 4.°

(2) Véase lo que hemos dicho en la 2.ª parte, capítulo 2.°

© Biblioteca Nacional de España

Los escritores más sensatos, que saben estudiar la historia en su vasto conjunto filosófico, reconocen como hijas legítimas del protestantismo á casi todas las revoluciones políticas que ha habido en los tres últimos siglos, las cuales, bien miradas, no son otra cosa que la aplicacion y desenvolvimiento de sus doctrinas y principios. Los que han seguido y estudiado su marcha, le han visto engendrar el indiferentismo con todos sus resultados, y avanzar rápidamente hácia el socialismo con todas sus amenazas.

Tales son en conjunto las obras del protestantismo, los resultados de su maléfica influencia; el trastorno completo en el órden moral, en el órden político y en el órden social.

Fácil sería contar uno por uno los males que ha acarreado si tuviéramos espacio para ello. Otros escritores han desempeñado cumplidamente esta tarea, demostrando hasta la evidencia que el protestantismo, léjos de haber hecho nada bueno, por el contrario, ha sido la causa de los males más dolorosos que afligen á nuestra época, y que él es quien ha planteado los terribles problemas sociales, que los Gobiernos se esfuerzan en vano por desatar (1).

Ahora bien, preguntaremos, ¿qué religion es esa que por todos sus poros, por decirlo así, irradia la disolucion? ¿Qué Iglesia es esa que marca sus pasos por las ruinas que produce y los peligros que siembra? ¿Puede ser esta la verdadera Iglesia de Jesucristo?

Sin embargo, entre las obras del protestantismo, hay dos especialmente á las cuales no podemos ménos de dedicar algunas líneas, por lo exactamente que caracterizan su impotencia y su esterilidad. Nos referimos á sus *misiones* y á sus *sociedades bíblicas*.

Es propio de la Iglesia de Jesucristo el difundirse en todas las naciones, y el ir á evangelizarlas segun el encargo expreso que le hizo su fundador. Sus esfuerzos han sido

(1) Balmes, *El protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion Europea.* Augusto Nicolás. *Del protestantismo en su relacion con el socialismo.*

© Biblioteca Nacional de España

siempre coronados del éxito más feliz, porque tenían la bendicion de Dios. El protestantismo miraba con envidia la gloria que proporcionaban las misiones á la Iglesia católica, y trató de disputársela tambien organizando numerosas misiones, pero no consiguió fruto alguno, sino solo su descrédito y confusion.

Esta absoluta esterilidad del protestantismo en sus misiones es una prueba de su falsedad, atendidos los recursos de que dispone, comparándola con los frutos abundantes que sin ningun recurso consigue la Iglesia católica. Sin embargo, el protestantismo se gloría de sus triunfos, y los hace ponderar en todos sus periódicos; pero ya veremos la manera que tiene de contar el número de sus conversiones.

Numerosas sociedades con todo género de medios y auxilios se dedican á promover las misiones entre los infieles. Ya en el año 1824 estas diversas sociedades tenían unos 5.000 misioneros, y se jactaban de que para los gastos de las misiones extranjeras no bastaban 1.000 libras esterlinas cada dia, por lo cual se aumentaron los subsidios que les proporcionaban hasta la enorme suma de más de *setenta millones de reales* cada año. Para allegar tan crecidos recursos hay más de treinta grandes sociedades centrales en Europa y América, cada una de las cuales está sostenida por otras innumerables más pequeñas, que les remesan los fondos que recaudan para este fin. Solo en Francia hay más de 200 de estas sociedades: en Inglaterra y Alemania no tienen número.

Para no fatigar al lector con cifras de las inmensas sumas que gastan los protestantes para sus misiones, le diremos que «solo en la India funcionan, segun Valbezeu, 25 sociedades evangélicas inglesas, americanas ó alemanas, que en 1859 percibían anualmente *diez y ocho millones* de reales, cuya cantidad ha ido en aumento en los años sucesivos. Noventa capellanes costaban hace 20 años á la compañía, dice Malcolm, 80.000 libras esterlinas, poco ménos de *cinco mil duros* cada capellan. En 1859 tan solo los gastos de viaje de los misioneros á la India ascendían á la enor-

© Biblioteca Nacional de España

me cantidad de cerca de *veinticinco millones*. Unicamente los gastos del establecimiento anglicano se elevaban en 1851 á unos 11 millones de rs., y al año siguiente un presbiteriano se alababa de que el gasto anual de las misiones protestantes en las Indias *excedía en un quinto á lo que cuestan las misiones católicas de todo el mundo*» (1). Quien desee conocer los medios de que se valen para reunir tan cuantiosos recursos, puede consultar la disertacion acerca de la *Esterilidad de las misiones protestantes*, que escribió el sábio Cardenal Wisseman.

Miéntras que cada misionero católico solo puede gastar unos 2.000 reales al año, cada misionero protestante recibe 6.000 francos, y además otros 1.000 si tiene mujer y quinientos por cada hijo de menor edad. Además, cuentan con otros mil medios de propaganda; misionan en los países que les están sometidos, donde no hallan ninguna traba á su accion, contando tambien con el favor de los magistrados, ó bien si hacen alguna expedicion á pueblos todavía salvajes, van con grande autoridad y aparato, y, por decirlo así, llevando en la mano la respetada bandera de su nacion. En todas partes donde se establecen les dispensan una proteccion eficaz las autoridades civiles, abren escuelas para la instruccion gratuita de los naturales y hacen con pompa y solemnidad la distribucion de premios.

«A ninguna nacion se le ha presentado jamás un campo tan vasto para la propagacion de la fe cristiana como el que gozamos nosotros por la influencia que ejercemos sobre los 100.000.000 de habitantes del Indostan, decía el Dr. Buchanan, gran promotor de las misiones. Ninguna otra nacion ha tenido jamás tantos medios de extender su religion como nos ofrece el Gobierno de un pueblo pasivo, que cede con sumision á la suavidad de nuestro mando, que respeta nuestros principios y que mira nuestra dominacion como una bendicion del Cielo.» Lo cual conviene igualmente á las misiones de Australia y Nueva Zelandia,

(1) *Paralelos entre el Catolicismo y las sectas protestantes* por Rubió y Ors, p. 11, cuad. 1, pág. 40, nota.

© Biblioteca Nacional de España

que por espacio de muchos años cultivaron exclusivamente los protestantes, ántes de poner los piés en aquellas tierras ningun misionero católico.

Sin embargo, á pesar de tantos elementos y circunstancias favorables para el buen éxito de estas misiones, las vemos heridas de la más fria esterilidad por confesion de sus mismos escritores como si hubiera caido sobre ellas alguna maldicion del Cielo. Esto no quita para que en periódicos, en sus revistas y memorias ensalcen hasta las nubes sus progresos; pero pronto veremos que quedan reducidos á cero.

Fácil es alucinar á los incautos contando las conversiones por el número de Biblias distribuidas, ó por los alumnos que van á sus escuelas, ó por las personas que algunas veces concurren á sus sermones; pero esté modo de estimar los frutos de las misiones no engaña á ninguna persona instruida. Afortunadamente sus mismos escritores se encargan de demostrarnos lo que valen estas cosas.

Segun éstos, las misiones no producen ningun resultado por la triste desunion que reina entre los misioneros, por la mala conducta de éstos (1), y porque solo piensan en enriquecerse á costa de los indígenas. Apenas se encuentra un solo misionero que no obre por interés personal: M. Heaphi, que habla de su rapacidad, no se toma el trabajo de hacer una excepcion en favor de ninguno de ellos. Con sus imprudencias promovieron en 1861 una insurreccion en Nueva Zelandia, por la cual se vieron obligados á huir. Por esta causa *El Times*, cuyo anglicanismo es bien conocido, lleno de indignacion, en su número de 28 de Octubre de 1863, decía: «que los misioneros son los peores de todos los impostores, y que miéntras un público ciego continúe proporcionándoles fondos para mantenerse en

(1) El primer jefe de la mision de Nueva Zelandia, fué despedido por adúltero, el segundo por borracho y el tercero, en 1836, por un crímen todavía más atroz. *Patal*, pág. 91.

© Biblioteca Nacional de España

una vida de holganza, se permitirán millares de mentiras para engañarles.» Otros misioneros protestantes se enriquecieron en China vendiendo opio á los naturales, á pesar de estar severamente prohibido; y casi todos, más que al Evangelio, se dedican á ocupaciones lucrativas. Varias veces han resonado en las cámaras inglesas amargas quejas sobre la conducta y escándalos de los misioneros, especialmente cuando se vieron obligados á dar una ley declarando sin validez los títulos de propiedad de las inmensas tierras compradas por aquéllos á los indígenas á cambio de algunas hachas, fusiles, mantas y otras bagatelas.

Despues de esto no es extraño que dichas misiones no hayan producido ningun fruto, y se creerá sin dificultad que no son exagerados los testimonios de los que así lo dicen.

Respecto á la China, decía en 1855 el secretario de una de las sociedades de las misiones de Lóndres: «El misionero protestante ha trabajado por espacio de largos y penosos años en este pueblo, sin lograr recoger un solo fruto de sus trabajos.» «El número total de los misioneros protestantes en China, escribía en 1860 Mr. Scarth, es probablemente mayor que el de los neófitos no asalariados.» Por último, el Dr. Grant revelaba á la universidad de Oxford, «que las tentativas de las sectas protestantes para evangelizar la China han fracasado de una manera deplorable» (1).

Lo mismo ha sucedido en la India. Con referencia al año 1809 decía un celoso anglicano: «Despues de cerca de un siglo, los misioneros en las Indias no han logrado hacer ninguna conversion importante, ni ganado tantas familias cuantas allí tienen ellos.» Mr. Campbell escribía en 1852: «Es preciso convenir en que han fracasado por completo los ensayos hechos para convertir á los indios.» Segun refería *El Times* de 29 de Setiembre de 1858, sir Tomás Brooke, gobernador de Borneo, decía á las sociedades de las misiones en Inglaterra: «Con los mahometanos no habeis ade-

(1) Citados por Rubió y Ors, paral. 2.°, cuad. 2.°, pág. 81.

© Biblioteca Nacional de España

lantado nada: ningun progreso habeis hecho con los indios: os hallais en la misma situacion *que el primer dia que vinísteis á la India*» (1). Teniendo presente que los pocos que abrazan el cristianismo, lo hacen tan solo con el objeto de obtener algun empleo ó socorros materiales, y despues son un motivo de escándalo. «Es para mí evidente, escribía en 1862 el reverendo Mr. Davidson, que entre los que manifiestan deseos de recibir el bautismo, la mayor parte lo hacen por motivos poco honrosos» (2).

El mismo resultado han producido las misiones protestantes de la América, de la Australia, del Africa y de otros países en todo el mundo, como demuestra el Sr. Wisseman con testimonios de los mismos misioneros. Esto hacía exclamar á Mr. Malcolm: «Hay algo de inexplicable en la esterilidad de las misiones protestantes. Hasta el presente, la mayor parte de los trabajos de nuestros misioneros no han sido más que preparatorios.» Nosotros explicamos perfectamente esa esterilidad con aquellas palabras de Nuestro Señor Jesucristo: *No puede el árbol malo llevar buenos frutos* (3); *porque el árbol es conocido por su fruto* (4). El mismo escritor se ve obligado á confesar, «que los misioneros católicos, con escasísimos recursos, han logrado un gran número de conversiones, y que su culto se ha hecho popular, y atrae en todas partes la atencion del público.» ¡Cuán elocuentes son estos hechos para todo hombre de buena fe!

Ahora, pues, si con tantos recursos y circunstancias tan favorables nada han hecho las misiones protestantes, ¿qué será el dia en que aquéllos les falten por completo? Y ese dia no está lejano, desde que cien autoridades irrecusables han venido á desmentir los relatos interesados de los misioneros, y su escandaloso comportamiento se ha denunciado en las cámaras y en los periódicos. Entónces el pro-

(1) Ib., cuad. 1.°, págs. 41 y siguientes.
(2) Ib. pág. 45.
(3) Math., VII, 18.
(4) Ib. XII, 33.

© Biblioteca Nacional de España

testantismo desaparecerá con la más vergonzosa consuncion. Ese dia, dice el escritor citado, estará de enhorabuena la civilizacion y áun la humanidad.

Al lado de las sociedades de misiones se fundaron las SOCIEDADES BÍBLICAS, destinadas á propagar las Santas Escrituras en todas las lenguas, y que obran de concierto con las primeras. «Las sociedades bíblicas y las asociaciones de los misioneros protestantes, decía en 1833 el *Monthly Review*, hace más de treinta años que han empezado sus trabajos. Han reunido y gastado más rentas que un príncipe, y tienen agentes en todas partes del globo. Las islas más apartadas de los mares del Sud, del Océano Pacífico y de los mares de la India, han sido visitadas por sus enviados. Los hemos oido proclamar mil veces, no solamente que la idolatría estaba destruida en las islas pequeñas, sino que áun la Tartaria, la Persia y la India estaban á punto de ceder á los esfuerzos de los misioneros y abrazar la religion de la cruz... La sociedad bíblica de Lóndres tiene solamente en Inglaterra 629 sociedades auxiliares que trabajan bajo su direccion; y hay otras muchas semejantes en París, Lyon, Tolosa y otros muchos puntos de Francia, así como tambien en las principales capitales de Europa y América.»

Perrone nos da una idea de la asombrosa actividad que emplean estas sociedades. «Se estableció la sociedad, dice, en 1804, y desde esta fecha al 1840, ó sea en el espacio de treinta y seis años, distribuyó *doce millones* de ejemplares de la Biblia, traducidos á 148 idiomas. En el año 1838 recaudaron estas sociedades, solo en Inglaterra, 846.316 libras esterlinas, que equivalen á unos 80 millones de reales; y los ingresos en el resto del mundo subieron á 1.600.000 libras esterlinas, ó sea unos 150 millones de reales. En 1839 contaba la sociedad con *cinco mil* misioneros, *cincuenta* imprentas, *trescientos* coadjutores y maestros y centenares de ministros indígenas.»

Tan colosales sacrificios, léjos de producir fruto alguno saludable, han causado gravísimos daños. Inundado el mundo de versiones infieles, mutiladas y llenas de errores gra-

© Biblioteca Nacional de España

ves, y constituyendo á los simples fieles, y áun á los paganos, en jueces supremos del sentido de los libros santos, han convertido en gérmen de errores y de corrupcion esas páginas enviadas del Cielo para luz de los entendimientos y santificacion de las almas (1). Además exponen la Biblia á la profanacion y al desprecio de los infieles, retardando así su conversion, en lugar de promoverla, pues sabido es que aquéllos la destinan á usos profanos y áun indignos, y se burlan de muchas cosas que chocan con sus viejas preocupaciones. Y algunas veces han sido causa de persecuciones contra los cristianos, como sucedió en la China por haber abandonado en la orilla del mar multitud de ejemplares vertidos al idioma de aquel país.

Con razon, pues, han condenado repetidas veces los Romanos Pontifices estas sociedades, manifestando sus verdaderos propósitos, que son hacer la guerra á la Iglesia católica, como claramente han confesado muchos de sus miembros. Los Papas, celosos de la pureza de las Sagradas Escrituras y del respeto que merecen, han calificado á las sociedades bíblicas con el nombre de *pestes* (2), atendiendo á los funestos efectos que han producido. Ellas son para las almas lo que es la peste para los cuerpos.

Pero no es extraño que las hayan condenado los Romanos Pontífices, cuando los mismos protestantes las han combatido como inútiles y perjudiciales. En un folleto titulado *Razones por las que no soy miembro de la sociedad bibli-*

---

(1) Por manera, dice el Papa Gregorio XVI en su Encíclica de 8 de Mayo de 1844, que como ya en su tiempo se lamentaba San Jerónimo, hacen comun el arte de entender las Sagradas Escrituras á la *habladora vieja*, *al anciano chocho*, *al palabrero sofista y á todos*, de cualquiera condicion que sean, con tal que sepan leer, y lo que es aún más absurdo y casi inaudito, ni áun á los infieles se niega esa comun inteligencia de los libros divinos.

(2) Las *sociedades bíblicas* han sido condenadas por todos los Pontífices que ha habido desde su orígen. El nombre de *pestes* se lo aplicaron Pio VII en su Breve de 29 de Junio de 1816, Leon XII en su Encíclica de 3 de Mayo de 1824, y recientemente Pío IX en el párrafo 4.° del *Syllabus*.

© Biblioteca Nacional de España

ca, M. Arturo Perceval hacía revista de las traducciones de la Biblia hechas en Europa y Asia, y declaraba que contienen errores tan groseros y herejías tan monstruosas, que son capaces de alarmar todas las conciencias, aunque sean poco timoratas. En su indignacion contra los innobles autores de estas traducciones, que habían ya costado á la sociedad muchos millones, exclamaba: «Sepan, pues, ya los pobres engañados de Inglaterra, con qué fin se emplean *sus sueldos por semana*. Seguramente que es para helarse la sangre en las venas de un cristiano el pensar en la presuncion sacrílega de una sociedad que así se atreve á burlarse de la revelacion del Todopoderoso, y que tiene la osadía de presentar á las naciones paganas, y de ofrecer á la credulidad de los que la sostienen, estos ejercicios de niños de escuela, como la palabra sagrada de Dios (1).»

La asombrosa multitud de Biblias repartidas no ha operado ninguna conversion. «No tenemos ninguna prueba, dice un misionero anglicano, de que los millares de libros echados entre el pueblo hayan convertido á un solo chino» (2).

A todo lo dicho sobre las obras del protestantismo podríamos añadir su esterilidad no ménos vergonzosa en las obras de caridad. El protestantismo no conoce esta virtud divina, pues carece de la abnegacion, del desinterés y del heroismo necesarios para practicarla. Enemigo como es de instituciones, no tiene esas admirables Hermanas de la caridad, esos Hermanos de la doctrina cristiana, esas conferencias de San Vicente de Paul y mil otras instituciones del Catolicismo que se dedican al alivio de todas las miserias de la humanidad. Si alguna vez ha tratado de imitar á la Iglesia católica, sus esfuerzos han sido vanos, pues la caridad es hija del Cielo y no se logra por derramar mucho dinero. Esta virtud divina, semejante á esas flores que de-

(1) Véase Wisseman, obra cit., secc. 5.ª, núm. I.—De Maistre, *Soirés de S. Petesbourg*, soir 11.—Milner, *Cartas á un prebendado*, Carta 30.

(2) *Paral.* II, cuaderno 2.°, pág. 81.

© Biblioteca Nacional de España

generan cuando son trasplantadas á otras latitudes, ha degenerado en el protestantismo á ese sistema de la llamada *caridad oficial*, y á los áridos socorros de la *filantropía*, que es una caridad de oropel. Es un hecho bien conocido que desde el orígen de la *Reforma* se hizo más infeliz cada vez la suerte de las clases menesterosas, en todas las naciones que la abrazaron, á consecuencia de la abolicion de las comunidades religiosas y de la inhumana supresion de los hospitales, llevada á cabo por Enrique VIII. Para disminuir el número de los pobres se les perseguía como á bandidos y se les ahorcaba, se les infamaba, ó se les mutilaba solo por el delito de no tener pan. Luégo se impuso la tasa, de los pobres, que en el mero hecho de ser obligatoria deja de merecer el nombre de caridad. El pauperismo aumenta cada dia, á pesar de todos los esfuerzos que se hacen por contenerlo.

No negaremos que en los países protestantes hay grandiosos establecimientos de beneficencia; pero sí afirmaremos con un escritor moderno que en ellos hay de todo ménos *amor*. Además, se deben al espíritu del Catolicismo, que los creó en los siglos anteriores, cuando el mundo no pensaba en ellos todavía. «No es lo mismo, dice Balmes, fundar y sostener un establecimiento de esta clase cuando ya existen otros del mismo género, cuando los Gobiernos tienen á la mano inmensos recursos, que plantear un gran número de ellos cuando no hay tipos á qué referirse, cuando se han de improvisar los recursos de mil maneras diferentes, cuando el poder público no tiene ni prestigio ni fuerza para mantener á raya las pasiones violentas, que se esfuerzan en apoderarse de todo lo que les ofrece algun cebo. Lo primero se ha hecho en los tiempos modernos desde la existencia del protestantismo; lo segundo lo había hecho siglos ántes la Iglesia católica. Y nótese bien que lo que se ha realizado en los países protestantes á favor de la beneficencia, no ha sido más que actos administrativos de gobierno, actos que necesariamente debía inspirarle la vista de los buenos resultados que hasta entónces habían producido semejantes establecimientos. Pero el protestan-

© Biblioteca Nacional de España

tismo en sí, y considerado como Iglesia separada, nada ha hecho» (1).

Hé aquí, pues, el protestantismo en la triste nulidad de sus influencias. No puede citarse de él ninguna obra grande, ninguna obra durable á no ser las ruinas que ha causado. Impotente para edificar, ha destruido. *Por los frutos se conoce el árbol*, segun nos enseñó Jesucristo.

§ IV.—*El protestantismo considerado en sus hombres.*

Al tratar este punto, no revolveremos el cieno de los vicios que tuvieron los fundadores del protestantismo, pues son bien conocidos de todos, y, por otra parte, ellos mismos se encargaron de manifestarnos sus propias torpezas, echándoselas en cara mútuamente. Los hombres que traían la soberbia pretension de reformar la Iglesia, parece regular que debían haber sido irreprensibles, ó á lo ménos haber empezado por reformarse á sí mismos. Pero lo contrario fué lo que sucedió, pues todos ellos, sin excepcion alguna, se abandonaron á los más escandalosos excesos.

Lascivos, viciosos, soberbios, intolerantes, indecentes en sus palabras y modales, llenaron al mundo de sus escándalos y vicios. Esto jamás se han atrevido á negarlo los mismos protestantes, pues consta en los libros mismos de sus primeros apóstoles, y convienen en ello todos los historiadores. La reforma se compuso en su orígen de frailes apóstatas y corrompidos, para quienes eran insoportables el celibato y la obediencia, los cuales se apresuraron á realizar enlaces sacrílegos: de doctores complacientes con todas las flaquezas de los grandes; de nobles arruinados por sus vicios que quisieron apoderarse de los bienes de la Iglesia, y de príncipes ambiciosos que codiciaron lo mismo, y además emanciparse de la autoridad del emperador. No hay uno solo de los fundadores ó fautores del protestantismo, que merezca el nombre de virtuoso, ni áun de hombre

(1) *El Protestantismo comparado*, etc., cap. 33.

© Biblioteca Nacional de España

honrado. Si esto parece exagerado, no es culpa nuestra: la historia imparcial lo asegura.

La corrupcion se extendió á cuantos abrazaron la reforma, nobles ó plebeyos, doctos ó ignorantes. Lutero, Calvino, Melanchton, Bucero y otros aseguraban ya en su tiempo que sus sectarios eran más corrompidos que los papistas. «El mundo, dice Lutero, empeora cada dia y se hace más malo. Los hombres son ahora más vengativos, más avaros, desnudos de toda misericordia, ménos modestos y más incorregibles: en fin, más malos que en el papismo.» Calvino se lamentaba de que entre los suyos, «apenas una décima parte había abrazado la reforma con otro objeto que entregarse á todo género de libertinaje.» Por lo cual decía con razon Erasmo: «Si á consecuencia de la doctrina de Lutero, el esposo hubiera conocido que su mujer se había hecho más honesta, más casta, más retirada: si el amo hubiera hallado á sus domésticos más fieles y más obedientes; el vecino á sus obreros, á sus sastres, á sus zapateros, á sus artistas ménos ladrones; el empresario á sus artesanos más aplicados á su tarea; el comprador á sus proveedores más sinceros y más honrados; el acreedor á sus deudores con mejor conciencia, y los deudores á sus acreedores más humanos; en fin, si los ciudadanos se mostrasen más sumisos á la autoridad, los amigos más constantes, los escolares más estudiosos, desde luégo los hombres de buena fe podrian persuadirse que la reforma había sido un beneficio para la humanidad... pero, ¿qué deberán pensar, cuando ven que los hombres son cada dia más perversos, más impíos, más desvergonzados, y que en lugar de pecar ménos, pecan con más impunidad?»

Tales fueron los hombres del protestantismo desde sus primeros tiempos. ¿Qué religion es ésta, dice un escritor moderno, que en sus primeros dias, que debieron ser naturalmente los de más fervor, y en sus primeros héroes, en los cuales debemos buscar la más cabal personificacion de su espíritu, ofrece tan repugnante espectáculo?

En vano se buscarán en los hombres de la reforma aquellos anacoretas que llenaron de admiracion á su siglo,

© Biblioteca Nacional de España

aquellas vírgenes que en medio de la corrupcion pagana formaban, segun la expresion de San Ambrosio, el *pueblo del pudor*, aquellos mártires que derramaron por su fe hasta la última gota de su sangre, y aquellos santos que hacían profesion de practicar las virtudes más sublimes y más opuestas á las inclinaciones del corazon. El protestantismo no puede presentar ninguno de esos caractéres admirables, que forman la corona de la Iglesia católica.

Hemos dicho repetidas veces que los protestantes son siempre mejores que su doctrina, y cuanto más se medita sobre esta idea, se encuentra más verdadera. Cuanto más fielmente se siga la doctrina del protestantismo, son más viciosos sus hombres; y, por el contrario, cuanto éstos son más virtuosos, se hallan más apartados de su secta y más próximos al Catolicismo. El mayor golpe que se puede dar al protestantismo, es hacer constar este hecho.

Esto por lo que hace á la moralidad. En cuanto á las ciencias, no negaremos que ha habido entre los protestantes muchos hombres notables por su saber, como los hay entre los incrédulos y áun entre los ateos. Hay que tener en cuenta que la religion no destruye el talento natural de los que la profesan, si bien puede influir más ó ménos en sus progresos. Antes de que apareciera el protestantismo había ya echado la Iglesia católica los cimientos de la verdadera filosofía, de los cuales se aprovecharon los hombres ilustres que bajo este concepto han tenido las sectas; y, por lo tanto, ellos se formaron bajo la influencia de las ideas católicas.

Pero es indudable que el protestantismo apaga el génio. Concretándonos á la oratoria, parece regular que una secta que hace consistir todo el ser y sustancia de su culto en la predicacion, dice el escritor citado, debiera ofrecer en la historia de las letras sagradas monumentos de gran valía, como los ofrece el púlpito católico de todas las naciones. Pero esa predicacion, que contradice abiertamente la teoría del libre exámen y de la inspiracion individual, ¿ha legado acaso á la admiracion de los siglos cuaresmas como las de Bourdaloue y Massillon, oraciones fúnebres como

© Biblioteca Nacional de España

las de Bossuet, brillantes y persuasivas improvisaciones como las de nuestros Avilas y Granadas, conferencias filosófico-teológicas como las de nuestros esclarecidos contemporáneos de Nuestra Señora de París? ¿Qué causa, pues, condena á la esterilidad á los ingénios protestantes? ¿Cuál puede ser sino el mismo espíritu helado de esa secta que nada le dice al corazon, ni áun á los ojos, cortando, de consiguiente, el vuelo á la imaginacion y al sentimiento, para que no puedan espaciarse jamás en las regiones de la verdadera elocuencia?

El protestantismo, que no tiene comunidades religiosas, solo es capaz de hacer esfuerzos solitarios, y nunca ha producido ni podrá llevar á cabo las colosales empresas científicas de los Benedictinos y Jesuitas. Nunca puede tener teólogos, haciendo como hace alarde de despreciar á los Santos Padres y las otras fuentes de la tradicion. No puede tener jurisconsultos é historiadores dignos de este nombre, habiendo de inspirarse en los principios corrompidos de sus maestros. Sus filósofos son racionalistas, y sus doctores excépticos ó incrédulos, como ya lo hemos demostrado. Nada decimos de su clero, casado y secularizado, y, por lo tanto, imposibilitado para los grandes sacrificios, adelantos científicos, obras de caridad y empresas heróicas que hemos admirado en el Clero católico.

De manera que el protestantismo es incapaz por sí mismo de producir hombres distinguidos, y si tiene algunos génios aislados, se parecen á esas flores endebles que por un capricho de la naturaleza crecen solitarias en una pradera árida. Mas éstos no deben su grandeza al protestantismo, sino que, á pesar de él, la adquieren, haciéndose superiores á su mezquina religion.

La prueba de esto es que los hombres que por algun título han adquirido una justa celebridad, abandonando el protestantismo que los vió nacer, y cuya falsedad conocen, pasan con sus laureles al campo católico, y se convierten en los más decididos campeones de éste. Notable fenómeno es este que se reproduce tambien entre los incrédulos y judíos, siendo un testimonio de que la ciencia sólida derra-

© Biblioteca Nacional de España

ma una viva claridad sobre la verdad del Catolicismo, y conduce á él como por la mano. Estos hombres que una vez han aspirado el ambiente de la verdad, se encuentran en el protestantismo violentos y como fuera de su centro, y se apresuran á venir adonde sus estudios y la gracia divina les han convencido que aquélla se encuentra: la Iglesia católica.

Entre la gloriosa lista que podríamos presentar descuellan, concretándonos á los más modernos, el conde de Stolberg, historiador distinguido, el presidente Huster, Laval, Haller, Chilligworth, el célebre literato Werner, discípulo de Kant y elevado á las primeras dignidades de su secta, á las cuales tuvo que renunciar con ella; Owerberk, ilustre jefe de la moderna escuela de pintura cristiana; Schelegel, el profundo crítico, el gran investigador de los monumentos literarios de la Edad Media, al cual siguieron otros sábios alemanes como Clemente Brentano; el baron de Eckstein, Gorres, y el por tantos títulos célebre filósofo y poeta Adam Muller. La universidad de Oxford ha presenciado las conversiones de Ward, Takeley, Morris, Brown y el insigne Faber, cuyas obras místicas son actualmente la delicia de todas las almas piadosas del Catolicismo. Newman ha dado con su conversion más gloria á Dios y más consuelos á la Iglesia, cuanto más lustre diera ántes á la citada universidad, de la cual era una de las principales lumbreras. Siguiéronle Spencer, Pollen, Capes y Manning, el antíguo enemigo nuestro, hoy Arzobispo primado de la Iglesia católica de Inglaterra, heredero dignísimo del ínclito Wisseman. Y si quisiéramos recorrer la crónica moderna de los Estados Norte-americanos, sin descender á una enumeracion de las conversiones oscuras, que de ellas está llena la estadística, con solo citar nombres conocidos nos haríamos interminables» (1).

Y al mismo tiempo que se observa que lo mejor y más ilustre de los hombres del protestantismo se acercan á la

(1) Folleto citado, pág. 70.

© Biblioteca Nacional de España

Iglesia católica, se observa tambien que lo peor y más corrompido de los católicos se pasan al protestantismo, y son recibidos con los brazos abiertos. Los que reflexionen con imparcialidad sobre estos hechos no podrán ménos de convenir en que son la más acerba censura del protestantismo y su más afrentosa condenacion.

No decimos por esto que todos los protestantes se resienten del vicio de su religion; al contrario, reconocemos que personalmente valen mucho más que el protestantismo, así como los católicos, áun los mejores, valen ménos que el Catolicismo. Lo que decimos, es que los protestantes son tanto peores cuanto más fielmente observan las máximas de su religion, y que solo comienzan á ser buenos cuando las infringen.

§ V.—*El protestantismo considerado en sus luchas.*

Las luchas del protestantismo han sido siempre brutales ó pérfidas, ó se ha impuesto por la violencia ó se ha insinuado por la calumnia y el sofisma. Ellas son la expresion más fiel de su carácter soberbio y rebelde, al mismo tiempo que impostor é insidioso.

Poco diremos de su intolerancia, pues es harto conocida de todos. «Los hechos, en esta parte, son tan patentes, diremos con Augusto Nicolás, que no tenemos necesidad de ir á buscar su testimonio en otras fuentes que en las del propio protestantismo.»

«Es incontestable, dice Jurieu, que la reforma se obró por el poder de los príncipes... Los poderes del Estado no se contentaron con asegurar plena libertad á los partidarios de la reforma, sino que llegaron hasta quitar á los papistas sus Iglesias, y á prohibirles todo ejercicio público de su religion. Aún mucho más; el Senado prohibió en ciertas localidades el ejercicio secreto del culto católico (1).

El historiador protestante Menzel, despues de haber re-

(1) Citado por Abzog., *Hist. Eccles.*, tom. IV, pág. 76.

© Biblioteca Nacional de España

ferido las brutales violencias por las cuales el luteranismo señaló su aparicion en la Silesia, añade: «No tardó en triunfar en toda la provincia y con él un extremo rigor con respecto á los católicos; porque donde reinaba el protestantismo, reinaba la intolerancia; miéntras que en los Estados hereditarios del emperador, en Austria, en Bohemia, en las regiones comarcanas, los protestantes gozaban de los derechos civiles y eclesiásticos, y hasta habían llegado en una parte considerable de la Silesia á reinar solos» (1).

¡Qué idea de intolerancia y de caprichosa crueldad no despierta el solo nombre de Enrique VIII, de ese fundador del protestantismo anglicano, que hubiera merecido figurar en la lista de los emperadores romanos, entre Tiberio y Calígula, y que introdujo por este medio la reforma en Inglaterra! (2) «Yo quisiera borrar de nuestros anales, si fuese posible, dice un escritor inglés protestante, cada rastro de la larga série de iniquidades que acompañaron la reforma en Inglaterra. La injusticia y la opresion, la rapiña, el sacrilegio y el asesinato quedan en ella consignados. Tales fueron los medios por los cuales el tirano sanguinario é inexorable, el fundador de nuestra creencia, instaló su supremacía en su nueva iglesia; y todos cuantos quisieron conservar la religion de sus padres y mantenerse adictos á la autoridad que él mismo les había enseñado á respetar, fueron tratados como rebeldes y no tardaron en ser sus víctimas» (3).

Por los mismos medios, Cristiano II, justamente llamado el Neron del Norte, Gustavo Wasa y Alberto de Prusia, introdujeron el protestantismo en sus Estados.

Las poblaciones católicas no en todas partes se dejaron poner el yugo de la intolerancia, y la resistencia que opusieron, la lucha que sostuvieron para conservar la liber-

(1) Menzel, *Nueva historia de los alemanes*, tomo V, página 244.

(2) Su hija y sucesora Isabel es llamada por Mad. Stael *el Tiberio hembra.*

(3) Fitz-William, *Cartas de Arico*, pág. 114.

© Biblioteca Nacional de España

tad de su fe, fué la causa de las guerras de religion, en especial de la célebre guerra de los treinta años en Alemania, que fué la guerra de la libertad de conciencia contra la expoliacion de todos los bienes y de todos los derechos.

Donde quiera que prevaleció el protestantismo, es decir, en la mitad de Europa, se mostró intolerante de toda libertad católica, provocador y agresivo, derribando Iglesias y Conventos, persiguiendo á los Sacerdotes y derramando á torrentes la sangre de los católicos. ¿Cuál ha sido la suerte de los católicos en Suecia, en Dinamarca, en Inglaterra, en Escocia, en Irlanda, en esta nacion mártir, sobre todo, en la cual ha sido siempre una verdad el decir que *no hay leyes para los católicos?* ¿Cuál es la mezquina existencia católica que haya sido tolerada en los países protestantes, que haya sido admitida al libre ejercicio de su fe y que no lo haya pagado por el entredicho de sus derechos civiles y políticos? Los católicos del Reino Unido han estado siempre oprimidos bajo el yugo de la tiranía más ominosa, y apenas en nuestros dias han conseguido una apariencia de emancipacion. Donde quiera que domina el protestantismo, decía el *Diario de Bruselas*, los católicos son todavía oprimidos, ó bien si han podido conquistar algunas de las libertades y garantías á que tienen derecho, están condenados, sin embargo, á permanecer en una condicion inferior. Tan presto son excluidos de los destinos públicos como les está cerrado el acceso á las administraciones y á los cuerpos deliberantes, y con más frecuencia aún deben sufrir toda suerte de privaciones» (1).

Cuando el protestantismo es poderoso, se manifiesta cruel y sanguinario, y se impone por la violencia y la tiranía (2);

(1) Aug. Nicolás, *Del Protestantismo, etc.*, lib. III, cap. 2.º

(2) «El suplicio de Servet, quemado vivo por órden de Calvino, es el solo que se cita ordinariamente en prueba de la intolerancia protestante; mas, ¡cuántos otros ejemplos podrían citarse! Así, el médico Bolsec, desterrado; el Consejero Ameaux, sepultado en una cárcel; Jacobo Grunet, ejecutado; Gentilis, condenado á muerte por solo haber puesto en cuestion la ortodoxia de Calvino; el predicador Nicolás Antoni, quemado vivo por causa del judaismo;

© Biblioteca Nacional de España

cuando no lo es, apela á la falsedad, á la mentira, al sofisma, á la calumnia, para retener á sus correligionarios en el error y pervertir á los católicos. No pudiendo vencer en buena lid, hace uso de emboscadas y armas prohibidas.

Hé aquí los amaños y mala fe con que ataca á la Iglesia (1).

1.° Habla de la Biblia como si solo la poseyese y la respetase, y se gloría de hacer de ella la única regla de su fe. Los numerosos monumentos de la Iglesia universal nada significan á sus ojos. *La Biblia y nada más que la Biblia.* Mas por ventura, la Iglesia católica, ¿no tiene la Biblia, la venera y hace de ella la regla de su fe? ¿De quién sino de ella recibió la Biblia el protestantismo? ¿De quién sino de ella aprendió que la Biblia es la palabra de Dios? Cuando apareció el protestantismo, hacía diez y seis siglos que se leía la Biblia en la Iglesia católica, la cual ajustaba á ella su conducta y su fe. El protestantismo, que mutila y adultera la Biblia con el mayor descaro (2), ¿se atreve á acusar á la Iglesia católica, que la conserva y la defiende con la más escrupulosa fidelidad? Porque la Iglesia ama y respeta la Biblia, no quiere abandonarla al absurdo *espíritu privado*, como lo hace el protestantismo, que con esto la con-

---

Tunk, ejecutado como discípulo de Osiandro; el canciller Crell, torturado de una manera infernal y decapitado; Félix Manz, ahogado en el agua á instigacion de Zuinglio; Henning Brabante, horriblemente mutilado y sentenciado á muerte á causa de un pretendido comercio con el diablo, son otros tantos testigos del protestantismo contra sí mismo. Y áun estos son solo los nombres de alguna importancia. En el solo pequeño territorio de Nuremberg, 356 personas sospechosas de herejía ó de sortilegio, fueron ejecutadas desde 1577 á 1617, y otras 345 fueron condenadas á la mutilacion y al látigo.» Véase Aug. Nicolás, lugar citado, pág. 338.

(1) Boone, apéndice 4.°

(2) Nadie ignora que los protestantes han rechazado libros y capítulos enteros de la Biblia, segun les conviene. Son célebres las infidelidades de Lutero. No hay más que tomar una Biblia protestante y compararla con la católica, para ver quién tiene la Biblia íntegra y quién la venera.

© Biblioteca Nacional de España

vierte en un libro pernicioso, en un semillero de los más monstruosos errores, segun enseña la experiencia.

2.° El protestantismo emplea tambien el sistema de ponderar la lectura de la Biblia en lengua vulgar, y acusar á la Iglesia católica de prohibir al pueblo la palabra de Dios. Esto es una pura calumnia.

Nunca la Iglesia prohibió absolutamente á los fieles la lectura de la Biblia en lengua vulgar, si bien algunas veces se vió obligada á tomar ciertas medidas de prudencia sobre este punto para evitar el peligro de que se pervirtiesen los fieles por las maquinaciones de los herejes. La Iglesia solo ha prohibido que se lean las versiones no aprobadas por ella, y esto lo ha hecho, porque los herejes han abusado siempre de la Biblia, adulterándola y corrompiéndola. Antes del protestantismo se habían hecho bajo la proteccion de la Iglesia versiones de la Biblia en las lenguas nativas de todos los pueblos cristianos, y esta es la mejor prueba de que no se oponía á que la Sagrada Escritura sea leida en lengua vulgar (1).

3.° Otra de las perfidias del protestantismo es citar una multitud de textos de la Biblia como contrarios á la doctrina de la Iglesia católica, y omitir aquellos que son abiertamente favorables. Hé aquí algunos ejemplares.

Contra la *tradicion* en general, los protestantes citan aquellos textos que reprueban las falsas tradiciones de los fariseos (2), como si todas las tradiciones hubiran de ser rechazadas porque haya algunas falsas; pero ellos omiten el célebre pasaje de San Pablo á los de Tesalónica: *Hermanos, estad firmes y conservad las tradiciones que aprendisteis, ó por palabra ó por carta mia* (3).

Contra la *visibilidad de la Iglesia*, citan los textos que hablan del reino *espiritual é interior* de Jesucristo, de este reino *que está dentro de nosotros* ó en nuestro interior, por

(1) Véase Perrone, tract. de *Locis Theol.*, part. 2.ª, capítulo 2.°, prop. 5.ª
(2) Math. XV, 1, 14.
(3) II Thes. II, 14.—Vid., 1.ª parte, cap. VII.

© Biblioteca Nacional de España

la gracia y por la caridad (1). Pero no dicen una palabra del reino *visible* de Jesucristo comparado, ora á una *ciudad edificada sobre una montaña* (2), ora á un *campo* y una *viña* (3), ora á un *redil* (4). Si el reino de Dios, la Iglesia, fuese *invisible*, ¿cómo podría cumplirse la profecía de Isaías: *Todas las gentes de la tierra correrán á Él?* (5). ¿Cómo sería culpa no escucharla, y *que el que no oye á la Iglesia sea tenido como un gentil y un publicano*? (6).

Contra la *supremacía* ó la *superioridad de San Pedro y de sus sucesores* los Romanos Pontífices, citan los textos que indican las virtudes que deben tener los Apóstoles y todos los superiores; virtudes de humildad y de caridad, que les hagan iguales á sus hermanos. De aquí concluyen que no hay superioridad en la Iglesia de Jesucristo, y á este propósito se fundan en aquel pasaje de San Mateo: *El que es mayor entre vosotros sea vuestro siervo: no queráis ser llamados maestros, porque uno solo es vuestro maestro, y vosotros todos sois hermanos* (7). Ellos tienen buen cuidado de no hablar de lo que dice San Pablo: que *Dios puso en su Iglesia á unos Apóstoles, á otros Profetas, á otros Doctores, etc.* (8). El mismo Apóstol llama á Jesucristo *cabeza de la Iglesia*, es decir, cabeza suprema é invisible, mas no por esto rechaza un jefe secundario y visible, sobre el cual Jesucristo ha cimentado su Iglesia, para que él apaciente sus corderos y sus ovejas, y por el cual rogó de una manera especial, á fin de que nunca falte su fe, y en todos casos él confirme á sus hermanos. San Pedro es siempre nombrado el primero (9).

---

(1) Luc. XVII, 20.—Joan. XVIII, 36.—Ephes. II, 19, etcétera.
(2) Math. V, 14.
(3) Math. XX, 1.
(4) Joan. X, 16.
(5) Isa. II, 2.
(6) Math. XVIII, 18.—Véase esta 2.ª parte, cap. 2.º párrafo 2.º
(7) Math. XXIII, 8.
(8) I Cor. XII, 28.
(9) Véase 2.ª parte, cap. VII.

© Biblioteca Nacional de España

Contra *la abstinencia, el ayuno y las fiestas eclesiásticas*, citan aquellos textos que dicen, que *todo cuanto Dios ha criado es bueno, y que no es de desechar nada de lo que se participa con hacimiento de gracias* (1), y que lo que hace inmundo al hombre, no es lo que entra por la boca (2). Presentan luégo los textos que condenan las varias redenciones de los hombres, y que enseñan la inutilidad de las observancias legales, de los dias de fiesta y de las nuevas lunas; pero confunden adrede las vanas observancias humanas y las observancias legales, que debía hacer cesar la ley de gracia, con los preceptos y las fiestas de la Iglesia católica. Sin duda todo lo que Dios ha criado es bueno, y cuando los católicos se abstienen de algunas cosas en ciertos dias, no es por considerarlas malas, como hacían algunos herejes de que habla San Pablo (3), que reprobaban las bodas y el uso de las viandas como cosas malas en sí mismas; pero los católicos se abstienen porque la Iglesia les ordena esta abstinencia ó mortificacion. No es lo que entra en la boca lo que mancha al hombre, sino la desobediencia á la Iglesia, que por justas razones lo prohibe. No fué el fruto lo que manchó á Adan, sino la desobediencia á Dios. Dios impone al hombre la obligacion de hacer penitencia, y la Iglesia determina el tiempo y la manera de hacerla, para que el hombre, abandonado á sí mismo, no descuide esta obligacion. ¿Qué cosa más razonable? Por otra parte, los Profetas ayunaron. Ayunó el mismo Jesucristo, que además nos dice *que hay ciertos demonios que no pueden ser arrojados sino por la oracion y el ayuno* (4): y predijo que sus Apóstoles ayunarían cuando Él los hubiere dejado (5).

En favor de la *tolerancia dogmática* protestante, y contra la severidad de la Iglesia católica, citan aquellos pasajes en que Jesucristo recomienda la misericordia, como por

(1) I Tim. IV, 4.
(2) Math. XV, 11.
(3) I Tim. IV, 2.
(4) Marc. IX, 28.
(5) Math. IX, 15

© Biblioteca Nacional de España

ejemplo: *No juzgueis y no seréis juzgados* (1), y el de San Pedro: *que Dios no es aceptador de personas, mas en cualquiera gente del que le teme y obra justicia, se agrada* (2). Los católicos admiten tambien estos textos, pero mejor instruidos, no sacando de ellos las mismas consecuencias. Cuando dicen que fuera de la Iglesia no hay salvacion, expresan con propiedad el juicio del mismo Jesucristo, que dice que *los que no creen serán condenados* (3), y que *los que no escuchen á la Iglesia sean como gentiles y publicanos* (4). Y en otro lugar nos dice: *Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros con vestidos de ovejas, pero en su interior son lobos rapaces* (5). Conforme á esta doctrina, nos amonesta San Pablo: que *huyamos de los herejes, despues de la primera y segunda correccion, sabiendo que el que es tal, está pervertido, y peca siendo condenado por su propio juicio* (6). Hasta el Apóstol de la caridad, San Juan, animado del espíritu de la verdad, dice con la misma energía: *Si alguno viene á vosotros y no hace profesion de esta doctrina, no lo recibais en casa, ni le saludeis, porque el que le saluda, comunica en sus malas obras* (7). Se ve, pues, que en cuanto á la fe y la doctrina, lo mismo Jesucristo que sus Apóstoles son inexorables. Un solo redil y un solo pastor, un Señor, una fe y un bautismo, y, en fin, una sola Iglesia es reconocida como el único camino verdadero que lleva á la verdad y á la vida.

Lo que acabamos de decir basta perfectamente para dar una idea exacta de la manera con que los ministros y los escritores protestantes abusan de la Biblia contra la doctrina de la Iglesia católica. Pero no debemos omitir que al emplear estos textos los escritores y ministros protestantes, no ignoran que el sentido que ellos les dan es contrario al que les ha dado la antigüedad cristiana, ó, mejor di-

(1) Luc. VI, 37.
(2) Act. X, 34.
(3) Marc. XVI, 16.
(4) Math. XVIII, 17.
(5) Math. VII, 15.
(6) Tit. III, 10.
(7) II Joan. 10.

© Biblioteca Nacional de España

cho, la Iglesia universal en todos los siglos. Consúltense los expositores, y hasta los mismos herejes, de los cuales se puede sacar una refutacion victoriosa contra los protestantes (1).

4.° Pero la mayor perfidia y la más insigne mala fe de los protestantes, es atribuir á la Iglesia católica una doctrina absurda, que ella misma condena y rechaza con horror. Ellos tienen la imprudencia de decir «que todo católico está obligado á recibir con humildad todos los delirios y áun absurdos que les dicte el Papa: que para obtener el perdon de todos los crímenes, basta con ser absuelto: que todos los crímenes de impureza se dispensan por dinero, y que se puede pagar por adelantado por los que se hayan de cometer: que el Papa manda adorar á las imágenes; que se practica la idolatría más grosera en la Iglesia romana, y que esta Iglesia tiene un verdadero Olimpo con millares de divinidades, etc., etc. Tales son las cosas que enseñan todavía los protestantes, los reformadores, los hombres evangélicos. Todos estos absurdos y otros muchos se atreven á escribir en innumerables folletos y hojas, con que han apestado á España desde la *gloriosa* revolucion de Setiembre de 1868. Si en un país eminentemente católico se atreven á esto, ¿qué será en los países en que el pueblo los escucha dócilmente?

Esto es lo que hacen los protestantes y esta es su manera de hacer prosélitos. Solo el ódio más ciego les puede hacer forjar tan groseras imposturas, y solo la perfidia extenderlas, pues no las creen los mismos que las dicen (2);

(1) Véase *Los Apologistas involuntarios*, por Merault.

(2) Stillingfleet había publicado un libro titulado: *De la idolatría y del fanatismo de la Iglesia romana.* Habiéndolo leido el duque de York, preguntó á Schelden, si es una opinion recibida en la Iglesia anglicana que la de Roma sea idólatra. Schelden respondió que no, pero que los jóvenes eclesiásticos anglicanos, queriendo agradar al pueblo, empleaban esta acusacion como un medio para ello. Véase *Collection des memoires relatifs á la revolution d'Angleterre*, por M. Guizot, libro IX, tomo II, pág. 314.

Habiendo declarado el protestante Vissio que desaproba-

© Biblioteca Nacional de España

por lo tanto, son unos impostores, y en esta parte indignos de la estimacion de las personas honradas.

Mas, ¿qué sería el protestantismo si no luchara de esta manera tan desleal? Como lo indica su mismo nombre, se ve obligado á estar siempre en una actitud de *protesta* y de rebelion, y son consiguientes sus manifestaciones, fuera de la ley. No puede vivir sino por la violencia y la calumnia. Todo error, ó se impone brutalmente, ó se disfraza hipócritamente. El protestantismo no sabe otros medios de sostenerse y propagarse, como todas las malas causas.

§ VI.—*Victoria de la Iglesia sobre el protestantismo.*

La más ilustre victoria de la Iglesia sobre el protestantismo es haber dado á conocer bien lo que es, la marcha tortuosa que ha seguido, los funestos efectos que ha causado, y los temibles peligros que envuelve. Al demostrar tan evidentemente su falsedad y absurdo, le ha aniquilado desprestigiándole, y por eso hoy no abrazará el protestantismo ninguna persona instruida, á no ser para dar rienda suelta á sus pasiones.

Ante las gravísimas perturbaciones que excitó en la Iglesia este perverso enemigo, redobló ésta la prodigiosa actividad de que Dios la ha dotado, y aunque el golpe fué tan tremendo y la sorprendió de improviso, se preparó ventajosamente para el combate, y desde los primeros momentos empezó consiguiendo gloriosos triunfos.

Pronto se organizó un poderoso ejército de incansables y decididos campeones, formado expresamente para combatir al protestantismo en todas partes: la *Compañía de Jesús*. Esta sociedad, instituida para defender hasta la muerte la doctrina y los derechos de la Iglesia católica, partiendo

---

ba las imputaciones que los ministros protestantes se permitían contra los católicos, recibió la respuesta siguiente: *Si nosotros dejásemos de decir que el Papa es el anticristo, el pueblo abandonaría nuestra comunion.*—Véase Flether, *Reflexion sobre el espíritu de las controversias religiosas*, pág. 129. —Boone, apéndice 4.°, pág. 211.

© Biblioteca Nacional de España

con ella todas sus vicisitudes y todos sus peligros, empezó desde su orígen haciendo una guerra tan terrible á la reforma, y ha continuado haciéndosela sin treguas en todos los tiempos, que su solo nombre causa vértigos á los protestantes.

La Compañía de Jesús es la antítesis más completa del protestantismo, y su más declarada enemiga. El protestantismo enarbolaba la bandera de la rebeldía contra el Papa, y, por el contrario, la Compañía hacía un voto especial de obediencia á la Santa Sede, particularmente respecto á las misiones. El protestantismo llevaba la libertad hasta la licencia; la Compañía hacía profesion de sacrificar la voluntad del indivíduo por la sumision más perfecta á los superiores. Un gran número de Religiosos de otras órdenes habían abrazado el protestantismo para vivir á sus anchuras; pero la Compañía se distinguió siempre por la pureza y la severidad á veces excesiva de sus costumbres. El protestantismo, predicando reforma, se abandonaba á todos los excesos; la Compañía empezó realizando esa reforma, y resucitando el espíritu de los primeros siglos de la Iglesia, con tal decision y tal vigor, que no ha necesitado ser reformada en todo el tiempo de su existencia. Miéntras el protestantismo ha sufrido tantas variaciones, la Compañía ha permanecido inmutable en su espíritu, cumpliendo el objeto de su institucion.

Desde su aparicion parece que reconcentró en sí misma lo más puro y elevado de la vida de la Iglesia, la ciencia de los Santos Padres y el celo de los Apóstoles. Es indecible la grandísima actividad que desplegaron los Jesuitas en contra del protestantismo. El Austria fué preservada por ellos de abrazar la nueva doctrina, así como tambien Baviera, y en la misma Alemania atajaron los progresos de la reforma; y los príncipes católicos se apresuraban á llamarlos á sus Estados, á fin de preservarlos de la defeccion general. Ellos fueron en todas partes el apoyo y el baluarte del Catolicismo contra los ataques de sus enemigos; trabajando incesantemente por medio de la predicacion, de la controversia, de los catecismos, de los Sacra-

© Biblioteca Nacional de España

mentos, y especialmente de la educacion é instruccion de la juventud (1), y fundaron los más célebres colegios de aquella época (2). Por último, supieron introducirse en Inglaterra, á pesar de las leyes bárbaras que los proscribían, y á pesar de la severa vigilancia ejercida contra ellos y tener puesta á precio su cabeza.

La Compañía de Jesús ha sido siempre el martillo del protestantismo y de todos los errores. Ya se haya presentado en la política, ya en la ciencia, ya en las costumbres, el sistema protestante, por diversas formas que haya adoptado y diversos disfraces con que se haya cubierto, desde el fatalismo hasta el liberalismo moderno, ha sido combatido por los Jesuitas con redoblados y decisivos golpes hasta confundirle, y, lo que es más, desprestigiarle. Por eso, los protestantes, los doctrinarios y los liberales aborrecen á los Jesuitas con el ódio más implacable; y si alguna vez llegan á dominar, los persiguen, los expulsan y procuran su destruccion. Cuando llega este caso, marchan tranquilos á otro país más hospitalario, exclamando con tono profético: *Gobiernos, vosotros pasareis y yo volveré.*

II. *Concilio de Trento.*—Ante la inminencia y gravedad del peligro que amenazaba el protestantismo, se conmovió la Iglesia universal y se levantó á defender su fe. Todos

---

(1) Los hombres más juiciosos, dice Alzog, han reconocido siempre que el método de los Jesuitas, aliando constantemente la ciencia y la religion, y sosteniendo el espíritu por toda suerte de medios exteriores ingeniosísimos, es perfectamente propio para la instruccion de la juventud. *Historia gen. de la Iglesia*, párrafo 347.

(2) Tales son los de Friburgo, Colonia, Tréveris, Maguncia y otros muchísimos. Los Jesuitas supieron despertar el gusto á los estudios clásicos, literarios y científicos, cuya enseñanza proscribían los protestantes como una ocupacion mundana, inútil y peligrosa á la educacion religiosa, miéntras que la Iglesia había aprendido por una triste experiencia cuánto había tenido que sufrir de la carencia de estos conocimientos.—Alzog, ib.

© Biblioteca Nacional de España

sentían vivamente la necesidad de un Concilio general; los mismos protestantes apelaban á él, por más que despues suscitasen mil dificultades á su celebracion, sabiendo ciertamente que de él había de salir su decisiva condenacion. Al fin, superados todos los obstáculos que oponían las guerras, las ambiciones y las pasiones, se reunió el Concilio en Trento, dando principio en 1545 y terminando en 1563. En este Concilio fueron confundidos y condenados todos los errores protestantes, y se tomaron las más sábias disposiciones para la reforma tan deseada de la Iglesia.

En aquel Concilio se reunieron los Prelados de todos los países del mundo, los teólogos y oradores más distinguidos, los embajadores de los príncipes católicos y los legados del Papa, para presidir en su nombre. Aquellos Padres, adornados de una ciencia profunda, de una erudicion vastísima, de una rara perspicacia y de gran prudencia y piedad, al mismo tiempo que del celo más vivo por la pureza de la fe, de la cual eran testigos y depositarios, iluminados por el Espíritu Santo, segun la promesa de Jesucristo, emplearon á la vez todos los medios humanos para esclarecer la verdad, sin disimular ninguna dificultad, y examinando y discutiendo maduramente todos los puntos de controversia que negaban los herejes. En este Concilio cobró nueva vida la religion católica, por tanto tiempo combatida; y la fe, desfigurada de mil modos por las sectas heréticas, tornó á brillar pura y limpia de dogmas alterados ó corrompidos. Este Concilio devolvió su desmayado vigor á la disciplina, extirpó de raíz los abusos, reanimó la vida espiritual é hizo que la Iglesia volviese á manifestarse tan fuerte, tan grande y tan pura como lo había estado en sus mejores dias.

Los principales puntos de la doctrina católica fueron definidos en este Concilio con la mayor precision y claridad. Primero se formó el cánon de los Libros Sagrados y se decretó la autoridad de la tradicion; despues se fijó la doctrina sobre el pecado original y sus efectos, sobre la justificacion del pecador, sus condiciones, su modo y la influencia de la gracia divina; pasó luégo á tratar de los

© Biblioteca Nacional de España

sacramentos, definiendo que son siete, instituidos por Jesucristo, y que son otros tantos medios de obtener la justicia, bien aumentándola en nosotros, bien recobrándola cuando una vez se ha perdido, extendiéndose sobre la sagrada eucaristía, el santo sacrificio de la misa y su eficacia, la penitencia, la divinidad y necesidad de la confesion; el órden, la gerarquía de los ministros eclesiásticos y la superioridad de los Obispos sobre los simples Presbíteros. Por último, explicó la importantísima doctrina sobre el matrimonio, su unidad, su indisolubilidad y los impedimentos, y que pertenece á la Iglesia el conocimiento de las causas matrimoniales. El Concilio terminó formulando con la mayor exactitud la fe de la Iglesia acerca del purgatorio, de las indulgencias, el culto de los Santos, sus imágenes y reliquias, etc.

Además se ocupó de muchas materias importantes de disciplina, para corregir los abusos y reformar las costumbres. Entre los decretos de reforma merecen especial mencion los relativos á los derechos del Papa y de los Obispos, la residencia de los Clérigos, su correccion por el Ordinario, la colacion de beneficios, la visita de las diócesis, las fundaciones piadosas, la celebracion de sínodos, la institucion de los Seminarios, y la reforma de los regulares de uno y otro sexo. Nada fué olvidado por este Concilio, que forma una de las épocas más gloriosas de la Iglesia católica, siendo el testimonio más patente de la asistencia divina que la prometió su fundador.

Por poco que examine cualquiera las sesiones de este célebre Concilio, dice Alzog, se convencerá de que jamás sínodo alguno desenvolvió ni definió con tanta prudencia más materias ni más importantes. En él se encontraron como en un terreno comun, los más opuestos extremos, se limitaron mútuamente unos á otros, y de aquí resultó el equilibrio que hacía tanta falta á la verdadera catolicidad. Los Obispos y teólogos españoles se hicieron principalmente notables por la sabiduría con que lograron conciliar las oposiciones de la teología especulativa y de la historia eclesiástica. ¿Qué asamblea vió nunca reunidos

© Biblioteca Nacional de España

tantos Cardenales, Obispos y teólogos distinguidos por su piedad y su profundísima ciencia? ¡Qué celo tan cabal por una verdadera reforma nos revelan los decretos *de reformatione*! ¡Qué venturosos cambios, qué progresos tan grandes en la Iglesia no se hubieran visto si se hubieran observado fielmente todos esos decretos como lo deseaban aquellos virtuosos representantes de la catolicidad!

El protestantismo, herido de muerte por el Concilio de Trento, rehusó constantemente reconocer su autoridad. Pero esta conducta, ¿no es una nueva prueba de su falsedad? ¿Quién podría suponer que la Iglesia entera, representada por sus miembros más notables, haya desconocido la verdadera enseñanza del Evangelio, y que el conocimiento de éste haya sido dado únicamente á un puñado de novadores turbulentos, y sin mision alguna legítima? Aun mirándolo solamente bajo el aspecto humano, ¿de parte de quién está la razon? El protestantismo no tenía ningun pretesto para permanecer en su rebeldía desde que vió las decisiones del Concilio y el celo con que emprendía la verdadera reforma. Pero lo que quería el protestantismo no era la forma, sino la licencia, y por eso permaneció obstinadamente en la rebeldía y en el error.

En lo sucesivo fueron siempre inútiles las diversas tentativas hechas muchas veces para atraer á los protestantes, porque éstos nunca han buscado la verdad de buena fe, y tampoco han podido convenirse entre ellos. La lucha siguió, pues, obstinada, llevando siempre el protestantismo la peor parte, y ya los apologistas católicos no tenían que esforzarse en demostrar la falsedad del protestantismo, sino en rechazar sus calumnias, y en poner de manifiesto su mala fe.

Si alguna vez ha intentado sostener una polémica séria, ha sido confundido y aniquilado por los vigorosos atletas católicos. Bossuet, con el talento y la ciencia de los antíguos Padres, confundió para siempre al protestantismo en el terreno teológico, demostrando plenamente su falsedad, sus errores y su mala fe, el crímen de su rebeldía y sus contínuas variaciones, y, por último, respondió satisfacto-

© Biblioteca Nacional de España

riamente á todas sus objeciones (1). Balmes lo aniquiló en el terreno histórico, demostrando, contra el doctrinarismo de M. Guizot, que todos los grandes caractéres de nuestra civilizacion deben atribuirse directamente al Catolicismo, ya en su gérmen, ántes del protestantismo, ya en su desarrollo, por la accion contínua de la Iglesia, despues y á pesar del protestantismo, el cual no ha hecho más que desnaturalizar esta grande obra y trasformarla en lo que estamos viendo (2). Augusto Nicolás le ha dado el golpe de gracia en el terreno social, demostrando claramente que es el patrocinador de todas las malas causas, que se ha encontrado su espíritu en el fondo de todas las herejías, que todas están como él, impregnadas de panteismo, y, por último, que lleva inevitablemente al socialismo (3).

Para que el triunfo sea más glorioso, ha habido muchos que han combatido al protestantismo con armas tomadas en sus parques. Los protestantes, deslumbrados muchas veces por el brillo de la verdad católica, no han podido ménos de rendirle tributo con frecuencia, y sin quererlo se han hecho sus apologistas contra sí mismos. No se han descuidado los teólogos católicos en hacerlo notar oportu-

---

(1) Bossuet, *Historia de las variaciones de las iglesias protestantes. Advertencias á los protestantes. Exposicion de la doctrina de la Iglesia católica en los puntos de controversia.*— Masillon, en el *Elogio del Delfin,* llamó á Bossuet «hombre de un ingénio vasto y feliz, de un candor que caracteriza siempre á las almas grandes y á los talentos de primer órden; el ornamento del Episcopado y con quien el Clero de Francia se honrará en todos los siglos; un Obispo en medio de la córte; el hombre de todos los talentos y de todas las ciencias; el doctor de todas las Iglesias; el terror de todas las sectas; el Padre del siglo XVII, y á quien no faltó sino haber nacido en los primeros siglos, para haber sido la luz de los Concilios, etc.»

(2) Balmes, *El protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea;* obra maestra que mereció ser traducida en casi todas las lenguas de Europa.

(3) Aug. Nicolás, *Del protestantismo y de todas las herejías en su relacion con el socialismo.*

© Biblioteca Nacional de España

namente y en reunir esos testimonios que arrancaba á sus enemigos la misma fuerza de la verdad. Siempre la confesion del adversario se ha tenido por el argumento del mayor peso contra él. *A confesion de parte, absolucion de prueba* (1). «Al considerar por una parte los altos pensamientos de tantos génios ilustres, dice Leibnitz, y por otra los lamentables errores en que los mismos han caido, he admirado muchas veces en mí mismo la providencia de Dios, que de tal modo los hace contrarios el uno al otro, que un lector juicioso puede sacar de sus escritos y formar un cuerpo verdaderamente admirable de excelentes enseñanzas, si fija principalmente la atencion sobre aquellos pasajes de sus obras en que los autores están de acuerdo con la tradicion de la Iglesia católica» (2).

CAPITULO V.

El filosofismo.

«Si no estuviera bien convencido de mi religion católica por razones directas, decía un ilustre sábio, me convencería por la ignorancia y la mala fe de sus enemigos, por el encono con que la combaten y por la conjuracion que for-

(1) Tales son las obras *La apología de la Iglesia romana por los protestantes*, por Anderton.—*Apología de la religion católica, sacada de los autores protestantes modernos*, por Eslinger.—*La fe y la doctrina de la Iglesia católica probadas por el testimonio de los más sábios protestantes*, con un prefacio del Dr. Lingard.—*La reforma contra la reforma ó la vuelta á la unidad católica por el camino del protestantismo*, por Honinghaus, con una introduccion de M. Andin.—Honinghaus, protestante, consultó los teólogos, los filósofos, los historiadores, los moralistas y hasta los poetas, y de todos los escritores disidentes, antiguos y modernos, formó una especie de coro en que todas las voces cantan acordes un himno á la gloria del Catolicismo en su fe, en sus dogmas, en su litúrgia, en su disciplina, en sus Padres, en sus Doctores, en sus Pontífices y en sus Ordenes religiosas, etc.

(2) Leibnitz, *Pensamientos sobre la religion*.

© Biblioteca Nacional de España

man contra ella todos los hombres malvados y corrompidos.»

El filosofismo no es otra cosa que el protestantismo sin la Biblia, pues uno y otro con ó sin la Biblia, hacen á cada uno juez de lo que es verdad, de lo que es justicia, de lo que es derecho y de lo que es deber. No reconocen ninguna autoridad que no esté subordinada á su razon, y no admiten ninguna verdad sin llamarla á su tribunal. Pero el filosofismo sacó las últimas consecuencias del protestantismo y enarboló francamente la bandera de la incredulidad y del ateismo declarando la guerra á toda religion.

Al combatir al filosofismo, no atacamos á la verdadera y sana filosofía, que es la fiel aliada de la fe, sino aquel sistema funesto de hombres impios que, cubriéndose con el manto de filósofos, niegan las verdades mejor demostradas, enseñando los principios más subversivos, y quisieran borrar de la tierra hasta el nombre de Dios.

Examinaremos el objeto y resultados de la filosofía del siglo XVIII, y sus luchas contra la Iglesia, que solo sirvieron para demostrar más claramente la verdad de ésta y de las promesas divinas que la sostienen.

§ I.—*Objeto y resultados de la filosofía del siglo XVIII* (1).

Luchar sin tregua contra muchos enemigos, hé aquí la tarea de la religion cristiana. Desde su orígen coaligáronse entre sí contra ella los poderosos del mundo para sofocarla en su cuna. Por espacio de tres siglos avanzó á través de las más sangrientas persecuciones, y salió victoriosa de la multitud de herejías que sucesivamente fueron atacando sus verdades fundamentales.

En aquella sazon los filósofos que hasta entónces habían, al parecer, ignorado ó despreciado esta nueva religion, envidiando los resultados que había obtenido en todos los

(1) Extractamos este artículo del discurso que con el mismo título se halla en la *Historia Eclesiástica* de Henrion, tomo VIII, pág. 507. Edicion de Barcelona, 1855.

© Biblioteca Nacional de España

países, y sintiéndose humillados por la sublimidad de la moral que evidenciaba la vaciedad de sus teorías filosóficas, y por las virtudes de los cristianos que tanto contrastaban con sus propios vicios, reunieron todo su saber, su elocuencia y su destreza para combatirla y destruirla por completo. Pero vanos fueron sus desesperados esfuerzos: la religion triunfó de estos nuevos adversarios, y ni áun noticia hubiera quedado de sus obras si los apologistas católicos no las hubiesen mencionado. Despues de esta distinguida victoria contra la filosofía, la religion cristiana, durante una larga série de siglos, solo debió sostener luchas particulares que el cisma y la herejía le suscitaron.

El siglo XVIII presenció en el seno mismo de la cristiandad la conjuracion más vasta y universal que hasta entónces había existido contra la religion. Los filósofos modernos concibieron el proyecto de atacar á la Iglesia y destruirla hasta en sus cimientos. El jefe de esta conjuracion impía, Voltaire, fué un hombre famoso por su talento, no ménos que por sus vicios, y, sobre todo, por el rabioso encono que había jurado á la religion, y por la guerra que la declaró desde su juventud, y que sostuvo á pesar de sus escasos resultados, hasta la más impotente decrepitud. En breve reunió bajo sus banderas á muchos literatos que sin méritos sólidos aspiraban á la celebridad, á muchos cortesanos y mujeres frívolas, y sobre todo á muchos libertinos, que habían abandonado la religion por la inmoralidad de su corazon y la desenfrenada licencia de sus costumbres.

Comprendiendo que no podían atacar la moral sublime del Evangelio, aunaron todos sus esfuerzos contra sus dogmas y misterios, suponiéndolos en contradiccion con la razon, empleando principalmente para desprestigiarlos el sofisma y el ridículo. Al principio se vieron obligados á ocultar su marcha; pero alentados con la acogida que recibieron y con la tolerancia del Gobierno, no tardaron en presentarse al descubierto. Viéronse suceder rápidamente una multitud de obras llenas de la mayor impiedad, en las cuales los atributos de la divinidad, y los misterios más augustos eran objeto de las más horribles blasfemias y de los

© Biblioteca Nacional de España

sarcasmos más osados. Los que no hayan leido sus obras no podrán figurarse el frenesí y el furor con que prodigaban á la religion las imputaciones odiosas de fanatismo, de supersticion, de estupidez, de intolerancia, de crueldad y de barbárie, miéntras por el estilo de sus escritos se denunciaban á sí propios como verdaderamente culpables de todos estos excesos. Al ver este inconcebible delirio de un puñado de hombres contra la divinidad, suscítase en la imaginacion el recuerdo de aquellos habitantes del Nilo, de quienes habla Diodoro de Sicilia, que molestados por los rayos del sol, y no acertando á librarse de ellos, le insultaban con gritos y exclamaciones impotentes. Faltos absolutamente de freno, publicaron obras, que serán siempre el oprobio de la época que las vió salir á luz, atacando todas las religiones, negando todos los deberes del hombre, santificando todos los desórdenes, llegando alguno á emitir este voto feroz: Quisiera que el último de los reyes fuese ahorcado con las tripas del último de los Sacerdotes.

Este ódio criminal contra la religion anduvo secundado por la mala fe de los filósofos que exageraban los abusos que alguna vez ha habido en la Iglesia, por la debilidad de los ministros, que al fin son hombres, confundiendo el abuso con la misma religion. Al mismo tiempo daban la preferencia sobre el cristianismo, sobre su culto, y sobre sus preceptos religiosos, á los absurdos del politeismo, á las imposturas groseras de la religion mahometana, y al culto supersticioso y fanático de los pueblos indios. Este ódio injusto de los filósofos no traía su orígen de otra parte que de los deberes que la religion impone. Los dogmas de ésta humillan el orgullo, su moral reprime las pasiones, y estos supuestos sábios querían seguir libremente su orgullo y sus pasiones. Queriendo someterlo todo á su razon, tenían que detenerse á cada paso por los insondables misterios que la religion profesa; y lo que se veían precisados á confesar respecto de la naturaleza, que hay muchos hechos, cuyas causas son desconocidas, lo negaban refiriéndose á su autor, y por una inconsecuencia nécia, negaban la verdad de los misterios, solo porque no los comprendían.

© Biblioteca Nacional de España

Pareciéndose los filósofos á los gigantes de la fábula, en el delirio de su orgullo, se propusieron nada ménos que destronar á Dios mismo, quitarle la adoracion y el homenaje de los mortales. ¿Quién creyera que hubieran podido llegar á tal exceso de demencia, y que no se trataba de calumniarlos, si no se supiera que su jefe estaba realmente envidioso de Jesucristo, que se irritaba al pensar en su gloria, y que frecuentemente, con el acento de la desesperacion, solía decir: Este hombre estableció en tres años una religion que yo en vano hace medio siglo que trabajo por destruir. Esta envidia era más ó ménos comun á todos los escritores que tomaron parte en aquella guerra impía contra la religion. No hay duda que la idolatría de la propia razon es la que hizo á los filósofos enemigos de los dogmas y de los misterios de la religion cristiana, así como la idolatría del corazon les hizo desertar de su moral.

La moral tan pura del Evangelio, pero á la vez tan severa, no podía ménos de indignar á unos hombres enamorados de sí propios, que nada querían rehusar á sus sentidos; que consideraban toda privacion voluntaria de los bienes, ofrecidos á su goce, como una locura ó una estupidez. Aun aquellos filósofos que estaban ménos dominados por los sentidos, la encontraban demasiado incómoda; pues no solo prescribe la adoracion y amor debidos al Sér Supremo, sino que además ordena un culto externo, tan necesario al hombre, y tan indispensable como el mismo culto interno.

Sin embargo, muchos filósofos admitían un culto interno, cuya naturaleza y extension arreglaba cada cual á su placer. Exceptuando algunos insensatos que, en el acceso de su delirante impiedad, llegaban á negar la existencia de Dios, la mayoría de ellos hacía profesion pública de lo que llamaban religion natural, la cual hacían consistir en la adoracion interna del autor de la naturaleza sin ninguna especie de culto exterior, y toda su moral se reducía á esta máxima: «A nadie hagas lo que no quieras te hagan á tí mismo.» Pero, ¡qué léjos estaban de cumplir con los escasos deberes que esta religion les imponía!

Pero sea cual fuere la moral de los filósofos, reiterados

© Biblioteca Nacional de España

hechos demuestran cuán distante estaba su conducta de conformarse con la máxima que les servía de base. Sabido es que no era por cierto el desinterés, la virtud dominante de su jefe, y nadie ignora los medios poco decorosos y delicados con que Voltaire aumentó considerablemente su fortuna. Difícil sería creer hasta qué extremo llegaba su envidia á toda clase de reputaciones, si sus escritos no lo acreditaran. La historia de sus desavenencias con Maupertuis y La-Baumelle es una obra, cuyas palabras, léjos de ser dignas de la academia, parecen tomadas de las verduleras.

Mas sobre todo, por su intolerancia religiosa, ¡quién lo creyera! es por lo que estos hombres demostraron la mayor contradiccion entre su conducta y sus principios. Todos sus escritos están llenos de las más bellas máximas sobre la libertad de pensar y de escribir, y sobre la tolerancia de todas las opiniones y de todos los cultos. Pero la experiencia nos ha dado á conocer lo que debía creerse de aquellos principios de tolerancia y de aquel espíritu de moderacion que afectaban en todas sus obras, pues cuando llegaron á ser gobierno, y pudieron hacerlo impunemente, se convirtieron en los hombres más intolerantes.

Llevados del ciego encono que los animaba, no solo contra aquellos de quienes tenían que quejarse, sino áun contra todos los que conservaban algun afecto á la religion de sus padres, no repararon en excesos. Aquellas primeras escenas escandalosas que deshonraron los Templos de Francia, aquellos insultos tan bárbaros como indecentes hechos al pié de los altares á mujeres cristianas, ellos son los que los provocaron. La cruel persecucion suscitada en toda Francia, durante la revolucion, contra la religion y sus ministros, los atentados sacrílegos de todo género, la espantosa *época del terror*, los torrentes de sangre que inundaron todo el imperio, los millares de cadáveres arrojados al rio por mano de los verdugos, todas aquellas ejecuciones atroces, aquel lujo de crueldad en los suplicios, aquellos atentatos nunca oidos en la historia de los pueblos, todo eso, ¿no era por ventura obra suya? ¿No fueron autores

© Biblioteca Nacional de España

inmediatos de estos crímenes por sus consejos, ó sus causas remotas por la influencia de sus escritos? Y, ¡estos son los hombres que criticaban de fanatismo á la religion, que la acusaban de quitar á la razon su libertad y de hacer violencia al espíritu en sus opiniones religiosas! ¿Qué secta hubo en ningun tiempo más fanática que la que puso las armas en manos de unos malvados, y levantó hogueras y cadalsos, no para obligar á los hombres á dar á Dios el culto que le place prescribirles, sino para obligarlos con el terror á renegar de todas las religiones y cultos?

Hemos visto el uso que hicieron de su poder, faltaba que nos hicieran ver su experiencia y capacidad en materia de legislacion y gobierno; pues en esta parte pretendían sobrepujar á cuantos sábios legisladores y grandes políticos ha producido la antigüedad. Jamás se les presentó mejor ocasion de justificar tan orgullosas pretensiones. Los hombres que dominaron en las asambleas legislativas eran casi todos discípulos ó partidarios suyos. Citábanlos como oráculos, y con arreglo á sus máximas redactaron las leyes, y sobre las ruinas de todos los principios religiosos levantaron el edificio de su legislacion. No es este el lugar de discutir las diversas Constituciones que hemos visto sucederse con tanta rapidez, y que como obra de la precipitacion ó de la violencia, han caido en olvido casi al nacer, no pudiendo por lo efímero de su existencia lisonjear el orgullo de los titulados sábios que las dirigieron. Parece que la Providencia divina no permitió que ejercieran tanto influjo sobre esas legislaciones proclamadas con tanto énfasis como instrumentos de felicidad pública, más que para convencer á todo el universo, al que esos hombres orgullosos habían tenido engañado por tanto tiempo, de toda su nulidad é incapacidad en la ciencia que creían poseer exclusivamente. Con arreglo á sus obras pudieron ser juzgados.

Sin embargo, al pensar en los esfuerzos que esa tan audaz secta está haciendo de un siglo á esta parte para sostener la conjuracion impía fraguada contra la religion, no podemos ménos de convenir en que el veneno de su doc-

© Biblioteca Nacional de España

trina ha infestado muchas almas, que los filósofos han hecho cómplices de su funesto extravío. Pero, ¿qué es lo que á la religion han quitado de sus misterios y de su moral? ¿Cuál es el dogma cuya creencia hayan destruido? ¿De qué promesa de las hechas á la Iglesia ha quebrantado la certeza? Gracias sin fin hay que dar á Dios, que acredita de dia en dia la infalibilidad de sus oráculos. Las puertas del infierno no prevalecieron contra la Iglesia, y todos los ataques y maquinaciones de los filósofos solo sirvieron para ilustrar las verdades de la fe, confirmarlas con la ciencia y darlas mayor solidez.

Por último, debemos hacer notar el hecho repetido de los solemnes testimonios que han dado los filósofos contra sí mismos. Aquellos hombres que se jactaban de despreciar igualmente las promesas que las amenazas miéntras consideran aún distante el término de su vida, cuando una enfermedad grave su hora postrera, desmienten aquella temeridad que les hacia provocar los rayos de la justicia divina. En aquellos instantes, que siempre habían considerado como un sueño que insensiblemente los hacía volver á la nada, sufren los más acerbos dolores, que los conducen á la desesperacion, ó los más vivos temores, que los convierten al seno de la religion. En la hora de la muerte, sea con su desesperacion ó con su arrepentimiento, rinden testimonio á la verdad que han combatido durante toda su vida. ¿Quién ignora el terrible ejemplo que dió Voltaire en la hora de su muerte? El desdichado espiró en medio de los más atroces remordimientos, devorando sus propias inmundicias, y exclamando lleno de furor y desesperacion: «*Estoy abandonado de Dios y de los hombres.*» Espectáculo terrible, segun su médico, que hubiera desengañado á cuantos se han dejado seducir por sus escritos si hubieran estado presentes. Lametrie, Boulanvilliers, Dumarsais, el marqués de Argens, Maupertuis, Toussaint, Boulanger y otros muchos de los corifeos de la incredulidad, se convirtieron en su última hora. Diderot quiso hacerlo y se lo impidió D'Alembert, el cual, á su vez, quiso hacerlo tambien, cuando llegó su hora, y se lo impidieron sus amigos.

© Biblioteca Nacional de España

Si sostienen tan mal en su hora postrera esa pretendida fuerza de espíritu de que tanto se jactan los campeones de la incredulidad, ¿qué deberá suceder con la oscura turba de sus prosélitos, que no están interesados como ellos en sostener hasta el extremo el tono de seguridad é intrepidez que tanto afectaban durante su vida? Al aproximarse la muerte se abren los ojos del alma, resuenan terribles los gritos de la conciencia, y la idea de la eternidad cercana los sumerge en la desesperacion.

¡Infelices víctimas del error! Hé aquí los recursos que os ha dejado esa pretendida filosofía que os arrulló con tan seductoras promesas. ¡Pluguiese á Dios que todos aquellos que se han dejado seducir por ella no aguardasen á tan terrible momento para arrepentirse y pensar en el terrible porvenir cuando ya sea tardío su arrepentimiento é infructuosos sus remordimientos! ¡Ojalá acudan presurosos á beber en el seno de la religion esa esperanza consoladora que experimenta un alma fiel, que solo ve en la muerte un sueño tranquilo, que la hace dormir con la dulce confianza de una felicidad eterna!

§ II.—*Males del filosofismo.*

De la exposicion que acabamos de hacer de las doctrinas y tendencias del filosofismo, se puede comprender la multitud de males que acarrea y la gravedad de los peligros á que expone á la sociedad.

Afortunadamente, los mismos filósofos se encargaron de descubrirlos, si ya no los hubiera puesto de manifiesto el instinto de honradez que hay en el fondo de todos los corazones y el mismo sentido comun que rechaza sus perniciosas doctrinas. «Los filósofos, dice Rousseau, destrozando y pisoteando todo cuanto los hombres respetan, quitan á los afligidos el último consuelo de su miseria, á los poderosos y á los ricos el único freno de sus pasiones; arrancan del fondo del corazon los remordimientos del crímen y la esperanza de la virtud, y se vanaglorian todavía de ser los

© Biblioteca Nacional de España

bienhechores del género humano» (1). Otro decía que el no conocer á Dios era para los Estados un mal más terrible que la peste, y que hacer la guerra á la religion era lo mismo que pretender trastornar todos los fundamentos de la sociedad humana.

La religion es la que formó las sociedades, luego la incredulidad tiende á destruirlas. Los primeros legisladores cimentaron sus leyes sobre la religion, sabiendo que no podían tener otro apoyo todas las instituciones sociales para ser sólidas y durables. Si fuese destruido este primitivo vínculo de la sociedad, sería un absurdo el creer que subsistirían siempre sus efectos. Pero el filosofismo las hiere por su base, y no puede sustituir á ellas ningun motivo capaz de contener al hombre en el cumplimiento de sus deberes.

Léjos de eso, da rienda suelta á todas las pasiones y precipita al hombre en todos los excesos del sensualismo, quitándole la creencia en otra vida y presentándole la nada como su último fin. Por consiguiente, es natural que se abandone á procurarse en esta vida todos los goces posiples sin reparar en medios, y que considere á la virtud como enemiga, porque la prohibe entregarse á la satisfaccion de sus apetitos. «Si se considera á los ateos en la disposicion de su corazon, dice el mismo Bayle, se halla que, no estando detenidos por el temor de ningun castigo divino, ni animados por la esperanza de bendicion alguna del Cielo, necesariamente deben abandonarse á todas sus pasiones» (2).

Solo en la religion, confiesa la *Enciclopedia*, es posible hallar exacta justicia, probidad constante, una perfecta sinceridad, aplicacion útil, desinterés generoso, amistad fiel, una inclinacion benéfica, comercio ó trato agradecido, en una palabra, todas las delicias y placeres de la sociedad» (3). «Yo no entiendo, añade Rosseau, cómo puede

(1) *Emilio*, tom. III, pág. 19.
(2) *Pensamientos sobre el cometa.*
(3) Artíc. *Presbité.*

© Biblioteca Nacional de España

una persona ser virtuosa sin religion: es cierto que por largo tiempo estuve en ese falso entender y opinion engañosa, pero me he desengañado» (1). Luego el filosofismo, que tiende á destruir la religion, tiende al mismo tiempo á destruir la sociedad.

Una triste experiencia confirma lo que acabamos de decir. Nadie ignora los espantosos trastornos de la revolucion francesa y los increibles horrores á que dió lugar. Todos los escritores convienen en que aquella revolucion y sus consecuencias deben atribuirse á la influencia fatal del filosofismo. Es ciertísima la dolorosa exclamacion de Lus XVI, preso en el Temple, al contemplar los retratos de Voltaire y Rousseau, que allí estaban: *Esos dos hombres han perdido á Francia*.. El filosofismo, sobrescitando las pasiones populares y falseando todas las ideas, preparó todas las revoluciones que han afligido y turbado á la Europa en el espacio de un siglo. Ellos han hecho derramar la sangre á torrentes. Sus obras sostienen siempre viva la fermentacion de los ánimos y su propension á la rebeldía, por lo cual confesaba con mucha verdad Napoleon Bonaparte: «Yo no me considero con bastante fuerza para gobernar á gentes que lean á Rousseau y á Voltaire.»

El filosofismo era y es el alma de las sociedades secretas, cuyo objeto es poner en práctica sus principios, destruyendo ó debilitando la religion y fomentando en los Estados las turbulencias y la anarquía. Cuando se pudo conocer los hombres que componian las *lógias*, se vió con la más viva alarma que las formaban los filósofos anticristianos, juntamente con los hombres más impíos y los demagogos de la época. En lo sucesivo han pertenecido siempre á estas sociedades y pertenecen hoy dia los *libres pensadores*, los libertinos, los hombres sin religion, los enemigos de toda autoridad, que proclaman los *derechos* del hombre sin acordarse para nada de sus deberes.

El filosofismo es el padre legítimo del moderno *liberalismo* con sus atrevidas doctrinas y sus funestas consecuen-

(1) *Carta sobre los espectáculos.*

© Biblioteca Nacional de España

cias. Como la impiedad es progresiva, el liberalismo ha erigido en sistema las teorías filosóficas; disfrazándolas con una forma halagüeña, predica las mismas libertades que aquéllos proclamaron, y quiere tenazmente reducirlas á la práctica, no para todos, sino en cuanto conviene á sus intereses, desmintiendo con los hechos su nombre. Pero en esta inconsecuencia no hace más que imitar fielmente á sus antepasados.

No son ménos desoladores los efectos que produce el filosofismo sobre el indivíduo que tiene la desgracia de abrazar sus doctrinas. Bien pronto se sofocan en su corazon los sentimientos generosos, llenándolo por completo el más grosero egoismo. Si reflexiona atentamente, debe sentirse envilecido y degradado, poniendo todas sus aspiraciones en los bienes de la tierra, y ni áun éstos puede conseguir. Su vacía filosofía le señala el mismo orígen y el mismo destino que á los brutos, le propone los mismos objetos á sus deseos, y los encierra en los mismos límites. ¿Puede haber mayor infelicidad para un ente racional, que se siente capaz de ambicionar un infinito?

Su alma está contínuamente sumergida en la más angustiosa duda, sin poder explicarse satisfactoriamente nada de lo que pasa en el mundo, y devorando los mayores absurdos por no someterse á las explicaciones de la revelacion. Y, ¡despues de esto pretende el dictado de *espíritus fuertes!* ¡Cuán oportunamente exclama La-Bruyere: Los espíritus fuertes no saben que se les llama así por ironía! ¿Qué debilidad mayor que estar incierto de cuál es el principio de su sér, de su vida, de sus sentidos, y cuál debe ser su fin? (1)

Por un orgullo inconcebible se ve precisado á ponerse en contradiccion con la generalidad de los hombres que no piensan como él. Y, ¿es posible que pueda vivir tranquilo el que tiene contra sí á todos los hombres en el pasado, y á la inmensa mayoría de sus contemporáneos? ¿Todos los hombres, ménos él, son unos estúpidos? ¿Hasta él ha estado

(1) La-Bruyere, *Caractéres*.

© Biblioteca Nacional de España

siempre oculta la verdad? Por consiguiente, el libre pensador, ó está ciego por la soberbia, ó debe vivir sumamente intranquilo, si tiene sentido comun.

Por último, si es desgraciado, como no puede ménos profesando estas ideas, ¿qué consuelos pedirá á su cruel filosofía? ¿Qué resignacion puede ofrecer esta fatal filosofía al enfermo postrado en el lecho del dolor; al débil, víctima de las injusticias y de las vejaciones del poderoso; al infeliz, infamado por la calumnia; á todo hombre, en fin, lacerado en sus más queridas afecciones por los dolores y las miserias de la vida? ¿Lanzarle á la desesperacion y hacerle buscar su remedio en el suicidio?

Y, ¿qué dirá, sobre todo, al pobre trabajador, condénado á ganar un pan negro con el sudor de su rostro, cuando no tiene trabajo, y aunque lo tenga no le produce lo suficiente para atender á las perentorias necesidades de su familia, miéntras otros nadan en la opulencia? Le dirá que la *propiedad es un robo*, llenará su corazon de veneno, y hará que se lance con el más ciego furor á todos los excesos del comunismo.

El filosofismo no tiene consuelos para el desgraciado, ni lágrimas, ni esperanzas; no tiene más que hiel para hacer cada vez mayor su infelicidad.

§ III.—*Triunfo de la Iglesia sobre el filosofismo.*

Cuanto más obstinados y rabiosos fueron los ataques del filosofismo, tanto más glorioso y señalado fué el triunfo que reportó la Iglesia. Una vez más se ha visto palpablemente el cumplimiento de las promesas divinas. Los filósofos desaparecieron, y no queda vestigio de sus personas ni de sus proyectos; sus impíos sistemas cayeron en el desprestigio, y hoy son despreciados como absurdos, miéntras que la Iglesia católica, á quien ellos se lisonjeaban de aniquilar, permanece cada vez más robusta y majestuosa.

Hagan lo que quieran los impíos, la religion es como un bien templado muelle, que cuanto más comprimido esté por algun tiempo, se dilata despues con mayor brío y pu-

© Biblioteca Nacional de España

janza. «Mirad, dice San Juan Crisóstomo, el Templo de Jerusalem; Dios lo derribó, ¿los hombres han podido levantarlo? Mirad la Iglesia católica: Dios la ha edificado: los hombres conjurados contra ella, ¿han podido destruirla? Lo que Dios derriba, nadie lo levantará; ni ménos derribará lo que Dios ha levantado» (1). El error puede subsistir y propagarse por algun tiempo, y áun mostrarse durante él en una especie de triunfo; pero los derechos de la verdad son imprescriptibles; *la verdad del Señor permanece eternamente* (2). Su duracion está medida con la de los años eternos; el momento que el error la quita no es más que un punto el cual desaparece en la inmensidad de los siglos. De este modo hemos visto detenidos los progresos de la incredulidad, y el mismo exceso del mal ha llegado á ser en parte su remedio por los desastres que ha causado. Los hombres han abierto los ojos á la vista del abismo á donde el error los había conducido, y la religion saca grandísimas ventajas de la misma guerra que sostiene contra sus más encarnizados enemigos (3).

«¡Qué ejemplo tan palpable nos ha ofrecido de ello la persecucion filosófica de que hablamos! Volvamos los ojos á aquellos dias espantosos de terror y de blasfemia en que tanto sufrió la Iglesia.» ¡Oh, y qué situacion tan triste! ¡Cuán angustiada se veía y oprimida de amargura! El padre comun de los fieles preso y aherrojado, fuera de la tierra clásica de sus dominios, disperso el colegio de Cardenales, los Obispos todos de un reino, en número de 130, desterrados, proscrito en él el culto, cerrados los Templos, derribados los altares, perseguidos los Sacerdotes, deshechas las Ordenes religiosas, proclamado el ateismo, las armas de la impiedad triunfantes por doquiera, relajados todos los vínculos sociales, conmovidos todos los tronos de Europa, extendido el espanto á todas partes con los rugidos del mónstruo de la revolucion, que tendido sobre los

(1) *Orat. in judæos.*
(2) Psalm. CXVI, 2.
(3) Feller, *Catec. filosófico*, lib. IV, capítulo 8.°

© Biblioteca Nacional de España

rios del mundo, parecía desafiar á Dios, diciendo: *mios son los rios;* ó con irónica sonrisa diciendo á lo romanos: *guardad vuestro Papa: mirad que es el último...* Y bien, orgullosa filosofía, ¿cuál es tu triunfo? Sopló Dios y se disiparon todos sus enemigos: los miró y sus proyectos agigantados se desvanecieron como el humo: se vió que habían tejido telas de araña contra Dios, y se enredaron en sus propios lazos. Cuando más seguros contaban con su triunfo, llama Dios á los pueblos del Norte, y aquellos pueblos, siendo enemigos de la Iglesia latina, á su vez vienen á asegurar la permanencia de ésta. Se necesita la libertad de la Italia para la eleccion de un nuevo Papa y evitar un cisma, y como si únicamente hubiesen venido para eso, ocupan la Italia el tiempo preciso para la eleccion... Segunda vez se renuevan con más dolo y más amaños la persecucion y los ataques en los dias del usurpador general, del Mahoma de la filosofía (Napoleon), y nuevos triunfos de la religion se suceden: los reyes proscritos vuelven á sus tronos, el Romano Pontífice al sólio pontificio, la tierra se renueva, y á despecho de la filosofía, Cristo triunfa, Cristo reina, y con una mirada de seguridad hace reconocer á sus hijos que *contra el Señor no hay consejo que valga*; que su Iglesia dura y durará hasta la consumacion de los siglos (1).

Así como las antíguas herejías sirvieron para corregir los abusos, explicar los dogmas y restablecer la disciplina eclesiástica, de la misma manera los impíos, aunque contra su intencion y voluntad, sirvieron para afirmar la religion por los mismos sacudimientos que parecía habían de trastornarla. La Iglesia triunfó de los nuevos filósofos, como triunfó de los antiguos.

El cristianismo, prósigue el escritor citado, á la manera de una bóveda bien construida, se cierra, aprieta y consolida más con el peso que se la carga. Si la crueldad de los perseguidores multiplicó los hijos de la fe, los sofismas de los impíos han sido ocasion de que se corroboren sus dogmas. Sus pruebas, mejor estudiadas, harán más viva im-

(1) Teller, lib. IV, cap. 8.°, nota.

© Biblioteca Nacional de España

presion en todos los entendimientos por su belleza; su moral, mejor explicada, moverá más eficazmente los corazones; su culto aparecerá más respetable; sus ministros, como contínuamente observados por sus enemigos, procurarán ser irreprensibles. La altanera filosofía, ensoberbecida por sus rápidos y extraordinarios progresos, ha rasgado el velo con que cubría sus horrores, y desplegado en toda su extension los dogmas desesperantes de un sistema destructivo de toda verdad y de toda felicidad: ella ha reunido todos sus principios y todas las consecuencias que de ella resultan en cuadros que hacen estremecer, y que han dado á las máximas de la religion un nuevo precio y nuevos encantos. Esta fiera enemiga de Dios, descubriéndose en el delirio de su orgullo, y mostrándose tal cual es, se ha cubierto á sí misma de ignorancia y de oprobio.

Ante los atrevidos y obstinados ataques de los filósofos, se multiplicaron los apologistas y defensores de nuestra religion, desplegando los mayores talentos para impugnarlos, deshacer sus sofismas, y descubrir sus peligrosas tendencias (1). Si en un principio se produjeron en la Iglesia hondas perturbaciones y se multiplicaron las apostasías, en cambio se aumentó la adhesion de sus verdaderos hijos, y cuando se restableció la calma, se encontró depurada de sus enemigos ocultos, y de muchos miembros que la deshonraban. Las disputas en que los incrédulos empeñan al cristiano instruido y celoso por la defensa de su fe, se asemejan mucho, segun la comparacion de un autor célebre, á aquellas partes ácinas y volátiles que se hallan en todos los cuerpos aptos para la fermentacion. En un principio turban el licor; pero como ponen en accion toda la masa, en el movimiento se disipan ó se precipitan más: llega el momento de la depuracion, y sobrenada un licor dulce, suave y vigoroso, que sirve para la nutricion del hombre.

---

(1) Véase Ceballos, *La falsa filosofía convencida de crimen de Estado*, obra profunda, que siempre se leerá con fruto.

© Biblioteca Nacional de España

Pero, sobre todo, la Iglesia triunfó de la incredulidad, saliendo ilesa y esplendorosa de todas sus objeciones. Los filósofos falsearon la historia, revolvieron las ciencias naturales, apelaron á la calumnia, al sarcasmo y al ridículo, y no lograron debilitar un solo artículo de nuestra fe. Hé aquí con cuánta fuerza y brillantez presenta este argumento el elocuente P. Félix.

«La Iglesia no ha cesado un solo dia de sufrir los ataques de la ciencia filosófica, pero puede decirse que Dios había reservado para estos últimos tiempos la prueba decisiva y que reserva para lo porvenir una prueba más brillante aún. Un génio de primer órden (el conde de Maistre) ha dicho: «Ninguna religion, exceptuando una, puede sostener la prueba de la ciencia: la ciencia es como el ácido que disuelve todos los metales, á excepcion del oro.» Nuestros mismos enemigos habían adivinado que si la vida católica no se componía más que de elementos humanos, el progreso de la ciencia iba á pulverizarla, y este es el único punto en que el génio científico no ha engañado el golpe de vista de los sábios.»

«Recordad, señores, aquella conspiracion que no ha tenido igual, que hizo oir en el siglo pasado este santo y seña infernal que resonó en toda Europa: *¡Aplastad, aplastad al infame!* ¿A quién creeis que convocaba este grito famoso? ¿Convocaba soldados ó verdugos? No, convocaba sábios. Al oir este grito, todos los hombres que en aquella época habían dedicado su ciencia al génio del error, y su corazon al génio del mal, se reunieron llevando en una mano la antorcha de la ciencia y en la otra la espada de la discusion: poetas, literatos, historiadores, filósofos, matemáticos, físicos, naturalistas, astrónomos y geólogos, todos se adivinaron desde los últimos confines del mundo intelectual, literario y científico, y todos se dieron la cita de los ódios conjurados contra la Iglesia en el campo de batalla, de la filosofía y de la ciencia.»

«Y todos obedecieron al santo y seña, todos pusieron manos á la obra, y todos requirieron á la filosofía, á la historia, á la física, á la astronomía, á la fisiología, ó á la geo-

© Biblioteca Nacional de España

logía, un mentís contra la verdad, una profeca contra la vida, y una maldicion contra la Iglesia. Pues bien, ¿qué fué de la vida católica bajo esta irradiacion de todas las luces unidas y condensadas por la ciencia?... Resplandeció con más pureza su brillo, al paso que los sábios temerarios vieron sus filosofías y sus sistemas desechados como absurdos.»

«Se había querido ver, y se vió: se vió á todas las ciencias llamadas por el libre pensamiento para insultar y maldecir, principiar de pronto como Balaam á glorificar y bendecir: sevió á la *historia* arrojar cada vez más luz sobre los orígenes cristianos: se vió á la *geología* relatar la creacion como Moisés: se vió á la *cronología* confirmar nuestras épocas bíblicas, y se vió á la *lingüística*, la *fisiología* y la *etnografía*, atestiguar con nosotros la unidad de nuestra raza y la fraternidad de nuestra sangre.... Y lo que hemos visto ya, añade, seguiremos viéndolo cada vez más. Bajo el choque de la libre discusion y bajo la libre irradiacion de la ciencia, se verá á la vida católica salir más brillante y más fuerte del crisol científico, donde perecen las religiones humanas, y decir á sus hijos aterrados con la ciencia impía: «No temais la discusion, ni os dé miedo la ciencia: la discusion me consolida y la ciencia me demuestra, porque soy la verdad: *Ego sum veritas.*»

«No nos inquieten las nuevas tentativas de la ciencia contemporánea. Sabremos lo que habrá al fin de la ciencia, si verdaderamente es la ciencia: habrá una nueva luz para iluminar nuestro dogma, y así como los cuerpos se descubren con más claridad en la luz eléctrica, del mismo modo, merced á los progresos de todas las ciencias, el carácter divino de nuestra vida brillará con mayor esplendor en la luz científica» (1).

Por último, los mismos filósofos dieron muchas veces testimonio contra sí mismos, no pudiendo ménos de reconocer muchas verdades católicas, y elogiar sus dogmas y su moral. Deslumbrados por el brillo majestuoso de la ver-

(1) Discurso sobre los *Tres estados de la vida católica.*

© Biblioteca Nacional de España

dad, le tributaban un homenaje desinteresado, tanto más precioso para nosotros, cuanto más enemigas eran las plumas que lo daban. Es necesario que una cosa esté bien probada, cuando hombres tan dispuestos á negarla y disputar sobre ella, no hallaban razones con que combatirla, y, por el contrario, se convertían en sus defensores. Los apologistas católicos no se descuidaron en reunir estas confesiones de la incredulidad (1).

CAPITULO VI.

El liberalismo.

Acabamos de nombrar el enemigo más encarnizado é insidioso que tiene la Iglesia en los tiempos modernos.

Hijo legítimo del protestantismo, y como aquél, enemigo de la autoridad, nutrido en el racionalismo; y como éste, enemigo de la revelacion, es el que dirige contra la Iglesia todas las falanges del error, y á pesar de su incompatibilidad recíproca, sabe emplearlas á todas como otros tantos auxiliares de su causa. Tan pronto es hereje como cismático, tan pronto jansenista como volteriano, y dentro de él caben y se cobijan por un inconcebible maridaje los más opuestos sistemas y los más monstruosos errores.

Enarbolando una bandera que no le pertenece, la libertad, y apropiándosela como si él solo fuera su único defensor, cuando en realidad la falsea y la destruye, ha logrado engrosar sus filas con innumerables hombres seducidos por los mágicos encantos de aquella palabra que no puede ménos de ser simpática á todos los corazones. Por esta razon lo defienden muchos, que si lo conocieran bien ó quisieran conocerlo, renegarían de sus principios.

---

(1) Véase *El Deismo refutado por sí mismo*, por el Ab. Bergier. *La Religion vindicada de la incredulidad por la incredulidad misma*, por el Ilmo. Sr. Le Franc-de-Pompignan. *Los Apologistas involuntarios*, por Merault.

© Biblioteca Nacional de España

Por otra parte, finge sostener exclusivamente una idea política, una forma determinada de gobierno, independiente de la religion, y con esto seduce á otros muchos que creen que la política y la religion, por ser cosas distintas, deben marchar, y de hecho marchan separadas é independientes, siendo así que no hay cuestion política de alguna importancia que no se relacione estrechamente con la religion, y siendo así que el liberalismo tiene casi por único objeto intervenir en los asuntos religiosos y medrar á costa de la religion. De manera que se han hecho antitéticos el uno y la otra, y verdaderamente inconciliables, miéntras el primero no abandone su funesto sistema de meterse en el terreno vedado, que no puede abandonar sino suicidándose, ó sea negándose á sí mismo. ¡Tan encarnado está en la esencia del liberalismo el intervenir en lo que no le compete! ¡Y, sin embargo, hay muchos que creen que se puede ser liberal en política y católico en religion!

Estos son los que componen la falange más numerosa del liberalismo, y los que en realidad lo hacen peligroso. Por éstos, el liberalismo se obstina en llamarse católico, y se presenta como tal, considerando como una injuria el que se le niegue este honroso título, á pesar de la guerra declarada que hace á la Iglesia y á cuanto se relaciona con el esplendor y con la fuerza de ella.

Disfrazado así el liberalismo, se ha apoderado de la opinion pública, se ha hecho poderoso y se ha enseñoreado de los Gobiernos, y ha emprendido una guerra sorda é incesante contra la Iglesia, que consiste en dar una direccion torcida á la cosa pública en oposicion con los principios católicos, en presentar pérfidamente los intereses del Estado en lucha con los intereses eclesiásticos, y en confundir adrede lo temporal con lo espiritual para usurpar los derechos de la Iglesia en provecho de la autoridad civil. Importa, pues, mucho quitar la máscara á este pérfido enemigo, y descubrir sus hipócritas amaños y sus verdaderos fines.

Examinaremos, pues, lo que es el liberalismo, sus relaciones con la Iglesia, los principios que defiende y la justi-

© Biblioteca Nacional de España

cia de su condenacion; y aunque no sea más que de paso, le consideraremos tambien como sistema político y veremos que es radicalmente malo, subversivo, antireligioso y corruptor.

§ I —*Idea del liberalismo.*

Entendemos por liberalismo *aquel funesto sistema de ensanchar inconsideradamente la esfera de la libertad con menoscabo de la autoridad legítima.*

De otro modo: *el sistema que se propone abolir muchas leyes razonables encaminadas á prevenir y corregir los abusos de la libertad individual.*

Expliquemos la definicion.

Hemos dicho *sistema* para indicar el decidido empeño del liberalismo de llevar adelante sus principios, ya sea defendiéndolos con las armas de la razon, como lo hace la llamada *escuela liberal*, por medio de la palabra y de la prensa, ya imponiéndolos por la violencia ó la sorpresa, como lo hacen muchos Gobiernos. Hemos dicho *funesto* para manifestar los muchos males que ha producido; *de ensanchar la esfera de la libertad*, porque tal es el fin y el objeto que él mismo confiesa, y al cual encamina todos sus actos, públicos y privados; *inconsideradamente*, para significar la ligereza y falta de fundamento con que procede, sin tener ninguna razon sólida para apoyarse, y además previendo los daños y perturbaciones que se han de seguir de su conducta. Hemos dicho *con menoscabo de la autoridad*, porque el fin del liberalismo es debilitar el principio de autoridad, y emancipar al hombre de su accion en todo lo posible. Esto sería laudable en cosas legítimas, y con el objeto de limitar los abusos de la autoridad; pero el liberalismo se propone poner trabas á la autoridad legítima, autorizando él á su vez cosas ilegítimas. Por eso hemos añadido *autoridad legítima*, ya para dar á entender que manda ó prohibe cosas conformes á la justicia y á la razon, ya tambien que ejerce su poder en virtud de un derecho cierto.

La segunda definicion queda explicada con lo dicho El

© Biblioteca Nacional de España

liberalismo trata de abolir muchas leyes que limitan la libertad en ciertos casos en que así lo aconseja el verdadero conocimiento de las necesidades sociales y la experiencia de muchos siglos. Hemos llamado á estas leyes *razonables*, en el sentido de justas, fundadas y equitativas y dictadas por la recta razon. Tales son las relativas á la imprenta, á la enseñanza, á la asociacion, etc., que dejando al indivíduo la más amplia libertad para el bien, y no poniendo ninguna traba al desarrollo de su actividad, se concretan á prevenir los abusos, á que el hombre propende por naturaleza. Como todo abuso del indivíduo no puede ménos de redundar en daño de la sociedad, la limitacion de la libertad individual en estos casos es una salvaguardia de los intereses generales y una garantía de la libertad de todos. Pero el liberalismo echa por tierra estas leyes razonables á que aludimos, y extiende la libertad hasta el abuso, y áun defiende en el hombre derechos que llama *ilegislables*, como si todo lo temporal y externo no estuviese sujeto á la direccion de la ley, por la influencia que ejerce sobre la sociedad en general.

De manera que el liberalismo es sinónimo de la libertad abusiva, ó, lo que es lo mismo, de licencia y de libertinaje.

Esta palabra *liberalismo*, que no se encuentra en nuestros diccionarios, se forma de la palabra *libertad*; pero desnaturalizando y corrompiendo su significado hasta destruir su sentido. Efectivamente, libertad significa la facultad que tiene el hombre de desarrollar su actividad dentro de la esfera de lo lícito; pues aunque esta facultad se extiende absolutamente á obrar lo ilícito, esto no puede llamarse en rigor efecto de la libertad, sino abuso de la misma. Por eso Dios, que es soberanamente libre, no puede, sin embargo, obrar el mal. La libertad que obra el mal, se llama libertinaje.

Libertad, en su sentido más extricto, significa la facultad de elegir entre dos ó más términos propuestos á la voluntad. Segun sea la calidad de estos términos, dan lugar á las divisiones de la libertad que hacen los filósofos. No hay

© Biblioteca Nacional de España

eleccion posible entre el bien y el mal, porque el corazon se inclina irresistiblemente al bien, ántes de toda deliberacion, y se aparta invenciblemente del mal; de manera que no puede ser indiferente escoger el uno ó el otro. Sin embargo, sucede muchas veces que el hombre se inclina al mal, pero es porque se le presenta bajo la apariencia de bien. De aquí nace la necesidad de la ley, que tiene por objeto ilustrar á la libertad, y dirigirla á fin de evitar sus descarríos, prohibiendo al hombre, por el bien suyo verdadero, que obre el mal que se le ofrece bajo apariencias engañosas, ó que sus pasiones le pintan como un bien. La ley, pues, pone un freno á las pasiones desordenadas, al paso que asegura el ejercicio de la libertad y de sus diversísimos actos, dentro de su verdadero elemento, lo justo y lo lícito.

Al dirigir y moderar la libertad del indivíduo, la ley tiene tambien por objeto proteger los derechos de los miembros de la sociedad. Hay muchos hombres, por desgracia, capaces de obrar contra el dictámen de su conciencia y cometer crímenes, con tal que de ellos les resulte alguna conveniencia ó utilidad. Evidentemente, la libertad no puede extenderse á tanto, y por eso estos hombres son reprimidos y castigados en todos los países cultos ó bárbaros. Por consiguiente, es de todo punto necesario que la libertad se halle limitada en muchos casos, á fin de que la sociedad sea posible, pues de lo contrario, prevaleceria la ley del más fuerte. Pero la ley solo limita la libertad en cuanto á sus abusos, y no hay ninguna ley que prohiba el ejercicio de una cosa universalmente reconocida como buena.

La libertad política sigue las mismas reglas de la libertad moral, y no es otra cosa que una libertad colectiva, la libertad de los pueblos que forman un todo, una unidad. Es, por lo tanto, la facultad que se tiene en las naciones bien gobernadas, de hacer y decir cuanto no se oponga á las leyes y á las buenas costumbres. No puede ser más extenso el horizonte que se concede á la verdadera libertad, y así es, que ésta puede armonizarse amigablemente con

© Biblioteca Nacional de España

todas las formas de gobierno, desde la monarquía absoluta, hasta la república federal. Es una alianza recíproca de los poderes y los pueblos, que se mueven noblemente dentro de la ley, cumpliendo sus respectivos deberes, y sin crear obstáculos los unos á los otros. Si abusa de esta libertad el poder, es tirano; si abusa el pueblo, es rebelde.

Pero no es así como entiende la libertad el *liberalismo*, sino que da de ella una definicion nueva y absurda, que es la base de todos sus errores. Yo entiendo por libertad la facultad que tiene el hombre de obrar por sí mismo, conforme á la recta razon, teniendo por motivo de su actividad el fin de sus propios actos, y la eleccion de los medios más adecuados para conseguirlo, en cuyo caso la ley es la primera condicion de todo acto libre. Ha de haber en la voluntad una fuerza capaz de dominar y vencer las tentaciones, de resistir al incentivo de los vicios y de restablecer el equilibrio de nuestras inclinaciones y nuestra concupiscencia, que por efecto del pecado nos ladea contínuamente hácia el mal: de manera que la libertad queda falseada y debilitada en su principio. La libertad destituida de regla y de ley es el desórden y la licencia, y en política es la anarquía, y con frecuencia el despotismo.

El liberalismo, por el contrario, entiende por *libertad* el derecho que tiene el hombre de escoger y obrar libremente el bien lo mismo que el mal, de manera que la libertad no sea completa si no incluye el derecho áun de abusar de la libertad. Estando desequilibrados los dos platillos de la balanza, y preponderando en el hombre la inclinacion que le arrastra al mal, al echar igual peso en ellos se precipitará el platillo vicioso, levantando el de la virtud. Es decir, que predominará el mal sobre el bien, y esto sucederá inevitablemente siempre que se les concedan iguales derechos.

De esta falsa nocion de la libertad se deducen todas las perversas y peligrosas consecuencias del liberalismo. El que se cree y quiere ser libre en el sentido que el liberalismo da á esta palabra, no reconoce ningun freno á sus pasiones, y toda traba que se le ponga, por legítima y ra-

© Biblioteca Nacional de España

zonable que sea, le parecerá una insoportable tiranía. De aquí la proclamacion de esas funestas libertades, que son otros tantos abismos, como tendremos en breve ocasion de probarlo, y que aplicadas á la práctica, son la pesadilla contínua de los buenos, y el gérmen más fecundo de trastornos y perturbaciones sociales. Por eso, el que abraza las doctrinas liberales, se siente fatalmente arrastrado de consecuencia en consecuencia, y de principio en principio, haciéndose cada dia más y más libre en sus ideas y en sus actos. No hay límite para contenerse en esta fatal pendiente. Tal es el dichoso *progreso* con que nos brinda el liberalismo.

Las generaciones sobre todo, más que los indivíduos, avanzan á pasos agigantados en las vías del liberalismo. Los hijos son más liberales que los padres, y los nietos más todavía. En política, un progresista engendra á un demócrata, y éste á un republicano federal, que á su vez da la vida á un socialista. En religion, un católico-liberal, género exótico de una nueva herejía, tiene un hijo indiferentista, que despues viene á ser padre de un ateo. Así es, que aquellas libertades que hace algunos años se proclamaban tímidamente como concesiones que la prudencia aconsejaba hacer al espíritu moderno, ó sea á las necesidades de la época, hoy se piden soberbiamente como *derechos*.

El liberalismo, pues, destruye la libertad ensanchando inconsideradamente su esfera y convirtiendo en un mal y en un peligro comun el ejercicio de la facultad más noble del hombre.

De modo que hay una diferencia inmensa entre libertad y liberalismo, y áun una verdadera oposicion. Es la misma diferencia que hay entre razon y racionalismo, filosofía y filosofismo, sociedad y socialismo, y otras palabras semejantes que alteran el sentido de que proceden. Así como racionalismo significa el abuso de la razon, filosofismo una falsa filosofía, y socialismo un sistema destructor de la sociedad, de la misma manera liberalismo significa una falsa libertad, un abuso de la libertad y su destruccion radical.

Lo que más llama la atencion es que el liberalismo des-

© Biblioteca Nacional de España

truye la libertad en nombre de la libertad misma. Cuando el liberalismo, viéndose fuerte ó apoderado del Gobierno, trata de reducir á práctica sus principios, apela generalmente á la violencia y á la fuerza bruta para imponerlos á los que no piensan como él. Este sistema, en la práctica, es la contradiccion más irritante, y al mismo tiempo la más palpable condenacion de sus hipócritas teorías. Al paso que concede las libertades más ámplias á sus partidarios, y autoriza y disimula todos sus excesos, lo niega todo á los que le son contrarios, y los oprime de mil modos cuando quieren hacer uso de las mismas libertades que proclama. El desconoce y menosprecia todos los derechos, por poco que le contraríen, y aniquila despóticamente todos los obstáculos que, dentro de su misma ley, embarazan su marcha. El liberalimo, como nos enseña una triste experiencia, es el despotismo más pesado, la tiranía más dura y la más odiosa arbitrariedad. Escrupuloso en proteger al error y sus pretendidos derechos, apenas deja á la verdad el derecho de defenderse cuando es oprimida, como sucede con frecuencia. Considerándolo por este lado, el liberalismo puede definirse: *El monopolio de la libertad en favor de unos pocos, así como tambien en favor del error.*

Esto es una consecuencia inevitable de las doctrinas liberales. El mal es esencialmente despótico, y si se le conceden las mismas facilidades, los mismos derechos y la misma proteccion que al bien, en breve prevalecerá sobre él. Se proclama, por ejemplo, la libertad de imprenta, lo mismo para lo bueno que para lo malo, y en breve se llega á un punto en que, públicándose libremente los escritos más impíos é inmorales, no hay libertad para publicar las constituciones pontificias, y las pastorales de los Obispos, y se inaugura la más brutal persecucion contra la prensa de oposicion, y sobre todo contra la prensa católica. Se proclama la libertad de asociacion, y miéntras se aprovechan de ella los masones, los internacionalistas y las prostitutas, son disueltas las Ordenes religiosas y las asociaciones de San Vicente de Paul. Se proclama la libertad de enseñanza y se cierran violentamente los colegios de los

© Biblioteca Nacional de España

Jesuitas y los Seminarios, incautando sus edificios y destinándolos á cuarteles ú otros usos peores. Se proclama la libertad de cultos, y miéntras con ella encuentran proteccion todas las sectas heréticas, son insultados los Ministros de la religion católica, prohibidas las procesiones, y hasta el llevar por las calles el santo viático. Esta opresion de la libertad del bien por la libertad del mal es un hecho constante en todos los países regidos por Gobiernos liberales; todos mis lectores podrían citar numerosos hechos de que han sido testigos oculares. Nuestra revolucion ha sido y es una enseñanza elocuentísima de lo que es el liberalismo.

La razon de esto es bien clara. El mal, precisamente por ser tal, no repara en medios para conseguir sus fines, y sigue los impulsos de las pasiones, al paso que el bien, precisamente por ser tal, se encuentra limitado por sí mismo, tiene que atender á lo que le dicta la conciencia y muchas veces no puede hacer uso de las libertades que se le conceden. El mal es fácil y el bien es difícil; por eso, si se da á ambos igual proteccion, el primero se desarrollará siempre á costa del segundo. Por consiguiente, el liberalismo es el patrocinador directo del mal y el opresor del bien, en el mero hecho de equiparar los derechos del uno y del otro. Esto áun en el caso de que permanezca sinceramente neutral.

Considerado bajo otro punto de vista, el liberalismo es sinónimo de revolucion, ó sea el espíritu revolucionario, que se empeña en introducir novedades en todos los elementos de la vida social; religion, leyes, costumbres, familia y propiedad. Él es quien promueve todas las revoluciones políticas con el objeto de introducir sus innovaciones en las cosas públicas y privadas. El liberalismo es la pantalla de todos los ambiciosos que procuran escalar el poder para explotar la nacion en provecho propio, y disfrazados con esta capa, ofreciendo libertades y mejoras, seducen á las turbas para trastornar el órden establecido. Para el espíritu revolucionario todos los pretestos son útiles y todos los medios buenos. De un siglo á esta parte no ha habido revolucion, pronunciamiento, ni áun siquiera

© Biblioteca Nacional de España

motin, que no se haya llevado á cabo tomando por pretesto la libertad.

El liberalismo se declara enemigo de todo lo antíguo, no por otra razon, sino porque envidia su gloria, que no puede imitar; reniega de sus tradiciones porque son la condenacion de sus principios, y aborrece las instituciones, que son el testimonio viviente de la grandeza y sabiduría de los siglos pasados. Para emprender esta obra demoledora, tiene contínuamente en los lábios una palabra seductora, el *progreso*. Pero profana y corrompe su significado lo mismo que el de libertad.

El progreso que defiende el liberalismo no es el adelánto constante hácia el bien, la tendencia contínua hácia la verdadera perfeccion por medios legítimos y bien estudiados hácia las mejoras ciertas y no aparentes de los indivíduos y de las sociedades. No, el liberalismo no entiende así el progreso, por más que lo proclame en todos los tonos imaginables. El liberalismo entiende por progreso la negacion y el desprecio del pasado, la agitacion y la turbulencia de las pasiones, el movimiento sin objeto, el éxito del momento y el cambio de lo existente, sin tener nada positivo para sustituir á lo que derroca. No entiende por progreso los adelantos materiales de las ciencias, de la industria y de las artes, las maravillas que ha creado el génio del hombre y las sorprendentes invenciones modernas, que han venido á aumentar considerablemente el bienestar y las comodidades, tanto de los indivíduos como de los pueblos. El liberalismo entiende principalmente por progreso la práctica de los principios liberales con todos sus males, la realizacion de las perversas doctrinas proclamadas como *dichosas conquistas* del espíritu moderno; en una palabra, el triunfo de los errores políticos, religiosos y sociales, que se condenan en el *Syllabus*. Tal es el progreso del liberalismo, que merece más bien el nombre de destruccion.

De lo dicho se infiere que el liberalismo no es otra cosa que un protestantismo disfrazado para introducirse sin ser conocido en las naciones católicas, y llevar adelante su lucha tenaz contra la Iglesia. Desacreditado y vencido mil

© Biblioteca Nacional de España

veces en el terreno religioso y científico, ha escogido por campo de batalla la política en sus relaciones con la religion, y se ha trasformado en liberalismo, que es la aplicacion práctica de las teorías protestantes. Cualquiera ve que los principios liberales y los protestantes son los mismos; la libertad omnímoda que conceden al indivíduo, haciéndole juez de sus actos y de sus convicciones, y la independencia en que le constituyen, con menoscabo de la autoridad. Pero el liberalismo es un protestantismo, por decirlo así, de frac y guante blanco, que se acerca á la Iglesia con la sonrisa en los lábios, para herirla mejor con la apariencia más respetuosa. Es cierto que á veces se descubre tal cual es, y clava sobre ella brutalmente sus feroces garras; pero en breve vuelve á recobrar su actitud atenta.

Poco le importa, sin embargo, ofender á la Iglesia, pues el liberalismo no tiene ninguna religion, sino que es indiferente á todas. Pero teme indisponerse con los pueblos católicos, si no respeta al parecer sus creencias, y por eso muchas veces se declara su protector. Pero es tan elástico en esta materia de religion, que sin violencia alguna se declara segun la oportunidad, y segun sus miras, ó católico fervoroso, ó luterano, ó ateo. Si le interesa proteger á la Iglesia contra la herejía, lo hace desde luégo; pero si le interesa más protejer á la herejía ó á la incredulidad contra la Iglesia, lo hace todavía con más gusto.

Tal es, descrito á grandes rasgos, el carácter general del liberalismo. Camaleon gigantesco que toma todos los colores, para extraviar y trastornar las ideas acerca de su naturaleza y propósitos, no ha podido evitar el ser conocido por sus obras, y solo ha conseguido alucinar á muchos incautos ó tenaces que no pueden persuadirse de que este liberalismo que se les presenta con tantos halagos debe ser tratado como enemigo.

§ II.—*Principios liberales.*

En confirmacion de lo dicho examinaremos brevemente algunas de las principales libertades que predica el libera-

© Biblioteca Nacional de España

lismo, y veremos que son altamente absurdas y peligrosas, y que merecen la reprobacion de todo hombre honrado.

1.ª *Libertad de pensar.*—Hé aquí el error fundamental del protestantismo, que es la base del liberalismo.

Proclamar la libertad de pensar es lo mismo que proclamar la independencia absoluta de la razon individual, ó sea el racionalismo con todas sus consecuencias.

Proclamar la libertad de pensar es autorizar, ó al ménos legitimar todos los errores, todos los delirios y todos los extravíos de la razon humana, abandonada á sí misma; es establecer la anarquía en el mundo moral é intelectual creando tantas reglas de la virtud y del vicio, tantos principios de las ciencias y del error, de la verdad y de la mentira opuestos entre sí, cuantos son los pensamientos humanos que se contradicen.

Proclamar la libertad ilimitada de pensar, es proclamar la libertad de obrar, porque cada uno obra como piensa. De lo contrario, sería la más odiosa tiranía obligar al hombre á obrar contra sus propias convicciones. Tampoco habría derecho á castigarle por sus propias acciones, si en virtud de la libertad de pensar, las ejecutaba con la firme conviccion de que eran lícitas, porque así lo pensaba y lo juzgaba en virtud de su derecho.

Además, toda sociedad bien ordenada tiene leyes y castigos contra sus infractores. Ahora bien, castigar una accion como mala, ¿no es obligar á pensar que es mala? ¿Podrá ser lícito pensar que una accion es buena, y sin embargo ilícito el ejecutarla, siendo justa la ley que la prohiba y la castigue? Tan monstruosa contradiccion solo cabe en el liberalismo.

Proclamada la libertad de pensar, es consiguiente la libertad de manifestar sus pensamientos, pues de lo contrario, sería ilusoria. Por lo tanto, sería preciso admitir que todo hombre, á todas horas, en todo lugar, de todos modos, podría manifestar sus pensamientos por absurdos y subversivos que fuesen. Esto sería lo mismo que minar todas las bases de la sociedad. Luego no es posible admitir esta libertad en absoluto. Luego si hay muchos casos en que

© Biblioteca Nacional de España

necesariamente debe ser restringida, es absurdo que el liberalismo la quiera conceder ilimitada.

Cuando la ley de Dios, la Iglesia, que es su intérprete, la conciencia y la sociedad tienen alguna cosa como buena y honesta, ó tal otra como mala y perversa, no puede haber libertad de pensar de otro modo acerca de ella. Mucho ménos será lícito manifestar los pensamientos de cosas ilícitas ó falsas, porque esto contribuye á falsear los pensamientos de otros, inspirándoles ideas erradas, y precipitándolos en mil abismos.

Mas, áun penetrando en el mismo santuario del pensamiento, dice Balmes, «en aquella region donde no alcanzan las miradas de otro hombre y que solo está patente á los ojos de Dios, ¿qué significa la libertad de pensar? ¿Es acaso que el pensamiento no tenga sus leyes á las que ha de sujetarse por precision si no quiere sumirse en el caos? ¿Puede despreciar la norma de una sana razon? ¿Puede desoir los consejos del buen sentido? ¿Puede olvidar que su objeto es la verdad? ¿Puede desentenderse de los eternos principios de la moral?»

Y en otro lugar dice el mismo: «La voluntad, los sentidos, los órganos, hasta los miembros, todo en el hombre está sujeto á leyes, y, ¿no lo estará el entendimiento? No podemos usar de la última de nuestras facultades sin sujecion al órden moral: y la más noble, la que debe dirigirlas á todas, ¿estará exenta de ley? Una accion de la mano, del pié, podrán sernos imputadas, y ¿no lo serán las del entendimiento? ¿Seremos responsables de nuestros actos externos, y no lo seremos de los internos? ¿La moralidad se extenderá á todo, excepto á lo más íntimo de nuestra conciencia?»

Tal es el principio fundamental del liberalismo, que, como hemos visto, no puede ser más absurdo.

Mas si por libertad de pensar quiere dar á entender el liberalismo que los actos del pensamiento, como internos, no pueden ser violentados, ni encadenados, y que no pueden ser juzgados por ninguna autoridad humana, entónces dice una vulgaridad que nadie niega, ni ha negado jamás.

© Biblioteca Nacional de España

Solo Dios ve los pensamientos, y solo á El ha de dar cuenta el hombre de los abusos de su inteligencia. Pero cuando estos pensamientos se manifiestan exteriormente, pasan á ser actos, que no pueden ménos de estar sujetos á la ley, ya en sí mismos, ya por sus relaciones con los demás miembros de la sociedad. Todas las legislaciones castigan á la inteligencia que dirige un crímen más que al brazo material que lo ejecuta.

2.° *Libertad de imprenta.*—Difícilmente pueden darse elogios exagerados á la imprenta, si se atiende á los inmensos bienes que ha producido, á los inapreciables beneficios que ha hecho á la causa de la religion, á las ciencias, á la industria y á la civilizacion (1). Todos los ramos del saber humano hicieron los más asombrosos adelantos, tan pronto como vino en su apoyo este poderoso agente de la propagacion de las ideas.

No ménos difícil es lanzar contra la imprenta los anatemas que merece, si se atiende á los incalculables daños que ha ocasionado su abuso en todos los órdenes de la sociedad.

Tanto como la imprenta es utilísima y beneficiosa, si se hace buen uso de ella, otro tanto es dañosa y perjudicial si se abusa de la misma. Es un arma poderosísima, lo mismo para el bien que para el mal, segun quien la maneja, cuyos efectos son tan rápidos como extensos y duraderos.

El abuso de la imprenta es facilísimo, por ser un elemento accesible á todos, y una vez cometido, son terribles sus estragos en las ideas, en la política, en las costumbres y en la religion. De aquí se infiere fácilmente que no puede concederse la libertad de imprenta, sino que se necesita tomar muchas precauciones y muchas medidas de prudencia para impedir sus abusos que son tan funestos.

(1) El gran Leon X miraba á la imprenta como una invencion inspirada por el Cielo, que había proporcionado innumerables beneficios á los hombres.—Const. *Inter sollicitudines*, en el Concilio de Letrán el año 1515.

© Biblioteca Nacional de España

La libertad de imprenta es un peligro contínuo para la sociedad y sus intereses permanentes, porque esta libertad se proclama precisamente en favor del mal, en favor del abuso. El bien jamás ha encontrado trabas para publicarse, sino aquellas indispensables que pone la ley para prevenir la publicacion del mal. El liberalismo, al defender esta libertad, se acredita de ser, no propagador de las luces, sino protector del error; no amigo de las ciencias, sino enemigo de la sociedad. Su conducta en esta parte es semejante á la de quien pusiera armas de fuego cargadas en manos de niños, ó de hombres mal intencionados.

La experiencia, que es la maestra de la vida, enseña que, á pesar de la severa vigilancia ejercida sobre la imprenta, han sido muchos los daños que ha causado; pero que han sido infinitamente mayores, cuanto mayor ha sido la libertad que se ha concedido á la prensa. La corrupcion y la inmoralidad se han propagado espantosamente, se han multiplicado los escándalos, se han fomentado las revoluciones, los motines y las asonadas, y, en una palabra, se ha prostituido este noble arte, haciéndose eco de todas las infamias, órgano de todas las calumnias, incentivo de todas las malas pasiones, hasta el extremo de que ha sido llamada con razon la *lepra de las sociedades modernas* (1).

No podía suceder otra cosa, pues la libertad de imprenta pone á ésta al servicio de la ignorancia, del error, de la malicia, de los ódios y de las innobles venganzas. Escritores sin conciencia, que venden su pluma á todas las malas causas, han inundado al mundo de folletos, libelos y otras mil producciones impías y escandalosas, explotando por una vil ganancia las pasiones y los vicios de los pueblos, y presentando un peligroso cebo á todos los vicios.

Es, por lo tanto, tan absurda como perniciosa la libertad de imprenta: y, sin embargo, el liberalismo la proclama como un *derecho natural del hombre*. Pero, dice un escritor, ¿cuándo se ha apellidado derecho la licencia de insultar y

(1) *¿Qué peste más mortífera para el alma*, dice San Agustin, *que la libertad del error?*

© Biblioteca Nacional de España

atropellar todos los derechos? ¿Cuándo la naturaleza ha concedido al hombre la facultad de pensar, hablar y escribir contra el hombre, contra la sociedad, contra Dios y su religion? La calumnia, la sedicion, la impiedad y la herejía, ¿no están acaso proscritas por el derecho natural y divino? Los defensores de la ilimitada libertad de imprenta confunden la libertad, en el órden moral, con la facultad física. El hombre, en ese órden, no es más libre por naturaleza de emitir y publicar sus pensamientos inmorales irreligiosos y antisociales, que lo es para matar injustamente á otro hombre. No tiene derecho de publicar escritos que quiten la vida del alma.

La sociedad tiene derecho á que se la instruya en la verdad y en las sanas doctrinas en que consiste la verdadera civilizacion, y á que se lancen de su seno el error y el vicio, porque éste es la gangrena que la acaba y aquél un elemento que la engendra. El error es el oscurantismo positivo. Toca, pues, á la potestad política, á quien cumple el deber de defender los derechos de la sociedad y alejar de ella todo lo que puede ser causa de su ruina, poner límites á la licencia tipográfica.

Padecen un engaño lamentable todos aquellos que opinan ser esa ilimitada libertad un medio de progreso y civilizacion. ¿Cómo es posible que la publicacion del error, del sofisma, de la ilusion y de las doctrinas inmorales é irreligiosas, pábulo de los sistemas desorganizadores y de los grandes vicios, puedan tener influencia en la consecucion de aquellos grandes objetos? ¡Doctrina peregrina que se jacta de haber hallado el secreto de sacar efectos buenos de unas causas malas, y de establecer el órden, la civilizacion y la moralidad sobre elementos de suyo disolventes, erróneos é inmorales!

La libertad bien entendida es sin duda un derecho del hombre. Miéntras éste usa de su libertad para pensar, hablar y escribir, segun razon y beneficio comun, hace uso de uno de sus derechos, que nadie le puede disputar ni impedir. Mas desde luégo que abusa de ese don para violar alguno de los derechos natural, divino ó humano, desde

© Biblioteca Nacional de España

luégo que la publicacion de sus pensamientos puede dañar al bien comun ó particular, ese derecho degenera en licencia, en abuso: es un desórden, no un derecho. Segun los principios de los mismos adversarios, el hombre vive en sociedad, y queriendo todos aquellos bienes que esta union le promete, cede de su libertad cuanto exige la consecucion de estos bienes. La sociedad ó sus representantes, y no el indivíduo, son los jueces de esta cesion y de cuanto deba extenderse. Se hallan, pues, en concurso la libertad natural del hombre y el deber de restringirla que el mismo hombre ha abrazado, entrando en sociedad. Esta tiene el derecho de coartarla, cuando sea necesario al bien comun; y el hombre el de ejercerla solo en cuanto no esté en contradiccion con aquél. La sociedad, pues, que puede coartar la libertad en las acciones cuanto es necesario á la pública felicidad, puede tambien poner un freno á la seduccion de la palabra y del sofisma, é impedir la perversion de sus miembros, que pueda provenirle por parte de la prensa.

La ley que pone un freno á la licencia del indivíduo, no viola ningun derecho de su libertad, sino que esa ley, al propio tiempo que es la salvaguardia de los derechos de todos, es tambien una defensa que garantiza á ese mismo indivíduo del abuso que los otros pudieran hacer en daño del mismo.

Para corregir los abusos de la prensa no basta la represion, ó sea el castigo despues de cometido el delito; es preciso el *sistema preventivo*. La legislacion perfecta y digna de hombres racionales, grandes y profundos, es la que impide los delitos, y no aquella que los castiga sin prevenirlos. Si permite la perpetracion de los delitos, para castigarlos, es una legislacion imbécil, ó, mejor dicho, es una legislacion feroz y sanguinaria. Sería además una legislacion inútil que las más veces no conseguiría sus fines. La represion llega siempre despues que se ha hecho el daño. Prendido el fuego de la revolucion sediciosa en las ideas por los periódicos, cundido el cáncer de la inmoralidad en la sociedad por los impresos licenciosos, tarde é inútil-

© Biblioteca Nacional de España

mente acudirá la autoridad con la aplicacion de la ley para impedir sus estragos consiguientes» (1).

Por último, observaremos que en la práctica la libertad de prensa, tal cual la entiende y la concede el liberalismo, es la libertad de blasfemar de las cosas más sagradas, y de atacar á la Iglesia y á sus ministros; pero no es de ningun modo la libertad de atacar á los Gobiernos, y oponerse á sus planes. ¡Desgraciado del escritor que tal haga! El liberalismo es fecundo en hallar culpas en quien quiere, á pesar de todas las libertades. Si hay en la prensa una voz que le incomoda, por más que se encierre en la más estricta legalidad, bien pronto la hará callar á fuerza de multas, denuncias, prisiones, destierros, detenciones en el correo, y, si es preciso, ataques á mano airada de la *partida de la porra*.

Con razon, pues, la Iglesia ha condenado la libertad ilimitada de la prensa, y ha dado acertadísimas y repetidas reglas para impedir sus abusos, mandando que todo lo que haya de publicarse sea revisado y aprobado préviamente por los Obispos. Muchos Papas han lamentado los males de la libertad de imprenta: entre ellos Gregorio XVI la califica de *perversísima, detestable y nunca bastante execrada* (2): y Pío IX ha condenado en la proposicion 79 del *Syllabus* á los que dicen que «es falso que la libertad civil de cual»quiera culto, y la plena facultad concedida á todos de ma»nifestar clara y públicamente cualesquiera opiniones y »pensamientos, contribuya á corromper más fácilmente »las costumbres, y las ideas de los pueblos, y á propagar »la peste del indiferentismo.»

3.ª *Libertad de enseñanza.*—Esta es la más perniciosa de las libertades que predica el liberalismo. Si las otras libertades son tan funestas, á pesar que se refieren á hombres formados, y, por lo tanto, ménos expuestos á la seduccion, ¿qué será la libertad de enseñanza, cuyos perversos efec-

(1) Véase Gual, *Equilibrio entre las dos potestades*, capítulo 19.—Franco, *Respuestas, etc.*, tomo II, cap. 18.

(2) Encíclica, *Mirari vos*, 15 de Agosto de 1832.

© Biblioteca Nacional de España

tos tienen lugar principalmente sobre la inocente niñez, y sobre la inesperta juventud, sobre esa edad, en una palabra, que recibe con toda docilidad las ideas que se le inculcan, que no puede formar juicio por sí misma de lo que aprende, y que por lo mismo está expuesta á ser víctima indefensa del error y de la perversion?

Todos los pueblos han mirado con el mayor interés la educacion de la juventud, han procurado con el mayor celo que sea instruida en principios sanos, en ideas verdaderas y sólidas, y que los maestros sean sábios y virtuosos. Solo de este modo pueden formarse ciudadanos pacíficos y honrados y justos. Solo de este modo se asegura la moralidad, el bienestar y la grandeza de las naciones.

Estaba reservado al infausto liberalismo abandonar la enseñanza como una cosa baladí á merced de cualquier ignorante ó de cualquier perverso. Solo este principio bastaría para que el liberalismo fuese execrado por todas las gentes honradas.

Defender la libertad de enseñanza, es defender y áun autorizar la propaganda del error. Dada esta libertad, será lícito enseñar todas las impías y monstruosas teorías del ateismo, del socialismo y del comunismo: será lícito amaestrar á los jóvenes en los principios más disolventes, y áun en el robo y en el libertinaje: será lícito hacer de ellos otros tantos enemigos futuros del sosiego público. Porque admitidos á la enseñanza maestros protestantes, incrédulos, indiferentes, socialistas ó ateos, es natural que han de educar á sus discípulos segun sus propias ideas y convicciones. El derecho natural y divino prohiben que se exponga á la juventud á este peligro tan seguro é inevitable de perversion. El sentido comun rechaza tan funesta teoría, y se levanta con la más viva y justa indignacion contra los mónstruos que son capaces de defenderla. Siempre han sido y serán mirados con horror los hombres que emprenden la diabólica obra de pervertir á la juventud en cualquier sentido.

Unicamente la verdad y la sana moral, tienen derecho á ser enseñadas; solo ellas tienen el derecho de asiento en el

© Biblioteca Nacional de España

entendimiento, y en el corazon del hombre, y en el seno de la sociedad. Enseñar directamente el vicio y el error es un crímen, y el Gobierno que lo consienta ó áun lo tolere, léjos de ser amigo de la libertad, es un tirano, que oprime al pueblo que gobierna y le prepara en el porvenir numerosos trastornos, calamidades terribles y espantosos cataclismos.

Bueno es procurar disminuir todas las trabas posibles á la enseñanza de las ciencias; bueno es abrir á todos la puerta de todas las carreras, y poner éstas al alcance de todas las fortunas, y de los medios que pueda disponer cada uno; pero de esto á abandonar la enseñanza en manos de cualquiera, media un abismo. ¿Tan corta es la prevision del liberalismo, tan limitado su poder y sus alcances, que no halla medios lícitos de hacer aquéllo sin autorizar la enseñanza del error? En los ominosos tiempos del *oscurantismo*, que tan pérfidamente lamentan los liberales del dia, en que la Iglesia fundaba las más célebres universidades, y multiplicaba los colegios, y en que cada Convento era un centro de instruccion sólida y sana, cualquier hijo del pueblo, por pobre y miserable que fuese, podía hacer una brillante carrera sin ningun gasto, y podía elevarse y se elevaba á los puestos más encumbrados. ¿Por qué no facilita lo mismo el liberalismo?

La libertad de enseñanza solo sirve para producir jóvenes pedantes, infatuados con algunas nociones superficiales y mal digeridas, que con la osadía de la ignorancia y por medio del favoritismo, escalan todas las profesiones, y son una calamidad para los que tienen la desgracia de encomendarles sus asuntos. Médicos, abogados, literatos, maestros, etc., improvisados en pocos meses, y que son todavía ménos que medianías, hé aquí los frutos de la libertad de enseñanza, hé aquí lo que tienen que agradecerle las ciencias y los intereses de la sociedad.

Pero el liberalismo, al predicar esta libertad, se propone principalmente arrebatar á la Iglesia el derecho de enseñar, que le confió Jesucristo. No lo disimula, en verdad, pues proclama en todos los tonos la *secularizacion de la en-*

© Biblioteca Nacional de España

señanza. Fácil es adivinar lo que con esto se propone el liberalismo. Apoderándose de la juventud para formarla y educarla en sus máximas, independientemente de toda accion de la Iglesia, en breve conseguirá su objeto de *descatolizar* á los pueblos.

Por esta razon Pío IX condenó con mucha justicia en el *Syllabus* los errores que afirman que todo el régimen de las escuelas públicas, su disciplina, el plan de estudios, la colacion de grados y la eleccion y aprobacion de los maestros, pertenece exclusivamente á la autoridad civil, sin intervencion ninguna de la autoridad de la Iglesia (1), y que los católicos pueden aprobar un sistema de educar á la juventud que esté separado de la fé católica y de la potestad de la Iglesia, y que tenga por objeto único, ó al ménos principal, las ciencias de las cosas naturales, y los fines de la vida social (2). La educacion más importante para el hombre es la educacion religiosa, que es la única que le dirige rectamente á su último fin, y ésta no puede darse sin intervencion de la Iglesia.

Añadiremos que el liberalismo no se contenta con negar la intervencion de la Iglesia en la enseñanza, sino que prohibe la enseñanza de la doctrina católica. En nombre de la libertad de enseñanza se prohibe enseñar en las escuelas el Catecismo, y áun toda religion positiva. ¿Puede darse mayor sarcasmo? En nombre de la libertad de enseñanza tiene el maestro ateo libertad de enseñar el ateismo, y no la tiene el católico de enseñar el Catecismo. ¿Puede haber mayor inconsecuencia? Por último, en nombre de la liber-

(1) Prop. 45 y 47.

(2) Prop. 48. Los verdaderos católicos, dice el ilustrísimo Sr. Chantre de Santiago, sin oponerse á que la juventud adquiera todos los conocimientos naturales que puedan serle necesarios ó útiles para la vida social, quieren con muchísima razon que la enseñanza de las verdades reveladas tenga el principal lugar en las escuelas, y que por esta causa se permita á la potestad eclesiástica ejercer en ellas el derecho de vigilancia é inspeccion, que no puede negársele sin ir contra el Evangelio.

© Biblioteca Nacional de España

tad de enseñanza tiene derecho el maestro de enseñar lo que se le antoje, y, ¿no lo tendrán los padres católicos, de que sus hijos sean educados como ellos quieran y en la religion que ellos profesan? ¿Puede darse más insoportable tiranía? Así es en todas sus cosas el liberalismo.

4.ª *Libertad de cultos.*—Dos Papas, Gregorio XVI en su encíclica *Mirari vos*, y Pío IX en su encíclica *Quanta cura*, califican de *delirio* la doctrina del liberalismo acerca de la libertad de cultos, entendida como éste la entiende, «que »la libertad de conciencia y de cultos es un derecho propio »de cada hombre, el cual debe ser proclamado y garantiza»do en todo estado que tenga buen gobierno.»

No niega la Iglesia que en muchas ocasiones se puede tolerar el ejercicio público de un culto falso, en aquellas naciones en que así lo exijan sus circunstancias especiales, y, por lo tanto, esta tolerancia no podría negarse sin gravísimos inconvenientes. Pero cualquiera comprende que este es un mal grave, que, como expresa la misma palabra, se *tolera* porque no se puede evitar.

Aun en este caso, el error tolerado nunca podría aspirar á los mismos derechos y proteccion que la verdad; y, sobre todo, tratándose de países católicos que han estado por muchos siglos en posesion tranquila de su religion.

La verdadera religion no es ni puede ser más que una, como es uno Dios, y una la Iglesia que Él fundó para dar á conocer á los hombres su voluntad respecto al modo con que quiere ser honrado. Por lo tanto, todo hombre tiene una estrecha obligacion de abrazar la religion verdadera, para dar á Dios el culto que Él desea. De lo contrario, se hacen reos de condenacion, segun dice terminantemente el Evangelio y ya hemos probado en varios lugares. Luego no es libre al hombre creer y practicar exteriormente la religion que quiera. Y avanzando más en la conclusion, el Estado, que tiene obligacion de promover el verdadero bien de sus súbditos, no puede autorizar el ejercicio de otra religion que la verdadera: exceptuando, como hemos dicho, el caso en que esto sea inevitable á fin de impedir mayores males.

© Biblioteca Nacional de España

Y al hablar así, no nos referimos á la tolerancia teológica, pues ésta es á todas luces impía y absurda, y se confunde con el indiferentismo. Esta no es otra cosa que la conviccion de que todas las religiones son igualmente buenas, y, por consiguiente, igualmente tolerables. Esta tolerancia es un ateismo disfrazado, que en el mero hecho de admitir á todas las religiones, no reconoce ninguna. Segun éstos, el Catolicismo habría de ponerse en la misma línea que el islamismo, el budismo, el paganismo y todas las falsas religiones con todas sus monstruosidades. Esto es tan absurdo que no necesita refutacion, pues no es posible que cosas tan contradictorias sean á un mismo tiempo verdaderas.

Nos referimos á la libertad civil, que sin prejuzgar la verdad de ninguna religion, ó áun reconociendo como única verdadera á la católica, autoriza el ejercicio de las otras, en donde no haya necesidad creada por las guerras, por las adquisiciones de territorios de diferentes religiones, ó por otros motivos. Decimos que esta libertad es inmoral, impolítica y absurda. Es *inmoral*, porque conduce al indiferentismo; porque es causa de muchos y graves escándalos para muchos ciudadanos; porque autoriza los ataques contra la religion verdadera y las prácticas contrarias á las suyas; porque hay muchas religiones inmorales, como por ejemplo, las que autorizan la poligamia y otros excesos; porque facilita las apostasías de los buenos, y, por último, porque una triste experiencia enseña que, admitida la libertad de cultos, progresa de una manera lamentable el libertinaje y la corrupcion. Es *impolítica*, porque los más distinguidos hombres de Estado consideran la unidad religiosa como un bien inapreciable, como una de las condiciones más indispensables de la paz y la felicidad de las naciones; y, por el contrario, la libertad de cultos como una fuente inagotable de disensiones, escándalos y enemistades. No hay cosa en el mundo que divida los ánimos más profundamente que las disensiones religiosas. Es, por lo tanto, una locura criminal destruir la unidad religiosa de los pueblos que tienen la dicha de poseerla. Es tambien

© Biblioteca Nacional de España

impolítica la libertad de cultos en los pueblos que en su totalidad, ó al ménos en su inmensa mayoría, son católicos, porque favorece exclusivamente á unos pocos, extranjeros generalmente, con perjuicio notable de casi todos, que son los nacionales, que tienen derechos adquiridos al ejercicio tranquilo de su religion. Finalmente, es *absurda* por las razones indicadas. Lo es tambien porque no conduce á lo que pone por pretesto de ella el liberalismo, á saber: la afluencia de capitales extranjeros, el planteamiento de nuevas industrias, etc. Esto es falso. No hay nacion que se haya hecho floreciente y rica á consecuencia de la libertad de cultos, y podríamos citar, por desgracia, alguna que ha decaido visiblemente, y que camina á pasos de gigante á su ruina total. ¿Y quién puede negar que la destruccion de su unidad religiosa es la causa próxima ó remota de todas sus desgracias? Y, en fin, aunque aquello fuera cierto, ¿puede haber cosa más absurda que despreciar un bien positivo y seguro, como es la unidad religiosa, por la perspectiva de un bien eventual mucho menor?

Y, ¿quién ignora de qué modo se entiende y se practica por el liberalismo esta libertad de cultos? Hablando con propiedad, se reduce á abrir las puertas al protestantismo de quien aquél se considera con justicia legítimo heredero. Despues de esto, á perseguir incesantemente al Catolicismo, impidiendo las solemnes manifestaciones de su culto, á autorizar los ataques contra nuestra santa religion y sus ministros, y á destruir sus instituciones y profanar sus fiestas. Tal es el significado genuino y el objeto verdadero de la libertad de cultos. Todos nosotros hemos presenciado numerosos hechos que prueban esta triste verdad.

La índole compendiosa de esta obra no nos permite refutar con más extension tan absurdas y funestas libertades, como tambien otros principios y errores que sustenta el liberalismo. Por lo demás, ¿qué proceso no puede formarse á este pérfido enemigo, poniendo de relieve las doctrinas que defiende? ¿Manifestando lo que significa la revoltosa utopia de la *soberanía popular*, la injusticia irritante de los *hechos consumados*, el cruel y odioso principio de *no inter-*

© Biblioteca Nacional de España

vencion, la ridícula farsa del *sufragio universal*, el concubinato reglamentado que se llama *matrimonio civil*, la salvaguardia de los malos que se llama *libertad de asociacion*, y tantos otros principios á cual más absurdos, anárquicos é inmorales condenados por la Iglesia y por todos los hombres de bien? Pero no tenemos que insistir sobre esto, pues todos estamos lamentando bien á costa nuestra las funestas consecuencias de estas doctrinas desoladoras.

«Por fortuna, dice un juicioso folleto recientemente publicado, están hoy los entendimientos bastante ilustrados para comprender que el sufragio universal lleva consigo, además de una inmensa y peligrosísima conmocion social, una utopía irrealizable y falsa, y que nunca expresa por el pueblo su verdadera libertad ni puede expresarla. Por fortuna nadie duda que la libertad de cultos es un criminal ataque á las creencias de un país profundamente católico, en que nadie la quiere, la pide ni la ha menester, y donde, á Dios gracias, solo tiene razon de ser y solo impera la religion verdadera. Por fortuna convienen todos en que la libertad de enseñanza es en España un principio deletéreo, encaminado tan solo á proporcionar á los inocentes niños el alimento de las nocivas doctrinas, que tendía á alejar de ellos la intervencion del Estado y la vigilancia del Clero en la educacion pública; que la libertad de asociacion para fines políticos, sin producir jamás bien alguno, es un foco de agitacion perenne y de constante alarma para las poblaciones y las familias; que la libertad ilimitada de imprenta es el mayor elemento de corrupcion y la mayor fuente de escándalos que puede llevarse á los pueblos; que el juicio por jurados es la aplicacion de la ley confiada á la ignorancia y la impunidad de los delitos erigida en sistema, y que la abolicion de la pena de muerte en un país donde los delincuentes viven sin freno, la autoridad carece de fuerza y la anarquía impera en absoluto, es la supresion del último dique que quedaba ya para contener á la criminalidad desbordada. Sobre todos estos puntos, que constituyen el credo político de la escuela liberal, es completa la unanimidad de pareceres en el sentido que dejamos ex-

© Biblioteca Nacional de España

puesto, y ocioso, por lo tanto, insistir en lo que á nadie ofrece duda» (1).

No podíamos hacer mejor resúmen de lo que hemos escrito en este artículo.

§ III.—*Los hombres del liberalismo.*

Al tratar este punto seremos sumamente parcos, y declaramos que no queremos aludir á ninguna persona determinada. Nuestro objeto es únicamente manifestar la perversa influencia que el liberalismo ejerce en los que lo profesan, ó, de otro modo, el carácter general de los hombres que siguen sus doctrinas. Confesaremos tambien que hay honrosas excepciones y que los liberales son siempre mejores que sus principios. Y, por último, que por los liberales no han de entenderse precisamente los partidarios de un sistema determinado meramente político, pues todas las formas de Gobierno pueden ser buenas si son practicadas, sino los que por sistema defienden los errores de la escuela liberal y sus consecuencias, y quieren subordinar á su política todos los fundamentos de la sociedad.

Cansados estamos de oir acusar en todos los tonos, en público y en privado, de palabra y por escrito, á los prohombres del liberalismo, á los que gobiernan la máquina. Los escándalos de su conducta política y privada, su inconsecuencia consigo mismos, el descaro y cinismo con que niegan en el poder lo que sostuvieron en la oposicion, y que fué causa de su elevacion, son conocidos de todo el mundo y son el pábulo de todas las conversaciones. Es demasiado cierto, y la opinion se lo echa en cara con indignacion, que hacen lo mismo y más que lo que reprendieron ágriamente en otros, que quieren explotar á los pueblos en provecho propio, que los principios que defienden no son sino la pantalla de sus ambiciones, estando siempre dispuestos á sacrificarlos ó á cambiarlos por poco que con-

(1) *La Doctrina católica y la escuela liberal*, por D. José María Antequera, pág. 25.

© Biblioteca Nacional de España

venga á sus intereses y que no conocen el decoro público. Además, que posponen los sagrados intereses de la pátria á los intereses de su partido.

Es demasiado cierto, y la conciencia pública los carga con sus anatemas y su desprecio, que hombres que no tenían un real han improvisado de la noche á la mañana fortunas colosales, y se han dedicado á derrocharlas con el mayor escándalo miéntras les llega el turno de rehacerlas de nuevo; que muchos están diestros en preparar á su gusto jugadas de bolsa, causando la ruina de muchas familias honradas; que otros especulan sin ninguna delicadeza en las contratas del Estado; que aquéllos trafican sin ningun rebozo con los empleos y negocios; que falsifican documentos y expedientes, y que lo venden todo, en una palabra, lo mismo en la justicia que en la administracion.

Es demasiado cierto que estos liberales se distinguen por su aversion á la Iglesia y á sus ministros, á la religion y á sus prácticas, y que no dejan pasar ocasion de manifestar esta aversion en sus conversaciones, en sus escritos y en sus actos. Estos *hombres libres*, ó no tienen ninguna religion, ó viven como si no la tuvieran. Y, ¡cosa notable y digna de llamar la atencion de todos los hombres pensadores! Cuanto más avanzan los hombres en el liberalismo, son más hostiles al Catolicismo y se complacen más en hacerle guerra, y hacen más público alarde de no cumplir y áun despreciar las obligaciones del cristiano. Esto es tan público que nadie puede negarlo ni áun tergiversándolo. Recomendamos este hecho constante á la meditacion desapasionada de los hombres de bien, y especialmente de aquellos que se llaman *católicos-liberales*.

Es demasiado cierto que muchísimos liberales están afiliados en la masonería, y que muchas veces, cuando son poder, se ven precisados á ser dóciles instrumentos de sus planes.

Es demasiado cierto que los que más tenazmente defienden el liberalismo son generalmente aquellos que se han enriquecido adquiriendo bienes nacionales por un pedazo de pan; aquellos á quienes gusta vivir á sus anchuras; aque-

© Biblioteca Nacional de España

llos que sin méritos sólidos aspiran á los destinos públicos; aquellos que son amigos de novedades y revueltas, y están siempre dispuestos á levantarse contra la autoridad legítima, y, en una palabra, aquellos que están pervertidos ó en sus ideas ó en su corazon.

Tales son en general los liberales, teniendo presentes las salvedades hechas arriba. Hombres que privadamente suelen tener las más bellas cualidades, cuando obran inspirados por el liberalismo, se olvidan lastimosamente de ellas, y adquieren todos los defectos y vicios del sistema que sustentan.

Nada decimos de su vida privada, que es siempre un terreno vedado al escritor. Además, la caridad católica nos manda echar un velo sobre las flaquezas ajenas, comunes más ó ménos á todos los hombres. Pero si un observador curioso fijase demasiado sus miradas en la conducta de muchos de éstos y nos digese que era relajada, inmoral y llena de cieno, no lo extrañaríamos, por mucho que lo lamentásemos, sabiendo que no puede esperarse otra cosa de hombres que dan demasiada importancia á la vida presente, y que viven en público sin practicar ninguna religion.

Lo cierto es que el liberalismo ha aumentado en los pueblos la inmoralidad, y cuando ésta se hace pública, es porque es corrompida la vida privada.

§ IV.—*El liberalismo y la Iglesia.*

El mayor peligro que ofrece el liberalismo para seducir á los pueblos católicos es que quiere pasar por católico y por hijo fiel de la Iglesia.

Lo que hemos dicho hasta aquí basta para comprender que no tiene ningun derecho á este título; pero además debemos probar que es su enemigo declarado.

Para evidenciar esto, no hay más que recorrer la historia del liberalismo, y considerar su conducta con la Iglesia. No hay mejor testimonio que el de las obras.

O el liberalismo se siente débil, y para afianzarse necesi-

© Biblioteca Nacional de España

ta de la Iglesia, ó se siente fuerte y bien arraigado en el poder, y entónces la Iglesia le estorba para dominar en absoluto.

En el primer caso se muestra sumiso y respetuoso, y se declara hipócritamente amigo y áun protector de la Iglesia, porque la considera como una potencia con la cual se debe contar. Entónces la halaga en público, y toma un lenguaje moderado y piadoso para tratar con ella, á fin de atraerse á los pueblos católicos. Pero interiormente la detesta, y favorece los ataques que se hacen contra ella, y si ésta se queja, responde que son abusos que no puede evitar, y hace mil protestas de adhesion, á fin de desarmarla.

Conseguido esto, abusa de la indulgencia de esta madre cariñosa para firmar con ella *Concordatos* en que ésta sale siempre perdiendo, y haciendo concesiones en obsequio de la paz, y que respeta y cumple con la más escrupulosa fidelidad; al paso que el liberalismo los infringe á cada paso, y cuanto más se le concede, tanto más quiere extender la línea de sus usurpaciones.

En el segundo caso, si se ve bastante fuerte para luchar frente á frente con la Iglesia, le declara la guerra más encarnizada, y arrojando la máscara, manifiesta sin ningun rebozo que su objeto principal es la destruccion del Catolicismo. Entónces, que nada tiene que temer de ella, desprecia su autoridad y desoye sus amonestaciones, y procura esclavizarla y contrariar su influencia miéntras llega el caso, si fuera posible, de destruirla por completo.

Para llegar á este fin, emplea todos los medios que tiene en su mano. Él la calumnia, la ataca y quiere desacreditarla en la opinion de los pueblos, presentándola como enemiga del progreso y de la libertad en conversaciones, periódicos, revistas, folletos, discusiones, novelas, comedias y hasta caricaturas.

Pero en uno y otro caso, sea que el liberalismo tienda visiblemente una mano amiga á la Iglesia, alargando otra en la sombra á todos sus enemigos, sea que declara francamente el ódio que la profesa, el resultado es el mismo, con más ó ménos descaro, con más ó ménos disimulo: la

© Biblioteca Nacional de España

opresion de la Iglesia, el atropello de sus derechos y la persecucion de sus ministros.

No hablamos de otros mundos imaginarios, sino de cosas que han pasado ante nuestros ojos, de hechos repetidos una y otra vez y conocidos de todos. Apenas se consuma una revolucion en favor del liberalismo, las primeras disposiciones de éste, despues del triunfo, son siempre contra la Iglesia: sus primeros decretos contra el Clero, contra las Ordenes religiosas, y contra cualesquiera instituciones católicas, sean de enseñanza, sean de caridad. Los que no desconozcan por completo la historia de este siglo, sabrán hasta qué punto es cierto lo que acabamos de decir. Y concretándonos á España, nos limitamos á citar dos épocas, el célebre *bienio* de la dominacion de los progresistas de 1854 á 1856, y la última revolucion de 1868, en la cual el liberalismo se ha manifestado sin rebozo.

Esta urgencia, por decirlo así, de causar disgustos y perjuicios á la Iglesia, esta ánsia de saciar el ódio contra ella, indica bien á las claras el antagonismo que hay entre aquélla y el liberalismo. Si se medita bien este hecho, y los sentimientos que revela, se sacarán de él muchas pruebas de la razon que ha tenido la Iglesia para acusarle como su más irreconciliable enemigo.

Cualquiera diría que el objeto principal del liberalismo, al querer apoderarse del gobierno, es legislar contra la Iglesia. Nosotros hemos visto repetirse los golpes contra ella un dia y otro dia sin interrupcion, á pesar de los diversos matices políticos de los partidos que se han sucedido en el poder, como si todos ellos estuviesen agitados por un ódio comun, y de acuerdo solo en este punto. La persecucion ha podido ser más ó ménos violenta, pero no ha cesado un momento.

Sería interminable referir las heridas que se han causado á la Iglesia en España, y las violencias y arbitrariedades cometidas contra ella. Recordaremos solo la expulsion de los Jesuitas, y de las demás Ordenes religiosas, y el haber cerrado sus colegios, donde se educaba lo más florido de la juventud; la supresion de las sociedades de San Vi-

© Biblioteca Nacional de España

cente de Paul; la traslacion violenta de las Monjas, aglomerándolas en otros Conventos, despues de haberlas despojado hasta de las dotes de patrimonio particular que aportaron al cláustro, y negarles el pago de su miserable asignacion; la libertad de cultos decretada contra los sentimientos expresos de la totalidad de la nacion, exceptuando algunos pocos más que los que la votaron; los alardes de ateismo y las blasfemias contra la Vírgen y las cosas más santas que se oyeron en el Congreso, llevados más tarde hasta el ridículo de suprimir en los documentos oficiales la antígua y proverbial fórmula: *Dios guarde á usted muchos años*; la supresion de la renta de los Seminarios; la suspension de provision de prebendas y beneficios; la secularizacion de los cementerios; la inícua incautacion de los archivos eclesiásticos; la imposicion del matrimonio civil, y el escándalo de declarar ilegítimos á los hijos habidos únicamente del verdadero matrimonio canónico; la formacion de causa á los Obispos; la promocion del cisma de Cuba; el ódio y las persecuciones contra el Clero, que muchas veces no ha podido salir á la calle sin exposicion de su vida; el juramento de la Constitucion atea prescrito al mismo Clero, añadiendo el insulto de que en caso contrario no le pagarían sus asignaciones, y efectivamente, se está cometiendo la injusticia de no pagarle hace cuatro años; la supresion del Catecismo en las escuelas; los escandalosos atropellos de los Católicos en el aniversario de la elevacion de Pío IX; el desenfreno de la prensa contra las cosas más sagradas, y otras muchas cosas que no tenemos presentes en este momento.

Y, ¿quién ignora los insultos hechos á los sentimientos católicos, la profanacion de los Templos y la multitud de ellos que ha derribado el liberalismo ó que se ha apropiado, destinándolos á usos profanos y muchas veces indignos? ¿En qué pueblo no hay alguna Iglesia ó Convento, que se ha convertido en almacenes, en cuarteles, en cafés, en teatros ó en salones de baile? El furor desatentado de destruir edificios sagrados, ha llegado en estos últimos años á tal extremo, que la Academia Arqueológica se ha visto

© Biblioteca Nacional de España

en la precision de acudir al Gobierno para suplicarle que cese en su obra demoledora y que respete los existentes, si no como monumentos cristianos, al ménos como monumentos de arte. «Al ver las ruinas y destrozos que ha causado el liberalismo, dice un escritor, cualquiera pensaría que había recorrido la Europa una nueva irrupcion de bárbaros.»

Y, ¿quién ignora la escandalosa depredacion de los bienes eclesiásticos? Al considerar de qué manera se han vendido por la centésima parte de su valor, y cómo se ha dilapidado el producto de ellos, podía decirse con razon que el verdadero objeto de la desamortizacion fué despojar y empobrecer á la Iglesia más bien que remediar las necesidades del Erario.

Por último, ¿quién ignora la encarnizada persecucion que actualmente hace el liberalismo á la Iglesia en Italia, en Suiza y otras naciones de Europa? Ya no se contenta con dar decidido apoyo á todo lo que la Iglesia reprueba y con ridiculizar todo lo que la misma respeta y ama, sino que ha renovado las pérfidas persecuciones de Juliano el Apóstata de una manera todavía más insidiosa. Él quiere destruir el Pontificado y el Sacerdocio por todos los medios violentos ó astutos, lícitos ó ilícitos, esperando despues destruir el Catolicismo. Pero esto solo servirá para evidenciar bien claramente el ódio que le profesa y para que se desengañen de él los que no sean estúpidos ó ciegos. La Iglesia triunfará de las nuevas persecuciones como triunfó de las pasadas.

Tal es el liberalismo en sus relaciones con la Iglesia. Lo más extraño es que, á trueque de oprimirla, conculca mil veces con el mayor cinismo todas las libertades que predica y todos los principios que defiende, añadiendo así el sarcasmo á la persecucion.

Y, ¿habrá todavía quien extrañe que la Iglesia haya condenado el liberalismo?

§ V.—*Condenacion del liberalismo.*

Efectivamente, la Iglesia ha condenado el liberalismo,

© Biblioteca Nacional de España

por boca de su cabeza visible, cuando condenó como un error la proposicion última del *Syllabus*, que dice que «el »Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y avenirse »con el progreso, con el liberalismo y con la civilizacion »moderna.»

Unos por ignorancia, otros por confusion de ideas en el significado de esas palabras y otros por mala fe, han movido una atronadora gritería contra el Papa á causa de esta declaracion tan terminante, obstinándose en presentar á la Iglesia como una rémora del adelantamiento de los pueblos, como enemiga de la libertad y amiga del despotismo, y como mantenedora de tales ó cuales formas de gobierno, con exclusion de las otras.

Repetidas veces se han dado explicaciones satisfactorias de esto para desvanecer las funestas preocupaciones que muchos concibieron, y especialmente lo que llevamos dicho en este capítulo, manifiesta el sentido en que la Iglesia condenó aquella proposicion y los justísimos motivos que tuvo para ello.

«¿Os imaginais, por ventura, diremos con monseñor Dupanloup, que el Papa condena lo que puede haber de bueno en el progreso, de verdaderamente útil en la civilizacion moderna y de verdaderamente liberal y cristiano en el liberalismo? Es una locura pensarlo. Habeis abusado de esas hermosas palabras, tomándolas como consigna de vuestros partidos revolucionarios, y como eterno estribillo de vuestros discursos agresivos é impíos, y el Papa las condena en el sentido que os place entenderlas.»

«Nos hablais de progreso, de liberalismo y de civilizacion, como si fuéramos bárbaros, y no supiéramos una palabra de todo eso; pero nosotros os hemos enseñado esas palabras sublimes que desfigurais: nosotros os hemos dado su verdadero sentido, y áun más, su sincera realidad. Cada una de esas palabras ha tenido, conserva y conservará á pesar vuestro un sentido perfectamente cristiano, y el dia en que pereciera ese sentido, perecería tambien todo progreso real, toda libertad sincera y toda civilizacion verdadera. El cristianismo ha tenido la honra de llamarse pro-

© Biblioteca Nacional de España

greso ante los gentiles y los bárbaros: se ha llamado libertad cuando abolió la esclavitud, y ha defendido á todos los débiles contra la tiranía de los fuertes por espacio de veinte siglos; y se ha llamado, se llama aún y se llamará siempre civilizacion europea si no pesa sobre Europa la maldicion de Dios.»

«¿Cuál es sobre todo esto la verdad irrefutable? Que la gran ley del progreso, de la libertad y de la civilizacion es el Evangelio, y que Nuestro Señor fué quien estableció en el mundo el bello ideal más elevado, más puro y más vasto de estas tres cosas en todas sus más nobles significaciones, cuando puso en la base de toda su doctrina estas palabras: Sed perfectos, como lo es vuestro Padre celestial. La iglesia, léjos de contener vuestro ardor, os grita por el contrario: ¡Adelante! y no solo acepta la ley del progreso, sino que plantea y proclama sus reglas, y nosotros las planteamos y proclamamos con ella.»

Lo que nosotros no queremos, lo que rechazamos, es ese progreso de ciertos escritores, que significa la negacion de lo sobrenatural, la negacion de Dios y la fe en Jesucristo arrebatada al pueblo. El progreso es para otros que la Iglesia modifique su símbolo y sacrifique uno por uno sus dogmas. Para otra escuela, el progreso es simplemente el bienestar material sobre la tierra, y el *alterismo* segun una expresion suya, *con exclusion de los temores egoistas de la salvacion eterna*, que solo sirven para envilecer las almas: el paraíso, dicen, no está detrás, sino delante de nosotros.»

Hé aquí el progreso con el cual pretendeis que se reconcilien y transijan los Obispos y el Papa. Pues bien, no; nuestra resolucion inmutable, y nuestra eterna honra será no reconciliarnos, ni transigir nunca con semejante progreso.»

El liberalismo que condena el Papa no es una forma determinada de gobierno, de instituciones más ó ménos libres, sino el sistema premeditado de debilitar y aniquilar á la Iglesia. Esta se compone amigablemente con todas las formas de gobierno y prospera en todas las naciones regidas por diversas y áun contrarias instituciones Para

© Biblioteca Nacional de España

la Iglesia es indiferente la república, ó la monarquía absoluta ó representativa, y solo quiere de los Gobiernos que sean justos. En las formas políticas no hay nada que sea esencial á la religion, y todas le ofrecen sus inconvenientes y sus ventajas (1).

Conviene decir esto muy alto en defensa de la Iglesia. Esta no ha condenado el liberalismo como sistema meramente político, por más que no vea con indiferencia que los pueblos estén bien ó mal gobernados: lo que ella condena es la oposicion anticatólica y anticlerical llevada al poder; es la tenacidad de unos pocos revolucionarios que quieren gobernar á un pueblo católico con principios volterianos, y pretenden imponer á la mayoría de las naciones sus ideas personales sin fe, ni sentimiento religioso. Le condena en cuanto es un protestantismo práctico y la síntesis de todas las herejías contra el principio de autoridad.

En España y en otras naciones hay muchos que se llaman liberales porque son partidarios del Gobierno representativo. Desde que la palabra liberalismo se ha hecho sinónima de ¡guerra á la Iglesia! aquéllos debieran tomar otro nombre para evitar confusion y deslindar los campos. Seguramente deploran y condenan la oposicion anticatólica de los Gobiernos del dia, y en este sentido no son liberales; pero, sin embargo, les prestan su apoyo por oposicion á la monarquía absoluta, y con esto se hacen ellos

(1) Todos los Gobiernos tienen formas variables, y la Iglesia no se liga á ninguna de ellas, porque es eterna y universal.—Dupanloup.—Es un gran mérito del cristianismo, dice Cantú, haber colocado la religion á tal altura, que prescinde de la parte contingente y variable de la sociedad para fijarse en lo que tiene de esencial y permanente, de manera que pueda el hombre, en cualquier clima y gobierno, verificar su perfeccionamiento y alcanzar el Cielo. El cristianismo en el reinado de príncipes crueles y libertinos, no se rebela contra la sociedad de cuyos pecados huye: se acomoda á ella, sin pretender subvertirla, pero tratando de corregirla: combate los vicios del siglo, pero sin apartarse de él. *Hist. Univ.*, época 6.ª, cap. 26.

© Biblioteca Nacional de España

mismos anticatólicos ó participantes de la persecucion á la Iglesia, apreciando más sus convicciones políticas que sus convicciones religiosas. Distíngase bien esto y se verá que disminuyen notablemente las huestes del liberalismo.

Pero á los enemigos de la Iglesia les conviene confundir las ideas en este punto y persuadir á los pueblos de que ha condenado el sistema político. El buen sentido basta para rechazar esta suposicion, si no están completamente obcecados los que la admiten. Efectivamente, ¿qué le importa á la Iglesia que las naciones estén gobernadas por una monarquía templada, por tales ó cuales elementos del poder real? ¿Qué pierde con que el pueblo elija libremente sus representantes que intervengan en el gobierno y en las leyes? ¿En qué le perjudica que los principios del Gobierno estén consignados en una *constitucion?* ¿Qué le va que sean más ó ménos extensas las atribuciones de la provincia y del municipio, y que los ciudadanos tengan la libertad más ámplia para todos los actos lícitos de la vida civil? La Iglesia nunca ha condenado ni querido condenar en este sentido el sistema liberal.

Si este sistema se limitara únicamente á gobernar á los pueblos con sus principios políticos, olvidando sus instintos antireligiosos y no siguiendo en sus tendencias impías no tendría que temer la oposicion de los verdaderos católicos. Lo confesamos de buen grado, por más que no seamos liberales ni siquiera en política. De que el Gobierno representativo pueda ser bueno no se infiere que segun nuestras convicciones personales no haya otro que sea mejor. En todos nuestros escritos y en muchos actos hemos precisado nuestras opiniones políticas con toda claridad. La misma Iglesia no disimula su predileccion á ciertas formas de gobierno, que le ofrecen más garantías de órden, de respeto, de buenas costumbres y de religiosidad.

Despues de estas explicaciones, no tienen disculpa los que se obstinan en acusar á la Iglesia como enemiga de la libertad de los pueblos y partidaria del oscurantismo. Ella no condena la verdadera libertad, el verdadero progreso y la verdadera civilizacion, sino que arranca la máscara á

© Biblioteca Nacional de España

sus enemigos, que vienen disfrazados con estas palabras para seducir á los pueblos.

La Iglesia no podía ni debía tolerar más tiempo los males del liberalismo, sino señalarle como enemigo para que huyan de él sus verdaderos hijos. Así es que ya se han deslindado los campos. A un lado se hallan contra el liberalismo el Papa, los Obispos, el Clero y los católicos más decididos, los que oyen la voz de sus pastores y los siguen. Al otro se hallan con él, abrazados á su bandera, los masones, los libertinos, los impíos y los que no practican ninguna religion.

Esto es indudable. Vean, pues, cómo se arreglan los que tienen la pretension de llamarse *católicos-liberales*.

§ VI.—*El liberalismo como sistema de gobierno.*

No es de nuestra incumbencia impugnar al liberalismo bajo este aspecto, aunque ciertamente no nos faltaría materia para ello.

Nos contentamos con copiar una página de un folleto reciente. Los que no ignoren la historia contemporánea, apreciarán si el cuadro está recargado de negros colores:

«El liberalismo en política es la anarquía universal, es el desórden en todos los ramos de la política. La administracion es la peor de las centralizaciones; en elecciones, la violencia y la influencia moral; en córtes, la personalidad y el pujilato; en la prensa, la difamacion, el cinismo y la mentira; en diplomacia, la insidia y el engaño; en constituciones, el capricho y el espíritu de partido; en funcionarios públicos, la empleomanía y el favoritismo; en la gobernacion del Estado, la arbitrariedad y la fuerza; en policía, el espionage; en la guerra, el derecho de conquista y el cesarismo; en legislacion, el embrollo; en la ejecucion de las leyes, la inconsideracion; en hacienda, la bancarota; en economía, el pauperismo; en estadística, un sistema de exacciones; en propiedad, la usurpacion; en las oficinas, el caos, la holgazanería, y la eternizacion de los expedientes; en gobierno, el militarismo; en el arte militar, la des-

© Biblioteca Nacional de España

truccion del hombre y de los monumentos artísticos; en sociedad, la guerra; en las naciones, la guerra civil; en el mando, el despotismo; en los pueblos, el derecho de insurreccion; en los centros de poblacion, los levantamientos y los motines; en las villas y ciudades, las sociedades secretas; en patriotismo, el cosmopolitismo ó la venalidad al extranjero; en costumbres, la desmoralizacion; en tradiciones, la abolicion; en riqueza, la desamortizacion; en opiniones, la conveniencia y el interés; en contratos, el utilitarismo; en materias eclesiásticas, la dependencia de la Iglesia y del Clero; en concordatos, el despojo de la Iglesia; en religion, la libertad de cultos y la tolerancia religiosa; en la propagacion de la especie, el matrimonio civil; en el hogar doméstico, la perturbacion de las familias; en legitimidad, la conculcacion de todos los derechos; en agricultura, el abandono; en las artes, el sensualismo; en industria, el lujo; en el comercio, el libre cambio ó el monopolio; en las ciencias, la ignorancia; en antigüedades, el olvido; en instruccion pública, la confusion y el extravío de la inteligencia; en erudicion, el charlatanismo; en crítica, la parcialidad; en historia, la adulteracion de los hechos; en filosofía, el sofisma; en adelantos, el materialismo; en el discurso, la falsificacion de la verdad; en ilustracion, el oscurantismo; en el habla, la corrupcion del lenguaje pátrio, y así por este tenor en todos los ramos de la administracion pública, y en todas las cosas humanas» (1).

Nada añadiremos por nuestra parte; pero si fuera necesario, no haríamos otra cosa que remitir á los lectores á la experiencia de los últimos cuarenta años, que es la enseñanza más eficaz.

Queda, pues, juzgado el liberalismo en el órden filosófico, en el órden religioso y en el órden político, y bajo cualquiera de estos tres aspectos aparece, como hemos

(1) *Fé, ciencia y civilizacion*, por D. Silvestre Losada, pág. 60.

© Biblioteca Nacional de España

sentado, radicalmente falso, malo, anticatólico y perturbador.

Decidan, pues, los lectores imparciales y de buena fe, «si es lícito hoy sostener las doctrinas liberales y enarbolar la bandera del liberalismo, ó si, por el contrario, están obligados todos á luchar contra él, para mantener los fueros de la libertad verdadera, compatible siempre con todos los grandes principios que sirven de fundamento á la familia, á la sociedad y al Estado.»

CONCLUSION.

¿Está en decadencia el Catolicismo?

Inútil parece esta pregunta despues de todo lo que hemos dicho en el cuerpo de esta obra.

Sin embargo, parece hay muchos ilusos que, juzgando segun los deseos de su depravado corazon, se atreven á contar los dias que restan al Catolicismo sobre la tierra. Los refutaremos en pocas palabras enumerando las principales manifestaciones de la vida robusta y vigorosa que está dando el Catolicismo en toda la tierra.

No, no decae el Catolicismo, por más que muchos lo deseen y lo procuren; por más que las naciones se declaren oficialmente ateas; por más que las puertas del infierno estén más que nunca conjuradas para su ruina.

No, no decae el Catolicismo, por más que al parecer se oscurezca su brillo público en algunas localidades. Jesucristo no está circunscrito á ningun pueblo determinado. Si algun Gobierno le destierra, si de algun país le rechazan, sacudirá el polvo de sus piés y marchará gloriosamente á iluminar otras comarcas más dóciles y más dignas de su gracia. Más de la mitad de la humanidad no ha abrazado todavía la verdadera fe; pero está preparándose para ello. Jesucristo vino á rescatar y redimir á todos los hombres, y no es creible que los deje sumidos para siempre en las sombras del error. El envía sus operarios á las nacio-

© Biblioteca Nacional de España

nes lejanas; las misiones florecen y prosperan de una manera maravillosa, y el número de los católicos aumenta sin cesar en las naciones infieles á pesar de las persecuciones. Pueblos enteros vienen á la fe, y reparan con creces las pérdidas aparentes que puede tener la Iglesia en algunas naciones de Europa. Este asombroso progreso de las misiones, este gigantesco y ascendente movimiento de los pueblos idólatras hácia el Catolicismo, es una buena prueba de que éste, no solo no decae, sino que florece.

No, no decae el Catolicismo ni áun en la vieja y corrompida Europa. Es cierto que la impiedad y la incredulidad y la indiferencia en materia de religion se ostentan descaradamente en esta parte del mundo; pero no es ménos cierto que se ven tambien brillantes y numerosas manifestaciones de la vida católica, y, sobre todo, que abundan tanto como los impíos ó acaso más los verdaderos y decidos adoradores de Jesucristo, aunque se oculten modestamente por efecto de su misma piedad, que es enemiga de la ostentacion. No negamos que los que solo frecuentan los cafés, los teatros y los paseos, los que solo se fijen en la superficie de las cosas, al ver que por todas partes rebosa la corrupcion y el indiferentismo, pueden pensar que el Catolicismo decae; pero los que frecuenten los Templos y penetren en lo interior de las almas, los que saben la frecuencia con que reciben los sacramentos, los que conozcan las virtudes y las obras santas que se llevan á cabo en silencio, podrán pensar con más motivo que el Catolicismo nunca ha tenido más vida.

No, no decae el Catolicismo, pues vemos que muchas naciones van volviendo poco á poco á esta Iglesia que abandonaron sus padres. En los países protestantes aumenta de dia en dia el número de los católicos. En esos países el Catolicismo, injustamente perseguido, resiste con firmeza, lucha noblemente y vence. Cuanto más fuertes son las persecuciones que sufre, tanto más gloriosos son los triunfos que consigue (1).

(1) «El Episcopado y el Clero en Alemania, en Suiza y en otros países, unidos al pueblo verdaderamente cristiano,

© Biblioteca Nacional de España

No decae el Catolicismo, pues no pueden ser ilusorias las promesas de Nuestro Señor Jesucristo, que las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra su Iglesia, y que El está con ella hasta la consumacion de los siglos.

No solo no decae el Catolicismo, sino que se consolida y progresa. Los que le estudien con ojos desapasionados no pueden ménos de convenir en ello, y áun sus enemigos tienen que confesarlo.

Nunca se ha manifestado el Catolicismo en las épocas de su mayor esplendor, más glorioso y arraigado que en los tiempos modernos.

El Episcopado y el Clero de nuestra época pueden presentarse como modelo en la historia de la Iglesia, y si hay algunos abusos por parte de ciertos particulares, no pueden compararse ni con mucho á los de otros tiempos, y debemos confiar que se corregirán en su mayor parte, cuando se termine el Concilio Vaticano, que se propone dar importantísimos decretos acerca del Clero y las Ordenes religiosas (2). El Episcopado y Clero de todos los países se distinguen por su ciencia sólida, siempre á la altura de todos los adelantos y descubrimientos del siglo, por su celo, por su laboriosidad, por su piedad, por la modestia de su vida, y,

---

constituyen un espectáculo que admiran al mundo, los Angeles y los hombres: son como antorcha espléndida que atrae á sí las miradas de todos, muchos de los cuales imitan su ejemplo. *Oportet hæreses esse, ut qui probati sunt manifesti fiant in vobis*, enseña el Apóstol. Esta dolorosa necesidad de errores y herejías, proclamada hoy, y más impiamente sostenida por ciertos prepotentes, son causa de que los corazones generosos se presenten á sostener la verdad sin temor á las amenazas, ni á las penas, ni á la muerte. Así la religion se muestra grande y digna, multiplicándose sus secuaces verdaderos, decididos y constantes.» Discurso de Pío IX en la audiencia concedida el 4 de Abril de este año.

(2) Sabido es que el Concilio Vaticano se halla suspendido á consecuencia de la inícua ocupacion de Roma el 20 de Setiembre de 1870, pero que volverá á reunirse cuando las circunstancias lo permitan, sin necesidad de especial convocacion.

© Biblioteca Nacional de España

sobre todo, por la admirable unidad entre sí, y con la Silla apostólica (1). Cuatro veces, durante el Pontificado de Pío IX, ha acudido personalmente el Episcopado católico á darle pruebas de su sincera adhesion, siendo de notar que cada vez era mayor el número (2).

Los fieles de todos los países dan pruebas todos los dias de cuán arraigado está en ellos el espíritu católico. El *dinero de San Pedro* va en aumento y recibe á veces donativos verdaderamente régios. Los fieles de todo el mundo no se cansan de contribuir á sostener el esplendor de la cátedra romana, desde la pobre viuda que da un ochavo, hasta el opulento magnate que ofrece miles de duros, y gracias á esta piedad de los fieles el Erario pontificio puede disponer de tantos recursos como cuando tenía sus Estados. Todo el mundo recuerda el ardiente entusiasmo con que se celebró el 25 aniversario de la exaltacion de Pío IX al Pontificado, único que ha contado en su silla los años que San Pedro.

Todo el mundo ha visto el gigantesco movimiento católico con motivo de los jubileos concedidos por el actual Pontífice en varias ocasiones. Todo el mundo tiene noticia de esas grandiosas peregrinaciones ordenadas el año pasado á los Santuarios más célebres, y de los miles de personas que vinieron á tomar parte en ellas, hasta de los Estados-Unidos de América. Aquellos ejércitos piadosos recorrían la tierra edificándola con los ejemplos de su devocion y de su fe. Solo el Catolicismo puede organizar tales pe-

(1) De esto tenemos en España dos magníficos ejemplos, en la cuestion del juramento á la Constitucion, y recientemente en la cuestion de las Ordenes militares. Véase la excelente revista *El Consultor de los Párrocos*, que ha seguido paso á paso todos los detalles de esta última cuestion, ha publicado todos los documentos para entenderla, y la ha esclarecido con muchos y fuertes argumentos.

(2) A la definicion de la Concepcion Inmaculada de la Santísima Vírgen, acudieron á la canonizacion de los mártires del Japon, al centenar de San Pedro, al Concilio Vaticano.

© Biblioteca Nacional de España

regrinaciones. Y, ¿quién no ha visto la solemnidad, magnificencia y ostentacion con que se celebran las funciones religiosas en los pueblos católicos, las fiestas religiosas y procesiones de la *Semana Santa*, las majestuosas procesiones del *Corpus*, etc., etc.? Y, ¿habrá todavía quien sostenga que está en decadencia el Catolicismo?

En nuestros dias se ha visto la celebracion del Concilio Vaticano, esa augusta asamblea que parecía imposible en el siglo XIX, y que, á pesar de ser este siglo tan fecundo en cosas grandes, será tal vez su acontecimiento más importante. No ha podido darse prueba más evidente del vigor y de la robustez de la Iglesia en todo el mundo, y de la admirable unidad que la distingue y la sostiene. Casi todos los Obispos católicos acudieron al llamamiento del Papa, demostrando que el Catolicismo en todo el globo solo forma un solo rebaño con un solo pastor.

Además, vemos extendidas por doquiera esas admirables asociaciones de la *Juventud católica*, que son la esperanza más legítima de la Iglesia, y que justifican la expresion de un escritor moderno que las generaciones que suben son mejores que las generaciones que bajan. Esta juventud generosa y entusiasta trabaja activamente en favor de la causa católica y prepara su triunfo completo en el porvenir. Allega recursos para todas las obras generosas, escribe revistas y periódicos, hace propaganda, organiza escuelas, forma bibliotecas, estudia y ora.

Cada dia se fundan nuevas Ordenes religiosas (1), ó se reforman las antíguas. Nunca faltan almas virtuosas que renuncian á las vanidades del siglo para encerrarse en un cláustro y consagrarse enteramente al bien espiritual y temporal de sus hermanos y á su propia santificacion. Estas son las flores más bellas de la Iglesia católica, y las más lozanas producciones de la sávia vivificadora que la penetra por todas partes.

(1) Solo el actual Pontifice Pío IX ha aprobado cinco nuevas Ordenes destinadas á la instruccion y á obras de caridad.

© Biblioteca Nacional de España

Mil escritores ilustres consagran sus talentos á defender esta religion divina de los enemigos que la atacan en todos los terremos. Se multiplican las obras, los periódicos, las revistas, los discursos, con una actividad digna de la noble mision que han abrazado. El Catolicismo consigue nuevos triunfos en el terreno de la ciencia, á medida que que ésta hace mayores progresos, y hoy son defendidas en nombre de la ciencia muchas verdades católicas que ántes la misma ciencia rechazaba. El progreso de las ciencias que ántes parecían más enemigas de nuestra religion, la ha hecho brillar en nuestra época con sus más puros resplandores.

Hoy está todo impregnado de Catolicismo, hasta lo que parece más extraño á él. Todas las cuestines filosóficas, políticas y sociales se relacionan íntimamente con sus principios y doctrinas, y él está en el fondo de todos los designios humanos, de todas las luchas de la inteligencia, sea para destruirlo si fuera posible, sea para defenderlo. Si por un imposible el Catolicismo se quitara repentinamente de la tierra, desaparecería con él la sociedad entera.

Sí, el Catolicismo vive y vivirá hasta la consumacion de los siglos, porque es divino.

Los que confiais en el triunfo de alguna causa humana, cuando la veis muy extendida y defendida por muchos con entusiasmo, confiad en el triunfo próximo y completo de la Iglesia, áun humanamente hablando. De un polo á otro polo está extendida y profundamente arraigada más que cualquiera otra idea; tiene servidores más entusiastas y decididos que cualquiera otra causa, dispuestos á sacrificar por ella su tiempo, sus destinos, su posicion, sus intereses y hasta su vida; tiene las virtudes más sólidas y heróicas; tiene sobre todo una unidad estrecha que la hace poderosa é invencible, y tiene tambien en su apoyo las mismas divisiones de sus enemigos. Por último, elevando más altas nuestras miradas, tiene una fe inquebrantable en Aquel que dijo: *Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

LAUS DEO ET B. V. MARIÆ.

© Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE.

TERCERA PARTE.

LA IGLESIA CATÓLICA CONSIDERADA EN SUS OBRAS.

	Págs.
CAPÍTULO PRIMERO.—La Iglesia y la civilizacion.	7
PÁRRAFO PRIMERO.—La civilizacion pagana.—Su falsedad real.—Triste condicion de las clases numerosas.—Degradacion de la mujer y de los hijos.—La Iglesia salvó la sociedad y la familia.....	11
PAR. II.—Abolicion de la esclavitud por el Catolicismo.—Hasta qué punto aprecia la Iglesia la libertad del hombre.—Los mercenarios.....	23
PAR. III.—Tráfico de negros.—Conducta de la Iglesia en este punto.....	28
CAP. II.—La civilizacion sin la Iglesia.....	31
PAR. I.—La civilizacion protestante.....	32
PAR. II.—La civilizacion moderna.....	38
PAR. III.—Justicia con que el Papa ha condenado la civilizacion moderna.....	42
CAP. III.—La Iglesia en la legislacion.....	48
PAR. I.—Derecho canónico.....	51
PAR. II.—Derecho civil y penal.....	54
PAR. III.—Derecho público.....	57

© Biblioteca Nacional de España

Págs.

PAR. IV.—Derecho de gentes..... 61
PAR. V.—La guerra bajo el punto de vista católico. —Las cruzadas.—Las Ordenes militares..... 64
PAR. VI.—La guerra bajo el punto de vista protestante.—La guerra de religion..... 76
PAR. VII.—La guerra bajo el punto de vista indiferentista.—La Cruz Roja..... 80
CAP. IV.—La Iglesia protectora del órden social.... 87
PAR. I.—La francmasonería..... 88
PAR. II.—El socialismo y comunismo..... 96
PAR. III.—La Internacional..... 105
PAR. IV.—Remedios para defender el órden social... 112
CAP. V.—La Iglesia, maestra de la verdadera filosofía..... 115
PAR. I.—Armonía entre la fe y la razon..... 116
PAR. II.—La Iglesia y el desarrollo de la inteligencia. 119
PAR. III.—La Iglesia corrige los extravíos de la razon. 122
PAR. IV.—La falsa filosofía.—*El panteismo.*—*El racionalismo.*—Materialismo.—Fatalismo.—Determinismo.—Eclecticismo.—Hermesianismo filosófico..... 125
CAP. VI.—La Iglesia protectora de las ciencias y de las artes..... 135
PAR. I.—Ciencias..... 135
PAR. II.—Literatura..... 140
PAR. III.—Bellas artes..... 145
CAP. VI duplicado.—La Iglesia promoviendo el bienestar material..... 148
PAR. I.—Influencia sobre la policía general..... 148
PAR. II.—Agricultura..... 149
PAR. III.—Obras públicas, ciudades y pueblos, puentes, caminos, etc..... 151
PAR. IV.—Fomento del comercio..... 154
CAP. VII.—La Iglesia, madre universal..... 155
PAR. I.—Escuelas, bibliotecas..... 155
PAR. II.—Caridad..... 157
PAR. III.—Bienes de la Iglesia..... 161
PAR. IV.—Beneficios de la sociedad por el celibato eclesiástico..... 163
PAR. V.—Beneficios á la sociedad por la confesion.. 164
PAR. VI.—La Iglesia, madre universal..... 166

© Biblioteca Nacional de España

CUARTA PARTE.

LA IGLESIA CATÓLICA CONSIDERADA EN SUS HOMBRES.

	Págs.
CAPÍTULO PRELIMINAR.—Los hijos de la Iglesia.	173
CAPÍTULO PRIMERO.—Los Papas	176
PÁRRAFO PRIMERO.—Los Papas considerados como cabeza de la Iglesia	180
PAR. II.—Los Papas como príncipes temporales	184
PAR. III.—Los Papas en su vida privada	188
PAR. IV.—Los Papas en sus hechos con los emperadores y reyes, San Gregorio VII, Alejandro III, Inocencio III, Bonifacio VIII	191
CAP. II.—Los Santos	209
PAR. I.—Los mártires	212
PAR. II.—Anacoretas, ascetas	215
PAR. III.—Vírgenes	218
PAR. IV.—Confesores	222
PAR. V.—Fundadores de Ordenes religiosas	223
CAP. III.—Los sábios	230
PAR. I.—Los Santos Padres	230
PAR. II.—Filósofos, teólogos, jurisconsultos, historiadores, oradores, etc	237
PAR. III.—Los escolásticos	242
PAR. IV.—Los Jesuitas	246
CAP. IV.—El Clero	250
PAR. I.—El Clero regular.—Ordenes religiosas	251
PAR. II.—Los Misioneros	260
PAR. III.—Las Hermanas de la caridad.—Las Hermanitas de los pobres	264
PAR. IV.—El Clero secular	268
PAR. V.—El Obispo	277
PAR. VI.—El Párroco	283
CAP. V.—El pueblo	286
PAR. I.—Instruccion	287
PAR. II.—Moralidad	289
PAR. III.—Prosperidad	295

QUINTA PARTE.

LA IGLESIA CATÓLICA CONSIDERADA EN SUS LUCHAS Y EN SUS TRIUNFOS.

CAPÍTULO PRIMERO.—Las herejías	303
PÁRRAFO PRIMERO.—Los gnósticos.—Los maniqueos	310
PAR. II.—El arrianismo	314

© Biblioteca Nacional de España

Págs.

PAR. III.—Donatistas..... 316
PAR. IV.—Pelagianismo y semipelagianismo.—Predestinatismo..... 317
PAR. V.—Herejías sobre la Encarnacion..... 320
PAR. VI.—Los iconoclastas..... 321
PAR. VII.—Los albigenses..... 323
PAR. VIII.—Wiclefitas y husitas..... 326
CAP. II.—El mahometismo..... 329
PAR. I.—Mahoma.—Su doctrina..... 331
PAR. II.—Victoria de la Iglesia sobre el islamismo... 334
CAP. III.—Los cismas..... 337
PAR. I.—Cisma de los griegos..... 338
PAR. II.—El cisma de Occidente..... 345
CAP. IV.—El protestantismo..... 351
PAR. I.—El protestantismo considerado en sus dogmas..... 351
PAR. II.—El protestantismo considerado en su constitucion..... 356
PAR. III.—El protestantismo considerado en sus obras. 358
PAR. IV.—El protestantismo considerado en sus hombres..... 370
PAR. V.—El protestantismo considerado en sus luchas..... 375
PAR. VI.—Victoria de la Iglesia sobre el protestantismo..... 384
CAP. V.—El filosofismo..... 391
PAR. I.—Objeto y resultados de la filosofía del siglo XVIII..... 392
PAR. II.—Males del filosofismo..... 399
PAR. III.—Triunfo de la Iglesia sobre el filosofismo.. 403
CAP. VI.—El liberalismo..... 409
PAR. I.—Idea del liberalismo..... 411
PAR. II.—Principios liberales..... 419
PAR III.—Los hombres del liberalismo..... 434
PAR. IV.—El liberalismo y la Iglesia..... 436
PAR. V.—Condenacion del liberalismo..... 440
PAR. VI.—El liberalismo como sistema de gobierno. 445
Conclusion.—¿Está en decadencia el Catolicismo?... 447

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

1103100153

© Biblioteca Nacional de España